
EL PASTELERO
DE MADRIGAL
2
PQ6523
E57
A3
1872
v.1
L. R.

1080003741

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Secundino Roel

EL PASTELERO DE MADRIGAL.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PASTELERO

DE MADRIGAL.

(MEMORIAS DEL TIEMPO DE FELIPE II.)

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

TOMO II.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
Murcia y Martí, editores.
calle de la Colegiata, 6.

HABANA:
Don Ramon Molinas,
calle del Rayo, 30.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

[863
F-3623p] GR 13 at 78

PQ6523
.F37
P3
1872

Es propiedad de los editores.

FSRM
3741

Madrid: 1872.—Imprenta de la Galeria Literaria, Colegiata, 6.

SEGUNDA PARTE.

ESTEFANA BARBARIGO.

(CONTINUACION.)

CAPITULO PRIMERO.

En que volvemos á encontrarnos en Venecia para asistir á nuevos é interesantes sucesos.

I.

Gabriel de Espinosa vivia soñando.

Hasta ahora, como han podido juzgar nuestros lectores, nos hemos ocupado muy poco del protagonista de nuestra historia.

Esto consiste en que todo lo que llevamos relatado no es otra cosa que el prólogo, ó mejor dicho, la justificacion de los terribles sucesos que acontecieron cuando aportó á España el misterioso pastelero de Madrigal.

Que la empresa de su restauracion ó de su posesion como falsario del trono de Portugal fuese prematura, y como tal, desastrosa, consistió en su conducta imprudente en Venecia, que creó circunstancias que le lanzaron fatalmente á la realizacion de sus proyectos cuando el éxito no estaba bastante preparado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

[863
F-3623p] GR 13 at 78

PQ6523
.F37
P3
1872

Es propiedad de los editores.

FSRM
3741

Madrid: 1872.—Imprenta de la Galeria Literaria, Colegiata, 6.

SEGUNDA PARTE.

ESTEFANA BARBARIGO.

(CONTINUACION.)

CAPITULO PRIMERO.

En que volvemos á encontrarnos en Venecia para asistir á nuevos é interesantes sucesos.

I.

Gabriel de Espinosa vivia soñando.

Hasta ahora, como han podido juzgar nuestros lectores, nos hemos ocupado muy poco del protagonista de nuestra historia.

Esto consiste en que todo lo que llevamos relatado no es otra cosa que el prólogo, ó mejor dicho, la justificacion de los terribles sucesos que acontecieron cuando aportó á España el misterioso pastelero de Madrigal.

Que la empresa de su restauracion ó de su posesion como falsario del trono de Portugal fuese prematura, y como tal, desastrosa, consistió en su conducta imprudente en Venecia, que creó circunstancias que le lanzaron fatalmente á la realizacion de sus proyectos cuando el éxito no estaba bastante preparado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Gabriel de Espinosa se valió para ser rey, sino era más que un aventurero, ó para recobrar su trono si realmente era el rey don Sebastian, que nosotros no lo sabemos, ni lo sabrá jamás nadie, de una escala falsa, cuyos escalones se rompian al poner los piés y las manos en nuevos escalones, que se rompian á su vez á medida que ascendia, lo que quiere decir, que Gabriel de Espinosa estaba suspendido sobre un abismo.

Adelantaba dejando tras sí imprudencias, dolores y venganzas, haciendo inútiles los oficios interesados de la República de Venecia, aislándose de cuanto le habia protegido, entregándose á nuevas manos, de cuya fidelidad y de cuya fuerza no podia estar seguro.

Los agentes del rey de España sabian que existia, sabian que conspiraba, y el Consejo de los Diez empezaba á encontrar pesado á aquel imprudente protegido que ponia al descubierto con sus locuras la tenebrosa política de Venecia.

II.

El Consejo de los Diez, pues, empezaba á prescindir de Gabriel de Espinosa, porque éste empezaba á hacérsele demasiado pesado.

Felipe II se preparaba.

Sus medios de represion aumentaban en Portugal, y la severidad del duque de Alba se exasperaba, si es que podia exasperarse la dureza del terrible don Fernando Alvarez de Toledo.

Aunque Gabriel de Espinosa hubiese sido realmente

el rey don Sebastian, aunque todos los portugueses hubiesen arrostrado el martirio resueltos á morir por reconquistar su independencia peleando como héroes en nombre de su rey, nada hubieran podido hacer. Portugal tenia sobre sí la guerra sangrienta del leon de España; estaba aherrojado, atado, y el duque de Alba, que aunque no necesitaba excitaciones, estaba contínuamente excitado por el sombrío Felipe II, apretaba las ligaduras incesantemente, sordo á los alaridos de Portugal.

Fué necesario que Felipe II muriese; que pasase el reinado de Felipe III; que llegase el débil y desastroso reinado de Felipe IV, y que tuviesen lugar las torpezas, las miserias y las traiciones del conde-duque de Olivares para que Portugal recobrase su independencia despues de setenta años de tiranías y de sufrimientos.

III.

Gabriel de Espinosa, sin embargo, era siempre el loco y audaz aventurero de los campos de Alcázar-Kivir, ya fuese el insensato rey don Sebastian, ya el soldado de fortuna Gabriel de Espinosa.

Fuese ó no el rey don Sebastian, se parecia á él hasta confundírsele con él, no solo en la figura, en la altivez y en el valor, sino que tambien en el carácter.

Gabriel de Espinosa fué un hombre que vivió y murió soñando, y delante de cuya memoria flota un misterio sombrío y fatídico.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

Sabemos de qué manera habia pagado los inmensos sacrificios de Sayda-Mirian.

El desagradecimiento y el egoismo de Gabriel de Espinosa habian amargado el noble y grande corazon de aquella mujer.

Salvos algunos momentos de amor loco é impetuoso, habia visto siempre en Gabriel de Espinosa un hombre altivo, frio é irritado; un hombre dominador que le imponia su tiránico dominio; que ansioso de sensaciones, habia gastado sus tesoros, convirtiéndose en un pirata negativo, que con elementos puramente africanos batia sobre el mar á los africanos en favor de los cristianos.

Sayda Mirian se explicaba todo esto mirando á Gabriel de Espinosa á través de una fascinacion, de un sueño.

Para ella el sombrío y continuo disgusto de Gabriel de Espinosa era la situacion natural de ánimo en que debia encontrarse un rey vencido, desterrado, tenido por muerto, protegido por los enemigos á quienes habia creido venceria.

Por lo mismo Sayda Mirian habia procurado acercarse cuanto le era posible á aquel á quien creia rey de Portugal, olvidando la historia de su familia haciéndose cristiana, adoptando en cuanto le era posible las costumbres europeas, siendo dócil y sumisa á la voluntad de aquel hombre, envolviéndole en el perfume de su ardiente amor, de un amor violento, de un amor puramente

africano, embellecido por el poético sentimiento de su corazon impresionable, vírgen de la falsía en que marchá envuelta la civilizacion.

Pero Sayda Mirian veia con dolor que todos sus esfuerzos, todos sus sacrificios, toda su abnegacion, eran inútiles.

Gabriel de Espinosa no era á su lado el amante ni el esposo, sino el cautivo; el hombre dominado por una fortuna adversa; el sér altivo que siempre veia en Mirian una hija de aquella raza bárbara que habia pretendido dominar.

Sayda Mirian habia sufrido durante muchos años un horrible martirio y se habia resignado á él porque hasta entonces no se habia envenenado con los celos.

V.

Pero cuando ya en Venecia Mirian se apercibió de que la mirada de Gabriel de Espinosa se fijaba en otra mujer, empezó á cargarse la nube que, como veremos más tarde, decidió la suerte de Gabriel de Espinosa.

VI.

Antes de su expedicion á Africa, Gabriel de Espinosa aún no habia amado.

Era muy jóven, como que solo contaba veintidos años.

Su pasion favorita era la guerra.

Sus aventuras con las mujeres no habian pasado del galanteo, del libertinaje.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Gabriel de Espinosa, ó el rey don Sebastian, este misterioso personaje, en fin, tenia el corazon vírgen de amor cuando fué encontrado casi muerto por Sayda Mirian en el campo de batalla de Alcázar-Kivir.

Cuando recobró la salud y las fuerzas por los amantes cuidados de la sultana, la hermosura de ésta le deslumbró, le fascinó, le hizo sentir una pasion puramente material, que desapareció con la posesion gastada por el hastío.

Sayda Mirian se le hizo familiar, y llegó un momento en que le fué completamente indiferente, más que indiferente, enojosa.

Cuando Gabriel fué á Venecia podia decirse que aún no habia amado.

La mujer aún no habia sido para él ese sér que llena todas las aspiraciones del alma del hombre; que se convierte en el negocio más sério y más trascendental de su vida; que refunde en su alma el alma del hombre amado; que sumerge en un occéano de pasion, en un infinito de felicidad todas las aspiraciones de un hombre por ambicioso que sea, y le domina haciéndole sentir una felicidad suprema con su dominio.

Gabriel de Espinosa no habia sentido nunca nacer, crecer, desarrollarse en su sér ese sér divino que tiene el semblante y la mirada de una mujer que la imaginacion idealiza y embellece, convirtiéndole en un ángel humano, en un mar de delicias, flotando entre las cuales se enlanguidecen el cuerpo y el alma en una dulce locura.

VII.

Pero vió á Estéfana Barbarigo y brotó la chispa de amor en el corazon hasta entonces indomado de Gabriel de Espinosa.

La organizacion terrible, la pasion violenta, el orgullo y la valentía de Estéfana, eran lo más á propósito para excitar el amor violento y antojadizo que dormia en el corazon de aquel hombre aventurero.

Estéfana y Gabriel se comprendieron á la primera mirada y se amaron, y se sintieron arrastrados el uno hácia el otro.

A Estéfana la enloquecia el pensamiento de ser amada por un rey, que tal le creia, de las condiciones del rey don Sebastian.

Le amaba con el corazon y con el orgullo.

Gabriel de Espinosa, por su parte, que no sabia el estado de divorcio completo en que se encontraba Estéfana respecto á su padre Giacomo Barbarigo, veía en ella, no solo á la mujer fuertemente hermosa y excesivamente simpática para él, sino un medio poderoso para que el estado de Venecia por la gran influencia de Giacomo Barbarigo, protegiese sus pretensiones al trono de Portugal de una manera decisiva.

Pero no podia llegarse á esto sino por medio de un enlace con Estéfana, y entonces fué cuando se pidió á Roma el divorcio absoluto de Gabriel de Espinosa de su mujer doña María de Souza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII.

El Consejo de los Diez habia creido conveniente el casamiento del rey de Portugal con Estéfana Barbarigo, porque para conspirar contra el rey de España le convenia tener una influencia veneciana al lado del rey de Portugal.

Entonces se meditó aquella intriga tenebrosa para la cual sirvió de instrumento Elena Karuk.

La fatalidad, que acompañaba siempre á Gabriel de Espinosa, que determinaba los sucesos de su vida, que los preparaba para un desenlace terrible, habia hecho que Elena y Estéfana estuviesen puestas en relacion, y en una relacion sumamente peligrosa á causa de un hombre.

Este hombre era César Malatesta.

Para que los sucesos se complicasen más, César Malatesta habia contraido un amor violento por Sayda Mirian.

De manera, que César Malatesta se encontraba colocado en el centro de un triángulo, en el vértice de cada uno de cuyos ángulos habia una mujer que le atraia á sí de una manera poderosa.

Sayda Mirian era para él el amor intenso, el deseo voraz, la dificultad ardiente.

Estéfana, la mujer con la cual le unia un duelo á muerte empeñado por el orgullo.

Por último, la comunidad del crímen, la identidad de afectos y de pasiones y la influencia y el mandato de la República le enlazaban á Elena Karuk.

Y este triángulo, en cuyo centro estaba colocado César Malatesta, venia á ser para Gabriel de Espinosa ó para el rey don Sebastian la caja de Pandora que encerraba dentro de sí un cúmulo infinito de horribles desgracias.

IX.

Por eso nos hemos visto obligados á ocuparnos de la historia de esas tres mujeres, y á prescindir de la historia del pastelero del Madrigal, al ocuparnos de ella, que venian á ser tres historias correlativas á la historia de Gabriel de Espinosa.

X.

Despues de esta manifestacion, volvemos á emprender nuestro relato en el capítulo siguiente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO II.

En que volvemos á encontrar en la plaza de San Márcos á algunos de nuestros personajes.

I.

Era el oscurecer lánguido y poético de un hermoso dia de Venecia.

Al pié de la columna de San Márcos, en la plaza del mismo nombre, estaba sentado un mendigo que pedia con voz plañidera y enferma limosna á los transeuntes, y cada vez que recibia una ínfima moneda de cobre, rezaba apresuradamente una oracion por el que le habia dado la limosna, y acabado el rezo, que duraba pocos segundos, volvia á su compungida demanda de socorro.

A espaldas de la columna y á bastante distancia de ella se paseaba lentamente, y al parecer distraido, un hombre de buena estatura, de continente gallardo, de andar noble y majestuoso, cubierto con un birrete de ala ancha y embozado en una cumplida capa, bajo la cual, al último reflejo de la luz de la tarde, se veia relucir la contera de una larga espada. Detrás del pilar del ángulo

de los soportales del palacio del Dux, se veia un bulto informe, pardo, oscuro, replegado, en la actitud del gato que acecha.

Sobre cuyo bulto se veia envuelta por una ancha caperuza una cabeza, cuyas narices estaban enfiladas al mendigo que al pié de la columna pedia limosna y al hombre que detrás de la columna se paseaba.

II.

Llegó un momento en que á un mismo tiempo se acercaron tres personas á aquellos tres hombres.

Habia saltado á tierra en el puerto un griego alto, cenceño, moreno, como de treinta años, lujosamente vestido, y que demostraba ser allá en su isla levantisca del archipiélago un gran personaje.

Aquel hombre era, en una palabra, el jefe tártaro gobernador de Corfú, Manuel Karuk.

Manuel Karuk se dirigió vía recta al mendigo que estaba al pié de la columna de San Márcos.

III.

Al mismo tiempo, de la basílica habia salido una mujer alta y de continente bello, como el que deja ver una mujer hermosa, por más que vaya completamente envuelta en un manto, y se dirigió hasta llegar al hombre que paseaba detrás de la columna, y que al ver cerca á la mujer, se detuvo y la salió al encuentro, entablando conversacion con ella.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

Tambien al mismo tiempo otro hombre embozado que habia bajado rápidamente por la escalera de los Gigantes, salió por la puerta principal del palacio del Dux y se dirigió al pilar del ángulo del palacio, donde hemos dicho estaba agazapado un hombre.

V.

Oigamos lo que Manuel Karuk habia dicho al mendigo.

—Tú eres un bribon, que de nada necesitas menos que de pedir limosna.

—Buena manera de consolar á los desventurados, dijo el mendigo con la voz gangosa y doliente; para hacer eso, es necesario tener el corazon de hierro de un corsario del archipiélago.

—Tú esperas aquí á alguien que viene de allá, dijo Manuel Karuk.

—Yo estoy esperando siempre, mi señor, y esperando se me pasa el tiempo, y cada dia que pasa me aprieta más la mala suerte; con que si no habeis de socorrerme, pasad de largo, que mientras vos esteis hablando conmigo, nadie me socorrerá.

Manuel Karuk sacó de entre su faja un largo bolsillo de seda, en cuyos dos extremos habia dinero, rodeó con aquel bolsillo el pomo de un puñal, y entregó aquel puñal con el bolsillo adjunto al mendigo.

VI.

El mendigo se levantó apoyándose en una muleta que estaba tendida sobre las gradas de la columna, y echó andar, cojeando de tal manera, que á cada cojeo hacia una profunda reverencia, en direccion al Gran Canal.

Pero á pesar de su cojera, corria de tal manera el cojo, que aunque Manuel Karuk era fuerte y robusto, y acostumbrado á la fatiga, casi se veia obligado á correr para seguir de cerca al lisiado.

VII.

Muy pronto el cojo y el tártaro se perdieron junto al borde del Gran Canal, á cuya entrada el mendigo se detuvo, castañeteó los dedos de una manera tan particular, que sonaron como si hubieran sido de madera, á cuya seña atracó al borde del canal una larga góndola negra.

El mendigo saltó dentro como hubiera podido saltar una cigarra, saltó trás él Manuel Karuk, y la góndola arrancó, y se perdió en el canal en la sombra, en direccion al interior de Venecia.

VIII.

La mujer que habia llegado al hombre que se paseaba detrás de la columna, le dijo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Sois extranjero?

—Sí, contestó el embozado.

—¿Español ó portugués?

—Sí, tanto da.

—¿Teneis el nombre de un arcángel?

—Sí.

—Seguidme.

—¿Quién os envia?

—Un ángel que os ama.

—Os sigo.

Y Gabriel de Espinosa, que tal era el embozado, siguió á la encubierta, que le llevó al vestíbulo de la basílica de San Márcos, donde sentada al pié del cajon destinado á colocar los expósitos, estaba sentada otra mujer.

IX.

Antes de seguir adelante, sepamos lo que dijo el embozado que habia salido del palacio del Dux al hombre que estaba agazapado detrás de la pilastra del ángulo.

—Toma, y obra en caso extremo como si tú fueses el Consejo de los Diez.

—Yo no puedo partirme en dos, dijo el hombre, que continuó encogido; si Nicolino Razzi y el rey don Sebastian toman distintas direcciones, ¿á quién sigo?

—Al rey don Sebastian.

—Pues decidme, monseñor, lo que hubiéreis de decirme pronto, porque una mujer se acerca al rey, y éste no tardará en seguirla.

—El papel que te he entregado, te dirá lo que tienes que hacer. Parte.

El que habia salido del palacio del Dux se volvió y entró en él, y el hombre encogido se estiró, se puso de pié, echó á andar rápidamente á lo largo del costado del palacio del Dux, dobló el ángulo de la plaza, y se colocó en observacion entre dos pilastras de la basílica, embebido, perdido en la sombra y á poca distancia del lugar en donde se encontraban Gabriel de Espinosa y las dos mujeres.

X.

—Gabriel, dijo con voz trémula la dama que esperaba al pié del cajon de los expósitos, al fin es lo que quieres; al fin me decido á ser tuya y á asistir al lugar donde hemos de unirnos para siempre; pero antes es necesario que me sigas á otro lugar; que te armes de valor, para ver lo que ha de suceder en aquel lugar.

—¿Y dónde hemos de ir, mi adorada Estéfana? dijo Gabriel de Espinosa.

—A un lugar muy bello, donde todo es ruido y alegría: á los jardines de Apolo.

—¡A dónde van todas las Mesalinas de Venecia! ¡Y tú has de concurrir á ese lugar impuro!

—Bajo la careta desaparecerá Estéfana Barbarigo; pura he salido de allí mil veces, y pura volveré á salir; pero allí dejaré un hombre, á quien sacarán muerto.

—¡César Malatesta!

—Sí; no me atrevo á unirme á tí estando vivo ese hombre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Qué importa ese hombre! dijo con desprecio Gabriel.

—Ese hombre no perdonaria medio para exterminarte, si te viese mi esposo.

—¡Te ama!

—Peor que eso; le he humillado, y me aborrece; él saludaria con placer á su venganza, si viese la ocasion de desgarrarme el alma, de abatir mi orgullo. César Malatesta está rodeado de todo lo que de perverso encierra Venecia; él tendria mil medios para acabar contigo; por eso yo acabaré antes con él.

—No, y cien veces no; nunca he temido ni al cielo ni al infierno; César Malatesta es para mí un sér despreciable.

—Tú no le conoces; yo, que le conozco, te declaro que no me uniré contigo mientras Malatesta viva.

—Pues bien; le buscaré, le azotaré el rostro, y cuando quiera vengar su injuria, le mataré.

—En ese caso me vuelvo á mi casa; sus puertas no se abrirán más para tí; no me volverás á ver.

Y Estéfana se puso de pié.

—Vamos, Laureta, dijo á la otra mujer; volvamos á buscar nuestra góndola; el hombre que ha venido contigo no es el que yo esperaba.

Y echó á andar.

—Espera, le dijo con voz tímida Gabriel de Espinosa.

—Pues bien, sígueme, dijo Estéfana.

—¿Irá César Malatesta al lugar donde quieres ir? dijo Gabriel de Espinosa.

—Sí, contestó Estéfana, porque yo le he hecho avisar de que esta noche me encontraria allí.

—¡Oh! Pues entonces, vamos.

Y Gabriel de Espinosa dió su brazo á Estéfana que se asió á él y echó á andar hácia el Gran Canal.

Laureta los seguia de cerca.

Al llegar al borde del canal, Estéfana dió tres palmadas.

Inmediatamente se acercó una góndola que atracó al borde del canal.

Estéfana, Gabriel de Espinosa y Laureta, entraron en ella.

Apenas habian penetrado en la litera de la góndola, y antes de que ésta arrancase, saltó á su popa un bulto negro que no se sabia por donde habia venido, y que dijo en voz muy baja al gondolero que estaba al timon:

—¡San Márcos y Venecia!

El gondolero permaneció inmóvil como si nada hubiera acontecido, y el bulto que habia saltado á la góndola se replegó en la popa.

—A los jardines de Apolo, dijo desde dentro de la litera la voz de Estéfana.

Y la góndola arrancó.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO III.

Un hermano llovido del cielo.

I.

De la plaza de San Márcos habian partido, llegando al borde del canal y entrado en una góndola, el mendigo cojo, que ya sabemos era el antiguo esbirro Nicolino Razzi, á quien aquella noche convenia sin duda pasar por cojo y por mendigo, y Manuel Karuk, que ya sabemos la mision con que habia ido á Venecia.

El gondolero habia recibido órden de llevarlos al palacio Conti, lo que no le habia parecido muy bien por la fama de endiablamiento del palacio, y á lo que se hubiera negado, á no ser porque habia olido al esbirro en el mendigo cojo.

II.

La noche era tenebrosa, y la lancha tardó una hora en llegar al palacio.

Cuando habian llegado, Manuel Karuk y Nicolino saltaron al borde.

—¿Y dices que no nos abrirán? preguntó Manuel Karuk.

—Aunque estuviéramos llamando desde ahora hasta el dia del juicio. Al que llama á ese palacio no se le abre; cuando se quiere que alguien entre en él, ó se le espera y no tiene necesidad de llamar, ó se le envia una llave con la cual pueda por sí mismo abrir.

—¿Y te esperan á tí ó te han enviado la llave?

—Ni lo uno ni lo otro; monseñor Pietro Mastta me ha escrito y me ha dicho:—Nicolino, vuelve á ser esbirro durante una noche; mañana, al oscurecer, espera al pié de la columna de San Márcos á que te se presente un hombre que irá vestido al uso de los de Levante, y te entregará un puñal, en cuyo pomo irá un bolsillo; lleva á ese hombre al palacio Conti, y franquéale el postigo del palacio.

—¿Y quién te ha dado las llaves de ese postigo?

—En Venecia se encuentra con mucha facilidad una llave maestra que abre todas las puertas.

—¿Conoces tú el interior del palacio?

—Una noche estuve en él hace diez años, y tales cosas ví, que no he podido olvidar el sitio por donde fuí y por donde vine.

—Pues ábreme, y procura que una vez dentro, lleguemos á la habitacion de Elena Conti.

III.

Nicolino llegó al postigo, le abrió, y entró en el palacio con Manuel Karuk, cerrando despues el postigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Apenas el postigo se habia cerrado, un bulto se deslizó á lo largo del muro por la parte de afuera, llegó al postigo, y se escondió en un hueco.

Entretanto, por la parte de adentro, Nicolino, que habia sacado de debajo de sus harapos de mendigo una linterna sorda y la habia abierto, alumbrándose con su escasa luz, subia con Manuel Karuk las estrechas escaleras que conducian á las habitaciones superiores.

Al entrar en una crugía, al fin de la cual habia un opaco farol encendido, Nicolino dijo:

—Es ya inútil que os acompañe, y yo debo esperar fuera; seguid hasta aquel farol, torced á la derecha, y la primera puerta á la izquierda es la de las habitaciones de Elena Conti.

—Espera atento, y avísame de lo que suceda, dijo Manuel Karuk.

—Descuidad, dijo Nicolino.

Manuel Karuk adelantó, y Nicolino retrocedió, llegó á las escaleras, bajó por ellas, abrió el postigo, y al abrirle tropezó con el bulto que poco antes se habia pegado al hueco.

—¿Qué novedad hay? preguntó á Nicolino en voz muy baja aquel hombre.

—Lo que has visto, contestó Nicolino; he entrado con él y le he dejado en camino de las habitaciones de Elena Conti.

—Pues vuelve á entrar, dijo el bulto, observa y escucha cuanto suceda y cuanto se diga, y sé fiel si quieres que te se perdone tu pasada traicion.

Nicolino volvió á entrar y cerró el postigo.

El bulto que habia hablado con Nicolino, permaneció oculto en el hueco.

IV.

Manuel Karuk siguió el camino que se le habia indicado; torció á la derecha, y se detuvo junto á la mampara de cuero estampado de la primera puerta de la izquierda.

Nada se oia en aquella habitacion.

Manuel Karuk abrió la mampara, entró, y se encontró en un espacio oscuro.

Adelantó y llegó á los tapices de terciopelo de una puerta, entre los cuales penetraba el reflejo de una luz.

Más allá de estos tapices, Manuel Karuk se encontró en una magnífica antecámara pintada y dorada, muellemente alfombrada y ricamente amueblada, de cuyo techo pendia una lámpara encendida.

Al frente habia una gran puerta, cuyas hojas estaban delicadamente labradas é incrustadas en marfil, nácar, cobre y plata; una de aquellas magníficas muestras de la ebanistería del siglo XVI, que entonces eran muy comunes en los palacios, y de las que ahora hay rarísimas muestras.

Manuel Karuk empujó aquella puerta que solo estaba entornada, y se encontró en la misma cámara, por una de cuyas ventanas habia huido pocos dias antes Aben-Shariar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V.

Al entrar Manuel Karuk en la cámara, por una puerta contraria, entró tambien Elena, ricamente prendida y bellamente ataviada, con un traje de seda completamente blanco, bordado de oro.

De sus magníficos cabellos negros pendia un largo y trasparente velo, y ceñia su cabeza una corona de flores blancas.

Aquel era á todas luces un traje de desposada.

VI.

Al ver á Manuel Karuk que adelantaba hácia ella, Elena se detuvo, pero no gritó, ni se puso pálida, ni retrocedió.

Solamente miró con atencion y con una séria fijeza á Manuel Karuk, que seguia adelantando, abarcándola en su mirada conmovido.

Cuando estuvo cerca de ella, Elena le dijo con la mayor naturalidad:

—Vos sois de tierra de Levante.

—Sí, Elena, contestó con la voz trémula, á pesar de su valor y de su serenidad Manuel Karuk; yo soy de la isla de Corfú.

—¿De la isla de Corfú? Yo he tenido allí parientes.

—Tu madre María Zinca Karuk, nació en Corfú, como tu abuela Magdalena Krasna Karuk.

—¿Quién te ha dicho eso? respondió Elena aceptando

el tú con que tratan á todo el mundo las gentes de Levante.

Manuel Karuk sacó de entre su faja y de junto á uno de sus puñales el manuscrito que ya conocemos, y le mostró á Elena.

—¿Quién te ha dado estos papeles? dijo Elena reconociéndolos.

—Un antiguo amigo mio; un valiente y noble hombre; un corsario tunecino.

—¿Y cómo han ido á manos de tu amigo estos papeles que son la triste y sangrienta historia de mi familia?

—Un hombre á quien tú amas te los pidió para darlos al corsario de Túnez.

—No, me los pidió para darlos á un patricio de Génova y de Venecia: á monseñor Pietro Mastta.

—Pues bien: monseñor Pietro Mastta, senador, y uno de los del Consejo de los Diez, Yhaye-ben-Shariar, emir de Africa y corsario en Túnez, son una misma persona.

—¡Cómo! ¿Pues no murió ahogado en el canal de Monforte ese hombre? Pero es verdad, él llevaba consigo esos papeles, que si Pietro Mastta hubiera perecido, hubieran desaparecido con él.

—Esos papeles tienen sobre sí las muestras de haberse mojado; todo consiste en que Aben-Shariar tiene bastante aliento para nadar bajo la superficie del agua un largo espacio, y así burló la vigilancia de los esbirros y se salvó. Pero como él no puede venir á Venecia porque su vida corre peligro, me ha buscado en mi isla de Corfú, me ha hecho conocer el contenido de estos papeles, y me ha enviado á tí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y para qué te ha hecho conocer Pietro Mastta la historia de mi familia?

—Porque la historia de tu familia es la historia de la mia.

—¡Cómo! ¿Qué hay de comun entre mi familia y la tuya?

—Mi madre se llamaba María Zinca Karuk.

—¡Tú te llamas Manuel Karuk! dijo profundamente Elena.

—Sí.

—Entonces tú eres hermano mio.

—Tu hermano soy.

Manuel Karuk, que temblaba de emocion, habia dado un paso hácia Elena, que á pesar de la situacion estaba friamente tranquila, y le contuvo con un ademan.

—¿No sabias tú que tenias una hermana? dijo Elena con acento friamente interrogador.

—No, dijo Manuel Karuk que cada vez estaba más conmovido; yo lo ignoraba hasta hace ocho dias que fué á buscarme á Corfú Aben-Shariar y me entregó esos papeles; si lo hubiera sabido antes, antes hubiera venido á buscarte; pero tú sabias que tenias un hermano porque conoces estos papeles, y, sin embargo, no has buscado á tu hermano, no has procurado saber si vivia ó si habia muerto.

—Cuando yo conocí la historia de mi familia, hace diez años, ya estaba mi suerte decidida; en mi situacion un hermano hubiera sido para mí un peligro, no un apoyo; yo estoy sola en el mundo, y no quiero que nadie se crea con derecho á pedirme cuenta de mis acciones;

ahora mismo no sé si tengo en tí un amigo ó un enemigo, porque has entrado en mi casa valiéndote sin duda de un esbirro, lo que prueba que la República de Venecia te conoce. No sé por qué te envian, ni lo que quieres, ni á qué vienes.

—Si es un esbirro el que me ha abierto el camino hasta tí, yo no le conozco ni le tengo más que por un mendigo, para quien me ha dado una señal monseñor Pietro Mastta, como tú llamas á mi amigo, á mi compañero de combate Aben-Shariar. Me importa poco, por otra parte, que ese mendigo sea esbirro ó no, porque yo estoy protegido por la República de Venecia y considerado como su hijo adoptivo. En cuanto á lo de si tienes ó no que temer de mí, ya ves que yo, que nunca he temblado, tiemblo al hablarte; ya comprendes que te amo tanto como puede amar un hermano á su hermana.

Y adelantó de nuevo.

Por aquella vez Elena no le impidió que se acercase á ella, y Manuel Karuk la abrazó, la estrechó á su pecho y la besó con ternura en la frente.

Elena no se conmovió; pero besó á Karuk en la megilla.

Elena no amaba á nadie, ni podia amar más que á César Malatesta, y aún así, de una manera violenta y terrible.

VII.

—Siéntate, dijo Elena á Manuel Karuk, separándole suavemente de sí y sentándose á su lado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y para qué te ha hecho conocer Pietro Mastta la historia de mi familia?

—Porque la historia de tu familia es la historia de la mia.

—¡Cómo! ¿Qué hay de comun entre mi familia y la tuya?

—Mi madre se llamaba María Zinca Karuk.

—¡Tú te llamas Manuel Karuk! dijo profundamente Elena.

—Sí.

—Entonces tú eres hermano mio.

—Tu hermano soy.

Manuel Karuk, que temblaba de emocion, habia dado un paso hácia Elena, que á pesar de la situacion estaba friamente tranquila, y le contuvo con un ademan.

—¿No sabias tú que tenias una hermana? dijo Elena con acento friamente interrogador.

—No, dijo Manuel Karuk que cada vez estaba más conmovido; yo lo ignoraba hasta hace ocho dias que fué á buscarme á Corfú Aben-Shariar y me entregó esos papeles; si lo hubiera sabido antes, antes hubiera venido á buscarte; pero tú sabias que tenias un hermano porque conoces estos papeles, y, sin embargo, no has buscado á tu hermano, no has procurado saber si vivia ó si habia muerto.

—Cuando yo conocí la historia de mi familia, hace diez años, ya estaba mi suerte decidida; en mi situacion un hermano hubiera sido para mí un peligro, no un apoyo; yo estoy sola en el mundo, y no quiero que nadie se crea con derecho á pedirme cuenta de mis acciones;

ahora mismo no sé si tengo en tí un amigo ó un enemigo, porque has entrado en mi casa valiéndote sin duda de un esbirro, lo que prueba que la República de Venecia te conoce. No sé por qué te envian, ni lo que quieres, ni á qué vienes.

—Si es un esbirro el que me ha abierto el camino hasta tí, yo no le conozco ni le tengo más que por un mendigo, para quien me ha dado una señal monseñor Pietro Mastta, como tú llamas á mi amigo, á mi compañero de combate Aben-Shariar. Me importa poco, por otra parte, que ese mendigo sea esbirro ó no, porque yo estoy protegido por la República de Venecia y considerado como su hijo adoptivo. En cuanto á lo de si tienes ó no que temer de mí, ya ves que yo, que nunca he temblado, tiemblo al hablarte; ya comprendes que te amo tanto como puede amar un hermano á su hermana.

Y adelantó de nuevo.

Por aquella vez Elena no le impidió que se acercase á ella, y Manuel Karuk la abrazó, la estrechó á su pecho y la besó con ternura en la frente.

Elena no se conmovió; pero besó á Karuk en la megilla.

Elena no amaba á nadie, ni podia amar más que á César Malatesta, y aún así, de una manera violenta y terrible.

VII.

—Siéntate, dijo Elena á Manuel Karuk, separándole suavemente de sí y sentándose á su lado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Díme ahora con qué objeto vienes á verme, porque tú no has venido por conocerme solo, hermano.

—Por esto solo hubiera venido; pero vengo además á prestar un servicio á mi amigo Aben-Shariar.

—¿Se trata sin duda de ese á quien llaman el rey don Sebastian y de su esposa?

—Sí, Elena, sí, dijo Manuel Karuk; segun me ha dicho Aben-Shariar, ese rey misterioso ha obtenido del Papa el divorcio que le separa absolutamente de su esposa y le permite casarse con Estéfana Barbarigo, de quien está enamorado.

—Bien, que se case, dijo Elena, cuyas megillas cubria una palidez de ódio; así César Malatesta perderá toda esperanza.

—Mejor la perdería, dijo sombríamente Manuel Karuk, si Estéfana muriera.

—¡Matarla! dijo con acento singular Elena, matarla seria mejor; muchas veces mis celos y mi cólera me han inspirado ese pensamiento; pero ese rey se la llevará de Venecia, la apartará de César Malatesta.

—Para los que aman, dijo lúgubremente Manuel Karuk, no hay distancia posible; César Malatesta buscaría un dia y la encontraría á Estéfana Barbarigo; mientras exista, no se puede esperar que Malatesta deje de buscar su amor, de dar ocasion á terribles sucesos; pero si entre los dos se pusiese la distancia de la eternidad, nada habria que temer; á los muertos se les olvida, Elena.

—Tú has venido á ser mi demonio tentador, hermano. ¡Y en qué dia, y en qué hora! dentro de poco habrán de celebrarse en este mismo palacio dos casamientos; el

uno el del rey de Portugal con Estéfana Barbarigo.

—¿Y el otro?

—¿No ves el traje que llevo, hermano?

—¡Ah, sí! es verdad; un traje de boda. ¿Pero estás segura de que esa boda llegará á hacerse?

—¿Y por qué no? Un cardenal romano espera en mi palacio para unir los destinos del rey de Portugal y de Estéfana; el de César Malatesta y el mio.

—Aben-Shariar me ha hablado largamente de este negocio; Aben-Shariar lo teme todo de César Malatesta. Amante cansado de tí que ha consentido en la apariencia en enlazarse contigo, obedeciendo un mandato de la República de quien, como yo, eres hija adoptiva; pero César Malatesta tiene empeñados su orgullo y su amor por otras dos mujeres; amó á Estéfana Barbarigo, le despreció ésta y la burló, y la aborrece y necesita humillarla; ha visto á la esposa del rey de Portugal y la amó, la ama con locura, y no perdonará medio de hacerla suya; en cuanto á tí, Elena, César Malatesta no se unirá contigo jamás; tanto más ,cuanto que la República no extremaría con él su severidad por la sola razon de que se negase á ser tu esposo; además, estoy yo aquí y no te consentiré tal locura.

—¿Vendremos á parar al fin en que te convertirás en mi enemigo?

—No por cierto; tal vez á estas horas César Malatesta estará obrando de tal modo que hará imposible su union contigo.

—¿Sabes tú algo? exclamó con ánsia Elena.

—Solo sé lo que tú me has dicho; pero me basta con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

saber que dentro de poco llegará la hora en que César Malatesta deba unirse á tí, y estoy seguro de que él hará todo lo posible por impedirlo.

—¿Y cómo?

—¡Quién sabe!

—El rey don Sebastian y Estéfana Barbarigo entrarán por la puerta principal solos y sin más compañía que algunos señores venecianos que serán testigos de la boda. Esta se efectuará en secreto. En cuanto á César Malatesta, entrará en el palacio por el postigo cuando hayan salido de él los futuros reyes de Portugal, y se unirá tambien conmigo en secreto sin ruido y sin ostentacion, sirviendo de testigos mis criados.

—Giacomo Barbarigo no tardará en llamar á tu puerta con la voz de la República, dijo Manuel Karuk; con Giacomo Barbarigo vendrá alguien á quien hace mucho tiempo no ves: una persona á quien debes querer y respetar, á la que todo el mundo cree perdida.

—¿El padre Giuseppe acaso?

—Sí; pero ya no es el padre Giuseppe, el religioso benedictino, sino José Kaivar, el jefe tártaro de la tribu Kaivar.

—¿Y á qué viene ese hombre aquí? dijo estremeciéndose de los pies á la cabeza Elena.

—Le ha traido, como me trae á mí, el aviso de Aben-Shariar, de lo que iba á suceder en Venecia.

—Pues bien, suceda lo que quiera, dijo Elena con energía, se me presenta una nueva lucha, y la acepto. César Malatesta ha de ser mi esposo, ó ha de ser horrible lo que suceda.

VIII.

En aquel momento sonaron grandes golpes á la puerta, é inmediatamente despues de ellos, una voz robusta, acentuada é imperiosa que gritaba:

—¡San Márcos y Venecia! Abrid vuestra puerta á la inquisicion del Estado, so pena de traicion.

Al oir esto, Elena corrió á una ventana, abrió sus vidrieras de colores, y miró al pié del muro.

Lucian tres ó cuatro linternas, y á su luz se veian algunos hombres envueltos en ropones negros, y muchos soldados de la República con corazas y picas los unos, y arcabuces los otros.

—¿Es monseñor Giacomo Barbarigo el que llama á mi puerta? dijo Elena procurando aparecer tranquila por la seguridad de su voz, mientras su corazon latia violentamente; me parece haberos reconocido por la voz, monseñor.

—Quien llama á las puertas de vuestro palacio, Elena Conti, contestó una voz distinta, es la República: mandad que esas puertas se abran.

—La República vá á ser obedecida al momento, monseñor.

Elena se separó de la ventana, atravesó rápidamente la cámara, y salió de ella llamando á sus criados.

Manuel Karuk la seguia de cerca.

Un momento despues, las puertas del palacio se abrian y entraban tres hombres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los demás se quedaron fuera; pero algunos soldados ocuparon el vestíbulo como constituyendo una guardia que no debia dejar entrar ni salir á nadie.

IX.

La República se presentaba de ceremonia á Elena, y esto la hizo temerlo todo.

Dos de los hombres que habian entrado, llevaban birretes y ropones talares rojos, con la diferencia de que el más anciano de ellos llevaba sobre los hombres una especie de estola dorada, y orlados de galon de oro los bordes del ropon, y el otro, el más jóven, no llevaba dorado alguno. El otro hombre vestia un birrete negro, una ancha dalmática negra tambien con una águila roja sobre el pecho, una espada corta, y unas botas altas de cuero leonado, y guantes de ámbar en las manos.

El anciano del ropon rojo con estola y galones dorados era monseñor Giacomo Barbarigo; el jóven con ropon liso el señor Rugiero Maffei, uno de los secretarios de Estado del Consejo, y el hombre del águila roja con ropon negro, ya le conocen nuestros lectores, era José Kaivar.

X.

Al ver Barbarigo á Manuel Karuk con su magnífico y abigarrado traje levantisco, dijo á Elena:

—¿Quién es ese hombre? ¿Qué hace aquí?

—Ese hombre, contestó Kaivar antes que pudiese responder Elena, es mi buen hijo, el jefe tártaro Manuel Karuk, gobernador de Corfú, que ha venido precediéndome y que se encuentra aquí cumpliendo lealmente con su encargo.

—Bien venido sea á Venecia el hijo adoptivo de la República, el bravo caudillo de la tribu Karuk, dijo Barbarigo adelantando y dando la mano al tártaro, que la estrechó con efusion.

—Es para mí una grande alegría y una grande honra, monseñor, contestó con respeto Manuel Karuk, al estrechar mi mano con la del ilustre héroe de Venecia.

—Abreviemos las cortesías, dijo modestamente Barbarigo, y tú, Elena, llévanos al lugar donde tienes aposentados al cardenal romano y al fraile portugués.

Elena, precedida por sus criados, que llevaban candelabros encendidos en las manos, se encaminó á la escalera principal, y subió por ella.

A su lado y á su derecha iba Giacomo Barbarigo; detrás Rugiero Maffei, algo más atrás José Kaivar á la derecha, Manuel Karuk á la izquierda.

Despues de haber subido las escaleras, y de haber recorrido dos lados de la magnífica galería sobre el patio, Elena abrió con un llavin una mampara, y se apartó para que pasase Barbarigo.

—No, hija mia, no, dijo el anciano; precédeme tú para anunciar la presencia del Estado á esos señores.

Elena pasó, y tras ella pasaron Barbarigo y Rugiero Maffei.

—Entrad vosotros tambien, mis buenos tártaros, dijo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Barbarigo deteniéndose y dirigiendo la palabra á Kaivar y á Karuk, que pasaron.

Entretanto Elena habia abierto una segunda mampara, y habia dicho al cardenal y al fraile agustino que habian salido cuidadosos á su encuentro:

—Señores, la inquisicion de Venecia os busca.

El cardenal romano y el agustino portugués se pusieron muy pálidos, y el terror no les dejó contestar una sola palabra.

En aquel momento entraron Barbarigo, Maffei, Kaivar y Karuk.

Barbarigo se volvió hácia un ostentoso altar que se veia al fondo de la cámara, cubierto de candeleros dorados con velas que aun no se habian encendido.

—¿Para qué se ha levantado aquel altar, monseñor? dijo Barbarigo al cardenal Montalto; espero que me respondais la verdad; porque no creo posible una mentira en la boca de un príncipe de la Iglesia.

—Decis bien, monseñor, contestó el cardenal Montalto; no oireis de mi boca más que palabras de verdad. Ese altar se ha levantado para celebrar delante de él el casamiento del rey de Portugal con vuestra hija la señora Estéfana Barbarigo.

Y el cardenal acentuó de una manera intencionada sus últimas palabras.

—¿Y no debia celebrarse otro casamiento delante de este altar? dijo Barbarigo.

—Sí, monseñor, contestó Montalto; el de la señora Elena Conti con el señor César Malatesta.

—¿Ignorabais que Gabriel de Espinosa está bajo la

proteccion y la vigilancia de Venecia? dijo severamente Barbarigo; ¿por qué no habeis dado conocimiento á la República y le habeis pedido permiso para celebrar ese casamiento?

—Yo no reconozco más autoridad que la autoridad del Papa, dijo el cardenal, y tengo órdenes terminantes de Su Santidad para celebrar por mí mismo ese casamiento.

—Pues bien, monseñor; Venecia no reconoce otra autoridad que la que proviene del Estado, y estamos en Venecia; por lo mismo, voy ha haceros oir el decreto cuyo ejecucion me ha cometido el Estado; leed, señor secretario.

Rugiero sacó de debajo de su ropon un grueso papel enrollado, y leyó con voz sonora y grave lo siguiente:

«El Consejo de los Diez, en nombre de la República de Venecia, á monseñor Giacomo Barbarigo, senador y miembro del mismo Consejo: sabed y ejecutad el siguiente nuestro decreto:

»Existiendo en Venecia secretamente aposentados en el palacio Conti el cardenal de la Santa Iglesia Romana monseñor Genaro de Montalto, y el religioso agustino portugués fray Miguel de los Santos, y no conviniendo al servicio de la República la permanencia de estos sujetos en Venecia, se lo comunicareis así por medio de un secretario de Estado, á quien vos acompañareis por honra á la alta dignidad y al sagrado carácter del uno y del otro; y notificado que les sea este decreto, les mandareis que sigan al secretario de Estado, que los condu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cirá en una góndola con suficiente guardia, por honor á sus personas, al puerto, donde se embarcarán en la galera *Triunfante*, en la que los acompañará el mismo secretario y la misma guardia hasta los Estados romanos, dejándolos con todos los honores debidos á su dignidad, en el puerto de Civittavechia.

»De órden del Consejo de los Diez, el secretario de Estado, Rugiero Maffei.»

—Protesto con todas mis fuerzas en nombre del Soberano Pontífice por el agravio que en nuestras personas se le hace, dijo con altivez Genaro de Montalto, que habia perdido el miedo al ver que solo se trataba de echarle de Venecia, y que no habia nada de prision ni de calabozos de Estado.

—Protestad en buen hora; pero protestad desde Roma, dijo blandamente, aunque con firmeza, Barbarigo; por el momento solo os toca obedecer la suprema autoridad del Estado, sobre cuyo territorio os encontrais, como á mí el hacer que se cumpla lo que respecto á vos, monseñor, y á fray Miguel de los Santos, ha decretado el Consejo de los Diez.

—¿Y habeis vos hecho tambien, monseñor, ese decreto? dijo con sarcasmo Montalto.

—Naturalmente, monseñor, y de mí ha partido la iniciativa; como que yo soy el senador más viejo de los Diez, contestó sonriendo Barbarigo.

—¡Y habeis impedido el casamiento de vuestra hija con el noble rey don Sebastian!

—Ya lo veis, monseñor; no conviene á la República ese casamiento, que seria un reto imprudente al rey de

España, y porque no conviene á la República, me resigno á perder la gloria de ser padre de la reina de Portugal, contestó Barbarigo, dejando ver en su boca una sonrisa, en que habia tanto de grandeza como de desprecio.

—Estamos á vuestras órdenes, monseñor, dijo el cardenal de Montalto inclinándose dominado por la majestad que emanaba del anciano y noble senador.

—Sí, vais á partir al momento; es necesario, indispensable, que partais, dijo benevolamente Barbarigo; siento el disgusto que esta imperiosa medida, imperiosa por necesidad, os causa sin duda; pero Roma es tenaz é imprudente, y es forzoso precaverse de sus imprudencias. Nuestro Santísimo Padre Clemente VIII ha querido protejer tanto á Gabriel de Espinosa, ó al rey don Sebastian, que le ha perdido como le perdió Gregorio XIII, excitándole á su insensata expedicion al Africa. Venecia, antes de enviarle á recobrar su trono, le hubiera preparado el triunfo, un triunfo seguro; pero Venecia nada puede hacer ya, más que arrojar de sí á un huésped peligroso; Dios quiera que un dia próximo no tenga que arrepentirse el Papa de su impaciencia por suscitar obstáculos al rey de España, por una horrenda desgracia que casi puede decirse acontecerá al rey don Sebastian.

—Solo Dios sabe lo que ha de suceder, dijo el cardenal.

—Pero Dios ha dado al hombre la experiencia y la reflexion para que pueda precaverse de las desgracias. Adios, señores; rendid al Santo Padre el homenaje

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que yo le hago, como á jefe de la Iglesia, á nombre del Estado.

—Adios, monseñor; yo rogaré al cielo para que nuestro Santísimo Padre pueda seguirse llamando amigo de Venecia.

Y el cardenal y el agustino siguieron á Rugiero Maffei, que se habia puesto en marcha á una señal de Barbarigo.

XI.

—Salgamos de aquí; no quiero ver ese altar, que me irrita; porque aparte de su santidad aviva en mí el sentimiento de una traicion y de una locura; Dios proteja á ese insensato.

Y Barbarigo siguió detrás de Elena.

Pero al llegar á un ángulo de la galería, Barbarigo se detuvo.

Por el fondo de aquella galería venia corriendo un hombre que traia una linterna encendida, y que debia ser un esbirro.

—Monseñor, dijo al ver á Barbarigo; acaba de acontecer una desgracia.

—Habla, le dijo el senador.

—El señor Rugiero Maffei, secretario del Consejo de los Diez, me mandó vigilar esta noche á un hombre que paseaba en la plaza de San Márcos.

—¿Le ha sucedido una desgracia á ese hombre? dijo roncamente Barbarigo.

—No, no señor, dijo el esbirro; pero ese hombre ha

dado de estocadas en los jardines de Apolo al señor César Malatesta.

Elena dió un grito horrible y escapó bajando apresuradamente las escaleras y lanzándose en el vestíbulo.

Kaivar y Karuk la habian seguido.

Barbarigo murmuró:

—Es preciso, indispensable, que Gabriel de Espinosa salga al momento de Venecia.

Y en paso tranquilo siguió la galería adelante acompañado del esbirro, bajó las escaleras, y al llegar al vestíbulo vió que Elena disputaba con los soldados que no la dejaban pasar.

—Vamos todos; yo voy con vosotros, dijo Babarigo; que arrimen la góndola, y á los jardines de Apolo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IV.

De lo que dió lugar á que Gabriel de Espinosa diese de estocadas á Cesar Malatesta.

I.

Retrocedamos.

La góndola en que habian entrado Estéfana Barbarigo, Gabriel de Espinosa y Laureta, y á cuya popa se habia colocado un esbirro, siguió el Gran Canal adelante, recorrió algunos canales, entró en las Lagunas, y á un estremo de ellas atracó delante de un edificio, entre una multitud de góndolas que iban y venian cargadas de gente alegre y bulliciosa.

Aquel edificio, que era bello y estaba profusamente iluminado, constituia la entrada de los jardines de Apolo.

Estos jardines eran uno de los muchos lugares donde se ofrecia á la alegre Venecia un largo, múltiple y animado espectáculo nocturno.

Un lugar á donde concurrian por centenares las damas galantes y los buscadores de aventuras, encubiertos bajo el antifaz, y de donde todas las noches sacaban los esbirros alguna gente presa.

Pero el buen pueblo de Venecia se divertia á sus anchas de una manera fenomenal, en aquella orgía que empezaba al principio de la noche, y concluia al principio del dia siguiente.

Un pueblo que se divierte no conspira, y el Consejo de los Diez dejaba, por lo mismo, que se divirtiese á sus anchas el buen pueblo de Venecia, aunque sus costumbres se fuesen corrompiendo más y más por estas contínuas orgías.

II.

Antes de saltar en tierra Estéfana pidió á Laureta los antifaces, y dió uno de ellos á Gabriel de Espinosa.

Cuando saltaron en tierra Estéfana, Gabriel de Espinosa y Laureta, tenian completamente cubiertos los rostros con antifaces negros, y era imposible conocerlos.

Apenas se habian retirado tres pasos del borde de la Laguna, saltó de la popa de la góndola un hombre cubierto tambien con un antifaz.

Era el esbirro que habia acompañado desde la plaza de San Márcos, sin ser notado por ellos, á Estéfana, á Gabriel de Espinosa y á Laureta.

—¿No te dijo César Malatesta, preguntó Estéfana á Laureta, que para ser reconocido por mí llevaria sobre la parte izquierda del pecho un lazo de oro y diamantes?

—Sí, señora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿No te dijo además que le encontraria en uno de los pabellones del Laberinto?

—Sí, señora.

Cuando tenia lugar este diálogo entre Estéfana y su doncella, iban envueltos entre la multitud que se apiñaba al entrar por el pórtico de los jardines de Apolo.

Estéfana no notó que inmediatamente junto á ella una mujer que se apoyaba en el brazo de un hombre prestaba suma atencion á este diálogo, y no apartaba su negra mirada, que brillaba ardiente á través de las estrechas aberturas de su antifaz negro, en Gabriel de Espinosa.

La gente se aglomerába y no podia pasar, porque los que iban llegando á la puerta interior del vestíbulo se detenian para pagar; así es, que todos estaban parados: la máscara que escuchaba la conversacion de Estéfana y Laureta, no perdia una sola palabra.

—No comprendo, dijo con irritacion Gabriel de Espinosa, de modo que lo oyó perfectamente la máscara que escuchaba, por qué ese empeño de ver á César Malatesta antes de nuestro casamiento.

—Tú no le verás, dijo Estéfana; en cuanto entremos, Laureta y yo nos separaremos de tí.

—¡Ah, no! Yo no te dejaré soltarte, dijo Gabriel de Espinosa.

—¡Ah, sí! dijo riendo ligeramente Estéfana; ya encontraremos medio Laureta y yo de perdernos; por lo mismo, voy á decirte donde nos podemos encontrar.

—Es inútil, porque no te soltaré.

—Escucha por si acaso: dos horas despues de que nos

hayamos perdido, espérame en el jardin del Lago, junto á la estátua de Niove.

—¿Y por qué no he de estar yo á tu lado?

—Porque no quiero que se espante el señor César Malatesta; es necesario precaverse de ese miserable, y basto yo sola; no quiero que tomes tú parte en ello.

La máscara que observaba no pudo oir más.

Un grupo de estudiantes que habia sobrevenido, se habia metido como una cuña entre ella y Estéfana.

Grupos que fueron llegando sucesivamente, los separaron más y más.

III.

La máscara que habia escuchado, por su apostura, por ese no sé qué característico que emana de ciertas mujeres, parecia ser muy hermosa, á pesar de que iba completamente envuelta en un ancho albornoz de lana blanco, con rayas pardas, y el capuz echado sobre la cabeza.

Aquel albornoz era completamente moro, cosa que no se extrañaba en Venecia, que tenia comercio con el mundo entero, y mucho más con África, que estaba frente á ella.

El hombre en cuyo brazo se apoyaba esta máscara, iba cubierto por un albornoz completamente blanco y completamente africano.

—Es necesario que no te olvides de su traje, dijo la mujer del albornoz rayado al hombre del albornoz blanco; él está vestido á la veneciana, con birrete de grana

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y oro, loba de terciopelo negro con armiño, justillo de raso blanco y negro con cuchilladas tomadas de oro, calzas blancas y zapatos de terciopelo negro con cuchilladas como el justillo.

—Aunque fuera envuelto de los piés á la cabeza le conocería, señora, dijo el hombre.

—Ella, añadió la mujer del albornoz rayado, lleva manto de terciopelo negro, y debajo traje de raja blanca de Florencia bordado de oro; la doncella lleva manto de tercianela negra, y debajo traje de damasco encarnado con adornos de seda negros.

—No lo olvidaré, señora; y aunque se nos han perdido, les encontraremos.

—No te olvides, dijo la dama del rayado albornoz, de buscar un hombre que debe llevar en el pecho, sobre el corazon, un lazo de oro y diamantes; ese hombre debe estar en el Laberinto; pero yo no he estado nunca aquí, y no sé hácia qué parte puede estar ese Laberinto.

—Él nos lo dirá; pero si es un verdadero laberinto, nos exponemos á perdernos.

—Más perdida que estoy, no puedo estarlo, ni más vendida, ni más olvidada. ¡Oh! ¡Qué ingratitud tan horrenda!

Una oleada de gente que se aglomeraba más y más á la entrada del pórtico los lanzó dentro del vestíbulo, y poco despues estaban junto á los cobradores, á quienes pagaron el precio de la entrada, y pasaron, entrando en los jardines.

IV.

Tras ellos entró un hombre de aspecto singular, del cual emanaba un no sé qué de terrible y astuto.

Iba completamente vestido de negro, envuelto en una especie de manteo de gruesa bayeta negra, con una gorra de lo mismo y un ancho antifaz negro de seda.

Aquel hombre era el esbirro que habia seguido desde la plaza de San Márcos hasta los jardines de Apolo á Gabriel de Espinosa y á Estéfana Barbarigo.

Ya nos hemos ocupado de este esbirro en otra ocasion; era Brachioforte, el hombre de más confianza del Consejo de los Diez.

El traje que Brachioforte llevaba, era puramente un traje de estudiante veneciano.

Pero el estudiante veneciano, como el estudiante de todas partes, dejaba conocer la alegría y la travesura de su carácter á cien leguas de distancia, y si algo emanaba de Brachioforte, era una gravedad amenazadora y sombría.

V.

Inmediatamente que se pasaba del vestíbulo, no habia motivo para que la gente estuviese apretada.

El vestíbulo era como el cáuce de un rio que arroja su corriente en el mar; porque los jardines de Apolo eran extensísimos.

Así es, que la concurrencia se esparcia libremente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en los jardines apenas entraba en ellos, y se dirigia á su placer á las avenidas de árboles, iluminadas por festones de faroles de colores, en la circunferencia del ancho espacio que se encontraba inmediatamente despues de la salida del vestíbulo, cubierto de arena blanca y apisonado, y en cuyo centro se alzaba una fuente monumental, con una gigantesca estátua de Apolo en la parte superior.

Bajo los caprichosos juegos de agua de esta fuente, que formaban fanales, palmas y abanicos, lucian, produciendo un efecto admirable, una multitud de vasos de colores.

Esta fuente, las avenidas de árboles iluminadas, el cielo despejado dejando ver ese azul incomparable de una noche tranquila, en que la luna no amortigua el vivo resplandor de los luceros, hacian de aquel lugar de placer, uno de los encantados lugares que encontramos descritos en los cuentos persas.

VI.

Brachioforte adelantó en paso lento hasta cerca de la fuente, y allí se detuvo, con la cabeza alta, en la actitud del podenco que toma el viento para conocer el rastro de la pieza.

Podia comprenderse que vacilaba en la direccion que debia seguir, cuando vió pasar junto á él un caballero galana y ricamente vestido, que sin vacilar tomó la direccion de una ancha avenida situada en el centro del semicírculo de árboles que constituia el límite del espacio, en medio del cual se alzaba la fuente de Apolo.

—¡El señor César Malatesta! dijo Brachioforte refiriéndose al caballero que acababa de pasar, y á quien á juzgar por su dicho, habia reconocido á pesar de su antifaz: á donde él vaya irán ellos, y donde ellos se encuentren con él, será donde esté el peligro.

Y Brachioforte, rebujado en su manteo, tiró detrás de César Malatesta, que andaba de prisa, como quien vá con gran interés á un lugar determinado.

VII.

Muy pronto empezó á oirse una alegre música que resonaba á lo lejos, y que se iba apercibiendo distintamente, á medida que César Malatesta y su seguidor adelantaban rápidamente, dejando atrás á la multitud de máscaras que marchaban por la avenida.

A la salida de ella se detuvo de repente Brachioforte. Habia visto á Gabriel de Espinosa, solo, que miraba á derecha é izquierda, como aquel á quien acaba de perdérsele entre una multitud una persona de quien iba acompañado.

—Atencion, se dijo á sí mismo Brachioforte; el señor Gabriel ha perdido á la señora Estéfana Barbarigo, ó más bien, se le ha escurrido ella; Dios tenga piedad del señor César Malatesta, si yo no ando listo; me parece que esta noche hace una de las suyas la medicina de los Borgias: adelante.

Y se lanzó fuera de la avenida, entrando en un espacio en medio del cual se extendia una pequeña lagu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

na, con la vista fija en César Malatesta, que en aquel momento pasaba junto al pedestal de una magnífica estátua de Niove.

Cerca del lugar por donde iba marchando César Malatesta se extendia una intrincada espesura de árboles, en la que se abrian una multitud de estrechos senderos, iluminados opacamente acá y allá por un farol de vidrios azules, que producia una claridad débil, blanda, ténue.

Aquellos senderos constituian lo que se llamaba el Laberinto de los jardines de Apolo.

A ellos se dirigian máscaras de ambos sexos, y á uno de ellos se dirigió César Malatesta.

Brachioforte apresuró el paso, corrió, llegó casi al mismo tiempo que Malatesta á la entrada del sendero; pero se inclinó á la derecha y se metió entre los árboles, siguiendo por entre ellos y sin ser visto á Malatesta, que adelantaba con rapidez por entre aquel enmarañamiento, y con una seguridad tal, que demostraba que en aquellos lugares era muy práctico.

La música sonaba ya muy cerca, como partiendo del centro del Laberinto.

César Malatesta marchaba sin duda de una manera segura, porque á medida que adelantaba, se apercibia más cercana la música.

Brachioforte no perdia de vista á Malatesta, deslizándose en la sombra por entre los árboles.

Al fin, Malatesta desembocó en un gran espacio circular, cubierto de césped, en medio del cual se alzaba un edificio, á través de cuyas vidrieras de colores se

veia el fuerte reflejo de la iluminacion del interior.

Dentro de aquel edificio sonaba la música, y á él se dirigian máscaras provenientes de todos los senderos del Laberinto.

César Malatesta se detuvo cerca de una de las puertas del gran pabellon oriental de que ya hemos hablado.

Brachioforte salió de entre los árboles, se encogió, adelantó encogido, y se tendió entre la yerba, oculto por ella, y fuera de los senderos.

VIII.

Pasó algun tiempo: al fin, dos mujeres, una de las cuales llevaba bajo su manto un traje blanco, como la otra llevaba bajo el suyo un traje encarnado, salieron por entre los árboles y se detuvieron, sin ver á Brachioforte muy cerca de ellas.

—Laureta, dijo Estéfana, que ella era, aquel que está parado cerca de la puerta, es sin duda César Malatesta; aquí debemos separarnos, porque yo sola debo hablarle, y tú, además, tienes que ir á encontrar á Bempo y avisarle. Lo que te he dado debe ponerlo en las confituras secas: César Malatesta sabe que yo no las como, y él gusta mucho de ellas, particularmente de las peras; que haya una hermosa pera entre las confituras: vété ya.

Laureta se separó de Estéfana, y se dirigió al pabellon, donde entró.

Estéfana, en tanto, se dirigia lentamente hácia el sitio donde esperaba de pié y con marcadas señales de impaciencia César Malatesta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Qué haces aquí guardando esta puerta? dijo Estéfana alterando la voz cuando hubo llegado César; te expones á tener un mal encuentro; porque á tí te conoce todo el mundo, y te conoce de mala manera.

—El encuentro bueno ó malo que esperaba, le tengo ya, dijo Malatesta.

—¿Sabes quién soy? dijo riendo Estéfana; estoy segura de que te engañas.

—Mi corazon latiría menos si fueses otra, dijo César Malatesta.

—¡Ah! ¿Tú corazon late por mí?

—Como no ha latido por ninguna mujer.

—Dicen que te casas, César, y puede suceder que creas que quien te habla es tu esposa.

—Si tú consintieras en ser mi esposa, Elena Conti, á pesar de todos los poderes del mundo, se quedaria sin casar.

—¿Quién crees que soy yo?

—La mujer que adoro, y de quien he recibido una cita para el pabellon turco de los jardines de Apolo.

—¡Que has recibido una cita de mí! Tú estás loco, César.

—Esta mañana he recibido una carta en que se me daba una cita, y al pié de la cual se leia Estéfana Barbarigo.

—En buen hora; la carta puede no ser de Estéfana, como muy bien puedo yo no serlo.

—Yo te conozco, dijo Malatesta; se desprende de tí un perfume que no tiene ninguna otra mujer.

—Gracias en nombre de Estéfana, que es lástima que

no sepa lo enamorado que estás de ella. ¿Pero cómo es que siendo tú quien eres no te ama Estéfana?

—Tú lo sabes, y hé ahí por qué tu cita me extraña, y me extraña mucho más el que no hayas faltado á ella.

—Repito que te engañas.

—¿Y cómo es que estás aquí sola conmigo? ¿Que para acercarte á mí has despedido á tu doncella?

—Vengo buscando á un hombre á quien amo, y te he confundido con él; por lo mismo, y puesto que he conocido al verte, mi equivocacion, quédate con Dios, César.

—Espera, espera, dijo Malatesta asiéndola una mano y deteniéndola: ¿dime quién es el hombre á quien amas?

—Yo no amo: me caso simplemente.

—¿Sin amor?

—Así se casan la mayor parte de las mujeres.

—¿Y por qué eso?

—Porque generalmente el hombre á quien amamos, no quiere ó no puede casarse con nosotras.

—Hablas con una franqueza que espanta.

—Como que tengo puesto el antifaz.

—Las mujeres estais siempre enmascaradas.

—Para todo el mundo, sí; para el hombre á quien amamos, no.

—¿Y dices que no amas al hombre con quien te vas á casar?

—No.

—¿Y por qué te casas con él?

—Por desesperar al hombre que me ama, y de quien no me atrevo á mostrarme enamorada, aunque le amo con toda mi alma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Latió violentamente el corazon de César Malatesta, y su sangre ardió.

—¿Y no conoce el hombre que te ama, dijo, que le amas tú?

Y la voz de Malatesta temblaba.

—No, dijo Estéfana, porque en vez de amor, le he mostrado ódio, le he hecho concebir esperanzas, y le he burlado; es demasiado presuntuoso y vano, y yo he humillado su vanidad con un desprecio tan bien fingido, que él le ha creido verdadero.

—¿Es esta una nueva traicion, Estéfana? ¿Es esta una nueva burla?

—Me alegraria de que te oyese Estéfana; porque una de dos, César: ó á fuerza de seducir mujeres has aprendido á mentir como las mujeres, ó estás enamorado de Estéfana Barbarigo con toda tu alma.

—¿Y puedes dudarlo? ¿No te he dado pruebas de mi locura, de mi desesperacion? ¿No me veo por tí despreciado y maldecido por mi segundo padre, por tu noble padre Giacomo Barbarigo?

Estéfana soltó una carcajada tan natural, tan burlona, que César Malatesta dudó.

—¿Si no eres Estéfana, dijo, cómo sabes lo que me has dicho?

—Como sé muchas otras cosas más; ¿dime, César, añadió Estéfana acercándose al oido de Malatesta con acento ardiente, aunque siempre perfectamente fingido, para cuántos amores tienes tú corazon?

—Para ella sola, dijo Malatesta estrechando contra su pecho la suave y mórbida mano de Estéfana, que ardia.

—¿Y dime, César, si la que te hablase fuese tu sultana mora, la esposa de ese extranjero que se murmura es el rey don Sebastian, responderias lo que me has respondido á mí, creyéndome Estéfana?

—Yo estoy loco, dijo Malatesta; yo busco amores desesperados para calmar el dolor que me causa el desprecio de Estéfana, de mi diosa, de mi ángel terrible, de mi destino; yo he acabado por dudar quién eres tú; tienes la misma estatura, el mismo aspecto, la misma morbidez que tres mujeres, entre las cuales me encuentro colocado. Pues bien, aunque tú seas esa sultana mora, doña María de Souza, la esposa repudiada por el rey don Sebastian; aunque seas Elena Conti, la mujer á quien me unen, no el amor, sino lazos fatales que no pueden romperse sino cuando uno de los dos haya exterminado al otro; seas cualquiera que conozca por una causa que no adivino mis secretos, sábelo: yo amo á Estéfana Barbarigo; ella es la única mujer de quien he sido esclavo, de quien seguiria siendo esclavo.

—Estéfana se casa esta misma noche, dijo con voz opaca y alentando apenas Estéfana; tú lo sabias, tú te vas á casar tambien esta noche con Elena Conti; ¿qué has hecho tú?

—Venir á una cita de Estéfana.

Estéfana estrechó fuertemente la mano de César Malatesta, y con la mano izquierda, trémula y presurosa, se despojó del antifaz, y arrancó el suyo á César Malatesta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX.

Lo que pasó inmediatamente fué solemne, terrible; las miradas de aquellos dos jóvenes, hermosos ambos como una tentacion, se cruzaron, se confundieron, abrasadoras, terribles, inmensas.

Entrambos estaban pálidos y temblaban.

—Hay un destino comun á los dos, César, dijo Estéfana; entrambos nos encontramos envueltos en una nube de fuego; yo no sé lo que siento por tí, si es amor ó aborrecimiento; pero á tí me arrastra un poder invencible; necesito oirte, necesito que me digas cuánto eres capaz de hacer por mí; dudo, vacilo; estoy á punto de decidir mi destino, y no quiero dudar ni vacilar.

—Rompamos por todo, Estéfana, dijo Malatesta; yo estoy amenazado por el Consejo de los Diez, obligado á casarme con Elena Conti, empeñado mi orgullo, que mi amor no, por la mujer de ese rey, sin reino y sin corona; de una parte, tengo amenazada la vida; de la otra, empeñado mi orgullo en un duelo á muerte; pues bien, Estéfana, mi alma está bebiendo por mis ojos el alma tuya que arde en tu mirada; el fuego de tu sér se trasmite á mi sér por tu hermosa mano que tiembla entre mi mano; tu hermoso seno se agita cerca del mio, y oigo los latidos violentos de tu corazon; tú me amas, Estéfana; tú no sabias que me amabas, hasta que ha llegado el momento de consagrarte, de entregarte á otro hombre; tú has necesitado saber cuánto era mi amor hácia tí, y me has citado; nos hemos encontrado, tú próxima

á unirte á ese extranjero, yo faltando á la hora y al lugar donde obligado por la República debia unirme con Elena Conti; pero esto ha sido un sueño; una terrible pesadilla que nos ha envuelto á los dos, Estéfana; pero hemos nacido el uno para el otro; no hay poder ni destino que puedan separarnos; viéndote, oyéndote, adorándote, nada existe para mí en el mundo más que tú; toda la hermosura junta de todas las mujeres que me han amado, desaparece, se borra de mi memoria, por una sola mirada de tus ojos; ¡qué importa lo que haya de suceder! ¡Qué importa que me despedace el Consejo de los Diez por inobediencia, si he gozado en un solo momento una eternidad de gloria contigo! ¡Ah! ¡No me engañes, Estéfana! ¡Yo temo que todo el amor, toda la turbacion, toda la alegría que veo en tus ojos, que me embriaga en tu aliento abrasado, sean mentira! Pero no, no, tú no mientes ahora, ¿no es verdad? Tú no mientes ahora como me has mentido otras veces; pero ¡insensato de mí! á qué dudar, si todo tu sér me está diciendo ¡yo te amo!

—Sí, contestó Estéfana, lanzando aquel sí envuelto en un suspiro; ¡yo estoy loca! El infierno te ha dado sin duda todo su poder; mi cabeza se pierde; no me acuerdo á qué he venido aquí; ¡ah, sí! exclamó Estéfana con un acento en que se revelaban el miedo y el horror: habia venido á matarte.

—¡Tú! ¿Tanto me aborreces? exclamó dolorosamente Malatesta.

—No, no te aborrecia, dijo Estéfana, te temia César; he humillado demasiado tu orgullo, te he irritado de-

masiado; eres harto terrible para que yo no temiese por la vida del hombre á quien vieses esposo mio.

—Pero esto es volverse loco, dijo Malatesta; ó tu amor, ese amor que veo en tí, es una fascinacion que te embriaga, ó te unias sin amor con ese hombre.

—Yo no te conocia, César; no te he conocido hasta esta noche, hasta hace un momento; nunca me has hablado tú con tanta sinceridad; cuando tú me enamorabas, veia yo en tí la intencion de humillarme, y esto me irritaba, me obligaba á humillarte á mi vez; nosotros hemos sido enemigos; no podíamos olvidarnos el uno del otro, y creíamos ódio lo que sentíamos el uno por el otro, César; tú has enamorado á otras mujeres por irritarme; yo, por irritarte, he escuchado los amores del rey don Sebastian; el mismo dia en que ese rey me vió y me siguió, fuí yo á casa de Tieppolo Albano á comprarle el tósigo de los Borgias; ese tósigo, le he entregado yo hace poco, antes de venir á hablarte, viéndote ya, para que lo entreguen á Bempo, el cocinero que prepara las viandas que se sirven en ese pabellon donde debíamos entrar juntos, donde no entraremos, César, porque yo, que nunca he asesinado; yo, que no he nacido para matar, al verte, al unir mi mano con la tuya, me he extremecido, he pensado en que si no retrocedia, en que si te halagaba, si te engañaba, dentro de poco tiempo, tu mano, que ardia en mi mano, seria la mano helada de un cadáver. ¡Oh! No puedes dudar de mí, César, porque te lo revelo todo, porque al revelártelo todo, te doy la seguridad de que mi alma es tuya.

—Tengo miedo, Estéfana, dijo con acento cobarde

Malatesta; tengo miedo, porque me parece imposible que Dios me permita gozar la felicidad de tu amor; en mi memoria se levanta todo el mal que he hecho, todos los dolores que he causado, toda la sangre que he vertido; tengo la conciencia negra, he sido un infame, y la felicidad no puede ser nunca el premio de la infamia.

—¡Oh, no! Dios tal vez tiene misericordia de tí, y te da mi amor para que te conviertas, para que hagas tanto bien como mal has hecho. ¡Dios mio! yo no sabia lo que era amar, y era dura, fria, terrible; no he hecho daño á nadie, he amargado el corazon de mi buen padre, de mi anciano padre; yo conozco ahora que te amo, y que te amo como Dios quiere que ame la mujer, porque me siento ansiosa de virtud, porque mi alma se ha hecho tierna y dulce de repente.

—A cada momento siento más miedo; porque á cada momento me siento más feliz, dijo Malatesta.

—¡Ah, no! Escucha, yo he entrado en los jardines con el rey don Sebastian; por él, á quien yo creia amar, fascinada por su historia, por su nombre, por sus desgracias, por la grandeza que de él rebosa, yo venia á matarte, porque temia que tú, al verle esposo mio, le matases; él está aquí, yo voy á buscarle; yo le diré: señor, perdonadme si engañada he podido engañaros; yo no os amo; lo he comprendido hace un momento; porque al ir á matar á César Malatesta, he comprendido que le amaba, que no habia amado ni podia amar á otro más que á él; perdonadme, señor, y olvidadme ó tomad de mí la venganza que querais, porque yo no puedo engañaros, porque yo no puedo sacrificarme, porque yo no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puedo hacerme horriblemente desgraciada, envolviéndoos en mi desgracia.

César Malatesta estrechó contra su seno en silencio á Estéfana, que reclinó la cabeza sobre su hombro y lloró.

Era la primera vez que Estéfana lloraba.

X.

Es necesario convenir en que Gabriel de Espinosa era muy desgraciado.

Todas las empresas que acometia tenian un resultado desastroso.

Por la primera vez de su vida habia amado, y cuando por su amor se habia indispuesto con su conciencia, abandonando á su esposa, á quien nunca habia amado, pero á quien todo lo debia; abandonando á su hija arrastrado por la locura, cuando ébrio de amor y de deseo se creia próximo á gozar del cielo que habia soñado en Estéfana, Estéfana comprendia, delirante de placer, que no amaba al hombre á quien creia haber amado; que amaba con toda su alma al hombre á quien habia creido aborrecer con todo su ódio; que el rey don Sebastian le era completamente indiferente, y que César Malatesta era su felicidad, el ardiente destino de su vida.

Lo repetimos; Gabriel de Espinosa no podia ser más desgraciado.

XI.

—El tiempo se pasa, dijo Estéfana, y yo tambien tengo miedo; el rey don Sebastian es terrible, y comprendo que seria insensato decirle lo que habia pensado decirle; ese hombre está loco, César; ese hombre tiene la locura de la grandeza y del orgullo; ese hombre me despreciaria y te buscaria á tí.

—Me ahorraria la mitad del camino, porque yo voy á buscarle; porque ese hombre ha oido palabras de amor de tu boca, y necesito que me pague con su vida la felicidad de haberlas oido; él y yo no cabemos juntos en la tierra; es necesario que el uno sea arrojado en la tumba por el otro.

—Tú me has dicho que serás mi esclavo, dijo pálida de terror Estéfana, y si yo no te veo dócil á mi voluntad, creeré que no me amas, y seré horriblemente desgraciada; tú harás lo que yo te mande, ¿no es verdad?

—¿Y qué te importa la vida de ese hombre? Mira no crea que aún queda en tu alma para él un resto de amor.

—¿Lo creerias así, César? dijo solemnemente séria Estéfana.

—¿Por qué cruzarse entre las espadas de dos hombres que deben aborrecerse? exclamó con acento amenazador Malatesta.

—¡Por tí! ¡Porque temo por tu vida!

—¡O por la suya, Estéfana!

—¡Dios mio! Tú no puedes decir eso; yo venia á matarte, y en vez de matarte te he dado mi alma entera, porque ha sido necesario que yo arrostre esta situacion terrible, para que conociera que te amaba.

—¡Oh! ¡Insensato de mí! exclamó Malatesta; ahora lo comprendo todo; Satanás te ha dado el arte del engaño.

—¿Qué dices, César?

—Sí, es verdad; tú no estás acostumbrada á matar; te habias creido bastante fuerte para cometer el crímen, y al verle de cerca, al tocarle, has retrocedido espantada.

—¡No; he comprendido que te amaba!

—Mientes; á quien tú amas es á ese rey de farsa, á ese aventurero; sabias que yo me habia de cruzar en vuestro camino, que yo habia de matarle antes de que llegase contigo al altar, al mismo altar en que en vano han pensado me uniria con Elena Conti; has sido cobarde, y ahora mismo no sabes qué debes hacer.

—¡Ah! ¿Crees tú que yo vacilo, que yo dudo, que yo tengo miedo, que no soy tan valiente como tú, que no soy como tú capaz de todo, que podia yo amarte como te amo si no fuese semejante á tí? Pues bien, voy á darte una prueba de que no miento. Óyeme, César; si yo salgo de aquí contigo, dejando solo y esperándome en vano á ese hombre, si yo te hago completamente mi señor, si despues voy á arrojarme á los piés de mi padre á rogar su perdon, á pedirle su bendicion para nosotros dos, ¿creerás que te amo?

—Sí; si eso haces, lo creeré, respondió Malatesta con la mirada resplandeciente de alegría.

—¿Y qué harás tú por mí en premio de mi amor, de mi delirio?

—Cuanto me pidas, Estéfana.

—Oye; yo creo que ese hombre, que ese rey don Sebastian, es incontrastable; en algunos momentos, veia en su mirada algo de la mirada de la fiera, del valor

indómito y sanguinario del leon; yo tengo miedo; yo tiemblo al solo pensamiento de que os encontreis frente á frente y espada en mano; hay momentos tambien, en que creo que tú eres invencible, y cuando loca y fascinada creia amarle, temblaba por él, como ahora tiemblo por tí; ten lástima de mi agonía, César; al conocerte, he conocido que te he amado siempre sin saberlo; y te amo tanto, que todo me espanta; yo conseguiré el perdon y la bendicion de mi padre, estoy segura de ello; yo le diré: señor, vos sois prepotente en Venecia, yo tiemblo al solo pensamiento de que se busquen y se encuentren César y el rey don Sebastian; valéos de vuestro poder, y apartad de Venecia al rey. Y mi padre que me ama, que me ama porque soy su hija, que cree haber olvidado que yo existo, porque está irritado contra mí, me acojerá amoroso cuando yo le busque arrepentida, y apartará de Venecia al rey; porque tiene para con el rey un deber de lealtad, y para contigo el deber de velar por el esposo de su hija.

—Por tu amor, todo; hasta la deshonra, dijo Malatesta.

—¡Oh! Yo tambien lo arrostro todo por tí; hasta la muerte.

—¿Y quién puede poner asechanzas á tu vida? dijo Malatesta.

—La mujer con quien debias unirte: Elena Conti.

—¡Oh! ¡Elena Conti! La mujer con quien me manda casarme so pena de traicion á la República.

—Y bien, que nos haga pedazos el Consejo, Elena Conti ó el rey don Sebastian; el amor se ha rebelado en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nosotros, y mi amor es valiente; yo siento lo mismo que tú sientes; una eternidad de gloria en un momento de felicidad contigo, y despues, que nos reduzca en buen hora á ceniza el el fuego del cielo. Ven.

—¿Y no esperas á Laureta?

—Ella se volverá sola á casa.

Y Estéfana se asió del brazo de César Malatesta, y tiró con él hácia la entrada de uno de los senderos del Laberinto, pasando muy cerca de Brachioforte, que estaba escondido entre la yerba.

XII.

Pero aún les faltaba un gran espacio para llegar á los árboles, cuando por otro sendero apareció un hombre que marchaba apresuradamente.

Aquel hombre llevaba un birrete rojo bordado de oro, una loba negra con pieles de armiño, un jubon de raso blanco y negro, y calzas blancas.

Aquel hombre era Gabriel de Espinosa, que en su precipitacion tropezó con Malatesta y Estéfana, la reconoció, lanzó un rugido de rabia, se hizo atrás, y quedó mirándolos frente á frente.

En aquel momento salió de entre los árboles una dama ricamente vestida á la veneciana, con el semblante descubierto.

Era la sultana Sayda Mirian.

Tras ella, con traje condotiero veneciano, con el semblante descubierto, terciados en el brazo izquierdo dos albornoces, venia un hombre.

Aquel hombre era Yezid, el leal servidor de Aben-Shariar, que se habia salvado por un milagro de la muerte, y servia con su ardiente fidelidad africana á Sayda Mirian.

Esta y Yezid se detuvieron á alguna distancia de Gabriel de Espinosa, atentos á lo que iba á suceder.

Por la otra parte, Brachioforte se habia puesto de pié, habia probado si su espada salia bien de la vaina, y observaba atento.

Del mismo modo Yezid empuñaba con la mano trémula de coraje su espada.

XIII.

Nuestros lectores no saben cómo y por qué razon Gabriel de Espinosa se encontraba frente á frente de Estéfana Barbarigo y de César Malatesta.

Pueden, sin embargo, adivinar, al ver allí tambien á la sultana Sayda Mirian, que esta éra la causa de aquel encuentro.

XIV.

Yezid servia á la sultana, como hubiera podido servirla el más inteligente esbirro.

Yezid habia podido averiguar quién era entre la servidumbre de Estéfana Barbarigo la persona que más gozaba de su confianza, y supo que esta persona era su doncella Laureta.

Laureta fué comprada á un tiempo por Yezid, por amor y por dinero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aunque Yezid tenia ya más de cuarenta años, era todavía un buen mozo; Laureta, que era muy linda, inspiraba la elocuencia, sino del amor, del deseo, á Yezid, que era vehemente como buen africano, y esto, junto á la explendidez con que regalaba á la muchacha, hizo que Laureta se enamorase ciegamente de Yezid, lo que es lo mismo que si dijéramos que Laureta era toda en cuerpo y alma del bravo corsario.

Por este medio Sayda Mirian sabia cuanto pasaba en el palacio Barbarigo entre Estéfana y Gabriel de Espinosa, que sus amores se acercaban dignamente al matrimonio, que nada, en fin, grave existia entre Estéfana y Gabriel, más, que el sério compromiso de un enlace próximo. Sayda Mirian, abandonada á sí misma, repudiada, privada de la ayuda de Aben-Shariar, estaba resuelta á todo para impedir aquella boda.

Habia recurrido al Consejo de los Diez, y el Consejo de los Diez la habia respondido declarándose incompetente; pero tomándola á ella y á su hija de una manera independiente de sus asuntos de familia bajo la proteccion de la República, lo que era lo mismo que decirla: no os faltará una renta para vivir, ni una casa donde habitar.

Por lo demás, el Consejo de los Diez no podia oponerse al repudio decretado por el Papa en uso de su poder legítimo como representante de Dios sobre la tierra, como la mano suprema que tenia la potestad de atar y desatar.

Sayda Mirian, pues, se vió reducida á su propio esfuerzo y á los leales servicios de Yezid.

Este habia sabido aquel dia por Laureta que aquella noche debia celebrarse secretamente el casamiento de Gabriel de Espinosa y de Estéfana; pero que antes, Estéfana iria con Gabriel de Espinosa á los jardines de Apolo, para donde Estéfana habia citado á César Malatesta.

Yezid habia tenido en sus manos la carta que Estéfana habia dado á Laureta para que la llevase á César Malatesta, la habia abierto cuidadosamente, la habia leido, la habia copiado, y la habia vuelto á cerrar de tal modo que no podia conocerse que habia sido abierta.

Por esto habia asistido la sultana aquella noche á los jardines de Apolo, desde antes de que su puerta se abriese, habia esperado, habia reconocido á pesar de su disfraz á Gabriel de Espinosa, le habia oido, como sabemos, lo que habia hablado con Gabriel y con Laureta Estéfana á la puerta de los jardines.

Otra persona que hubiese oido las palabras de Estéfana nada hubiera podido comprender por ellas; pero para Sayda Mirian, fueron una alegría, porque la permitian obrar con grandes probabilidades de buen éxito.

Así es, que apenas entró en los jardines, buscó la laguna y la estátua de Niove, á alguna distancia de la que se puso en observacion con Yezid.

Estéfana habia aprovechado una ocasion oportuna, se habia desasido de Gabriel de Espinosa, se habia perdido entre los árboles inmediatos, y Gabriel de Espinosa se habia encontrado solo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto le habia contrariado gravemente.

Gabriel de Espinosa veia con extrañeza, y tenia razon para extrañarlo, la excéntrica conducta de Estéfana, su incalificable entrevista en la misma noche de su casamiento con César Malatesta, y esto le hizo recelar, y le puso en muy mala disposicion de espíritu.

Vagó algun tiempo por los jardines, por ver si encontraba á Estéfana, y no consiguiéndolo, se fué á esperar, á cada momento más colérico, al lado de la laguna y al pié de la estátua de Niove, donde Estéfana le habia dicho que volveria á buscarle.

XV.

Aún no habian pasado cinco minutos desde que esperaba, cuando se acercó á él lentamente una máscara magnífica, afectada de una manera completa en su modo de andar, que se comprendia no era su paso acostumbrado, y deslumbrantemente vestida con un ostentoso traje de patricia veneciana, y de patricia riquísima.

Gabriel de Espinosa ni aun llegó á sospechar que aquella dama fuese Sayda Mirian.

De tal manera desfiguraba ésta su paso, su actitud y hasta su estatura, encorvándose para parecer menos alta, porque, como sabemos, Sayda Mirian tenia una estatura aventajada.

Gabriel de Espinosa no estaba de humor de aventuras, y recibió de una muy mala manera á Mirian, que se habia detenido cerca de él.

—Déjame en paz y sigue tu camino, la dijo; no me conoces de seguro, y yo no quiero conocerte. Anda con Dios.

—Me causa pena que estés solo mientras Estéfana Barbarigo habla libremente con su antiguo amante César Malatesta.

—Mientes, dijo Gabriel de Espinosa; César Malatesta jamás ha sido amante de Estéfana.

—¿De qué mujer hermosa, jóven y patricia, no ha sido amante César Malatesta?

—Por qué haya sido amante tuyo, mujer, dijo con desprecio Gabriel, ¿ha de haberlo sido tambien de Estéfana? Véte.

—¡Amante mio! ¿Cuándo he tenido yo amante? exclamó Sayda Mirian, olvidándose de finjir la voz.

Gabriel de Espinosa la reconoció, tembló y se hizo atrás.

—¡Mirian! exclamó.

—Pues bien, sí, no quiero mentir más, no quiero encubrirme más, no tengo necesidad de mentir ni de encubrirme. ¡Sí, yo soy tu esposa Sayda Mirian! ¡Tu esposa ante Dios y ante los hombres, á pesar de tus traiciones, á pesar del Papa y del mundo entero! ¡La sultana Sayda Mirian, que se acuerda de que es africana, de que la debes la vida, de que la perteneces entero! ¡La sultana Sayda Mirian á la que siempre encontrarás á tu lado como la encuentras ahora, si no la matas, en lo que la harias un favor! ¡La sultana Sayda Mirian, que no ha podido hablarte cuatro palabras sin decirte: ¡yo soy Mirian que te ama á pesar de tu desagradecimiento y de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto le habia contrariado gravemente.

Gabriel de Espinosa veia con extrañeza, y tenia razon para extrañarlo, la excéntrica conducta de Estéfana, su incalificable entrevista en la misma noche de su casamiento con César Malatesta, y esto le hizo recelar, y le puso en muy mala disposicion de espíritu.

Vagó algun tiempo por los jardines, por ver si encontraba á Estéfana, y no consiguiéndolo, se fué á esperar, á cada momento más colérico, al lado de la laguna y al pié de la estátua de Niove, donde Estéfana le habia dicho que volveria á buscarle.

XV.

Aún no habian pasado cinco minutos desde que esperaba, cuando se acercó á él lentamente una máscara magnífica, afectada de una manera completa en su modo de andar, que se comprendia no era su paso acostumbrado, y deslumbrantemente vestida con un ostentoso traje de patricia veneciana, y de patricia riquísima.

Gabriel de Espinosa ni aun llegó á sospechar que aquella dama fuese Sayda Mirian.

De tal manera desfiguraba ésta su paso, su actitud y hasta su estatura, encorvándose para parecer menos alta, porque, como sabemos, Sayda Mirian tenia una estatura aventajada.

Gabriel de Espinosa no estaba de humor de aventuras, y recibió de una muy mala manera á Mirian, que se habia detenido cerca de él.

—Déjame en paz y sigue tu camino, la dijo; no me conoces de seguro, y yo no quiero conocerte. Anda con Dios.

—Me causa pena que estés solo mientras Estéfana Barbarigo habla libremente con su antiguo amante César Malatesta.

—Mientes, dijo Gabriel de Espinosa; César Malatesta jamás ha sido amante de Estéfana.

—¿De qué mujer hermosa, jóven y patricia, no ha sido amante César Malatesta?

—Por qué haya sido amante tuyo, mujer, dijo con desprecio Gabriel, ¿ha de haberlo sido tambien de Estéfana? Véte.

—¡Amante mio! ¿Cuándo he tenido yo amante? exclamó Sayda Mirian, olvidándose de finjir la voz.

Gabriel de Espinosa la reconoció, tembló y se hizo atrás.

—¡Mirian! exclamó.

—Pues bien, sí, no quiero mentir más, no quiero encubrirme más, no tengo necesidad de mentir ni de encubrirme. ¡Sí, yo soy tu esposa Sayda Mirian! ¡Tu esposa ante Dios y ante los hombres, á pesar de tus traiciones, á pesar del Papa y del mundo entero! ¡La sultana Sayda Mirian, que se acuerda de que es africana, de que la debes la vida, de que la perteneces entero! ¡La sultana Sayda Mirian á la que siempre encontrarás á tu lado como la encuentras ahora, si no la matas, en lo que la harias un favor! ¡La sultana Sayda Mirian, que no ha podido hablarte cuatro palabras sin decirte: ¡yo soy Mirian que te ama á pesar de tu desagradecimiento y de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tus traiciones! ¡Que viene aquí á ponerse á tu paso, á irritarte, á obligarte á que la mates, porque prefiere morir á verte esposo de otra mujer!

—Yo no soy un hombre, dijo Gabriel de Espinosa dominado por la pasion que emanaba de la mirada, de las palabras, de la actitud de Sayda Mirian.

—Sí, es verdad, dijo Mirian; tú no eres un hombre, tú eres una fiera, que ni aún tiene amor á sus hijos.

—¡Yo soy rey! Yo me debo á mi reino, que sufre á un señor extraño; mi casamiento con esa mujer es una necesidad; por ella obtendré todo el favor de la República, porque ella es hija del senador Barbarigo, del poderoso Barbarigo, que dispone de los destinos de la República.

—¡Mientes! ¡Calumnias al generoso anciano que ha arrojado de sí á su hija Estéfana avergonzado de ella! ¡Mientes y calumnias á tu reino, porque el noble reino de Portugal veria con placer y sobre su trono á la mujer que todo lo ha sacrificado por su rey, que se lo ha salvado, que se lo ha conservado! ¡Pero mientes! Tú no eres rey, tú no tienes del rey don Sebastian más que la semejanza; el rey don Sebastian murió en Alcázar-Kivir; tú has sido conmigo un villano, y un rey no incurre jamás en una villanía.

Gabriel de Espinosa se puso encarnado hasta en lo blanco de los ojos é instantáneamente pálido con la densa palidez de la cólera, llevó instintiva y enérgicamente la mano á su puñal.

—¡Sí, mátame! dijo Mirian; eso es lo que deseo; á eso he venido aquí; no importa que nuestra hija quede huérfana, porque el noble Barbarigo la ha obtenido la generosa adopcion de la República de Venecia.

—¿Que hombre es ese? dijo Gabriel de Espinosa al ver cerca de Mirian á Yezid, que al poner Espinosa la mano en su puñal se habia acercado.

—¡Soy yo, Yezid el africano; Yezid, que se acuerda de lo que era hace diez y siete años la sultana Sayda Mirian, y vé lo que es ahora! ¡Yo, que por respeto á la sultana y estando ausente el emir Sidi-Yhaye, he debido pedirte cuenta de lo que has hecho, seas quien fueres! ¡Yo, que no te he dado el castigo que mereces, porque la sultana ha detenido mi brazo; porque la infeliz te ama, y yo soy su esclavo!

—¡Yezid! exclamó Sayda Mirian mientras Gabriel de Espinosa callaba, porque la terrible violencia de su cólera le enmudecia: ¡Yezid, véte!

—¡No! exclamó Yezid; no me apartaré de aquí hasta que ese hombre haya dejado de amenazarte, sultana.

—¡Véte! dijo Sayda Mirian, ¡retírate! Gabriel es demasiado noble, demasiado valiente, para ensangrentarse en una mujer.

Yezid se retiró lentamente y murmurando, como el mastin á quien su amo contiene.

—Hé aquí á lo que hemos llegado, dijo Sayda Mirian; pero yo no he traido á ese hombre, no, para que me defienda; yo no quiero más defensa contra tí, que mi dolor y mi infortunio; pero yo no podia venir sola; no puedo impedir tampoco que su lealtad le obligue á defenderme; deja pues de amenazarme, Gabriel; si me aborreces, si

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

necesitas mi sangre, yo me iré sola contigo, yo te seguiré donde puedas saciar en mí tu cólera sin que nadie lo vea, sin que nadie te pueda hacer cargo: ¿para qué quiero la vida, sino tengo tu amor?

Y Mirian se echó á llorar.

XVI.

Las lágrimas de Mirian apagaron la cólera de Gabriel.

No era un malvado, sino un loco, y se conmovió.

Comprendió todo lo terrible de la situacion de Mirian, y sintió remordimientos.

Y entonces le pareció Mirian tan hermosa como Estéfana, y más pura, más enamorada que ella.

Entónces, en un momento de reaccion, comprendió toda la enormidad de lo que habia hecho, vió con cuánta razon estaba Mirian desesperada y resuelta á todo, y el recuerdo de su pequeña hija ardió en su corazon y le dominó.

—Yo estoy loco, dijo pasándose la mano por la frente, como si hubiera querido arrancar de su cerebro la locura.

—¡Sí, sí! ¡Eso es! dijo Sayda Mirian con ansia, aprovechándose de aquel buen momento; tú estabas loco, pero ya no lo estás, no, porque conoces tu locura, y yo te amo Gabriel; ¡yo te amo! añadió asiendo sus manos, y tú me amas tambien, ¡oh, Dios mio! tú amas á tu hija, á nuestra hija. ¡Si tú no podias dejar de amarme! ¡Si es que esa infame mujer te ha enloquecido! ¡Te ha engañado! ¡Si esa mujer no te ama, no puede amarte! ¡Si ama á otro hombre!

—¡Qué ama á otro hombre! exclamó con la mirada vaga y el acento frio, pero colérico, Gabriel.

—¡Sí, á otro hombre que ha sido su primer amante! ¡A otro hombre á quien en estos momentos habla sin duda enamorada, allá en el pabellon del Laberinto, en un lugar en estos jardines que yo no conozco, porque yo nunca he venido! Pero nos lo dirán, sí, nos lo dirán; iremos los dos, y la sorprenderás en su traicion.

Y sin dejar á Gabriel que contestase, Mirian se llegó á Yezid.

—Vé, le dijo, busca á uno de los criados, á uno de los servidores de estos jardines, y pregúntale por donde se vá al pabellon del Laberinto; vé.

Yezid se puso en marcha, y se alejó como temeroso de dejar sola á la sultana con Gabriel.

XVII.

—¡Oh! este es un sueño horrible, dijo Gabriel, pasándose de nuevo la mano por la frente.

Y luego asió las manos de la sultana, la miró con extravío, y exclamó:

—Pero esto no puede ser; yo no he podido olvidarme de tí sin un encantamiento; dicen que los venecianos conocen filtros que enloquecen, como conocen venenos que matan: ¡esa mujer!... ¡Estéfana!... ¿Dices que ella tenia aquí una cita con un hombre que ha sido, que acaso es su amante?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Sí! exclamó con acento ardiente Mirian, acompañando su afirmacion con la ansiosa expresion de su semblante, y con un movimiento enérgico de cabeza.

—Ella, Estéfana, me habia dicho algo de eso, que queria matar á un hombre, porque era un peligro para mí, para ella.

—¡Miserable! exclamó con indignacion Mirian.

—Deja, deja, continuó Gabriel, en cuya mirada habia á cada momento más vaguedad; yo he sido débil; yo me he dejado arrastrar por ella á estos jardines; pero yo no habia consentido en el cobarde proyecto de asesinar á ese hombre, á ese César Malatesta; le hubiera matado yo á estocadas en el momento mismo en que se hubiera cruzado delante de mi paso; pero yo no sé asesinar; yo no puedo asesinar, yo no puedo incurrir en la infamia de aniquilar á un hombre bravo, tenido por invencible en Venecia, valiéndome de la mano débil y traidora de una mujer; yo estaba resuelto á no separarme de ella, á ponerme entre ella y él en el momento en que nos encontrásemos, y á concluir como concluye un asunto de honor un caballero; pero ella se me ha escapado perdiéndose entre la gente; ella ha ido....

—A ver á su amante, antes de ser tu esposa, dijo con desprecio Mirian; á convenir sin duda el medio de seguirte engañando, porque ella no matará á César Malatesta, no; le ama demasiado; por él ha caido sobre ella la maldicion de su padre; todo lo que ella te ha dicho no ha sido más que el principio de una farsa convenida, para confiarte, para seguir engañándote. ¡Oh! ¡La impura, la miserable, la infame! Pero vivia yo, estaba atenta yo; yo que soy

tu esposa, aunque el Papa te haya declarado libre; yo que te amo más que á mi vida, más que á mi salvacion; yo que he llegado á tiempo para decirte: despierta, mira lo que es la mujer por quien has olvidado, has sentenciado á la desesperacion y á la agonía, á tu buena Mirian, que te ama, á la madre de tu hija.

—Salgamos, salgamos cuanto antes de esta situacion, dijo con una colérica impaciencia Gabriel; has venido á despertarme y me has despertado; y al despertar, he visto á mis piés el horrendo abismo en que he estado á punto de caer; pero he visto tambien que se me burla, que se me escarnece, y necesito venganza.

—¡Qué más venganza que el desprecio! dijo Mirian; ¡qué más venganza que volver amante á mis brazos, romper ese decreto que nos separa, y vivir amantes, unidos por el amor de nuestra hija!

—César Malatesta creeria que le tenia yo miedo, dijo con acento sombrío Gabriel; unámonos en buen hora: yo lo deseo; pero que nadie pueda decir que yo he tenido miedo; vamos á buscar á ese hombre.

—¡Oh! ¡Si te mata, Gabriel!... dijo Mirian juntando las manos; dicen que es terrible, que nadie resiste su espada.

—Por lo mismo es necesario probar si él resiste á la espada que en Africa me rodeó de cadáveres, antes de que mi mano inerte la soltase.

XVIII.

En aquel momento apareció Yezid, cuyo rudo y terrible semblante se dulcificó al ver á Gabriel y á Mirian cariñosamente asidos de las manos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Al pabellon del Laberinto, dijo acercándose, se vá por entre esos árboles de la izquierda, siempre adelantando, y torciendo siempre á la derecha.

Oir esto Gabriel de Espinosa, desasirse de las manos de Mirian y partir á la carrera hácia los árboles de la izquierda, fué cosa de un momento.

Mirian y Yezid le siguieron.

Y asi, en paso rápido, él delante y ellos detrás, entraron en el Laberinto, le atravesaron y llegaron á su centro en el momento en que Estéfana y César Malatesta se encaminaban asidos el uno del otro á la salida del Laberinto.

XIX.

Gabriel de Espinosa comprendió á primera vista, en la manera de apoyarse Estéfana en el brazo de Malatesta, que le amaba.

La rábia de verse burlado, la traicion descubierta porque Gabriel apareciendo de repente habia sorprendido el descuido de su amor, obraron en Gabriel de Espinosa con la fuerza y rapidez de la electricidad.

Ciego de cólera, rugiendo como un leon hambriento, se lanzó espada en mano sobre César Malatesta, que apenas tuvo tiempo para desnudar su espada.

De una parte Brachioforte, y de la otra Yezid, se lanzaron con las espadas desnudas para interponerse; pero habian llegado tarde.

A pesar de la destreza, del valor y de la serenidad de César Malatesta, habia sido desarmado á la primera em-



Se lanzó espada en mano sobre César.

bestida de Gabriel de Espinosa, y habia recibido una tras otra en el pecho tres furiosas estocadas, tiradas con una rapidez horrible.

Cuando llegaron junto á Gabriel el esbirro y el corsario, cuando Mirian se abrazó á él convulsa y aterrada, César Malatesta estaba por tierra arrojando la sangre á borbotones por sus tres anchas heridas.

Afortunadamente para Estéfana, Mirian habia abrazado á Gabriel de Espinosa, y Brachioforte y Yezid se habian interpuesto.

De otro modo Gabriel de Espinosa hubiera cerrado á estocadas con Estéfana despues de haber tendido á Malatesta.

Porque Gabriel de Espinosa estaba enbriagado por la pasion febril que le habia inspirado Estéfana, y la rábia, el dolor, los celos le enloquecian.

XX.

Estéfana se lanzó sobre César Malatesta y se tiñó en su sangre.

—¡Muerto! exclamó lanzando un grito horrible, vibrante, agudo, arrancado del fondo de su alma.

Y luego, alzándose rígida, cubierto de extensas manchas rojas su blanco traje, con la mirada fiera y centelleante, con los brazos temblorosos y extendidos hácia Gabriel de Espinosa, gritó:

—¡Maldito seas tú y que su sangre y mi desesperacion caigan sobre tu cabeza, y que me vengue de tí la mano de un verdugo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y vacilando luego, é inclinándose hácia el cadáver, cayó sobre él con los brazos extendidos.

—¡Ah! exclamó Gabriel de Espinosa envainando su espada y lanzando una larga y hueca carcajada; ¡yo estaba loco!

Y se volvió á Mirian, la estrechó entre sus brazos, y exclamó:

—¡Tú sí que me amas!

Luego se volvió, y llevando á Mirian asida de la mano, se alejó en paso lento.

Yezid los siguió.

Brachioforte envainó su espada y se quedó inmóvil al lado del cadáver y de Estéfana, que estaba desmayada sobre César Malatesta.

XXI.

En Venecia brotaban los esbirros de entre la yerba, de los troncos de los árboles, de debajo de las piedras, de las paredes, del pavimento, del fondo de los canales, de todas partes, en cuanto un hombre daba el más ligero motivo para ser preso.

Aún no habia entrado entre los árboles Gabriel de Espinosa, y ya cinco ó seis esbirros, que no se sabia de dónde habian salido, se dirigian á él.

Brachioforte tocó un silbato y todos aquellos esbirros se detuvieron y vinieron alrededor de Brachioforte.

—Nadie prenda á ese hombre, dijo Brachioforte, de órden del Consejo de los Diez; levantad á esa dama, llevadla al pabellon y que sea socorrida; quedáos dos de vosotros junto á ese cadáver y que nadie le toque.

Despues de esto Brachioforte partió, atravesó el Laberinto á buen paso, salió de los jardines de Apolo, entró en una góndola, y dijo al gondolero:

—Al palacio Conti.

XXII.

Brachioforte habia cumplido con su deber, dejando ir libre á Gabriel de Espinosa.

La órden que le habia dado el secretario del Consejo de los Diez, Rugiero Maffei, decia lo siguiente:

«Que ningun dependiente de la República prenda al extranjero Gabriel de Espinosa, sea cualquiera el delito que cometiese. Pero que se dé parte inmediatamente de lo que hubiese hecho al Consejo de los Diez.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO V.

Que sirve de epílogo á la segunda parte.

I.

El Consejo de los Diez habia encontrado ya demasiado lo que sucedia, y habia decidido librarse de la carga de aquel protegido que comprometia á la República obrando de una manera tan imprudente.

No era la muerte de César Malatesta causada en un lugar público y concurrido lo único que habia tenido lugar.

Se hablaba con hondo escándalo y con grande conmocion de la desgracia que habia acontecido en una de las primeras hosterías de Venecia.

En ella, dos damas de la alta nobleza veneciana, Estéfana Barbarigo y Elena Conti, habian causado uno de esos sucesos que no pueden oirse sin extremecimiento.

II.

Aquellas dos damas habian llegado la una despues de la otra una noche ya tarde á la hostería del Gato Azul,

y la primera, al tomar la habitacion, habia dicho al hostalero:

—Cuando venga una dama preguntando por otra dama que debe esperarla, traedla aquí; cubrid entretanto la mesa de viandas y traed vino de Chipre.

La mesa fué servida.

Poco despues llegó otra dama, preguntó por la que habia llegado anteriormente, y se encerró con ella.

Aquellas dos damas iban vestidas de luto.

Pasó mucho tiempo y ninguna de ellas llamó.

Pasó aún más tiempo y ya se observó el aposento donde estaban encerradas.

Pero dentro reinaba el más profundo silencio.

Pasó, en fin, tanto tiempo, que la puerta fué forzada y se encontró...

III.

Antes de decir lo que vieron los que penetraron en aquel aposento forzando su puerta, debemos decir lo que aconteció en él.

La primera dama que habia entrado era Elena Conti.

Iba rígidamente vestida de luto, y en su semblante se veía una desolacion y una palidez espantosa.

Apenas Elena Conti se quedó sola despues de haber sido servida la mesa, y puesto sobre ella dos grandes jarros de cristal llenos de dorado vino de Chipre, Elena sacó una caja de oro y arrojó los polvos blancos semejantes á mármol de Carrara molido que la caja contenia, la mitad en el uno de los jarros, la otra mitad en el otro.

Despues se sentó en un sillon y permaneció inmóvil, muda y terrible.

Media hora despues se abrió la puerta y volvió á cerrarse y apareció en el aposento otra dama rigorosamente enlutada tambien.

Era Estéfana Barbarigo.

Al verla, Elena se levantó rígida y se quedó mirándola frente á frente.

—Me habeis citado aquí á nombre de César Malatesta, dijo Estéfana Barbarigo.

—Sí, os he citado para un festin mortuorio, dijo Elena Karuk; para un festin en que no estamos solas, porque está entre nosotras la sombra de César. Sentáos á aquel extremo ó á este extremo de la mesa, donde gusteis, y bebamos por el alma de nuestro amante.

Estéfana se acercó á uno de los sillones que estaban colocados delante de uno de los extremos de la mesa.

En aquel extremo habia uno de los grandes jarros de cristal que contenian el vino de Chipre.

Elena Karuk se acercó al sillon colocado delante del otro extremo de la mesa donde se veia el otro jarro.

Entrambas damas permanecieron algun tiempo contemplándose sombríamente.

—Entre nosotras, dijo Elena Karuk, existe algo que nos une.

—Sí, dijo Estéfana Barbarigo, el luto que llevamos por un mismo hombre.

—Nosotras debemos amarnos, dijo Elena Karuk.

—Sí, debemos amarnos hasta el punto de exterminarnos.

—Pues bien, dijo Elena, brindemos por nuestro amor ó por nuestro ódio.

—Brindemos, dijo sobreexcitada Estéfana Barbarigo, llenando su copa al mismo tiempo que Elena Karuk llenaba la suya.

—Que nos odiemos en la eternidad como ahora nos odiamos, dijo Elena Karuk levantando su copa.

—Sea, contestó Estéfana levantando la suya.

Y ambas extendieron los brazos chocando las anchas copas, y bebieron.

IV.

Apenas hubieron bebido, Elena Karuk soltó una horrible carcajada, y su mirada se fijó con una burla y un sarcasmo horrible en Estéfana Barbarigo.

—¿Por qué os reis? ¿Por qué me mirais de ese modo? dijo con irritacion Estéfana. ¿Esacaso porque me habeis invitado á venir y he venido? ¿Qué encontrais de extraño en esto? He venido á miraros frente á frente; á conocer á la mujer que se creia con derecho á provocarme porque su amante ha muerto entre mis brazos. ¿Qué hay de comun entre nosotras? Vos habeis sido desde hace mucho tiempo la manceba de César, que en vano ha pretendido ser su esposa, y yo la mujer pura que no hubiera sido suya sino cuando le hubiera tenido por esposo.

—Vos le habeis seducido cuando yo le esperaba para unir á él mi suerte y mi vida, y vos le habeis entregado á la terrible espada del rey de Portugal; no, no es el rey de Portugal el que le ha muerto, habeis sido vos, vos

que temblábais por la vida del rey don Sebastian desde el momento en que fuéseis su esposa por los celos y por el furor de Malatesta. Por eso yo no he pensado en vengarme del rey de Portugal; él no ha sido más que una víctima vuestra; él no ha sido más que el instrumento y vos habeis sido el pensamiento infame; por eso yo os he buscado para mi venganza; yo os he provocado para obligaros á venir aquí y habeis venido. ¡Oh, gracias, Estéfana, porque estais aquí y yo estoy vengada ya de vos!

—¡Vengada! ¡Es decir que creeis que yo no he venido tambien á tomar venganza de vos!

—¡Oh! ya es tarde; dentro de poco os vereis dominada por un dulce enlanguidecimiento; el sueño pesará sobre vuestros ojos y os dormireis para despertar en la eternidad.

—¡Ah! exclamó Estéfana. ¡Vos sois la dueña, la moradora maldita de ese palacio en que dicen vive el diablo!

Y Estéfana dió un paso hácia Elena.

Y aquellas dos mujeres quedaron mirándose frente á frente sombrías, convulsas, lívidas, desfiguradas, espantosas.

Durante algun tiempo ninguna de ellas habló una sola palabra.

V.

Elena Karuk dió á su vez un paso hácia Estéfana.

Casi se tocaban ya.

—¡Escucha! dijo Elena Karuk con voz sorda y concentrada: yo adoraba á César desde hace mucho tiempo; era mi amante; nos unia un lazo terrible, un lazo de crímen, un lazo que en vano pretendia romper; pero yo no podia dominarle; yo no podia obligarle á que partiese conmigo su nombre, á que fuese mi esposo. Habia una mujer (y el acento de Elena se hizo más sordo y más concentrado), una mujer hermosa que irritaba al mismo tiempo el deseo y la soberbia de César, una mujer funesta que estaba colocada entre él y yo. Esa mujer eres tú. ¡Tú, á quien hace mucho tiempo aborrezco yo con toda mi alma! ¡Tú, á quien yo no he exterminado porque he tenido miedo al aborrecimiento de César! ¡Tú, que habiendo causado la muerte de César, me has llevado al colmo de la desesperacion y de la rábia, y me has enloquecido en furor de venganza!

—¡Yo te desprecio! contestó Estéfana con una altivez y un desden insoportables.

Elena lanzó una carcajada.

—¡Pobre mujer! dijo con un desprecio superior al de Estéfana. ¡Insensata, que me desprecia! ¡Imbécil, que no sabe cuánto abrasa la sangre tártara que corre por mis venas! ¡Que me aborrece como yo la aborrezco á ella, y no ha buscado la ocasion de perecer conmigo como la he buscado yo!

—¡Ah! ¿Tú crees que yo podia ni aún acordarme de tí? ¡Qué me importabas tú! ¡Quién eras tú, más que una manceba despreciada por él! ¡Una mujer olvidada que le esperaba en vano cubierta con las galas nupciales, mientras él me dejaba sentir todo el ardiente fuego de su amor! ¡No! ¡Tá no has existido nunca para mis celos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y no puedes existir para mi venganza! ¡He venido porque me has provocado; he venido porque estoy desesperada, porque sabia que habias de hablarme de él, y yo queria hablar de él! ¡He venido no sé por qué, porque no existes para mí!

—¡Tú has sido la matadora de César, y has venido á morir, á morir conmigo! dijo con un acento espantoso Elena Karuk.

—¡A morir contigo! exclamó Estéfana acreciendo en su desprecio.

—¡Sí! ¡No te he dicho ya que amo á César, que soy tártara, que corre por mis venas fuego en vez de sangre, que estoy desesperada y enloquecida por el furor de la venganza! ¡No te he dicho ya que no puedo vivir, que la vida es ya para mí un tormento insoportable, y que no quiero dejarte sobre la tierra para que olvidada de César ofrezcas tu amor á otro hombre! ¡Ah! ¡No sabes que las copas con que hemos brindado por César Malatesta tenian dentro de sí la muerte!

Estéfana palideció de cólera, y buscó algo apresuradamente entre sus ropas.

—¡Ah! ¡Tú tienes en tu alma la cobardía y la traicion! exclamó: ¡no hemos bebido de un mismo vino; sobre esa mesa hay dos jarros; la copa que tú has bebido, sin duda que no llevaba en sí la muerte; pero tú no sabias quién era Estéfana Barbarigo, y te has acercado demasiado pronto á mí!

Y Estéfana asió vigorosamente con la mano izquierda una mano de Elena, y dejó ver en la otra un puñal, que cayó sobre el pecho de Elena Karuk.

—¡Ah! ¡Gracias!.... exclamó Elena cuyas rodillas se doblaron, cayendo sobre ellas; me has librado del insoportable sopor del tósigo de los Borgias. ¡Oh! ¡Gracias! Yo te perdono..... mis celos..... y mi dolor.....

Y Elena cayó de costado sobre la alfombra, manchándola con la sangre que salia en un copioso raudal de su pecho.

Las palabras que siguió murmurando, ininteligibles y roncas, se apagaron al fin.

Estéfana estaba inclinada mirando de una manera horrible á Elena que moria.

Al fin, Elena quedó completamente inmóvil: su débil respiracion cesó; una palidez cadavérica cubrió como un sudario su semblante.

VI.

Y Estéfana empezó á sentir una dulce languidez, pero pesada, densa; un frio leve, que crecia, crecia helando su sangre, enlanguideciéndola más y más, causándola una soñolencia invencible, dominando, oscureciendo su razon y su conciencia.

Lentamente, los ojos de Estéfana se fueron cargando é inyectándose de sangre, y su semblante blanco y nacarado, fué tomando un leve matiz lívido, desencajándose, convirtiéndose en el semblante de un cadáver.

Al fin se doblegó más y más, sus ojos se cerraron, vaciló, y cayó junto á Elena, sobre el charco de sangre que se extendia sobre la alfombra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII.

Y así pasaron algunas horas, hasta que el hostalero, acompañado de algunos criados y de algunos esbirros, entró en el aposento y vieron el horrible espectáculo que ofrecia.

VIII.

Barbarigo escuchó impasible la noticia de esta catástrofe; pero cuando se quedó solo, los ojos del anciano se llenaron de lágrimas, se arrodilló, y dijo con la cabeza inclinada y la voz trémula:

—¡Señor, Señor! ya que esa desdichada ha dejado de existir, perdónala como yo la perdono.

Despues se alzó, concentró su dolor en su alma, se acercó á la mesa, agitó una campanilla, y dijo á un secretario que se presentó á su llamamiento:

—Id vos mismo al palacio Sforzia, y decid al extranjero Gabriel de Espinosa, que os siga hasta mi presencia, de órden del Consejo de los Diez.

IX.

La catástrofe de Estéfana Barbarigo y de Elena Conti habia causado una profunda sensacion en Venecia; era el asunto de todas las conversaciones, y la opinion pública enlazaba por una misteriosa adivinacion esta catástrofe con la muerte de César Malatesta, causada por un extranjero que se decia ser un rey misterioso.

Y decimos que la opicion pública decia esto por adivinacion, porque ningun proceso se habia instruido, y se habia guardado un profundo secreto acerca del matador de César Malatesta, á quien solo conocian algunos esbirros, que habian sido desde sus escondrijos en los jardines de Apolo, testigos del lance.

Lo que demuestra, porque no se puede creer buenamente en las adivinaciones, que los esbirros de Venecia no guardaban completamente el sigilo que les estaba recomendado bajo severas penas por la República.

X.

En Gabriel de Espinosa se habia operado una reaccion completamente favorable á Sayda Mirian.

Parecia como que Gabriel de Espinosa habia recobrado la razon, despues de haber estado dominado muchos años por una locura incomprensible.

Mirian le encontraba, no solo tranquilo y dulce, sino enamorado.

Desde el momento en que Gabriel de Espinosa se habia convencido de la traicion de Estéfana, al mismo tiempo que del ardiente é inalterable amor de Mirian, le habia mirado como nunca se habia visto mirada la sultana por Gabriel de Espinosa.

No parecia sino que la hermosura de Mirian le embriagaba, le inundaba de una felicidad desconocida.

La pobre Sayda Mirian era feliz.

Habia encontrado por fin el amante en el esposo.

La disolucion de su matrimonio por el Papa estaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

anulada de hecho por la conducta de Gabriel de Espinosa; pero existia de derecho, y debia existir, porque el Papa no podia deshacer lo que en un asunto de tanta importancia habia ya hecho.

Los dos esposos, sin embargo, se adormecian en su amor. Gabriel se habia olvidado de sus locuras, y Mirian le habia perdonado lo que por aquellas locuras habia sufrido.

Los sucesos, sin embargo, crecian en gravedad, y se condensaban como una tormenta, sobre la cabeza de Gabriel.

XI.

El secretario de Barbarigo llamó á la puerta del palacio Sforzia, poco despues del amanecer, cuando aun no habia dejado el lecho Gabriel de Espinosa.

Sin embargo, fué despertado á causa de la terminante intimacion del secretario del Consejo, escuchó la órden, la obedeció, y salió de su casa con el secretario, dejando llena de ansiedad á Mirian.

XII.

Acababa de salir el sol, cuando Gabriel de Espinosa se presentaba á Giacomo Barbarigo.

El anciano senador nada le dijo acerca de lo acontecido en la hostería del Gato Azul; pero le puso en las manos la órden terminante del Consejo de los Diez, en que se ordenaba al soldado español Gabriel de Espinosa salir inmediatamente de los estados venecianos.

—¿Y á dónde iré? dijo Gabriel de Espinosa.

—A donde quiera que vayais, dijo Giacomo Barbarigo, evitad las imprudencias, de que tan pródigo os habeis mostrado entre nosotros, no sea que los que de nuevo os amparen, se vean como nosotros obligados á echaros de sí.

—En buen hora, señor Giacomo Barbarigo, saldré de Venecia, y será de mí lo que Dios quisiere.

—El Estado se vé en la dura necesidad de no teneros por más tiempo en su seno. Se nos avisa que ya en el Consejo de Estado del rey de España se trataba de vos y de nosotros; lo que quiere decir, que se sabe que existís, lo que pretendeis, y lo que por vos hacemos nosotros. Si hubiérais sido más paciente, si hubiérais conservado rigorosamente el incógnito que se os encargó, si por vuestra impaciente ansiedad no hubiérais cometido las imprudencias que han causado lamentables desgracias promoviendo el escándalo en Venecia, nosotros os hubiéramos facilitado el camino, y antes de mucho hubiérais pisado como rey las playas de vuestro reino de Portugal, sublevado ya contra vuestro tio el rey don Felipe. Pero habeis obrado como un mancebo loco; os habeis olvidado de las canas que blanquean vuestra cabeza, y en vano Venecia se esforzaria por llevar á feliz término vuestros negocios; antes que por vos, nuestra lealtad y nuestro amor á la pátria, nos obliga á mirar por Venecia; y cumpliendo con nuestra obligacion, os mandamos salir de ella sin la demora de un solo instante. Pero la República, que conoce vuestra situacion, no os pone en un apuro; en la *Bella Genovesa* en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contrareis una fuerte cantidad de oro. En cuanto á vuestra mujer y vuestra hija, sea cualquiera vuestra suerte, nada temais; están bajo la proteccion de la República de Venecia, á quien todo el mundo respeta.

—Gracias, señor Giacomo Barbarigo, dijo profundamente conmovido Gabriel de Espinosa, comprendo que la República no se atreva á desafiar por mí la cólera del rey don Felipe; nunca lo habia yo pretendido; no lo pretenderé ahora; sea cualquiera el destino que Dios me tenga reservado, estoy dispuesto á arrostrarlo. Por lo demás, nunca olvidaré lo que por mí ha hecho Venecia, y la proteccion generosa que otorga á mi mujer y á mi hija; y si alguna vez mis proyectos llegan á feliz término, Portugal, mientras yo le rija, será inalterable amigo de Venecia.

—Quiera Dios, señor rey de Portugal, que pronto Venecia os cuente por su amigo y su aliado. Adios, señor; graves asuntos me obligan á apresurar mi despedida de vos. Hola, señor Rugiero Maffei, preparáos á cumplir inmediatamente, dijo Barbarigo al jóven secretario que se habia presentado en la puerta, otra comision como la que habeis cumplido, llevando á Civitavechia á las dos personas que se os ha encargado. Vais á conducir á este caballero y á su familia de una manera secreta á la nao *Bella Genovesa*, que está anclada en el puerto. Cuando los hayais dejado allí, pasareis á bordo de la galera de la República *San Márcos*, y tomareis su mando de órden del Consejo de los Diez; hé aquí la órden, añadió Barbarigo dando un pliego cerrado á Rugiero; cuando haya levado anclas y héchose á la mar *La Bella Genovesa*, vos levareis anclas y la ireis convoyando desde lejos, pero dispuesto á defenderla de toda acometida, ya sea de un barco corsario, ya de un barco de rey; cuando la *Bella Genovesa* haya dejado en tierra en el punto que más le convenga al señor Gabriel de Espinosa y á su familia, vuestra comision habrá terminado, y os volvereis al puerto de Venecia. Adios otra vez, señor Gabriel de Espinosa; que Dios os dé la buena suerte que deseamos.

—Adios, señor Giacomo Barbarigo; recibid la expresion de mi profundo agradecimiento, y trasmitirla al Consejo.

Despues de esto, Gabriel salió, pálido, contrariado, conteniendo mal su cólera.

El verse lanzado de Venecia, le humillaba, le irritaba.

Era el hombre violento y soberbio de siempre; pero se veia obligado á callar y obedecer, y obedecia y callaba.

Rugiero Maffei le seguia impasible á una distancia medida por el respeto.

Porque como Giacomo Barbarigo, y como el Consejo de los Diez, Rugiero Maffei estaba en la creencia de que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VI.

Que es la segunda parte del anterior.

I.

Estamos en alta mar.

Pero el alta mar, no es ahora para nosotros un desierto de agua.

Una magnífica nao, la *Bella Genovesa*, boga inclinada sobre la banda de estribor á impulsos de un fresco Nordeste, que hincha sus grandes velas latinas.

Avante se vé un buque sospechoso que se mantiene á la capa sobre el rumbo de la *Bella Genovesa*.

A barlovento, una magnífica galera de dos bandas, artillados los alcázares de proa y popa, ciñendo el viento para colocarse entre la *Bella Genovesa* y el buque que se distingue avante capeando.

Por último, se vé á sotavento una galera corsaria que lleva desplegada una bandera roja, y carga las velas y hace uso de los remos para alcanzar á la *Bella Genovesa*.

II.

—No tengais duda, decia Yezid asomado con Gabriel de Espinosa y Sayda Mirian á una de las galerías del alcázar de popa de la *Bella Genovesa*; esa galera que se acerca á nosotros por sotavento, es la *Leona*, que ha izado su bandera para que no la impida acercarse á nosotros la galera *San Márcos*, que está ya puesta en caza de aquella otra galeota que se vé al Noroeste.

Aquella galcota es la de Manuel Karuk; tendremos de seguro combate; pero segun las muestras, el tal combate nos divertirá sin incomodarnos; porque será entre la *San Márcos* y la galeota de Manuel Karuk.

—Que tengamos á la vista y entrando en nuestras aguas á la *Leona*, es cosa que no me extraña, porque en ella viene sin duda Aben-Shariar, dijo Gabriel de Espinosa, mientras Sayda Mirian miraba con un anteojo la galera de Manuel Karuk, que estaba lo menos á una milla de distancia; pero lo que no puedo comprender, es que aquel corsario que se vé al Oeste capee para esperar á una galera de la República.

—Sobre el alcázar de aquella galera, dijo Sayda Mirian, que no cesaba de mirar con el anteojo, hay dos hombres, uno de los cuales tiene el aspecto más horrible del mundo; parece un espectro, un cadáver que se ha levantado de su tumba; está armado con un fuerte arnés, y sobre él lleva un ropon con una águila roja sobre el pecho, y se apoya en una hacha enorme.

—Dáme el anteojo, María, dijo Gabriel de Espinosa; quiero ver á ese hombre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mirian dió el anteojo á Gabriel, y miró con él, y vió lo mismo que habia visto Sayda Mirian.

—No conozco á ese corsario, no le he visto nunca; pero conozco mucho al griego que está junto á él; como que le he hecho huir muchas veces.

—Como que vos cuando andábais por el mar érais enemigo de todos los corsarios habidos y por haber, menos de mi señor Aben-Shariar; pero yo conozco á esos hombres, que eran amigos de mi señor. El uno es Manuel Karuk, gobernador tártaro de la isla de Corfú, aunque parece griego por el traje que viste, y el otro hombre, que parece un espectro, es José Kaivar, á quien llaman el Resucitado.

—¿Y por qué se ponen esos hombres sobre nuestra vía? dijo Gabriel de Espinosa.

—No lo sé; lo que sé es que ayer á esta misma hora, cuando vos y vuestra esposa y vuestra hija entrábais en la góndola que os condujo á la *Bella Genovesa*, ví adelantar apresurados, sombríos, hácia el palacio Sforzia, á Manuel Karuk y á José Kaivar, que cuando os vieron entrar en la góndola con el secretario del Consejo que nos acompañaba, se detuvieron y entraron en otra góndola, en la cual nos siguieron hasta el puerto, y observaron nuestra entrada en la *Bella Genovesa*, despues de lo cual se perdieron entre los barcos anclados.

—Repito que no sé que interés pueda tener en salirnos al encuentro ese corsario.

—Sí la *San Márcos* apresa, como es probable, á la galera de Manuel Karuk y lo coje vivo, lo que es muy fácil, sabremos por qué nos busca.

—El encuentro hubiera sido un poco fastidioso, si no nos convoyara la *San Márcos*, ó si no tuviéramos ya casi á la voz la valiente *Leona*, dijo Gabriel de Espinosa, y se volvió á mirar el buque que se veia á sotavento.

Estaba ya cerca, y Gabriel de Espinosa pudo ver distintamente con el anteojo hasta las pestañas de un hombre que estaba apoyado en la banda de estribor de la *Leona*, y tenia el porta-voz en la mano.

—Id á buscar vuestro porta-voz, Yezid, dijo Gabriel de Espinosa; estoy viendo á nuestro hermano Aben-Shariar que se prepara á hablarnos.

Yezid entró en el alcázar, y apareció á poco con un enorme porta voz dorado.

—¡Ah de la *Bella Genovesa*! sonó entonces partiendo de la *Leona* que ya estaba cerca; aguantad á la capa, que voy á arriar la chalupa.

Gabriel de Espinosa tomó la bocina y contestó:

—Bien venido seas, hermano; y luego dijo á Yezid: ya lo oís, es necesario capear; id, y mandad la maniobra.

III.

Aún no habia pasado media hora, cuando atracaba una chalupa al costado de babor de la *Bella Genovesa*, y entraban por el portalon Aben-Shariar y veinticinco corsarios tunecinos.

—¡Oh! gracias á Dios dijo Aben-Shariar arrojándose en los brazos de Gabriel de Espinosa, que os veo á ti y á mi hermana fuera de esa maldita Venecia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y sin saber á donde ir, dijo tristemente Gabriel; perdidas casi las esperanzas, malogrado todo.

—Los puertos españoles conocen ya á la *Bella Genovesa*, iremos á fondear á Barcelona; hemos emprendido ya el camino, y no debemos retroceder; dejemos de capear, Yezid; sírveme de algo, ya que por fortuna estás vivo; y ya que ha sucedido así, no me pesa; dejemos de capear, y sobre la vía; ¡oh! añadió dirigiéndose á Gabriel y á Mirian: Venecia ha debido ser nuestra tumba, por tus temeridades, hermano.

—No hablemos, no hablemos más de lo pasado, dijo Sayda Mirian.

—¡Ah! Manuel Karuk está loco, exclamó Aben-Shariar oyendo un cañonazo, al que contestó instantáneamente otro; se conoce que lleva á bordo al Resucitado; como si no hubiera más que ponerse en facha con una galera de la República tal como la *San Márcos;* como si no estuviera pronta á entrar en combate mi *Leona* para ayudar á la *San Márcos*, puesto que os viene convoyando, y como si mi buena *Genovesa* no pudisse tambien hacer algo con sus dos culebrinas de proa; me parece que de esta vez José Kaivar no resucita.

IV.

En efecto, la *San Márcos* se habia puesto al alcance de sus cañones, respecto á la galeota de Manuel Karuk, y sin pararse en cumplimientos, habia roto el fuego sobre ella.

El *Buitre*, que así se llamaba la galeota de Karuk,

habia contestado bravamente; habia armado las palamentas de sus dos bandas, habia arriado entenas, y entraba al remo por la proa á la *San Márcos*.

La *San Márcos* habia hecho la misma maniobra, y avanzaba con gran rapidez hácia el *Buitre*.

La *Leona* viraba y cargaba sus numerosos remos, disparando, aunque muy de lejos, sobre el *Buitre*.

Solamente la *Bella Genovesa* no habia arriado las entenas, ni armado sus palamentas, ni hecho su zafarrancho.

Estaba lejos, no la alcanzaban los proyectiles, y ni Aben-Shariar ni Gabriel de Espinosa querian hacer sufrir el terror de un combate naval á Sayda Mirian.

La *Genovesa*, pues, por quien aquel combate se libraba, era una tranquila espectadora de él.

V.

Tales y tan buenas condiciones marineras tenia la *Leona*, que muy pronto estuvo verdaderamente en combate.

El *Buitre*, sin embargo, seguia cargando por la proa á la galera veneciana á pesar de que sufria en su banda de estribor el fuego del alcázar de proa de la *Leona*, al que no podia contestar, como no presentase su costado de babor á la *San Márcos*.

El *Buitre* venia á ser el vértice de un ángulo, cuya abertura formaban la *Leona* y la *San Márcos*.

Las circunstancias en que el *Buitre* se encontraba, no podian ser peores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y, sin embargo, continuaba avanzando hácia la galera veneciana.

Llegó, al fin, un momento en que se aproximaron, forzaron los remos, y se embistieron con un empuje terrible, aferrándose por las proas.

Entonces cesó el fuego de artillería, y solo se oyó el de los mosquetes de los venecianos, y el de las espingardas de los griegos, que cesó tambien, trabándose al arma blanca el abordaje.

VI.

La *Leona* forzaba más y más sus palamentas y avanzaba disparando aún sobre el alcázar de popa del *Buitre*.

Al fin, muy próxima ya la *Leona*, dejó de disparar, y poco despues embistió en el costado del *Buitre*, clavando en él su espolon.

VII.

Aconteció lo que debia acontecer.

En vano Manuel Karuk acudió á la parte de popa de su galeota con parte de sus corsarios, mientras Kaivar se batia á proa con los soldados y los marinos venecianos mandados por Rugiero Maffei, que aunque jóven, daba muestras de ser un gran soldado.

Los de la *Leona*, mandados por uno de los arraez (1)

(1) Capitan.

de Aben-Shariar, mulato feroz que blandia una pesada hacha, tardaron muy poco tiempo en saltar á bordo del *Buitre*, en arrollar á Manuel Karuk, que á pesar de su valor indómito, tenia muy poca gente con que resistir, y en atacar por la espalda á los corsarios, que teniendo á su frente á José Kaivar, peleaban á proa con los soldados y los marinos venecianos.

—¡A pique con la galeota, para que esto se acabe más pronto! gritó el arraez mulato.

Algunos corsarios de la *Leona* descendieron rápidamente por la escota del *Buitre*, y rompieron á hachazos su fondo por tres ó cuatro lugares.

Despues de lo cual, subieron de nuevo y gritaron:

—¡A la *Leona* el que no quiera perecer!

El arraez y los corsarios de Aben-Shariar saltaron de nuevo á la *Leona*, mezclados con algunos del *Buitre*, entre los cuales iba Manuel Karuk, que creyó que los corsarios tunecinos huian.

Pero la *Leona* se desaferró del *Buitre* haciendo fuerza de remos, se separó á alguna distancia, viró por la popa del *Buitre*, y pasó de largo, haciendo cautivos á Manuel Karuk y los seis ú ocho corsarios griegos que habian entrado á su bordo.

VIII.

El *Buitre* empezó á hundirse rápidamente por la popa.

Las vías que habian abierto al agua en su fondo los corsarios de la *Leona*, eran terribles.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Nos vamos á pique! gritaron algunos de los corsarios del *Buitre* pálidos de espanto.

A aquella voz terrible, los piratas griegos de Manuel Karuk, que aún combatian en la proa sin obtener ventaja sobre los venecianos, y sin que estos la obtuviesen, dejaron de combatir y se rindieron.

El arraez mulato de Aben-Shariar, al echar á pique al *Buitre*, habia ahorrado mucha sangre, obligando á rendirse á los numerosos y feroces corsarios griegos de Manuel Karuk.

Solo quedó entre los rendidos un hombre de pié, combatiendo aún con una rábia y una pujanza extraordinaria.

Aquel hombre era José Kaivar.

Pero habia recibido muchas heridas, perdia mucha sangre, y su brazo, cansado ya, no pudo sostener el hacha, y fué hecho prisionero.

Los corsarios griegos arrojaron las armas y saltaron presurosos á la *San Márcos*, por en medio del lugar que les abrian los venecianos al verlos rendidos.

Entonces la galera de la República desaferró su proa de la del *Buitre*, cuya popa se hundia más y más, y se separó de él virando por delante de su proa y pasando de largo.

En el *Buitre* no habia quedado nadie.

Manuel Karuk y algunos corsarios estaban, como hemos dicho, á bordo de la *Leona* y cautivos.

El resto de la tripulacion con José Kaivar, estaba á bordo de la galera veneciana.

IX.

El *Buitre* se hundió al fin, desapareciendo bajo las ondas.

La galera *San Márcos* recojió sus remos, izó sus entenas y continuó navegando al Noroeste, como si nada hubiera acontecido.

La *Leona* continuaba remando y acercándose á la *Bella Genovesa*.

X.

Llegó al fin cerca de ella, y Aben-Shariar mandó echar al agua la chalupa, entró en ella con los veinteicinco corsarios que habia traido para defender si era necesario á la *Bella Genovesa*, y pasó á bordo de la *Leona*.

XI.

Manuel Karuk estaba sentado al pié de un mástil, sombrío y terrible.

—¡Ah! ¡Estás aquí, hermano! dijo Aben-Shariar.

—¿Por qué me llama hermano quien ha ayudado á Venecia para que me venza? dijo Manuel Karuk.

—¿Y por qué tú, dijo Aben-Shariar, has amenazado á mi *Bella Genovesa*, donde van las personas que más amo en el mundo?

—He cedido al amor de mi hermana, muerta de una manera terrible, y al mandato de José Kaivar, á quien ha vuelto loco la muerte de Elena.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y en qué son culpables de la muerte de tu hermana las personas que van á bordo de la *Bella Genovesa?*

—Entre ellas se encuentra el maldito Gabriel de Espinosa: el hombre por quien han sucedido horrendas desgracias.

—¿Es acaso Gabriel de Espinosa el asesino de Elena Karuk?

—No; pero ha sido la causa de su muerte.

—Yo he estado lejos de Venecia y nada sé, dijo Aben-Shariar; ven á mi cámara, y cuéntame lo que supieres.

Y asió de la mano á Manuel Karuk y le llevó á su cámara.

XII.

Manuel Karuk contó á Aben-Shariar la muerte dada por Gabriel de Espinosa á César Malatesta, y la horrible catástrofe de la hostería del Gato Azul, donde se habian encontrado muertas la una á manos de la otra, envenenada Estéfana Barbarigo y envenenada tambien y con una puñalada en el corazon á Elena Karuk.

XIII.

—Dios quiera, dijo Aben-Shariar profundamente conmovido, que sean estas las últimas desgracias que provengan de ese hombre.

—Ese hombre está maldito de Dios, dijo Maruel Karuk; has debido dejar perecer á ese hombre; sin tu ayuda, nuestro combate con la galera veneciana, hubiera

sido largo, sangriento, horrible; pero la hubiéramos apresado; y luego, Gabriel de Espinosa hubiera sido nuestro.

—Gabriel de Espinosa tiene el amor de mi hermana la sultana Sayda Mirian, dijo Aben-Shariar; los remos de mi valiente *Leona* no podian estar ociosos, ni mudos mis cañones, cuando estaba amenazado el esposo de mi hermana, que al verle muerto, hubiera muerto tambien. ¡Dios lo ha querido! ¿Pero cómo José Kaivar, que es tan prudente y tan experimentado, ha cometido la locura de ponerse en facha con dos galeras tan terribles como la *San Márcos* y la *Leona?*

—Por su loca desesperacion y por una equivocacion mia. Oye, Aben-Shariar: ayer por la mañana se nos avisó en la hostería del Leon de Venecia, donde nos aposentábamos José Kaivar y yo, que en la hostería del Gato Azul se habian encontrado muertas á las patricias venecianas Estéfana Barbarigo y Elena Conti.

Fué horrible lo que pasó por José Kaivar.

—¡Venganza! gritó con una voz tan espantosa, tan sobrehumana, como no la he oido nunca: esas dos desgraciadas se han exterminado por la muerte de César Malatesta, y el matador de César Malatesta ha sido ese Gabriel de Espinosa, ese rey de Portugal. ¡Ven conmigo, Manuel!

Y salió frenético.

Cuando llegamos al palacio Sforzia, entraban en una góndola ese extranjero y su familia acompañados de un veneciano y de tu corsario Yezid.

Se nos escapaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

José Kaivar y yo entramos en otra góndola y seguimos á aquella en que iba Gabriel de Espinosa.

La góndola salió al puerto y atracó al costado de la *Bella Genovesa*, y entraron en ella Gabriel, su esposa, su hija y Yezid, y el patricio veneciano pasó á bordo de una galera de la República.

La *Bella Genovesa* se hizo á la vela, y poco despues tras ella la galera *San Márcos*.

José Kaivar y yo entramos en una pequeña embarcacion, y salimos del puerto á buscar al *Buitre*, que nos esperaba siempre bordeando á la vista de las costas de Venecia.

Tuvimos la fortuna ó la desgracia de encontrarle pronto, pasamos á su bordo, é inmediatamente nos pusimos en demanda de la *Bella Genovesa* que nos llevaba algunas horas de ventaja.

Pero el *Buitre* era muy ligero.

Navegamos bien durante lo que quedaba del dia, y durante toda la noche, y al amanecer, nos encontramos avante de dos buques que se veian al Este.

Los reconocimos y vimos que eran la *Bella Genovesa* y la *San Márcos*, á las que habíamos adelantado durante la noche.

—Es necesario capear y esperarlas, dijo sombriamente José Kaivar.

—La *San Márcos*, le dije, es una galera terrible, y no me parece prudente empeñar con ella un combate.

—Esa galera, dijo José Kaivar, no tiene más porte que nuestra galeota, ni más remos en sus bandas, ni más cañones en crugía: tenemos doscientos demonios

para cada uno de los cuales se necesitan diez venecianos, y de seguro, el capitan de esa galera vale mucho menos que cualquiera de nosotros, como capitan y como marino.

—Sea como quisieres, dijo José Kaivar.

Y puse el *Buitre* á la capa, para esperar á la *San Márcos* y á la *Bella Genovesa;* poco despues, apareció al Este tu galeota.

—Yo cruzaba, dijo Aben-Shariar, cuando ví pasar á la *Bella Genovesa* convoyada por una galera de la República; me puse en su demanda, y entonces avisté al *Buitre* que capeaba, con todas las señales de esperar á la *Bella Genovesa* y á la *San Márcos*. Continúa.

—Cuando mi catalejo me hizo conocer que el barco que se veia al Este era la *Leona*, me animé; yo no sabia hasta qué punto estabas tú interesado por las personas que venian á bordo de la *Bella Genovesa*; porque yo no conocia tu historia; porque yo no sabia que la esposa de Gabriel de Espinosa era hermana tuya; tu presencia en nuestras aguas me animó; ya no estamos solos, dije para mí; ya somos dos tremendos corsarios amigos, más que amigos hermanos, contra la galera de la República, y no vacilé en disparar sobre ella, en cuanto se puso al alcance de mis cañones; pero cuál fué mi sorpresa, cuando al verte cerca, á babor de la *San Márcos*, en vez de disparar sobre ella, disparaste sobre el *Buitre*. Ya no era tiempo de retroceder, y por otra parte, José Kaivar estaba furioso, y ansiaba el momento de embestir. Lo que despues ha sucedido, era lo que debia suceder; el *Buitre* ha sido echado á pique, y José Kaivar y yo nos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

encontramos cautivos; él en la *San Márcos*, yo en la *Leona*. Sea lo que Dios quiera.

—Tú no eres mi cautivo, Manuel, dijo Aben-Shariar; si te he combatido, es porque no he podido hacer otra cosa; pero mi *Leona* te llevará libre y respetado á tu isla de Corfú; de la misma manera voy á ver si puedo librar á José Kaivar y á tus corsarios, que pasarán á bordo de la *Leona*, y como tú serán conducidos á Corfú.

—Mira no seas tú tambien hecho cautivo, dijo Manuel Karuk.

—No, acabo de prestar un servicio á la República, y estoy seguro de ser respetado.

Aben-Shariar salió á la cubierta, dió algunas órdenes, y un momento despues disparó uno de los cañones de crugía, y al mismo tiempo fué izada al tope del árbol mayor de la *Leona* la bandera de parlamento.

La *San Márcos* contestó con otro cañonazo, y dejó ver su bandera de parlamento en su árbol mayor, y viró para acercarse á la *Leona*.

Media hora despues, una chalupa, en que iba solo con seis remeros Aben-Shariar, atracaba al costado de la *San Márcos*.

XIV.

Aben-Shariar saltó á bordo.

En vez de su traje levantisco, llevaba un hermoso traje de patricio veneciano.

Al verle Rugiero Maffei, le miró profundamente y le dijo:

—¡Qué es esto, monseñor; en qué situacion y en qué lugar tan extraño volvemos á encontrarnos.

—Vicisitudes de la vida, mi querido señor Rugiero Maffei; pero ¿por qué me dais el tratamiento de monseñor? Sin duda por costumbre, ¿no es eso?

—No ciertamente, monseñor, sino porque como aún no se os ha juzgado ni se os ha depuesto, para mí sois todavía miembro del Consejo de los Diez.

—Me alegro de saberlo, señor Rugiero Maffei, porque como el Consejo ha querido prenderme dos veces sin haberlo conseguido, yo me daba ya por sentenciado. ¿Teneis vos la tercera órden de prenderme?

—No ciertamente, monseñor.

—¿Puedo preguntaros qué órdenes teneis?

—Sí, monseñor; pero no puedo responderos, contestó sonriendo Rugiero Maffei.

—Perdonad mi indiscreccion; pero creo que sin ser indiscreto puedo recomendaros eficazmente al Consejo, para que os premie por vuestro valor en el pasado combate. Pasemos á la cámara.

—Iba á proponéroslo, monseñor.

Aben-Shariar delante, y Rugiero Maffei detrás, entraron en el alcázar de popa de la *San Márcos*, en el que quedaban señales del combate, en algunos agujeros abiertos por las balas del *Buitre*.

Aben-Shariar se sentó junto á una mesa, tomó un pliego de papel, y escribió por algun tiempo.

Despues cerró el escrito, le puso sobre al Consejo de los Diez, y le entregó á Rugiero Maffei.

—Estoy seguro, le dijo, de que el Consejo os premia-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

encontramos cautivos; él en la *San Márcos*, yo en la *Leona*. Sea lo que Dios quiera.

—Tú no eres mi cautivo, Manuel, dijo Aben-Shariar; si te he combatido, es porque no he podido hacer otra cosa; pero mi *Leona* te llevará libre y respetado á tu isla de Corfú; de la misma manera voy á ver si puedo librar á José Kaivar y á tus corsarios, que pasarán á bordo de la *Leona*, y como tú serán conducidos á Corfú.

—Mira no seas tú tambien hecho cautivo, dijo Manuel Karuk.

—No, acabo de prestar un servicio á la República, y estoy seguro de ser respetado.

Aben-Shariar salió á la cubierta, dió algunas órdenes, y un momento despues disparó uno de los cañones de crugía, y al mismo tiempo fué izada al tope del árbol mayor de la *Leona* la bandera de parlamento.

La *San Márcos* contestó con otro cañonazo, y dejó ver su bandera de parlamento en su árbol mayor, y viró para acercarse á la *Leona*.

Media hora despues, una chalupa, en que iba solo con seis remeros Aben-Shariar, atracaba al costado de la *San Márcos*.

XIV.

Aben-Shariar saltó á bordo.

En vez de su traje levantisco, llevaba un hermoso traje de patricio veneciano.

Al verle Rugiero Maffei, le miró profundamente y le dijo:

—¡Qué es esto, monseñor; en qué situacion y en qué lugar tan extraño volvemos á encontrarnos.

—Vicisitudes de la vida, mi querido señor Rugiero Maffei; pero ¿por qué me dais el tratamiento de monseñor? Sin duda por costumbre, ¿no es eso?

—No ciertamente, monseñor, sino porque como aún no se os ha juzgado ni se os ha depuesto, para mí sois todavía miembro del Consejo de los Diez.

—Me alegro de saberlo, señor Rugiero Maffei, porque como el Consejo ha querido prenderme dos veces sin haberlo conseguido, yo me daba ya por sentenciado. ¿Teneis vos la tercera órden de prenderme?

—No ciertamente, monseñor.

—¿Puedo preguntaros qué órdenes teneis?

—Sí, monseñor; pero no puedo responderos, contestó sonriendo Rugiero Maffei.

—Perdonad mi indiscreccion; pero creo que sin ser indiscreto puedo recomendaros eficazmente al Consejo, para que os premie por vuestro valor en el pasado combate. Pasemos á la cámara.

—Iba á proponéroslo, monseñor.

Aben-Shariar delante, y Rugiero Maffei detrás, entraron en el alcázar de popa de la *San Márcos*, en el que quedaban señales del combate, en algunos agujeros abiertos por las balas del *Buitre*.

Aben-Shariar se sentó junto á una mesa, tomó un pliego de papel, y escribió por algun tiempo.

Despues cerró el escrito, le puso sobre al Consejo de los Diez, y le entregó á Rugiero Maffei.

—Estoy seguro, le dijo, de que el Consejo os premia-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rá por lo que habeis hecho; en ese pliego va una calorosa y justa recomendacion mia.

—Gracias, monseñor.

—Ahora, vamos al objeto que me ha traido aquí; quiero que me entregueis el capitan corsario que habeis apresado; en cuanto á los otros corsarios, os los dejo para que desembarqueis con ellos en Venecia.

—Si ese capitan corsario pudiese sobrevivir á sus heridas, tendria el sentimiento, monseñor, de no poder entregároslo; pero en el estado en que está me es igual entregaros su cadáver ó arrojarle al mar.

—¡Cómo! dijo Aben-Shariar.

—Sí, monseñor, ese corsario está espirando.

—Llevadme á donde está.

—Seguidme al alcázar de proa, monseñor.

XV.

Un momento despues, Aben-Shariar se encontraba delante de José Kaivar, que moria abandonado en un rincon de la cámara de proa.

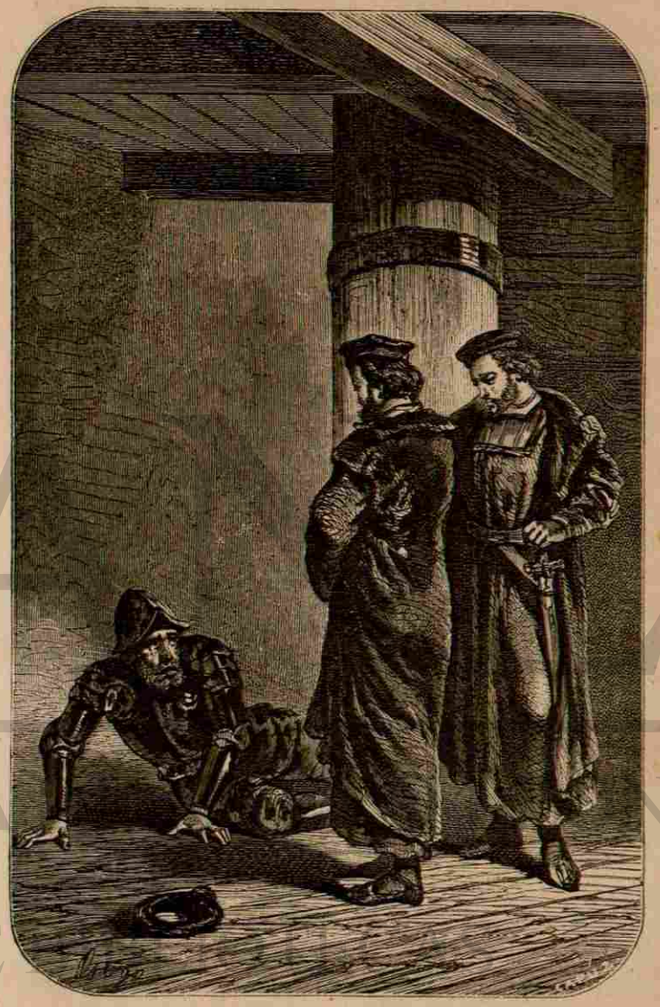
—¿Qué me quieres? dijo Kaivar terrible aún en su agonía.

—Queria salvarte, Kaivar, dijo Aben-Shariar.

—¿Y para qué? Muerto lo único que yo amaba en el mundo y vencido, lo mejor que puede acontecerme es morir; déjame, pues, morir en paz.

—Manuel Karuk me envia.

—Pues bien, si Manuel Karuk te envia y eres leal, díle que yo le maldigo, sino venga á su hermana Elena. Véte, y no me hagas sufrir más.



¿Que me quieres?

Aben-Shariar pretendió en vano hacerse oir de José Kaivar; en vano Rugiero Maffei pretendió que se dejase auxiliar en sus últimos momentos por el capellan de la *San Márcos*.

Al oir esto Kaivar, contestó estas solas palabras:

—Todo auxilio seria inútil; yo estoy condenado; dejad á Satanás que se apodere de su presa.

Y pocos momentos despues espiró.

XVI.

—Adios, dijo Aben-Shariar á Rugiero Maffei; nada tengo que hacer aquí; puesto que por lo que veo vais convoyando á la *Bella Genovesa*, nos volveremos á ver cuando volvais, despues de cumplido vuestro encargo.

—Adios, y hasta la vista, monseñor, dijo Rugiero Maffei.

Y Aben-Shariar bajó á su chalupa, y se volvió á bordo de la *Leona*.

XVII.

En el portalon le esperaba Manuel Karuk.

—¿Por qué vienes sin José Kaivar? le dijo.

—José Kaivar ha muerto, contestó Aben-Shariar.

—Dios lo ha querido, dijo triste y resignadamente Manuel Karuk; ¿y mis corsarios?

—El capitan de la *San Márcos* los retiene en nombre de Venecia, contestó Aben-Shariar; seria necesario un combate para libertarlos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Seria inútil; al presentar el combate á la *San Márcos*, para librarse del cuidado de ellos y combatir más desembarazadamente, los arrojarian delante de nosotros atados al mar; mejor es rescatarlos con oro, si es que tú cumples tu promesa de enviarme á mi isla de Corfú.

—¡Aben-Alí! dijo Aben-Shariar, contestando de este modo á Manuel Karuk.

Inmediatamente se presentó á Aben-Shariar el arraez mulato que habia mandado la *Leona* durante el combate.

—Estoy completamente satisfecho de tí, le dijo Aben-Shariar; has cumplido perfectamente las órdenes que te dí en el pasado abordaje; escucha ahora las que voy á darte.

—Tu esclavo escucha respetuosamente, poderoso emir, contestó inclinado de la manera más humilde Aben-Alí.

—Voy á pasar á bordo de la *Bella Genovesa*; cuando haya vuelto la chalupa, toma el rumbo de Corfú; cuando llegares, deja en tierra á mi hermano Manuel Karuk y á sus cinco corsarios que están aquí; despues, sin aceptar la más pequeña recompensa, partes de Corfú, tomas el rumbo á Túnez, y esperas allí mis órdenes. Véte.

Aben-Alí se inclinó y se alejó.

—Espero que no me tengas ódio por lo que ha sucedido, dijo Aben-Shariar á Manuel Karuk; me he visto obligado á hacer le que he hecho; por otra parte, de las desgracias de tu hermana no es culpable Gabriel de Espinosa; yo respeto y deploro tu dolor; pero no quiero tu enemistad.

—Dias lo ha querido, contestó Manuel Karuk, y tú has sido conmigo tan leal y tan generoso, que no puedo odiarte.

—Entonces, hermano, hasta la vista.

—Hasta la vista, hermano.

Y los dos corsarios se estrecharon fuertemente las manos.

Despues de esto, Aben-Shariar pasó á bordo de la *Bella Genovesa*.

Poco despues la *Leona* viró y tomó rumbo al archipiélago griego.

A puestas del sol, la *Leona* habia desaparecido en el horizonte.

La galera *San Márcos* continuaba á la vista de la *Bella Genovesa*, convoyándola.

Aquellos dos buques se fueron perdiendo al oscurecer entre las sombras de la noche, sobre el desierto mar, con rumbo á las costas de España.

Por último, cuando la noche cerró oscurísima, los dos buques se perdieron completamente entre las tinieblas.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA PARTE.

MARIA DE SANTILLANA.

CAPITULO PRIMERO.

Los dos conventos.

I.

Madrigal es una antigua y fea villa de Castilla la Vieja, que lo único recomendable que tiene es el recuerdo de haber pasado su infancia en ella, en un viejo y destartalado alcázar que ya no existe, nuestra grande y santa reina doña Isabel la Católica, con su madre la reina viuda doña Isabel de Portugal, que á la muerte del rey don Juan el II, su esposo, fué relegada á Madrigal por su hijastro el débil y torpe Enrique IV.

En aquella villa, en aquel alcázar, vivieron pobres y olvidadas la reina viuda y sus dos hijos, el infante don Alonso y la infanta doña Isabel.

Allí, sufriendo privaciones, careciendo de vestidos convenientes, sin leña á veces para defenderse del frio, en los crudos dias de niebla de Castilla la Vieja, la infanta doña Isabel aprendió á conocer la miseria de los pobres en su miseria propia. Allí, necesitada de justicia, comprendió lo grande, lo sublime, lo necesario de la justicia. Allí adquirió el valor para el sufrimiento y la energía, la dignidad, la grandeza y la melancolía del alma, de que dió tantas muestras durante su glorioso reinado. Allí, bajo la noble palabra y la santa resignacion de su madre la desgraciada doña Isabel de Portugal, se formó, para orgullo de las Españas, nuestra grande é incomparable Isabel la Católica.

Por eso, siempre que recordamos el nombre de Madrigal, le recordamos con amor: porque vá unido á su nombre el de la ilustre reina á quien aman todavía los españoles, á pesar de haber trascurrido más de tres siglos y medio desde el dia en que murió.

Hé aquí, pues, lo único que tenia de notable entonces la villa de Madrigal.

Hoy la hace más notable otro recuerdo: el del proceso de Gabriel de Espinosa, el misterioso Pastelero-rey.

II.

Habia además en Madrigal una mediana iglesia gótica y dos conventos: el uno de frailes y el otro de monjas, cuyas comunidades venian á constituir, por lo menos, la tercera parte de la poblacion de la villa.

El convento de frailes tenia la advocacion de San Agustin, y el de monjas el de Nuestra Señora de Gracia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los dos conventos eran aristocráticos y ricos por sus extensas posesiones, que constituian la mitad de la demarcacion territorial de la villa.

Los frailes de misa, esto es, los padres del convento masculino, eran todos, como de la órden de San Agustin, personas de campanilla: como que todos eran doctores y fuertes en la argumentacion y en el *ergo*, teólogos, juristas y canonistas, y les daba suma importancia el seminario conciliar que tenia puesto á su cargo el arzobispo de Valladalid, cuyo seminario traia muchos estudiantes á la villa, que aumentaban su riqueza y su poblacion, aunque tambien es cierto que esto se compensaba con los contínuos escándalos producidos por los traviesos escolares, y por la inmoralidad que con sus incontinentes amoríos esparcian entre las mozas del pueblo.

III.

El otro convento, el femenino, el de monjas de Nuestra Señora de Gracia, era aristocrático, no porque las madres fuesen doctoras ni supiesen leer más que de una manera lastimosa el pesado latin de su breviario, sino porque entre las madres habia una que era no menos que sobrina del señor rey don Felipe II.

Esta cualidad de la señora doña Ana de Austria, hija de don Juan de Austria, habia dado al convento de Nuestra Señora de Gracia cierto carácter seglar, que no era lo más conveniente, ni estaba por cierto en acuerdo con la austera severidad de su regla, que era la de las Agustinas descalzas.

Esto consistia en que doña Ana, como persona real, tenia servidumbre, y más que celda, casa adherida al convento, en la que entraban y salian libremente visitas, y de la cual salia tambien con frecuencia doña Ana, habiendo temporadas que pasaba en el campo, en una casa de recreo, con traje y costumbres y libertad de seglar.

IV.

Doña Luisa de Grado y doña María Nieto, hermanas de madre, aunque de distinto padre, más que religiosas profesas de San Agustin, eran damas de honor de doña Ana, y la acompañaban á todas partes, ya saliese en carroza, ya se trasladase alguna temporada á su casa de campo.

Era, en fin, doña Ana, una casi infanta que tenia algo de monja, aunque este algo no fuese más que sus votos, y ella creia de buena fé que no faltaba á sus votos usando y abusando de libertades que estaban en completo desacuerdo con la regla de su órden, porque al ser monja, no habia dejado de ser sobrina del rey.

V.

Pero esto habia rebajado la disciplina del convento, lo cual se toleraba, en gracia á la alta categoría de doña Ana de Austria, y creyendo de buena fé que con esto servian de una manera leal al rey.

El convento, pues, estaba contínuamente frecuenta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do en la celda de doña Ana, no solo por los padres graves del convento de frailes, sino tambien por las gentes ricas del pueblo, y por las damas y caballeros que iban alguna vez de la córte, y que venian á formar la córte pequeña de la monja infanta.

VI.

De modo, que los dos conventos influian de una manera grave en Madrigal, le daban un carácter especial.

Doña Ana de Austria mantenia una pequeña córte de gentes que influian de una manera especial sobre el vecindario, y los padres agustinos una pequeña universidad, que tal podia llamarse al seminario, porque en él se enseñaban letras humanas, cánones, teología y leyes, y los estudiantes eran, como todos los estudiantes, un elemento que no podia menos de prestar á la villa parte de su carácter particular.

VII.

Si se hubieran suprimido estos dos conventos, ó sin suprimirse, se hubiese quitado al uno su seminario, y al otro su infanta, Madrigal hubiera sido una villa como otra cualquiera, con una poblacion compuesta de labradores ricos y pobres, devorados los unos por los otros y de algunos pobres y escasos menestrales.

VIII.

Pero los frailes agustinos de Madrigal y las monjas de Nuestra Señora de Gracia no eran frailes y monjas vulgares.

Estaban ensoberbecidos con su seminario y con su infanta, dominaban á la justicia del pueblo, ó si se quiere ayuntamiento, y no habia casa donde no se sintiese la influencia, ya del escolar, ya del fraile, ya de la infanta.

IX.

Y los unos, apoyados por los otros, venian á constituir á la villa en una dependencia *sui generis*.

El fraile, apoderado de la conciencia de la gente rica, se apoderaba de todo lo que podia para aumentar la hacienda conventual; se entrometia en los más pequeños asuntos municipales, lo exigia todo, entraba en todas partes, y en todas partes influia.

Desde que una jóven parecia mujer, hasta que empezaba á parecer vieja, caia bajo la tremenda jurisdiccion del estudiante, que no teniendo otra cosa en que entretenerse, despues de charlar en el aula su leccion en latin, iba á dar lecciones de amor á las pobres chicas, que las aprovechaban de una manera tal, que más de cuatro honrados labradores que necesitaban casarse, iban á buscar novia á Medina del Campo, ó á Arévalo, porque no querian tener mujeres tan sábias en amor como las de Madrigal, lo cual era un error, una ilusion; porque si en Madrigal habia un convento de frailes y un seminario con un centenar de estudiantes, en Medina del Campo habia veinte y dos conventos con todos sus adherentes; como que Medina del Campo era una de las ciudades más grandes y más ricas de su tiempo, de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las de España y fuera de ella, á la que no sabemos por qué se llamaba villa, puesto que contaba doscientas mil almas.

En cuanto á la influencia que la infanta ejercia sobre Madrigal, consistia en el lujo forzado á que obligaba á las familias ricas de la villa, puesto que estas familias la hacian la córte, y la estancia más ó menos larga de los caballeros y de las damas que iban de la córte del rey á pasar algunas temporadas en la pequeña córte de la infanta.

Por lo mismo, los abastecimientos en la villa de Madrigal estaban mucho más caros que en cualquier otra villa de Castilla, por lo que los pobres de Madrigal eran más pobres que los de cualquiera otra parte.

X.

Además de eso, las riñas, los desafueros, los escándalos promovidos por los estudiantes, hacian trabajar á la justicia más de lo justo, y la Chancillería de Valladolid veia con sumo desagrado que Madrigal era una villa revoltosa, por la cual no pasaba noche sin su lance de garrotazos ó cuchilladas, y sin alguna cabeza rota, cuando no sin algun hombre muerto.

Esto habia dado ocasion á que la Chancillería de Valladolid destinase exclusivamente un alcalde de casa y córte para los procesos de Madrigal, que este alcalde fuese y viniese contínuamente de Madrigal á Valladolid, y que siempre hubiese en Madrigal algunos alguaciles de la Chancillería para ayudar á la justicia del pueblo.

XI.

Dábanse quejas por la Chancillería al rey, deciase en aquellas quejas que los dos conventos agustinos de frailes y de monjas eran la causa de la excesiva vitalidad de Madrigal, que era conveniente quitar su seminario á los agustinos, y que recibiesen menos visitas las agustinas; pero los frailes y las monjas tenian más influencia en la córte que la Chancillería de Valladolid; en aquellos tiempos se tenia la costumbre de ver sin extrañeza que estudiantes, hidalgos y soldados, se agujereasen el cuerpo por quítame allá esas pajas, que los frailes hiciesen lo que les diese la gana, y que las monjas fuesen un tanto galantes.

Además de esto, Felipe II tenia harto en qué pensar con Enrique IV, con los ingleses, con la casa Orange, con Portugal, con medio mundo, y con su secretario Antonio Perez, que se le habia ido de entre las manos, refugiándose en París, y viviendo bajo el amparo de Enrique IV, para que le importasen gran cosa los frailes, las monjas y los estudiantes de Madrigal.

Por lo tanto, las quejas de la Chancillería de Valladolid eran *voæ clamantis in deserto*, y don Rodrigo de Santillana, que así se llamaba el tremendo alcalde, á quien los señores oidores de Valladolid habian espetado los asuntos criminales de Madrigal, se desesperaba; porque sus multiplicadas sentencias, ya de cárcel, ya de azotes, ya de galeras, ya de horca, de nada servian para aminorar los sucesos que de Madrigal caian sobre él, fatigándole, abrumándole, desesperándole.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII.

Pero estaba escrito, como dicen nuestros amigos los moros, que muy pronto el rey debia fijar toda su atencion en la villa de Madrigal, y que un gran proceso, un proceso de Estado, habia de compensar á don Rodrigo de Santillana de toda la fatiga y de todo el trabajo oscuro á que hacia mucho tiempo le tenian reducido los vulgares procesos de Madrigal.

CAPITULO II.

En que se empieza á entrar en lo más grave de nuestra historia.

I.

Por el mes de junio del año de 1595 habia llegado al convento de agustinos de Madrigal un padre grave, que durante un año y ostensiblemente para asuntos de la órden de san Agustin habia estado en Roma completamente autorizado por el general de la órden.

Este fraile era el reverendo padre maestro fray Miguel de los Santos, religioso portugués, que sin saberse por qué, habia pedido pasar á Castilla, al convento de su misma órden, que existia en Madrigal.

Era fray Miguel de los Santos un sacerdote austero, como de sesenta años, tenido en gran respeto por su ciencia y por su virtud, que habia logrado en otros tiempos una gran influencia en la córte de Portugal, por lo que los padres agustinos de Madrigal creian haber hecho una grande adquisicion con el pase de este reli-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII.

Pero estaba escrito, como dicen nuestros amigos los moros, que muy pronto el rey debia fijar toda su atencion en la villa de Madrigal, y que un gran proceso, un proceso de Estado, habia de compensar á don Rodrigo de Santillana de toda la fatiga y de todo el trabajo oscuro á que hacia mucho tiempo le tenian reducido los vulgares procesos de Madrigal.

CAPITULO II.

En que se empieza á entrar en lo más grave de nuestra historia.

I.

Por el mes de junio del año de 1595 habia llegado al convento de agustinos de Madrigal un padre grave, que durante un año y ostensiblemente para asuntos de la órden de san Agustin habia estado en Roma completamente autorizado por el general de la órden.

Este fraile era el reverendo padre maestro fray Miguel de los Santos, religioso portugués, que sin saberse por qué, habia pedido pasar á Castilla, al convento de su misma órden, que existia en Madrigal.

Era fray Miguel de los Santos un sacerdote austero, como de sesenta años, tenido en gran respeto por su ciencia y por su virtud, que habia logrado en otros tiempos una gran influencia en la córte de Portugal, por lo que los padres agustinos de Madrigal creian haber hecho una grande adquisicion con el pase de este reli-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gioso á su convento, y le tenian en grande loa y estima.

La órden del General de los agustinos para que fray Miguel de los Santos pasase á Roma á gestionar cerca de la Sede Pontificia de los asuntos de la órden, habia venido sin que nadie la esperase, y sin indicio alguno de que fray Miguel de los Santos hubiese hecho solicitud alguna para ello.

Tal era, sin embargo, el prestigio de que gozaba en la órden como sábio, justo y rígido el fraile portugués, que se atribuyó su encargo á una acertada eleccion del general de la órden, y nadie sospechó que el padre fray Miguel de los Santos hubiese ido á Roma á otra cosa que á asuntos de la misma órden.

Cuando volvió, fray Miguel guardó la más profunda reserva, y nadie se atrevió á preguntarle; pero se tenia una gran curiosidad, y no pudo menos de repararse en que fray Miguel de los Santos, que era hacia algunos años vicario de las monjas de Nuestra Señora de Gracia, iba al convento mucho más de aquello que su cargo le exigía, y pasaba largas horas encerrado con doña Ana de Austria, sin que nadie hubiese podido saber de qué asuntos hablaban el fraile y la infanta.

II.

Pero se notó que la infanta se hacia más seglar cada dia, que de Medina, que era el emporio del comercio español, á donde refluian todos los productos de la industria europea, venian ricas galas que en nada convenian á una monja, para la infanta, y que su servidumbre se aumentaba.

III.

Doña Ana de Austria apenas contaba veinticinco años, y era muy dama y muy hermosa.

En su semblante se veia el sello inequívoco de raza de la casa de Austria.

Tenia los cabellos rubios, el color blanco y pálido, los ojos grandes y azules, de un azul claro como el del cielo por la mañana, la nariz recta y un tanto larga, la boca pequeña, de lábios rojos y el inferior grueso y un poco prominente, la garganta larga y bella, las formas redondas y dulcemente mórbidas, y el conjunto bello y majestuoso.

Decian algunos viejos que la conocian, y que se acordaban del emperador don Cárlos, que doña Ana se parecia toda al emperador, lo que no tenia nada de extraño, puesto que era su nieta; y que en lo que más se parecia era en que á pesar de ser afable, era altiva, y en que se sabia hacer respetar la magestad, dando á la magestad un gracejo indefinible.

IV.

Preguntábanse muchos por qué razon era monja una infanta tan hermosa, sobrina de un rey tan poderoso como Felipe II, cuando muchos poderosos príncipes, siendo aún muy jóven doña Ana, la habian solicitado por esposa, y no sabian qué explicacion darse, sino que la infanta era tan altiva y tan pagada de sí misma, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no habia encontrado un esposo que fuese digno de ella, más bajo que Jesucristo.

Pero los que tal decian se engañaban: todo consistia en que doña Ana de Austria habia nacido excesivamente apasionada y soñadora, en que desde muy jóven habia contraido un espíritualismo exajerado: que habia buscado, siendo aún muy jóven, y antes de que hubiese hablado en su corazon el amor humano, lo grande, lo bello y lo sublime en la divinidad, habia caido en la contemplacion, y habia contraido eso que se llama vocacion al cláustro.

Por esto habia sido monja doña Ana de Austria.

V.

Pero el cláustro es uniforme y monótono, las monjas frias y feas, y en el recinto de los conventos, la contemplacion toma el carácter del ascetismo severo y descarnado: doña Ana no habia nacido para monja, su vocacion habia sido una equivocacion, y al poco tiempo de haber profesado, sus sueños se habian desvanecido; porque ella se habia levantado ó pretendido levantarse con un amor humano no comprendido, á un amor divino incomprensible, y se habia encontrado flotando sin un punto de apoyo en un vacío oscuro que pesaba sobre su alma como un occéano de inaccion, como un caos sin horizonte y sin luz.

VI.

Entonces fué cuando la monja infanta empezó á contraer hábitos seglares, á ejercer la presion de su

categoría sobre las monjas, á quienes dominó con facilidad.

Entonces fué cuando se abrió en la parte exterior de la portería del convento una puerta destinada á dar una entrada independiente á las habitaciones de la infanta, prévias las licencias necesarias, que se obtuvieron apenas pedidas, y otra puerta interior, que ponia en comunicacion la celda, ó mejor dicho, el pequeño palacio de doña Ana con el monasterio; entonces fué cuando más que como criadas, como damas de honor, pasaron al servicio de doña Ana, doña Luisa de Grado y doña María Nieto, hermosas y jóvenes, que habian sido encerradas en el cláustro y sacrificadas por conveniencias de familia; entonces fué cuando doña Ana pidió á su tio don Felipe II, y este se lo concedió, dueñas, meninas, gentiles hombres, pajes y todo cuanto convenia al servicio de una infanta de España.

Doña Ana era, pues, una monja muy singular, tanto en su manera de vivir como en su traje.

Recibia gentes, salia fuera del convento, como ya hemos indicado, daba saraos y mantenia mesa de estado, á la que asistian monjas, frailes y seglares.

En cuanto al traje era tambien singular; sobre las ricas galas, sobre vestidos de brocado y seda, llevaba un pequeño manto de lana y un escapulario negro, del que no podia despojarse, y sobre los cabellos rubios, largos, cuidadosamente peinados, una sencilla toca blanca, que más que signo de profesion, era un bello adorno.

De la misma manera vestian las hermanas doña Lui-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sa y doña María, y del mismo modo, aunque no eran monjas, para estar en armonía con su señora, las dos dueñas y las cuatro meninas.

Todo esto se toleraba, y es más, todo esto se ocultaba al severo Felipe II, que no habia dado licencia á su sobrina para tanto, que creia que doña Ana guardaba rígidamente la clausura y el traje conventual, y que entre su sobrina y su servidumbre seglar, existia siempre la reja del locutorio.

El rey no podia saber esto, porque nadie se lo decia; y nadie se lo decia, por no perder los beneficios de la influencia que doña Ana de Austria, por su estado de perfeccion, segun el rey, tenia sobre él.

Ni el mismo severísimo y tremendo alcalde de casa y córte, don Rodrigo de Santillana, que lo sabia y lo notaba todo, porque como hemos dicho, iba y venia con suma frecuencia de Valladolid á Madrigal, se habia atrevido á decir ni una sola palabra por no exponerse á perder con una indiscrecion su formidable vara de alcalde, con la que se habia casado de una manera indisoluble, y á la que tenia un amor imponderable.

Doña Ana, pues, hacia todo aquello que queria, porque el rey no sabia nada; porque Felipe II era además inaccesible, severo, hombre de pocas palabras, completamente aislado en medio de su reino, rodeado únicamente de los magnates que tomaban parte en la gobernacion del Estado, y que temblaban delante de él, y las hablillas no podian llegar á sus oidos de ningun modo.

VII.

Además de esto, de tiempo en tiempo doña Ana enviaba al rey alguna carta autógrafa que la escribia el Papa Clemente VIII, en que la llamaba su hija predilecta, elogiaba su piedad y su celo, y la aseguraba estar reservada por Dios á altos destinos, enviándola desde su silla pontificia su bendicion apostólica.

Doña Ana acompañaba cada una de estas cartas del Papa con una larga y zalamera carta en que llamaba al rey su buen padre, con revelaciones que decia tener cerca de este ó el otro próspero suceso para Felipe II, y añadiendo una sarta de peticiones, ya de nuevos privilegios para el convento de agustinos, ya para exenciones para la villa, ya para el mayor lustre y riqueza de la comunidad de que formaba parte, ya de gracias y prerogativas para éste ú el otro vecino acaudalado, contándose entre estas peticiones la de que el convento de cuya comunidad formaba parte se llamase de Nuestra Señora de Gracia la Real, en atencion á ser monja profesa en él una infanta.

El rey robaba un momento á sus graves y multiplicados negocios, escribia una especie de sermon á doña Ana, estimulándola á que siguiese en su vida ejemplar, y á que mirase más al cielo que á la tierra, y concedia á su sobrina todo lo que le pedia porque la creia santa, y Felipe II queria estar bien con los santos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII.

Hay que advertir, que Felipe II, á pesar de su terrible carácter, y de su suspicacia y de su sombría firmeza, que le valieron el sobrenombre, que le dió Enrique VIII de Inglaterra, de *Demonio del Mediodía*, si fué uno de los reyes más temidos del mundo, fué el que tal vez vivió más sin saber donde tenia puestos los piés, porque le engañó todo el mundo.

Así es, que nada tenia de extraño que le engañase su sobrina la monja doña Ana de Austria.

IX.

Es un axioma en política, que cuanto más tirano es un rey, tanto más de cerca le rodea la traicion, y tanto más se vé obligado á extremarse en la crueldad y á teñirse en sangre para no ser vencido.

Sus enemigos exteriores ayudaban á los traidores que tenia cerca de sí.

Los Paises Bajos, enviando emisarios secretos á su hijo el príncipe don Cárlos, ofreciéndole su vasallaje y su soberanía, hicieron traidor á aquel príncipe loco, y Felipe II, exagerado siempre en el recelo, no supo castigar á su hijo sino matándolo de una manera oscura y terrible.

Isabel de Inglaterra, ofreciendo su mano á don Juan de Austria, y el Papa protegiéndole, hicieron imprudente y no traidor á don Juan de Austria, y aquel pavoroso

rey, que habia matado por recelo á su hijo, mató tambien por recelo á su hermano. Entregó el rey todo el poder de sus armas al duque de Alba en Portugal, fiando en la lealtad y en los altos principios de don Fernando Alvarez de Toledo, y tambien se engañó; no porque el gran duque de Alba hubiese incurrido jamás, ni aún con el pensamiento, en la más leve traicion, sino porque habia creido enviar á un vasallo, y habia enviado á un rey; porque el duque de Alba era el último de aquel os nobles señores de la Edad media que se hombreaban con los reyes, que eran, si cabe, más soberbios que los reyes; que no encontraban sobre sí á nadie más que á Dios; que desempeñaban por su criterio propio, por su propia voluntad y como mejor querian, los cargos que les cometia el rey, y que como el Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, enviaban enhoramala al rey que les pedia cuentas, sin que al rey que de tal modo se veia tratado, le quedase otro arbitrio que encogerse de hombros, aunque el tal rey se llamase Fernando V ó Felipe II.

Don Felipe, pues, se habia engañado respecto al duque de Alba.

El duque de Alba habia obrado en Portugal por sí y ante sí con arreglo á la indómita fiereza de su carácter; en todos los actos de su gobierno en Portugal, el severísimo Felipe II creyó demasiada la severidad del duque de Alba para con los portugueses; temió que estos, demasiado oprimidos, se sublevasen desesperados, y envió al duque de Alba oidores para que le ayudasen en la gobernacion de Portugal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero el duque, aunque el palo iba envuelto en seda, sintió el golpe, se irritó, y escribió al rey *que habia determinado ir á besarle las manos á su córte*, lo que no era otra cosa que una soberbia é irreverente dimision, ó mejor dicho, una frase que, traducida á su verdadero sentido, queria decir: idos enhoramala vos y vuestro reino de Portugal y vuestros oidores.

Pues bien: Felipe II se aterró cuanto supo la determinacion del duque de Alba de abandonar á Portugal; comprendió que si se habia engañado en enviar allí al duque de Alba, se habia vuelto á engañar al querer domar su carácter indomable; comprendió que el estado en que habia puesto los ánimos en Portugal el duque de Alba, solo el duque de Alba podia seguir reprimiendo á Portugal; sabia demasiado que una vez pronunciada una palabra por el duque de Alba, no habia poder humano que le hiciese retractarse de ella, ó dejar de ponerla en ejecucion; y como el duque de Alba *habia determinado ir á besarle las manos á su córte* y el rey no queria que el duque saliese de Portugal, no encontro más medio para salir del apuro que trasladar apresuradamente la córte adjunta á su persona á la frontera de aquel reino, y *dar en ella á besar las manos* al vasallo que de tal manera le humillaba y que se quedó satisfecho, porque una tal humillacion no podia menos de satisfacerle; porque en aquellas circunstancias, él habia sido más rey que el rey.

Felipe II, despues de esto, se trajo á sus oidores, y el duque de Alba se quedó en Portugal haciendo de las suyas.

X.

Y no es esto solo; como en política se engañaba y era contínuamente engañado Felipe II, de la misma manera se engañaba y era engañado como hombre.

La mujer que habia logrado conmover su corazon de hielo, la mujer que habia encendido en él la pasion amorosa de toda su vida, la princesa de Éboli, de quien se creia amado y de quien tenia hijos, le habia hecho traicion, amando como él se creia amado á su favorito, á su secretario Antonio Perez, para el cual no tenia secretos de ningun género el receloso Felipe II. Todo para este rey tomaba proporciones inmensas y trascendentales; quiso despedazar á Antonio Perez, y Antonio Perez se le escapó de la cárcel, y se refugió en Aragon, amparándose de los libres fueros de aquel reino. A causa de esto, Felipe II envió un ejército sobre Aragon; el pueblo de Zaragoza arrastró al marqués de Almenara, que habia pretendido servir al rey á pesar de los fueros, y á la terrible voz de *contrafuero y libertad*, recibió á mosquetazos al general Vargas que mandaba las tropas enviadas contra Aragon; Zaragoza fué vencida, el justicia Juan de Lanuza degollado, y rotos y desechos los fueros de Aragon.

Pero entretanto, Antonio Perez se habia salvado; habia pasado la frontera y estaba bajo el poderoso amparo de Enrique IV de Francia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI.

Si hubiéramos de enumerar todas las veces que Felipe II se engañó y fué engañado, llenaríamos un grueso volúmen.

Felipe II, con un exceso de autoridad nocivo, provocaba situaciones cuyos resultados no preveia ni podia preveer en su escasa inteligencia.

Los que le llaman el Prudente no comprenden, sin duda, que la prudencia es previsora, que no se la puede confundir con el recelo sistemático que conduce siempre al error.

Felipe II nunca previó; receló siempre, y su recelo le llevó de una á otra imprudencia, cuyos resultados fueron tan funestos, que la historia de Felipe II no es otra cosa que un largo, continuado y sangriento drama.

XII.

Así solo, por la ceguedad en que vivia Felipe II, persiguiendo peligros fantásticos, mientras el peligro real se deslizaba mudo é invisible á su lado, así solo se concibe, repetimos, al leer el proceso del Pastelero de Madrigal, que aquella imprudente y audaz conspiracion pasase desapercibida casi hasta el momento de llegar á su desarrollo, y que solo se supiese por una delacion, cuando las imprudencias de los conspiradores habian dado lugar mucho tiempo antes á que se descubriese por sí misma.

Así se comprende que aquella misma infanta á quien tanto estimaba Felipe II y á quien tenia en olor de santidad, fuese una de las principales personas, ó más bien, la persona principal de aquella conspiracion.

XIII.

Fray Miguel de los Santos habia estudiado demasiado bien á la infanta doña Ana, y habia comprendido que el cláustro, á pesar de la libertad de que en él gozaba, era para doña Ana un lugar horrible, un martirio insoportable.

Doña Ana tenia la imaginacion soñadora, novelesca y aventurera, habia nacido para el amor, y sufria al verse obligada por su dignidad, por su gerarquía y por su estado, á renunciar al mundo.

Fray Miguel, antes de partir á Roma, habia procurado imbuir ciertas ideas en el ánimo de doña Ana.

Estas eran, que si bien el Papa no podia revocar los votos de una persona vulgar, podia revocar los de una persona real, si esta revocacion era conveniente á los intereses de un rey.

Doña Ana escuchaba esto como el desesperado que oye la enunciacion de una esperanza, por remota que sea, y cuando fray Miguel de los Santos la vió ya bien preparada, no se refirió ya solo á generalidades, sino que la dijo que habia tenido revelacion de que Dios no la queria monja, sino casada, y que la tenia guardada para causar el bien de un gran rey y de un gran reino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV.

—Y decidme, padre, dijo la infanta, ¿cómo puede ser eso? ¿A qué rey puedo yo salvar, y á la ventura de qué reino puedo yo contribuir?

Vuecencia (1), señora, dijo fray Miguel de los Santos, ha tenido un primo que murió desgraciadamente en una gran empresa, cuando él era muy jóven, y vuecencia todavía muy niña.

—El rey don Sebastian de Portugal, dijo la infanta, que cometió la imprudencia de no oir los consejos de mi tio y fué á perecer á Africa.

—Eso dicen, señora; pero el rey don Sebastian no pereció; vive, y vasallos hay en su reino que lo saben, que trabajan en silencio para que vuelva á su reino, y que verian con gran contento á vuecencia esposa del rey don Sebastian.

—Pero el rey don Felipe no consentiria nunca en reconocer al rey don Sebastian, si es que vive, y pueden suceder grandes desgracias.

—El rey no puede desconocer á su sobrino, el rey don Sebastian, ni hacer que sus vasallos, que le conocen, le desconozcan, ni siendo tan justo, pretender seguir usurpando un reino que tiene por herencia, y que apareciendo su legítimo rey, no puede retener por ningun derecho divino ni humano.

(1) Doña Ana de Austria, aunque estaba considerada por todos como infanta, no lo era; pero estaba reconocida por el rey, como sobrina carnal suya, por ser hija natural de don Juan de Austria; se la concedian consideraciones de infanta y el tratamiento de Excelencia, como se hizo con su padre.

—Aunque eso sea, dijo la infanta, el rey mi señor no me dará licencia para casarme aunque el Papa me dispense mis votos.

—Desde que vuecencia es religiosa, señora, dijo fray Miguel de los Santos, está bajo la absoluta obediencia del Papa, y si el Papa mandase á vuecencia casarse con el rey de Portugal, vuecencia no podria dejar de obedecer.

—Obedeceria resignada, contestó doña Ana, bajando los ojos y poniéndose vivamente encendida; y digo mal resignada, obedeceria contenta por ser el esposo que me daria el Papa mi primo el rey don Sebastian.

—Don Sebastian es muy bravo, muy noble y muy caballero, y no merece las tribulaciones y las desgracias por que ha pasado.

—Siempre he tenido yo una muy buena memoria para el rey don Sebastian, y por muchas razones mi padre, el señor don Juan de Austria, amaba mucho á su hermana la princesa doña Juana, madre del rey don Sebastian; y á más de eso, el rey don Sebastian fué vencido en Africa y se le tuvo por muerto el mismo año y dos meses antes que mi padre muriese en Namur de una manera harto desgraciada.

—Como que dicen, contestó sútilmente fray Miguel de los Santos y bajando la voz como si hubiera temido que le escuchasen las paredes, que el señor don Juan de Austria murió á consecuencia de haber usado unos bor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ceguíes moriscos que tenian entre la entretela una sustancia venenosa, y que quien le habia regalado aquellos borceguíes, sabia que daba con ellos mucho gusto al rey don Felipe.

—¡Callad! dijo doña Ana poniéndose mortalmente pálida; sobre nuestra familia pesa sin duda la maldicion de Dios.

—Vos lo sabeis; el rey don Felipe encontró muy á su gusto que el 4 de agosto de 1578 desapareciera en los campos de Alcázar-Kivir su sobrino el rey don Sebastian, y que el 1.° de octubre del mismo año muriera en Flandes en el campamento, cerca de Namur, su hermano don Juan de Austria; la fortuna le sonreia, pero le sonreia de una manera horrible; la desgracia del rey don Sebastian en Africa, dejaba el trono de Portugal á un hombre débil, al cardenal don Enrique, tio del rey, á quien se creia muerto; el crímen mataba dos meses despues al gran don Juan de Austria, que estaba próximo á ser rey de Inglaterra por su casamiento con la reina Isabel, lo que hubiera dado grandes disgustos al rey don Felipe, y no es esto solo: diez y siete meses despues, el 31 de enero de 1580, muere el rey don Enrique de Portugal en ocasion en que tenia Córtes en Almeirin, para tratar de la sucesion de la corona; y cuando acontece esta muerte, se habla tambien de veneno, á pesar de que bien pudo morir de viejo don Enrique, porque ya contaba sesenta y nueve años, y era débil y enfermizo; pero esta muerte sucede cuando interesa al rey don Felipe; cuando el estado llano de Portugal se sublevaba en las Córtes, pidiendo que la sucesion á la corona no

fuera por herencia, porque de este modo Portugal se uniria bajo Felipe II, heredero por la sangre del cardenal don Enrique á la corona de Castilla; cuando el débil enfermo y viejo rey se doblegaba asustado ante el tumulto del estado llano, y los embajadores del rey don Felipe protestaban enérgicamente contra toda sucesion que no fuese por agnacion rigorosa; y aún estaba caliente el cadáver del rey don Enrique y los gobernadores del reino no se entendian, y don Antonio, prior de Ocrato, reclamaba la corona, y Portugal se despedazaba en bandos, cuando el duque de Alba entró en el reino con un poderoso ejército que el rey don Felipe enviaba para sostener con las armas su derecho, y que en pocas jornadas sometió por la sangre y por el terror al reino de Portugal, que aún gime bajo el yugo del rey de Castilla sin que sirvan para nada los tenaces esfuerzos del prior de Ocrato don Antonio, que protegido por los ingleses, aún pretende la corona de Portugal. Todo es sangre, todo misterio, todo horror en esta época de Felipe II; todo clama venganza al cielo, y la providencia de Dios hace que el rey don Sebastian exista, aunque ignorado, y que para tomar esposa haya puesto los ojos en vuecencia, hija de un príncipe sacrificado por el rey don Felipe.

—¡Callad, callad! dijo doña Ana; sois un ministro del Señor, y me estais hablando de venganza.

—La venganza, cuando recae sobre crímenes, no es venganza, sino justicia.

—El rey don Felipe me ama, me llama su hija, me concede todo lo que le pido.

—Por remordimiento; porque entre el rey y vuecen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia se levanta lívida la sombra del señor don Juan de Austria, vuestro padre.

—No hay muerte de príncipe que no se achaque á veneno, que no se atribuya á otro príncipe á quien aquella muerte convenia. ¿Dónde está la prueba de que mi noble padre fuese envenenado?

—*Vox populi, vox Dei*, dijo solemnemente fray Miguel de los Santos; la voz de los pueblos es la única que puede acusar á los reyes; y aun así de una manera muy baja, y de oido en oido; y no es solo la voz popular la que acusa al rey don Felipe de la muerte de vuestro padre: le acusan los sucesos; un mes antes de que vuestro padre muriese en Flandes, murió en Madrid, durante una noche oscura, en la plazuela de Santa María, á manos de un asesino, Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, enviado por éste á la córte para graves asuntos; todo el mundo supo que aquella muerte la habia mandado el secretario de Estado Antonio Perez; todo el mundo sabe que Antonio Perez era el favorito del rey don Felipe, y el mismo Antonio Perez ha dicho en sus *Relaciones* que el rey don Felipe le mandó la muerte de Escobedo, decretada en Consejo de Estado y mandada ejecutar á Antonio Perez; se evitó un proceso á Escobedo, y se le mató de una manera infame, porque se queria que muriese, y queria evitarse que el nombre de don Juan de Austria sonase en un proceso; se queria que don Juan de Austria muriese tambien; pero no se le queria matar por la mano de un asesino y á puñaladas, y se le mató secreta y misteriosamente por medio de un veneno. Sí, la voz pública y los sucesos y los intereses políticos acusan al rey don Felipe de la muerte de don Juan de Austria, y vuecencia, señora, hija de aquel grande hombre, tiene el sagrado deber de vengarle, y para eso la Providencia os llama á ser esposa del rey don Sebastian.

—Huérfanas quedamos mi hermana doña Juana y yo, dijo con voz trémula doña Ana, sin saber quiénes han sido nuestras madres, ni otra cosa, sino que éramos hijas naturales del señor don Juan de Austria, y el rey nos ha criado, nos ha amparado, nos ha amado.

—Sí, es verdad, dijo con sarcasmo fray Miguel de los Santos; como negó á vuestro padre la dignidad de infante, á pesar de que era hijo, como él, del gran emperador don Cárlos V, ni vuecencia, ni vuestra hermana habeis sido reconocidas como infantas, á pesar de la sangre del gran emperador, vuestro abuelo, que corre por vuestras venas; que os ha criado y os ha protegido el rey don Felipe, sepultándoos desde niñas en un cláustro, apartándoos de la córte, temeroso de la influencia que pudiérais tener en ella, como hijas del noble don Juan de Austria, casando á vuestra hermana en Italia con un oscuro principillo siciliano, que ningun recelo podia causarle, y haciendo profesar á vuecencia en España en este convento, que es el único mundo que vuecencia ha visto.

—El rey me da rentas de infanta; el rey me consiente una servidumbre igual á la de una infanta.

—Pero entretanto sois monja profesa; estais muerta para el mundo; no os podeis casar con nadie; porque el rey cree que Clemente VIII no se atreverá á libertaros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de vuestros votos; pero yo voy á Roma, vuestros votos serán dispensados por el Papa, y un dia muy próximo, el rey don Felipe verá con asombro y con terror que el rey don Sebastian existe, que se apodera de su reino de Portugal, que se lo arranca de entre las manos, y que la esposa del rey de Portugal es monja profesa, la hija de don Juan de Austria, á quien él sepultó en el cláustro, despues de haber sepultado á su padre en la tumba.

—Me estais envenenando el alma, exclamó doña Ana profundamente conmovida. ¡Oh y cuánto aborreceis al rey don Felipe!

—Soy portugués; veo á mi pátria esclavizada, desangrada, abatida, sujeta al yugo ominoso de un tirano sombrío y cruel; solo por el amor de mi pátria estoy en Castilla; solo por mi pátria vivo hace algunos años en Madrigal, porque vos, en quien yo habia puesto los ojos desde el momento en que supe que el rey don Sebastian vivia en Africa, érais monja en este convento; solo por trataros de cerca, por ganar vuestra confianza y vuestro corazon, he pretendido ser y lo he sido, vicario de este convento; yo sé que puedo fiarme de vuecencia, yo sé que si vuecencia no se atreve á tomar sobre sí la grande empresa que la propongo, vuecencia guardará el más profundo secreto. Pero las desgracias del rey don Sebastian, la necesidad que tiene de vuestra ayuda, y el generoso corazon de vuecencia, me mueven á creer que mis afanes durante tantos años no habrán sido inútiles; que vuecencia comprenderá que la justicia de Dios quiere lo que yo la propongo, y accederá á ello.

—¿Y sabeis vos si el rey don Sebastian querrá ser esposo de una bastarda?

—Una hija natural del señor don Juan de Austria, reconocida por él, puede ser esposa del más grande emperador de la tierra.

—¿Y consentirá el Papa?...

—Este es asunto resuelto; para ello solo voy á Roma.

—¿Y dónde está el rey don Sebastian?

—En Venecia, secretamente amparado por aquella serenísima República.

—En Venecia dicen que hay hermosas y nobilísimas damas, dijo con acento de celos, y ruborizándose vivamente doña Ana.

—El rey don Sebastian sabe ya que vuecencia es la esposa que su reino veria con placer sobre su trono, es primo hermano de vuecencia, y segun la noticias que me da Guillen de Sousa, que vive hace muchos años al lado del rey, en esta carta, don Sebastian está impaciente por lograros; porque en cuanto á conoceros le hemos enviado el retrato de vuecencia, que le ha enamorado grandemente.

—¡Ah! ¡Mi retrato! dijo con alegría doña Ana; no sabia yo que se hubiese enviado mi retrato á don Sebastian.

—No se creyó oportuno hablaros de esto, hasta saber lo que el don Sebastian contestaba, y el retrato que se le ha enviado, se tomó del grande que hay vuestro al óleo en el alcázar de Madrid.

—Allí no tengo hábitos de monja, dijo con cierta vanidosa coquetería doña Ana; ¿y qué ha dicho don Sebastian?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—En la mano tengo la carta que á propósito de esto me ha escrito el señor Guillen de Sousa, dijo fray Miguel de los Santos, mostrando á doña Ana una carta que habia sacado de entre sus hábitos.

—Leed, leed, dijo con interés doña Ana.

—No hay para qué leer más que lo que á vuecencia atañe, que la carta es larga y menudamente escrita, y salvo en lo que á vuecencia se refiere, trata de asuntos menudos y enfadosos, que molestarian á vuecencia.

—Y que además de eso, sin duda asuntos que no me conciernen; veámos lo que á mí toca.

Fray Miguel de los Santos sacó una caja de plata y de ella unas antiparras, se las caló y leyó lo siguiente:

—«Mi señor me encarga diga á vuesamerced que ha recibido el retrato de la señora doña Ana, y que desde que lo vió, no pasan diez minutos sin que le saque del pecho y vuelva á mirarle, sin hartarse nunca de contemplar la hermosura de doña Ana, que le parece tal, que arde en deseos de conocerla; porque dice que hay gran diferencia de lo vivo á lo pintado, y que, ó mucho se engaña, ó doña Ana debe ser mucho más hermosa de lo que aparece en el retrato, aunque en éste está representada muy al vivo; mi señor no ha cesado de hablarme de esto en tres dias que hace que se recibió el retrato, y cada dia con más encarecimiento, y ha mandado llamar un pintor, que aquí los hay muy buenos, para que haga su retrato y enviarlo á vuesamerced cuando hubiere persona de confianza con que hacerlo. Yo creo muy bien que mi señor está enamorado, y no hay que tomarlo á maravilla; porque mi señora doña Ana, es



.....Y leyó lo siguiente:

una dama muy hermosa y muy gentil, y se ve muy representado en su retrato el altísimo orígen de donde viene, y la magestad de quien ha nacido, no para vivir oscuramente escondida en el rincon de un cláustro, sino para brillar sobre un trono al lado de un gran rey.»

Fray Miguel dobló la carta, la guardó, se quitó las antiparras, las metió en su caja y las hizo desaparecer bajo su hábito.

Doña Ana se habia quedado profundamente pensativa.

La situacion en que se encontraba era gravísima; como que se trataba no menos que de una traicion contra su tio el rey de España, de la anulacion de sus votos como religiosa, y de su casamiento con un rey á quien todo el mundo creia muerto.

Las palabras envenenadas del fraile agustino habian caido una á una sobre su corazon, y habian excitado el principio de ódio hácia Felipe II, que germinaba dormido en el alma de doña Ana; porque en el cláustro se sabe todo; porque en él habia penetrado tambien el sordo rumor de la opinion pública, que acusaba á Felipe II de la muerte de don Juan de Austria.

Por otra parte, como hemos dicho ya, doña Ana no habia nacido para monja; el rey la habia mandado profesar, y habia profesado; pero como han profesado tantas mujeres obligadas á obedecer por su debilidad y por su aislamiento, encontrándose colocadas en la situacion de mártires.

Así es, que doña Ana, á quien ya se habia hablado mucho del rey don Sebastian, habia contraido por él un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

extraño amor, ansiándole sin conocerle, formando en su pensamiento un sér fantástico en armonía con las aspiraciones de su alma.

Por eso doña Ana estaba triste y pensativa.

Por eso teñia sus blancas mejillas un débil matiz rosado, y sus ojos dejaban ver una mirada séria, triste, tímida, poderosa.

Doña Ana amaba como todas las vírgenes aman la primera vez.

—¿Y dónde está don Sebastian? dijo.

—Ya os lo he dicho, señora; en Venecia, protegido por la serenísima República.

—¿Y ha estado siempre allí, desde que se salvó de Africa?

—El rey don Sebastian ha estado en Africa diez y siete años, hasta hace algunos meses que pasó á Venecia.

—¿Y por qué el rey don Sebastian no ha dado señales de vida hasta ahora? ¿Por qué en el momento en que sanó de sus heridas no hizo saber á su reino que existia, para que su reino le hubiera rescatado de su cautiverio?

—El rey don Sebastian no ha estado nunca cautivo; le salvó una familia mora, y entre ella ha vivido, ocultando su nombre por la vergüenza de su derrota; y si se sabe que el rey don Sebastian vive, es por algunos cautivos portugueses que le han conocido en Africa, que han sido rescatados y han traido á Portugal la noticia. Desde que estas noticias se tuvieron, se envió á Africa al señor Guillen de Sousa, y gracias á las contínuas persuasiones de éste, se ha logrado que el rey don Sebastian pase á Venecia, para que en la ocasion oportuna venga á su reino, protegido por venecianos, franceses é ingleses.

Pero antes, el rey don Sebastian vendrá de incógnito á España, para, ya disueltos los votos por el Papa, hacer á vuecencia su esposa, salir con ella de España, é ir á ocupar á Portugal, presentándose con una fuerte escuadra delante de Lisboa.

Ahora bien, señora, dígame vuecencia si quiere ser esposa del rey don Sebastian, para que yo pida al Papa la anulacion de los votos y la dispensa del parentesco, y lleve al rey don Sebastian la noticia faustísima de que vuecencia consiente en ser su esposa.

—Si Dios lo quiere, y el Papa en su alta sabiduría lo estima justo y conveniente, y anula mis votos, yo me tendré por muy honrada, y seré muy contenta de que me tome por esposa una tal persona como el rey don Sebastian, dijo doña Ana con la voz trémula, los ojos bajos y vivamente encendida.

XV.

Hablaron aún por espacio de una hora el fraile y la monja, despidiéronse, y al dia siguiente por la mañana, fray Miguel de los Santos partió á Roma con el pretexto aparente de ir como delegado del General de su órden, para asuntos de la misma, cerca de la curia romana.

XVI.

Ya sabemos lo que sucedia en Venecia, y cómo salió

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de ella Gabriel de Espinosa, habiendo sido el héroe de extrañas y sangrientas aventuras.

La *Bella Genovesa* habia aportado al puerto de Marsella, y desde allí, Gabriel de Espinosa se habia trasladado á París, buscando el amparo de Enrique IV.

Se habian tenido conferencias entre este rey, Gabriel de Espinosa, el duque de Vendome y Antonio Perez, que como secretario que habia sido tantos años de Felipe II y tan de su confianza, era una persona de cuyos consejos no se podia prescindir, tratándose de un asunto tan importante.

Pero Enrique IV no era muy espléndido, ni muy aficionado á tener junto á sí huéspedes tan peligrosos como aquel rey resucitado, propietario de un reino del cual tenia la posesion un rey tal como Felipe II.

Enrique IV contemporizaba cuanto podia, evitaba cuanto podia las guerras, cuando no las tenia, y cuando las tenia escusaba toda complicacion que pudiera dilatar el dia de una paz honrosa y conveniente para la Francia.

Por lo mismo, dió muy buenas esperanzas á Gabriel de Espinosa, porque Enrique IV, sino era pródigo de dinero, no escaseaba las palabras, le dió alguna cantidad, que no pudo buenamente escusarse de darle, algunos regalillos indispensables, y le puso fuera de su reino, logrando con su buena política, que Gabriel de Espinosa le creyese su amigo, y dispuesto á hacer por él todo lo que pudiese, y que Gabriel de Espinosa tuviese tanta ánsia de salir de Francia para comenzar su empresa, como Enrique IV de verle fuera de ella y librarse de un

compromiso, que sin haberlo podido él evitar, se le habia venido encima.

XVII.

En la familia de Gabriel de Espinosa habian acontecido cosas harto graves durante su permanencia en Paris.

La reaccion que se habia operado en Gabriel de Espinosa respecto á Sayda Mirian por los trágicos acontecimientos de Venecia, habia desaparecido.

Sayda Mirian, que una vez en su vida se habia creido amada, comprendió con dolor que Gabriel de Espinosa no la habia amado nunca; lo que era peor aún, que no podia amarla.

Gabriel de Espinosa era un sér impresionable que se engañaba y engañaba mientras duraba la fuerza de la impresion, que se gastaba con una rapidez igual al loco entusiasmo que la habia producido.

Aún no habia terminado la navegacion, y ya Gabriel de Espinosa habia recaido en su indiferentismo, en su sombrío disgusto respecto á Sayda Mirian.

La desdichada estaba en la terrible situacion de la esposa, de la cual se siente hastiado y cansado el esposo.

Veia que separada de él y vuelta á unir por una impresion pasajera, Gabriel de Espinosa estaba ansioso por romper los vínculos que á ella le unian; aun los eternos é indestructibles vínculos con que se siente ligado un hombre bien nacido por el agradecimiento.

Sayda Mirian empezaba á desimpresionarse tambien;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de ella Gabriel de Espinosa, habiendo sido el héroe de extrañas y sangrientas aventuras.

La *Bella Genovesa* habia aportado al puerto de Marsella, y desde allí, Gabriel de Espinosa se habia trasladado á París, buscando el amparo de Enrique IV.

Se habian tenido conferencias entre este rey, Gabriel de Espinosa, el duque de Vendome y Antonio Perez, que como secretario que habia sido tantos años de Felipe II y tan de su confianza, era una persona de cuyos consejos no se podia prescindir, tratándose de un asunto tan importante.

Pero Enrique IV no era muy espléndido, ni muy aficionado á tener junto á sí huéspedes tan peligrosos como aquel rey resucitado, propietario de un reino del cual tenia la posesion un rey tal como Felipe II.

Enrique IV contemporizaba cuanto podia, evitaba cuanto podia las guerras, cuando no las tenia, y cuando las tenia escusaba toda complicacion que pudiera dilatar el dia de una paz honrosa y conveniente para la Francia.

Por lo mismo, dió muy buenas esperanzas á Gabriel de Espinosa, porque Enrique IV, sino era pródigo de dinero, no escaseaba las palabras, le dió alguna cantidad, que no pudo buenamente escusarse de darle, algunos regalillos indispensables, y le puso fuera de su reino, logrando con su buena política, que Gabriel de Espinosa le creyese su amigo, y dispuesto á hacer por él todo lo que pudiese, y que Gabriel de Espinosa tuviese tanta ánsia de salir de Francia para comenzar su empresa, como Enrique IV de verle fuera de ella y librarse de un

compromiso, que sin haberlo podido él evitar, se le habia venido encima.

XVII.

En la familia de Gabriel de Espinosa habian acontecido cosas harto graves durante su permanencia en Paris.

La reaccion que se habia operado en Gabriel de Espinosa respecto á Sayda Mirian por los trágicos acontecimientos de Venecia, habia desaparecido.

Sayda Mirian, que una vez en su vida se habia creido amada, comprendió con dolor que Gabriel de Espinosa no la habia amado nunca; lo que era peor aún, que no podia amarla.

Gabriel de Espinosa era un sér impresionable que se engañaba y engañaba mientras duraba la fuerza de la impresion, que se gastaba con una rapidez igual al loco entusiasmo que la habia producido.

Aún no habia terminado la navegacion, y ya Gabriel de Espinosa habia recaido en su indiferentismo, en su sombrío disgusto respecto á Sayda Mirian.

La desdichada estaba en la terrible situacion de la esposa, de la cual se siente hastiado y cansado el esposo.

Veia que separada de él y vuelta á unir por una impresion pasajera, Gabriel de Espinosa estaba ansioso por romper los vínculos que á ella le unian; aun los eternos é indestructibles vínculos con que se siente ligado un hombre bien nacido por el agradecimiento.

Sayda Mirian empezaba á desimpresionarse tambien;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

empezaba á comprender que era una locura amar con la más sublime de las abnegaciones á un hombre que no comprendia ni agradecia aquel intenso amor.

Pero como no queda vacío en el alma el lugar que ha llenado una pasion sin que la pasion contraria llene aquel vacío, empezó á nacer y á desarrollarse en el alma de Sayda Mirian esa pasion terrible y excepcional que nosotros nos atrevemos á llamar ódio de amor.

Sayda Mirian empezó á convertirse para Gabriel de Espinosa en el obstáculo más grave de sus proyectos; en la fatalidad viviente que habia de decidir su destino, que habia de llevarle á su último y terrible suceso.

Desde el momento en que el amor despechado de Sayda Mirian le hizo contraer la resolucion terrible de que Gabriel de Espinosa no perteneciese á nadie ni á nada que no fuese ella, trocó la lucha tenaz de su amor por la sumision y la tranquilidad intencionada de quien para estar más en posicion de obrar se plega al carácter, á la voluntad caprichosa, á las excentricidades de la persona de quien se ha apoderado.

Gabriel de Espinosa respiró; se vió libre de las amantes quejas, de los celos, del disgusto, que se hacen tan insoportables cuando provienen de una mujer á quien no se ama, y con la cual se vive.

Sayda Mirian se hizo fácil, afable, dulce, se manifestó contenta, y Gabriel de Espinosa la trató mejor, por lo mismo que Sayda Mirian se le hacia ligera; se confió y tuvo para ella un amor de hermano, que no podia satisfacer las necesidades del alma apasionada de Mirian.

XVIII.

Y Mirian sufria y lloraba; pero lloraba á solas, y delante de Gabriel de Espinosa y Aben-Shariar, ocultaba el sentimiento corrosivo de su alma, bajo su exterior tranquilo y alegre, y engañaba á los dos; y Aben-Shariar, al ver tranquila y feliz en la apariencia á Sayda Mirian, habia vuelto á conceder su ardiente amistad á Gabriel de Espinosa.

XIX.

No podia entrar en peores condiciones en España Gabriel de Espinosa; tenia á su lado el peligro, sin conocerle, en Sayda Mirian.

Y no era esto solo; entraba en España sin recursos; porque ya sabemos que las inmensas riquezas de Sayda Mirian se habian agotado, y Aben-Shariar no podia disponer de nada, más que del valor de la *Bella Genovesa*, porque sus servicios á Gabriel de Espinosa habian traido para él consecuencias funestísimas.

XX.

Todo el mundo sabe que los reyes africanos son los que pueden propiamente llamarse reyes absolutos, y que un africano no es otra cosa que un esclavo del rey, que dispone á su arbitrio de su vida y de su fortuna.

Los reyes africanos están siempre ansiosos de tener

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la más leve ocasion para despojar á sus súbditos, disculpando el despojo con un leve asomo de justicia.

Manuel Karuk no habia visto, sin rábia, acometida su galera por la *Leona*, en provecho de una galera de la República.

No habia sabido tampoco sin sentir una rabiosa sed de venganza, que habia ocultado, porque las circunstancias le obligaban á ello, la desastrosa muerte de José Kaivar, ni habia podido olvidar que el hombre por quien tanto hacia Aben-Shariar, por quien tantos peligros y tantos sacrificios habia arrostrado, que Gabriel de Espinosa habia tenido una gran influencia en la muerte de su hermana Elena Karuk.

Así es, que tres dias despues de haber sido conducido á Corfú por la *Leona*, y cuando esta se habia hecho á la vela para Túnez, Manel Karuk fletó una almadía, se fué en ella á Túnez, desembarcó, y se presentó al bey, y le reveló todo cuanto habia hecho Aben-Shariar.

XXI.

No necesitaba el bey de Túnez tanto para tener un pretexto de apoderarse de todo lo que pertenecia al emir Aben-Shariar.

Su alteza el bey de Túnez estaba fieramente indignado; no le bastaba haberse apoderado de los bienes, de las naves, de los tesoros, de la esposa, de los hijos, de la familia, de todo cuanto era de Aben-Shariar, sino que rugia como un tigre hambriento porque no podia apoderarse de la cabeza del emir, para que sirviese de escarmiento á los traidores, clavada en lo más alto del almi-

nar de la gran mezquita.

Los crímenes de Aben-Shariar eran en efecto terribles para el bey.

Aben-Shariar habia protegido abiertamente á un rey cristiano; habia llevado el traje y habia vivido en las costumbres de los cristianos; habia servido á Venecia, la eterna enemiga de los piratas de la costa occidental de Africa sobre el Mediterráneo, hasta el punto de formar parte del Consejo de los Diez de aquella aborrecida República, y por último, habia ayudado á una galera de Venecia contra un corsario.

Su alteza, pues, declaró traidor á Aben-Shariar, se apoderó de su hacienda, y vendió como esclavos á su familia.

XXII.

Cuando Aben-Shariar supo esto, volvió los ojos al cielo desesperado.

No podia acontecerle otra cosa ni peor ni más terrible.

Su pobre familia esclava le hizo llorar llanto de fuego, y vendió lo único que le quedaba: la *Bella Genovesa* con su rico cargamento de mercancías venecianas.

Y como á su alteza el bey le importaba mucho más el dinero que la desesperacion del emir, la esposa de Aben-Shariar, la hermana de madre de Sayda Mirian, Fatimatu 'l-Noemi y sus cuatro hijos, fueron entregados á la República de Venecia que anduvo en el trato, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aben-Shariar tuvo al fin el consuelo de saber que si todo lo habia perdido, su esposa y sus hijos no eran esclavos, y estaban en tierra de cristianos bajo el generoso amparo de Venecia.

Y el puesto de Aben-Shariar en el Consejo de los Diez no se habia ocupado aún, porque aún no habia sido juzgado monseñor Pietro Mastta.

El Consejo de los Diez nada tenia ya que temer de su miembro ausente.

Aben-Shariar, que lo veia perdido todo, se veia obligado á servir lealmente á la República.

Por lo tanto, monseñor Pietro Mastta recibió en París un decreto del Consejo de los Diez, por el cual se le absolvia de todos los cargos que contra él se habian hecho, se le confirmaba en su alta dignidad de miembro del Consejo, y se le mandaba acompañar de incógnito en toda su empresa al rey don Sebastian (que por tal tenia el Consejo de los Diez á Gabriel de Espinosa), y tener al corriente de todo lo que aconteciese al Consejo.

XXIII.

De modo que entraba en España con Gabriel de Espinosa, desconocido, envuelto en el más profundo misterio, un pedazo, por decirlo así, de la recelosa y sagaz República de Venecia.

Pero en cambio, Gabriel de Espinosa acometia sin dinero una empresa de gigante, puesto que no poseia más que la exígua cantidad que al salir de Paris habia recibido de órden del económico Enrique IV.

XXIV.

Sobre Gabriel de Espinosa caian terribles y condensadas las consecuencias de su insensata y aventurera conducta. Su imprudencia le habia cerrado todos los caminos, le habia privado de todos los recursos, y sin embargo, siempre audaz, siempre valiente, marchaba sin vacilar con el corazon sano y la cabeza llena de sueños, su camino de perdicion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO III.

De cómo se presentó en Madrigal y en su pastelería Gabriel de Espinosa, con lo que le sucedió antes de llegar á ella.

I.

Era el dia 15 de Agosto de 1599, antes del amanecer.

La noche imperaba todavía y era oscura como boca de lobo.

A esta hora, por el camino que conduce de Madrigal á Valladolid, entraban en la villa de Madrigal seis personas.

De estas, las cuatro iban á caballo, muy rebozados en tabardinas; la otra, que era una mujer, con bulto debajo de la capa en que se envolvia, iba en unas jamugas sobre un macho, y la sexta persona era un mozo de mulas que iba á pié llevando el macho del ronzal.

Eran, pues, estas personas una mujer y cinco hombres.

Caminaban delante el uno de los hombres, ginete en buen caballo, á alguna distancia el otro, casi junto á él,

la mujer que iba en el macho, y el mozo de mulas que conducia á éste, y detrás, á cierta distancia, como en escolta, los otros dos ginetes.

Entraron de esta manera, y sin hablar una sola palabra por la calle Real de la villa hácia la plaza, sirviendo de guia el que iba delante, y con gran cuidado sin duda de ser sentidos, porque los cascos de los caballos iban cubiertos con sorderas ó fundas de cuero para que no sonasen las pisadas.

II.

A la entrada en la villa no encontraron una sola persona, ni oyeron el menor ruido; pero á medida que adelantaban, se iba oyendo un rumor vago que crecia, haciéndose cada vez más distinto, y que dejaba percibir una especie de salmodía.

Llegó un punto en que aquel canto se hizo ya perfectamente perceptible, mezclándose á otro algo más lejano que venia por una direccion opuesta.

El ginete que iba delante se detuvo y esperó al segundo ginete, que cuando llegó á él, le dijo:

—¿Por qué te detienes, Navarro?

—Por dos razones, señor, dijo el preguntado; porque ya hemos llegado á la fuentecilla del Arcediano, y no parece fray Miguel ni se siente novedad alguna, y porque andan por la plaza, no ya uno, sino dos rosarios de la Aurora, y mucho será que no haya, cuando menos lo esperemos, palos y cuchilladas y nos encontremos en medio descubiertos sin saber cómo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Dificultades son estas, dijo el segundo ginete, que por la voz parecia Gabriel de Espinosa, que debia haber mirado bien el fraile, y no exponernos á contratiempos que pueden dar de través con nuestra empresa, apenas la comenzamos.

—Pues volvernos al camino seria peor; porque pronto amanecerá, y nos exponemos á dar con cuadrilleros que nos pregunten de dónde somos y á dónde vamos, y caigan en sospechas, y nos acontezca peor que si decididamente siguiéramos adelante, nos entráramos por la plaza y nos fuéramos en derechura á vuestra casa, donde Gil Pérez, que conoció mucho á Gabriel de Espinosa, nos espera ya, avisado por fray Miguel de las Santos, que tal vez no está aquí á causa de andar los rosarios por la calle, lo que sin duda no se esperaba, para no dar sospechas si era encontrado.

—Pues á la ventura de Dios, Navarro, dijo Gabriel de Espinosa; que no hay negocio que no tenga peligros y dificultades, y siempre se ha salido mejor de los peligros afrontándolos que huyendo de ellos; pero para no dar que sospechar, y que no vean que hemos querido entrar en el pueblo sin ser sentidos, echa pié á tierra y quita las sorderas á tu caballo y al mio, que Cobo se las quite al macho, y Saavedra y Carbalho á sus caballos, y guárdalas en el saco.

El Navarro trasmitió esta órden á los otros que no la habian oido, y la operacion de quitar las sorderas se hizo en muy poco tiempo, despues de lo cual siguieron animosamente su camino hácia la plaza, donde ya se oian los cantares de los dos rosarios de la Aurora.

III.

Eran estos dos rosarios completamente distintos por su forma y por su fondo, por decirlo así.

El uno era el de los cofrades de la hermandad de la Soledad, que habian sacado de su ermita á una antiquísima y denegrida vírgen que llevaban en andas cuatro penitentes con túnicas y capuces de nazarenos, y á la cual acompañaban unos cuarenta penitentes igualmente encubiertos con túnicas y capuces, con velas de cera amarilla en la mano, entre los cuales y delante de la vírgen iban quince ó veinte disciplinantes con las espaldas desnudas que se zurraban de lo lindo.

Este rosario era grave, triste, sombrío, casi fantástico, y hubiera dado pavor á atravesar solo entre la oscuridad de la noche por la destartalada plaza de Madrigal.

Pero entraba al mismo tiempo por la plaza otro rosario alegre, engalanado, risueño, ostentoso, acompañado de unos doscientos locos, esto es, de todos los estudiantes del Seminario de San Agustin.

Lo primero que se veia era una inmensa farola de vidrios de colores, dentro de la cual ardian un número infinito de luces, llevada en unas andas cubiertas de flores, y tan pesadas, que se necesitaban nada menos que ocho estudiantes para conducirlas.

Detrás de la farola iban dos hileras de escolares, cada uno de ellos con un farol puesto en la punta de un palo, y luego un estandarte con dos puntas llevado por un es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tudianton talludo, que lo menos contaba treinta y cinco años, al paso que las cintas del estandarte eran llevadas por dos escolares nuevos de quince á diez y seis años.

Iban luego otras dos largas hileras de estudiantes con hachas de cera, y al fin de estas hileras, sobre unas pequeñas andas enguirnaldadas, un precioso Niño Jesús, engalanado con joyas que habian prestado para él las jóvenes del pueblo.

Alrededor del Niño iba una turba de estudiantes con las hachas levantadas para alumbrar bien la imágen del Niño Dios, y detrás de éste, con candelas de cera blanquísimas en las manos, iban vestidas de blanco todas las jóvenes que habian prestado sus alhajas al Niño, acompañadas de sus padres, de sus parientes, de sus hermanos, que aunque no eran estudiantes, eran admitidos por aquella vez en el gremio estudiantil, porque sin ellos no hubieran podido asistir las muchachas, novias todas de los escolares, que habian ideado y llevado á cabo con la cooperacion y el patrimonio de los graves padres agustinos aquel ostentoso y magnífico rosario á la Santísima y hermosa Vírgen de las Azucenas, patrona de los escolares.

Detrás del Niño Dios, de las doncellas y de sus familias, aumentaban el resplandor de las luces y el gentío, los escolares más granados, bachilleres todos, ya en filosofía, ya en teología y cánones, ya en derecho, á juzgar por las grandes borlas blancas, azules ó encarnadas que se veian en los bonetes que llevaban en las manos, porque todo el mundo iba descubierto, marchaban en doble hilera, cada cual con un hachon de viento.

Por último, iban las jóvenes más principales de la villa, coronadas de flores y con ricos trajes blancos, con sus parientes y sus criados, vestidos con bizarros trajes, los músicos con guitarras, chirimías, atabales y triángulos, tocando todos.

Despues fray Miguel de los Santos llevando el rosario con dos padres graves de San Agustin; luego una preciosa imágen de la Vírgen de las Azucenas en andas de plata, en hombros de ocho bachilleres, llevando las cintas las cuatro jóvenes más lindas y más principales de Madrigal, y en derredor de la Vírgen, que era una bellísima escultura, con manto de brocado blanco y oro, y cubierta de ricas joyas, una multitud de estudiantes con hachas de viento, que producian un vivísimo resplandor, semejante al de una grande hoguera; y en fin, á la derecha del alcalde y á la izquierda del corregidor, la monja medio seglar doña Ana de Austria; tras ella las dos hermanas doña Luisa de Grado y doña María Nieto, las dueñas y las meninas, los gentiles hombres y los pajes de su excelencia, el ayuntamiento de la villa, y cerrando la marcha, casi toda la poblacion de Madrigal.

IV.

Aquel magnífico rosario á Nuestra Señora de las Azucenas se hacia porque Dios concediese á la infanta el logro de un propósito que su excelencia habia formado; pero en verdad, todo esto habia sido ideado por fray Miguel de los Santos para llamar la atencion de las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gentes de la villa, y hacer de manera que, distraidos en otra parte, pudiese Gabriel de Espinosa llegar sin ser sentido, á la antigua pastelería de Madrigal, y ocultarse en ella, para irse dando á luz conforme viniesen las circunstancias.

Pero fray Miguel de los Santos no habia podido contar con tres eventualidades.

Fué la primera, que preparado el rosario á costa de los estudiantes, se empeñaron estos en que el rosario fuese presidido por fray Miguel, á quien todos, por su buen carácter y su ciencia, y por lo padrino que era de los escolares, tenian estos en grande estima, y tal le apretaron y le comprometieron, que no pudo zafarse del encargo de presidir el rosario, por cuya razon no pudo esperar á Gabriel de Espinosa como estaba convenido, en la fuentecilla del Arcediano.

Fué la segunda eventualidad, que estando en la villa para asuntos de justicia el alcalde don Rodrigo de Santillana, se pegó al rosario con su ronda, por lo que pudiese suceder, porque ya sabemos que la villa de Madrigal era revoltosa, y daba mucho que hacer al duro alcalde. Y la tercera eventualidad, por último, fué que habiendo contado fray Miguel con que la Vírgen seria llevada en procesion por un extremo del pueblo desde el convento de agustinos á una ermita fuera de la villa por medio de los campos, donde se cantaría al amanecer una Salve á la Virgen, los estudiantes, que eran gente muy poco reglamentable, se metieron por su propia voluntad en la villa para atravesar por la plaza y lucir su rosario.

La pastelería á donde habia de ir Gabriel de Espinosa estaba en la plaza, y la hora en que el rosario empezó á entrar en ella, era cabalmente el punto en que Gabriel de Espinosa debia llegar á la villa, atravesarla sin ser sentido, entrar envuelto en la oscuridad y en el silencio en la pastelería, donde ya le esperaba Gil Lopez, y permanecer oculto en ella el tiempo que fuese necesario.

La intencion de fray Miguel de los Santos era que doña Ana de Austria y Gabriel de Espinosa pudiesen verse secretamente, concluir su matrimonio y marchar de la misma secreta manera de Madrigal, con nombre de rey y reina.

V.

Con todas estas eventualidades, iba fray Miguel en áscuas, como suele decirse, pero tranquilo y sereno en la apariencia, cantando con voz reposada y grave Padres nuestros y Ave Marías, á los que contestaban en coro al son de la música las jóvenes, los estudiantes y todo el pueblo que acompañaba al rosario.

Era aquel un canto alegre, alto, sonoro, bello, en completa contraposicion con el canto lúgubre, plañidor y sombrío del otro pobre y severo rosario de los penitentes, que adelantaba por otro extremo de la plaza, y debia cortar el rosario de la Vírgen de las Azucenas, ó que éste se detuviera, ó que se detuviera el de los penitentes, mientras pasaba el uno ó el otro.

Aconteció, pues, que en el centro de la plaza se en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contraron en un mismo punto la cruz verde y sombría de los penitentes y la magnífica farola de los estudiantes.

Habia llegado el *casus belli*.

Pensar en que los buenos tejedores que llevaban con suma piedad y recogimiento su antiquísima y severa imágen de Nuestra Señora de la Soledad se detuviese ó cambiasen de direccion para dejar el paso franco á la procesion de los estudiantes, ó que estos hiciesen alto para que pasasen los penitentes de la Vírgen de la Soledad, era pensar en un disparate.

La farola, pues, y la cruz se encontraron formando el vértice de un ángulo, cuyos dos lados constituian los dos rosarios, y los primeros estudiantes y los primeros penitentes se miraron con cólera.

—Paso franco al Seminario, dijo un estudiante de rostro rasgado que iba delante, con el acento más imperativo y más descortés del mundo.

—Que eche el Seminario por otra parte, dijo un penitente con un acento muy semejante al de un perro mastin que regaña, que la plaza es bien ancha y la Vírgen de la Soledad no tiene que hacerle vénia á la Vírgen de las Azucenas, ni á ninguna Vírgen, aunque sea á Nuestra Señora de la Antigua de Valladolid.

—Se me está antojando á mí, dijo el estudiante con la cólera de un gallo inglés, que dentro de dos minutos no vá á quedar en Madrigal quien teja media cuarta de tercianela.

—Pues á mí me está dando en la nariz, que en un cerrar y abrir de ojos, no vá á quedar ni memoria de la canalla estudiantil que...

El tejedor no pudo acabar su discurso, porque el estudiante le habia cortado la palabra, y le habia roto tres muelas, de un furioso *metido* en la cara, con el pomo de la daga que habia sacado cautelosamente en el momento en que se habia encarado con el tejedor.

No habia acabado de suceder esto, cuando el estudiante habia caido al suelo de un desatentado garrotazo aplicado por otro penitente, y aún no habia caido el estudiante al suelo, cuando se oyeron las tremendas voces de

—¡Aquí de los hermanos de la Soledad! ¡Que nos matan!

—¡Aquí del Seminario contra estos villanos!

Y relucieron espadas, y dagas, y puñales, y faroles en alto, y garrotes al aire, y se trabó una, como suele decirse, de quince mil demonios.

Parte de los tejedores se agruparon en torno de la Vírgen de la Soledad, y gran parte de los estudiantes al rededor del Niño Jesús y de la Vírgen de las Azucenas.

Las mujeres y los viejos huyeron.

Los de la villa que acompañaban al rosario, se pusieron de parte de los tejedores contra los estudiantes, lo que nivelaba las fuerzas, haciendo preveer una pelea tenaz y sangrienta.

La magnífica farola de los estudiantes habia caido al suelo y se habia roto en mil pedazos: no quedaba un farol vivo, y sus varales servian á los estudiantes que los habian llevado, de armas ofensivas; las velas apagadas rodaban por el suelo, y no quedaban más luces que las ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chas de viento, que andaban de acá para allá revueltas en el tumulto.

Doña Ana de Austria y su servidumbre se encontraban sujetos entre el círculo de estudiantes, que espada en mano rodeaban á la Virgen de las Azucenas, crugiéndose á golpes con los de la villa que ayudaban á los tejedores.

Pero en cambio, y como una muestra de la piedad de los buenos castellanos, aunque lo que sobraba en la plaza eran piedras, no se tiraba una sola, por no incurrir en el sacrilegio de que fuese tocada por un impulso humano una imágen divina.

La pelea era al arma blanca y al arma prieta, esto es, á cuchilladas, á puñaladas, á palos, habiendo tambien puñada que hacia ver estrellas al que la sufria, y mordisco que producia un alarido que se oia en el quinto cielo. Como que la gente que andaba á la *greña* era dura de pelar por una y otra parte.

Al mismo tiempo, fray Miguel de los Santos y los dos religiosos andaban con los brazos y los mantos abiertos, procurando poner paz, aunque inútilmente, entre aquellos locos furiosos; el corregidor y la justicia del pueblo metian inútilmente á todo el mundo las varas por los hocicos, logrando solamente alcanzar algun sopapo mayúsculo, y don Rodrigo de Santillana, que era todo un alcalde de los que se llamaban de pelo en pecho, con su ronda, compuesta de gente brava, habia roto inútilmente su vara de justicia sacudiendo á diestro y siniestro, habia desenvainado su espada, é inútilmente gritaba tambien con voz extentórea, y de una manera incesante:

—¡Ténganse á la justicia del rey nuestro señor; miren que yo soy don Rodrigo de Santillana y he de colgar de la horca á medio Madrigal!

Pero con el ruido del tumulto no se oian estas y otras muchas intimaciones y amenazas que el irritado alcalde soltaba, ó en aquellos momentos se les daba muy poco de don Rodrigo de Santillana y del rey su señor, y de la cárcel, y de las galeras y de la horca con que el furioso alcalde les amenazaba.

Al que le habian metido un golpe y le habian hecho poner el grito en el cielo, lo que le importaba era dar si podia dos por uno, y no estaba en situacion de pararse en temores ni en consideraciones, por lo que aquello tenia visos de no acabar, sino cuando se hubiesen acabado los combatientes, lo que no podia tardar mucho en suceder, si Dios no hacia el milagro de ponerlos pronto en paz, porque se batanaban y se herian de una manera que ponia espanto, y á cada momento con más furor.

Y era que habia un ódio añejo, una rivalidad feroz entre los estudiantes y los vecinos de la villa.

VI.

Aconteció, que antes de que se trabase el combate, habian entrado en la plaza y se dirigian harto de prisa, para salir pronto del paso, á la pastelería, guiados por el Navarro, Gabriel de Espinosa y la mujer, y los tres hombres que les acompañaban.

Pero antes de que llegasen sobrevino el rompi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

miento, y sin saber cómo, Gabriel de Espinosa se vió cercado por la gente que huia, se le asombró el caballo con el ruido y el resplandor de los hachones, le pilló desprevenido, y aunque era muy buen ginete mordió el freno, y le metió sin que pudiera evitarlo en medio del tumulto.

—¡Ah poder de Dios! dijo Gabriel de Espinosa echando mano á su espada; ¡siempre como en Alcázar-Kivir, siempre atrayéndome al combate, grande ó pequeño, siempre la negra fortuna mia cruzándome el camino!

Y empezó á sacudir mandobles á diestro y siniestro; á tiempo que don Rodrigo de Santillana pasaba junto á él gritando por la milésima vez:

—¡Miren que he de ahorcarles! ¡Miren que no he de dejar uno! ¡Ténganse, vive Dios, al rey nuestro señor y al alcalde don Rodrigo de Santillana!

El buen don Rodrigo estaba ya ronco, sudaba por todos sus poros, y habia cogido más cardenales que los que se necesitan para el cónclave.

VII.

Al oir el nombre de don Rodrigo de Santillana, Gabriel de Espinosa tuvo una buena inspiracion.

Esto es, no pudiendo ya dejar de ser reconecido y escapar del tumulto que arreciaba á cada momento, ayudar á la justicia, y ayudándola, prevenirla bien y ponerla de su parte.

Habia visto á caballo á Carbalho y al Navarro, que

habian logrado llegar á la pastelería y dejar en ella á la mujer y al que venia haciendo de mozo de mulas, y que habiendo echado demenos á Gabriel de Espinosa, habian venido á buscarle, le habian visto entre toda aquella gente, á causa de estar á caballo, mientras todos estaban á pié, y se acercaban á él rompiendo por todo.

—Señor alcalde, señor don Rodrigo de Santillana, dijo Gabriel de Espinosa inclinándose sobre el arzon, á tiempo que pasaba junto á su caballo el alcalde.

—¡Eh! ¿Qué me quereis? dijo todo hosco don Rodrigo; ¡dáos preso!

—Por el contrario, señor don Rodrigo, lo que voy á hacer es ayudaros con los mios á poner en paz á toda esta gente, si es que me dais licencia para que yo haga lo que es menester para ponerlos en paz.

—Matadlos si podeis á todos, y habreis servido bien al rey y á su justicia.

A este tiempo, atropellando á los unos, maltratando á los otros, habian llegado el Navarro, Cobos y Carbalho junto á Gabriel de Espinosa y el alcalde.

—En lances más crudos que éste nos hemos visto, amigos, les dijo Gabriel, y tenemos vida para contarlo: así, pues, vamos á ver cómo hacemos que estos furiosos obedezcan á la justicia del rey.

Y juntos los cuatro, formando un escuadroncillo, embistieron por lo más espeso de la pelea con sus caballos, y Gabriel de Espinosa delante iba gritando y sacudiendo tajos y reveses.

—¡Por el rey nuestro señor, todo el mundo á su casa;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acábese esto, miren que les importa, y que el rey les ha de cobrar la deuda.

Estas voces de Gabriel de Espinosa hubieran alcanzado tan poco fruto como las del alcalde, á no ser porque los cuatro caballos, hábilmente manejados, y rompiendo por medio de la turba y girando en todas direcciones, llevaban consigo el atropello y la dispersion; y los hombres de la ronda de don Rodrigo de Santillana, y los de la justicia del pueblo, y algunos vecinos prudentes que apoyaban á la justicia, y parte de los estudiantes más sesudos, que apoyaban á cintarazos la palabra de paz de fray Miguel de los Santos y de los otros religiosos, zurrando de igual modo á los que se les ponian por delante, ya fuesen escolares ó vecinos, y la reflexion que pasado el primer momento empezó á obrar en todos, haciéndoles temer las consecuencias judiciales que debian necesariamente sobrevenir, todo esto junto hizo fuesen saliéndose de la pelea y escapando á sus casas una gran parte, y que por último, se terminase aquello y no quedasen en la plaza más que Gabriel de Espinosa con los otros tres ginetes, el alcalde don Rodrigo de Santillana con su ronda, la justicia de la villa con sus alguaciles, y los vecinos que la habian ayudado, y como unos sesenta estudiantes que rodeaban las imágenes del Niño Jesús y de la Vírgen de las Azucenas, junto á la cual estaba todavía temblando de miedo doña Ana de Austria con su servidumbre, y los tres religiosos y los escolares que habian ido á su lado. Quedaban además acá y allá heridos, contusos y estropeados, que no podian valerse bien; pero por un casi milagro, á pesar de que la pelea habia durado más

de un cuarto de hora, no habia quedado en la plaza ningun muerto, ni ninguna persona gravemente herida.

VIII.

Satisfízose por lo pronto don Rodrigo de Santillana con mandar á su ronda prendiese á todos aquellos cojos y á todos aquellos roncos que no habian podido escapar, y los llevasen á la cárcel, y despues de esta órden, que habia dado de una manera nerviosa, se volvió todo grave á Gabriel, que habia echado pié á tierra como los otros tres ginetes, y guiado por fray Miguel de los Santos se acercaba á doña Ana de Austria, que estaba todavía, mal repuesta del susto, junto á la imágen de la Vírgen de las Azucenas, entre los escolares y demás gente, á la luz de algunas hachas de viento que alumbraban la escena.

—¿Y quién sois vos que pareceis forastero, y tambien habeis servido al rey? Decidme vuestro nombre, caballero.

—Más bajo, señor don Rodrigo de Santillana, dijo sonriendo afablemente y con grave mesura y con gran dignidad á la par Gabriel; yo no soy caballero, ni siquiéra hidalgo, sino soldado que ha andado corriendo por esos mundos de Dios sus aventuras, y que viene á Madrigal, de donde fueron sus padres, para cobrar su herencia y ser pastelero en paz y en gracia de Dios, y al servicio del rey nuestro señor y de vuesa merced, señor don Rodrigo de Santillana; pero me habeis preguntado mi nom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acábese esto, miren que les importa, y que el rey les ha de cobrar la deuda.

Estas voces de Gabriel de Espinosa hubieran alcanzado tan poco fruto como las del alcalde, á no ser porque los cuatro caballos, hábilmente manejados, y rompiendo por medio de la turba y girando en todas direcciones, llevaban consigo el atropello y la dispersion; y los hombres de la ronda de don Rodrigo de Santillana, y los de la justicia del pueblo, y algunos vecinos prudentes que apoyaban á la justicia, y parte de los estudiantes más sesudos, que apoyaban á cintarazos la palabra de paz de fray Miguel de los Santos y de los otros religiosos, zurrando de igual modo á los que se les ponian por delante, ya fuesen escolares ó vecinos, y la reflexion que pasado el primer momento empezó á obrar en todos, haciéndoles temer las consecuencias judiciales que debian necesariamente sobrevenir, todo esto junto hizo fuesen saliéndose de la pelea y escapando á sus casas una gran parte, y que por último, se terminase aquello y no quedasen en la plaza más que Gabriel de Espinosa con los otros tres ginetes, el alcalde don Rodrigo de Santillana con su ronda, la justicia de la villa con sus alguaciles, y los vecinos que la habian ayudado, y como unos sesenta estudiantes que rodeaban las imágenes del Niño Jesús y de la Vírgen de las Azucenas, junto á la cual estaba todavía temblando de miedo doña Ana de Austria con su servidumbre, y los tres religiosos y los escolares que habian ido á su lado. Quedaban además acá y allá heridos, contusos y estropeados, que no podian valerse bien; pero por un casi milagro, á pesar de que la pelea habia durado más

de un cuarto de hora, no habia quedado en la plaza ningun muerto, ni ninguna persona gravemente herida.

VIII.

Satisfízose por lo pronto don Rodrigo de Santillana con mandar á su ronda prendiese á todos aquellos cojos y á todos aquellos roncos que no habian podido escapar, y los llevasen á la cárcel, y despues de esta órden, que habia dado de una manera nerviosa, se volvió todo grave á Gabriel, que habia echado pié á tierra como los otros tres ginetes, y guiado por fray Miguel de los Santos se acercaba á doña Ana de Austria, que estaba todavía, mal repuesta del susto, junto á la imágen de la Vírgen de las Azucenas, entre los escolares y demás gente, á la luz de algunas hachas de viento que alumbraban la escena.

—¿Y quién sois vos que pareceis forastero, y tambien habeis servido al rey? Decidme vuestro nombre, caballero.

—Más bajo, señor don Rodrigo de Santillana, dijo sonriendo afablemente y con grave mesura y con gran dignidad á la par Gabriel; yo no soy caballero, ni siquiéra hidalgo, sino soldado que ha andado corriendo por esos mundos de Dios sus aventuras, y que viene á Madrigal, de donde fueron sus padres, para cobrar su herencia y ser pastelero en paz y en gracia de Dios, y al servicio del rey nuestro señor y de vuesa merced, señor don Rodrigo de Santillana; pero me habeis preguntado mi nom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre, y debo decíroslo; me llamo Gabriel de Espinosa.

—Pues por mi vara de alcalde y mi honra de hidalgo, que me parecísteis y me estais pareciendo mucha más persona de la que decís, dijo el alcalde que se sentia dominado por la mirada que tenia fija en él Gabriel de Espinosa.

—Me he tratado durante tanto tiempo bajo mi bandera y por tantos años con gente tan principal, que no hay que tener á milagro el que yo parezca más de lo que soy, porque se me haya pegado algo de la noble gente con que he vivido.

—Lo de soldado viene á explicar que parezcais más que pastelero, dijo el alcalde; idos, pues, Gabriel de Espinosa, á reposar á vuestra casa, que ya vendrá tiempo en que yo hable más largamente con vos.

Gabriel de Espinosa, que habia estado sombrero en mano desde que le habia hablado el alcalde, despues de la refriega, saludó al alcalde cortésmente, se retiró algunos pasos con su caballo, montó, montaron los tres que le acompañaban, y al paso, se dirigieron á la pastelería, que estaba al otro extremo de la plaza.

IX.

Despues de esto, la justicia del pueblo fué por sí misma á la imágen de la Vírgen de la Soledad, que habia quedado absolutamente sola, y la llevó á una iglesia cercana.

Los estudiantes, á la sordina, cargaron con el Niño Jesús y con la Vírgen de las Azucenas, y se la llevaron á la iglesia de los agustinos.

Doña Ana de Austria con su servidumbre, con fray Miguel de los Santos, los dos religiosos y el alcalde don Rodrigo de Santillana, que la acompañó por respeto, se trasladó á su convento.

En la plaza no habian quedado más que vidrios y varales de faroles rotos, porque en cuanto á las velas, no habia faltado, á pesar del tumulto, quien se las llevase.

X.

Empezaba á amanecer, cuando el alcalde don Rodrigo de Santillana se volvia de acompañar á doña Ana de Austria y se encaminaba á la cárcel, incansable siempre, para tomar declaracion á los presos, murmurando por el camino:

—Este soldado, este pastelero, este Gabriel de Espinosa parece mucho hombre; bien podrá ser lo que él ha dicho, de habérsele pegado algo de noble de su mucho trato con gente noble; pero aquella mirada, aquel hablar reposado que no parece sino que manda á quien sabe que es más que él... es necesario averiguar quién este hombre es, de dónde viene, y á qué viene.

XI.

Entretanto, doña Ana habia quedado profundamente impresionada; mientras Gabriel de Espinosa habia hablado, no habia dejado de mirarle con una atencion y con una ansiedad que hubieran hecho sospechar á don

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rodrigo de Santillana, si éste no hubiera estado tan dominado por Gabriel de Espinosa.

Doña Ana, que estaba enamorada hacia ya mucho tiempo de una manera ideal de Gabriel de Espinosa, se enamoró al verle más y más, fascinada por la majestad ó por la altivez que de Gabriel de Espinosa emanaban.

Parecióle hermoso y jóven, á pesar de estar envejecido por los trabajos; creyó ver en él mucho de régio, túvole sin una sombra de duda por el rey don Sebastian, y se decidió á arrostrarlo todo por él.

Doña Ana estaba más que enamorada: estaba loca.

CAPITULO IV.

De cómo se compuso Gabriel de Espinosa para desvanecer por el momento las sospechas de don Rodrigo de Santillana, y en que crece el misterio que rodea á este personaje.

I.

Aún no era el medio dia, cuando don Rodrigo de Santillana creyó que ya habia tenido tiempo Gabriel de Espinosa para haber descansado, y le envió un alguacil, mandándole que se le presentase inmediatamente.

Pero don Rodrigo de Santillana no habia descansado.

Despues de haber tomado algunas declaraciones á los presos del tumulto de la madrugada, habia llamado á los hombres más viejos de la villa, y les habia preguntado cúanto tiempo hacia que Gabriel de Espinosa faltaba del pueblo, y si habia habido algun motivo para que hubiese estado tanto tiempo ausente de él.

Averiguó de este modo que nadie sabia claro si Gabriel de Espinosa era hijo legítimo ó no de Juan de Espinosa y de su mujer Mari-Perez, ó si habia sido recogido del cajon de los expósitos de la iglesia mayor de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rodrigo de Santillana, si éste no hubiera estado tan dominado por Gabriel de Espinosa.

Doña Ana, que estaba enamorada hacia ya mucho tiempo de una manera ideal de Gabriel de Espinosa, se enamoró al verle más y más, fascinada por la majestad ó por la altivez que de Gabriel de Espinosa emanaban.

Parecióle hermoso y jóven, á pesar de estar envejecido por los trabajos; creyó ver en él mucho de régio, túvole sin una sombra de duda por el rey don Sebastian, y se decidió á arrostrarlo todo por él.

Doña Ana estaba más que enamorada: estaba loca.

CAPITULO IV.

De cómo se compuso Gabriel de Espinosa para desvanecer por el momento las sospechas de don Rodrigo de Santillana, y en que crece el misterio que rodea á este personaje.

I.

Aún no era el medio dia, cuando don Rodrigo de Santillana creyó que ya habia tenido tiempo Gabriel de Espinosa para haber descansado, y le envió un alguacil, mandándole que se le presentase inmediatamente.

Pero don Rodrigo de Santillana no habia descansado.

Despues de haber tomado algunas declaraciones á los presos del tumulto de la madrugada, habia llamado á los hombres más viejos de la villa, y les habia preguntado cúanto tiempo hacia que Gabriel de Espinosa faltaba del pueblo, y si habia habido algun motivo para que hubiese estado tanto tiempo ausente de él.

Averiguó de este modo que nadie sabia claro si Gabriel de Espinosa era hijo legítimo ó no de Juan de Espinosa y de su mujer Mari-Perez, ó si habia sido recogido del cajon de los expósitos de la iglesia mayor de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Santa María de Toledo, y prohijado por los esposos durante un poco tiempo en que tuvieron en Toledo pastelería.

Don Rodrigo de Santillana aprovechó de tal manera aquel poco tiempo, que hizo buscar al cura de la iglesia parroquial de la villa la partida de esposorio y la de bautismo de Juan de Espinosa y de Mari-Perez y de Gabriel de Espinosa; y tal informalidad habia entonces en los libros parroquiales, que por ellos no podia acreditarse que hubiesen existido ni los padres ni el hijo, y el alcalde tuvo que conformarse con lo que de público se sabia en la villa.

Esto nada probaba acerca de la legitimidad ó no legitimidad del nacimiento de Gabriel de Espinosa, ni de quiénes fuesen ó no fuesen sus padres.

Probábase únicamente, que los libros parroquiales no servian para nada, por el descuido de los párrocos y por la informalidad con que se hacian los asientos parroquiales.

II.

Gabriel de Espinosa se presentó modestamente vestido, pero con una marcada delicadeza, que no cuadraba bien ni con la fortuna, ni con las costumbres de un pastelero, á don Rodrigo de Santillana.

Lo de soldado y lo de costumbres adquiridas por Gabriel de Espinosa por el contínuo trato con gente noble, seguia embrollando al alcalde.

Este recibió sentado y cubierto á Gabriel de Espinosa, sin invitarle á que se cubriese ni que se sentase, y para hacer una prueba, le dijo con acento descortés y soberbio:

—Tales cosas he descubierto de vos en una sola hora que de vos he tratado con algunos de la villa, que tengo yo para mí que os he de ahorcar, don villano.

—Repórtese vuesa merced, señor alcalde, dijo tranquilamente Gabriel de Espinosa, sin ponerse pálido ni encendido, y mire cómo trata á un hombre honrado, que aunque vuesa señoría sea alcalde y yo pastelero, no le ha dado el rey la vara para que trate como á un pelaire, á quien, aunque villano, tiene tanta honra como cualquiera.

—Eso ya lo veremos, que tiempo habrá para ello, dijo don Rodrigo que se sentia cada vez más y más dominado por el valor y el no sé que extraño que se desprendia de Gabriel de Espinosa; pero entretanto, sepamos quiénes fueron sus padres, y qué muestra ha dado de sí para que se le trate como á un hombre de honra y buen servidor de Dios y del rey.

—En cuanto á mi nacimiento, dijo Gabriel de Espinosa, mire vuesa merced que yo mismo no sé lo que piense ni lo que crea; porque unos dicen que yo fuí expósito, recogido en la puerta de la iglesia mayor de Santa María de la ciudad de Toledo, y decian mis padres, que yo por tales los tengo, que estas eran calumnias que levantaban los de la villa, porque tenian envidia de su buen pasar, y que Mari-Perez, mujer de Juan de Espinosa, me habia dado á luz sin que en ello hubiese género de duda. Yo, por lo mismo, y porque debia creer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más á los que me habian criado con amor, que á los que afirmaban que yo era expósito, he creido siempre que Juan de Espinosa y Mari-Perez fueron mis padres, y como á tales los amé, y guardo de ellos buena memoria.

—Hánme dicho tambien que vos habeis andado fuera de España diez y ocho ó veinte años há, por un homicidio que cometisteis, y como vos no podeis probar de contado que vos no lo habeis cometido, doy desde aquí con vos en la cárcel, y os pudro en ella hasta que el delito se aclare y pueda sentenciar en justicia.

—Eso, señor alcalde, está ya visto y sentenciado; porque es verdad que yo maté á un hombre porque me trató con poco respeto, de lo cual hay papeles en la Chancillería de Valladolid; pero tambien es cierto, que despues de haber servido al rey de Portugal, tomé bandera al servicio del rey de España en Flandes, y le serví tan bien, que por buenos oficios del gobernador don Luis de Requesens, logré indulto del rey de aquella muerte, que hice frente á frente como honrado, y con causa y razon bastante, y aquí está la real carta de gracia para que vuesa merced la vea, que no me dejará mentir.

Gabriel de Espinosa sacó de debajo del justillo una cartera de seda envuelta en una larga cinta, y de ella muchos papeles, entre los cuales buscó un papel sellado, que entregó al alcalde.

III.

Don Rodrigo de Santillana leyó y releyó aquel papel y le devolvió en silencio á Gabriel de Espinosa.

—Pues que el homicidio es ya asunto buena y legítimamente concluido, sepamos dónde habeis andado los catorce años que van desde este indulto hasta ahora.

—Estuve cuatro años en Flandes, en el escuadron de alabarderos de la guardia de don Luis de Requesens, y aquí está la certificacion en que consta. Despues de esto, serví cuatro años en la isla de Cuba con don Fernando de Cárdenas, como consta por este otro papel; por último, me vine á Europa, y he servido otros cuatro años en el Milanesado, como por esta otra certificacion se prueba. Y habiendo sabido por un soldado que habia hablado con otro de este pueblo, de cuyo nombre no me acuerdo, que mi madre habia muerto, cansado de andar rodando por el mundo, me he venido á esta villa á cobrar mi pobre hacienda; pero antes me pasé por Roma, y pedí confesion al Papa.

—¡Confesion al Papa! exclamó con asombro el alcalde.

—Señor don Rodrigo de Santillana, un soldado hace tantas cosas en la guerra, por las que la justicia de la tierra no le puede cargar ni un alfiler, pero tan graves á los ojos de Dios y tan pesadas para la conciencia, que bien ha menester una buena absolucion, y yo, como me encontraba en Italia, dije para mí, el viaje á Roma no es largo, y me vendria bien para la salud de mi alma la absolucion del Papa; porque he matado en las batallas mucha más gente de lo que era mi obligacion, y he saqueado mucho y cometido muchos desafueros. Y fuí, y el Papa me absolvió y me dió este papel, y héme aquí, que estoy en Madrigal y delante de vuesa merced, perdonado por el Papa, y con el alma más blanca que el armiño.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Don Rodrigo de Santillana leyó con suma atencion el último papel que le habia presentado Gabriel de Espinosa.

Cuando dejó de leerle, le miró con asombro y aún con respeto.

—Muchas y grandes cosas debeis haber hecho, cuando el Papa os ha dado un papel tan honroso; en cuanto á hombre de aliento, bien he visto yo por mí mismo esta mañana lo que vos valeis, pues solo con vuestros criados habeis hecho lo que no hemos podido ni la justicia del pueblo ni yo; pero aquí se habla de una niña que se llama Gabriela que ha venido con vos y con una mujer encubierta, segun se me ha dicho por personas que os vieron entrar esta mañana en la pastelería; aquí se vé claro que vos habeis tenido esa hija en una dama muy principal, que no consta quien sea ni de qué nacion.

—Es tan alta, señor alcalde, que casi casi es reina.

—No os pregunto quién sea, porque nuestro Santísimo Padre quiere que por altas conveniencias se mantenga secreto el nombre de esa señora; pero me maravilla que siendo tan principal, y debiendo ser, por lo mismo, muy rica, vos os vengais con su hija á Madrigal, á hacer en esta villa el oficio de pastelero.

—Cada cual sigue su fortuna, señor alcalde, con el camino que Dios le abre, y estas son cosas que se quedan para Dios y para mí, y bien podrá ser que esa dama tan principal haya quedado pobre por mis amores, y que esa dama, yo y nuestra hija no tengamos para vivir otra cosa que mi poca hacienda y lo que se saque de los pasteles.

—Pastelero tal no he visto en todos los dias de mi vida, dijo el alcalde, y tales aventuras comprendo que habeis tenido, que con ellas pudiera muy bien escribirse una curiosisima historia. Pero tan bien habeis probado que sois Gabriel de Espinosa y que nada en vos hay que sospechar y temer, que podeis iros libre sin temor de que yo vuelva á preguntaros, si no sobreviniere algo nuevo; recoged, pues, vuestros papeles, y que os guarde Dios.

Gabriel de Espinosa saludó con respeto, pero con grave dignidad, al alcalde, y salió.

IV.

En la pastelería habia mucha gente atraida por la noticia de que Gabriel de Espinosa, el hijo de Mari-Perez la pastelera, habia vuelto á la villa despues de largas aventuras por el mundo.

La mayor parte de aquella gente no conocian á Gabriel de Espinosa, porque los unos eran niños, y los otros no habian nacido aún cuando Gabriel habia salido del pueblo; pero algunos de ellos, de edad provecta los unos, ancianos los otros, le habian conocido, y venian á saludarle, trayendo consigo á los jóvenes que no le conocian.

Pero la villa acababa de pasar por un grave suceso que ponia en cuidado á todo el mundo, porque no se sabia lo que el tremendo alcalde don Rodrigo de Santillana sería capaz de hacer por consecuencia del alboroto de aquella madrugada, y se habló más de ello que de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

venida de Gabriel, y creyendo á éste persona que podria hacer algo por ellos, puesto que don Rodrigo le habia llamado y no le habia preso, lo que significaba mucho, venian á suplicarle hiciese lo que pudiese por la villa.

—No soy yo persona de tanto valer, amigos, les dijo Gabriel de Espinosa, que pueda prometeros mucho: el señor don Rodrigo de Santillana es hombre que tratándose de la justicia, no oscucha palabras ni atiende á razones, vengan de donde vinieren, y tanto ménos si estas palabras salen de la boca de un pobre pastelero como yo. Ello es la verdad, que en lo de esta mañana habeis andado desatentados y poco temerosos de la justicia, hasta tal punto, que yo creí haberme engañado y haber dado en otro lugar, en vez de haberme venido á Madrigal: en otro tiempo, Madrigal era una villa quieta y pacífica, y bastaba un desdichado alguacil para poner en paz á los que por acaso y rara vez reñian, y hoy no han bastado ni un alcalde de casa y córte de la real Chancillería de Valladolid, ni la justicia del pueblo, ni las exhortaciones de tres religiosos graves, ni la presencia de una persona real, y menester ha sido valerse de las espadas y apretar los puños y que los alborotadores se cansen, para que se acabe el alboroto; os repito que yo no conozco á Madrigal, y que está muy mudado de como yo le dejé.

—Entonces Madrigal no tenia la plaga de estudiantes que hoy tiene, contestó un viejo, y los ociosos que se vienen al pueblo para hacerse lado por los que privan con doña Ana de Austria, á fin de que esta señora les

dé cartas para ir con ellas á la córte á lograr sus pretensiones.

—Los estudiantes, dijo con la boca llena un bachiller talludo y mal encarado que devoraba un pastel allá en un rincon, han hecho de Madrigal una villa honrada de un villano villorrio que era, donde los hombres eran poco más ó ménos caballerías de carga.

—Miente el estudiante insolente, dijo un mozo de los de la villa, adelantando hácia el bachiller y blandiendo un garrote.

—No volvamos á lo de esta mañana, dijo con una autoridad que dominó á todos Gabriel de Espinosa, y téngase el villano y cállese el bachiller, no sea que se me acabe la paciencia, y les pese á muchos de haber nacido.

—Pues que se mire cómo se trata al Seminario, dijo el bachiller, que los estudiantes se dejarán rajar primero que consentir en que se los maltrate de obra ni de palabra.

—Mejor fuera que estudiaran más y gritaran ménos, contestó un viejo, y dejaran en paz á las mozas del pueblo, que ésta, señor Gabriel, es la causa de todos los disturbios y de todas las desdichas que suceden; porque en sabiendo que cumple una muchacha doce años, ya tiene sobre sí toda esta plaga estudiantina que no temen ni á Dios, ni al rey, ni á la justicia.

—Ya veremos de arreglar eso: lo de los estudiantes con los padres agustinos, y lo del escándalo de esta mañana, por la intercesion de la señora doña Ana de Austria, á quien tengo que ver, porque traigo para ella cartas del Papa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Abrieron todos al oir esto desmesuradamente la boca y los ojos, y el bachillerote dejó de comer, y miró de hito en hito á Gabriel de Espinosa con una expresion que queria significar que lo tenia por loco.

—Idos, pues, á vuestras casas, amigos, continuó diciendo Gabriel de Espinosa, y vos, señor estudiante, no pagueis la costa del pastel que estais comiendo, y haya paz y buena amistad entre estudiantes y vecinos, que ya veremos el modo de que nadie pague la costa de lo que ha pasado esta mañana.

Dicho esto, Gabriel de Espinosa se volvió y se subió por las escaleras, desapareciendo por lo alto de ellas.

—Con muchos humos viene para pastelero, dijo uno de los del pueblo, y cuadra mal el don sin la veinticuatría: allá veremos en qué paran estas misas.

Y se salieron todos sérios y mohinos, porque les habia sentado muy mal la tiesura con que los habia recibido el hijo de Mari-Perez la pastelera.

—Pues no, dijo el bachiller levantándose y apretándose las agujetas de la pretina; trabajo le mando al que quiera poner los dedos en la nariz de los estudiantes.

Y se salió sin pagar el pastel que habia devorado ni el jarro de vino que se habia bebido, lo que probaba que el desagradecimiento era la cualidad predominante de aquel talludo bachiller en leyes; porque al fin, Gabriel de Espinosa le habia convidado, y no debia mostrarse tan hostil para con él.

V.

En la expresion que mostraba Gabriel de Espinosa, atravesando un corredor en direccion á una puerta, se notaba que todo aquello le contrariaba sobremanera, y le ponia en gran cuidado.

Llegó al fin á aquella puerta, la abrió con llave, entró en una habitacion pobremente amueblada, á la manera de las casas de la gente humilde de los pueblos, llegó á otra puerta, la abrió tambien con llave, y se encontró en otra pobre habitacion, en la cual habia un gran lecho de nogal y una gran cuna de lo mismo, y sentada en un gran sillon de nogal y baqueta, la sultana Sayda-Mirian, vestida con un sencillo y pobre traje de lugareña de Castilla, pero nuevo y limpio, y que la sentaba muy bien.

Sayda Mirian mecia la cuna donde dormia la pequeña Gabriela.

La habitacion no tenia, á más de la cuna, de la cama y del sillon, otros muebles que una gran mesa de nogal, otro sillon de nogal y baqueta, algunos sitiales de nogal, estampas de santos en marcos negros sobre las paredes blancas, el piso de baldosas y el techo de viguetas con bovedilla: no tenia más puerta que aquella por donde Gabriel de Espinosa habia entrado, y dos ventanas que daban sobre un huerto, cubiertas con cortinas de lienzo blanco, daban luz al aposento.

—¿Qué ha sucedido? dijo con interés Sayda Mirian; ese hombre que hemos encontrado aquí, ese Gil Lopez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Abrieron todos al oir esto desmesuradamente la boca y los ojos, y el bachillerote dejó de comer, y miró de hito en hito á Gabriel de Espinosa con una expresion que queria significar que lo tenia por loco.

—Idos, pues, á vuestras casas, amigos, continuó diciendo Gabriel de Espinosa, y vos, señor estudiante, no pagueis la costa del pastel que estais comiendo, y haya paz y buena amistad entre estudiantes y vecinos, que ya veremos el modo de que nadie pague la costa de lo que ha pasado esta mañana.

Dicho esto, Gabriel de Espinosa se volvió y se subió por las escaleras, desapareciendo por lo alto de ellas.

—Con muchos humos viene para pastelero, dijo uno de los del pueblo, y cuadra mal el don sin la veinticuatría: allá veremos en qué paran estas misas.

Y se salieron todos sérios y mohinos, porque les habia sentado muy mal la tiesura con que los habia recibido el hijo de Mari-Perez la pastelera.

—Pues no, dijo el bachiller levantándose y apretándose las agujetas de la pretina; trabajo le mando al que quiera poner los dedos en la nariz de los estudiantes.

Y se salió sin pagar el pastel que habia devorado ni el jarro de vino que se habia bebido, lo que probaba que el desagradecimiento era la cualidad predominante de aquel talludo bachiller en leyes; porque al fin, Gabriel de Espinosa le habia convidado, y no debia mostrarse tan hostil para con él.

V.

En la expresion que mostraba Gabriel de Espinosa, atravesando un corredor en direccion á una puerta, se notaba que todo aquello le contrariaba sobremanera, y le ponia en gran cuidado.

Llegó al fin á aquella puerta, la abrió con llave, entró en una habitacion pobremente amueblada, á la manera de las casas de la gente humilde de los pueblos, llegó á otra puerta, la abrió tambien con llave, y se encontró en otra pobre habitacion, en la cual habia un gran lecho de nogal y una gran cuna de lo mismo, y sentada en un gran sillon de nogal y baqueta, la sultana Sayda-Mirian, vestida con un sencillo y pobre traje de lugareña de Castilla, pero nuevo y limpio, y que la sentaba muy bien.

Sayda Mirian mecia la cuna donde dormia la pequeña Gabriela.

La habitacion no tenia, á más de la cuna, de la cama y del sillon, otros muebles que una gran mesa de nogal, otro sillon de nogal y baqueta, algunos sitiales de nogal, estampas de santos en marcos negros sobre las paredes blancas, el piso de baldosas y el techo de viguetas con bovedilla: no tenia más puerta que aquella por donde Gabriel de Espinosa habia entrado, y dos ventanas que daban sobre un huerto, cubiertas con cortinas de lienzo blanco, daban luz al aposento.

—¿Qué ha sucedido? dijo con interés Sayda Mirian; ese hombre que hemos encontrado aquí, ese Gil Lopez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dice que el alcalde don Rodrigo de Santillana es el más temible de los alcaldes del rey de España.

—Afortunadamente, dijo Gabriel de Espinosa, fray Miguel de los Santos ha estado previsor en proveerme de los papeles que he presentado al alcalde.

—Papeles que no tendrias sin la influencia del rey de Francia.

—Si Enrique IV hace esto, es porque le conviene, no porque yo vuelva al trono de Portugal.

—Al fin ha llegado un dia en que sepamos que no nos habíamos engañado: que tú eres el rey don Sebastian y no Gabriel de Espinosa.

—¿Quién sabe lo que yo soy? contestó sombríamente Gabriel.

—Nadie mejor que yo sabe cuánto se parecia á tí aquel soldado con quien yo te cambié en el campo de batalla de Alcázar-Kivir, que pasó por el cadáver del rey don Sebastian: por eso no me ha extrañado que Gil Lopez te crea Gabriel de Espinosa, y como á tal te trate, y que fray Miguel de los Santos y Diego Carbalho y Francisco Cobos y Juan de Azcárate, el Navarro, que tanto conocieron al rey don Sebastian, te traten como á tal, y como á tal te respeten, y como á tal te sirvan.

—Puede ser, dijo roncamente Gabriel de Espinosa, que me nieguen un dia, como San Pedro negó á Cristo. Me causa un gran cuidado el ver cómo se presentan las cosas: llegamos, y encontramos peligros é inconvenientes, y ya me he visto obligado á responder á un juez, que á no venir tan bien prevenido, hubiera dado conmigo en la cárcel.

—¿Y el alcalde Santillana ha podido alentar sospechas? dijo con ansiedad Sayda Mirian.

—No; pero se ha quedado asombrado de mí y curiosos y no quisiera que un hombre tal hubiese fijado los ojos en mí, que puede ser que tantos los fije, que algo vea: porque estos golillas son gente que de las sombras hacen cuerpo, de lo que yo creo que viene aquello que de algunos alcaldes se dice de que son capaces de ahorcar hasta á su sombra. Es necesario, pues, evitar que don Rodrigo de Santillana me ahorque.

—¡Oh, y qué suposicion tan horrible! dijo Sayda Mirian.

—Soy yo tan desgraciado, contestó Gabriel de Espinosa, que todo pudiera suceder.

—¿Y para qué hemos venido entonces á Castilla? dijo Sayda Mirian.

—¿Y dónde habíamos de ir? En Africa no podemos estar; de Venecia nos han arrojado; el rey Enrique IV no nos quiere en Francia; el Papa nos dejaria estar en Roma, pero no nos daria un solo escudo; estamos completamente pobres, y nada nos queda más que las tierrecillas que he heredado de Juan de Espinosa.

—Que ó no son tuyas, ó tú no eres el rey don Sebastian.

—Mira, dijo Gabriel de Espinosa, aún no ha llegado el tiempo de que se sepa quién yo soy; tal vez yo mismo no lo sé; puede suceder tambien que el misterio de mi vida no se aclare jamás.

—No sé por qué no me ha pesado nunca de haberte conocido, dijo con despecho Sayda Mirian.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Porque me amas, contestó con acento concentrado y de una manera profunda Gabriel de Espinosa.

—Te amo, sí, dijo Sayda Mirian, y te amaré siempre, suceda lo que quiera, aunque por tu causa vamos de dia en dia de mal á peor; aunque mal escarmentado de tanta imprudencia, sigues cometiendo imprudencias; á qué venir á Madrigal á complicar los sucesos, á engañar á esa monja infanta, á dar ocasion que una imprudencia suya nos pierda?

—Siempre hablan tus celos, María, dijo Gabriel de Espinosa, y tus celos son el mayor peligro que nos amenaza.

—¿Cuándo me he negado yo á tu voluntad? dijo con un frio acento de reconvencion Sayda Mirian; necesitaste mis riquezas y te las dí; quisiste que nos trasladásemos á Venecia, y te acompañé; una sola vez me he sublevado contra mi suerte; cuando me ví repudiada por tí, cuando te ví próximo á ser esposo de otra mujer; despues ha bastado con que tú me digas algunas palabras afectuosas para que yo vuelva á ser para tí la amante sumisa y esclava; quisiste que fuésemos á Francia, y fuimos arrojados de allí como de Venecia; pobres ya, sin más recursos que la providencia de Dios, te he seguido á Roma, donde no pudimos permanecer; y estamos en España, á pocas leguas de ese terrible rey, tu enemigo, que no perdonará medio alguno para destruirte, si conoce tu existencia; y no es esto solo; al venir á España se me ha exigido el más terrible sacrificio que puede exigirse á una mujer; yo no soy aquí tu esposa, no soy la madre de mi hija, sino la nodriza de una gran

señora, cuyo nombre está envuelto en el misterio; he sucumbido aún á más; á lo que no hubiera creido nunca posible que sucumbiera, á tolerar que cerca de mí, oyéndolo yo, se haga creer á esa doña Ana de Austria que tú no has venido á Madrigal, sino para tomarla por esposa.

—En las circunstancias en que nos encontramos, esto es necesario de todo punto; es preciso que haya una razon para que los nobles de Portugal que han de venir á reconocerme, puedan llegar hasta mí, encubriéndose con el pretesto de venir á ver á doña Ana de Austria; esto no producirá sospechas, porque doña Ana de Austria está muy querida por el rey don Felipe, que la cree santa, y todo el mundo sabe que cuando se quiere obtener una gracia de Felipe II, se busca la intercesion de su sobrina doña Ana de Austria. A más de esto, si alguno de esos magnates de Portugal pudiera dudar acerca de mí, no dudará al saber que doña Ana de Austria está resuelta á casarse conmigo; porque ¿quién puede creer que una sobrina del rey de España, una dama de la casa de Austria, habia de consentir por nada del mundo en casarse con un villano, con un pastelero? Pero esto no puede durar mucho; dentro de poco tiempo, gracias á doña Ana de Austria, los nobles de Portugal me habrán reconocido, y me habrá reconocido por ellos don Antonio, Prior de Ocrato, á quien en estos momentos y creyéndome muerto, ayudan los ingleses con soldados, naves y dinero; entonces no seré yo el rey errante y misterioso, pobre y solo, que ha ido á buscar ayuda en las testas coronadas enemigas del rey de Es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

paña, sino el reino de Portugal, representado por sus grandes, el que irá á pedir ayuda, ejércitos y dinero á los reyes enemigos de Felipe II, para poner en el trono de Portugal al rey don Sebastian, á quien ellos han visto, á quien ellos han reconocido bajo el humilde disfraz de pastelero, y á quien han rendido pleito homenaje en un pobre lugar de Castilla la Vieja, en la celda de una monja; y el dia en que yo pise las playas de Lisboa, cabalgando en batalla, llevando á mi lado el estandarte real de Portugal, y trás mí un ejército, no acontecerá entonces lo que aconteció al loco mancebo de Alcázar Kivir, no; no volverá á verse tendido por tierra el estandarte de Portugal, porque el insensato mancebo murió, y ocupa su lugar un hombre que tiene la mano y la cabeza bastante fuertes para sostener el peso del cetro y de la corona.

—¡Siempre el misterio! dijo Sayda Mirian con la mirada fija, pero serena y fria, en la mirada de Gabriel, que resplandecia con el fuego del entusiasmo y del valor; ¡siempre ese misterio que empezó hace diez y ocho años sobre el campo de Alcázar Kivir, á la vista de un cadáver y de un casi cadáver, completamente semejantes, y que aún dura, desesperándome más cada dia; porque ese misterio guardado por tí, es incomprensible, para con una mujer que tanto te ha amado y te ama; que tanto te ha sacrificado y te sacrifica, y está dispuesta á sacrificarte!

—¡Quién sabe lo que yo soy! ¡Solo Dios! Y si fuera posible ocultarlo á Dios, ¡tampoco Dios lo sabria!

—¡Siempre cruel, siempre terrible! ¿Temes acaso que

yo te haya amado por orgullo, y que al decirme tú: yo no soy el rey don Sebastian, yo soy un expósito, yo soy Gabriel de Espinosa, un soldado aventurero, un hombre oscuro, dejaria yo de amarte? ¿Crees tú que haya podido estar anhelante, aterrada, durante largas horas de agonía, junto á un hombre hermoso, en el cual apenas habia una chispa de vida, al que solo podia salvar el incesante, el tierno cuidado de una mujer enamorada, sin que esta mujer lo amase con toda su alma? ¿Crees tú que esta mujer puede renegar por un hombre de su Dios, renunciar un trono, abandonar su pátria, desprenderse de sus riquezas, y ser esclava de un hombre, sin estar por él loca de amor? ¿Crees tú que esa misma mujer puede perdonar lo que tú hicistes en Venecia, sin tener llenos el corazon y el alma de un amor insensato? ¿Crees tú que sin la incontrastable fuerza de ese amor, me reduciria yo á pasar por una villana, por una criada tuya, por la criada de un pastelero, por la nodriza mercenaria de mi pobre hija, viviendo aquí sola, escondida, viendo venir el peligro, temblando por tí, y por tí llorando y rezando? ¡No, Gabriel, no! Tanto amor y tanto sufrimiento por tí, no pueden cambiarse en desamor, porque tú me digas que no eres el rey don Sebastian; ¿será acaso que temas que yo te haga traicion, y me engañes para que no te la haga? ¡No quiero creerlo! ¡No quiero pensarlo, porque eso seria para mí más terrible, no que mi muerte, porque para mí la vida nada vale, pero sí más terrible que tu muerte y la muerte de nuestra hija! Sácame de dudas, Gabriel, porque mira; si yo supiera que tú eras el rey don Sebastian, tendria menos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

miedo; porque no temeria que el rey don Felipe se atreviese á matar á su sobrino, al hijo de su hermana, al rey de Portugal, por la sola razon de conspirar para recobrar su corona.

—¡Mató á su hijo el príncipe don Cárlos! ¡Mató á su hermano don Juan de Austria! ¿Qué le importaria al rey don Felipe matar á su sobrino el rey de Portugal, si matándole retenia entre sus garras ambiciosas su corona? ¡No me preguntes más, María; para tí, que me has salvado, para tí que todo lo has sacrificado por mí, seré siempre un misterio, aun cuando te sientes á mi lado en el trono de Portugal!

—¡Gabriel! ¡Gabriel! exclamó Sayda Mirian levantándose y asiéndose al cuello de Gabriel de Espinosa; ¡no me engañes, por compasion! ¡No me engañes por asegurar mi prudencia y mi silencio, que harto te lo asegura el amor que me abrasa el alma, porque yo te amo más cada dia; porque cada dia me pareces más hermoso y más jóven, á pesar de tu frialdad, de tu desden, de tus locuras! ¿Es verdad que esa carta de repudio no es más que un medio de que te vales para llegar á tus intentos? ¿Es verdad que cuando recobres tu trono no veré yo junto á tí á otra esposa? ¡Ay! ¡No lo digo por ambicion! Si yo dejé por tí y sin dolor, de ser sultana absoluta de Marruecos, libre y señora, no esposa esclava de un sultan, sino el sultan mismo; porque yo soy la nieta descendiente en línea recta de Mahoma, el jefe de la santa familia de los Xerifes; si yo tenia valor bastante y prestigio bastante para montar á caballo y dar batalla y vencer al frente de mis kábilas feroces al que

hubiera querido oponerse á mi grandeza; si yo pude ser una heroina como Semiramis, y todo esto lo abandoné por tí, ¿qué puede importarme tu pequeño reino de Portugal, en el cual no seria más que la esposa, la madre de los hijos del rey, tu primer vasallo, pero vasalla siempre, cuando he podido ser señora, y señora absoluta, de un grande, rico y fuerte imperio, en el cual serian esclavos mios los hombres más valientes del mundo? ¡No, Gabriel, no! Lo que te habla no es mi ambicion, son mi amor y mis celos; es que yo moriria desesperada si viese á otra mujer tuya.

Y Mirian reclinó sollozando su cabeza sobre el hombro de Gabriel.

—¡María! ¡María de mi alma! exclamó Gabriel asiendo con sus dos manos la cabeza de Mirian y estampando en su pura frente un beso abrasador, que hizo extremecerse toda á Mirian; hay momentos en que me trasformo, en que la razon ilumina mi pensamiento, en que te veo tan noble, tan generosa, tan grande como eres, y siento dentro de mí un remordimiento horrible: el remordimiento de mi locura; porque yo estoy loco, María; porque arde en mí un pensamiento terrible, que me hace espantarme de mí mismo; porque tengo siempre delante de mí el funesto campo de África, donde ví hundirse entre el polvo sangriento el reino de Portugal, donde ví caer á centenares, dichosos porque cerraban los ojos á aquella ignominia, valientes caballeros, que ya desesperados, en vez de volver con cobarde mano los frenos de sus caballos, se arrojaban en medio de los tigres marroquíes, buscando una muerte que preferian al cautiverio y á la deshonra.

—¡Tú eres el rey don Sebastian! gritó la sultana devorando con una mirada hambrienta, dilatada, inmensa, lúcida, delirante, la altiva, la magestuosa mirada de Gabriel de Espinosa.

—¡Calla! la dijo Gabriel llevándola al sillon en que Sayda Mirian se sentó maquinalmente, con la mirada siempre fija, absorta y enamorada en el semblante de Gabriel; ¡calla! Si soy el soldado Gabriel de Espinosa, no quiero avergonzarme ante tí, dejándote conocer al impostor miserable; si soy el rey don Sebastian, no quiero que tú no puedas dudar de que yo soy el rey que tiene sobre su frente la vergüenza de la miserable derrota de la batalla de los Xerifes; prefiero ser para tí el misterio; quiero que partan para tí su mútua vergüenza, como impostor el uno, y como rey deshonrado el otro, Gabriel de Espinosa y don Sebastian de Portugal.

—Si eres Gabriel de Espinosa, vales tanto como un rey, y mereces serlo; si eres el rey don Sebastian... el rey don Sebastian era muy jóven, tenia sed de gloria, le engañó su corazon, fué vencido por demasiado valiente: no sobrevivió vergonzosamente á su derrota; si murió, su sombra sangrienta vuelve por su honra de rey y de caballero; y si vive, si Dios permitió que hubiera entre aquella gente bárbara una mujer destinada á salvarle, al borrar, recobrando su trono contra todo el poder del rey de España, la mancha de su loca imprudencia que le llevó á ser vencido á África, debe decir á su amante, á su esposa, á su reina: ¡yo soy, yo soy el rey don Sebastian! Y si esto debe decírselo despues del triunfo, ¿por qué no ha de decírselo antes, cuando ella está segura de su

valor y de su grandeza, y de que si no triunfa será porque no haya dejado de combatirle la dura mano de la desgracia?

—No, nunca; ni ahora, ni despues; ni vencido, ni vencedor; ni impostor sentenciado, ni rey temido: para tí siempre el misterio; yo soy quien quieras que sea: Gabriel de Espinosa ó el rey don Sebastian ó ninguno de los dos.

—Pues bien; tu esposa no volverá á preguntarte más, Gabriel; tu esposa partirá tu suerte, como hasta ahora la ha partido; pero déjala conocer siempre tu amor, Gabriel, no atormentes su alma con tu desden, con tu frialdad; no la abandones nunca, aunque no sea más que por compasion; no pongas, no, por Dios, en tu tálamo á otra mujer.

—Doña Ana de Austria no será nunca mi esposa; doña Ana de Austria me servirá; pero no hará jamás que yo falte al agradecimiento que te debo.

—Y sin embargo, si los sucesos no se hubieran opuesto á ello, aquella horrible mujer, aquella Estéfana Barbarigo, hubiera sido tu esposa.

—Yo estaba entonces loco; aquella mujer debió darme algun bebedizo; pero aquello pasó, aquella mujer ha muerto y yo he acabado de conocerte, he acabado de comprender cuánto me amas, por la situacion en que nos colocó aquella locura mia.

En aquel momento se oyó un golpe en la primera puerta que habia cerrado Gabriel de Espinosa.

—Llaman: voy á ver quién es, dijo Gabriel.

Y fué á la puerta de la habitacion, la abrió, y luego abrió la segunda puerta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El que llamaba era Juan de Azcárate, el Navarro.

VI.

—Fray Miguel de los Santos, dijo, me envia, y dice que está aguardando á vuesa merced; que él no viene por no dar á murmurar nada á estas gentes que son muy maliciosas, y que Dios sabe lo que podian pensar.

Gabriel de Espinosa bajó la cabeza, se quedó un momento pensativo, cerró la puerta, y dió las dos llaves al Navarro.

—Cuida, le dijo, mientras yo esté fuera, de la señora; y como puede ser que yo tarde, no te muevas de aquí ni bajes abajo, ni te dejes ver, no sea que como está reciente aun el lance de esta mañana, y muchos te habrán conocido y te guardarán enemistad, sobrevenga otro lance, y sea peor que el primero; por eso he enviado á Cobos y á Carbalho á Blanco-Nuño, y te hubiera enviado tambien á tí, á no ser porque es necesario que alguien sirva á la señora mientras yo no esté en casa. Con que atencion y cuidado, y adios.

Y Gabriel bajó las escaleras, y al pié de ellas se encontró con Gil Lopez, que le creia de buena fé Gabriel de Espinosa su pariente.

—Mal dia tenemos hoy á pesar de que es fiesta, dijo Gil Lopez; con lo que hubo esta mañana, y con lo bravo que anda por esas calles don Rodrigo prendiendo gente, nadie se atreve á salir á la calle; no entra un alma en la

pastelería, y me parece que nos quedamos con los pasteles en el cuerpo.

—Los que no se vendan hoy, dijo Gabriel, se venderán mañana, y si no se vendiesen, tanto dá; que la pérdida no puede ser mucha, y si lo fuese, tendremos paciencia.

—No estamos para pérdidas, hijo, dijo Gil Lopez, que los tiempos andan malos, y con pocos dias que sigamos perdiendo, será preciso cerrar la pastelería, y que tú te vayas otra vez á la guerra, y yo me meta á peon de campo.

—Ya se verá lo que hay que hacer en esto, dijo Gábriel; ahí traigo unos dinerillos con que se puede entretener la costa aunque se pierda algunos dias, y cuando esos dias pasen, podrá ser muy bien que vengan más dineros, con lo cual los pasteles serán más que oficio, entretenimiento y disculpa, para que nadie se meta á averiguar de donde nos viene la plata que gastemos.

—¿Esos dineros te los enviará, sin duda, dijo Gil Lopez, la madre de la niña?

—La madre de la niña es tan rica y tan gran señora, que no nos faltará oro aunque no sea más que por que su hija se crie como una princesa.

—¿Y por qué no te has quedado tú allá con esa señora, ó por qué esa señora no se ha venido contigo?

—Ni yo podia estarme, ni ella venirse: estaba yo en Nápoles muy amenazado, y ella muy temerosa de perderme, y fué necesario darle gusto y venirme; y si ella no se vino, que bien quisiera, porque mucho me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El que llamaba era Juan de Azcárate, el Navarro.

VI.

—Fray Miguel de los Santos, dijo, me envia, y dice que está aguardando á vuesa merced; que él no viene por no dar á murmurar nada á estas gentes que son muy maliciosas, y que Dios sabe lo que podian pensar.

Gabriel de Espinosa bajó la cabeza, se quedó un momento pensativo, cerró la puerta, y dió las dos llaves al Navarro.

—Cuida, le dijo, mientras yo esté fuera, de la señora; y como puede ser que yo tarde, no te muevas de aquí ni bajes abajo, ni te dejes ver, no sea que como está reciente aun el lance de esta mañana, y muchos te habrán conocido y te guardarán enemistad, sobrevenga otro lance, y sea peor que el primero; por eso he enviado á Cobos y á Carbalho á Blanco-Nuño, y te hubiera enviado tambien á tí, á no ser porque es necesario que alguien sirva á la señora mientras yo no esté en casa. Con que atencion y cuidado, y adios.

Y Gabriel bajó las escaleras, y al pié de ellas se encontró con Gil Lopez, que le creia de buena fé Gabriel de Espinosa su pariente.

—Mal dia tenemos hoy á pesar de que es fiesta, dijo Gil Lopez; con lo que hubo esta mañana, y con lo bravo que anda por esas calles don Rodrigo prendiendo gente, nadie se atreve á salir á la calle; no entra un alma en la

pastelería, y me parece que nos quedamos con los pasteles en el cuerpo.

—Los que no se vendan hoy, dijo Gabriel, se venderán mañana, y si no se vendiesen, tanto dá; que la pérdida no puede ser mucha, y si lo fuese, tendremos paciencia.

—No estamos para pérdidas, hijo, dijo Gil Lopez, que los tiempos andan malos, y con pocos dias que sigamos perdiendo, será preciso cerrar la pastelería, y que tú te vayas otra vez á la guerra, y yo me meta á peon de campo.

—Ya se verá lo que hay que hacer en esto, dijo Gábriel; ahí traigo unos dinerillos con que se puede entretener la costa aunque se pierda algunos dias, y cuando esos dias pasen, podrá ser muy bien que vengan más dineros, con lo cual los pasteles serán más que oficio, entretenimiento y disculpa, para que nadie se meta á averiguar de donde nos viene la plata que gastemos.

—¿Esos dineros te los enviará, sin duda, dijo Gil Lopez, la madre de la niña?

—La madre de la niña es tan rica y tan gran señora, que no nos faltará oro aunque no sea más que por que su hija se crie como una princesa.

—¿Y por qué no te has quedado tú allá con esa señora, ó por qué esa señora no se ha venido contigo?

—Ni yo podia estarme, ni ella venirse: estaba yo en Nápoles muy amenazado, y ella muy temerosa de perderme, y fué necesario darle gusto y venirme; y si ella no se vino, que bien quisiera, porque mucho me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ama, fué porque la aseguran allí grandes obligaciones.

—¿Será esa señora parienta del virey? dijo Gil Lopez que creia todo el embolismo de Gabriel de Espinosa.

—Calla, maldiciente, dijo Gabriel poniendo una mano en la boca de Gil Lopez; ¿de dónde sacas tú que la madre de la niña sea parienta ó cosa del virey de Nápoles.

—Fúndome, dijo Gil Lopez, en que el ama de la niña, á pesar de sus humildes vestidos, parece muy dama y muy noble.

—Bien, ¿y qué? dijo con algun cuidado Gabriel de Espinosa, aunque sin darle á conocer á Gil Lopez.

—El ama habla muy bien el castellano.

—Como que es española.

—Pues bien; una señora española y principal, no puede ser ama de cria de una criatura, como esa criatura no sea hija de una reina ó cosa semejante.

—Puede ser que la madre de Gabriela sea nieta de reyes, dijo misteriosamente Gabriel.

Abrió desmesuradamente los ojos Gil Lopez.

—Pues entonces, dijo, lo que te debe sobrar es dinero.

—Así iremos; por lo mismo, importa poco que se vendan pasteles ó no; sigue tú haciendo la jornada de siempre, y lo que sobre que se lo coman los mozos, y lo que estos no pudieren, los perros; pero guarda secreto acerca de si me vienen á mí ó no me vienen dineros de ninguna parte, que aquí de todo se sospecha, y querrian meterse en averiguaciones que es preciso evitar por la

honra de la madre de la niña, que es muy gran persona.

—En lo que ha hecho muy mal la tal señora, es en que venga contigo y con la niña una ama de cria tan hermosa, observó maliciosamente Gil Perez.

—¿Por qué dices eso? dijo Gabriel de Espinosa.

—Porque, ó hace mucho tiempo que el ama y tú con la niña no estais á la vista de esa señora, ó si hace poco, esa señora ha debido estar ciega, porque no ha visto lo que he visto yo.

—¿Y qué has visto tú, malicioso y hablador que eres? dijo Gabriel de Espinosa.

—He visto que María te mira que te come, y de tal modo, que se la conoce á legua que te quiere con las entrañas; y lo que es tú, no la miras á ella como mirarias á un gerpil de paja, sino como á una persona que mucho se estima.

—No es mia la culpa de que María, por el amor que su señora me tiene, haya caido en la tentacion de quererme; porque así son las mujeres; en viendo que una mujer hermosa y muy envidiada ama á un hombre, le toman aficion, y acaban por quererle tanto ó más que la otra.

—Pero tu tienes la culpa de lo que á la pobre María le pasa.

—¿Y qué le pasa á María?

—¿Qué le ha de pasar, sino que dentro de poco tiempo tendrá que criar otra criatura.

—¿Se la conoce á María que está en cinta? dijo poniéndose pálido y con sumo cuidado Gabriel de Espinosa.

—Por más que ella se encoje y disimula, y hace lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que todas las mujeres hacen para que no se note lo que quieren ocultar, tengo yo muchos años y he conocido muchas mujeres, para que ellas puedan engañarme.

—Pues cállate, que no todos ven lo que tú, culebron; y aunque ello importa poco, la pobre María se avergonzaría, y bien merece por buena que no se la avergüence.

—¡Ah! Lo que es por eso, descuida, Gabriel, yo me callaré como si esto fuera cosa de la familia; como si María fuera mi hija.

—Ya sé, Gil, que de tí, á lo menos sabiéndolo tú, no puede venirme nada malo; basta con que mi madre fuera prima hermana tuya; pero bueno es avisarte.

—Descuida, Gabriel, descuida, que por mí nada se sabrá.

—Eso es lo que es menester; y adios, Gil, que tengo que salir de casa.

—Mira que hace un calor que achicharra.

—Tengo que salir por fuerza; me llama el padre fray Miguel de los Santos.

—¿Y qué te quiere fray Miguel? dijo Gil Lopez, que como viejo era muy curioso.

—Traigo de Roma una carta del Papa para la señora doña Ana de Austria.

—El diablo eres, Gabriel, y segun las cosas que te han pasado, debias estar rico como un genovés.

—Allá veremos, allá veremos lo que viene con el tiempo, mi buen Gil. Pero adios, que el tiempo se pasa y me están esperando.

—Anda con Dios, hijo, anda con Dios, y de prisa para que el sol te haga menos daño.

Gabriel de Espinosa atravesó el despacho de la pastelería que estaba completamente desierto, salió á la calle, y á buen paso se trasladó al convento de San Agustin, que estaba en uno de los extremos de la villa.

VII.

En el momento en que preguntó en la portería por fray Miguel de los Santos, un lego le llevó á la celda del religioso.

Era esta humildísima, y á primera vista revelaba la pobreza de fray Miguel.

Lo único que allí representaba algun valor, eran cuatro grandes estantes llenos de libros, encuadernados en pergamino, y guardados por puertas con alambreras.

El demás mueblaje se reducia á una mesa y algunos sillones de nogal, sobre un suelo de baldosas muy limpio y muy regado, para templar en algun tanto el calor, y algunos malos cuadros al óleo, representando santos, esparcidos por las paredes lisas y blanqueadas.

VIII.

Fray Miguel salió al encuentro de Gabriel de Espinosa, y le dijo:

—Por dichoso puedo contarme, señor, pues veo á vuestra majestad en mi humilde celda; contado será para mí este dia entre los más prósperos de mi vida, y desde hoy me parecerá mi celda un palacio, pues vuestra majestad la ha honrado una vez con su real persona.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que todas las mujeres hacen para que no se note lo que quieren ocultar, tengo yo muchos años y he conocido muchas mujeres, para que ellas puedan engañarme.

—Pues cállate, que no todos ven lo que tú, culebron; y aunque ello importa poco, la pobre María se avergonzaría, y bien merece por buena que no se la avergüence.

—¡Ah! Lo que es por eso, descuida, Gabriel, yo me callaré como si esto fuera cosa de la familia; como si María fuera mi hija.

—Ya sé, Gil, que de tí, á lo menos sabiéndolo tú, no puede venirme nada malo; basta con que mi madre fuera prima hermana tuya; pero bueno es avisarte.

—Descuida, Gabriel, descuida, que por mí nada se sabrá.

—Eso es lo que es menester; y adios, Gil, que tengo que salir de casa.

—Mira que hace un calor que achicharra.

—Tengo que salir por fuerza; me llama el padre fray Miguel de los Santos.

—¿Y qué te quiere fray Miguel? dijo Gil Lopez, que como viejo era muy curioso.

—Traigo de Roma una carta del Papa para la señora doña Ana de Austria.

—El diablo eres, Gabriel, y segun las cosas que te han pasado, debias estar rico como un genovés.

—Allá veremos, allá veremos lo que viene con el tiempo, mi buen Gil. Pero adios, que el tiempo se pasa y me están esperando.

—Anda con Dios, hijo, anda con Dios, y de prisa para que el sol te haga menos daño.

Gabriel de Espinosa atravesó el despacho de la pastelería que estaba completamente desierto, salió á la calle, y á buen paso se trasladó al convento de San Agustin, que estaba en uno de los extremos de la villa.

VII.

En el momento en que preguntó en la portería por fray Miguel de los Santos, un lego le llevó á la celda del religioso.

Era esta humildísima, y á primera vista revelaba la pobreza de fray Miguel.

Lo único que allí representaba algun valor, eran cuatro grandes estantes llenos de libros, encuadernados en pergamino, y guardados por puertas con alambreras.

El demás mueblaje se reducia á una mesa y algunos sillones de nogal, sobre un suelo de baldosas muy limpio y muy regado, para templar en algun tanto el calor, y algunos malos cuadros al óleo, representando santos, esparcidos por las paredes lisas y blanqueadas.

VIII.

Fray Miguel salió al encuentro de Gabriel de Espinosa, y le dijo:

—Por dichoso puedo contarme, señor, pues veo á vuestra majestad en mi humilde celda; contado será para mí este dia entre los más prósperos de mi vida, y desde hoy me parecerá mi celda un palacio, pues vuestra majestad la ha honrado una vez con su real persona.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Dejáos de majestades, mi buen fray Miguel, dijo Gabriel de Espinosa sentándose en un sillon que le habia presentado el fraile; sentáos á par mio, y hablemos quedo no nos oigan y sospechen, y demos que hacer de veras á ese buen don Rodrigo de Santillana; tratadme lisa y llanamente de vos á vos, que yo os lo mando, y me servireis con ello mejor que con las majestades, que ya tendreis ocasion larga de darme, cuando hubieren llegado mejores tiempos.

—Sea como vos quisiéreis, dijo fray Miguel de los Santos; pero me parece imposible que yo pueda echar de mí el respeto en que me poneis.

—Habladme como hablaríais al pastelero Gabriel de Espinosa; y digo esto, no porque aquí nos escuchen, que ya tendreis vos buen cuidado de que esto no suceda, sino porque no acostumbreis tanto á darme majestad, que la solteis delante de gente inadvertida, y me pongais por vuestra imprudencia en un gravísimo caso.

—Me hablais tan severo y me mirais tan fijo, respondió fray Miguel, que no sé bien si tengo la desgracia de que os halleis enojado conmigo, que harto me lo temo.

—Decidme, fray Miguel, dijo con acento opaco, firme y dominador Gabriel de Espinosa, ¿sabeis vos, si yo soy quien soy?

—Yo creo, dijo fray Miguel de los Santos, y lo creo con mi alma y con mi conciencia, que vos sois el rey don Sebastian de Portugal.

Y al decir estas palabras fray Miguel se puso de pié como dominado por un poder superior.

—Pues teneis grandes enemigos, padre, dijo sin dejar

su acento de amenaza Gabriel de Espinosa; pero sentáos, no quiero que alguien entre y os vea en esa actitud temerosa.

—Es que poneis espanto, dijo el fraile sentándose.

—¿Creeis vos, dijo Gabriel de Espinosa, cuya severa y terrible majestad crecia, que puede equivocarse un leon con un zorro?

—¿Por qué decís eso, señor?

—Por una de dos: ó teneis grandes enemigos, padre, ó sois más traidor y más infame que Júdas.

—Veo la calumnia, señor, dijo extremeciéndose fray Miguel, no sabemos si de cólera mal contenida ó de miedo mal encubierto.

—Pues si se os ha calumniado, la calumnia ha salido de la boca de un rey, y de un gran rey, padre, que como yo, aunque por distinto modo, ha sufrido mucho antes de ser rey de Francia, y ha tenido grandes ocasiones de conocer á los hombres; ese rey, fray Miguel, es Enrique IV, rey de Francia y de Navarra.

—Han engañado á su majestad, si su majestad ha dicho de mí que yo soy un traidor.

—Oid lo que me dijo mi primo el rey de Francia hace dos meses, encerrado conmigo en una torrecilla del Louvre.—Allá vais con Dios y vuestra buena ventura, hermano don Sebastian; pero ved bien de quién os servís y con quién hablais, que puede ser que cuando os creais más seguro, os encontreis más vendido, y os brinde la muerte en copa de oro, la mano que creais más amiga; tened por cierto que en todas partes hay Catalinas de Médicis y Césares Borgias; cuenta, hermano, que vais

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en busca de vuestra corona de Portugal, como yo he andado en busca de mi corona de Francia, y aprended de mí y sed tan sagaz como yo lo he sido, no sea que la muerte se os cruce en el camino coronada de flores y sonriéndoos con amor; ya sabeis que cuando la reina Catalina de Médicis, la buena madre de mi buena esposa Margot de Valoix me abrazaba y me besaba en la boca, llamándome su hijo, su querido hijo, yo recibia el beso con la boca fuertemente cerrada, me frotaba fuertemente los lábios en cuanto Catalina de Médicis volvia la cabeza, por temor de que la reina Catalina hubiese querido envenenarme con su aliento, y mucho tiempo despues, no comia más que los huevos que iba á coger del nido de las gallinas, ni bebia más agua que la que cogia en el hueco de mi mano de las fuentes públicas, y no me quitaba ni para dormir la cota de mallas, y dormia con un ojo abierto, y con el puñal desnudo debajo de la almohada; y aunque he sido y soy muy aficionado á las mujeres hermosas, no hacia caso de ninguna mientras tenia el más leve recelo, ni oia la más sencilla palabra de los que me hablaban sin hilar, alambicar, retorcer aquella palabra, estrujándola, buscando en ella un doble sentido; y así, con la mano en el timon y los ojos en la brújula, encubriéndome y haciéndome el simple para no ser conocido, para ver mejor, he llegado por entre terribles sirtes dejándome arrastrar por tempestades tan bravías como la horrible noche de San Bartolomé, en que se dió al mundo y á la historia el sangriento degüello de los hugonotes, mis hermanos, he llegado á este hermoso puerto que se llama trono de Francia.—¿Y por

qué me decís eso, hermano? pregunté á Enrique IV.—Vos sois demasiado bravo, hermano don Sebastian, confiais demasiado en vuestro aliento y en vuestra fortuna, y no temeis tanto como debiérais á vuestros poderosos enemigos.—Por mí conspira todo un reino, contesté; la gente que me rodea es leal.—Seria yo para con vos traidor y mal caballero, si no os dijese los nombres de dos personas de las que necesariamente os teneis que servir, y de las que debeis desconfiar.—¿Y qué personas son esas, Sire? le pregunté.—Una es vuestro tio don Antonio, prior de Ocrato, y la otra fray Miguel de los Santos, fraile agustino portugués, que para servir á vuestro tio, ha pasado á un convento de su misma órden de Castilla.

—¡Yo! ¡Yo traidor á mi rey! exclamó poniéndose pálido como un difunto fray Miguel; traidores infames han engañado al rey de Francia; porque yo ni aún puedo atreverme á sospechar que su majestad haya mentido.

—Seguid, seguid oyendo, padre, dijo Gabriel de Espinosa, cuya severidad y cuya majestad crecian de momento en momento: yo pedí á mi primo el rey de Francia me explicase por completo lo que solo me habia indicado; Enrique IV me dijo:

—Hace algunos años, portugueses, que habian sido hecho cautivos por corsarios tunecinos, os vieron y os reconocieron en Túnez; y rescatados algunos de ellos por los frailes de la Redencion de cautivos, llevaron á Portugal la noticia que se estendió como un rumor sordo, ó que fué dada en secreto por temor á las iras del rey de España, de que era falsa vuestra muerte en Afri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ca, que vivíais, que os habian visto en Túnez, que os habian tocado, que os habian reconocido. Recordóse que el cadáver que se habia sepultado con régia pompa en Setubal estaba desfigurado; tomáronse lenguas secretamente por los caballeros más principales de Portugal, que estaban descontentos bajo el dominio del rey de España, é invitados con razon, al ver á Portugal unido á la corona de Castilla, convertido en una provincia española, y se obtuvo de una manera discreta de boca de los mismos caballeros españoles, que el rey don Felipe habia enviado á Africa á reclamar el cadáver de su primo hermano el rey don Sebastian, la certeza de que cuando el sultan Ahtmed, que les entregó el cadáver, aquel cadáver estaba tambien desfigurado, y no podia decirse ni aún con asomos de verdad, que aquel fuese el cadáver del rey don Sebastian. Algun tiempo adelante, se presentó en Lisboa un hombre misterioso, que no se sabia de dónde iba, ni á qué iba. Aquel hombre entró una noche oscura por un postigo sin ser visto de nadie en la casa del duque de Coimbra, donde estaban secretamente reunidos los principales señores de Portugal. Aquel hombre sacó de su pecho un retrato, y todos reconocieron en aquel retrato al rey don Sebastian. Entonces aquel hombre les dijo:—La serenísima República de Venecia me envia á vosotros con este retrato, que es la copia fiel de un extranjero que se ha presentado al Supremo Consejo de los Diez, llamándose el rey don Sebastian de Portugal, y pidiendo proteccion á la República de Venecia. Ahora bien, señores: ¿reconoceis vosotros en el hombre representado en este retrato á

vuestro rey don Sebastian? A lo que todos contestaron: —Sí, este es el retrato de nuestro rey.—Miradlo bien, repitió el enviado de la República de Venecia, y responded teniendo en cuenta vuestro honor y vuestra conciencia.—Sí, ese es nuestro rey; lo juramos sobre nuestro honor y sobre nuestra alma.—Pues bien, señores: vuestro rey vive oculto en Venecia bajo la decidida y leal proteccion de la República.—¡Viva nuestro rey don Sebastian! gritaron todos aquellos señores, entre la soledad y el silencio del palacio del duque de Coimbra.

Gabriel de Espinosa se detuvo un momento, é inclinó la cabeza abatido.

Fray Miguel de los Santos tenia fija la mirada en el suelo y temblaba.

Gabriel de Espinosa alzó al fin la cabeza y fijó de nuevo su mirada poderosa y dominadora en el fraile, que como atraido por aquella mirada, levantó la suya, y la fijó entumecida y cobarde en la de Gabriel.

—Oid, padre, dijo Gabriel con la voz más profunda y más severa que antes, lo que continuó diciéndome Enrique IV:—La noticia de que vos, hermano, no habiais muerto en la batalla de los Xerifes, de que existiais en los estados de Venecia, cundió sordamente de boca en en boca entre los descontentos del reino de Portugal, y llegó á los oidos de vuestro tio el prior de Ocrato don Antonio, que fuera del reino, protegido abiertamente por Enrique VIII de Inglaterra, pretendia, amenazando constantemente las costas portuguesas con los barcos y los soldados que Enrique VIII le prestaba y le presta, la corona de Portugal. Esto alarmó sériamente á don

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Antonio, y disgustó á Enrique VIII. A don Antonio porque vuestra existencia echaba á tierra todos sus proyectos, y á Enrique VIII, porque esperaba sacar más partido de Portugal estando sobre su trono un rey débil, como lo será, si lo es, aunque lo veo muy difícil, el prior de Ocrato, que estando vos sobre el trono; porque en el poco tiempo que reinásteis, disteis claras muestras de ser un rey bravo, y poco á propósito para recibir consejos y ceder á influencias; pero en cambio, vuestro nombre era y es un talisman para los portugueses, mientras que don Antonio no ha sido ni es, ni puede ser para Portugal, más que una conveniencia, más que un medio para sacudir el yugo extranjero. Determinóse, pues, por Enrique VIII y por el prior de Ocrato ceder a las fuerzas de las circunstancias, y ayudaros hipócritamente en vuestra empresa de reconquistar el trono de vuestros abuelos. Pero era necesario poneros desde muy temprano al lado de la traicion; era necesario un miserable acostumbrado á venderos, que hubiese adquirido por completo vuestra irreflexiva confianza, y que, preparado ya de mucho tiempo antes, no vacilase para emponzoñar vuestra copa ó vuestro plato de rey, consiguiendo de este modo dejar vacante la corona, que se ceñiria fácilmente, como heredero vuestro, el prior de Ocrato don Antonio.—Pero yo tengo hijos, mi noble primo de Francia, contesté á Enrique IV.—Los niños se mueren con suma facilidad, mi imprudente primo de Portugal me contestó sonriendo de una manera fria Enrique IV.—El nombre, el nombre de ese traidor que han de poner á mi lado, le pregunté.—No han de ponerle, está ya: porque el hombre que ha de vivir á vuestro lado, que ha de escuchar vuestras más insignificantes palabras, que ha de sorprender lo que murmurais durante vuestro sueño, que lo ha de trasmitir secretamente á don Antonio, es el mismo hombre que ha ido á Roma á obtener del Papa, y la ha obtenido, la disolucion de vuestro matrimonio con vuestra esposa, la noble doncella mora que os salvó, y de la que no debeis renegar, primo.

—Yo juro *in verbo* de sacerdote, y por la salud de mi alma, que han engañado al rey de Francia; yo desafío al rey de Francia y á todos los reyes del mundo, á que os presenten la prueba de esa horrible traicion, exclamó fray Miguel de los Santos descompuesto, trémulo, aterrado.

—Lo mismo dije yo al rey de Francia: pueden haberos engañado, señor; yo he conocido y tratado desde muy niño á ese religioso, y le he juzgado completamente adicto á mí; pedid la prueba de esa acusacion, Sire, á fin de que yo sepa cómo debo tratar á ese hombre; porque leal ó traidor, segun andan mis negocios, le necesito de todo punto.—Se conoce que habeis reinado muy poco tiempo, primo, y que érais muy jóven cuando reinásteis; de otro modo sabríais que las traiciones más terribles son aquellas de que no puede obtenerse una prueba clara; estas traiciones se sorprenden por medio de agentes leales y astutos, y á quienes se paga á peso de oro, y á quienes se honra y se favorece, para que tengan un gran interés en ser traidores á otro, para servir bien á quien les paga; despues, quedan la experiencia, el conocimiento de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombres y de las cosas, para saber qué fundamento tienen las revelaciones de los que os sirven; ¿creeis en mi experiencia y en mi sagacidad, de que es una buena muestra la corona de Francia que ciño, primo de Portugal?—Creo en vuestra gran experiencia y en vuestra gran perspicacia, Sire.—Pues bien, retened tenazmente en vuestra memoria, y obrad con arreglo á ellos, los consejos que voy ádaros, ya que no puedo daros mucho dinero; porque las guerras que tengo sobre mí, me tienen muy pobre; entregáos confiadamente á fray Miguel de los Santos que os será leal, yo os lo aseguro, porque así sirve bien á don Antonio, mientras solo se trata de conspirar para poneros en el trono de Portugal; es hombre muy docto, muy experto, de gran talento, muy prudente, muy sagaz, muy bravo, que vale, en fin, mucho; seguid ciegamente sus consejos; pero en cuanto seais rey de Portugal, ahorcadle; y si quereis evitar el ruido, convidadle un dia á comer, y que le sirvan un plato sabroso; no tengais por ello remordimiento ni vergüenza alguna, porqué quitándole de enmedio, habreis librado al mundo de un traidor.

Se detuvo Gabriel de Espinosa, y permaneció mirando por algun tiempo de una manera terrible á fray Miguel, que estaba completamente aturdido, completamente dominado.

—Ya veis, dijo Gabriel de Espinosa, que he empezado por no hacer caso de los consejos de mi prudente primo el rey de Francia; porque yo he sido, soy y seré leal, valiente y caballero; porque yo uso de la espada contra el puñal de los traidores; porque no quiero recobrar mi

trono, si para recobrarle me he de ennegrecer con la más leve sombra de traicion.

—¡Oh! exclamó fray Miguel de los Santos cayendo de rodillas: ¡sí, vos sois el noble, el valiente rey don Sebastian!

—¡Ah! Con que no mentia mi noble primo el rey de Francia, cuando preguntándole yo qué interés podias tener en que fuese rey mi tio don Antonio, si siendo yo rey podia honrarte y favorecerte agradecido, me contestó que tu me creias un impostor, un miserable, un hombre oscuro, que me aprovechaba de mi extraordinaria semejanza con el desgraciado rey don Sebastian, para pretender su corona.

—Os confieso, señor, que yo no he conocido á vuestra majestad hasta ahora; que no habia creido las cosas extraordinarias que de vos me habian contado; os confieso, que asombrado por la que yo creia en vos extraordinaria semejanza con el rey don Sebastian, con vos mismo, porque yo os he conocido desde niño...

—Un dia, cuando el rey don Sebastian solo contaba quince años, ó por mejor decir, una noche, tiraron precipitadamente de la cuerda de la campana del convento de Agustinos descalzos de Lisboa, y cuando el portero llegó á la puerta, el que llamaba preguntó con vehemencia por fray Miguel de los Santos, y tiró por la reja de la puerta dentro de la portería un bolsillo lleno de oro, lo que dió por resultado que la puerta se abriese y entrase un jóven con trazas de muy principal por el rico traje que vestia, pero con el rostro cubierto por un antifaz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A medida que hablaba Gabriel de Espinosa, el rostro de fray Miguel de los Santos se iba descomponiendo, y marcándose la sombra de su mirada.

—¿Cómo era el traje que vestia aquel jóven? dijo con la voz temblorosa de ansiedad.

—Un birrete de terciopelo leonado con una pequeña pluma de buitre de su color natural en un joyel de esmeraldas, un justillo de terciopelo tambien leonado, con cuchilladas de raso blanco, tomadas de oro, calzas blancas, borceguíes leonados, puñal y espada, limosnera al cinto, y sobre el traje un capotillo de terciopelo grís, con mangas anchas.

—¿Y qué más, qué más llevaba aquel jóven? preguntó con doble ansiedad fray Miguel de los Santos.

—Una estocada larga y poco profunda, pero de la que salia mucha sangre, en el hombro derecho.

—¿Quién, quién era aquel jóven, cómo se llamaba? dijo en el colmo de su turbacion fray Miguel de los Santos.

—Aquel jóven era el infante don Sebastian, hijo del príncipe don Juan de Portugal, que rondando encubierto á doña Beatriz de Aponte, habia reñido con un hidalgo, le habia muerto, recibiendo en la riña una estocada, y perseguido por la justicia como homicida, habia ido á refugiarse al convento de los Agustinos, y á tu celda, fray Miguel; Dios y tú y el rey don Sebastian son los únicos que saben este suceso: hé aquí mi hombro derecho, fray Miguel.

—Y Gabriel de Espinosa se abrió el justillo y la camisa de Holanda que debajo llevaba, y dejó ver en

su hombro derecho, que era blanquísimo, una larga cicatriz.

Además, sobre el pecho de Gabriel, que éste habia descubierto completamente, se veian tres cicatrices de bala, dos de arma blanca, y una de ellas profunda y larga sobre el costado izquierdo.

—¿Me conoces ahora? dijo Gabriel Espinosa.

—¡Oh! ¡Sí! exclamó fray Miguel completamente dominado; vuestra majestad es el rey don Sebastian.

IX.

Gabriel se cubrió el pecho, y dijo á fray Miguel de los Santos:

—¿Estás tú seguro de que yo soy el rey don Sebastian?

—Sí, sí, señor, dijo fray Miguel con vehemencia: lo juraría por la salvacion de mi alma.

—Y te espondrias á perderla, insensato.

—Vuestra majestad me há revelado un secreto que solo podia revelarme el rey don Sebastian, porque yo á nadie lo he dicho; y el rey don Sebastian, entonces infante, fué curado por mí, sacado secretamente del convento y acompañado á palacio.

—¿Y no pudo haber un testigo oculto de lo que aquella noche hizo el infante don Sebastian? ¿No pudieron decir sus camareros el traje que vestia? ¿No pudo saberse que tuvo una herida en un hombro? ¿No pudo averiguarlo todo esto la justicia de una manera secreta, y callar porque el homicida era el infante don Sebastian? ¿No

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puedo haberlo sabido yo todo esto? Y dime: ¿si al verme en África uno y otro portugués cautivos palidecieron y se arrodillaron á mis piés creyéndome el rey don Sebastian, y yo alentado por ello entré en codicia de un trono, y fuí á Venecia, y allí, por las informaciones que se hicieron en el mismo Portugal se me creyó el rey don Sebastian, crees tú, que sabiendo yo las aventuras del infante en aquella noche en que se refugió en el convento, me faltaria valor para hacerme una herida, cuando tenia valor para llevar adelante una impostura que podia costarme la cabeza?

—Esa cicatriz es muy antigua, señor, y á más de eso, teneis las siete cicatrices de las siete heridas con que se os encontró como muerto en África: cinco en el pecho, una en la cabeza y otra en la mano izquierda.

—Yo peleé en Alcázar-Kivir como el más bravo, y fuí tenido tambien por muerto.

—Vuestra majestad es el rey don Sebastian.

—Escucha; si soy el impostor Gabriel de Espinosa, sírveme; porque en servirme te va la vida; y si soy el rey don Sebastian, sírveme tambien; porque el rey don Sebastian no hará contigo menos que lo que haria Gabriel de Espinosa.

—¿Pero porqué, señor, ese misterio?

—Quiero que dudes; quiero que si la suerte me es contraria y soy descubierto y sacrificado por el rey don Felipe, nadie pueda decir ni creer que el rey don Sebastian ha sido ahorcado por el rey de España, sino un impostor que se habia atrevido á llamarse rey.

—Sea lo que vuestra majestad quiera; pero nadie me quitará creer que vos sois el rey don Sebastian.

—Más vale así, dijo Gabriel de Espinosa; eso te obligará á ser leal; olvídate de lo que hemos hablado, como si hubiera sido un sueño; pero no te olvides, que al primer asomo de traicion mueres.

—¡Ah! ¡No! ¡Yo no puedo ser traidor á vuestra majestad!

—Hablemos de otra cosa; ¿para qué me has llamado?

—La señora doña Ana de Austria está impaciente por hablar con vuestra majestad.

—Déjate ya de majestades, y hasta que yo sea verdaderamente rey, guárdate de darme ese tratamiento, y procura estar á mi lado sin esa turbacion que te domina siempre que me ves, y que pudiera dar que sospechar á las gentes; ¿cuándo podemos ir á ver á esa señora?

—En el momento en que vos querais; y nunca será pronto para doña Ana de Austria, porque está impaciente por trataros.

—Pues como yo tambien lo estoy por hablar con ella, vamos cuanto antes, fray Miguel.

Gabriel de Espinosa se levantó, se puso el manto, y ambos salieron de la celda y poco despues del convento, dirigiéndose al de Nuestra Señora de Gracia la Real, que no estaba lejos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO V.

De cómo fué la primera entrevista de doña Ana de Austria y Gabriel de Espinosa.

I.

En una sala estensa, que por su riqueza y por su lujo podia llamarse cámara, cuyos balcones entornados á causa del calor y cubiertos á más con cortinas apenas dejaban paso á una media luz, sentada en un ancho camapé, con un breviario abierto y abandonado en el camapé junto á ella, habia una dama á quien ya conocemos.

Era doña Ana de Austria.

Fuera porque allí no la veia nadie, fuera porque se creia autorizada para hacerlo, doña Ana de Austria nada tenia sobre sí en su traje que revelase era monja, ni del mismo modo tenian nada de conventual las dos hermanas doña Luisa de Grado y doña María Nieto.

Consistia esto, en que doña Ana de Austria esperaba de un momento á otro al pastelero de Madrigal y á fray Miguel de los Santos.

II.

Doña Ana de Austria y sus dos damas, más bien que sus dos monjas, estaban ocupadas en una conversacion que debia ser muy grata para doña Ana, porque hablaba sobreescitada y con sumo calor, y por la conversacion se comprendia que las dos jóvenes conocian completamente los secretos de su señora.

—Tengo miedo, decia doña Ana; es necesario estar ciegos para no conocer al verle la gran persona que es. ¿Te acuerdas, Luisa, con qué majestad hablaba esta mañana con el alcalde, y con cuánta altivez, en medio de su gran mesura.

—Sí, sí, señora, me acuerdo bien, aunque no veia claro por el gran susto que tenia, porque lo que habia pasado no era para menos; yo creí que habia llegado el fin del mundo.

—Pues yo bien ví, aunque no estaba ménos asustada que tú, hermana, dijo María Nieto, que aquel señor era muy gentil-hombre, y que á pesar de no ser mozo, tenia muy buen semblante y muy buena apostura.

—Dios me le saque con bien, y que yo le vea donde deseo; que entonces, queridas mias, no viviremos en un convento, ni estaremos sepultadas en una miserable villa.

—Nosotras, señora, dijo tristemente María, habremos de quedarnos aquí tristes y desesperadas; porque aunque el Papa anule vuestros votos, por las graves razones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que Su Santidad tiene para ello, no anulará nuestros votos, y nos quedaremos llorando vuestra ausencia entre las tristes paredes de este convento.

—Cuando yo sea reina de Portugal, el Papa Clemente VIII no me negará lo que yo le pida, y vivireis á mi lado, en mi cámara, como vivís ahora.

—¡Ah, señora, y cuán buena sois!

—Pero es necesario que seais muy prudentes para que guardeis en vuestro pecho como en una tumba el secreto que os he confiado; porque en ello va más de lo que parece, y si sucediera una desgracia, esa desgracia os alcanzaria tambien á vosotras. Figuráos lo hermoso que será para vosotras, á quienes vuestros padres han sacrificado, vivir en el mundo, gozar de las fiestas y de los saraos, de una córte espléndida, escuchar á lo lejos á la media noche la campana de algun convento que toca á maitines, sin que tengais que abandonar el lecho ó las fiestas para acudir al coro, no oir nunca las severas palabras de una abadesa fea y vieja, sino la amistosa conversacion de una reina jóven, recordad como un sueño el convento, y tened el corazon abierto á la luz y á la vida.

—¡Ah, sí! eso debe ser muy hermoso, dijo doña Luisa de Grado suspirando.

—Eso será, y no tardará mucho tiempo; pero me está acabando la impaciencia: ¿díste á Cacabelos la carta que te dí para que la llevase á fray Miguel, María?

—¡Ah! sí, señora; hace dos horas largas.

—¿Y por qué no habrá venido ya fray Miguel? Esto me tiene con un cuidado mortal; yo no sé por qué, no

se me quita de la memoria ese don Rodrigo de Santillana.

—Vaya un alcalde tieso y feo, dijo Luisa; no parece sino que tiene en el cuerpo la autoridad de todos los reyes del mundo, segun se muestra de grave en el semblante, y de campanudo y severo en sus palabras.

—Es que es alcalde de casa y córte, Luisa, dijo María, y afirman que los estudiantes y los vecinos le tienen gastada al buen señor la paciencia.

—No hay alcalde de casa y córte, que porque manda en nombre del rey, no se tenga en tanto como el rey, ni hay paciencia que baste para sufrir á estos tales golillas, dijo doña Ana; pero guardéseme el señor don Rodrigo de meterse ni por asomo en lo que á mí me importe, porque con una media carta mia á mi tio el rey don Felipe, se le cae la vara de las manos, y de tal modo que no la vuelve á coger.

—Pues bueno seria quitar de enmedio á ese cuervo, dijo María; que maldito si yo me fio de lo bueno que el tal señor haga.

—No seria prudente estando en el pueblo una persona tal como don Sebastian, irse al rey con quejas del alcalde, no fuera que el rey diera en sospechar, y mandase averiguar y descubriese lo que una vez visto causaria desgracias irreparables; es necesario usar de mucha discrecion y tener mucha prudencia, que el negocio en que nos encontramos no es para ménos, y pedid á Dios que no se tuerza y tenga una desdichada salida. ¡Pero cuánto tarda fray Miguel! Vé, María, vé, no sea que Cacabelos haya hecho una de las suyas, y como hace

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tanto calor, haya dejado para la tarde el llevar la carta, y esté dulcemente durmiendo al fresco.

—Yo le encargué que la llevase al momento, señora se lo encargué con mucho encarecimiento. Voy al momento á ver lo que haya.

Y María salió.

—Yo no sé por qué á mí tambien, señora, dijo Luisa, me causa terror ese don Rodrigo de Santillana; tres noches seguidas he soñado que me agarraba y ponia en el tormento.

—¡Jesús! No digas eso por Dios, Luisa; me dás espanto, dijo doña Aña, poniéndose pálida como un cadáver.

—Será aprehension, señora; como os habeis metido en una tan grande empresa, y tan dura y tan peligrosa, nada tiene de extraño que el miedo me haya hecho ver visiones negras.

—Por lo mismo, Luisa, es necesario tener mucho valor y mucha prudencia; no se llega al logro de una grande empresa, sin haber dominado el temor, sin haber sufrido, sin haber luchado; sé valiente, Luisa mia, y cuando hayamos vencido, tendrás tanta más alegría y tanto más orgullo, cuanto más fuerte hayas sido en la lucha.

—¡Ah, señora! Nada temais de mí ni de mi hermana María, que venimos de nobles abuelos; y aunque mujeres, no mancharemos la buena fama que ha ganado su noble sangre; pero acá dentro hay un poco de miedo, añadió sonriendo la jóven, y un poco de miedo es muy bueno; porque el miedo, cuando es poco, hace muy prudente á las personas.

—Pues es necesario, Luisa, de todo punto necesario prudencia y valor.

III.

—Ya está aquí el buen fray Miguel de los Santos, y viene con él el honrado Gabriel de Espinosa, dijo entrando María.

Inmediatamente trás la jóven entraron el agustino y Gabriel.

Doña Ana, que al oir la voz de María habia fijado la vista en la puerta, al ver á fray Miguel y á Espinosa, cambió de color, y se puso sucesivamente y con una misma intensidad, pálida y encendida.

—Dejadnos solos, dijo con voz apagada á las dos jóvenes que salieron, y continuó mirando de una manera intensa á Gabriel de Espinosa, que algo avanzado á fray Miguel de los Santos, adelantaba hácia doña Ana con una dignidad, una soltura y una gallardía que enamoraban á la monja.

IV.

Por algun tiempo nada dijeron ninguno de los tres personajes: ni doña Ana, ni Gabriel, ni fray Miguel.

Al fin, Gabriel de Espinosa sacó un pliego envuelto en un paño de seda, le desenvolvió, le besó sobre el sello, que era el sello pontificio, se acercó más á doña Ana, y la dijo, entregándola el pliego:

—Antes de que hablemos una sola palabra, señora,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acerca de nosotros, ved lo que para vos me ha entregado nuestro Santísimo Padre Clemente VIII.

Doña Ana, que tenia los ojos fijos en el suelo, tomó el pliego con mano trémula, rompió el sello, y encontró bajo el sobre una carta del Papa y tres Breves pontificios.

«Ahí te envió, mi querida hija, decia la carta despues del encabezamiento de fórmula, á mi muy querido hijo el fidelísimo rey de Portugal don Sebastian, cuyas desgracias merecen el amparo de todo el que tenga un corazon bueno y generoso. Él va en tu busca, como el náufrago que va en busca del puerto en que espera encontrar abrigo y seguridad. Tus votos te impedian escuchar sus pretensiones, que son graves y muy importantes para la salud del sometido Portugal, y para el bien de Europa y de toda la cristiandad; por lo mismo, yo, que he recibido de Jesucristo la potestad de atar y desatar, te he absuelto de tus votos, dejándote libre, para que puedas contraer matrimonio con el rey don Sebastian, y ayudarle y ampararle como cosa propia tuya, sin cometer en ello pecado, ni ofender á Dios ni al mundo. Asimismo, como tú necesitas servidores leales para ayudar en su propósito al rey don Sebastian, he absuelto tambien de sus votos, para que sin ofender á Dios puedan ayudarte, á las dos monjas profesas agustinas del convento de Nuestra Señora de Gracia la Real de la villa de Madrigal, doña Luisa de Grado y doña María Nieto, que segun he sido informado por el maestro fray Miguel de los Santos te sirven y gozan de tu confianza. Asimismo te encargo la mayor prudencia y sigilo en



Ved lo que para vos me ha entregado nuestro santísimo padre.

este grave asunto, que es tal, que si se trasluciese, acontecerian grandes desgracias, que todos tenemos el deber de evitar. Continúa, pues, y que continúen tus dos sirvientes, siendo en la apariencia religiosas, y evitando todo lo que pudiera causar escándalo visto en una monja, y causar agravio á la buena reputacion del convento.»

Una inmensa alegría iluminaba el semblante de doña Ana; sin acabar de leer la carta del Papa, desdobló los otros tres pliegos y los examinó.

Estaban escritos en latin y eran tres Breves que anulaban los votos de doña Ana de Austria y de las otras dos jóvenes.

V.

Doña Ana se levantó, guardó en un secreter aquellos papeles, volvió á sentarse en el camapé, y dijo á Gabriel de Espinosa y á fray Miguel con el semblante resplandeciente de alegría:

—Sentáos vos, señor, y vos tambien, padre, y perdonad si no os lo he dicho antes. La carta y los Breves de nuestro Santísimo Padre Clemente VIII me han causado tal turbacion y tal alegría, que el gozo de verme libre de unos votos que habia pronunciado contra mi voluntad, no me dejaba pensar en otra cosa.

Gabriel de Espinosa y fray Miguel se sentaron, y el primero dijo á doña Ana que le miraba con ánsia de escucharle, las siguientes palabras, ó por mejor decir, el siguiente discurso:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

este grave asunto, que es tal, que si se trasluciese, acontecerian grandes desgracias, que todos tenemos el deber de evitar. Continúa, pues, y que continúen tus dos sirvientes, siendo en la apariencia religiosas, y evitando todo lo que pudiera causar escándalo visto en una monja, y causar agravio á la buena reputacion del convento.»

Una inmensa alegría iluminaba el semblante de doña Ana; sin acabar de leer la carta del Papa, desdobló los otros tres pliegos y los examinó.

Estaban escritos en latin y eran tres Breves que anulaban los votos de doña Ana de Austria y de las otras dos jóvenes.

V.

Doña Ana se levantó, guardó en un secreter aquellos papeles, volvió á sentarse en el camapé, y dijo á Gabriel de Espinosa y á fray Miguel con el semblante resplandeciente de alegría:

—Sentáos vos, señor, y vos tambien, padre, y perdonad si no os lo he dicho antes. La carta y los Breves de nuestro Santísimo Padre Clemente VIII me han causado tal turbacion y tal alegría, que el gozo de verme libre de unos votos que habia pronunciado contra mi voluntad, no me dejaba pensar en otra cosa.

Gabriel de Espinosa y fray Miguel se sentaron, y el primero dijo á doña Ana que le miraba con ánsia de escucharle, las siguientes palabras, ó por mejor decir, el siguiente discurso:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Por dichoso debo tenerme y me tengo, señora, puesto que mis ojos ven ya la celestial hermosura de que el cielo con pródiga mano os ha dotado, y que tanto anhelaba ver y admirar. A buena fortuna tengo desde este momento mis negras desdichas y mis largos y penosos trabajos, que sin ellos no llegara yo al venturoso punto en que estoy, y no os hablara y os viera. Creed, señora, que si para mí tienen gran precio la corona y la honra que he perdido, le tiene más la esperanza de que vos me ansieis y seais mia, y tengan en vos felice y próspero fin mis desventuras. Por vos anhelo, y por vos ansío; y más quiero la corona por ceñirla á vuestra hermosa frente, que por volverla á poner sobre la vieja y ya cansada cabeza mia; que tanto estoy ya acostumbrado á los contratiempos, á las fatigas y á las desventuras, que bien podria pasar sin ser dichoso, á no ser vos mi única dicha, y acabar oscuro y desventurado y tenido por muerto como he vivido desde mi juventud hasta ahora.

A lo cual respondió doña Ana con la vista baja y las mejillas teñidas de rubor:

—No sois vos, señor, el que ganais con que yo os ame, sino yo la que gano tanto con ser amada por vos, que me parece sueño y fantasía el que hayais puesto en mí los ojos para llevarme á vos, poniéndome sobre vuestro corazon, eligiéndome vuestra esposa. Desde el momento en que ví vuestro retrato, que ha más de un año, vivo turbada y combatida, porque mis votos me prohibian amaros, y mi corazon rebelde os amaba, y mi pensamiento no podia echar de sí vuestra imágen ni olvidaros un solo punto. Y era la verdad, señor, que cuanto más mi obligacion me aconsejaba no amaros, más os amaba mi alma, y más fija estaba en vos mi memoria, y más me pesaba, sin poderlo yo remediar, el voto que me separaba de vos y que hacia que mi amor á vos fuese un gran pecado. Pero hoy, el vicario de Jesucristo ha tenido la dignacion de soltarme de mis votos, y yo no puedo deciros más, señor, sino que soy tan dichosa, que la alegría me trae las lágrimas á los ojos, y no sé si estoy soñando ó despierta.

—De opinion soy, dijo fray Miguel de los Santos, que el casamiento, aunque secreto, debe hacerse cuanto antes, para lo cual traigo autoridad del Papa; que mejor os entendereis, señores, siendo el uno del otro, y libertad y espacio tiene la señora doña Ana, como persona real que es en el convento, para que os podais ver y comunicar, y hablar de vuestros asuntos, no ya como personas que han de juntarse en uno, sino como esposos unidos ya, y que tienen la obligacion de morir el uno por el otro.

—Muy de prisa andais, fray Miguel, dijo poniéndose más encendida que la púrpura doña Ana de Austria y no quiero yo que tan de prisa vayamos; no por mí, que soy toda con el alma y con la vida, humilde y venturosa esclava del rey mi señor, y que lo que más anhelo, es que me tenga por suya y tenerle yo por mio, sino porque quiero que su majestad me trate y me conozca, y vea con quien se casa, y cuando yo le haya llevado en dote, no riquezas, que no las tuvo ni pudo dejármelas el desventurado padre mio, sino sacrificios y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

empeños acometidos y vencidos sin miedo en servicio suyo. Y fuera de esto, porque le amo tanto y no quiero que mi amor tenga sombras ni recelos, deseo que la boda no se haga hasta que el señor don Sebastian esté puesto en su trono y triunfante de sus enemigos; que si entonces me toma por esposa, segura podré estar de su amor, y no como si ahora me hiciese suya, que por exceso y firmeza de amor, podria creer alguna vez, que si se me habia dado por esposo, habia sido por asegurar lo poco que yo puedo servirle para su grande intento, y no quiero dar lugar ni aún al asomo de esta negra sospecha, que me mataría.

—Ofenderíame yo, señora, dijo Gabriel de Espinosa con toda el alma en los ojos, si no fuera porque soy tan vuestro esclavo, que palabra que salga de vuestros lábios no puede ofenderme, por las palabras que acabais de decirme. ¿Pues cómo pensar que yo con vos me casára solo por que vos me ayudárais, y no por el amor que os tengo y que me abrasa las entrañas? Villano fuera si con tal fingimiento os tratara, y el rey don Sebastian bien ha podido ser temerario y desdichado, pero nunca ha podido dejar de ser leal y caballero. Si su corazon no fuera vuestro, no le pondria en vuestras manos; y si no estuviera para con vos tan sin voluntad, como que vuestra voluntad es la suya, ni os hubiera hablado de amores, ni acaso hubiera venido á veros: ¿ni cómo haberos visto, haber recreado los ojos en vuestra belleza, haber ardido en esperanzas, y no contar como eternidades los momentos que tarde en gozar el cielo de teneros mia? ¿Ni cómo, por distinto modo, saber que sois

hija del nobilísimo, famoso y mal aventurado don Juan de Austria, sin tener á vanagloria el llamaros esposa? Porque sois tanto, señora, ya se recuerde de donde venís, ya se mire solo á lo que valeis como hermosa y como discreta, que no puede menos de tenerse por bienaventurado sobre la tierra, aquel que por vuestro amor hayais hecho vuestro dueño.

—Sea lo que vos querais, señor don Sebastian, dijo doña Ana, toda confusion y terneza; que no sé lo que vuestras palabras tienen para mí, que si yo dijera que puedo hacer otra cosa que obedecerlas á todo mi placer, mentiria; y ni aún mentir pudiera, porque despues de haberos escuchado, no me queda voluntad sino para obedeceros.

—Hágase, pues, la boda, dijo fray Miguel de los Santos, que era un tanto nervioso y dado á que se hiciese gran caso de sus palabras; que en que se haga ahora ó se haga despues, se aventura tanto, que es una gran locura el aventurarlo.

—Si mi amor, si mi alma, si todo mi deseo y toda mi voluntad me están dando á un tiempo guerra para que esta boda se haga tan pronto, como que trayendo vos las facultades que traeis del Papa, bastaria con que la señora doña Ana y yo nos diésemos las manos, nos jurásemos eterna fé, y vos nos bendijéseis; el caso árduo en que me encuentro, me obliga á dilatar esta boda, á trueque de no caer en la nota de poco leal y de poco caballero.

—¿Pues por qué habíais de ser mal caballero y desleal? dijo doña Ana mirando por aquella vez frente á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

frente y de una manera altiva á Gabriel de Espinosa; ¿por qué, señor, habias de cometer una falta, casándoos en este mismo punto conmigo? Libre soy yo, y libre os creo; porque aunque sé de vos algo que me punza en el alma, no puedo menos de considerar que vos habeis vivido mucho antes de conocerme, y que nada tiene de milagroso el que vengan trás vos historias é inconvenientes.

—A merced tendria, señora doña Ana, dijo Gabriel de Espinosa poniéndose levemente pálido, me declaráseis el enigma que hallo en vuestras palabras.

—Sabido es, dijo doña Ana con el acento de la mayor franqueza, que en los lugares cortos en que la gente no tiene otro divertimiento que avizorar para murmurar cuanto en el pueblo sucede, no puede haber nada oculto ni secreto; esta madrugada, cuando aún era de noche, habeis entrado, señor, en Madrigal, y ya mis criados han oido murmurar á los del pueblo que con vos ha venido una hermosa ama de cria, que más tiene semblante de ama principal que de labriega, con una niña hermosísima que aún no cuenta dos años. ¿Será esta la causa de que vos no podais tomarme por esposa en este mismo punto? Y os digo que estas palabras hay que tomarlas, no por empeño ni por facilidad en mí, sino como pregunta justa y necesaria; porque bien creo, que cuando yo me allano, no hay por qué nadie, por alto que fuere, no pueda tener á honra el allanarse conmigo.

—El parabien me doy, señora, de lo que acabais de decirme, respondió Gabriel de Espinosa, que sin demudarse y con grande cortesanía y afecto, habia escuchado

las altivas palabras de doña Ana; por dichoso me tengo de haberos oido hablar así, porque si yo hubiera podido dudar de la seguridad que me habeis dado de vuestro amor, el veros celosa y ofendida de mí, y tan altiva como conviene á quien vale por tantas razones lo que valeis, me habria dejado completamente satisfecho del grande amor que me teneis; porque no hay amor sin celos, ni celos que no se engañen; porque cuando no se engañan, no son celos, sino evidencias; ni una persona tal como vos puede tener celos sin que sean altivos y acometan valientes; Dios quiere sin duda que yo me maraville más y más de vos á cada momento, y á cada momento os ame más, y más os estime, y más os desee. Pero como esos celos que tanta ventura me dan, han nombrado personas que viven y que están á mi lado, y una de las cuales es tan cosa mia, como que es mi hija, voy á deciros ahora lo que pensaba deciros despues, y sin que vos me lo hubiéseis preguntado, y aunque no hubiéseis sabido que conmigo habian llegado á Madrigal una ama de cria y una niña de pecho. Y claro está y evidente es que yo no he tratado de ocultarlo, porque si ocultarlo hubiera querido, no hubieran venido á Madrigal ni la niña ni el ama, ni me hubiera faltado maneras para evitar que en todos los dias de vuestra vida hubiérais vos sabido que yo tenia una hija. Ficcion y engaño, nunca en mí cupieron; y si yo no os amara, no os lo diria; ni aún cuando con el dogal á la garganta pudiera yo librarme de la muerte y de la infamia con fingirme de vos enamorado, fingiríalo; que quien en Africa se metió entre las contrapuestas lanzas de los feroces moros, pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

firiendo morir como caballero á sobrevivir al desastre de los suyos por miedo á la vergüenza, por nada del mundo mentiría en su edad madura, cuando tan caballero supo ser cuando todavía era un mozo imberbe.

—Si altiva soy, no los sois vos menos, señor, dijo doña Ana, y pésame de lo que he dicho, porque veo que mis palabras os han dado enojo, y por ello os ruego que las olvideis y las tengais, no solo por no dichas, sino que ni aún siquiera por pensadas. Yo os creo, señor, y yo os amo; y os amo tanto, que por ser esa niña vuestra hija, por mia la tengo ya, y como si fuera mia la amo, y os pido que la envieis por acá para que yo la vea.

—Ya se han cumplido diez y siete años desde el funesto dia en que por mi codicia de fama y por mi temerario arrojo llevé á morir sobre el sangriento campo de Alcázar-Kivir á lo más grande, á lo más heróico de la nobleza portuguesa. Diez y siete años, señora doña Ana, han pasado desde aquel sangriento y negro dia, y aún no he podido borrar el horroroso desastre ni una sola vez; desde entonces se han cerrado mis ojos al sueño, sin que la pavorosa vision deje de entristecerme el alma, sin que haya visto mi estandarte real derribado sobre los cadáveres sangrientos de mis nobles muertos, sin que el alarido de los moros haya cesado de resonar en mi oido. Batallaba yo desesperado, habia perdido tres caballos, y habia visto morir á tres valientes que habian descabalgado para que cabalgase su rey; habia roto un centenar de lanzas, mi espada habia saltado en pedazos en fuerza de caer sobre los arneses enemigos, me cercaban como los buitres cercan á la presa, y

herian sobre mí como el herrero sobre el yunque.

—Tal lo pintais, señor, dijo doña Ana extremeciéndose, que da pavor el escucharos.

—Por algun tiempo, sin más armas que la desesperacion y el coraje, revolví mi caballo sobre el tumulto de los infieles, hasta que mis armas despedazadas ofrecieron lugar en qué herirme á los hierros enemigos: caí, y las tinieblas de la muerte me rodearon.

Guardó silencio Gabriel de Espinosa é inclinó la cabeza sobre el pecho, como agoviado por la pesadumbre de aquel tristísimo recuerdo.

—Un dia abrí los ojos, y mis ojos vieron los ojos de una mujer que dejaban caer sobre mi semblante lágrimas de dolor. Aquella mujer, y perdonadme si ahora no os cuento toda la historia de mis amores con ella, es la madre de mi hija Gabriela.

—¡Ella os volvió á la vida, ella gozó la ventura de velar junto á vuestro lecho, de veros al fin abrir los ojos cuando lloraba desesperada! dijo dolorida doña Ana y pálida como una muerta; ¡cuánto habeis amado á esa mujer! ¡Cuánto ha debido trocarse esa mujer, para que vos no la ameis ya! Porque vos, sin duda, no la amais, señor; porque si la amáseis no me amaríais á mí, y vos me amais, pues que me lo decís, y yo no puedo, no quiero, no debo dudar de lo que vos afirmais.

—Yo nunca he amado á esa mujer, dijo extremeciéndose dentro de sí mismo Gabriel de Espinosa, aunque doña Ana no pudo notar su extremecimiento.

—¡Nunca! ¿Y os recogió casi cadáver del campo de batalla, y veló junto á vos, y lloró por vos, y á la vida

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

os volvió, y no la amásteis? ¿Y sin amor la hicísteis vuestra, y sin ser amada la sin ventura os dió hijos? ¡Ah, rey don Sebastian! ¿Y por qué desde este punto no dejo yo de amaros, al conoceros desagradecido é insensible para esa mujer que os ha dado más de lo que yo puedo daros, y en vez de perder el amor que os tengo, os amo más, y más por vos me empeño?

—Porque el amor baja del cielo, dijo Gabriel de Espinosa, y no amamos porque queremos, sino porque el amor nos roba la voluntad y nos hace sus esclavos: no se ama de agradecido, ni hay beneficio que llevándose más allá del agradecimiento, nos embargue el alma y la entregue enamorada á quien ha sido tan bienhechor nuestro que le debemos á un tiempo la vida, la honra y la fortuna. Yo quise poder más que Dios, trocar mi agradecimiento en amor; soñé, y desperté de mi sueño demasiado tarde: María se habia convertido por mi amor; María habia creido las palabras y las promesas que yo la dí y la hice, fingiéndome enamorado, ó creyéndome tal vez enamorado de agradecido; yo mandé á mi corazon que amase, que yo creia poder mandar en mi corazon; yo quise que mi alma digese por medio de mis ojos amores á aquella desdichada, y hubo un punto en que su gran hermosura me quitó la razon; hubo un punto en que yo, que nunca habia amado, creí amor lo que solo era agradecimiento y deseo. Pero yo no amaba; yo me encontré obligado sin voluntad, empeñado sin placer, cautivo de mi agradecimiento.

Gabriel de Espinosa se detuvo.

Entonces, que protestaba de sus relaciones con Sayda

Mirian delante de doña Ana, amaba con toda la violencia de su alma á Sayda Mirian.

Y ¡cosa horrible! A pesar del amor intenso que por Sayda Mirian sentia, la altiva belleza de doña Ana, esa belleza especial, típica, por decirlo así, de las damas de la casa de Austria, fascinaba, dominaba, envolvia á Gabriel de Espinosa; y la fuerte pureza de doña Ana, la delicadeza voluptuosa de su esbelta y dulce forma, un no sé qué de verdaderamente noble y grande, que de ella fluía, la nítida y trasparente blancura de su tez, el rubio pálido y bellísimo de sus cabellos, la mirada de sus grandes ojos celestes, fija, ansiosa, enamorada, en los ojos de Gabriel, le hacian desearla con un empeño voraz.

Pero al mismo tiempo Gabriel de Espinosa veia entre la mirada celeste de doña Ana y la suya la negra é incontrastable mirada de Sayda Mirian, y mientras hablaba, escuchaba en su oido el terrible acento de la sultana que le decia:—Mientes al afirmar á esa mujer que no me amas; ó estas loco ó eres un villano.

Y Gabriel de Espinosa, no pudiendo resistir á aquella voz severa que resonaba dentro de su conciencia, se apresuró á decir con un doloroso afan:

—Perdonadme, señora, si no prosigo, porque el hablar de esto me martiriza; pero oidme: vuestra boda no debe efectuarse, porque así lo aconsejan dos graves razones; bueno será que pase tiempo, y que vos veais que nada que temer teneis de mis cosas; esto por una parte; por la otra, yo no puedo ser vuestro esposo sino cuando sea digno de serlo á la faz del mundo entero y puesto so-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre mi trono. De otro modo, vuestro casamiento conmigo seria para vos una desgracia y una deshonra.

—¿Cómo puede ser que el teneros por esposo traiga sobre mí la deshonra y la desgracia? dijo con una amante altivez doña Ana.

—Bien se os alcanza, señora, dijo Gabriel de Espinosa, que nos encontramos en un gran peligro, que un contratiempo cualquiera, ó una traicion villana puede dar noticia al rey don Felipe de nuestra conspiracion, y si por mi desventura doy en la cárcel, contad con que he dado con la escalera de la horca.

—¡Ah! ¡No digais eso por Dios, señor, porque me hareis morir de espanto! exclamó con toda su alma doña Ana.

—Vos lo sabeis bien; el rey don Felipe, si me coje entre sus manos, me arrojará al verdugo, sin que para salvarme me aprovechen pruebas; sin que me sirva ni aún para la clemencia el ser yo hijo de su hermana; bien lo sabeis, señora; si soy preso, porque Dios ha querido que yo naciese para la desgracia, soy hombre muerto en cuerpo y en alma, sino para con Dios para con los hombres. El rey y sus alcaldes arrojarán sobre mí la mancha que cae sobre los impostores, y vos no conoceis la excesiva altivez portuguesa. Aunque todos los portugueses me hubiesen visto y reconocido, al verme ahorcado, negarian que yo era su rey; y no solo lo negarian, sino que me creerian de buena fé un villano impostor, cerrarian los ojos á su misma razon; porque no hay un portugués que crea ni pueda creer que un rey de Portugal pueda ser ahorcado, ni que un ahorcado haya podido ser rey de Portugal.

—Estais diciendo cosas muy espantosas, señor.

—Digo la verdad: muy pronto algunos de los principales señores portugueses vendrán á Madrigal con el pretesto de pediros recomendaciones para el rey vuestro señor tio; vos vereis á esos señores ponerse pálidos cuando me vean los ojos, y caer de rodillas y temblando á mis piés. Pues bien: si me ahorcan oireis decir á esos mismos señores, ú oireis que han dicho, que yo era un impostor, un infame, un brujo que habia hecho pacto con el diablo, y que me habia valido de malas artes para engañarlos; porque ellos, antes que hombres, son portugueses; á Dios mismo no concederian el poder, os lo repito, de ajusticiar á un rey de Portugal. Si ahorcado, impostor; no hay remedio. Que lo diga fray Miguel de los Santos, que está tan callado y tan sério, que sabe quién yo soy, como sabe quién es él mismo, porque es portugués, y por lo tanto, á pesar de haber andado en mis asuntos, en viendo que me ahorcan, se creerá engañado por la mágia negra, negará con los diez dedos de las manos cruzados.

—¡Oh! Si ahorcan á vuestra majestad, señor, no me dejarán á mí para que lo cuente, dijo fray Miguel de los Santos.

—No importa, dijo Gabriel de Espinosa; al mismo pié de la horca y antes de que os echen el dogal al cuello, os acordareis de que sois portugués, y me negareis.

—¡Oh, y qué temores, señor! dijo doña Ana.

—Bueno, buenísimo es ser prudente, dijo fray Miguel de los Santos; pero no es bueno ser tan desconfiado; la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tela está urdida de tal manera que es muy difícil que den con el hilo, y falta poco tiempo para que llegue á feliz término nuestra empresa. Dentro de pocos dias llegarán á Madrigal el duque de Coimbra y algunos otros señores portugueses, que solo vienen á reconoceros, para llevar á Portugal la noticia de que os han visto, os han reconocido y os han besado las manos. No tardará mucho tiempo en que durante una noche oscura desembarqueis cerca de Lisboa, os presenteis á los nobles portugueses en la casa del duque de Coimbra, y á una señal dada, se lancen á la calle miles de portugueses armados, á cuyo frente entrareis en batalla. Si triunfais, sereis rey; y si sois vencido, morireis combatiendo como combatísteis en el África, y como allí, caereis con la corona en la cabeza, si esto es posible; porque al eco solo de vuestro nombre, se levantarán hasta las piedras en Portugal, ese valiente reino que os está esperando, señor, desde hace diez y siete años, que no ha creido en vuestra muerte; al veros vivo y á su frente, peleará por vos, con la rabia y lo ferocidad del leon.

—Si, dijo doña Ana; vuestro reino de Portugal lidiará por vos como un solo héroe.

—Y si no lidia por mí, dijo Gabriel de Espinosa, ¡ay dè él! porque sin mí vivirá Portugal aherrojado bajo el yugo de los españoles, que cuando se apoderan de una presa la retienen con una fuerza incontrastable; yo soy el único que puede dar á Portugal su perdida libertad, y si yo no se la doy porque mi mala ventura me lo impida, no se la dará don Antonio, mi buen tio el prior de Ocrato; él, débil, viejo, y los ingleses que le ayudan tienen

mucho miedo á los españoles; así, pues, Portugal y yo no podemos ser libres, sino el uno por el otro; sin Portugal yo soy un hombre muerto, y sin mí Portugal un esclavo.

—Dios protejerá á vuestra majestad, dijo doña Ana de Austria; en cuanto á mí, señor, mi vida y cuanto valgo y cuanto tengo, es de vuestra majestad.

—Pues bien, señora, dijo Gabriel de Espinosa; vos sois mucho para con el rey don Felipe, y es necesario que empiecen vuestros buenos oficios.

—Mandad, señor, dijo doña Ana.

—¿No os parece, fray Miguel, dijo Gabriel de Espinosa, que el alcalde don Rodrigo de Santillana, con quien ya nos hemos encontrado, es un peligro para nuestros intentos?

—Yo no sé por qué ese hombre me espanta, dijo fray Miguel, y seria bueno que la señora doña Ana, que tanto puede en la córte, hiciese de modo que le quitasen de aquí.

—¿Y cómo? dijo doña Ana.

—Quejándoos de él al rey don Felipe, dijo fray Miguel, á lo cual será necesario que tengais un motivo en que fundaros.

—Decidme, porque yo no encuentro bien el pretesto para quejarme, y el rey quiere mucho á este alcalde, y tiene en él una gran confianza.

—El lance de esta mañana nos viene á las mil maravillas, dijo Gabriel de Espinosa; el alcalde está tan bravo, que tiene á medio Madrigal preso, y amenaza con ahorcar á unos cuantos, con echar á galeras á muchos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y con dar azotes á infinitos. Y en medio de todo, lo que sucedió esta mañana es una cosa inevitable, y si se dió alguna paliza y empeñados en el lance no obedecieron á don Rodrigo de Santillana, bastaria con castigar á algunos de cada uno de los bandos, sin llegar á la horca ni á las galeras, y considerar que todo el pueblo ha sido culpable, y que no puede castigarse á sangre á todo un pueblo.

—Llamaré á don Rodrigo de Santillana, y le pediré que levante mano y suelte á todos los presos, contentándose con una buena reprension y con algunas multas, dijo doña Ana.

—A lo cual se negará redondamente el alcalde, dijo fray Miguel; porque en empezando don Rodrigo un proceso, el proceso ha de seguir adelante, á no ser que el rey le mande que lo rompa; y como el rey no manda romper ninguno, sucederá que don Rodrigo se empeñará en seguir con su tema, y vos, señora, tendreis motivo para quejaros.

—Voy á mandar que llamen al momento á don Rodrigo de Santillana.

—Quitad á todo vuestro poder á ese hombre de enmedio, dijo Gabriel de Espinosa; porque mucho me temo que si permanece aquí, como es por su oficio tan aficionado á averiguarlo todo, descubra algo y coja algun hilo de nuestra trama, y comprometa nuestra empresa.

—Por lo mismo que don Rodrigo es aficionado á averiguarlo todo, y como hace ya muy cerca de dos horas que estamos en el convento, me parece prudente que nos salgamos, no sea que nuestra larga visita llame la

atencion del alcalde, que sabe todo lo que sucede en Madrigal, y hasta lo que se piensa en él.

—Decís bien, fray Miguel, dijo doña Ana; y aunque por mi deseo yo me estaria eternamente al lado del señor rey don Sebastian, me parece prudente que no sean largas sus visitas ni muchas, que pronto, si Dios quiere, tendrán fin sus trabajos, y podremos vivir unidos para no separarnos jamás.

Gabriel de Espinosa y fray Miguel se levantaron.

—Puesto que la necesidad me obliga á apartarme de vos, señora, dijo Gabriel, me alejo de vos, pero solo con el cuerpo, porque el alma con vos queda; tratadla bien como á quien tanto os quiere, y pensad alguna vez en mí, segura de que mi pensamiento estará siempre fijo en vos.

—Enviadme el alma con la niña, dijo doña Ana; quiero conocer á vuestra hija, quiero ver si se os parece.

—Os la enviaré, señora, dijo Gabriel de Espinosa, cuyo corazon se comprimió.

—Adios, pues, señor, pensad mucho en mí, y ya que no puedo veros tanto como yo deseo, que fray Miguel de los Santos, que como es nuestro vicario viene todos los dias y á todas horas al convento, y puede veros siempre, me traiga á cada hora nuevas de vos.

Despues de esto, y de algunos cumplimientos más, Gabriel de Espinosa y fray Miguel de los Santos salieron.

Doña Ana de Austria se quedó pensando de una manera ardiente en Gabriel.

Se habia enamorado de él, con toda la fuerza de sus veinte y seis años de abstinencia de amor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Poco despues de la salida de Gabriel, doña Ana llamó, y se la presentaron las dos hermanas.

—María, dijo doña Ana, vé y dí á Cacabelos que vaya á la posada del alcalde don Rodrigo de Santillana, y le diga de órden mia que se me presente al momento.

La jóven salió.

—Tú, Luisa, ven á ponerme los hábitos; con don Rodrigo hay que andar con cuidado; seria capaz de decir al rey que habia visto en mí una dama y no una monja, y esto no agradaria ciertamente al rey mi tio.

Y doña Ana y doña Luisa salieron de la cámara por una pequeña puerta.

CAPITULO VI.

De cómo don Rodrigo de Santillana tuvo varios disgustos seguidos.

I.

Cacabelos era un viejo enjuto, negro, largo, que cuando jóven habia servido y sido alférez en Italia, llevando mucho tiempo y con valor la bandera de la compañía del bravo capitan don Hugo de Moncada.

Inválido en Pavía, en donde á pesar de su delgadez que le hacia un blanco muy difícil, habia recibido cinco mosquetazos, pasó al servicio de la casa del emperador, entre lo que podia llamarse clase media de la servidumbre, esto es, ni tan alto como los gentiles hombres, ni los camareros, ni tan bajo como los mozos de cámara, los palafreneros y demás gente menuda.

Queríale el emperador por ser hombre bravo, afable y listo, y con cuatro palabras familiares que el emperador solia decirle alguna vez al paso, y con alguna palmadita en el hombro con que solia honrarle alguna vez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Poco despues de la salida de Gabriel, doña Ana llamó, y se la presentaron las dos hermanas.

—María, dijo doña Ana, vé y dí á Cacabelos que vaya á la posada del alcalde don Rodrigo de Santillana, y le diga de órden mia que se me presente al momento.

La jóven salió.

—Tú, Luisa, ven á ponerme los hábitos; con don Rodrigo hay que andar con cuidado; seria capaz de decir al rey que habia visto en mí una dama y no una monja, y esto no agradaria ciertamente al rey mi tio.

Y doña Ana y doña Luisa salieron de la cámara por una pequeña puerta.

CAPITULO VI.

De cómo don Rodrigo de Santillana tuvo varios disgustos seguidos.

I.

Cacabelos era un viejo enjuto, negro, largo, que cuando jóven habia servido y sido alférez en Italia, llevando mucho tiempo y con valor la bandera de la compañía del bravo capitan don Hugo de Moncada.

Inválido en Pavía, en donde á pesar de su delgadez que le hacia un blanco muy difícil, habia recibido cinco mosquetazos, pasó al servicio de la casa del emperador, entre lo que podia llamarse clase media de la servidumbre, esto es, ni tan alto como los gentiles hombres, ni los camareros, ni tan bajo como los mozos de cámara, los palafreneros y demás gente menuda.

Queríale el emperador por ser hombre bravo, afable y listo, y con cuatro palabras familiares que el emperador solia decirle alguna vez al paso, y con alguna palmadita en el hombro con que solia honrarle alguna vez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el poderoso Cárlos V cuando estaba de buen humor, habíase estirado tanto Cacabelos, que no habia quien aguantase su prosopopeya, ni quien le hiciese servir para nada, segun andaba ensoberbecido, grave y tieso.

Llevósele el emperador á San Jerónimo de Yuste, cuando llegando al colmo de su grandeza y de su política, se quitó de la cabeza la corona cuyos cuidados y empeños eran ya mucho peso para sus cansados años, y Cacabelos fué en Yuste lo que habia sido en la córte; una figura inútil que para nada servia, como no fuese para irritar á todo el mundo con su soberbia.

Pero murióse el emperador á quien hacia mucha gracia aquel singular personaje, por lo que nuestro hombre hacia lo que queria, y eclipsóse el sol de la fortuna y de la vanagloria de Cacabelos.

Felipe II no gustaba de la gente soberbia, ó por mejor decir, no consentia otra soberbia que la suya, y Cacabelos se encontró sin amparo en la servidumbre de don Felipe, obligado á hacer lo que le mandaban para evitar que le pusiesen en la calle; y como su soberbia anterior habia irritado á muchos, de tal manera usaron y aún abusaron de él, le tenian siempre tan presente para enviarle acá y allá, que al poco tiempo, Cacabelos, que en el fondo era un buen hombre, se domesticó, se hizo servicial, se transformó completamente, y llegó á ser más listo que Cardona.

Cacabelos era una liebre en lo ligero, y un lince en lo inteligente para desempeñar los encargos que se le cometian.

Ya viejo, de la servidumbre del rey habia pasado á

la servidumbre de doña Ana de Austria, y aunque no habia perdido lo ligero y lo listo, habia vuelto á recaer un tanto en su soberbia, porque doña Ana le queria mucho, y le daba, como suele decirse, alas.

Pero Cacabelos en cambio era todo en cuerpo y alma de doña Ana, y hubiera sido capaz de arrojarse al fuego por ella.

II.

A veces se determinan graves situaciones por una causa muy extraña y muy difícil de preveer.

El bueno de Cacabelos, sin saberlo y sin quererlo, fué culpable de la predisposicion de espíritu rencorosa en que don Rodrigo de Santillana se puso respecto á doña Ana de Austria, y de la pugna que se estableció entre ésta y el formidable alcalde, por lo que vamos á relatar.

III.

Iba Cacabelos estirando sus largas piernas y cogiendo vara y media de cada paso, por desempeñar pronto el encargo de su señora, y en cinco minutos se plantó desde el convento en la casa que el alcalde tenia en la plaza, aunque la distancia de ésta al convento era larga.

Hacia, como hemos dicho, mucho calor, eran las tres de la tarde, y en el soportal de la casa que servia de posada á don Rodrigo, dormitaba á causa de la cálida temperatura un corchete de los de buena casta, que así

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tenia cara de amigo, como suavidad un puerco espin.

Era este corchete de los que duermen con un ojo abierto, y aunque Cacabelos se entró ligerísimo por el zaguan haciendo caso omiso del corchete de guardia, éste, antes de que Cacabelos pasase de la segunda puerta, se desperezó y dijo con acento insolente:

—¡Eh, don fulano! ¿A dónde vais tan tieso, que no parece sino que toda la casa es vuestra? ¿No sabeis que aquí no se entra sin pedir licencia al alguacil Lamprea?

—Del lampreado que os voy á meter, si no hablais con más decoro, bergante, dijo Cacabelos volviéndose todo soberbia y bilis, y mirando de una manera que parecia que queria comérselo al corchete, os voy á convertir en fantasma, para que deis susto á la villa.

Púsose de pié con mucha calma Lamprea, sacó un cordel del bolsillo de los gregüescos, y se acercó irreverentemente á Cacabelos sin saber lo que se hacia, en ademan de ir á amarrar á Cacabelos para llevarle á la cárcel.

Pretender describir lo que pasó por los ojos, por el semblante, por todo el sér, en fin, moral y físico del alférez inválido Cacabelos al verse tratado de aquel modo por Lamprea, seria atreverse á mucho.

—¿Para mí sacais cordeles, ladron escapado de la horca, y así os venís hácia mí, que soy persona de casa real, y quitando esto, hombre capaz de almorzarme diez corchetes como vos, como si me tragara diez guindas?

Y haciendo atrás su pierna derecha, la dejó ir, y arrimó un tal puntapié en el vientre al corchete, que éste dió un grito como si le hubieran metido todas las



.... Y arrimó un tal puntapié.

tripas en prensa, y sin poderse valer, cayó cuan largo era de espaldas, y empezó á dar las voces más desaforadas del mundo, apellidando favor al rey y á la justicia, y de tal manera, que don Rodrigo de Santillana, que estaba trabajando con un escribano en una sala baja, ocupado con su feroz actividad de costumbre en el proceso del alboroto de aquella mañana, no pudo menos de salir al patio, y del patio al zaguan, porque tal vuelta de puntapiés estaba dando el irritado Cacabelos al vencido corchete Lamprea, que éste ponia el grito en el cielo pidiendo socorro contra el asesino.

La ronda de Santillana estaba fuera haciendo prisiones á diestro y á siniestro en el pueblo, y no habia en la casa del alcalde más gente que él, el escribano de cámara Ruy Dávalos, y dos viejas criadas que servian al alcalde.

Don Rodrigo de Santillana cegó y no vió, al presentarse á sus ojos el descomunal atropello de que Cacabelos, fuera de sí, hacia víctima al aporreado Lamprea.

Don Rodrigo, aunque ya de sesenta años, era un hombre de pelo en pecho, y tan propenso á romper á palos su vara de justicia, como á firmar una sentencia de horca.

Ver aquello, entrar rápidamente en la sala que habia abandonado, coger de un rincon su espada, salir con ella desnuda al zaguan, é irse de punta sobre Cacabelos, fué obra de algunos minutos.

Pero Cacabelos, que como ya hemos dicho, era listo como una ardilla, y valiente como quien habia servido tantos años al emperador en la brava compañía de Mon-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cada, dió un salto de costado, que hizo que el alcalde diese la estocada al aire, saltó de nuevo atrás porque el alcalde se le venia encima, se puso á la parte afuera de la puerta exterior, y dijo verdinegro de cólera.

—Mire vuesa señoría lo que hace, que yo soy hidalgo y alférez de los buenos de los tercios viejos de Italia, y sirvo á la señora doña Ana de Austria, y gozo fuero de casa real, y no he de dejar que me toquen al pelo, ni vuesa señoría ni todos los alcaldes de casa y córte del mundo.

Cacabelos no sabia lo que hacia ni lo que se decia, herido en lo más vivo de su soberbia.

El alcalde estuvo cinco minutos sin poder hablar de cólera, y temblándole la espada en la mano frente á frente del larguísimo Cacabelos, que le miraba soberbio y dispuesto á todo como un gallo inglés peleador.

El escribano Ruy Dávalos miraba aquello desde la segunda puerta profundamente escandalizado, y Lamprea se levantaba como podia con las manos puestas en el estómago, lanzando cada quejido, y de tal manera lastimosos, que hubieran podido ablandar á una piedra.

—¡Os he de ahorcar, y os he de descuartizar, y os he de poner por los caminos, bellaco infame y osado, que sois, dijo el alcalde, que con la lengua no bien suelta aún, y más que seais criado del Papa y tengais fuero del cielo, que no de casa real! ¡Ea, dáos preso ú os mato!

—Me ha asesinado, señor, dijo con voz quejumbrosa y dolorida Lamprea.

—Callad vos, é idos enhoramala á acostar, y reventad ó no, que á mí se me da tres ardites de lo que os suceda, dijo el alcalde que no conocia á nadie.

Lamprea se entró para dentro encogido, y el alcalde de casa y córte se salió para fuera espada en mano á prender á Cacabelos, que viéndose encima al alcalde, tiró por fuero propio de su espada, sin meterse á considerar lo que podria sobrevenirle ó no.

En aquel momento, un ginete, que sin duda venia á casa del alcalde, puesto que paró su caballo delante de ella, se puso de la manera más oportuna del mundo entre Cacabelos y don Rodrigo.

IV.

Era el ginete un hombre hermoso y de aspecto noble y bravo, como de cuarenta y cinco años, blanco, pálido, con grandes, poderosos y expresivos ojos negros, y con traje rico de camino á la usanza veneciana.

Llevaba una sombrilla para guardarse del sol, y tras él venian cuatro criados armados con espadas y lanzas á la gineta como se acostumbraba en aquellos tiempos, en que á pesar de la Santa Hermandad abundaban los malhechores en los caminos, y era por ello necesario viajar con escolta.

Aquel hombre que parecia tan caballero y tan rico, y visiblemente extranjero por su tipo y por su traje, era un antiguo amigo nuestro.

En una palabra, Yhaye-ben-Shariar.

—¿Qué es esto? dijo con voz tranquila y afable: espadas en las manos y cólera en los ojos; un viejo soldado,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á lo que veo, y un viejo caballero puestos frente á frente; dóime el parabien de haberme puesto tan á tiempo entre vosotros, señores.

—Mejor hiciérais, dijo don Rodrigo, en ayudar á un alcalde á prender un malhechor; que aunque por vuestro acento me pareceis extranjero, todo hombre honrado tiene la obligacion de ayudar á la justicia donde quiera que se halle.

—¡Ah! ¡Vos sois el alcalde don Rodrigo de Santillana! dijo Aben-Shariar con acento frio y acerado, contestando á las palabras del alcalde, descorteses por el acento con que las habia pronunciado. ¿Y vos quién sois, añadió Aben-Shariar sin esperar la respuesta del alcalde, volviéndose al alférez inválido.

—No tengo por qué callar mi nombre, contestó el preguntado, que no se apeaba de su soberbia, y cuya cólera no amenguaba; yo soy Gaspar de Cacabelos, antiguo alférez de don Hugo de Moncada en los tercios de Italia; criado despues del señor rey don Felipe, á quien Dios guarde; criado ahora de la excelentísima señora doña Ana de Austria, á quien Dios prospere; hidalgo de los buenos, que tiene su solar antiguo en Astúrias en la villa de Cacabelos, hombre de bien y de honra, que no se dejará insultar ni maltratar por ningun golilla, venga lo que viniere y suceda lo que quiera, que no sucederá, porque ahí está doña Ana de Austria, que es muy capaz y muy poderosa de apretar las agujetas al mismísimo presidente de la Chancillería de Valladolid si á mano viene.

—Mire la señora doña Ana de Austria no le apriete

los cordones del justillo hasta que dé gritos, don Rodrigo de Santillana, que ella, la buena señora, si bien se mira, tiene en gran parte la culpa de los desacatos, de las licencias y aún de los delitos de la gente de la villa.

Y don Rodrigo, olvidado de todo en su cólera, pronunció estas palabras de una manera altamente ofensiva á doña Ana de Austria.

Aben-Shariar no dijo una palabra, y permaneció impasible, porque acaso le importaba mucho ver en lo que aquello paraba.

—Quien os va á dar de cuchilladas por lenguaraz, descomedido é insolente en ofensa de una persona real, de una religiosa, de una dama, que es no ménos que sobrina del rey nuestro señor é hija del ilustrísimo don Juan de Austria, soy yo: y Cacabelos fué á dar la vuelta al caballo de Aben-Shariar para ir sobre el alcalde.

—¡Eh! ¡Estáos quietos, cien rayos y cien legiones, alférez! exclamó Aben-Shariar, que comprendió que era necesaria su intervencion; y vos, señor don Rodrigo, dad muestra de la prudencia que requieren vuestra nobleza, vuestro oficio y vuestras canas, ó de lo contrario, con esos cuatro criados mios os prendo á los dos, y doy parte al rey, de que vos, don Rodrigo, habeis inferido descortés y deslealmente una grave ofensa á una señora de la familia real, y de que vos, alférez, os habeis atrevido al rey, faltando escandalosamente y de una manera gravísima al respeto que debeis, como todo ciudadano, á un ministro de justicia.

—Aquí no hay ciudadanos, sino vasallos, dijo el alcalde, agarrándose á un pelo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sea como vos querais, que esto importa muy poco, dijo Aben-Shariar; yo hablo como se habla en mi tierra, donde como no hay rey, no hay vasallos; en una palabra, y como habreis recibido hace dias una carta en que se os anunciaba mi venida para un asunto importante, sabed que yo soy patricio genovés y me llamo Pietro Mastta.

—¡Ah! ¿Vos sois?...

—Sí, dijo Aben-Shariar, desmontando y entregando su caballo á un criado que desmontó al mismo tiempo; por lo mismo que yo soy el que soy, y que puedo lo que valgo, considerad si os interesa el hacer buen caso de mis palabras: envainad, pues, ambos vuestras espadas, y entremos.

Con gran asombro del escribano que estaba en el zaguan, y que siempre habia visto irascible é inexpugnable, por decirlo así, á don Rodrigo, este se puso la espada bajo del brazo, porque no podia envainarla, á causa de que se habia dejado dentro la vaina, y se metió en la casa, ostensiblemente contrariado y pensativo.

Cacabelos, á quien el sesgo que habia tomado el negocio por la intervencion del extranjero habia puesto curioso y admirado, envainó su espada y se fué tras Aben-Shariar, que habia entrado en la casa detrás del alcalde.

Metiéronse así uno tras otro, incluso el escribano, en la sala donde poco antes trabajaba don Rodrigo, harto ageno de todo aquello, y deteniéndose el alcalde junto á la gran mesa, de despacho, puso su espada desnuda sobre los papeles y permaneció de pié sombrío y taciturno,

mirando á Aben-Shariar de una manera tal que se comprendia que le tenia miedo.

V.

—Tomad y leed, dijo Aben-Shariar dando un pliego cerrado al alcalde, que este abrió, y al leer el cual se puso densamente pálido.

—De esto hablaremos despues, dijo don Rodrigo poniendo el pliego que habia leido sobre la mesa, y sobre el pliego la empuñadura de su espada.

—¿Cuál ha sido la causa de lo que he presenciado? dijo severamente Aben-Shariar, convirtiéndose en más alcalde que don Rodrigo de Santillana, con grande admiracion del escribano Ruy Dávalos, que llegó á creer que soñaba, al ver por la primera vez tan manso á don Rodrigo.

Cacabelos, á quien habia dirigido su pregunta Aben-Shariar, contestó con un acento altivo y campanudo:

—He entrado en la casa de este alcalde á traerle un mandato de su excelencia mi señora doña Ana de Austria, y el alguacil que estaba de guardia me ha faltado al respeto preguntándome con palabras descorteses, villanas é insolentes á dónde iba: yo le he contestado como debia, y él, creciendo en audacia y desvergüenza, ha sacado un cordel para atarme; porque todos los ministrillos que trae á Madrigal don Rodrigo de Santillana, están puestos tan sobre sí y tan sacados de cuello, que creen que todos y cada uno de por sí puede hacer lo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hace este señor alcalde, que no es poco, ni es medianamente tolerable. Yo, haciendo lo que debia al verme tratado con tan poco respeto, dí de puntapiés al corchete; á los gritos de éste acudió don Rodrigo espada en mano, haciendo de este modo necesaria y legítima la defensa. Fuera más prudente y más comedido el alcalde, y averiguara la razon de porque vapuleaba yo á su corchete, y acabáramos, porque reconociendo la razon que tengo, enviara como debia á la cárcel al corchete, para que los otros por el escarmiento aprendieran á ser corteses y comedidos.

—Hablarais vos, estúpido, dijo don Rodrigo, y yo os hiciera justicia; que nadie puede dudar de la rectitud de don Rodrigo de Santillana.

Al decir estas palabras, el alcalde vió fija en sus ojos una mirada tan profunda y tan severa de Aben-Shariar, que sin ser poderoso á otra cosa, bajó los ojos completamente dominado.

—Cuando á mí me hablan espada en mano, y me amenazan con la horca sin oirme, dijo Cacabelos, no soy mio, ni sé, ni puedo hacer otra cosa que echar mano á mi espada y ponerme frente á frente de quien me ofende.

—Basta ya, idos, dijo el alcalde; señor Ruy Dávalos, llevad ahora mismo á la cárcel al alguacil Lamprea.

El escribano salió.

Cacabelos permaneció tieso é inmóvil.

—¡Vive Dios! dijo don Rodrigo; ¿qué haceis que no os vais? ¿O quereis que me arrepienta de dejaros ir libre?

—Aún no os he dicho lo que he venido á deciros, y necesito cumplir con mi obligacion, dijo Cacabelos.

—Pues hablad pronto y marcháos, ó por Dios vivo que si se me acaba la poca paciencia que me queda, me echo sobre vos y os rajo.

—La señora doña Ana de Austria os manda que vayais al momento á su presencia, dijo enfáticamente Cacabelos.

—Decid á esa noble señora que iré en cuanto me sea posible á ponerme á sus piés; ahora, marcháos sin demora.

—Que os guarde Dios.

—Id en paz.

Cacabelos salió, saludando profundamente á Aben-Shariar y mirándole con curiosidad.

VI.

Quedaron solos Aben-Shariar y don Rodrigo.

—En Venecia, señor, dijo don Rodrigo de Santillana, un juez es más respetado.

—Los magistrados venecianos no cuestionan jamás con nadie, ni descienden á lo que solo compete á los oficiales secundarios de justicia. Allí se manda y no se disputa: allí el juez no habla con el criminal, más que para oirle y sentenciarle en justicia.

—Allí no teneis un rey que os pida imposibles: los venecianos respetan las leyes, y los españoles no respetan más que la fuerza.

—Empezando porque los que están obligados á obedecer son los primeros que desobedecen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hace este señor alcalde, que no es poco, ni es medianamente tolerable. Yo, haciendo lo que debia al verme tratado con tan poco respeto, dí de puntapiés al corchete; á los gritos de éste acudió don Rodrigo espada en mano, haciendo de este modo necesaria y legítima la defensa. Fuera más prudente y más comedido el alcalde, y averiguara la razon de porque vapuleaba yo á su corchete, y acabáramos, porque reconociendo la razon que tengo, enviara como debia á la cárcel al corchete, para que los otros por el escarmiento aprendieran á ser corteses y comedidos.

—Hablarais vos, estúpido, dijo don Rodrigo, y yo os hiciera justicia; que nadie puede dudar de la rectitud de don Rodrigo de Santillana.

Al decir estas palabras, el alcalde vió fija en sus ojos una mirada tan profunda y tan severa de Aben-Shariar, que sin ser poderoso á otra cosa, bajó los ojos completamente dominado.

—Cuando á mí me hablan espada en mano, y me amenazan con la horca sin oirme, dijo Cacabelos, no soy mio, ni sé, ni puedo hacer otra cosa que echar mano á mi espada y ponerme frente á frente de quien me ofende.

—Basta ya, idos, dijo el alcalde; señor Ruy Dávalos, llevad ahora mismo á la cárcel al alguacil Lamprea.

El escribano salió.

Cacabelos permaneció tieso é inmóvil.

—¡Vive Dios! dijo don Rodrigo; ¿qué haceis que no os vais? ¿O quereis que me arrepienta de dejaros ir libre?

—Aún no os he dicho lo que he venido á deciros, y necesito cumplir con mi obligacion, dijo Cacabelos.

—Pues hablad pronto y marcháos, ó por Dios vivo que si se me acaba la poca paciencia que me queda, me echo sobre vos y os rajo.

—La señora doña Ana de Austria os manda que vayais al momento á su presencia, dijo enfáticamente Cacabelos.

—Decid á esa noble señora que iré en cuanto me sea posible á ponerme á sus piés; ahora, marcháos sin demora.

—Que os guarde Dios.

—Id en paz.

Cacabelos salió, saludando profundamente á Aben-Shariar y mirándole con curiosidad.

VI.

Quedaron solos Aben-Shariar y don Rodrigo.

—En Venecia, señor, dijo don Rodrigo de Santillana, un juez es más respetado.

—Los magistrados venecianos no cuestionan jamás con nadie, ni descienden á lo que solo compete á los oficiales secundarios de justicia. Allí se manda y no se disputa: allí el juez no habla con el criminal, más que para oirle y sentenciarle en justicia.

—Allí no teneis un rey que os pida imposibles: los venecianos respetan las leyes, y los españoles no respetan más que la fuerza.

—Empezando porque los que están obligados á obedecer son los primeros que desobedecen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Por qué decís eso, caballero?

—Porque una casi infanta, una sobrina del rey, os ha mandado que os presenteis inmediatamente á ella, y aún estais aquí.

—Es que temo ponerme delante de doña Ana. De seguro no me manda ir á verla sino para ponerme en aprieto. Esta mañana ha habido un alboroto en la villa, y tal y tan escandaloso, que me he visto obligado á prender mucha gente: y como doña Ana de Austria es el paño de lágrimas del pueblo, me estoy temiendo que hayan ido á llorarla cuitas, se la haya hablandado el corazon y me mande soltar los presos, lo que no puedo hacer sin notorio agravio á la justicia.

—Pues bien, id y salid de vuestro apuro como podais, que si esperais para ir á que nosotros hayamos concluido, como tenemos que hablar largamente, tardareis mucho y ofendereis á doña Ana.

—Pues quedáos aquí entretanto, señor Pietro Mastta, que yo, en cuanto mande aposentar á vuestros criados, me voy al convento.

—Mis criados estarán ya aposentados en el meson.

—Vos os aposentareis en mi casa.

—Veremos primero cómo salimos.

—Yo espero que nos entenderemos.

—Pues id, y volved cuanto antes.

El alcalde envainó su espada, se la ciñó, se puso su bonete negro y su manteo, tomó su vara, y despidiéndose por el momento de Aben-Shariar, salió.

VII.

Don Rodrigo de Santillana encontró completamente vestida de monja á doña Ana de Austria, y de la misma manera á las dos hermanas doña Luisa y doña María.

El alcalde sabia que doña Ana ejercia sobre Felipe II una gran influencia, y por ello la trataba con temor y respeto, y doña Ana hacia del alcalde lo que solamente hubiera podido hacer el rey.

—Beso respetuosamente los piés á vuestra excelencia, dijo el alcalde, que se habia detenido á alguna distancia, inclinándose profundamente.

—Sentáos, señor don Rodrigo, dijo doña Ana.

El alcalde se sentó con gran compostura.

—¿Cómo os va de salud, don Rodrigo?

—Para servir á Dios, al rey y á vuestra excelencia, muy bien, señora: ¿y vuestra excelencia goza de buena salud?

—Sí, señor alcalde.

Puso en cuidado á don Rodrigo aquel señor que doña Ana habia antepuesto á su nombre y á su oficio, porque doña Ana, que era muy afable, le trataba comunmente con una gran lisura.

Por algun tiempo se guardó por entrambos silencio.

Parecia como que doña Ana temia abordar la cuestion, y el alcalde que comprendia para que le habia llamado doña Ana, se mantenia parapetado en la más profunda reserva.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era, al fin, necesario hablar, y doña Ana, haciendo un violento esfuerzo, dijo:

—Me teneis muy disgustada, señor don Rodrigo.

—Siéntolo en el alma, señora, porque el disgusto de vuestra excelencia es para mí una gran desgracia.

—Habeis tratado muy mal al señor Gaspar de Cacabelos, que es un hidalgo honrado, y que sobre todo, está á mi servicio, dijo doña Ana.

—El alguacil causante del disgusto, señora, dijo con alguna impaciencia el alcalde, está ya en la cárcel, y no escapará sin una buena vuelta de azotes.

—Pero entretanto, el buen Cacabelos, que cuida mucho de su honra, está con un calenturon que se muere.

—Y yo, señora, estoy que me ahogo con las insolencias que me ha metido en el cuerpo ese señor Cacabelos, y por las que lo hubiera pasado muy mal á no ser criado de vuestra excelencia; y perdóneme vuestra excelencia si me impaciento contra mi voluntad, porque las cosas que me están sucediendo desde esta mañana, son más para contadas que para sufridas.

—Vos teneis la culpa, dijo severamente doña Ana, y más que vos el presidente y los oidores de la Chancillería de Valladolid, que no dicen á mi tio el rey, nuestro señor, que por más que vos seais un gran caballero y un hombre de honra, no servís para alcalde, sino más bien, quitando lo bajo del oficio, para cómitre de galera y azotador de galeotes; todo lo llevais á filo de espada; se asusta con vuestro nombre á los muchachos; habeis pasado á ser refran; meteis en la cárcel al que no estornuda á vuestro gusto; azotais por cualquier nimiedad; po-

neis á la vergüenza al más honrado por un quítame allá esas pajas, y para que vos ahorqueis á un cristiano, se necesita muy poca cosa.

—Si vos me conoceis, señora, dijo don Rodrigo, que estaba azul, comprendereis que me estais dando tormento.

—Váyase por lo mucho que vos atormentais; pero noto que me tratais de vos, y aunque seais mucho, aún os falta mucho que ser para que podais tratarme sin atrevimiento de tal á tal.

Doña Ana tenia toda la seca é insoportable altivez de los príncipes de la casa de Austria.

Cacabelos se lo habia contado todo, y estaba terriblemente irritada contra don Rodrigo.

Pero por orgullo no hacia cargo á don Rodrigo de las palabras ofensivas que en desacato suyo habia dejado oir el alcalde á Cacabelos.

—Perdóneme vuestra exceleneia si me he olvidado un instante del tratamiento que á vuestra excelencia corresponde, como hija del excelente é ilustrísimo señor don Juan de Austria, de gloriosa memoria, y como sobrina carnal del rey nuestro señor, á quien Dios guarde; pero trátame vuestra excelencia de tal modo, sin duda porque le han informado mal de mí, que no es mucho que yo, que respeto y amo á vuestra excelencia, dolorido por sus palabras, me haya olvidado del tratamiento, aunque nunca del respeto que vuestra excelencia merece como dama, como religiosa, y por venir del ilustre y altísimo orígen de donde viene.

—Yo, señor don Rodrigo, os aprecio mucho, os ten-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

go en mucho, porque caballeros como vos hay pocos, y porque la justicia en vuestras manos está segura de no ser vendida. Pero si bien es cierto que vuestra vara de alcalde no se dobla, tambien es cierto que es de hierro, y que vuestro celo por la justicia os lleva á ser rigoroso hasta tal punto, que si todos los alcaldes y justicias del rey mi tio y señor fuesen como vos sois, muy pronto los reinos del señor don Felipe serian una inmensa cárcel levantada sobre un cementerio, en la cual no andarian libres más que golillas y los alguaciles.

—Están los tiempos tan malos, y con las muchas guerras que mantiene el rey nuestro señor, vienen de allá de los ejércitos tantos aventureros y tantos perdidos, que han picardeado á la gente, y puéstola tan sobre sí, que es poco lo que hacen el tribunal del Santo Oficio y la justicia ordinaria para reprimir herejes y revoltosos. Poco es tener de hierro la vara, porque yo, en vez de ella quisiera tener la espada de fuego del arcángel San Miguel, y aunque nos quedáramos pocos, los que quedaran serian buenos; y valen más pocos y buenos, que muchos y malos.

—Vos, señor don Rodrigo, veis las cosas, no como las cosas son, sino como á vos os parecen; quisiérais vos, y este es achaque de todos los ministros de justicia del reino, que solo al veros temblase y se metiese en un puño todo un pueblo, olvidándoos de que los castellanos, de tan buenos como son, pecan de bravos, y que menos se alcanza con ellos por la fuerza, que por la prudencia y los buenos medios. Dígalo sino lo de esta mañana. Alboroto hubo, pero uno de esos alborotos inevitables,

que tendrán siempre lugar aunque se castiguen á sangre; porque á los castellanos, cuando un insulto les sube la sangre á la cabeza, no se acuerdan de que hay oidores, ni alcaldes, ni picota, ni galeras, ni horcas, y darán siempre en el desacato y en la rebelion, si antes de que hayan satisfecho el grito de su honra se mete en medio de ellos la justicia. Yo no digo, tenedlo muy en cuenta, que vos no hicísteis muy bien en meteros á cuchilladas con vuestra ronda en medio del tumulto y procuráseis reprimirle; pero digo sí, que nada de lo que hicieron ó digeron entonces, ha podido ni debido tomarse á desacato ni resistencia á la justicia del rey; porque en aquellos momentos estaban encolerizados, y no sabian ni lo que hacian resistiéndoos y contestando á vuestras palabras.

—Con ahorcar á los unos, echar á galeras á los otros, y no dejar al menos sin azotes á ninguno, ya lo tendrán para otra vez en memoria, y bastará el alguacil más ruin para poner en paz á un pueblo entero.

—Mañana y por menos que hoy harán lo mismo, sino es que hacen más, á pesar de vuestra horca y de vuestras galeras.

—Yo juro á vuestra excelencia, que Madrigal no se atreverá en mucho tiempo á subirse á las barbas á un alcalde.

—Si Madrigal no lo hace porque le despobleis, que no le despoblareis, porque por fortuna para estos reinos hay en ellos quien es más prudente que vos, y puede más que vos, y deshace un alcalde de la misma manera que le hace, se alborotarán mañana Rioseco ó Arévalo, ó la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

misma Medina del Campo, sin que para dejar de alborotarse les venga en memoria lo que vos habeis hecho en Madrigal, si es que os lo dejan hacer, que eso aún no lo habeis visto.

—Daré, señora, con la vénia de vuestra excelencia, parte al rey, de que hay una persona real que pone entorpecimientos á su justicia, dijo don Rodrigo, á quien como tenia poca, se le habia acabado la paciencia, y poniéndose de pié tan lívido y tan pálido ya, que parecia el cadáver de un envenenado.

Esto consistia en que la bílis del buen don Rodrigo de Santillana era poco menos que ácido prúsico.

—Pues oid lo que os digo, señor alcalde, dijo doña Ana sin levantar la voz más de lo que antes la habia levantado; yo, doña Ana de Austria, sobrina de su majestad el rey de España, nieta del glorioso emperador don Cárlos, os mando en nombre del rey nuestro señor, y mientras el rey nuestro señor determina lo que haya de hacerse, que si bien podeis prender, cumpliendo con vuestra obligacion, á todo el que os pareciere culpable, no paseis más adelante, ni echeis cadenas ni grillos á los presos, ni os propaseis á dar á ninguno un solo azote, ni aún siquiera poner á nadie á pan y agua, mientras el rey nuestro señor no determine lo que hubiere de hacerse. Y porque veais que yo os conozco bien, y que sabia que no os apearíais de vuestra extremada severidad y de vuestra secatura por mi intercesion, hé aquí cerrado y sellado un pliego que he escrito mientras vos tardábais, en que doy parte al rey nuestro señor de lo que ocurre, que hubiera inutilizado á ser vos más razonable, y que

en este momento va á partir para Madrid. ¡Hola, Castronuño!

Inmediatamente se presentó un hombre como de treinta años, de buen talante, y ya con botas y espuelas.

—Al momento á caballo, y de parte mia entregad en Madrid este pliego al señor cardenal Granvela, para que dé cuenta inmediatamente de él al rey nuestro señor.

Castronuño tomó el pliego, se inclinó profundamente y salió.

—¡Hola, Alvarado! dijo llamando de nuevo doña Ana.

Se presentó otro hidalgo jóven, pero sin traje de camino.

—Id y decid al corregidor y al prior de los agustinos, que pueden enviar la queja que ya saben al rey nuestro señor.

Alvarado se inclinó y salió.

—Pues señora, nunca he estado tan contento como lo estoy, dijo don Rodrigo; se me echan encima una persona real, un prior de agustinos y un corregidor; voy con permiso de vuestra excelencia á seguir prendiendo gente, por si el rey nuestro señor me manda castigar á todos los culpables; pero no procederé contra ellos, hasta que el rey me mande proceder. ¿Tiene vuestra excelencia algo más que mandarme?

—Sí, don Rodrigo; os mando en nombre del rey, que permanezcais preso en vuestra casa, hasta que el rey determine si habeis de procesar ó ser procesado por desacato á mi persona, de lo que daré á seguida parte al rey.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Yo desacato, señora!

—¡Idos!

—Ha de escucharme vuestra excelencia.

—Idos, ó por Dios vivo, que he de ver si hay quien pueda poneros en la cárcel si lo mando yo.

El alcalde salió verdi-negro de cólera.

Doña Ana se quedó murmurando:

—De esta vez me parece que nos vemos libres de don Rodrigo.

Entretanto, el alcalde bajaba las escaleras murmurando:

—Sin duda estorbo, y me quieren echar de aquí. ¿Pero por qué estorbaré yo?

Y el alcalde se dirigió á su casa, buscando en su pensamiento la resolucion del acertijo de por qué estorbaba él en Madrigal.

VIII.

Cuando llegó á su casa encontró en la antecámara de la sala baja, en donde esperaba paseando Yhaye-ben-Shariar, al escribano Ruy Dávalos, que como era la hora de la siesta, estaba adormilado en un sillon.

—Eh, señor Ruy Dávalos, dijo don Rodrigo de Santillana moviéndole bruscamente; despertad, que no estamos en tiempo de reposos ni regalos.

—¿Vamos á continuar el proceso, señor don Rodrigo? dijo Ruy Dávalos restregándose los ojos. ¡Válgame Dios y qué dias nos busca su Divina Majestad!

—Desde ahora hasta que venga resolucion de Madrid, no podemos hacer proceso á nadie: por la primera vez de mi vida se me ha puesto entredicho.

—¿Y por quién, señor don Rodrigo? ¿Quién hay en la villa que mande más que vuestra señoría? preguntó admirado Ruy Dávalos.

—Una persona real.

—¡La señora doña Ana de Austria! perdóneme su excelencia, pero ¿qué la importa que vuestra señoría prenda aunque sea al *sursum cordam*?

—Pues ahí vereis; pero aquí debe haber gato encerrado, y juro á Dios y á la vara que llevo con honra desde hace treinta años, que yo he de saber si hay gato y de qué casta es: entretanto, estoy preso en mi casa de órden de la señora doña Ana de Austria.

—¡Preso vuestra señoría! ¿Y quién abajo del rey nuestro señor, ó de los señores oidores de la Chancillería de Valladolid reunidos, puede prender á todo un alcalde de casa y córte?

—Qué quereis, señor Ruy Dávalos; así andan las cosas; doña Ana de Austria no es infanta, ni aunque lo fuera, tendria jurisdiccion sobre mí; pero es sobrina del rey, se la tiene por santa en la córte, porque yo no he dicho á la córte que es una santa que anda muy suelta, ni lo diré nunca, y si yo no obedeciera á lo que doña Ana me ha mandado en nombre del rey, me lo tomaria el rey á desacato, y puede ser que me hiciera matar á oscuras como á Montigni, en un calabozo enlutado con bayetas negras, sin más testigos que un alcalde, un fraile, un escribano y un verdugo; y aún así, sabe Dios como saldremos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pero yo no entiendo esto; ¿si no se ha de hacer justicia, para qué alcaldes? Y si no alcaldes, ¿para qué justicia?

—Así anda el mundo, y así ha andado siempre; para los de abajo, la vara de un alcalde es de hierro; para los de arriba, la vara de un alcalde se convierte en una caña podrida; me voy cansando, y juro á Dios, que en saliendo de esto, si me dejan la vara, he de hacer dejacion de ella, para irme á mis tierrecillas á vivir tranquilo. Pero entretanto, por primera vez de mi vida estoy preso, aunque soy un preso muy extraño; porque puedo prender á todo el que quiera. Por lo tanto, señor Ruy Dávalos, y ya que prender podemos, poned preso en su celda al prior de los agustinos; encerrad en el convento á todos los estudiantes que no estén ya en la cárcel para que, aunque presos, no pierdan ni un solo dia de aula; mandad al corregidor que no salga de su casa, y ponedle un alguacil de guardia; y á todo vicho viviente que se encontrare con méritos para ser preso, metedle en la cárcel. Que no se ponga á nadie grillos ni esposas, ni á nadie se tome declaracion; extended todos estos autos en forma, y traédmelos para que los firme.

IX.

—Sois el alcalde más divertido del mundo, dijo Aben-Shariar que habia escuchado todo esto sin que le viera Ruy Dávalos, apenas don Rodrigo hubo entrado en la sala.

—¡Divertido, eh, monseñor! dijo don Rodrigo de Santillana que echaba fuego por los ojos.

—¡Pues no! Llevais vuestra severidad hasta un extremo que deleita.

—Extráñame que diga eso un senador del Consejo de los Diez de la tremenda República de Venecia.

—Cuando hace ocho años estuvísteis vos allá, don Rodrigo, y tuvimos ocasion de conocernos, creo que no habeis visto ni un ejemplo de lo que está sucediendo aquí.

—¿Y qué hariais vos, monseñor, si os encontráseis en el caso en que me veo?

—Antes de contestaros, voy á suplicaros que no me deis el tratamiento que podria convenirme en Venecia.

—¿Cómo que podria?

—Sí, don Rodrigo, yo ando alejado del Consejo, he hecho dejacion de mi cargo, el Consejo ha decretado que yo siga siendo uno de sus miembros, y yo, que me he empeñado en no serlo, hace ya algunos meses que por no asistir yo á sus deliberaciones, el Consejo de los Diez ha venido á ser el Consejo de los Nueve, y cuando he necesitado venir á España á buscaros, la licencia que como patricio de Venecia y no como senador he pedido para salir del territorio veneciano, se me ha concedido como senador, segun habeis visto en la carta que os he entregado, y que aún teneis sobre la mesa; ¿habeis leido bien esa carta, señor alcalde?

—Sí, monseñor.

—Pues no la habeis leido bien, cuando me dais ese tratamiento. Hacedme la merced de leerla alto, para que yo me convenza de que la habeis leido bien.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pero yo no entiendo esto; ¿si no se ha de hacer justicia, para qué alcaldes? Y si no alcaldes, ¿para qué justicia?

—Así anda el mundo, y así ha andado siempre; para los de abajo, la vara de un alcalde es de hierro; para los de arriba, la vara de un alcalde se convierte en una caña podrida; me voy cansando, y juro á Dios, que en saliendo de esto, si me dejan la vara, he de hacer dejacion de ella, para irme á mis tierrecillas á vivir tranquilo. Pero entretanto, por primera vez de mi vida estoy preso, aunque soy un preso muy extraño; porque puedo prender á todo el que quiera. Por lo tanto, señor Ruy Dávalos, y ya que prender podemos, poned preso en su celda al prior de los agustinos; encerrad en el convento á todos los estudiantes que no estén ya en la cárcel para que, aunque presos, no pierdan ni un solo dia de aula; mandad al corregidor que no salga de su casa, y ponedle un alguacil de guardia; y á todo vicho viviente que se encontrare con méritos para ser preso, metedle en la cárcel. Que no se ponga á nadie grillos ni esposas, ni á nadie se tome declaracion; extended todos estos autos en forma, y traédmelos para que los firme.

IX.

—Sois el alcalde más divertido del mundo, dijo Aben-Shariar que habia escuchado todo esto sin que le viera Ruy Dávalos, apenas don Rodrigo hubo entrado en la sala.

—¡Divertido, eh, monseñor! dijo don Rodrigo de Santillana que echaba fuego por los ojos.

—¡Pues no! Llevais vuestra severidad hasta un extremo que deleita.

—Extráñame que diga eso un senador del Consejo de los Diez de la tremenda República de Venecia.

—Cuando hace ocho años estuvísteis vos allá, don Rodrigo, y tuvimos ocasion de conocernos, creo que no habeis visto ni un ejemplo de lo que está sucediendo aquí.

—¿Y qué hariais vos, monseñor, si os encontráseis en el caso en que me veo?

—Antes de contestaros, voy á suplicaros que no me deis el tratamiento que podria convenirme en Venecia.

—¿Cómo que podria?

—Sí, don Rodrigo, yo ando alejado del Consejo, he hecho dejacion de mi cargo, el Consejo ha decretado que yo siga siendo uno de sus miembros, y yo, que me he empeñado en no serlo, hace ya algunos meses que por no asistir yo á sus deliberaciones, el Consejo de los Diez ha venido á ser el Consejo de los Nueve, y cuando he necesitado venir á España á buscaros, la licencia que como patricio de Venecia y no como senador he pedido para salir del territorio veneciano, se me ha concedido como senador, segun habeis visto en la carta que os he entregado, y que aún teneis sobre la mesa; ¿habeis leido bien esa carta, señor alcalde?

—Sí, monseñor.

—Pues no la habeis leido bien, cuando me dais ese tratamiento. Hacedme la merced de leerla alto, para que yo me convenza de que la habeis leido bien.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El alcalde, á quien turbaba, como hemos dicho antes, y seguia turbando Aben-Shariar, tomó la carta de sobre la mesa y la leyó con un acento ronco y particular, por el que se comprendia que estaba fuertemente contrariado, y se esforzaba en vano por disimularlo.

La carta decia así:

«El Consejo de los Diez de la serenísima República de Venecia, á su majestad católica el rey de España don Felipe II.

»Señor: á vuestros reinos va á asuntos particulares suyos, el patricio veneciano, senador de la República de Venecia, y uno de los diez de nuestro Supremo Consejo, monseñor Pietro Mastta. Va de incógnito, y queremos que su incógnito se respete, aún cuando por cualquier accidente llegue á descubrirse la alta dignidad de que se halla investido. Si por acaso monseñor Pietro Mastta fuese preso, por cualquier razon ó motivo que estimasen justo los que por vuestra majestad están encargados en sus reinos de hacer cumplir y respetar las leyes, desde el momento en que esta nuestra carta á vuestra majestad le sea presentada, deberán en cumplimiento de la fidelidad que á vuestra majestad deben, suspender el proceso, guardar secreto acerca de esta carta, y remitirla con toda seguridad á vuestra majestad, para que vuestra majestad se entere de ella.

»Monseñor Pietro Mastta es inviolable; como que por la altísima dignidad de que está investido, representa por sí solo y bastantemente á la serenísima República de Venecia. Por lo tanto, y velando el Consejo de los Diez por la inviolabilidad y la dignidad del Estado de

Venecia, quiere que si monseñor Pietro Mastta incurriere en un delito, vuestra majestad asegure de una manera digna y decorosa á monseñor Pietro Mastta, avise con la brevedad posible al Consejo de los Diez, para que éste envie comisarios que juzguen del delito; y tenga vuestra majestad en cuenta, que si el delito se probare con arreglo á las leyes de vuestros reinos, monseñor Pietro Mastta será arrojado del Consejo, depuesto y degradado de su dignidad de senador, borrado su nombre como patricio del libro de oro de Venecia, declarado no ciudadano de ella, y entregado á vuestra justicia. Pero si vuestra majestad se desentendiere de esta carta, no reconociere la inviolabilidad de monseñor Pietro Mastta, y mandare proceder contra él, la serenísima República de Venecia se considerará gravemente ofendida, tendrá á vuestra majestad por su enemigo, le declarará la guerra, y la hará á vuestra majestad con todo su poder, con la ayuda de Dios, de la Vírgen María y del evanjelista San Márcos.»

Seguian la fecha que era de primero de Agosto, la firma del Dux, las de los del Consejo de los Diez, notándose la singularidad de que tambien firmaba monseñor Pietro Mastta, y el gran sello de Venecia.

Aquella carta pesaba tanto en las manos de don Rodrigo, que casi no podia sostenerla, porque hay momentos en que un peso moral abruma tanto como un peso físico.

Por lo mismo, don Rodrigo volvió á poner, apenas leida, aquella carta sobre la mesa.

—Veo, dijo Aben-Shariar, que á pesar de lo claro y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

terminante de esa carta, no la habeis comprendido.

—¿Y qué os mueve á creer que no he comprendido lo que se contiene en este documento?

—Que no me lo habeis devuelto, señor don Rodrigo de Santillana, y que vos no podeis tenerlo más que el tiempo estrictamente necesario para remitirle con completa seguridad y sigilo al rey don Felipe; para ello, era necesario que vos me hubiéseis preso por un delito, y aún no hemos llegado á ese caso, ni llegaremos.

—Sin embargo, señor Pietro Mastta, la presencia en España y de incógnito de un personaje tal como vos, haria concebir sospechas al menos prudente; y como el rey mi señor no puede fiar mucho en la buena amistad de Venecia, yo, como leal vasallo del rey de España, he determinado enviar y enviaré, esa carta al rey mi señor.

—Estais sentenciado, don Rodrigo, á hacer disparates por exceso de una severidad que no comprendo en vos; porque para ser severo con justicia respecto á los demás, era necesario que empezárais por ser severo con vos mismo. ¿Pues qué, no habeis vos cometido faltas, y faltas gravísimas, don Rodrigo? ¿Vos, terrible para con los demás, no sabeis que alguno que fuese tan terrible como vos, seria para con vos severísimo? Y sobre todo, vuestra severidad, aunque no fuese extraña, porque de nada tuviérais que acusaros, será siempre ciega é imprudente. ¿Creeis que el rey os agradeceria el que le pusiéseis gratuitamente en un apuro de que no sabria cómo salir, si le remitiéseis esta carta? Lo que vos podeis hacer y lo que no hareis, yo os lo aseguro, es avisar al rey de que en sus reinos, cerca de su

córte, existe no menos que un miembro del Consejo de los Diez de la República de Venecia; y aún así, el rey recelaria mucho; se pondria muy sobre ascuas, pero no sabria qué hacerse ni qué partido tomar; porque como yo no cometeré ningun delito, ni vengo para nada que tenga que ver con la cosa pública de estos reinos ni con la amistad que existe entre la República de Venecia y el rey de España, todo lo que fuese atentar al libre ejercicio de mi libertad, seria ofender á un Estado poderoso, á quien no se puede creer enemigo mientras él no lo declare, y con el que debe evitarse por todos los medios posibles y razonables una guerra.

—¿Pero á qué habeis venido aquí, señor Pietro Mastta?

—He venido á España solamente á buscaros; he preguntado por vos en Valladolid, y me han dicho que os encontrábais en Madrigal, y á Madrigal me he venido. Como vos me conoceis, como vos sabeis que yo pertenezco al Consejo de los Diez, os he presentado esta carta del Consejo, para que comprendáis cuánto importa guardar secreto acerca de mi persona.

—Pero si ningun objeto político traeis, señor Pietro Mastta, ¿por qué no venís con vuestro nombre y vuestros títulos?

—Cabalmente, para evitar recelos y asechanzas; porque tal es vuestro rey, que le bastaria con saber que habia en sus Estados un senador de Venecia, y á más del Consejo de los Diez, para qué levantase castillos en el aire y cometiese alguna torpeza; tan es así, que á no ser por la gravedad del asunto que me trae, no hubiera venido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Estoy ansioso por conocer ese asunto, si es posible que yo le conozca.

—¿Pues no ha de serlo, si es un asunto vuestro, don Rodrigo?

—¡Mio!

—Sí, ciertamente; y para concluir este preámbulo y entrar en la cuestion, olvidáos de que yo soy lo que soy, y para contestaros á lo que me preguntais acerca de lo que yo haría puesto en vuestro lugar, solo tengo que deciros, que en Venecia no suceden estas cosas, y que yo no desempeñaría por nada del mundo el oficio de alcalde de casa y córte que vos desempeñais. A otros paises, otras costumbres: y á otras costumbres, otras leyes.

Y Aben-Shariar, haciendo punto redondo, se acercó á la mesa, tomó la carta, y la guardó.

X.

Despues de esto, tomó un sillon, lo acercó á la mesa, se sentó, y el alcalde se sentó tambien.

—¿Vos sois viudo, don Rodrigo?

—Sí señor, desde hace muchos años.

—¿Vos no teneis familia, don Rodrigo?

—No señor.

—En España se entiende.

—En ninguna parte.

—¿Cuántas veces habeis estado en Venecia?

—Las dos veces que he sido alcalde en la Chancillería de Nápoles.

—¿Y no guardais ningun recuerdo de Venecia?

—He conocido en ella á muchas personas, y entre esas personas á vos, hace ocho años.

—¿Recordais para lo que me vísteis á mí?

—Sí señor; un galeon de Venecia habia apresado á una nao española creyéndola pirata, y el gobierno de Venecia la habia declarado buena presa; los dueños de la nao habian representado al virey de Nápoles, y yo fuí comisionado para el arreglo pacífico de este asunto, que tenia algo de político; porque al ser apresada la nao, tenia desplegada la bandera española.

—Aquel asunto se arregló pronto y satisfactoriamente para ambos gobiernos.

—Es verdad; y á vuestros buenos oficios se debió el que no se agriasen las contestaciones entre Venecia y España.

—Gracias á mi paciencia; porque vos habeis sido siempre, don Rodrigo, iracundo y violento, y quereis llevarlo todo á punta de lanza. Mi primer y más penoso trabajo, fué el reduciros á la razon, y apearos de vuestras exageraciones; porque no sé cuantas cosas pedíais para que España se satisfaciese de un pretendido agravio, porque la verdad es, que la nao apresada era pirata, habia desplegado ilegítimamente la bandera española, y no hay razon alguna para pretender que la bandera cubra el delito; pero tampoco estaba Venecia en el caso de romper sus buenas relaciones con España por un asunto tal; se creyó, porque se quiso creer, que la nao no era pirata; se indemnizó á los dueños, se salió de aquel apuro, y todos quedamos contentos.

—Por vuestros buenos oficios, lo repito; así lo mani-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

festé al virey de Nápoles, conde de Lémus, que os escribió dándoos las gracias.

—Cumplí en aquella ocasion con mi deber como gobernante de Venecia, y no hay porque agradecerme lo que hice. Pero antes que de Venecia saliéseis, cumplí tambien con mi deber respecto á vos como hombre. Me debeis la vida, señor don Rodrigo de Santillana.

—¡Yo! dijo el alcalde con extrañeza.

—Vos.

—Si os debo la vida, lo ignoro.

—Porque yo cuando os la salvé, no me dí á conocer de vos. ¿No recordais haberos encontrado en un gran peligro, en un peligro de muerte, hace ocho años, en Venecia, en el Gran Canal, más allá de Rialto?

—Sí, dijo extremeciéndose el alcalde, como al recuerdo de un gran peligro unido á una de esas situaciones que jamás se olvidan; estuve á punto de ser asesinado, y fuí salvado no sé por quién.

—Por mí; los del Consejo de los Diez velan siempre por Venecia, y uno de ellos alternativamente recorre durante la noche en una góndola del Estado los canales, para ver si se ejerce bien la vigilancia por los esbirros: el senador que hace este servicio va generalmente disfrazado y cubierto el rostro con un antifaz para poder observar mejor, y muchas veces, él mismo comete una falta para probar si se obedecen bien las leyes, y procura sobornar con oro á los esbirros, que cumpliendo con su deber le prenden.

—Lo mismo solemos hacer los alcaldes de España.

—Es bueno que los encargados superiores de hacer

cumplir las leyes, vean por sí mismos si cumplen con su obligacion los encargados inferiores. Pero viniendo á nuestro propósito, está mandado en Venecia que las hosterías no se abran á nadie despues de haber sonado el toque de reposo de la gran campana de San Márcos, á cuya hora deben apagarse las luces y quedar libres los canales. Se me habia dado parte que los esbirros de Rialto faltaban á su deber, permitiendo que en la gran hostería de Rialto permaneciesen gentes y tuviesen lugar aventuras galantes en las altas horas de la noche. Esto era demasiado grave; entré en una góndola con algunos esbirros secretos del Consejo, y me encaminé á la hostería de Rialto.

—En aquella hostería habitaba yo.

—Era y es la mejor hostería de Venecia, donde se alojan los príncipes y los grandes señores que van á visitarla. Yo sabia la señal que era necesaria para que la puerta de la hostería se abriese: tres golpes dados en la puerta con la mano y un ligero silbido; salté en tierra delante de la hostería sin que un solo esbirro apareciese para detenerme, á pesar de que allí hay muchos, porque hay que guardar las grandes riquezas de los judíos, que tienen sus magníficas tiendas en el puente Rialto; llegué á la puerta de la hostería, llamé como estaba convenido, é inmediatamente la puerta de la hostería se abrió; entré, me encontré en un espacio oscuro, en el vestíbulo, y la puerta volvió á cerrarse; adelanté sin vacilar, porque conocia demasiado la hostería; más allá del vestíbulo encontré los departamentos iluminados ni más ni menos que como cuando en las horas permitidas la hostería

estaba abierta al público. En una mesa junto á la puerta del primer salon, reparé en cuatro condotieros de los de más terrible aspecto, de esos que no se ven en ninguna parte, y que cuando se les ve se puede estar seguro de que junto á ellos existe un gran crímen. Pasé sin hacer ni un solo movimiento que pudiera inspirarles sospechas, y seguí acompañado de uno de los sirvientes de la hostería hasta un retrete particular en donde entré. Lo primero que hice fué sacar del bolsillo cuatro escudos de oro y ponerlos en las manos del sirviente.

—¿Y por qué esto? me preguntó.

—Tú tienes cara, hijo, le respondí, de ser un buen muchacho á propósito para sacarme de un apuro en que me encuentro. Como á la hostería de Rialto viene todo el mundo, yo he dicho: allí donde todo el mundo va, encontraré indudablemente lo que necesito.

—¿Y qué necesitais, excelencia, me respondió sonriendo el sirviente de la hostería; porque yo estaba haciendo sonar monedas de oro dentro de mi bolsillo.

—Padezco de una dolencia singular, amigo, le dije; tengo atravesado en el corazon un hombre.

—Vamos, una espina ponzoñosa, contestó guiñando un ojo, y con una sonrisa sesgada el sirviente; las espinas de los dedos se sacan con una aguja; las espinas del corazon se sacan con un puñal; tambien se sacan las espinas de los dedos con un ungüento, y tambien hay ungüentos, aunque algo más caros, para quitarse de encima lo que se atraviesa en el corazon.

—¿Un veneno, eh?

—O una cosa semejante.

—Pues mira, acabo de ver al pasar por la gran sala cuatro buenos muchachos, cada uno de los cuales me parece muy á propósito para quitarme del corazon al hombre que me hace daño en él.

—Yo no sé si esos querrán, me dijo; porque no los conozco más que desde hace una hora que llegaron detrás de una dama que está arriba encerrada en el aposento de uno de los huéspedes, de un señor muy tieso y muy sério, ya de años, que es español, y ha venido hace un mes de Nápoles.

Al oir esto don Rodrigo se puso pálido, y su mirada se hizo vaga.

Aben Shariar continuó:

—Échame para acá uno de esos tunos.

—Si no le doy cebo, no vendrá; porque son muy desconfiados estos pillos de condotieros.

—Pues toma, y dáles, contesté entregando algunas monedas de oro al sirviente que salió y volvió á los diez minutos con el condotiero más arrogante y más bravo que he conocido en Venecia, y que fué lástima que acabase tan pronto y tan desastradamente su carrera.

—Buenas noches, excelencia, me dijo sin quitarse el sombrero, y con la espada desnuda debajo del brazo en que tenia revuelta la capa, que caia por detrás derribada del hombro derecho; esta ave fria (y señalaba al sirviente) me ha dado diez buenos crúzados de oro de vuestra parte, y yo, que sé responder como se debe á tan buenos cumplimientos, tengo el honor de venir á veros, excelencia, para ponerme á vuestras órdenes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Véte y cierra la puerta, pónte en acecho, y tose récio si se acerca alguien.

El sirviente salió.

—Vamos; por las prevenciones que tomais, excelencia, me parece que se trata de algo sério.

Me puse de pié, adelanté hácia el condotiero, y me abrí las ropas exteriores, dejándole ver mi justillo interior.

El condotiero dió atrás dos pasos aterrado, dejo caer la enorme espada desnuda que llevaba debajo del brazo, tembló y cayó de rodillas.

—¿Y por qué se alteró de tal manera aquel hombre? dijo el alcalde.

—Por lo que habeis visto aterrados ante vos á tantos criminales al mostrarles el signo de la justicia; vosotros llevais un signo demasiado visible; una larga vara negra que es más alta que vosotros, y que á tener hierro os pudiera servir de pica. Nosotros llevamos oculto nuestro signo de justicia, y no le dejamos ver sino cuando conviene; vuestro distintivo se ve desde muy lejos, y el nuestro solo se ve cuando estamos muy cerca; vuestro distintivo solo amenaza con una pena dada é invariable con arreglo al delito, porque vosotros seguís de una manera inalterable la letra de las leyes que los criminales conocen en lo que les concierne, tan bien ó mejor que vosotros. Nuestro distintivo causa un terror frio al que le ve, por leve que sea su culpa; porque detrás de nuestros distintivos de justicia, están las prisiones de la inquisicion del Estado, cuyos misterios nadie ha descubierto, y cuyos horrores exagera la imaginacion, porque

nosotros no hacemos ni más ni menos que lo que vosotros haceis, esto es, atormentar para descubrir la verdad, y despues extrangular ó sofocar; pero se habla de emparedamientos, de muertes por hambre, de despedazamiento, de horrores; y el terror, un terror frio, un terror de muerte se apodera del que ve lo que en aquellos momentos vió el condotiero, y que no fué más que lo mismo que vais á ver ahora, don Rodrigo.

Y Aben-Shariar se abrió el coleto de gamuza, y dejó ver bajo él sobre un justillo de raso negro, las tres letras bordadas con hilo de plata que ya conocemos: C. D. X.

El alcalde se inmutó al ver aquellas tres letras, aunque no era veneciano, ni estaba en Venecia.

Y se inmutó, porque sabia demasiado que el pavoroso poder de Venecia alcanzaba á todas partes; que aquel á quien Venecia sentenciaba, moria, aunque estuviese lejos de ella, ya fuese rey ó príncipe, magnate ó mendigo. Porque Venecia disponia siempre de agentes admirables, que sabian hacer que el tósigo devorase las entrañas de los sentenciados de la República.

Don Rodrigo sabia que nadie veia aquellas tres formidables iniciales, sin que su sola vista fuese la amenaza séria de una gran desgracia.

Por eso don Rodrigo al verlas se inmutó.

XI.

Aben-Shariar permaneció algunos segundos mirando fijamente al alcalde, absorviendo su turbacion y de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Véte y cierra la puerta, pónte en acecho, y tose récio si se acerca alguien.

El sirviente salió.

—Vamos; por las prevenciones que tomais, excelencia, me parece que se trata de algo sério.

Me puse de pié, adelanté hácia el condotiero, y me abrí las ropas exteriores, dejándole ver mi justillo interior.

El condotiero dió atrás dos pasos aterrado, dejo caer la enorme espada desnuda que llevaba debajo del brazo, tembló y cayó de rodillas.

—¿Y por qué se alteró de tal manera aquel hombre? dijo el alcalde.

—Por lo que habeis visto aterrados ante vos á tantos criminales al mostrarles el signo de la justicia; vosotros llevais un signo demasiado visible; una larga vara negra que es más alta que vosotros, y que á tener hierro os pudiera servir de pica. Nosotros llevamos oculto nuestro signo de justicia, y no le dejamos ver sino cuando conviene; vuestro distintivo se ve desde muy lejos, y el nuestro solo se ve cuando estamos muy cerca; vuestro distintivo solo amenaza con una pena dada é invariable con arreglo al delito, porque vosotros seguís de una manera inalterable la letra de las leyes que los criminales conocen en lo que les concierne, tan bien ó mejor que vosotros. Nuestro distintivo causa un terror frio al que le ve, por leve que sea su culpa; porque detrás de nuestros distintivos de justicia, están las prisiones de la inquisicion del Estado, cuyos misterios nadie ha descubierto, y cuyos horrores exagera la imaginacion, porque

nosotros no hacemos ni más ni menos que lo que vosotros haceis, esto es, atormentar para descubrir la verdad, y despues extrangular ó sofocar; pero se habla de emparedamientos, de muertes por hambre, de despedazamiento, de horrores; y el terror, un terror frio, un terror de muerte se apodera del que ve lo que en aquellos momentos vió el condotiero, y que no fué más que lo mismo que vais á ver ahora, don Rodrigo.

Y Aben-Shariar se abrió el coleto de gamuza, y dejó ver bajo él sobre un justillo de raso negro, las tres letras bordadas con hilo de plata que ya conocemos: C. D. X.

El alcalde se inmutó al ver aquellas tres letras, aunque no era veneciano, ni estaba en Venecia.

Y se inmutó, porque sabia demasiado que el pavoroso poder de Venecia alcanzaba á todas partes; que aquel á quien Venecia sentenciaba, moria, aunque estuviese lejos de ella, ya fuese rey ó príncipe, magnate ó mendigo. Porque Venecia disponia siempre de agentes admirables, que sabian hacer que el tósigo devorase las entrañas de los sentenciados de la República.

Don Rodrigo sabia que nadie veia aquellas tres formidables iniciales, sin que su sola vista fuese la amenaza séria de una gran desgracia.

Por eso don Rodrigo al verlas se inmutó.

XI.

Aben-Shariar permaneció algunos segundos mirando fijamente al alcalde, absorviendo su turbacion y de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jándole ver las tres letras de plata en fondo negro, que parecian atraer la mirada cobarde de don Rodrigo.

Al fin, Aben-Shariar cerró su coleto de gamuza, ocultando las tres letras.

Pero ya habia acabado de convertirse en un sér completamente terrible para el alcalde.

XII.

Este, sin embargo, se rehizo.

—¿Y por qué llevais, dijo pretendiendo ser severo, ese distintivo de autoridad en los dominios del rey de España, cuando su majestad no os autoriza para ello, y cuando, sobre todo, ese distintivo no tiene aquí fuerza alguna?

—Le llevo... por costumbre. Y en cuanto á lo de que aquí no tiene fuerza alguna este distintivo, es tal y tan respetable para el que le conoce, que el mismo rey de España con todo su poder, sentiria al verle un recelo vago y frio, y comeria con inquietud los platos que le presentasen sus gentiles-hombres. ¿Quién se atreveria á llevar sobre sí las iniciales del Consejo de los Diez, aunque fuese en el rincon más apartado del mundo, que no expiase su audacia, si no estaba autorizado para llevarla? ¿Ni quién aun estando autorizado, las mostraria, sin tener para ello el consentimiento de la República, y su poder entero al lado?

—¿Quiere esto decir, que esas letras que acabo de ver, son para mí una amenaza? dijo con bravura don Rodrigo.

—No, por Dios; no creais eso; os he mostrado estas letras porque ha venido á punto, como se muestran sin trascendencia alguna á un antiguo conocido, que es al mismo tiempo un alto ministro de justicia familiarizado con estas cosas y un caballero.

—Habeis tomado, sin embargo, una posicion extraña, que no comprendo.

—En último caso, esto quiere decir, y no os lo debo ocultar, que aunque yo estoy solo en España, Venecia está en España conmigo, viendo, oyendo y juzgando con mis ojos, con mis oidos y con mi razon.

—Es decir, que Venecia nos espía.

—Algo más noble y más alto que eso, señor don Rodrigo; un tan alto magistrado como yo, no puede confundirse nunca con un miserable espía; podrá ser un testigo vigilante, un terrible poder oculto; pero más bajo que esto no.

—Perdonad; ha sido una mala eleccion de palabra, he querido decir que Venecia, por medio de vos, nos observa.

—Eso es distinto: eso pudiera sér, pero no lo es; os repito que he venido á España sin ningun objeto político, que todo se reduce á un asunto particular, que os interesa mucho á vos, y que aunque no tanto, me interesa tambien á mí; y como en España vos sois mucho, y estais ensoberbecido porque llevais treinta años de ser alcalde de casa y córte, lo que es lo mismo que decir que llevais treinta años de ser poco menos que el rey don Felipe, es bueno que sepais que teneis enfrente un poder fuerte, y que si no obrais estrictamente en justicia en el

asunto que me trae á España, podrá suceder que sepais por experiencia propia si el poder de Venecia alcanza ó no á los que están fuera de sus Estados, aunque los proteja un rey tan fuerte como el rey don Felipe.

—Resulta siempre que está suspendida sobre mi cabeza una amenaza, dijo sobreponiéndose á todo por un esfuerzo heróico Santillana, y con la expresion y el acento de una noble altivez.

—Lo que teneis sobre vos, dijo friamente Aben-Shariar, no es una amenaza, sino una leal advertencia.

—Lo que no comprendo, dijo don Rodrigo, es cuál pueda ser ese asunto particular mio, que ha obligado á venir secretamente á España, no menos que á uno de los altos magistrados que forman el Supremo Consejo de Venecia.

—Continuemos mi interrumpido relato, y pronto sabreis cuál es ese asunto, don Rodrigo, dijo Aben-Shariar.

Guardó por un momento silencio y luego continuó.

XIII.

—Os decia, que el condotiero cayó á mis piés temblando cuando yo me acerqué á él y me abrí mis ropas.

Ya habeis visto lo que vió el condotiero sobre mi pecho, y habreis comprendido por qué razon cayó de rodillas.

Yo me acerqué á él, le levanté de una manera brusca, y le dije sin soltarle la mano.

—Vas á morir de una manera miserable si no revelas

al Estado lo que habeis venido á hacer aquí, tú y tus tres compañeros.

—Hemos venido á pasar alegremente la noche, me dijo sobreponiéndose á todo con su infinita audacia de condotiero.

—Vosotros no sois bastante ricos para hacer una cuenta en la hostería de Rialto; vuestro lugar está en las tabernas de la plaza.

—Alguna vez, excelencia, nos hemos de regalar el cuerpo como los grandes señores.

—¿Y por qué has tomado mi dinero y has venido á ponerte á mi disposicion?

—El dinero se toma siempre, y es muy justo servir y complacer al que nos le da.

—Pero cuando se da tanto dinero, el que le toma se obliga á todo.

—Esa no es una razon; puede haber un hombre que dé su dinero por el solo gusto de darlo; porque de todo hay en el mundo, y el venir á agradecerlo, no quiere decir que vendamos por dinero nuestra alma al diablo.

—Estás preso por la inquisicion del Estado, le respondí por única contestacion.

—¡Preso!

—Sí; y los otros tres que te acompañan.

—Es decir, que os habeis propuesto saber, excelencia, á qué hemos venido aquí mis compañeros y yo, y que si no os lo digo nos harán pedazos hasta que lo digamos en la cárcel de la inquisicion.

—Eso es.

—¿Y si os lo digo?...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No se os pondrá á la prueba del tormento.

—¿Ni se nos prenderá?

—Si dices la verdad y la prueba, no.

—Pues voy á cantar lo mismo que una alondra, excelencia; pero soltadme, que teneis la fuerza de un toro y me estais rompiendo el brazo.

—Habla, dije soltándole.

XIV.

El condotiero se arregló su capa, su redecilla y su gorra, y me dijo con una serenidad insolente:

—Hemos venido para dar de puñaladas en una góndola, y arrojarle despues al canal, á un caballero que saldrá de aquí con una dama.

—¿Sabeis el nombre de ese caballero?

—Nosotros nunca ajustamos un difunto, sin saber qué clase de persona es, su nombre, su procedencia y su categoría, para poner el precio conveniente. El difunto de que ahora se trata, es un caballero español, muy principal, que está empleado por el rey de España en Nápoles, que ha venido á Venecia no sé á qué, y que se llama don Rodrigo de Santillana.

El alcalde hizo un movimiento de indignacion.

—No fué mala suerte la vuestra, dijo Aben-Shariar, de que yo rondase aquella noche, y se me ocurriese entrar tan á punto en la hostería de Rialto. ¡Me debeis decididamente la vida, don Rodrigo! Si yo no entro aquella noche allí, sois hombre muerto.

—¿Y por qué no me lo dijisteis entonces, como me lo decis ahora, para que yo os lo agradeciera?

—Lo que se hace en cumplimiento de un deber, no exije, no merece el agradecimiento. A más de eso, el bien debe hacerse por el bien mismo, no porque nos le agradezcan. Pero continuemos.

—¿Sabes tú por qué causa se pretende la muerte de ese caballero? pregunté al asesino.

—La causa me importaba poco, con tal que me pagaran bien la muerte; me contestó con su eterno descaro el condotiero.

—Pero sabrás quién te ha mandado dar de puñaladas á ese hombre.

—Sabeis demasiado, excelencia, que estas cosas se tratan siempre con antifaz; yo no puedo deciros otra cosa, sino que ayer, un hombre que parecia criado de casa grande, habló conmigo, me propuso el negocio, y yo convine en él mediante la suma de cien cruzados, que se me entregaron poco despues. Se convino que esta noche á la una viniésemos en una góndola á la hostería de Rialto, otros tres y yo; que entrásemos en la hostería, y nos colocásemos en la gran sala, junto á la puerta por donde se pasa para atravesar la sala y llegar á las escaleras; que cuando viésemos bajar á un caballero alto, blanco, palido, sério, de más de cincuenta años, asido del brazo de una dama enmascarada, con antifaz y manto negro, y vestido celeste, los siguiéramos, y cuando entrasen en una góndola, nos fuésemos detrás de ella con la nuestra, y á la salida del Gran Canal nos apoderásemos de la góndola y del caballero, le apartasemos de la dama, llevándole á la góndola, sujeto y con la boca tapada y le llevásemos hasta las lagunas, en medio de las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuáles le mataríamos y la arrojaríamos al agua; despues de lo cual iríamos á dejar en tierra á un incógnito que habria estado con nosotros para ser testigo de que habíamos cumplido aquello á que nos habíamos obligado. Esa es la historia, y nada más tengo que decir, y que la Santa Madonna me falte á la hora de mi muerte, si no os he dicho la verdad, excelencia.

—Pues bien, véte á donde estabas, no digas ni una sola palabra de lo que sabes ni aún á tus compañeros. No te olvides de que la hostería está cercada, de que nadie puede escapar, y de que si pretendes escapar, antes del amanecer has acabado de muy mala muerte.

—Descuidad, excelencia.

—Véte.

XV.

El condotiero salió y poco despues salí yo tras él á la gran sala, me senté en una mesa algo distante, pedí vino, y permanecí observando á los condotieros.

Poco despues aparecísteis vos, llevando del brazo á una mujer, salísteis con ella, salieron tras vos, y despues de un ligero intervalo, los cuatro condotieros, y tras los condotieros yo.

Mi góndola siguió sin perderla, y sin ser vista por ella, la góndola de los condotieros. Ya sabeis lo que sucedió despues.

—Sí, la góndola en que yo iba con una dama fué acometida de repente, me sentí sujeto, y sin poder valerme, sin poder gritar, porque me habian tapado la boca, fuí

trasladado á otra góndola. Aquella góndola anduvo algun tiempo, y despues se detuvo, y fuí sacado de ella y puesto sobre el borde de un canal. Una vez allí, me destaparon la boca y los ojos, que tambien me habian vendado, me desataron, y me encontré solo y sin espada y sin puñal, porque me los habian quitado, entre algunos hombres vestidos de negro y enmascarados.

—Señor don Rodrigo de Santillana, me dijo uno de aquellos hombres afectando la voz, sin duda para que no le conociese...

—Aquel hombre os dijo, continuó Aben-Shariar interrumpiendo al alcalde:—Pues habeis concluido ya los asuntos que os trajeron á Venecia, idos de Venecia cuanto antes, porque aquí peligra vuestra vida y no siempre estará la República á vuestro lado para salvaros.

—Es verdad, dijo don Rodrigo de Santillana; y sin darme tiempo para contestarle, aquel hombre añadió dirigiéndose á los demás, que sin duda eran sus inferiores; llevad á este caballero á la hostería de Rialto.

—Aquel hombre era yo, dijo Aben-Shariar, y no hice esto solo; necesitaba saber por qué se habia querido matar, y me trasladé á las prisiones de la inquisicion del Estado, á donde habia sido conducida la mujer con quien habíais salido de la hostería.

XVI.

Don Rodrigo escuchaba con la más grande atencion.

—Aquella mujer, dijo Aben-Shariar, estaba sin antifaz en las prisiones, y al verla retrocedí; era una de las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuáles le mataríamos y la arrojaríamos al agua; despues de lo cual iríamos á dejar en tierra á un incógnito que habria estado con nosotros para ser testigo de que habíamos cumplido aquello á que nos habíamos obligado. Esa es la historia, y nada más tengo que decir, y que la Santa Madonna me falte á la hora de mi muerte, si no os he dicho la verdad, excelencia.

—Pues bien, véte á donde estabas, no digas ni una sola palabra de lo que sabes ni aún á tus compañeros. No te olvides de que la hostería está cercada, de que nadie puede escapar, y de que si pretendes escapar, antes del amanecer has acabado de muy mala muerte.

—Descuidad, excelencia.

—Véte.

XV.

El condotiero salió y poco despues salí yo tras él á la gran sala, me senté en una mesa algo distante, pedí vino, y permanecí observando á los condotieros.

Poco despues aparecísteis vos, llevando del brazo á una mujer, salísteis con ella, salieron tras vos, y despues de un ligero intervalo, los cuatro condotieros, y tras los condotieros yo.

Mi góndola siguió sin perderla, y sin ser vista por ella, la góndola de los condotieros. Ya sabeis lo que sucedió despues.

—Sí, la góndola en que yo iba con una dama fué acometida de repente, me sentí sujeto, y sin poder valerme, sin poder gritar, porque me habian tapado la boca, fuí

trasladado á otra góndola. Aquella góndola anduvo algun tiempo, y despues se detuvo, y fuí sacado de ella y puesto sobre el borde de un canal. Una vez allí, me destaparon la boca y los ojos, que tambien me habian vendado, me desataron, y me encontré solo y sin espada y sin puñal, porque me los habian quitado, entre algunos hombres vestidos de negro y enmascarados.

—Señor don Rodrigo de Santillana, me dijo uno de aquellos hombres afectando la voz, sin duda para que no le conociese...

—Aquel hombre os dijo, continuó Aben-Shariar interrumpiendo al alcalde:—Pues habeis concluido ya los asuntos que os trajeron á Venecia, idos de Venecia cuanto antes, porque aquí peligra vuestra vida y no siempre estará la República á vuestro lado para salvaros.

—Es verdad, dijo don Rodrigo de Santillana; y sin darme tiempo para contestarle, aquel hombre añadió dirigiéndose á los demás, que sin duda eran sus inferiores; llevad á este caballero á la hostería de Rialto.

—Aquel hombre era yo, dijo Aben-Shariar, y no hice esto solo; necesitaba saber por qué se habia querido matar, y me trasladé á las prisiones de la inquisicion del Estado, á donde habia sido conducida la mujer con quien habíais salido de la hostería.

XVI.

Don Rodrigo escuchaba con la más grande atencion.

—Aquella mujer, dijo Aben-Shariar, estaba sin antifaz en las prisiones, y al verla retrocedí; era una de las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

damas más hermosas, más nobles y más codiciadas de Venecia; se llamaba...

—Gabriela Prósperi, dijo con voz ronca don Rodrigo de Santillana.

—¿Y nada os dice vuestra conciencia, al recordar el nombre de esa mujer? dijo Aben-Shariar.

—Ha sido la causa de una de mis debilidades, dijo el alcalde; cuando yo fuí á Venecia diez años antes de la época en que vos me conocísteis, solo tenia cuarenta años; aún hervía jóven la sangre en mis venas.

—Y Gabriela solo contaba quince, y debia ser tentadora; pero las mujeres á los quince años, don Rodrigo, no saben lo que aman, ni por qué aman; están en el período más peligroso de la vida de la mujer; es una verdadera desgracia para ellas el tropezar á esa edad con un hombre experimentado, conocedor de las debilidades de la mujer; vos entrábais con suma confianza en la casa del patricio Prósperi, os sedujeron la pureza y la hermosura de Gabriela, os enamorásteis de ella, no con el alma, sino con los sentidos, y la pobre niña fué vuestra, porque no podia menos de serlo; porque su ignorancia de la vida no podia luchar con vuestra experiencia; porque os ayudaba ese exceso de vida que se advierte en las mujeres muy jóvenes, y que no han amado aún, pero ansian conocer el amor. ¿Por qué al ser vuestra Gabriela, no la hicísteis vuestra esposa?

—Porque he sido casado una vez, y aunque me fué muy bien con mi esposa, juré no volverme á casar.

—Pero no jurásteis no seducir á ninguna mujer.

—Sea como quiera, yo no pude ni debí casarme con Gabriela.

—Pero Gabriela pudo ser madre por culpa vuestra.

Alzóse de repente el alcalde de su sillon, y miró espantado á Aben-Shariar.

—¡Madre decís! ¿Tengo yo un hijo?

—Teneis una hija que cuenta ya diez y nueve años, y os reclama su nombre, y la enorme suma de veinte mil florines que os dió su abuelo, el padre de Gabriela, y que se perdieron en vuestras manos.

—Gabriel Prósperi me dió aquel dinero para hacer una especulacion en Nápoles, y aquel dinero me fué robado en el camino, y me ha sido imposible devolverle.

—Yo no dudo de que el dinero os fuera robado; pero esto no consta, y sois deudor por lo mismo de veinte mil florines, á Marieta Prósperi, heredera de su madre, que ha muerto hace poco tiempo. Yo, que me habia interesado por ella desde el dia en que la prendí, porque me convenció de que tenia razones bastantes para mataros, puesto que vos, libre, y deudor de ella de una manera doble, porque la debíais la honra que la habíais quitado y el dinero que os dió su padre, os negásteis á contraer matrimonio con ella, cuando ella permanecia aún jóven y hermosa, y vos empezábais á ser viejo, cuando ella os sacrificaba su libertad por su honor; cuando yo quise ser mediador de esto, ya no os encontré; habíais cobrado miedo á los puñales venecianos, y habíais escapado. Preciso fué, pues, que Gabriela tuviese paciencia; pero yo, que soy muy rico; yo, que la ví pobre, la reintegré de lo que vos la debíais, haciendo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ella me transfiriese el derecho de teneros por deudor.

—¡Cómo! dijo el alcalde verdaderamente contrariado.

—Sí, Gabriela habia quedado pobre cuando habló con vos en la hostería de Rialto; apenas tenia dinero para pagar vuestra muerte; ¡vuestra muerte que la pedia su venganza! Porque vos os habeis olvidado de todo; vos os negábais á todo.

—Yo no sabia que tenia una hija; nada me dijo Gabriela.

—Ella quiso evitar la más horrible de las ofensas; que dudariais de que Marieta era vuestra hija; que os negariais á todo avenimiento, como negábais la deuda de los veinte mil florines.

—Me los robaron en la Calabria, dijo con una impaciencia agresiva don Rodrigo de Santillana, y yo no puedo deber lo que no pedí.

—Y decidme, don Rodrigo, ¿si os viéseis obligado á sentenciar un pleito?...

—Yo no soy oidor, y por lo tanto, yo no tengo que sentenciar pleitos; yo, como alcalde de casa y córte, solo tengo que castigar delitos.

—Pues mejor, don Rodrigo; porque de delitos se trata.

—¡De delitos!

—Sí; si una mujer viniera á vos, y os dijera: «Yo soy menor de edad; un hombre de cuarenta años, investido con una alta dignidad, noble por su casa, caballero por sus hechos, me ha dado palabra y fé de esposo, me lo ha asegurado en un papel firmado por él, he sido suya, y he sido engañada, abandonada, burlada; hacedme justicia, porque para eso os paga el rey, y eso os manda Dios;» si eso os dijera una pobre jóven, don Rodrigo, vos, el severísimo alcalde de casa y córte, el que encuentra para delitos muy disculpables, tales como el homicidio en riña, poco castigo la horca; vos, el que cuando yo llegué queríais hacer pedazos á un pobre diablo de hidalgo, porque defendia su dignidad contra vuestros atropellos, ¿qué hubiérais hecho vos, al averiguar que el hombre que habia seducido y dado palabra de esposo á aquella infeliz niña deshonrada, era un hombre casado; porque vos lo érais entonces, don Rodrigo, hace veinte años, y lo érais despues, hace diez años, cuando Gabriela desesperada os tendió un lazo para vengarse de vos matándoos, porque no encontraba en vos al esposo; porque hasta en la miserable cuestion de intereses os negábais á todo; porque la desventurada, sin honra ya, se veia próxima á una horrible miseria, con su hija, con vuestra hija; si á vos os viniesen, repito, alcalde de casa y córte, con un negocio de este género, ¿qué haríais?

Don Rodrigo se retorció, literalmente hablando, como una sabandija arrojada al fuego, y su semblante, generalmente pálido, se enrojeció de vergüenza.

—¡Responded! insistió el implacable Aben-Shariar, cuya voz era acusadora y terrible; ¿qué haríais, obrando en justicia?

—¡Fué un olvido de mí mismo, fué una horrible desgracia. ¡Yo estaba loco! barbotó don Rodrigo.

—Os voy á decir lo que vos hubiérais hecho con el miserable, con el infame seductor, con el hombre que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perdia por una pasion impura á una jóven honrada, inocente, menor de edad, y faltaba á la fé prometida á su esposa; vos hubiérais revuelto de arriba á abajo el Fuero Juzgo, las Siete Partidas, el Fuero Real, toda la inmensa balumba de vuestras leyes, para encontrar una, con arreglo á la cual hubiérais podido enrodar, ahorcar y descuartizar al culpable. Ahora bien, don Rodrigo de Santillana: ¿creeis que la justicia es igual para todos los tiempos y para todos los países?

—Sí; murmuró completamente aturdido el alcalde.

—¿Creeis que todo hombre investido con la magistratura, sea cualquiera su pátria, es idóneo para calificar, si no para sentenciar fuera de su pátria un delito?

—Sí, repitió con acento profundo y cavernoso don Rodrigo.

—Ahora bien; ¿creeis que yo, como senador del Consejo de los Diez, soy un magistrado bastante para poder juzgar respecto á vos?

—Despues del rey nuestro señor, no hay en España un magistrado cuya dignidad sea tan alta como la vuestra, monseñor.

—Pues bien; yo no os hablo de lo que hubiera hecho la noche aquella, en que despues de haber oido á Gabriela Prósperi en las prisiones de Estado, salí ansioso en busca vuestra, y no os encontré. Entonces estaba en Venecia, en mi casa; con vos no quise hacer nada, aunque os hube á las manos; pero mandé tirar á las lagunas atados de piés y manos á los cuatro condotieros y al criado de Gabriela, y á ella la puse en libertad, porque bien mirado, ella no pretendió hacer con vos otra cosa que

lo que hubiera hecho el Consejo de los Diez obrando en justicia; porque el que roba la honra, es un ladron más criminal que el que roba la hacienda; y el que mata el alma de una criatura, condenándola á una eterna desesperacion, es un asesino mil veces más feroz, mil veces más sin corazon que el que mata de una vez y con una sola puñalada el cuerpo de su víctima. ¡Ah, don Rodrigo! Yo os hubiera hecho pedazos por mí mismo y con mi sola autoridad, que allí era bastante, en el calabozo más lóbrego, más frio, más profundo de las cárceles de la inquisicion del Estado, sin daros tiempo para más que para poner vuestra alma bien con Dios.

—Me encontrais demasiado culpado, monseñor, dijo trémulo el alcalde; vos no sabeis...

—Sí, sí, dijo con un inexorable sarcasmo Aben-Shariar; Gabriela á los quince años debió ser para vos una tentacion de esas que vuelven loco al hombre más cuerdo; ¿pero para qué se han hecho las leyes sino para procurar con el terror que los hombres se defiendan de la locura que hace incurrir en el crímen, poniéndoles enfrente la infamia y el cadalso? ¿Pues qué es el oro más que la tentacion irresistible, que hace de un hombre un asesino y un ladron?

—¡Monseñor, yo no reconozco el derecho que os abrogais para tratarme así!

—Ya os rebelais, dijo friamente Aben-Shariar; me negais el derecho de juzgaros, y sin embargo, ese derecho incontestable está escrito en vuestra conciencia; temblais, os retorceis, estais pálido como un muerto; y es que teneis delante el espectro de vuestro delito que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

os acusa, que no os perdona; es que veis á Gabriela Prósperi, avergonzada, deshonrada, desesperada; es que veis á Pietro Prósperi muriendo abatido por la deshonra y la desgracia de su hija; es que para vos, juez acostumbrado á exagerar el delito de los otros, vuestro delito se agranda, presentándoseos en toda su horrible desnudez; y es, en fin, que no podeis levantar la frente radiante de dignidad, porque vuestra cabeza se inclina bajo el peso del remordimiento.

En efecto, don Rodrigo tenia inclinada su cabeza hasta el punto de que su barba descansaba en su pecho, como sucede con la cabeza de un ahorcado.

—Soy viudo, dijo con acento casi ininteligible el alcalde.

—¿Y bien, qué? contestó con acento gracial Aben-Shariar.

—Puedo reparar mi falta, haciendo mi esposa á Gabriela.

—Gabriela ha muerto hace dos meses, maldiciéndoos, dijo Aben-Shariar, cuya voz, cuyo aspecto se hacian de instante en instante más terribles.

El alcalde lanzó un gemido ronco, que parecia arrancado del fondo de su alma, y se cubrió el rostro con las manos.

Aben-Shariar desplomó sobre él una mirada candente y torva como la del tigre sobre su presa, y sacó de debajo de su coleto una cartera, y de ella dos papeles doblados que desplegó lentamente; luego se levantó, apartó las manos del alcalde de su rostro, y le puso delante de los ojos aquellos papeles.

El alcalde lloraba.

—Leed, dijo con un incontrastable acento de mando Aben-Shariar.

El alcalde, completamente dominado, leyó lo siguiente con la voz conmovida, de una manera que daba miedo, porque en aquella conmocion se veia el estado de su alma:

«Juro á Dios y á la Santa Vírgen María contraer matrimonio con Gabriela Prósperi, hija del patricio veneciano Pietro Prósperi, cuando por la dicha Gabriela me fuere demandado; y si á ello me negare, que me castiguen los hombres en la tierra y Dios en el cielo.»

Aben-Shariar quitó aquel papel de sobre el otro, y repitió con voz opaca:

—Leed.

El alcalde obedeció temblando.

«Hoy dia de la fecha, el patricio veneciano Pietro Prósperi, me ha entregado veinte mil florines de oro para emplearlos por su cuenta en especulaciones en el reino de Nápoles, y así lo declaro y lo firmo para su resguardo. Venecia 15 de Agosto de 1558.—*Don Rodrigo de Santillana*, del Consejo de Estado del virey de Nápoles.»

—Leed el respaldo, dijo Aben-Shariar volviendo el papel.

Don Rodrigo leyó:

«Como heredera de mi difunto padre el señor Pietro Prósperi, trasmito esta deuda para que pueda legítimamente cobrarla, á monseñor Pietro Mastta, senador de Venecia y del Consejo de los Diez, que ha tenido com-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pasion de mí, y me ha entregado los veinte mil florines de que se confiesa deudor de mi padre, don Rodrigo de Santillana, que fué en los años pasados de 1558 del Consejo del virey de Nápoles. Venecia 30 de octubre de 1568.—*Gabriela Prósperi.*»

Más abajo se leia con una letra en que se dejaba conocer una mano débil y temblorosa:

«Confirmo lo anteriormente firmado por mí hace diez años, ahora que estoy próxima á aparecer ante el tribunal de Dios, y la tutela de mi hija Marieta de Santillana, que encargo á monseñor Pietro Mastta, senador del supremo Consejo de los Diez del Estado de Venecia. En esta ciudad, á las tres de la mañana del dia 10 de Junio de 1578.—*Gabriela Prósperi.*»

—¡Mi hija! ¡Vos sois el tutor de mi hija! exclamó anhelante don Rodrigo.

—Si; pero vuestra hija no sabe que sois su padre, dijo Aben-Shariar guardando los papeles, ni lo sabrá nunca, á ménos que vos merezcais con vuestra conducta posterior, que una criatura tan hermosa, tan cándida, tan noble como Marieta Prósperi, os llame su padre y os sonria.

—La sonrisa de mi hija seria para mí el perdon de su madre, exclamó con voz suplicante don Rodrigo.

—Mereced ese perdon.

—¿Y qué he de hacer yo? ¿Qué puedo hacer yo? dijo desesperado don Rodrigo. ¡Yo por mi desdicha no puedo levantar de su tumba á Gabriela, y la amo, monseñor, la amo! ¡La recuerdo incesantemente, la veo por todas partes!

—Sin embargo, hace seis años que habeis enviudado, y no habeis corrido á buscarla, á reparar vuestro crímen.

—La he buscado y no la he encontrado, monseñor.

—¡Que la habeis buscado!

—Sí, he escrito al embajador de España en Venecia, éste se ha valido de la inquisicion del Estado, y no se la ha encontrado; os lo puedo probar con cartas del embajador, y con una certificacion legalizada de la inquisicion de Venecia, que tengo entre mis papeles en mi casa de Valladolid.

—¿Y cuando mandásteis hacer esas pesquisas?

—Hace cinco años; apenas cumplido el luto por mi mujer.

—Es verdad, dijo sombríamente meditabundo Aben-Shariar, y como hablando consigo mismo; hace cinco años estaba yo en la mar; Gabriela hacia más de tres que estaba escondida en el monasterio de las Ursulinas, ocultando su vergüenza bajo un nombre supuesto, protegido por mi el misterio de su existencia. ¡Oh! ¡La desgracia! ¡Lo que no puede preveerse!

—Si yo pude, enloquecido por su hermosura, olvidarme de todo y cometer un delito, no lo niego; apenas me he visto libre, he hecho lo que mi corazon y mi honra me aconsejaban á un tiempo; la he buscado, y he sufrido la desgracia de no encontrarla: el terror de ignorar lo que habia sido de ella; yo ignoraba tambien, ella no me lo habia dicho, que teníamos una hija; pero vos me lo habeis revelado, y yo quiero mi hija, es mia, dádmela, que yo pueda hacerla tan feliz como he hecho desgraciada á su madre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Mereced á Marieta.

—¿No he hecho lo bastante buscando á su madre?

—¡Ah, si, es verdad! dijo de una manera dura y fria Aben-Shariar; vuestras heladas canas buscaban la ardiente hermosura que recordaban vuestros sentidos.

—¡Ah, no, no! ¡Gabriela hubiera sido mi hija más que mi esposa; el amor que yo sentia y aún siento por ella, no es el ardoroso é impuro amor de la juventud, es el amor del alma!

—¡Ah! ¡Y qué hermosa estaba con sus treinta y nueve años, aún en los momentos en que moria! dijo de una manera cruel Aben-Shariar, que nunca habia sido tan corsario oomo entonces.

—¿Qué os he hecho yo, dijo con una energía desesperada don Rodrigo, para que así me despedaceis el corazon?

—Todo lo que hemos hablado, dijo cambiando de tono Aben-Shariar, ha venido por sí mismo, y como consecuencia del asunto que me ha traido á España. Este asunto se reduce al pago de los veinte mil florines que me debeis.

Este brusco cambio de situacion de Aben-Shariar, lastimó más que todo lo anterior á don Rodrigo.

Le aconteció lo que á un caballo de raza, al que un ginete inexperto ó loco refrena de repente, pretendiendo pararle en lo más violento de su carrera.

Don Rodrigo, que se habia levantado, cayó de nuevo sobre su sillon, como si le hubiera sentado en él el rudo efecto de la extraña salida de Aben-Shariar.

—¡Los veinte mil florines! exclamó con asombro: ¡y me los pedís en el momento en que me veis desesperado

por la muerte de Gabriela! ¡En el momento en que os pido mi hija!

—Esto es muy natural; en medio de todo, yo soy genovés, y como genovés, comerciante antes que nada; vos me debeis, porque como alcalde sabeis muy bien, que si roban á un hombre un depósito, está obligado á responder de él al poseedor del depósito; no entrárais con los veinte mil florines en la Calabria, que es un país muy poco seguro, en que vuestro rey de España no puede acabar con los bandidos, y no os hubieran robado, ni hubiera yo tenido necesidad de tener ocho años veinte mil florines sin ganar un solo maravedí; para cobrarlos he venido yo mismo; porque como habeis visto, no podia entregarse el documento que os hace deudor mio, porque en ese documento vuestra hija Marieta no tiene el apellido de los Prósperi, sino el vuestro, el que le corresponde, porque sois su padre; este es asunto que solo puede tratarse entre nosotros dos, y como por el estado de mis negocios me hacen falta de una manera imperiosa esos veinte mil florines, he pedido licencia al Consejo de los Diez, y he venido á España, os he buscado en Valladolid, y por último en Madrigal, donde me han dicho os encontrábais. Ahora bien, don Rodrigo; ¿estais dispuesto á pagarme esa cantidad?

—Venderé mi hacienda.

—¿Y cuánto vale vuestra hacienda?

—Ni mil florines.

—Pues bien, don Rodrigo, vended vuestra vara.

—No me darán por ella mil ducados.

—No, no me habeis entendido; vuestra vara no sig-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nifica solo el oficio de alcalde que habeis comprado ó que os ha dado el rey; representa tambien la justicia.

—¡Y habeis querido decirme que venda yo la justicia! exclamó olvidándose de todo, sobreponiéndose á todo en el lleno de su severa dignidad don Rodrigo.

—Dicen que de España todo se compra y se vende, dijo con un frio desden Aben-Shariar.

—¡Mienten! Esa es una infame calumnia de las que se cuentan de España fuera de ella, porque todo el mundo teme ó envidia á España, exclamó don Rodrigo pálido de cólera.

—¿Y cómo diablos me vais á pagar entonces los veinte mil florines?

—No os los pagaré; yo he obrado de buena fé, no me he apoderado de ellos, no me los he comido; me los han robado, y en nuestra España, monseñor, al que no tiene el rey le hace libre.

—Si os demando, nadie creerá que os han robado ese dinero; yo lo creo, don Rodrigo, pero no podeis probarlo, y todo el mundo supondrá que os habeis quedado con ellos, y perdereis la honra y el oficio de alcalde, y os vereis obligado á huir, si es que no os prenden á peticion mia como estafador.

—¡Vive Dios, que no sé en qué me tengo que no os mato! dijo ébrio de cólera don Rodrigo.

—Estais atado de piés y manos; os tengo en mi poder, y haré de vos lo que quiera.

—Pues ved lo que haceis, porque os pudiera pesar.

—Ved vos cómo cumplís conmigo, porque de lo contrario, Santillana, sois hombre muerto.

—Mirad vos, no sea yo quien os mate.

—Con la espada no podeis, ni con las leyes tampoco.

—Lo veremos; entretanto os pido formalmente mi hija.

—Yo os declaro que no la tendreis, sino cuando me hayais pagado los veinte mil florines.

—La buscaré; me ampararé de la serenísima República de Venecia, que me hará justicia.

—¿Y cómo probareis que Marieta Prósperi es vuestra hija?

—Su madre ha escrito mi apellido despues de su nombre; su madre la ha llamado momentos antes de morir, Marieta de Santillana.

—Sí; pero esa declaracion implícita de que Marieta es vuestra hija, hecha por Gabriela moribunda, está en un documento en que yo aparezco acreedor vuestro por veinte mil florines; ya comprendereis, Santillana, que sin entregarme vos esa cantidad, no podeis poseer el documento en que se prueba que Marieta es vuestra hija, dijo Aben-Shariar dejando ver en su boca una sonrisa de triunfo.

—Yo os haré ¡vive Dios! que presenteis ese documento; no para que me lo entregueis, sino para que conste que yo soy padre de Marieta.

—Torpe andais para alcalde, Santillana, dijo Aben-Shariar; ¿pues qué, no sabeis que poseo un documento que me hace inviolable? ¿Sois tan nécio que creeis que el rey de España arrostrará por vuestros asuntos una guerra con Venecia?

Santillana rugió porque se sintió impotente contra Aben-Shariar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este tomó su sombrero de sobre la mesa.

—¡Os vais! dijo con ánsia don Rodrigo.

—Pues no; ¿hemos de estar hablando eternamente de esto? Ya es bien por la tarde, mi querido Santillana; me vuelvo á Valladolid, y quiero llegar temprano; que no están muy seguros en España los caminos, y no es prudente andar por ellos de noche; meditad lo que os conviene hacer en las circunstancias en que os encontrais, y pongamos punto redondo á nuestra conversacion. Si dentro de algunos dias quereis verme, buscadme en Valladolid ó en Madrid.

—Nos veremos, monseñor.

—Pues bien, hasta la vista. Adios.

—Esperad; voy á mostraros el camino.

El alcalde acompañó hasta la puerta á Aben-Shariar, y este montó en su caballo, que le tenia un criado.

Aben-Shariar y don Rodrigo se despidieron afable y cortésmente, como si nada hubiera pasado entre ellos, y el primero partió.

El alcalde permaneció en la puerta hasta que Aben-Shariar se perdió por una de las bocacalles de la plaza, y luego se metió para dentro murmurando:

—Estoy completamente atado por monseñor Pietro Mastta, y yo no creo, no puedo creer que le muevan á hacer lo que hace los veinte mil florines; ¡qué será esto, Dios mio, qué será!

CAPITULO VII.

De cómo Gabriel de Espinosa pudo creer que estaba seguro en Madrigal.

I.

Pasaron algunos dias sin que aconteciese nada notable.

Los alborotadores de la madrugada del 15 de Agosto continuaban en la cárcel presos por el alcalde Santillana, y éste preso en su casa por doña Ana de Austria.

La resolucion del rey tardaba, porque Felipe II cuidaba demasiado de los negocios, y tardaba mucho en sus resoluciones.

Fray Miguel de los Santos y Gabriel de Espinosa jamás se veian de una manera pública; pero se veian mucho en la casa de doña Ana de Austria, y decimos en la casa, porque doña Ana tenia más bien casa que celda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este tomó su sombrero de sobre la mesa.

—¡Os vais! dijo con ánsia don Rodrigo.

—Pues no; ¿hemos de estar hablando eternamente de esto? Ya es bien por la tarde, mi querido Santillana; me vuelvo á Valladolid, y quiero llegar temprano; que no están muy seguros en España los caminos, y no es prudente andar por ellos de noche; meditad lo que os conviene hacer en las circunstancias en que os encontrais, y pongamos punto redondo á nuestra conversacion. Si dentro de algunos dias quereis verme, buscadme en Valladolid ó en Madrid.

—Nos veremos, monseñor.

—Pues bien, hasta la vista. Adios.

—Esperad; voy á mostraros el camino.

El alcalde acompañó hasta la puerta á Aben-Shariar, y este montó en su caballo, que le tenia un criado.

Aben-Shariar y don Rodrigo se despidieron afable y cortésmente, como si nada hubiera pasado entre ellos, y el primero partió.

El alcalde permaneció en la puerta hasta que Aben-Shariar se perdió por una de las bocacalles de la plaza, y luego se metió para dentro murmurando:

—Estoy completamente atado por monseñor Pietro Mastta, y yo no creo, no puedo creer que le muevan á hacer lo que hace los veinte mil florines; ¡qué será esto, Dios mio, qué será!

CAPITULO VII.

De cómo Gabriel de Espinosa pudo creer que estaba seguro en Madrigal.

I.

Pasaron algunos dias sin que aconteciese nada notable.

Los alborotadores de la madrugada del 15 de Agosto continuaban en la cárcel presos por el alcalde Santillana, y éste preso en su casa por doña Ana de Austria.

La resolucion del rey tardaba, porque Felipe II cuidaba demasiado de los negocios, y tardaba mucho en sus resoluciones.

Fray Miguel de los Santos y Gabriel de Espinosa jamás se veian de una manera pública; pero se veian mucho en la casa de doña Ana de Austria, y decimos en la casa, porque doña Ana tenia más bien casa que celda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

Los amores de la ex-monja con Gabriel de Espinosa, habian crecido hasta tal punto que la más interesada porque los negocios que se traian entre manos se concluyesen, era doña Ana.

Se habia hecho de Gabriel de Espinosa en su imaginacion un fantasma soñado, embellecido con cuantas cualidades deseaba el hombre de su amor doña Ana.

Gabriel de Espinosa vacilaba entre la sublime abnegacion de Sayda Mirian y el apasionado amor de doña Ana.

Sayda Mirian habia llegado hasta el punto de consentir en ir á ver con su hija, y pasando por su nodriza, á doña Ana de Austria.

Gabriel de Espinosa, que temía que aquellas dos mujeres se viesen, habia apurado los pretestos para evitarlo; pero cuando vió que doña Ana empezaba á dudar, se vió precisado á ceder, y cuando volvió á su casa se encerró con Sayda Mirian, y la dijo:

—¿Habria algo en el mundo que tu no sacrificaras por mí, María?

—¡Ah, no, Gabriel! dijo Sayda Mirian; por tí todo: el corazon, la paz de mi alma, la vida, que es todo lo que me queda.

—Tú no debiste venir á Madrigal.

—Yo no podia separarme de tí; yo no podia vivir en la terrible ansiedad de lo que te aconteciese.

—Yhaye, que vive de incógnito en Castilla, que ha

estado hace quince dias en el pueblo, que ha aterrado á don Rodrigo de Santillana, que ha hablado conmigo en medio de un camino, sin que nadie haya podido verlo, nos hubiera servido de intermediario y te hubiera tenido al corriente de lo que me hubiera sucedido.

—No; yo necesito tenerte á mi lado, verte todos los dias, partir contigo el peligro; de otro modo, yo hubiera vivido muriendo.

—No te se ha podido ocultar de tal manera que no se sepa que estás aquí; ha sido necesario que te dejes ver alguna vez, para no excitar con tu retraimiento sospechas; y ha sucedido lo que yo esperaba: tu hermosura ha llamado de tal manera la atencion, que la pastelería está más concurrida que nunca, y ya ha habido por tí músicas y riñas entre los estudiantes.

—Yo no puedo evitarlo, ni creo que por eso puedas tú tener recelo alguno.

—Yo no puedo recelar de tí; pero estas cosas han llamado más y más la atencion de doña Ana de Austria.

—Me pesa esa mujer en el alma, dijo Sayda Mirian.

—Mis propósitos me obligan á engañarla, María.

—Dicen que es muy hermosa.

—¿Y qué importa? Ni es tan hermosa como tú, ni vale para mí lo que tú vales; tú me amas, ya me creas rey, ya me creas aventurero; para tí es igual que yo sea Gabriel de Espinosa ó el rey don Sebastian; tú me amas á mí, no á lo que yo soy.

—¡Oh, sí! Yo te amaria del mismo modo, aunque mañana supiese que eras el hijo de un verdugo.

—Pues bien; si mañana llegase á convencerse doña

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ana de que yo era Gabriel de Espinosa, el pastelero de Madrigal, se avergonzaría aun de haber hablado conmigo; es orgullosa con el insoportable orgullo de los de la casa de Austria, que pretenden descender directamente de Dios, no como los demás hombres por medio de Adan, sino de una manera priviligiada, y basta con que se la contradiga, para que aunque no tenga razon se irrite; pero tu vas á verla y juzgarás mejor de ella por lo que en ella veas, que por todo lo que yo te diga.

—¡Que voy yo á verla! dijo palideciendo densamente Sayda Mirian.

—Es necesario; me he escusado ya tanto, que el continuar excusándome, seria causar sospechas que deben evitarse de todo punto, porque una sospecha podria causarnos desgracias incalculables; vé ahí por qué te he dicho que ha sido una imprudencia tu venida á Madrigal.

—Iré á ver á esa mujer, dijo con acento de triste resignacion la sultana. ¿Y cuándo?

—En el momento, María; como que he venido contando con que comprenderias la necesidad de ceder á los caprichos de doña Ana y me seguirias.

Sayda Mirian se levantó, tomó una toquilla, se la puso con suma gracia sobre los magníficos cabellos, tomó en sus brazos á su hija, la acarició, y dijo á Gabriel:

—Estoy pronta.

Gabriel sintió una sensacion amarga en el alma, al comprender hasta dónde llegaba la abnegacion del amor de Mirian, y salió de la estancia en silencio, seguido por ella.

III.

Era ya por la tarde; á aquella hora solia salir Mirian con su hija á pasear por el campo.

Los estudiantes lo sabian, y á aquella hora, con la esperanza de verla, llenaban la pastelería.

Gil Lopez estaba de enhorabuena, porque á causa de Mirian, á quien él como todos creia simplemente nodriza de la hija de Gabriel y de una gran señora, hacia una gran venta de pasteles.

IV.

Cuando Sayda Mirian cruzó esbelta, gentil, hermosísima, el despacho de la pastelería, los estudiantes todos, como gente que nada teme y que nada respeta, á pesar de que iba con Gabriel, la saludaron ruidosamente, y se cruzaron de todas partes las galanterías y los requiebros.

Gabriel pasó sério y grave, y Sayda Mirian modesta é indiferente.

V.

Cuando llegaron al convento, Gabriel se hizo anunciar á doña Ana, é inmediatamente fué recibido.

Mirian se vió obligada á pasar por una nueva humillacion; porque cumpliendo con la etiqueta, se quedó esperando en la antecámara. Pero apenas Gabriel dijo á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

doña Ana que allí estaba su hija con su nodriza, doña Ana, que por instintos tenia celos de Sayda Mirian, y ansiaba conocerla, sirviéndola de pretesto la hija de Gabriel, hizo entrar á Sayda Mirian.

VI.

Sayda Mirian estaba prevenida; tenia un gran dominio sobre si misma, y aunque su alma se conmovió de terror y de celos á la vista de la hermosura y de la altivez de doña Ana, y del riquísimo traje que vestia, su semblante permaneció sereno y tranquilo sin dejar conocer la más leve conmocion.

Doña Ana, por el contrario, se inmutó; nunca habia visto una hermosura tan resplandeciente, tan magnífica, tan rica, tan pura, tan embriagadora como la de Sayda Mirian; nunca unos ojos tan grandes, tan negros, tan hermosos, tan dulces, tan llenos de vida, y de una vida que parecia consagrada solo al amor, como los de Sayda Mirian. Nunca una actitud tan noble, tan bella, tan fácil, tan encantadora; el traje de la sultana era pobre, sencillo, como el de una aldeana de Castilla; pero sobre Sayda Mirian adquiria aquel traje una belleza y una elegancia infinitas, que hacian que no se notase la falta de la riqueza.

Sayda Mirian, además, habia conservado, por un privilegio de su maravillosa hermosura, tal fuerza de juventud, que á pesar de que ya contaba treinta y cuatro años, parecia una jóven de veinte y cuatro; una de esas jóvenes reflexivas y pensadoras que por su expresion triste

y melancólica parecen hermosas cuando no son más que bellas, y se hacen irresistibles cuando como Sayda Mirian son verdaderamente hermosas.

VII.

Doña Ana de Austria se sintió humillada, como mujer, delante de Sayda Mirian.

Las dos hermanas, doña Luisa de Grado y doña María Nieto, causaban en gran parte el despecho de doña Ana, porque miraban de una manera franca, con el asombro de la envidia, á Sayda Mirian.

Ésta se habia detenido á alguna distancia de doña Ana con su hija en los brazos, y habia saludado profundamente y en silencio á doña Ana, que la miraba sin ocultar su asombro, y dejando ver una expresion de celoso despecho que duró un solo momento, pero que se dejó conocer de todos, esto es, de Gabriel de Espinosa, del padre fray Miguel de los Santos y de las dos hermanas doña Luisa y doña María, que eran las únicas personas que estaban allí presentes.

VIII.

Gabriel habia temido esto, y por esto habia procurado evitar en cuanto le habia sido posible el que Sayda Mirian y doña Ana de Austria se viesen.

Pero no habia creido nunca, ni que doña Ana sufriese una impresion tan terrible al ver á Sayda Mirian, ni que Sayda Mirian resistiese con tanta naturalidad y de una manera tan impasible, la vista de doña Ana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX.

Para Gabriel de Espinosa, aquel momento fué decisivo en favor de Sayda Mirian.

Gabriel de Espinosa no podia olvidarse de lo que Sayda Mirian habia sido, de lo que era, de los sacrificios que por él habia arrostrado, del inmenso amor que reducia á Sayda Mirian á la triste y dolorosa situacion en que en aquel momento se encontraba.

Gabriel de Espinosa sabia cuánto le amaba Sayda Mirian; pero nunca hubiera creido que aquel amor hubiese resistido á tal prueba.

Sayda Mirian estaba allí, como si nada absolutamente le hubiera importado que Gabriel de Espinosa amase ó no á otra mujer, como si solo hubiera sido la nodriza.

X.

Y de tal manera, con tal fuerza de voluntad sostuvo Sayda Mirian esta ficcion, que doña Ana dejó de sufrir, porque dejó de estar celosa, y se acercó sonriendo á Sayda Mirian, y la tomó de los brazos la pequeña Gabriela.

Afortunadamente, la niña se parecia de una manera completa á Gabriel de Espinosa, y solo tenia de Sayda Mirian la pureza de las formas y lo fuerte de la hermosura.

Pareció como que Gabriela comprendió por instinto la situacion, y rechazando á doña Ana, se volvió á Sayda Mirian, y ocultó su pequeño semblante en el seno de su madre, lo que contrarió fuertemente la irreflexiva altivez austriaca de doña Ana.

Sayda Mirian sintió en su alma una alegría infinita, que no salió, sin embargo, á su semblante.

—Perdonad, señora, dijo Sayda Mirian; pero los niños no saben lo que hacen; no os conoce, y por lo mismo os extraña; cuando os vea algunas veces más, será completamente distinto; porque mi Gabriela es excesivamente cariñosa.

Sayda Mirian pronunció aquel *mi Gabriela* de una manera ardiente, lo que nada tenia de extraño, porque hay nodrizas que aman á los niños que crian como si fueran sus madres.

Pero el movimiento natural de la pequeña Gabriela, ofendió de una manera grave la exagerada altivez de doña Ana, que prescindió desde aquel momento de la niña, la tomó una especie de ódio, y para disimular dirigió la palabra á Sayda Mirian:

—Vos no sois española, la dijo, notando el acento visiblemente extranjero de Sayda Mirian.

—No señora, contestó ésta, no soy española.

—¿Y de dónde sois? preguntó doña Ana, á quien empezaba á mortificar de una manera grave Sayda Mirian.

Sayda Mirian, que estaba ya prevenida, contestó:

—Soy de la isla de Malta.

—¿Y de buena familia?

—¡Oh! Sí señora; de la mejor familia de la isla.

—Y sin embargo, sois nodriza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—La madre de esta criatura es tal, que bien puede ser una reina nodriza de su hija.

Dijo Sayda Mirian estas palabras con tal altivez, que doña Ana de Austria tuvo que hacer un violento esfuerzo para ocultar su irritacion.

—No os pregunto ni vuestro nombre, ni el de la madre de esa niña, porque segun creo son un misterio.

—Que puede aclarar si quiere el señor Gabriel de Espinosa, dijo Sayda Mirian sin dar la menor intencion á estas palabras, y con gran naturalidad.

—Señor Gabriel de Espinosa, dijo doña Ana de Austria; os doy las gracias porque me habeis dejado conocer vuestra hermosa hija y su hermosísima nodriza.

—¿Sois casada? dijo doña Ana dirigiendo la palabra á Sayda Mirian.

—¡Oh! Sí señora, dijo la sultana poniéndose vivamente encendida; si yo no fuera casada, no criaria á Gabriela; esto seria de todo punto imposible.

—¿Y vuestro marido, es persona principal?

—Tan bueno, como el mejor entre los mejores.

—¿Y consiente vuestro marido que esteis en Madrigal?

—Yo, señora, no hago nada, no me atreveria á hacer nada sin su consentimiento.

—¿Sabeis á qué ha venido á Madrigal el señor Gabriel de Espinosa?

Mirian miró naturalmente á Gabriel porque no sabia qué contestar. Gabriel dijo:

—Lo sabe; sabe como lo sabeis vos, señora, que yo soy el rey de Portugal.

—Por eso sin duda, la madre de vuestra hija, que debe tener una gran confianza en esta dama, ha querido que ella os acompañe, para que sea testigo de vuestras acciones; porque sin duda que vos, primo, cumpliendo con vuestro deber, os casareis con la madre de vuestra hija,

—Eso no puede ser, señora, dijo Sayda Mirian, porque hace mucho tiempo, ha más de diez y seis años, que la madre de Gabriela es la esposa de un rey.

—¡Ah! La madre de Gabriela es una reina.

—Nieta de reyes, y descendiente de uno de los más grandes conquistadores y legisladores del mundo; por eso, pues, nada tiene de extraño que yo crie á Gabriela, y que acompañe al rey don Sebastian con un nombre supuesto; por eso, señora, no es posible que su majestad el rey don Sebastian se case con quien hace ya muchos años es esposa de un gran rey.

Doña Ana se tranquilizó. Sus recelos habian desaparecido.

Dada la situacion de Gabriel de Espinosa, á quien ella creia el rey don Sebastian, todo aquello era verosímil. Doña Ana, pues, se desarmó; logróse que Gabriela se dejase tomar en brazos por doña Ana, la hizo ésta algunos regalillos, y Sayda Mirian, Gabriela y Gabriel de Espinosa se volvieron á la pastelería.

XI.

Apenas estuvieron solos, Sayda Mirian rompió á llorar.

—¡Oh! ¡Cuánto he sufrido! ¡Cuánto! exclamó.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Yo en cambio he gozado, he sido feliz, dijo Gabriel de Espinosa; yo no sabia cuánto me amabas, cuánto era capaz tu amor de hacer por mí. ¡Oh! Tienes razon, María; la madre de Gabriela no puede casarse, porque está ya casada, y casada con un rey.

—Sí, pero ese rey la ha repudiado; el Papa ha disuelto su matrimonio con él.

Gabriel de Espinosa fué á un arca, la abrió, buscó entre algunos papeles uno, y vino con él junto á Sayda Mirian.

—Mira, la dijo; este es el Breve pontificio, por el cual Clemente VIII ha disuelto nuestro matrimonio; míralo, léelo.

—¿Y para qué?

—En el momento en que lo hayas leido, voy á romperle.

Mirian tomó el papel, y á pesar de que estaba escrito en latin, comprendió claramente por algunas frases y por su nombre y por el de Gabriel, que constaban en aquel escrito, que aquel escrito era el Breve de anulacion de su matrimonio.

Luego le entregó á Gabriel, y éste le rompió en pequeñísimos pedazos.

Mirian se arrojó delirante en los brazos de Gabriel.

XII.

Gabriel de Espinosa se sentia mejor.

Obraba con arreglo á su conciencia, y esto hacia su vida más fácil.

Es verdad que engañaba á doña Ana de Austria, que gracias al talento y al valor de Sayda Mirian, habia perdido todo el recelo, y se adormia confiada en los amores de su rey don Sebastian.

Pero Gabriel decia cuando pensaba en esto:

—Si llego al trono de Portugal, porque al fin la fortuna me sonrie, porque solo falta la venida del duque de Coimbra, del marqués de Almeida y del conde de Novoa, que verán en mí, de seguro, á su rey, y que irán á decir al reino que don Sebastian no ha muerto y á sublevarlo en su nombre, nada habrá perdido doña Ana de Austria: me la llevaré conmigo, se encontrará libre, la declararé infanta de Portugal, y se conformará con esto y con casarse con algun príncipe ó rey, que no faltará alguno, que siendo ella quien es y tan hermosa, quiera tomarla por mujer; y yo, haciendo reina de Portugal á mi María, habré cumplido con Dios, con el mundo y con mi conciencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VIII.

De cómo doña Ana acabó de perder todo recelo por la venida de tres hombres á Madrigal y la marcha de otro á Valladolid.

I.

Habian llegado los primeros dias de setiembre, y en Madrigal se encontraba todo en el mismo estado.

Los alborotadores del 15 de agosto continuaban en la cárcel sin que se les tomase declaracion ni supiesen lo que se iba á hacer de ellos, y el alcalde don Rodrigo de Santillana continuaba tambien preso en su casa, y en un estado de preocupacion y de ansiedad, á causa de sus asuntos particulares, porque despues de su grave conversacion con Aben-Shariar no habia vuelto á saber de él, y fuertemente preocupado tambien como alcalde, porque tardaba demasiado la resolucion del rey don Felipe acerca de la queja que doña Ana habia dado al rey contra don Rodrigo, para que éste, que conocia demasiado á Felipe II, no temiese por lo que tardaba en resolver, algun suceso grave.

La verdad es, que la conciencia del alcalde le decia

que habia andado excesivamente rígido y tremendo con los de Madrigal, y que el rey podia no encontrar muy de su gusto el que se apretase tanto á sus leales vasallos.

Una de las cosas más terribles del rey don Felipe, era que, ni sus secretarios, ni sus oidores, ni sus alcaldes, ni ninguno, en fin, de los que le servian, sabian á qué atenerse para que el rey estuviese contento de ellos; porque Felipe II, como todos los despótas, era muy difícil de satisfacer, y vacilaba demasiado en sus resoluciones, para que los que estaban pendientes de ellas no esperasen con ansiedad la determinacion del rey.

II.

De la misma manera, á doña Ana de Austria le inquietaba esta tardanza, porque ella creia haber dicho lo bastante al rey acerca de la importancia y de la violencia de don Rodrigo de Santillana, en cuya queja la habian sostenido el superior de los Agustinos y el ayuntamiento de Madrigal, para que el rey, sin más informacion, hubiese quitado de la villa al alcalde, y enviado otro, que por malo que fuese, no podia ser tan formidable como don Rodrigo de Santillana.

III.

Entretanto, doña Ana y Gabriel de Espinosa se veian, ya en altas horas de la noche, ya en la casa de campo que doña Ana tenia fuera de Madrigal, acompa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñados siempre de fray Miguel de los Santos, y ocupándose siempre de los medios de apresurar la ida de Gabriel de Espinosa á Lisboa.

Se habian recibido algunas cartas de Portugal que los habian alentado en extremo; todo Portugal sabia ya que el rey don Sebastian no habia muerto; se conspiraba en secreto, y el espíritu público, siempre hostil á los españoles, siempre ansiando romper el yugo, no podia ser mejor ni inspirar otra cosa que la casi certeza del triunfo.

Doña Ana se volvia más loca cada dia.

De una parte la enloquecia el amor, y de otra la ambicion.

Gabriel de Espinosa habia llegado á ser para ella ese hombre á quien una mujer se consagra en cuerpo y en alma, y su cabeza ardia por ceñir la corona de Portugal.

Sayda Mirian, entretanto, sufria y lloraba, á pesar de las protestas de amor de Gabriel de Espinosa; le veía profundamente preocupado, y dudaba: temia que al cabo aquella mujer que representaba su ambicion le enloqueciese, le hiciese olvidarse de ella, y romper con su conciencia y con sus deberes.

Sayda Mirian no habia podido olvidar que doña Ana de Austria era hermosa, que amaba á Gabriel, que era sobrina del rey, y el único medio por el cual podia Gabriel llegar al logro de sus proyectos.

IV.

Así las cosas, llegó el dia 4 de setiembre de 1578.

Aquel dia por la tarde entró en el pueblo una verdadera cabalgata, de esas que acompañan en sus viajes á los grandes señores.

Una nube de criados, de mozos de espuela y de acémilas, y tres grandes coches, dos de los cuales iban vacíos, porque en el uno de ellos, por ir acompañados, iban los dueños de los tres.

Estos tres señores eran portugueses, y muy ricos, á juzgar por el número y la calidad de los criados.

Era el duque de Coimbra, el marqués de Almeida y el conde de Novoa, diputados que la nobleza de Portugal enviaba para reconocer á Gabriel de Espinosa.

V.

El duque de Coimbra era un señor viejo, altivo y finchado como buen portugués; bien que en esta parte en nada le cedia el marqués de Almeida y el conde de Novoa.

Todo cuanto se diga acerca de un señor portugués de aquellos tiempos, es insuficiente para dar á conocer lo que aquellos señores eran, ni comprendemos tampoco como aquellos señores podian sufrir rey, ni reconocer superior sobre la tierra, ni otra superioridad que la de Dios, y aún así, estándose Dios en el cielo; porque de otro modo, bajando Dios á la tierra, aquellos señores

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estaban muy expuestos á incurrir en la soberbia de creerse tanto como Dios.

Conocíase esto en su gravedad, en la majestuosa compostura de su mirada, en lo pausado y grave de sus palabras, á pesar de que iban solos en el carruaje, y los tres eran iguales entre sí.

Por lo demás, cuando llamaban á alguno de sus servidores, en la manera de hablarle se comprendia que no consideraban hombre á aquel hombre, sino un sér de distinta raza, una especie de cosa que se pagaba para que sirviese lo mejor que pudiera, y que debia tratarse completamente de alto á bajo y con una poca más de consideracion que á un animal.

Pero lo que no podia comprenderse, era que con tanta soberbia aquellos nobilísimos señores no hubieran muerto todos reventando de soberbia al verse mandados por el duque de Alba, que como ya hemos dicho, era siete veces más insoportable que un rey.

VI.

Una hora antes, habian entrado en la villa tres mayordomos y algunos lacayos, criados de aquellos tres señores, que habian recorrido todas las casas de posada de Madrigal, alborotando la villa, por la cual corrió muy pronto la noticia de que llegaban tres grandes señores portugueses, con más de sesenta criados.

Este alboroto no consistia en que la venida de aquella nobilísima gente fuese una cosa nueva y extraña para Madrigal, porque como ya hemos dicho, á causa de doña Ana de Austria y de la influencia que ésta tenia con su tio el rey don Felipe, la estancia de grandes personajes en Madrigal, era cosa á la que los de la villa estaban muy acostumbrados.

Por lo que alborotaba la venida de los portugueses, no era porque se supiese el objeto de la ida de aquellos señores á Madrigal, porque esto era un secreto político perfectamente guardado, sino porque soberbios en todo, nadie gastaba tanto como los portugueses, y daban tanto á ganar á las gentes de tráfico, que venian á ser el mayor número de los habitantes de la villa.

Abrieron estos los ojos de á palmo para ver mejor y servir mejor á los portugueses, y las bolsas para recibir el dinero que los portugueses debian soltar á manos llenas.

VII.

Al mismo tiempo, un ginete, con trazas de soldado, sobre un cuártago enorme, llevando la direccion de Medina del Campo á Madrigal, pasó á buen andar junto á la especie de convoy de los portugueses, los adelantó, entró en la villa, se dirigió sin detenerse en ninguna parte al convento de monjas de Nuestra Señora de Gracia la Real, entregó un pliego para doña Ana de Austria de parte del rey, pidió el recibo, se lo dieron, volvió á montar á caballo, se fué en derechura á la plaza, echó pié á tierra en el soportal de la casa de don Rodrigo de Santillana, y se hizo anunciar de órden del rey al alcalde.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Inmediatamente fué introducido.

—Ya era tiempo de que alguien viniese de allá, dijo don Rodrigo de Santillana: ¿quién os envia, hidalgo?

—El cardenal Granvela; yo soy, para serviros, secretario de su señoría y me llamo Baltasar de Alvarado.

—Buen apellido teneis.

—Vengo de buena casa.

—Paréceme que teneis más de soldado que de secretario.

—He andado mucho tiempo en las guerras del rey nuestro señor, y he sido y soy capitan de infantería; pero canséme de la mala vida de campaña y de las malas pagas, quitando el peligro, porque en esto no se para el buen soldado, y acomodéme con el cardenal Granvela, que es un excelente señor, y con el cual estoy á pedir de boca.

—¿Y qué encargo os ha dado su excelencia? dijo Santillana que estaba impaciente, aunque por sostener su tiesa gravedad lo disimulaba.

—El cardenal mi señor, dijo Alvarado, que sin duda tiene á vuestra señoría en mucho por lo que de vuestra señoría me ha dicho, os besa las manos y os entrega por mi medio estos dos pliegos para traer los cuales y otro del rey nuestro señor, que acabo de dejar á la excelentísima señora doña Ana de Austria, he venido inmediatamente á Madrigal.

Baltasar Alvarado miró el sobrescrito de tres pliegos que habia sacado del interior de su coleto, y dió dos de ellos á Santillana.

—¿Y para quién es ese otro pliego que os guardais,

señor Alvarado? dijo Santillana, que no pudo contener su deseo de saber á quién iba dirigido el otro pliego.

—Del rey nuestro señor, para el presidente de su real Chancillería de Valladolid.

Inquietó esto al alcalde, porque vió que el asunto se presentaba sério, como no podia menos, siendo un asunto en que tomaba parte el rey don Felipe; pero disimulando la impresion desagradable que aquello le habia causado, abrió el pliego, sobre cuya nema se veia el sello de las armas del cardenal Granvela, como si hubiera temido abrir antes el pliego del rey, en el cual no sabia si estaba guardada para él una desgracia.

A la cabeza de aquel pliego, se veia la cifra de Jesús, María y José. Por bajo se leia:

«Señor don Rodrigo de Santillana: Mi muy estimado amigo: yo no sé qué enemigos tenga vuestra merced, ó qué cosas haya hecho vuestra merced en deservicio del rey nuestro señor, que su majestad, en lo poco que habla, me ha dejado conocer que está contra vuestra merced, no tan enojado que tenga yo que advertirle que se encuentra en peligro, pero sí lo bastante para que viva avisado y mire lo que hace, no sea que su majestad le encuentre tan buen servidor que pueda avenirle por ello á vuestra merced algun trabajo. Su majestad es tan recto, y quiere las cosas tan en balanza, que es necesario estudiar mucho para ponerse en el gusto de su majestad; bien lo sé yo esto, como quien teniendo sobre sí los gravísimos cuidados de esta gran república, vive hace algunos años al lado del señor rey don Felipe, que es tan gran rey, que no parece sino que Dios le da fuerzas para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sobrellevar tanto peso, y le ayuda con su divina sabiduría para salir adelante de tanto y tanto gravísimo negocio como le rodea. Y viniendo ahora á las pocas palabras que de acerca de vuestra merced he oido al rey, allá van, para que vuestra merced las estudie y las dé vueltas y las digiera, y sepa á qué atenerse; porque yo, ni sé qué piense, ni qué diga á vuestra merced; porque cuando el rey me dió la minuta del decreto que recibirá vuestra merced con esta carta, dijo como para sí y como quien no cree que le escuchan:—Alcaldes son estos, que valen tanto, que es cosa de no saber cómo pagarles.»

Despegósele la carne de los huesos á Santillana al leer las anteriores palabras, y se le nublaron los ojos hasta el punto de serle necesario hacer un violento esfuerzo para seguir leyendo; por fin sus ojos vieron, y continuó:

«Ya se le alcanza á vuestra merced, que es hombre de experiencia, que las palabras que yo oí al rey son tales, que quien conozca algo á su majestad, no sabria decir si son un favor ó un disfavor; porque una de las cosas más difíciles que yo encuentro para los que en cualquier oficio andan al lado de su majestad, es saber cuándo está contento ó enojado, y acertar con el enigma de sus palabras; y como vuestra merced verá cuando lea el decreto del rey nuestro señor, que nada dice que se pueda tomar ni en favor ni en daño de vuestra merced, hé aquí que yo, que aprecio mucho á vuestra merced, porque sé cuanto vale, le aviso por lo que pueda convenirle, y porque sé que vuestra merced es un buen caballero, y que cuando hubiere leido esta carta la quemará y echará las cenizas al aire; porque vuestra merced sabe que al rey nuestro señor le parecen traiciones estas confidencias, y solo por el afecto que tengo á vuestra merced, y porque le conozco, y sé que no me pondria en ningun compromiso, y porque tengo una gran confianza en la persona que ha de poner esta carta en mano de vuestra merced, y que antes se la comerá que ojos humanos fuera de vuestra merced la vean, he podido atreverme á tanto; y basta ya, porque el despacho es tanto y tan celoso el rey por que ningun asunto se demore más de lo justo, que no tengo tiempo para nada, y quisiera que los dias se volviesen años.—Guarde Dios á vuestra merced, y le dé salud y buenos sucesos. De Madrid, á 2 de setiembre de 1578.—*El cardenal Granvela.*

Guardó cuidadosamente el alcalde esta carta en un bolsillo de su loba, y se limpió con el pañuelo el sudor que le habia causado la carta del cardenal Granvela, lo que probaba hasta qué punto respetaban sus vasallos al señor rey don Felipe II.

Despues abrió el otro pliego, sobre cuya nema estaba el sello de las armas reales.

«El rey.—Luego que recibiéreis este nuestro real decreto, sin dilacion alguna saldreis de la villa de Madrigal, y os trasladareis á vuestra sala de alcaldes de casa y córte de nuestra real Chancillería de Valladolid, por convenir así á nuestro real servicio.—Dado en nuestro alcázar de Madrid, á dos dias del mes de setiembre de 1578.—*Yo el rey.*—A don Rodrigo de Santillana, alcalde de casa y córte de la real Chancillería de Valladolid.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dejó el alcalde el decreto sobre la mesa, y se volvió á limpiar el sudor que de nuevo habia cubierto su semblante.

—Besad las manos de mi parte al señor cardenal Granvela, dijo Santillana, y si habeis de descansar, quedáos en casa, donde se os preparará aposento.

—Mil mercedes, señor don Rodrigo; pero en cuanto me deis el recibo del pliego del rey nuestro señor, que os he entregado, monto á caballo, y parto á Valladolid á entregar este otro pliego al señor presidente de la Chancillería.

Escribió don Rodrigo el recibo, dióselo á Alvarado, salió éste, montó á caballo, y partió.

Con el pliego que llevaba para el presidente de la Chancillería, se llevaba el alma de don Rodrigo de Santillana.

VIII.

Antes de proseguir en lo de Madrigal, sigamos á Alvarado y hagamos con él el camino hasta Valladolid.

Tanto picó el buen hidalgo, que aunque habia salido de Madrigal á las cinco de la tarde y tenia el caballo cansado, y cansado estaba él mismo, llegó á las seis á la puerta del palacio de la Chancillería de Valladolid, y se hizo anunciar al presidente en nombre del rey.

Inútil es decir que inmediatamente fué recibido por aquel alto personaje.

Alvarado le entregó el pliego, le exigió el recibo, se lo dieron, salió, y se fué á descansar.

IX.

Hé aquí lo que el presidente leyó en el pliego que le habia entregado Alvarado.

«El rey.—Por cuanto conviene á nuestro real servicio que el alcalde de casa y córte de esta nuestra real Chancillería don Rodrigo de Santillana actúe sin distraerse en otros negocios de nuestro real servicio en su sala de alcalde de esa real Chancillería, os mandamos que para sustanciar y terminar los procesos que hubiere en la villa de Madrigal, nombreis de nuestra real órden á persona docta y competente, para que se traslade sin pérdida de tiempo á aquella villa, y entienda en comision de justicia á los procesos que en ella hubiere pendientes hasta su terminacion.—Dado en nuestro alcázar de Madrid, á dos dias del mes de setiembre de 1578.—*Yo el rey.*—Al presidente de la real Chancillería de Valladolid.»

Inmediatamente fué llamado don Luis Portocarrero, alcalde asímismo de aquella Chancillería, y enviado á Madrigal con su escribano adjunto y su correspondiente ronda de seis alguaciles, todos los cuales, quien á mula, quien á burro, se pusieron inmediatamente en camino, sin más prevencion que dinero y camisas limpias, el que pudo.

Esta seccion de justicia se encontró á mitad de camino entre Madrigal y Valladolid, con la otra seccion de justicia, compuesta de don Rodrigo de Santillana, del escribano Ruy Perez, y de seis corchetes, entre los cua-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

les iba el aporreado Lamprea, que todavía no podia enderezarse bien, á consecuencia de la paliza del pundonoroso hidalgo Cacabelos.

Saludáronse cordialmente Santillana y Portocarrero, y el primero dijo al segundo:

—Paciencia os mando para lidiar con los frailes, las monjas, los escolares y los vecinos de Madrigal, que no parece sino que el diablo se ha apoderado de una villa que era antes tan pacífica, y que tan poco daba que hacer; allá os encontrareis la mitad de los habitantes de la villa metidos en la cárcel, y tan vírgenes de proceso, como á muy pocos se les ha tomado declaracion; componéos vos allá como podais; que en cuanto á mí, si no fuera por lo que me sé y lo que Dios sabe, seria un dia de contento este, en que me veo libre de Madrigal.

—Allá nos compondremos como podamos, señor don Rodrigo; y en último caso, con ahorcar á la mitad de la villa y enviar á la otra mitad á galeras, yo os juro, que se queda Madrigal más tranquilo que un cementerio.

—Os aconsejo que antes de todo pidais consejo para hacer justicia á la señora doña Ana de Austria; porque de no, tendreis mucha razon; pero vuestra razon os valdrá lo que me ha valido á mí la mia, y os enviarán como á mí á vuestra sala, sin deciros el por qué.

—Pues en haciendo lo que vos habeis hecho, esto es, manteniendo sin doblar nuestra vara, habremos cumplido con Dios, con el rey y con nuestra conciencia.

—Así lo creo; con que adios, señor don Luis Portocarrero, que ya es bien de noche, y nos queda á entrambos mucho camino.

Estrecháronse las manos los dos alcaldes, y siguieron, Santillana para Valladolid, Llanos para Madrigal.

X.

Veamos el pliego del rey que habia recibido doña Ana de Austria:

«El rey.—Mi muy amada hija: he recibido con sorpresa vuestra queja contra don Rodrigo de Santillana, y pésame que este alcalde haya entrado con vos en contestaciones, que yo hubiera querido se evitasen de todo punto. Vos sois una persona que por su recogimiento y por su piedad está alejada del mundo, y no conoce á estas gentes de justicia, cuya gran severidad es necesario tolerar y aun aplaudir, primero, porque mandan en nuestro nombre y saben hacer que se respete, y segundo, porque con su rigorosa severidad, tienen escarmentada y temerosa á la mala gente, evitan muchos delitos, y por la salud comun, vale más que sean rigorosos que si fuesen blandos; porque la blandura no se entiende por los malos como misericordia, sino como debilidad, y abusan de ella acreciendo los delitos y perjudicando gravemente á los de buena y honrada vida. Don Rodrigo de Santillana es tal vez más severo de lo que acaso conviene; pero esto consiste en el celo con que nos sirve y nos ha servido toda su vida. En lo tocante á desacato, si hubiere sido tal que resulte en menoscabo de nuestra dignidad, por ser vos tan próxima parienta nuestra, como que sois hija de nuestro queridísimo hermano don Juan de Austria, esperando estoy vuestra queja para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

les iba el aporreado Lamprea, que todavía no podia enderezarse bien, á consecuencia de la paliza del pundonoroso hidalgo Cacabelos.

Saludáronse cordialmente Santillana y Portocarrero, y el primero dijo al segundo:

—Paciencia os mando para lidiar con los frailes, las monjas, los escolares y los vecinos de Madrigal, que no parece sino que el diablo se ha apoderado de una villa que era antes tan pacífica, y que tan poco daba que hacer; allá os encontrareis la mitad de los habitantes de la villa metidos en la cárcel, y tan vírgenes de proceso, como á muy pocos se les ha tomado declaracion; componéos vos allá como podais; que en cuanto á mí, si no fuera por lo que me sé y lo que Dios sabe, seria un dia de contento este, en que me veo libre de Madrigal.

—Allá nos compondremos como podamos, señor don Rodrigo; y en último caso, con ahorcar á la mitad de la villa y enviar á la otra mitad á galeras, yo os juro, que se queda Madrigal más tranquilo que un cementerio.

—Os aconsejo que antes de todo pidais consejo para hacer justicia á la señora doña Ana de Austria; porque de no, tendreis mucha razon; pero vuestra razon os valdrá lo que me ha valido á mí la mia, y os enviarán como á mí á vuestra sala, sin deciros el por qué.

—Pues en haciendo lo que vos habeis hecho, esto es, manteniendo sin doblar nuestra vara, habremos cumplido con Dios, con el rey y con nuestra conciencia.

—Así lo creo; con que adios, señor don Luis Portocarrero, que ya es bien de noche, y nos queda á entrambos mucho camino.

Estrecháronse las manos los dos alcaldes, y siguieron, Santillana para Valladolid, Llanos para Madrigal.

X.

Veamos el pliego del rey que habia recibido doña Ana de Austria:

«El rey.—Mi muy amada hija: he recibido con sorpresa vuestra queja contra don Rodrigo de Santillana, y pésame que este alcalde haya entrado con vos en contestaciones, que yo hubiera querido se evitasen de todo punto. Vos sois una persona que por su recogimiento y por su piedad está alejada del mundo, y no conoce á estas gentes de justicia, cuya gran severidad es necesario tolerar y aun aplaudir, primero, porque mandan en nuestro nombre y saben hacer que se respete, y segundo, porque con su rigorosa severidad, tienen escarmentada y temerosa á la mala gente, evitan muchos delitos, y por la salud comun, vale más que sean rigorosos que si fuesen blandos; porque la blandura no se entiende por los malos como misericordia, sino como debilidad, y abusan de ella acreciendo los delitos y perjudicando gravemente á los de buena y honrada vida. Don Rodrigo de Santillana es tal vez más severo de lo que acaso conviene; pero esto consiste en el celo con que nos sirve y nos ha servido toda su vida. En lo tocante á desacato, si hubiere sido tal que resulte en menoscabo de nuestra dignidad, por ser vos tan próxima parienta nuestra, como que sois hija de nuestro queridísimo hermano don Juan de Austria, esperando estoy vuestra queja para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

castigar á sangre á don Rodrigo si hubiere razon para ello. Pero si el desacato consiste más en lo que hayais visto que en lo que ello en realidad hubiere sido, si no os hubiere faltado al respeto de una manera que no fuera posible disimularlo, de príncipes es no dar á entender ni siquiera que es posible que un vasallo le falte al respeto, porque peor es moverlo que dejarlo, cuando al moverlo no hubiese de encontrarse causa bastante para entregar al cuchillo al que ha sido bastante audaz para incurrir en el desacato.—Disgustado me tiene, aunque de ello no os haga cargo, el que vuestro rosario de la Vírgen de las Azucenas haya dado ocasion al escándalo de Madrigal, en que ha sido desconocida nuestra autoridad y el respeto que se debe á las sagradas imágenes y á las cosas santas; yo creo, mi muy querida hija, que teneis el corazon demasiado blando, y habeis oido más á las lágrimas y á las súplicas de las familias de los presos, que al esplendor de la justicia y á lo inviolable de nuestra dignidad real. Lamentable es que por las malas costumbres que cunden entre la gente, sucedan alborotos como el de Madrigal; pero lo que es necesario reprimir de todo punto, es la soberbia de los que al mandar la justicia en nuestro nombre desobedecen y nos ofenden, y ofendiéndonos, dan en el feo delito de traicion. Vos decís que aquello fué inevitable; que fué un acaso, que si no obedecieron á don Rodrigo de Santillana, fué porque con el tumulto no le oyeron; que gran parte de la villa se puso al lado de la justicia; que duró poco el alboroto, y que por milagro no resultaron personas muertas ni mutiladas. Decís que los que están

presos son los más honrados, los más cristianos y los más laboriosos de Madrigal; lo mismo me dicen el prior de los Agustinos y el corregidor de la villa; y como esto es ya una informacion bastante acerca de esos desagradables sucesos, vos por persona real, y el prior de los Agustinos por persona calificada, y el corregidor por su oficio, bastais para producir una prueba completa, vengo en indultar de las penas á que se hayan hecho acreedores todos los que tomaron parte en el alboroto de la madrugada del 15 de agosto pasado, y que se sobresean los procesos, salvo que se aperciba á los presos, antes de ponerlos en libertad, que si reincidieren en el mismo delito, no les servirá el indulto que hoy les otorgo, y les será cargado lo que antes hicieron con lo que despues hicieren para la pena. Con esta mi carta particular para vos, va mi real carta de gracia á peticion vuestra para los delincuentes, y os encargo, que con esa nuestra real carta de gracia contesteis á las exposiciones de los frailes agustinos y del ayuntamiento de esa villa.—Los dos recomendados que me enviásteis para que se hiciese al uno corregidor en Indias, y al otro abastecedor de nuestros ejércitos de Flandes, están ya favorablemente despachados; pero os rogamos, nuestra muy querida hija, que no seais tan blanda de entrañas para los pretendientes, porque ó nos comerán por el pié, ó tendré yo el disgusto de no atender como quisiera á todas vuestras recomendaciones.—Sé que van á veros á Madrigal, á fin de que les sirvais de intercesora para conmigo en los asuntos de aquel reino, el duque de Coimbra y otros dos grandes señores de Portugal, que han estado algu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos dias en la córte, y han dicho á todo el mundo que no me pedirán audiencia sino cuando se me presenten con cartas de recomendacion vuestras para mí. Este asunto es muy grave, y quiero que andeis con mucha prudencia, y os tomeis tiempo y me aviseis de todo secretamente, para lo cual he mandado poner postas en el camino, y á fin de que vuestras cartas puedan llegar á mí en veinticuatro horas. Recibidlos un dia, oidlos, comunicadme en seguida lo que os dijeren, y no volvais á recibirlos bajo pretesto de enfermedad ó con otra escusa hábil, hasta que yo os haya escrito aconsejándoos lo que debeis decirles; porque en estos negocios de Portugal es necesario andar muy alerta, y vos podreis descubrir más que yo si los viera, porque con vos no estarán tan sobre aviso.—Guárdeos Dios muchos años, mi muy querida hija, y no os olvideis en vuestras oraciones de rogar á Dios por vuestro tio, *el rey don Felipe*.—A la señora doña Ana de Austria.»

Esta carta estaba escrita de la cruz á la fecha por el rey, y dejaba conocer en la manera de su escritura que habia sido escrita muy despacio.

A doña Ana, que no era tan cándida como su real tio creia, se la alegró el alma al leerla.

El rey no desconfiaba de ella.

La quitaba de encima á don Rodrigo de Santillana, indultaba á los de la villa, expresando que lo hacia por su recomendacion, lo que debia doblar el afecto de los de Madrigal hácia ella, y lo que era infinitamente mejor, nada sospechaba de la ida á Madrigal del duque de Coimbra, del marqués de Almeida y del conde de Novoa.

Era más de lo que podia desearse.

Como eran las seis de la tarde, y aún quedaban dos horas para la noche, doña Ana mandó llamar inmediatamente á don Rodrigo de Santillana, con la no benévola intencion de quemarle la sangre, haciéndole dar cumplimiento por sí mismo á la real carta de gracia.

Pero cuando Cacabelos llegó á casa del alcalde, encontró que éste habia ya levantado el campo y desaparecido sin haberle dicho á nadie á donde iba; porque si bien es cierto que Santillana era tremendo para hacerse obedecer, era de la misma manera exagerado en la obediencia, y sin tomarse tiempo más que para quemar la carta del cardenal Granvela, y para que le hiciesen la maleta, se puso en camino con Ruy Perez y su ronda, y llevaba ya cerca de una hora de camino cuando Cacabelos fué á buscarle.

XI.

Sintiólo mucho doña Ana, porque perdia la ocasion de mortificar á don Rodrigo, y hubo de contentarse con la mortificacion que ya don Rodrigo tenia en el cuerpo; pero para no dilatar la ejecucion del indulto del rey, envió la carta de gracia al corregidor de la villa, que como sabemos estaba preso en su casa por don Rodrigo, y que se encontró legítimamente libre por la carta de gracia del rey, y en el mismo punto se fué á la cárcel á darla cumplimiento, poniendo en libertad á los presos.

Despues, y con toda la solemnidad de pregon real, la carta de gracia fué publicada en la plaza y en los demás

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lugares de costumbre de la villa, en medio de una multitud frenética de alegría, que victoreaba al rey y á doña Ana de Austria.

XII.

Cuando el duque de Coimbra, el marqués de Almeida y el conde de Novoa entraron en Madrigal, era de noche, y lo que vieron les causó una indecible satisfaccion portuguesa.

No habia casa, por pobre que fuese, en Madrigal, en que no hubiese como iluminacion al menos un pobre candil, y las campanas de la villa repicaban, y los vecinos, viejos, mozos, mujeres y niños, andaban de acá para allá, ébrios de alegría.

Como los buenos señores portugueses habian enviado delante sus mayordomos para que les buscasen hospedaje, el diablo se les metió en el cuerpo, les removió la vanidad, y creyeron no menos, que sabedores los de la villa por sus mayordomos de que tres tan altos personajes iban á honrarla, no habian podido menos de iluminar sus casas y echar á vuelo las campanas para recibirlos.

El duque de Coimbra mandó hacer alto, llamó á su secretario, y del mismo modo llamaron á los suyos los otros dos señores, y les mandaron que descargasen de las acémilas las maletas en que iba el dinero, y fuesen algunos criados arrojando monedas á las gentes para corresponder de este modo al digno recibimiento que les hacia Madrigal.

Hízose así, y los de la villa que veian aquello, no acertaban por qué los criados que iban á caballo delante de los coches, arrojaban á derecha é izquierda dinero; pero lo recogian con algazara, y la gente acudia y se aumentaba en derredor de los criados, que sérios y graves como buenos portugueses, arrojaban de cuando en cuando puñados de monedas de plata.

A cada momento, los tres señores, engañados por aquella algazara, se pavoneaban más, cuando hé aquí que un pobre clérigo que acertó á pasar y vió aquello, dijo á los criados:

—¿Por qué tirais dinero, como si se tratara de bautizo de príncipe ó boda de rey?

—Mándanlo así sus excelencias el ilustrísimo señor duque de Coimbra, y el ilustrísimo señor marqués de Almeida, y el ilustrísimo señor conde de Novoa, dijo en portugués reventando de hinchazon uno de los criados.

—¿Y por qué mandan eso vuestros amos? dijo admirado el clérigo.

—Para corresponder como nobles portugueses al recibimiento que les hace la ilustre villa de Madrigal.

Soltaron la carcajada, no solo el clérigo, sino tambien la multitud que rodeaba á los criados, que se pusieron pálidos de cólera al ver que se burlaban de ellos.

—¿Y por qué os reis? ¡Cuerpo de Cristo! gritó fuera de sí echando mano á la espada y mirando fosco en torno suyo.

—¿Por qué nos hemos de reir, sino porque estais locos? dijo un estudiante de los que acababan de ser puestos en libertad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Ah, castellano ruin! Pues ya verás si estamos locos ó no, dijo el portugués tirando de la espada y echándole el caballo encima al estudiante, que se hizo atrás y soltó el trapo á reir al mismo tiempo que caia una tempestad de silbidos sobre los portugueses.

El acometedor dejó caer el brazo, y se quedó mudo y helado.

Aquellos silbidos habian herido de muerte su vanidad, y como criado portugués de un gran señor, muerta su vanidad, era hombre muerto.

Oyóse entonces, partiendo de uno de los coches, una voz que gritaba:

—Sebastian, Sebastian, ¿qué es eso?

Sebastian no contestó por la sencilla razon de que se habia quedado convertido en una estátua y no oia.

—Esto es, señor, dijo el eclesiástico que habia hablado antes, acercándose al coche, que vuestra excelencia se ha engañado.

—¿Y por qué me he engañado yo? dijo con énfasis el duque de Coimbra.

—Porque vuestra excelencia ha creido que las luminarias que se ven en la calle y el repique de las campanas es por la venida de vuestra excelencia á Madrigal, dijo mesuradamente el clérigo.

—¿Y por qué son sino? dijo con doble énfasis el duque de Coimbra.

—¡Ah, señor! Por un magnánimo rasgo de clemencia del rey nuestro señor. Sabed, que sin la real carta de gracia que esta tarde se ha pregonado, dentro de poco hubieran sido ahorcados muchos infelices, y echados á

galeras infinitos hombres; hoy, por la clemencia de nuestro amado rey, todos esos desgraciados están libres; sus familias los han visto volver perdonados, y sin que nadie se lo mande, el vecindario ha encendido luminarias, y se han echado á vuelo las campanas: todos andan locos de alegría, porque hubiera sido horrible ver tanta muerte, tanta desdicha, tanta familia desesperada. Dios bendiga al rey nuestro señor y le proteja; oid.

En aquel momento una turba que entraba en la calle, gritaba con frenesí:

—¡Viva nuestro señor el rey don Felipe! ¡Viva la señora doña Ana de Austria!

Y los vivas se repetian sin cesar.

—Ya lo veis, señor, dijo el clérigo; en Castilla no se encienden luminarias ni se echan las campanas á vuelo más que por Dios y por el rey; ¡y si siempre fuera por esta causa! ¡Si los reyes supieran que vale más y á más obliga la clemencia que el castigo!

Quedóse el duque de Coimbra tan sin voz y tan hecho estátua como se habia quedado antes su mayordomo; pero recobrándose, dijo:

—Y bien, no importa; personas somos las que aquí venimos, que bien merecemos las luminarias y los repiques.

Y luego gritó asomándose más por la portezuela:

—¡Sebastian! sigue arrojando dinero por el duque de Coimbra, en albricias de la clemencia del rey, nuestro señor; ¡viva el rey!

El nombre del duque de Coimbra, unido á aquel rasgo de generosidad y á aquel *viva* al rey, cambió como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por encanto la disposicion de ánimo de los buenos y espansivos castellanos, que siguieron adelante hácia la plaza rodeando los coches, recogiendo el dinero que arrojaban los criados, y gritando con un creciente entusiasmo:

—¡Viva el rey, nuestro señor! ¡Viva doña Ana de Austria! ¡Viva España!

Y de tiempo en tiempo se oia:

—¡Vivan los nobles portugueses!

La vanidad del duque de Coimbra y de sus dos ilustres compañeros, y la de todos los portugueses que allí iban, se sintió satisfecha.

XIII.

Así llegaron á la pastelería de Gabriel de Espinosa, que era la mejor posada que habian encontrado en el pueblo los mayordomos, ó por mejor decir, el lugar fijado para la estancia, aunque por disimular, se habian visitado algunas otras posadas.

Duraron las luminarias, los repiques y la algazara, hasta la oracion de las ánimas, en que el corregidor, que rondaba para evitar otro alboroto que fuese peor que el pasado, fué mandando á los que andaban por las calles se recogiesen á sus casas.

Callaron las campanas, se apagaron las luces, y Madrigal quedó desierto, envuelto entre la sombra y el silencio.

CAPITULO IX.

¿Era rey ó impostor?

I.

Los tres magnates portugueses ocupaban una gran sala en el piso superior de la pastelería.

En aquel piso solo habitaban ellos entonces, y al otro extremo de un corredor, Gabriel de Espinosa y Sayda Mirian con su hija.

Gil Perez, los mozos y las criadas de la pastelería, dormian en el piso bajo.

Los tres mayordomos de los tres señores habian sido aposentados tambien en el piso bajo.

Los demás criados estaban en otras posadas.

II.

El duque de Coimbra sabia, porque así se lo habia escrito fray Miguel de los Santos, que la noche que pasase en Madrigal, al dar las doce, abriese la puerta de su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por encanto la disposicion de ánimo de los buenos y espansivos castellanos, que siguieron adelante hácia la plaza rodeando los coches, recogiendo el dinero que arrojaban los criados, y gritando con un creciente entusiasmo:

—¡Viva el rey, nuestro señor! ¡Viva doña Ana de Austria! ¡Viva España!

Y de tiempo en tiempo se oia:

—¡Vivan los nobles portugueses!

La vanidad del duque de Coimbra y de sus dos ilustres compañeros, y la de todos los portugueses que allí iban, se sintió satisfecha.

XIII.

Así llegaron á la pastelería de Gabriel de Espinosa, que era la mejor posada que habian encontrado en el pueblo los mayordomos, ó por mejor decir, el lugar fijado para la estancia, aunque por disimular, se habian visitado algunas otras posadas.

Duraron las luminarias, los repiques y la algazara, hasta la oracion de las ánimas, en que el corregidor, que rondaba para evitar otro alboroto que fuese peor que el pasado, fué mandando á los que andaban por las calles se recogiesen á sus casas.

Callaron las campanas, se apagaron las luces, y Madrigal quedó desierto, envuelto entre la sombra y el silencio.

CAPITULO IX.

¿Era rey ó impostor?

I.

Los tres magnates portugueses ocupaban una gran sala en el piso superior de la pastelería.

En aquel piso solo habitaban ellos entonces, y al otro extremo de un corredor, Gabriel de Espinosa y Sayda Mirian con su hija.

Gil Perez, los mozos y las criadas de la pastelería, dormian en el piso bajo.

Los tres mayordomos de los tres señores habian sido aposentados tambien en el piso bajo.

Los demás criados estaban en otras posadas.

II.

El duque de Coimbra sabia, porque así se lo habia escrito fray Miguel de los Santos, que la noche que pasase en Madrigal, al dar las doce, abriese la puerta de su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aposento, y viese si frente á ella, al otro extremo de un corredor, se veia otra puerta abierta, y tras aquella puerta el reflejo de una luz.

En ese caso los tres señores debian abrir silenciosamente su puerta, atravesar sin hacer ruido el corredor, procurando que no se sintiesen sus pisadas, pasar de aquella puerta abierta, cerrarla y llamar recatadamente á otra puerta que encontrarian cerrada en aquel mismo aposento.

III.

El duque de Coimbra, para cumplir con más exactitud lo que se le habia prevenido, cuando llegó la media noche volvió á leer y leyó á sus compañeros la carta en que aquello se le prevenia.

Luego, y como la hora era llegada, los tres grandes llegaron á las puertas de su aposento con el corazon palpitante y la abrieron.

Al fondo de un espacio oscuro, se veia una puerta abierta á causa del reflejo de una luz.

Ninguno de los tres personajes dió un paso; los tres se miraron pálidos y conmovidos.

Era aquella una situacion solemne.

—Si no se nos ha engañado, dijo el duque de Coimbra, dentro de poco vamos á ver á nuestro noble y desgraciado rey don Sebastian. ¿Os acordais vos bien de él, Almeida? ¿Y vos, Novoa?

—¡Oh, sí! dijo Almeida, le he tratado harto; y luego, yo estaba á su lado aquel funesto dia en Alcázar-Kivir;

el rey habia perdido el yelmo, peleaba con la cabeza descubierta, recibió un herida en la cabeza, vaciló, pero no cayó, y siguió arremetiendo.

—Poco despues recibió una herida en la mano izquierda, dijo el conde de Novoa, y sin embargo no perdió las bridas.

—Yo habia caido antes de que el rey perdiese el yelmo, dijo el duque de Coimbra, yo caí al caer el estandarte real, despues de haber visto al rey herido en la cabeza.

—Yo fuí hecho cautivo algun tiempo despues, dijo el conde de Novoa, y ya no ví al rey, que se habia revuelto con los ginetes moros.

—Yo le conoceria en el juicio final entre todos los muertos, dijo el duque de Coimbra; yo estoy seguro de reconocerle si está vivo, como reconocí su retrato cuando hace algunos años nos le presentó en Lisboa aquel enviado de la República de Venecia.

—Como le conocimos todos, dijo Novoa.

—Pero un retrato no es un hombre; ¿estais seguros, amigos, de que reconocereis sin equivocaros al rey don Sebastian?

—¡Sí, por mi honor! dijo Almeida.

—¡Sí, por mi honor y por la salvacion de mi alma! añadió Novoa.

—Tened presente, caballeros, dijo creciendo en solemnidad el anciano duque de Coimbra, bajando la voz que se hacia á cada momento más conmovida, atrayéndolos á sí asidos por las manos; tened muy en memoria, que si cuando nosotros volvamos á Portugal decimos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en voz muy baja, pero que sin embargo resonará en el corazon de todos los portugueses, que nuestro rey vive, que está en Castilla, que le hemos hablado (y el duque de Coimbra agitaba cada vez con más fuerza las manos de sus amigos), Portugal entero se preparará en silencio al combate, y cuando una noche digamos con la voz de una campana: ¡Alzáos, portugueses, vuestro rey pisa ya las playas de Lisboa! ¡A combatir, á perder la vida por don Sebastian y por Portugal! no habrá un solo brazo portugués en Lisboa que no esté armado, no habrá un solo brazo armado que no hiera, no habrá un solo corazon que tiemble; pero para triunfar necesitamos de la ayuda de Dios, y no podemos tenerla si no tenemos de nuestra parte la razon y el derecho; si el hombre á quien vamos á ver es el rey don Sebastian, para saber lo cual hemos venido, la razon y el derecho son nuestros, porque el rey don Sebastian es el rey legítimo de Portugal, si vive. Pero si es un impostor, si nos engañamos, por desgracia, el rey legítimo de Portugal, doloroso es decirlo, pero es cierto, es el rey don Felipe. Ved, pues, cuánto importa que no nos engañemos; ved, pues, cuánto es necesario que no nos dejemos alucinar por las apariencias y por el deseo.

—Estoy seguro de no engañarme; si la persona que vamos á ver dentro de un momento no es el rey don Sebastian, si es un impostor, le mato como un perro, dijo enérgicamente Almeida.

—Y yo, dijo Novoa.

—Y yo tambien, añadió el duque de Coimbra; ahora bien, amigos mios, vamos á salir de dudas.

Los tres salieron, se encaminaron silenciosamente á la puerta que se veia al otro extremo del corredor, pasaron por ella, y llamaron con recato á otra puerta que habia dentro del aposento.

IV.

Abrióse aquella puerta, y el duque de Coimbra y los otros dos señores retrocedieron.

Quien habia abierto la puerta era Sayda Mirian.

Pero no Sayda Mirian con el humilde traje de campesina castellana, sino Sayda Mirian con un magnífico traje de dama veneciana, con los cabellos bellamente peinados, pero sin una sola joya de precio.

Sayda Mirian no las tenia ya.

Estaba tan hermosa con su traje de terciopelo negro, severo y sencillo, rebosaban de ella tal majestad y tal dominio, resplandecia tanto su hermosura, que los tres nobles portugueses, que no esperaban encontrar una dama tal como Sayda Mirian, se asombraron, se sintieron dominados.

—¿Sois, caballeros, el duque de Coimbra, el marqués de Almeida y el conde de Novoa, diputados del reino de Portugal? dijo con acento grave y sereno Sayda Mirian.

—Sí, señora, nosotros somos.

—¿Traeis con vos, señor duque de Coimbra, una señal por la cual se os pueda reconocer?

—Sí, señora; dijo el duque de Coimbra, sacando de debajo del justillo un objeto envuelto en sedas que desenvolvió y entregó á Sayda Mirian.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este objeto era un retrato de Gabriel de Espinosa, el mismo que se habia hecho en Venecia y que el Consejo de los Diez habia enviado á Lisboa por medio del esbirro Nicolino Razzi.

Sayda Mirian miró aquel retrato, le conservó en su poder, y dijo á los portugueses:

—Pasad, señores; la persona que buscais os espera.

Y volviéndose, se encaminó lenta, magnífica, majestuosa, á una habitacion inmediata.

Los tres nobles siguieron tras ella.

—Indudablemente, decia para sí el viejo duque de Coimbra, mientras seguia á Sayda Mirian, esta dama es una persona real; sin duda es la sobrina del rey don Felipe, doña Ana de Austria; pero esta señora es monja; ¿cómo está á estas horas fuera del convento?

V.

Entraron al fin en la habitacion que ya conocemos: en la habitacion que ocupaba en la pastelería Sayda Mirian.

Sentado junto á la mesa en que habia dos candeleros de cobre con velas de cera, con un traje negro de patricio veneciano, puesto el birrete y con espada y puñal á la cintura, estaba Gabriel de Espinosa.

La espada que llevaba ceñida con rica empuñadura de oro, con corona real en el pomo, era la misma con que habia combatido el rey don Sebastian en la batalla de Alcázar-Kivir, y que, como sabemos, habia recogido del campo de batalla Sidy-Juzef-Al-Hhayzarí, padre de Sayda Mirian.

VI.

Gabriel de Espinosa permaneció un momento mirando fijamente á los tres magnates portugueses, que por su parte, estaban mudos de asombro y de alegría.

Habian visto ó creido ver, que nosotros no lo sabemos, al rey don Sebastian.

La verdad es, que si Gabriel de Espinosa no era el rey don Sebastian, su actitud, su mirada, la expresion de su semblante, eran las de un rey.

Sayda Mirian completaba la fascinacion de su grande y majestuosa hermosura, apoyada en el respaldo del sillon donde estaba sentado Gabriel de Espinosa, y fijando en los enviados portugueses una mirada grave y tranquila.

VII.

Gabriel de Espinosa permaneció por un momento sentado é inmóvil, y luego se puso lentamente de pié.

Sayda Mirian dejó de apoyarse en el respaldo del sillon, y Gabriel de Espinosa, que la tenia á su izquierda, la asió de la mano.

Los tres nobles, cuya fascinacion, cuya turbacion, cuya alegría aumentaban de momento en momento, cayeron de rodillas.

—¿Por qué te arrodillas tú delante de mí, ilustre duque de Coimbra, y vosotros, noble marqués de Almeida, valiente conde de Novoa, que no doblais la rodilla sino ante Dios ó el rey?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El viejo duque de Coimbra miraba anhelante á Gabriel de Espinosa. Estaba pálido, tembloroso, queria hablar y no podia; la conmocion embargaba su voz.

Otro tanto acontecia á Almeida y á Novoa.

Pero el semblante de los tres rebosaba la alegria y el orgullo.

Veian ó creian ver delante de sí á su querido, á su llorado, á su anhelado rey don Sebastian.

Sayda Mirian observaba con ansiedad mortal aquel reconocimiento mudo, pero indudable, de los tres nobles portugueses.

La mano de Mirian apretaba febril y temblorosa la mano de Gabriel, que miraba conmovido la turbacion de los tres nobles y leales portugueses.

—¡Señor, señor! dijo el duque de Coimbra, que al fin pudo hablar, con acento supremo y solemne: ¡con qué no habeis muerto! ¡Con qué Portugal puede al fin entregarse á la alegria y arrojar la vaina de la espada para combatir al lado de vuestra majestad, y ó con vuestra majestad morir, ó con vuestra majestad ser libre!

—Alzad, caballeros, dijo con voz serena Gabriel de Espinosa, y como quien está acostumbrado á recibir el homenaje de sus vasallos.

Los tres nobles se pusieron de pié.

Gabriel de Espinosa permaneció tambien de pié como un rey en audiencia, teniendo á Mirian asida de la mano.

—¿Estais seguros, señores, dijo Gabriel de Espinosa sin perder ni un solo momento su serenidad y su facilidad en las maneras de rey, estais seguros de que



..... Alzad caballeros.

yo soy don Sebastian de Portugal y no un impostor?

—Sí, sí, vuestra majestad es nuestro rey don Sebastian de Portugal, exclamaron los tres nobles.

—Ved lo que decís, dijo severamente Gabriel de Espinosa, no sea que si soy vencido me negueis despues.

—Si sois vencido, señor, dijo el duque de Coimbra, no podremos negaros, porque habremos muerto combatiendo á vuestro lado.

—Por última vez, señores, ¿estais seguros de que yo soy el rey don Sebastian?

—Sí, sí, señor, contestaron los tres.

—Pues bien, dijo Gabriel de Espinosa presentándoles á Sayda Mirian: hé aquí á mi esposa; hé aquí á vuestra reina, doña María de Souza, que ha partido su destierro en Africa conmigo.

—¡Qué! ¿Su majestad la reina vuestra esposa, dijo el anciano duque de Coimbra, es la noble doncella africana á quien vuestra majestad debe la vida, á quien Portugal debe su rey? ¡Ah, señora! Permítame vuestra majestad besar su mano en nombre de Portugal agradecido.

Sayda Mirian se quitó la mano de sobre los ojos á donde la habia llevado para ocultar su conmocion, y la tendió al duque de Coimbra, que la besó de rodillas, y sucesivamente Almeida y Novoa, que á seguida besaron la mano de Gabriel.

Sayda Mirian lloraba de alegría, de felicidad.

Gabriel la amaba, no podia dudar de ello.

Doña Ana de Austria no era para él más que un medio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII.

Sayda Mirian se separó de repente de Gabriel, fué á la cuna, tomó á la pequeña Gabriela en brazos, y la presentó á los tres nobles:

—Hé aquí nuestra hija Gabriela de Portugal, dijo Sayda Mirian con un acento tal, que se comprendia claramente que no dudaba, que creía, como los tres nobles, que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian.

Sayda Mirian estaba engrandecida, más hermosa, más noble, más régia, por decirlo así, que nunca.

Se la habian quitado del alma dos pesos enormes. El uno, la duda de si Gabriel la amaba ó no; el otro, la duda de si Gabriel de Espinosa era ó no el rey don Sebastian.

Aquellas dos terribles dudas la habian agoviado durante diez y ocho años, y al verse libre de ellas era completamente feliz.

Los tres portugueses estaban trasportados de alegría, de entusiasmo.

Habian ido á buscar á don Sebastian, y no solo le habian encontrado, sino que habian encontrado una familia real.

Además de eso, aquella mujer, tan noble y tan hermosa, les hablaba como Gabriel, con el lenguaje pátrio, esto es, en el más correcto y puro portugués.

IX.

El duque de Coimbra y los otros dos señores besaron tambien la mano de la pequeña Gabriela.

A más de eso, Sayda Mirian, como no podia encubrirse, como estaba erguida, dejaba conocer á las claras su avanzado estado interesante, como hoy se dice, lo que notaban con alegría los portugueses, porque podia muy bien suceder que la criatura que llevaba aún en su seno Sayda Mirian, fuese un varon en vez de una hembra, ó lo que para ellos era lo mismo, un príncipe real en vez de una infanta.

—Por las palabras que has pronunciado, primo duque de Coimbra, dijo Sayda Mirian que estaba aleccionada por Gabriel de Espinosa acerca de cómo debia de hablar y tratar á los portugueses, por lo que te he oido, conoces mi historia.

—Nos la ha referido Guillen de Souza, arrancándonos lágrimas de entusiasmo por vuestra majestad, y de despecho porque no podíamos expresar á vuestra majestad nuestro amor y nuestro agradecimiento; Guillen de Souza, señora, nos ha dicho cuanto ha hecho vuestra majestad por su esposo el rey nuestro señor; sabemos que sin vuestra majestad, nuestro rey hubiera perecido abandonado entre los cadáveres del campo de batalla de Alcázar-Kivir, donde todos caimos el terrible dia 4 de agosto de 1574; todos sabemos que vuestra majestad veló junto al lecho de nuestro rey, disputándole á la muerte, y Portugal, que ha sabido esto con enterneci-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII.

Sayda Mirian se separó de repente de Gabriel, fué á la cuna, tomó á la pequeña Gabriela en brazos, y la presentó á los tres nobles:

—Hé aquí nuestra hija Gabriela de Portugal, dijo Sayda Mirian con un acento tal, que se comprendia claramente que no dudaba, que creía, como los tres nobles, que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian.

Sayda Mirian estaba engrandecida, más hermosa, más noble, más régia, por decirlo así, que nunca.

Se la habian quitado del alma dos pesos enormes. El uno, la duda de si Gabriel la amaba ó no; el otro, la duda de si Gabriel de Espinosa era ó no el rey don Sebastian.

Aquellas dos terribles dudas la habian agoviado durante diez y ocho años, y al verse libre de ellas era completamente feliz.

Los tres portugueses estaban trasportados de alegría, de entusiasmo.

Habian ido á buscar á don Sebastian, y no solo le habian encontrado, sino que habian encontrado una familia real.

Además de eso, aquella mujer, tan noble y tan hermosa, les hablaba como Gabriel, con el lenguaje pátrio, esto es, en el más correcto y puro portugués.

IX.

El duque de Coimbra y los otros dos señores besaron tambien la mano de la pequeña Gabriela.

A más de eso, Sayda Mirian, como no podia encubrirse, como estaba erguida, dejaba conocer á las claras su avanzado estado interesante, como hoy se dice, lo que notaban con alegría los portugueses, porque podia muy bien suceder que la criatura que llevaba aún en su seno Sayda Mirian, fuese un varon en vez de una hembra, ó lo que para ellos era lo mismo, un príncipe real en vez de una infanta.

—Por las palabras que has pronunciado, primo duque de Coimbra, dijo Sayda Mirian que estaba aleccionada por Gabriel de Espinosa acerca de cómo debia de hablar y tratar á los portugueses, por lo que te he oido, conoces mi historia.

—Nos la ha referido Guillen de Souza, arrancándonos lágrimas de entusiasmo por vuestra majestad, y de despecho porque no podíamos expresar á vuestra majestad nuestro amor y nuestro agradecimiento; Guillen de Souza, señora, nos ha dicho cuanto ha hecho vuestra majestad por su esposo el rey nuestro señor; sabemos que sin vuestra majestad, nuestro rey hubiera perecido abandonado entre los cadáveres del campo de batalla de Alcázar-Kivir, donde todos caimos el terrible dia 4 de agosto de 1574; todos sabemos que vuestra majestad veló junto al lecho de nuestro rey, disputándole á la muerte, y Portugal, que ha sabido esto con enterneci-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

miento, ama á vuestra majestad, señora, y enloquecerá de alegría al verla sobre su trono, enriquecida con todas las dotes que el Altísimo puede dar á una dama: virtud, valor, grandeza y hermosura.

—¡Ah! no más, caballero, no más; ¡yo me siento morir de felicidad! dijo Sayda Mirian dejándose caer con su hija en los brazos sobre un sillon. ¡Yo no sabia lo que era ser feliz!

Y rompió á llorar; pero con un llanto de alegría, de placer, sonriendo al mismo tiempo, con una sonrisa que iluminaba su hermosura, con algo de divino, y besando á su hija con un amor inmenso.

Sayda Mirian era un poema que exhalaba de sí una fragancia deliciosa, y envueltos en la atmósfera mágica que rodeaba á Sayda Mirian los tres nobles portugueses reventaban, por decirlo así, de orgullo y de entusiasmo.

—La conoceis y la admirais, dijo Gabriel de Espinosa señalando á Sayda Mirian; comprendeis con cuanta razon la amo, con cuanta razon he puesto sobre su cabeza la corona que de derecho me pertenece, y que podrá convertirse en la corona del martirio; pero sin dejar jamás de ser la corona de mis padres y de mis abuelos: la corona de Portugal. La conoceis, conoceis á mi hija, sabeis que en las entrañas de mi esposa, porque harto claro se deja ver su estado, hay otro hijo mio, que verá pronto la luz, y que ó me engañan las señales que tengo, ó será príncipe. Pues bien, caballeros, puesto que sois diputados de mi reino de Portugal, puesto que mi reino os ha dado ámplios poderes para todo, jurad sobre la espada de vuestro rey, por vuestro honor y por vuestra

alma, en nombre de mi reino de Portugal, lo que vuestro rey os vá á decir.

Y Gabriel de Espinosa desnudó la indudable espada del rey don Sebastian, y presentó su brillante y ancha hoja á los tres nobles, que cruzaron sobre la espada real sus tres espadas desnudas.

—¿Reconoceis y jurais por reina vuestra á mi esposa doña María de Souza? dijo Gabriel de Espinosa.

—Sí; la reconocemos y la juramos por nuestra reina, ante Dios, ante la Santa Vírgen María, ante San Dionisio, nuestro patron, y en nombre del reino de Portugal, por nuestro honor y sobre nuestras armas, dijo el duque de Coimbra, cuyas palabras iban repitiendo inmediatamente los otros dos nobles.

—¿Reconoceis y jurais del mismo modo por vuestros príncipes á mis dos hijos, sus altezas la princesa doña Gabriela y el infante que ha de nacer, mediante Dios?

Los tres nobles juraron solemnemente.

—¿Jurais, añadió Gabriel de Espinosa, cuya voz se hacia á cada momento más solemne, si yo muero antes de llegar á Portugal ó en la demanda de mi trono, sostener con las armas hasta morir, los derechos de la reina mi viuda y los de los dos príncipes mis hijos?

Los tres magnates otorgaron con entusiasmo aquel juramento.

—Miradlo bien, repitió Gabriel de Espinosa acreciendo en solemnidad; mirad que una desgracia cualquiera puede hacer que yo muera ahorcado como un impostor, á manos de mi tio el rey don Felipe.

—Vengaremos á vuestra majestad, y pondremos en

el trono á aquel de vuestros hijos á quien el trono corresponda, ó Portugal quedará reducido á sangrientos escombros.

—Que Dios premie vuestra lealtad si así lo haceis; y si no lo hiciéreis, que Dios os maldiga por vuestra cobardía y por vuestra traicion.

—Amen; dijeron los tres nobles, dando á aquel amen la fuerza de un solemnísimo juramento.

Gabriel de Espinosa retiró su espada y la envainó.

Lo mismo hicieron los tres nobles.

—Escuchad ahora, dijo Gabriel de Espinosa: nadie nos oye; nadie sabe que vosotros conoceis al pastelero de Madrigal; vivís en su casa, como por casualidad, como huéspedes que pagan su posada; cuando me encontráreis con mi humilde, pero necesario disfraz de hombre comun y villano, miradme como miraríais á vuestro huésped el pastelero: ni más ni menos; tratadme con altivez; yo daré ocasion á que delante de todo el mundo me trateis con desprecio; es necesario engañar á mi tio el rey de España, que tiene ojos y oidos en todas partes. Del mismo modo, cuando encontráreis á la reina disfrazada con el humilde traje de labriega castellana, con la princesa doña Gabriela humildemente vestida en los brazos, guardáos de rendirla la más leve demostracion de respeto; ni aun siquiera lleveis las manos á vuestros capacetes; obrad como obraríais si solo supiéseis que era la hermosa nodriza de la hija de un pastelero, tal vez la manceba de un pastelero. Es necesario pasar ese triste camino; es necesario mentir; es necesario que el rey crea que solo habeis venido para tomar por intercesora

con él, á mi prima doña Ana de Austria; os dirá que está destinada á ser mi esposa; guardáos de hacerla comprender que yo la engaño, como por necesidad lo hago. Lo que sucede es inevitable: así lo ha querido Dios; me he visto abandonado por Venecia y por Francia; se me han cerrado las puertas de Inglaterra; no he podido esperar en un reino amigo á que Portugal se prepare para el combate, y ha sido una fortuna que fray Miguel de los Santos haya podido seducir, engañar, á doña Ana de Austria, á fin de que sin que el rey de España pueda sospechar, pudiérais venir á reconocerme, para volver á testificar á los portugueses que su rey vive, y está dispuesto á morir, no solo por recobrar su corona, sino tambien por volver á su pátria su perdida libertad; que lo que ha sucedido aquí, quede guardado profundamente en vuestra conciencia; que nadie lo sepa hasta que volvais á Portugal; toma mi espada y guárdala, duque de Coimbra; en mi poder la espada de los reyes de Portugal es un peligro; guárdala tú, noble descendiente de los heroicos duques de Coimbra; guárdala para entregarla á tu rey, desnuda y pronta á herir cuando tu rey pise armado la querida, la suspirada playa de Lisboa.

—¡Ah, señor! dijo el duque de Coimbra con las lágrimas en los ojos tomando la espada y besándola en la cruz, donde estaban esmaltadas las armas de Portugal; Dios quiera que no tarde el dia en que yo devuelva á vuestra majestad esta arma sagrada, para que en las manos de vuestra majestad sea la espada terrible como el rayo de la pátria esclava, que rompe sus cadenas y se levanta para combatir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Guárdala, y sé prudente; como desaparece esa espada en tus manos, los trajes que vestimos desaparecerán tambien; nada nos quedará, sino lo que buenamente puede pertenecer á un villano.

—Por lo mismo, mis buenos amigos, dijo Sayda Mirian levantándose y dejando en la cuna á la pequeña Gabriela que se habia dormido, para en el caso de que sobrevenga un registro fortuito, la reina va á daros algunas alhajas que valen muy poco para lo que somos, pero que causarian sospechas encontradas en poder de unos pobres villanos.

Y Sayda Mirian se acercó á una arca de pino, la abrió, sacó un cofrecito de oro labrado con arabescos esmaltados, y le llevó sobre la mesa y le abrió.

—Aquí están, amigos mios, las ajorcas y las arracadas que yo tenia sobre mí cuando encontré casi cadáver en Alcázar-Kivir al rey, mi señor; aquí están tambien la gargantilla, la cruz de oro, las arracadas y los brazaletes que yo llevaba puestos el dia en que me desposé en Africa con vuestro rey; aquí está la cruz que pendia del cuello de mi primer hijo muerto; aquí la cruz de mi hija doña Gabriela; toma tú, duque de Coimbra, esta es la cruz mia; toma tú, marqués de Almeida, la cruz de mi pobre hijo don Sebastian, que si viviera seria ya mozo y capaz de combatir al lado de su padre; toma tú, conde de Novoa, la cruz de mi hija doña Gabriela; ponedlas pendientes de vuestro cuello sobre vuestro corazon, y que ellas os alienten, recordándoos que yo os las doy, para servir lealmente hasta morir á vuestro rey.

X.

Necesario es conocer el carácter especial, el orgullo y el entusiasmo de los portugueses, para comprender el efecto que causó en los tres magnates este tierno y hermoso rasgo de Sayda Mirian.

Toda su alma, toda su sangre eran de Gabriel de Espinosa y de su familia.

La bravura ardia en sus nobles semblantes; las lágrimas asomaban á sus ojos: estaban trasportados; besaron las cruces que Sayda Mirian les habia dado, y las guardaron en su pecho sobre su corazon.

XI.

—Toma estas pobres alhajas, Coimbra, dijo Sayda Mirian, y guárdalas; no te las regalo porque son testigos de dos horas de felicidad inmensa de vuestra reina; las unas estaban sobre mí en el momento en que volvió á la vida vuestro rey; las otras me recuerdan el momento más venturoso de mi vida: aquel en que enamorada, loca, fuí su esposa en cuerpo y en alma. Por eso no te las doy; por eso no las he vendido, aunque bien sabe Dios cuán pobres y cuán necesitados estamos.

—Vuestras majestades, señora, dijo el duque de Coimbra poniendo bajo su brazo junto á la espada real que antes le habia entregado Gabriel, el cofrecillo que Sayda Mirian le habia dado, vuestras majestades no son pobres, desde el momento en que el reino de Portugal re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

presentado por nosotros, grandes del reino, elegidos por todos los grandes, hemos reconocido á vuestras majestades y les hemos rendido pleito homenaje, como nuestros señores naturales, en nombre de Portugal. Yo venia prevenido de algun dinero que se ha recogido voluntariamente, y por lo pronto, voy á entregar á vuestras majestades dos mil doblas de oro que me han sido entregadas.

—No me las entregueis, dijo Gabriel de Espinosa; dadlas á fray Mignel de los Santos, que en su poder no nos traerán un quebranto; no quiero tener en mi casa nada que cause sospechas.

—Mañana mismo recibirá fray Miguel de los Santos esa cantidad, dijo el duque de Coimbra.

—Yo, dijo Gabriel de Espinosa, por mi voluntad no me separaria de vosotros; teniéndoos á mi lado, me parece que me rodea todo mi reino de Portugal. Esta humilde estancia me parece la cámara real de mi palacio de Lisboa; este humilde suelo, la grada más alta de mi trono; pero es necesario ser prudentes, es necesario abreviar. Tomad una carta que he escrito antes de que viniérais, para que la guardeis y la mostreis en Portugal cuando volvais, á mis grandes y á todos mis leales portugueses que estuvieren en el secreto y se acercaren á vosotros.

Y sacando de su ropilla una carta doblada, pero sin cerrar, la entregó al duque de Coimbra, que instintivamente desdobló la carta, se acercó á una luz, y la examinó.

—¡Ah! ¡Señor! dijo; los altos dignatarios de Portugal,

que conocen vuestra escritura, no podrán ni aun dudar de lo que les diremos, cuando vean esta carta de vuestra majestad.

—Por eso la he escrito, dijo Gabriel; bueno es que á más de vuestro dicho, que vale cuanto puede valer, porque nadie puede dudar de vuestro honor y de vuestra lealtad, lleveis con vosotros una prueba indudable. Ahora volvéos á vuestro aposento; olvidáos mientras esteis en España de que me habeis visto, de que me habeis hablado esta noche; pero recordadlo todo sin perder lo más mínimo cuando volviéreis á Lisboa, que será pronto, porque el rey don Felipe, por la intervencion de doña Ana de Austria, tardará menos de lo que acostumbra en despachar los asuntos aparentes que habeis tomado por pretesto para venir á Castilla. Aconsejáos con fray Miguel de los Santos acerca de lo que debeis hacer cuando hableis con doña Ana de Austria, y adios.

Los tres magnates besaron las manos á Gabriel de Espinosa, y se volvieron silenciosamente á su habitacion.

Nadie podia saber que en la pastelería de Gabriel de Espinosa habia sido reconocido en la noche del 4 de setiembre de 1578 el rey don Sebastian de Portugal, en la persona de Gabriel de Espinosa, por una diputacion de la alta nobleza del reino de Portugal.

XII.

—¡Oh! exclamó Sayda Mirian, arrojándose delirante de alegría en los brazos de Gabriel de Espinosa, resplan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decientes la mirada y el semblante, apenas salieron los tres magnates; ya no puedes mantenerme en la horrible incertidumbre de si eras Gabriel de Espinosa ó don Sebastian de Portugal, rey mio; ya no tiemblo; ya no dudo por tu amor; ya no me extremezco por el porvenir de mis hijos; ¡qué feliz soy!

Y en los ojos de Sayda Mirian lució un ardiente relámpago de pasion, y su boca, contraida por el amor, estampó un hambriento beso en la boca de Gabriel.

—Yo tambien soy feliz, dijo Gabriel de Espinosa; porque al fin he vencido mi locura; porque he cumplido con mi amor y con mi deber, partiendo mi trono con mi ángel salvador, con mi alma, con la madre de mis hijos.

—Has dicho mi trono, dijo Sayda Mirian, siempre con los brazos echados al cuello de Gabriel, sonriéndole y mirándole con la embriaguez de la locura de la mujer de alma poética y de gran corazon enamorada y feliz.

—Sí, dijo Gabriel gravemente; hé dicho mi trono, no porque el trono de Portugal haya sido mio, que eso Dios y yo lo sabemos, sino porque he hecho mi última prueba, y ya le tengo por mio.

Ocultóse bajo una nube de tristeza la radiante alegría de Sayda Mirian.

—Esos nobles, dijo, han palidecido al verte; sus miradas se han extraviado, ha pasado por ellos algo terrible, y han caido de rodillas á tus piés; yo los observaba, los observaba con ánsia, queria saber lo que pasaba por ellos; y ni un solo momento han vacilado, ni un solo

momento han dudado, y es que no podian dudar, es que tú eres el rey don Sebastian.

—Si yo no hubiera sabido que la duda era imposible, que necesariamente debian creerme su señor el rey don Sebastian, yo no me hubiera expuesto á la vergüenza ni al peligro de que me reconociesen impostor.

—¿Pero por qué tenias esa seguridad, sino porque eres don Sebastian? dijo anhelante Sayda Mirian.

—Porque desde el momento en que volví á la vida, tú me trataste como rey; porque tú me dijiste que sobre el campo se habian encontrado dos cadáveres exactamente iguales y heridos por casualidad en las mismas partes del cuerpo; tú me dijiste que la herida de la mano del otro era trasversal, mientras que la mia es recta; hoy solo se acuerdan de una mano herida, de una cabeza y de un pecho heridos; el rey don Sebastian tenia dos lunares de sangre sobre el hombro derecho, y yo tengo la cicatriz de una bala en el mismo lugar donde tenia los dos lunares el rey don Sebastian. Además de eso, don Sebastian, siendo infante, recibió en una aventura amorosa una larga herida en la parte anterior del brazo derecho.

—Tú tambien tienes la cicatriz de esa herida, dijo Sayda Mirian.

—Yo sabia la aventura del príncipe don Sebastian por la misma dama por quien don Sebastian riñó, matando á un hidalgo imprudente, que enamorado de la dama habia provocado á don Sebastian. Desde que ví en Africa que los cautivos portugueses que habian conocido al rey don Sebastian me tomaban por él, me preparé para el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dia en que me fuese posible presentarme como su rey á los portugueses. Entonces, yo mismo me hice esa herida cuya cicatriz tengo en el hombro.

—No, no; desde que estás á mi lado no has estado nunca herido.

—Yo me hice esa herida durante una de mis expediciones marítimas, y no volví á Túnez sino cuando la herida estuvo cicatrizada.

—Yo te he visto siempre esa cicatriz, dijo Sayda Mirian.

—Tú no puedes jurarlo, dijo severamente Gabriel.

Sayda Mirian vaciló.

—Además, antes de ir á Africa, sabia yo que me parecia completamente al rey don Sebastian, y el rey don Sebastian lo sabia tambien: lo sabia todo el que nos conocia á los dos; solo nos diferenciábamos en la voz y en que él era rey y yo soldado.

—Pero si eso es cierto, dijo Sayda Mirian, tú eres un impostor, y yo no quiero que seas impostor; te quiero mejor pobre pastelero, que rey infame. Pero esto no es verdad, no; tú eres el rey don Sebastian; á más del reconocimiento de tus vasallos, á más de las señales que tienes sobre tu cuerpo, en tu mirada, en tu semblante, en tus palabras, en todo lo que haces, en todo lo que dices, aparece la majestad de un rey.

—¿Y qué un soldado español no vale tanto como un rey?

—No, no y cien veces no; no puedes engañarme, dí lo que quisieres; pero tú eres indudablemente para mí el rey don Sebastian.

—No lo he dicho yo sino á los que ha sido necesario decírselo; ellos lo han oido, nadie más lo oirá; te lo repito, María, Dios y yo sabemos solamente quién yo soy.

—Y yo tambien, dijo Sayda Mirian.

—Si así lo crees, inútil será que yo me esfuerce en probarte lo contrario.

—¿Pero y esa carta que has entregado al duque de Coimbra, y en la cual ha reconocido la escritura del rey don Sebastian?

—Tú no me has visto escribir esa carta; esa carta, pues, puede haber sido falsificada.

—Quiera Dios que estemos pronto sobre el trono de Portugal.

—Entonces, como ahora, solo Dios y yo sabremos si soy ó no don Sebastian de Portugal, el impostor ó el rey.

Y despues de esto, la conversacion fué terminando, porque Gabriel de Espinosa se recogió al lecho, y á poco se durmió.

XIII.

Sayda Mirian se quitó su traje de dama, tomó el de caballero que se habia quitado Gabriel de Espinosa, y se puso á cortar aquellos dos trajes en pequeños pedazos con unas tijeras.

Antes del amanecer, Gabriel de Espinosa se levantó, tomó aquellos pedazos que estaban envueltos en un paño, bajó al huerto, puso piedras en el paño, ató sus puntas y arrojó el envoltorio al pozo de la noria.

Nada quedaba ya que en un registro pudiera hacer sospechoso al pastelero de Madrigal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO X.

En que el alcalde de casa y córte don Luis Portocarrero, se encuentra con que nada tenia que hacer por lo pronto en la villa de Madrigal, con otros sucesos que se relatarán.

I.

Aquella misma noche llegó á Madrigal el alcalde don Luis Portocarrero con su adjunto escribano Cosme Pedralva y su reata de seis alguaciles pendencieros, cada uno de los cuales llevaba colgada del costado una tizona más grande que él, y que pudiera hacerle decir á un chusco, que el alcalde no llevaba seis alguaciles con espada, sino seis espadas con alguaciles.

Cuando el alcalde Portocarrero entró en el pueblo, estaba oscuro como boca de lobo, y se vió obligado á aporrear la puerta de la casa de ayuntamiento, hasta que despues de un largo aporreo apareció un alguacil lego, esto es, un alguacil de la villa, que asomando su cabeza por un ventanillo puesto allá junto al tejado, dijo con la voz más grosera y más insolente del mundo:

—¿Qué se les ocurre á estas horas? Si vienen á que se

les haga justicia, espérense á que Dios haya amanecido, se haya levantado el alcalde, y se les hará toda la justicia que fuere menester.

—Baje enhoramala, don Perdido, dijo despreciativamente el escribano Cosme Pedralva, si no quiere que mañana por la mañana le arrimemos un trato de cuerda á las ancas, que ponga el grito en el cielo y salte la sangre á los tejados.

—Me alegraría yo de saber quién es capaz de azotarme á mí en la villa, dijo el alguacil urbano, ó más bien villano, porque Madrigal era villa y no ciudad.

—Pues dad por recibidos medio ciento de los buenos, dijo con la voz fuera de tono el alcalde Portocarrero, porque le habia sacado de quicio la insolencia del alguacil municipal.

Siempre ha existido una gran antipatía, no sabemos por qué, entre el municipio y la justicia ordinaria.

En aquellos tiempos, un alcalde pedáneo de un villorro incógnito, se creia no menos que un rey, y no podia sufrir al alcalde realengo ó de casa y córte que creia llevar asido al rey por los cabezones.

Así es, que nada tenia de particular la insolencia del alguacil madrigaleño, que se creia no menos que el rey en persona; ni tampoco tenia nada de particular el disgusto de aquella seccion de la justicia ordinaria, que se componia del alcalde Luis Portocarrero, del escribano Cosme Pedralva, y de seis alguaciles apaleadores de rompe y rasga.

—¿Y quién es, dijo desde el ventanillo el de Madrigal, el que le vá á aplicar medio ciento de azotes en las an-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cas al ministro Anguila? dijo el alguacil villano con su insolente voz nasal llevada al colmo de la insolencia.

—¿Quién ha de ser, dijo con voz estentórea y terrible el escribano Cosme Pedralva, sino su señoría el señor alcalde de casa y córte de la real Chancillería de Valladolid, alcalde don Luis Portocarrero?

Nada se oyó en contestacion á estas palabras.

El alguacil Anguila habia enmudecido como hubiera enmudecido un griego antiguo á la vista de la cabeza de Medusa. Pero lo cierto es, que apenas acabadas de pronunciar por Pedralva sus feroces palabras, feroces por la manera con que las habia dicho, y habiendo trascurrido cuando más seis segundos, se abrió de golpe la puerta de la casa de ayuntamiento, y apareció en ella un hombrecillo en paños menores, descalzo, liado en una tabardina y con un candil en la mano.

—¿Quién sois vos? dijo el alcalde Portocarrero soltando la carcajada al ver aquella ridícula figura.

—¿Pues no he dicho ya, dijo con voz humilde y compungida el del candil, que yo soy Periquete Anguila?

—¿Y cómo diablos estais ahí, cuando hace un momento estábais junto al tejado?

—Señor, á mí me llaman Anguila porque me escurro y me deslizo, y en un cerrar y abrir de ojos, quien me vió aquí me encuentra allá.

—Pues que os llamen Anguila ó relámpago, y dadle gracias á Dios de lo pobre diablo y de lo divertido que sois, y de que yo lo tomo á risa y me olvido de lo de los cincuenta azotes.

—Pues mire vuestra señoría, dijo Anguila, que si

quien llama y á quien yo respondo es el señor don Rodrigo de Santillana, me manda su merced tratar de manera que no me queda hueso sano.

—¿Y quién os manda á vos, dijo benévolamente Portocarrero, que era un buen sugeto, y echando pié á tierra de su mula, insolentaros con quien no sabeis quién es ni lo que puede?

Y el alcalde, acompañado de su escribano y de sus alguaciles, que habian echado pié á tierra, se entró en el zaguan de la casa de ayuntamiento.

—Es, señor, que estamos llagados de estudiantes, dijo meticulosamente el corchete municipal: no hay noche en que no me despierten diez veces:—«Anguila, échate acá, que ya traemos el aceite hirviendo y te cenaremos; Anguila, pregúntale á las siete cabrillas qué hora es; Anguila, mira por donde anda la hija del tio Carcamales, que se ha perdido y dice su padre que anda en las costuras del manteo de un estudiante; Anguila, hijo, échate acá abajo para que yo me limpie las narices contigo, porque me he dejado el pañuelo en el seminario.»—Y eso, cuando no me sueltan una pedrada diciéndome:—«Allá vá eso, hermano Anguila, para que calientes el estómago, si como es muy probable te has acostado sin cenar.» —¿Qué sabia yo, si en vez de ser un respetabilísimo alcalde de casa y córte el que llamaba á la casa de ayuntamiento, eran los endiablados de los estudiantes que venian á darme matraca?

Riéronse todos, no ya solo por lo que habia dicho Anguila, sino tambien por la ridícula caricatura que representaba su persona, y el alcalde le dijo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Os perdono de vuestras impertinencias, por las razones que me habeis expuesto; pero vengamos á lo que importa: es ya la media noche, y necesito aposentarme yo, y que se aposente esta honrada gente de justicia que viene conmigo.

Apenas oyó esto el alguacil Anguila, fijó el candil por su extremo en una grieta de la pared, y se escurrió, perdiéndose de vista y volviendo á aparecer instantáneamente con algunas llaves puestas en una correa.

—Venga vuestra señoría tras mí, que en un cerrar y abrir de ojos va á estar vuestra señoría aposentado.

Y apretó á correr hácia fuera.

—¡Eh! ¡Ministro! dijo el alcalde Portocarrero, ¿á dónde diablos vais descalzo?

—¿Eso qué le hace? Voy allá al frente de la plaza.

Y desapareció.

—Alguacil divertido tenemos, dijo el alcalde Portocarrero adelantando hácia la salida.

—¡Eh! ¡Aquí, señor alcalde! ¡A los soportales de enfrente! gritó desde el otro extremo de la plaza la voz del alguacil Anguila.

—Ese hombre debe de tener familiar, dijo riendo el alcalde Portocarrero, y andando en la direccion que le habia marcado la voz de Anguila.

Decir que un hombre tenia familiar, era en el lenguaje de aquellos tiempos lo mismo que decir que un hombre tenia el diablo en el cuerpo, ó lo que es igual, que habia hecho pacto con el diablo. A esto daba con razon lugar la increible é inaudita ligereza de Anguila.

Antes de llegar á la mitad de la plaza, sirvieron de

guia al alcalde y á su gente dos luces que Anguila tenia levantadas en las manos.

Cuando llegaron, vieron que aquellas dos luces provenian de dos velas de cera puestas en candeleros de metal.

—¿Quién vive en esta casa? preguntó el doctor Portocarrero al alguacil Anguila.

—Nadie, señor; esta casa es del ayuntamiento de la villa, estaba desalquilada desde hace algun tiempo, y en ella ha vivido desde que vino á Madrigal hasta que esta tarde se ha marchado, el señor alcalde de casa y córte don Rodrigo de Santillana.

—¡Ah! ¿Aquí ha vivido don Rodrigo?

—Sí señor; y como se ha ido esta tarde, no se han sacado todavía ni las camas ni los muebles, por lo que vuestra señoría no tiene que ir á una posada, porque ya está preparado su aposentamiento.

En esto ya habian entrado en la sala baja donde hemos asistido anteriormente á la entrevista entre Aben-Shariar y don Rodrigo de Santillana.

Todo estaba en el mismo estado en que lo vimos entonces. Solo habia la diferencia, de que la mesa estaba completamente limpia de papeles; pero quedaban media docena de plumas en el gran tintero de mármol.

—Que se acomoden como puedan los alguaciles, dijo el alcalde Portocarrero á Pedralva; que suelten las bestias en el patio, y vos, añadió dirigiéndose á Anguila, ved si hay dos lechos para el señor Cosme Pedralva y para mí.

—Voy á hacer á vuestra señoría la cama que está allá

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en aquel rincon, dijo Anguila dejando los candeleros sobre la mesa, y deslizándose con una velocidad increible hácia el otro extremo de la sala.

—Para correo, valeis de oro diez veces más de lo que pesais, dijo el alcalde Portocarrero, á quien habia puesto de buen humor el rarísimo alguacil Anguila.

—Sépase vuestra señoría, dijo Anguila volviendo y golpeando los colchones de la cama, que más de una vez he llevado yo pliegos del señor don Rodrigo de Santillana al señor presidente de la Chancillería de Valladolid, sin echar en el camino más de media hora, y me he vuelto en otra media, sin descansar más tiempo que lo que han tardado en darme la contestacion, y un momento para echar un cuartillo en la taberna que he encontrado al paso.

—Hacedme la merced de decirme, dijo Pedralva, que era el tunante más socarron del mundo, si os disparan con arcabuz desde Madrigal cuando vais á Valladolid, y os vuelven á disparar desde Valladolid cuando volveis á Madrigal.

—Yo no lo sé, dijo Anguila; pero la verdad es, que en cuanto yo echo á andar, me entra un tal movimiento de piernas, que aunque yo quisiera andar despacio no podria; pero ya está hecha la cama del señor alcalde, y tan bien hecha, que apostaria cualquier cósa á que su señoría no ha dormido en cama tan bien mullida como en la que va á dormir esta noche.

—Pues aunque me pidan lo que me pidieren, dijo el alcalde Portocarrero, os tomo desde ahora por mi criado, solamente por el gusto de tener á mi servicio una ardilla.

—Pues advierto á vuestra señoría que va á tener un pleito enrevesado con el corregidor y los veinticuatro de la villa, que no me sueltan á tres tirones. ¡Bah, bah! Como Madrigal ha sido muchas veces dotes de reinas, tiene el privilegio de villa, de voto en córte, en mancomunidad con Medina del Campo y Arévalo; Madrigal es una muy noble é ilustre villa, señor alcalde, tiene alcázar, y en él vivió mucho tiempo la señora reina doña Isabel, de gloriosa memoria, cuando era infanta. Madrigal la crió, y la cercana villa de Medina del Campo la vió morir en su castillo, y el guion y la manguilla y los clérigos y los regidores y toda la gente de Madrigal, fueron á la hora á acompañar el entierro de la reina; si no, ahí están el tio Perote y el tio Rodajas, que el uno tiene noventa y cinco años, y el otro ciento, que llevaron cirios en el entierro, y que cuentan maravillas de la riqueza y de la pompa con que asistió la villa de Madrigal al entierro de la reina Isabel.

—Gran reina, gloria y orgullo de España, dijo el alcalde Portocarrero.

—El tio Perote y el tio Rodajas lloran cuando hablan de ella, dijo Anguila, y dicen que en los tiempos de los señores Reyes Católicos, nadie maltrataba como ahora á los pueblos, y que cuanto más pobre era y más desdichado el que iba á pedir justicia á la reina doña Isabel, con tanto mayor gusto y más paciencia, y como una madre le oia su alteza.

—En cambio, dijo el doctor Portocarrero poniéndose sério, los pueblos no estaban tan díscolos como ahora, ni era menester comisionar especialmente un alcalde de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

casa y córte para poner en temor de Dios y del rey á una villa de mil vecinos como Madrigal.

—Los estudiantes y los frailes y las monjas tienen la culpa, saltó Anguila, que si los padres agustinos no dieran alas á los estudiantes, y la señora doña Ana de Austria no quisiera que las imágenes de su convento y las de los frailes tuvieran más privilegios que las de la parroquia y las de las capillas y oratorios de la villa, no se hubiera armado la zalagarda que se armó el 15 de agosto último entre los estudiantes y los tejedores, sobre si se habia de esperar Nuestra Señora de la Soledad á que pasase Nuestra Señora de las Azucenas, ó que se esperase ésta. Por cierto que todavía me está á mí doliendo un hombro del descomunal cintarazo que me apretó en aquella zalagarda el bachillerote Corchuelos, y que si algo siento en este mundo y sentiré mientras viva, es que no hayan ahorcado ó echado por lo menos á galeras, que bien lo merece, al tal diablo de bachiller, que es el estudianton más malo del seminario.

—Pues descuidad, maese Anguila, que ya os saldreis con vuestro gusto, si yo encuentro méritos en lo que el señor Corchuelos hubiere hecho para ahorcarle ó enviarle á galeras, ó á donde fuere menester.

—Pues tendrá vuestra señoría que esperarse á que se arme otra barahunda; porque en lo tocante á lo del 15 de agosto, ya no hay nada que decir.

—¿Cómo es eso? ¿Pues á qué vengo yo á Madrigal sino á terminar con eficacia los procesos que haya dejado pendientes en la villa mi compañero don Rodrigo de Santillana?

—Es que en la villa no queda por desgracia ningun proceso pendiente, ni hay un solo preso en la cárcel, y vuestra señoría tendrá que estarse con las manos cruzadas hasta que caiga qué hacer, que no tardará mucho; porque los benditos de los estudiantes son la piel del diablo, traen locas á las mozas, y están picados con los del pueblo, y los del pueblo con ellos.

—¿Cómo es eso? dijo el alcalde Portocarrero.

—Como que el rey nuestro señor ha indultado por una real carta de gracia y por la intercesion de su sobrina la señora doña Ana de Austria, á todos los que fueron presos por el alboroto del 15 de agosto.

—Pues ya que el rey nuestro señor ha sido misericordioso con ellos, el primero que caiga paga por todos, dijo el alcalde Portocarrero; idos con el señor Cosme Pedralva, y acomodadle bien. Buenas noches, y hasta otro dia.

—Dios dé á vuestra señoría muy buenas noches, dijo Anguila, y salió con el escribano, y con una de las luces que tomó de sobre la mesa, dejando solo al alcalde, de quien se despidió Pedralva de una manera familiar, aunque respetuosa, como se despiden dos antiguos conocidos.

II.

Como el alcalde habia trasnochado, se levantó un poco tarde, es decir, á las siete de la mañana estaba entre sábanas, y no eran menos de las nueve, cuando lavado y vestido, tomó su vara, y acompañado de Pe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dralva y de dos alguaciles, se dispuso á salir para presentarse en el pueblo y dar á conocer con su presencia que no por haberse ido de Madrigal don Rodrigo de Santillana, dejaba de haber alcalde de casa y córte en el pueblo.

Apenas el alcalde Portocarrero habia salido de su alojamiento, cuando vió venir como un rehilete, con su traje y su varilla negra de alguacil al inolvidable Anguila.

—Señor alcalde, dijo llegando junto á él y quitándose su gorrilla; ya tiene vuestra señoría ocasion de sentar la costura á su placer al bachilleron Corchuelos; ¿ve vuestra señoría lo levantado que tengo este carrillo, y lo colorado que debe estar, porque me echa fuego?

—Sí, hombre, sí; ¿qué os ha sucedido?

—Nada, señor alcalde, dijo Anguila creciendo en la indignacion con que habia empezado á hablar; esto no es más que una bofetada de las de á diez quintales, que me ha disparado el susodicho bachiller en esta cara, que es la cara de vuestra señoría, porque vuestra señoría representa aquí al rey, y yo tambien le represento, aunque en grado mínimo, como mínimo ministro de justicia.

—Pues ahí me las den todas, dijo riendo el alcalde Portocarrero al soltar esta frase, que ha venido á ser un adagio vulgar.

—Pues yo pido un escarmiento, ó no habrá justicia en la tierra, y nos maltratarán á todos los oficiales de justicia que servimos lealmente al rey nuestro señor.

—¿Pero qué ha sucedido? dijo ya sériamente el alcalde Portocarrero.

—Lo que sucede es que allí en la pastelería se van á matar; porque por la María Juana, que en mal hora vino al pueblo, el bachiller Corchuelos y Gabriel de Espinosa el pastelero, están espada en mano, y están revueltos en la broma sin lograr que los respeten tres señores principales, tres príncipes ó duques que han venido de Portugal, y van acudiendo estudiantes y pelaires, y se va á armar una, que como vuestra señoría no lo corte á tiempo, el suceso va á ser tal, que se va á quedar en mantillas lo del 15 de agosto.

Y como obedeciendo á un impulso superior á sus fuerzas, Anguila se volvió y apretó á correr hácia la pastelería con un trotecillo menudo y ridículo, pero con una velocidad inaudita.

—Uno, al momento, que vaya á avisar á los otros cuatro que vengan; dijo el alcalde Portocarrero, y dió á correr tambien acompañado de Pedralva y del otro alguacil, y contento porque le habia caido que hacer, hácia la pastelería, á la cual, en efecto, iban llegando algunos estudiantes y algunos menestrales, y dentro de la cual se oian voces acaloradas.

III.

Veamos por qué causa habia recibido aquella descomunal bofetada el corchete municipal Periquete Anguila.

Era aquel dia dia de Santa Obdulia, y habia en una capilla de la iglesia parroquial una imágen de esta vírgen y mártir, á la que se tenia por milagrosísima en la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dralva y de dos alguaciles, se dispuso á salir para presentarse en el pueblo y dar á conocer con su presencia que no por haberse ido de Madrigal don Rodrigo de Santillana, dejaba de haber alcalde de casa y córte en el pueblo.

Apenas el alcalde Portocarrero habia salido de su alojamiento, cuando vió venir como un rehilete, con su traje y su varilla negra de alguacil al inolvidable Anguila.

—Señor alcalde, dijo llegando junto á él y quitándose su gorrilla; ya tiene vuestra señoría ocasion de sentar la costura á su placer al bachilleron Corchuelos; ¿ve vuestra señoría lo levantado que tengo este carrillo, y lo colorado que debe estar, porque me echa fuego?

—Sí, hombre, sí; ¿qué os ha sucedido?

—Nada, señor alcalde, dijo Anguila creciendo en la indignacion con que habia empezado á hablar; esto no es más que una bofetada de las de á diez quintales, que me ha disparado el susodicho bachiller en esta cara, que es la cara de vuestra señoría, porque vuestra señoría representa aquí al rey, y yo tambien le represento, aunque en grado mínimo, como mínimo ministro de justicia.

—Pues ahí me las den todas, dijo riendo el alcalde Portocarrero al soltar esta frase, que ha venido á ser un adagio vulgar.

—Pues yo pido un escarmiento, ó no habrá justicia en la tierra, y nos maltratarán á todos los oficiales de justicia que servimos lealmente al rey nuestro señor.

—¿Pero qué ha sucedido? dijo ya sériamente el alcalde Portocarrero.

—Lo que sucede es que allí en la pastelería se van á matar; porque por la María Juana, que en mal hora vino al pueblo, el bachiller Corchuelos y Gabriel de Espinosa el pastelero, están espada en mano, y están revueltos en la broma sin lograr que los respeten tres señores principales, tres príncipes ó duques que han venido de Portugal, y van acudiendo estudiantes y pelaires, y se va á armar una, que como vuestra señoría no lo corte á tiempo, el suceso va á ser tal, que se va á quedar en mantillas lo del 15 de agosto.

Y como obedeciendo á un impulso superior á sus fuerzas, Anguila se volvió y apretó á correr hácia la pastelería con un trotecillo menudo y ridículo, pero con una velocidad inaudita.

—Uno, al momento, que vaya á avisar á los otros cuatro que vengan; dijo el alcalde Portocarrero, y dió á correr tambien acompañado de Pedralva y del otro alguacil, y contento porque le habia caido que hacer, hácia la pastelería, á la cual, en efecto, iban llegando algunos estudiantes y algunos menestrales, y dentro de la cual se oian voces acaloradas.

III.

Veamos por qué causa habia recibido aquella descomunal bofetada el corchete municipal Periquete Anguila.

Era aquel dia dia de Santa Obdulia, y habia en una capilla de la iglesia parroquial una imágen de esta vírgen y mártir, á la que se tenia por milagrosísima en la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

villa, y en cuyo altar se decia una misa, que por devocion y por costumbre de los de Madrigal, era tenida como segunda misa de precepto.

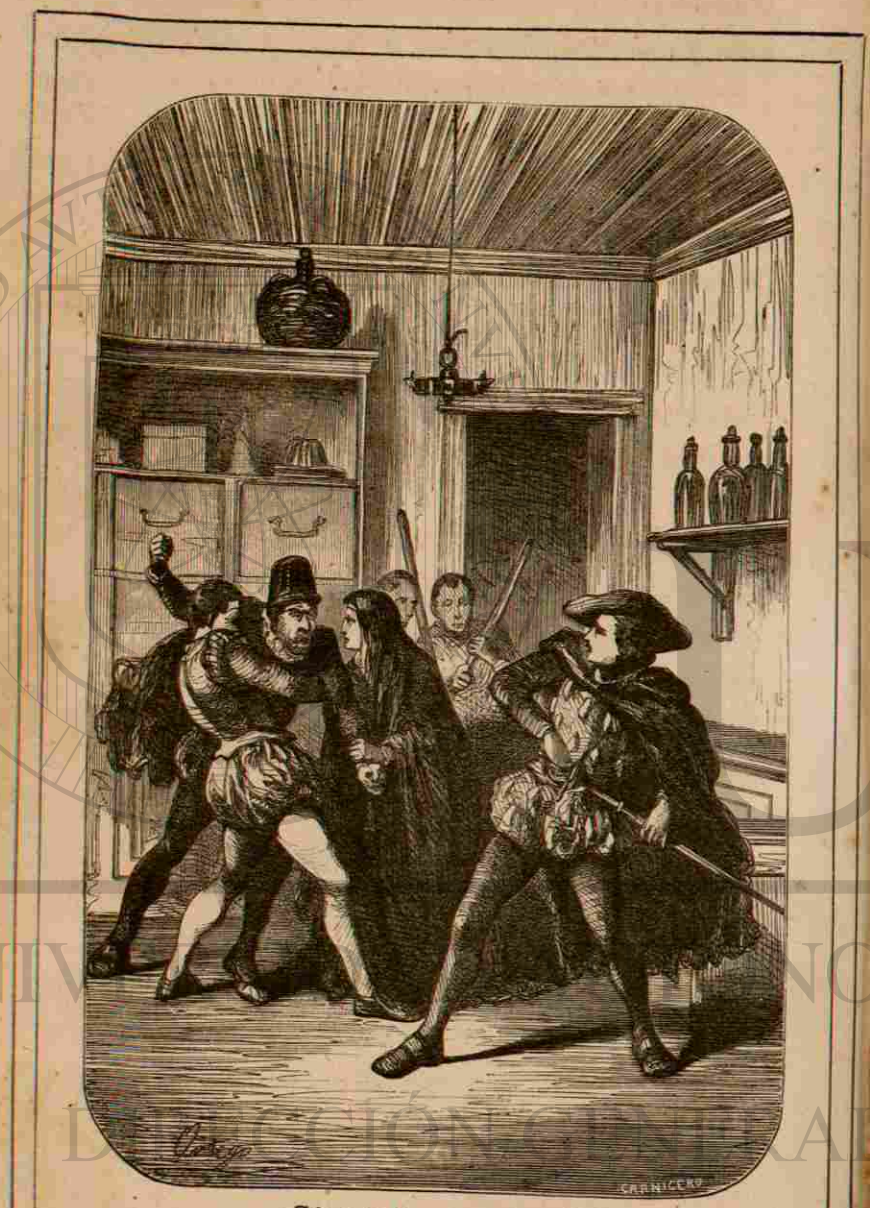
Sayda Mirian, de una parte por devocion, y de otra porque Gabriel de Espinosa no queria dar lugar á murmuraciones, porque de todo se murmura en los pueblos, respetando la costumbre, habia bajado para ir á la misa de Santa Obdulia á la iglesia parroquial.

Al atravesar la sala de despacho de la pastelería, un estudiante, que no era otro que el bachiller Corchuelos, que estaba dando cuenta de una empanada y habia consumido ya dos cuartillos, la vió más hermosa que nunca, porque el reconocimiento de Gabriel de Espinosa y de ella misma como reyes de Portugal por los tres magnates portugueses, la habia causado una alegría que la hacia aparecer radiante de juventud y de hermosura, y como parecia ir sola, porque Gabriel de Espinosa, que venia detrás, estaba todavía en lo alto de las escaleras, Corchuelos abandonó su almuerzo, y antes de que Sayda Mirian llegase á la puerta, se le puso delante con una audacia procaz y una sonrisa repugnante, y la dijo:

—Antes de dejar ir sola á una perla como tú, perderia yo todos mis grados y el ala izquierda del corazon, lucero; ya sabes tú que yo me desvivo por tí, y que te he dado músicas y te he seguido como á la sombra, y lo que es de hoy no pasa, sin que logren premio mis fatigas.

Sayda Mirian, que habia escuchado muda de indignacion al estudiante, se retiró dos pasos al ver que Cor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¿Cómo te llamas, miserable?

chuelos llevaba su audacia hasta extender la mano hácia ella, y exclamó trémula de ira:

—¡Quitáos de delante, miserable, ú os pesa!

—¿Y quién ha de hacer que me pese? exclamó con insolencia Corchuelos viendo al viejo Gil Lopez que acudia; ¿ese vejete que no tiene fuerza para mantenerse en pié? Vamos, déjate querer, paloma; vénte conmigo y hablaremos, que hablando se entienden las gentes, y no te ha de pesar.

—¡Apartad enhoramala! gritó Sayda Mirian, retrocediendo porque Corchuelos se acercaba más y más á ella.

—¡Aquí muchachos con las estacas! dijo Gil Lopez, llamando á los mozos de la pastelería.

En aquel momento se sintió bajar violentamente por las escaleras, y apareció Gabriel de Espinosa, que lívido de cólera, se lanzó sobre el estudiante, que al verle se hizo atrás tomando rápidamente distancia, y tiró de su espada.

Gil Lopez y Sayda Mirian se arrojaron sobre Gabriel de Espinosa y le contuvieron, al mismo tiempo que los dos mozos de la pastelería acudian con garrotes.

—¿Qué vas á hacer, Gabriel? dijo Sayda Mirian; no te pierdas, ni pierdas tu casa por un estudiante borracho.

—¿Cómo te llamas, miserable? dijo Gabriel de Espinosa sacando su cabeza lívida de coraje por entre Sayda Mirian y Gil Lopez, de los cuales no podia desasirse; dímelo y véte, porque no me dejan llegar á tí y acude gente, y yo necesito buscarte para matarte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Lo mismo me buscarás tú, dijo soltando una insolente carcajada Corchuelos, que yo busco á mi abuela; tú eres un cobarde, y no mereces tener á esa real moza.

Gabriel rugió, llevó delante de sí á Sayda Mirian y á Gil Lopez, mientras los mozos no se atrevian á llegar al estudiante porque tenia fama de valiente, y algunas personas se paraban delante de la pastelería.

A este tiempo, habiendo oido la voz de Gabriel de Espinosa, el duque de Coimbra y los otros dos nobles, ó lo que para ellos era lo mismo, la voz del rey don Sebastian, acudieron con sus ayudas de cámara.

—¡Ténganse todos! exclamó hablando mal en castellano el duque de Coimbra, á tiempo que Gabriel desasiéndose por un violentísimo sacudimiento de Sayda Mirian y de Gil Lopez, desnudaba una larga daga que llevaba por única arma á la cintura, y se iba sobre el estudiante que se puso en guardia.

—¡Atrás ante el duque de Coimbra, pastelero villano! gritó el duque, poniéndose entre los dos contendientes, mientras Sayda Mirian y Gil Lopez pugnaban en vano por asir de nuevo á Gabriel.

—¡Quítate tú de enmedio, Coimbra! exclamó Gabriel de Espinosa, que estaba fuera de sí de furor.

Entretanto, Corchuelos enviaba enhoramala á Almeida y á Novoa, que le habian intimado se retirase con su insoportable altivez portuguesa.

Nadie se entendia, todos gritaban, los tres nobles estaban puestos en medio de Gabriel de Espinosa y del estudiante, y los tres ayudas de cámara habian subido

á cojer tres espadas para hacer que Corchuelos se fuese más que á paso, cuando sobrevino todo rapidez y todo celo Periquete Anguila, sin otras armas que su varilla negra de corchete, y se puso verde, lívido y amojamado al ver á Corchuelos, contra el cual habia contraido un ódio de muerte desde que Corchuelos le habia metido el cintarazo y le habia hecho andar de medio lado durante quince dias.

Anguila se enderezó, se estiró creciendo lo menos cuatro dedos, y dijo echando fuego por los ojos y tocando con su varilla en el hombro á Corchuelos:

—¡Dése preso el bachilleron bergante, al rey nuestro señor!

Pero sentirse tocado Corchuelos con la varilla de Anguila, levantar el brazo izquierdo, darle aire, sacudir como única contestacion una horrible bofetada de revés á Anguila, que de resultas dió tres vueltas sobre sí mismo, fué todo obra de un momento, y obra de otro momento fué el volver en sí Anguila, comprender su impotencia, y tomar á escape el camino de la casa del alcalde don Luis Portocarrero para pedirle venganza.

IV.

Ya hemos visto, que apenas dado parte del suceso al alcalde de casa y córte, Anguila, más alentado ya, se volvió con una rapidez casi eléctrica á la pastelería, esto es, al lugar de la pendencia.

Fuera, cinco ó seis estudiantes que habian acudido empezaron á insolentarse puestos de parte de Corchuelos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con otros seis trabajadores y menestrales que se ponian de parte del pastelero.

Dentro, Gabriel de Espinosa rugía como un leon y llenaba de improperios á todos los que le contenian, inclusos los tres grandes.

Los ayudas de cámara no podian llegar á Corchuelos, porque sus señores, Sayda Mirian, Gabriel de Espinosa y Gil Lopez, revueltos todos, les obstruian el paso, y las mozas de la pastelería, y los mozos con sus inútiles garrotes en las manos, miraban estúpidamente aquello.

V.

—Ahora veremos si se puede pegar impunemente á un ministro del alcalde mayor, decia Anguila llegando y deteniéndose á una respetuosa distancia, por temor á un segundo bofeton, y con la mano puesta sobre el carrillo dolorido por el primero; ahora veremos si se aporrea á los alguaciles de la Chancillería de Valladolid, que son hombres de pelo en pecho, como se me aporrea á mí, que soy un hombre de bien.

Los estudiantes que habian sobrevenido se escurrieron prudentemente al ver venir al alcalde, al escribano y á los seis alguaciles de la ronda, que venian á todo correr, y solo Corchuelos, que estaba distraido cruzando sus improperios con los de Gabriel de Espinosa, no los vió.

VI.

De repente, la ronda del alcalde, que estaba efectivamente compuesta de hombres de pelo en pecho como

habia dicho muy bien Anguila, cayeron sobre el bachiller, le sacudieron, le quitaron la espada, le amarraron codo con codo, con una destreza y una serenidad admirables, y le tiraron á puntapiés y bofetadas dentro de la pastelería.

Aquella gente brava no sabia prender de una manera más suave.

Eran verdaderos perros de presa.

VII.

Gabriel de Espinosa dejó de luchar y de gritar, cuando vió caer á sus piés al estudiante, que se levantó ayudado por los alguaciles, que de otra manera no hubiera podido por tener atados los brazos, y dijo al alcalde Portocarrero:

—Perdonad, señor alcalde, si me encontrais demudado y colérico; ese hombre (y señalaba al estudiante) se ha atrevido á insultar dentro de mi casa, á una honrada mujer de mi familia: al ama de cria de mi hija; no he podido tenerme, y no sé qué hubiera hecho si no me hubieran sujetado; perdonad tambien, mis señores, dijo más sereno, si he podido ofenderos irritado; tenia delante á ese hombre que me provocaba, añadió dirigiéndose á los tres nobles portugueses.

El alcalde Portocarrero callaba y escuchaba revestido de toda la severa majestad de su cargo.

El duque de Coimbra dijo:

—Perdonado estais por nosotros, seor pastelero, porque estábais poseido por una justa cólera; que de otro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

modo, os costaria muy caro el haber faltado de tal modo al respeto á tres grandes de Portugal.

—¿Grandes de Portugal son vuestras excelencias? dijo el alcalde Portocarrero.

—El duque de Coimbra soy yo.

—Yo el marqués de Almeida.

—Yo el conde de Novoa, dijeron uno tras otro los tres señores.

—¿Y son criados de vuestras excelencias esos tres que tienen aún las espadas en las manos?

—Son nuestros ayudas de cámara, á quienes llamamos para evitar una desgracia; idos.

Los tres criados envainaron sus espadas y desaparecieron.

—Permítanme vuestras excelencias les pregunte por qué están aquí, dijo el alcalde Portocarrero.

—Hemos venido á visitar á la señora doña Ana de Austria, sobrina del rey nuestro señor, dijo con énfasis Coimbra; llegamos anoche, hemos tomado aposento en esta pastelería, y al oir hace poco una acalorada disputa en que parecia que dos hombres iban á matarse, hemos bajado por evitar una desgracia, á interponer nuestra indudable autoridad, como grandes de uno de los reinos del rey nuestro señor.

—Y en nombre del rey nuestro señor, yo doy las gracias y aplaudo á vuestras excelencias por lo que han hecho, como alcalde de casa y córte de la real Chancillería de Valladolid, enviado á esta villa para mantener en ella el saludable temor á las leyes. Yo soy el alcalde don Luis Portocarrero que os besa las manos, y

se pone en lo que fuere posible á las órdenes de vuestras excelencias.

—Nosotros celebramos el haber conocido á vuestra señoría, dijo tomando la palabra el duque de Coimbra, aunque bien quisiéramos que no hubiese sido por ocasion tan desagradable.

—¿Qué es ello? dijo reposadamente el alcalde Portocarrero, que no era ni por asomo violento en las maneras como don Rodrigo de Santillana. ¿Saben vuestras excelencias la causa de lo que ha sucedido aquí?

—Hemos oido voces, hemos bajado, hemos visto aquel hombre que allí está preso, provocando insolente al dueño de esta casa, insultanto con palabras soeces á esa mujer, y el pastelero, poseido de una justa cólera, pretendiendo vengar las injurias que aquel hombre le hacia.

—De modo que quien provocaba era el bachiller, dijo tranquilamente el doctor Portocarrero sin dejar de mirar á Sayda Mirian, cuya hermosura le maravillaba y que estaba roja de vergüenza, y á Gabriel de Espinosa, cuya actitud y cuya dignidad no le maravillaban menos.

—Por lo que hemos visto, y obedeciendo á nuestro honor, debemos decir, contestó Coimbra, que aquel hombre injuriaba, y que el pastelero queria reprimirle.

—Muy bien, señor duque, dijo el alcalde Portocarrero. ¿Y vos, seor pastelero, qué teneis que decirme?

—Que al bajar por las escaleras para ir con el ama de mi hija á la misa de Santa Obdulia, ví que este hombre la insultaba.

—¿No sabeis, pues, lo que ha pasado desde el principio?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No señor.

—Pero debeis saberlo vos, dijo el alcalde Portocarrero, á quien la hermosura, la dignidad, y ese no sé qué característico que emana de las personas nacidas y sostenidas en una esfera superior, que veia en Sayda Mirian, maravillaba más y más.

—Yo no sé deciros, caballero, sino que yo iba delante del señor Gabriel, cuando al ir á salir á la calle, ese hombre se acercó á mí, me miró y me requebró de un modo grosero, y se me atrevió de una manera más grosera aún: yo grité, y entonces sobrevinieron el señor Gil Lopez y el señor Gabriel de Espinosa: hé aquí todo lo que puedo decirle á vuestra señoría.

Y Sayda Mirian, que habia hecho un violento esfuerzo para decir estas palabras, calló avergonzada.

VIII.

—Esto es cosa concluida, dijo Portocarrero; vuestras excelencias pueden retirarse, y dejadme mandado, si gustan, lo que quisieren.

Los tres nobles saludaron ceremoniosamente al alcalde, y se volvieron á su aposento sin decir una palabra ni mirar siquiera á Gabriel de Espinosa y á Sayda Mirian.

—Vosotros, dijo á estos el alcalde, quedais libres como lo estábais.

—No esperaba yo menos de la rectitud, de la justicia de vuestra señoría, y yo me pongo á su servicio en lo poco que puedo y valgo.

—Habré de tomaros declaracion, Gabriel de Espinosa, y tal vez no tarde.

—Cuando guste vuestra señoría.

—Id al medio dia á mi casa con el ama de vuestra hija y con vuestro pariente Gil Lopez.

—Iremos, señor, dijo Gabriel de Espinosa sin dar la más ligera muestra de turbacion.

—Pues hasta la vista, seor pastelero.

—Hasta la vista, señor alcalde.

Y Gabriel de Espinosa y Sayda Mirian subieron por las escaleras.

IX.

El alcalde Portocarrero se volvió entonces con la fria y tremenda impasibilidad de la justicia al bachiller Corchuelos que estaba sujeto por dos alguaciles de los de la ronda del alcalde, y le dijo:

—Yo lo siento mucho, señor bachiller; pero me parece que si no os ahorco, que será lo más probable, doy con vos en galeras, sin que os valgan los grados y las licencias, á fin de que los demás escarmienten y no se tomen las licencias que vos os habeis tomado, ni insulten á mujeres honradas, ni pongan junto á un precipicio á los parientes de estas mujeres, ni desobedezcan á ilustres príncipes, ni zurren temerariamente á los ministros de la justicia del rey nuestro señor; mucha disculpa será menester que encontreis para que yo no os cuelgue; ¡ea! á la cárcel con él, y vamos á tomarle declaracion.

El estudiante, cuyo valor habia desaparecido completamente, miró de una manera vaga al alcalde Porto-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

carrero, y salió entre los dos alguaciles, ó más bien, los dos alguaciles le sacaron.

El alcalde Portocarrero y Pedralva se fueron detrás.

Algunos curiosos y algunos estudiantes que estaban junto á la puerta, así que pasó el alcalde, dijeron entre sí:

—En malas angosturas está metido el insigne Corchuelos.

—Como ya no estaba en el pueblo el alcalde Santillana...

—Pues no, pardiez, este alcalde nuevo, sin dar voces, sin ponerse azul y sin apretar palos como el alcalde Santillana, me parece capaz de ahorcar á un cristiano más pronto y por menos que el otro.

—Como si hubiera un alcalde de casa y córte que no fuera aficionado á ahorcar.

—Pues abrir el ojo, muchachos, que hay alcalde á la vista.

—Pues no, como ahorquen á Corchuelos, yo vengo á verle; á ver si da bien las zapatetas.

—Mejor si le ahorcan; así nos quitamos á un temeron de encima.

Y los estudiantes y los curiosos se fueron á la larga trás el alcalde y el escribano á ver lo que olian.

X.

Entretanto el alcalde iba murmurando para sus adentros:

—En mi vida he visto un pastelero que menos lo parezca, y un ama de cria tan señora; menester será averiguar algo acerca de ellos.

Y dando vueltas á estos pensamientos, se entró en la cárcel, donde permaneció dos horas largas, despues de las cuales salió, y al ver á algunos estudiantes que aún estaban allí, les dijo:

—Amigos mios, yo he sido tambien estudiante como vosotros, y soy bachiller, y licenciado, y doctor, y como veis le he tomado tal cariño al bonete, que no me le quito de encima; me acuerdo de que en Salamanca éramos la piel del diablo; pero sin ofender nunca á la moral, ni á la religion, ni al rey; aquellos eran otros estudiantes, y sobre todo, sabian más que vosotros; esto es una vergüenza; he preguntado en griego al bachiller Corchuelos, y me he convencido de que no conoce el *alfa*; le he preguntado en latin, y me he convencido de que no sabe el *musa*, *musæ*, ni el *templum*, *templi*; no merece, pues, que se le tenga consideracion por estudiante, y he visto que es un vigardon que debe ser ahorcado; id, pues, componiendo su oracion fúnebre, porque me parece que ya están torciendo la cuerda, que le falta muy poco para estar concluida; no hay que asustarse por esto, que yo no mándo ahorcar más que á quien lo merece. Quedáos con Dios, hijos, y procurad que yo no ande en casos de justicia con los estudiantes.

El alcalde se marchó con Pedralva.

—Diablo, dijo otro bachillerote talludo; este alcalde habla y es comunicativo y dice que tiene cariño á los estudiantes, pero los ahorca.

—Será necesario hacerse cartujos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y callar mucho.

—Pues callemos.

Y los estudiantes se derperdigaron y se fueron cada cual por su lado.

Indudablemente, el alcalde Portocarrero, con su semblante afable y su palabra reposada y tranquila, se habia hecho temer más en una hora, que el alcalde Santillana con todo su terrible carácter en un año.

Esto consistia en que el alcalde Portocarrero hacia justicia sin exasperar y de la manera más suave posible.

XI.

Seguidamente, y como ya era hora de ser recibido en audiencia, el alcalde Portocarrero fué á rendir el homenaje de sus respetos como se debia á una sobrina del rey, á doña Ana de Austria; y despues de la audiencia, que apenas duró un cuarto de hora, se volvió á su casa.

CAPITULO XI.

De cómo el alcalde Portocarrero se llenó más y más de confusiones, y encontró motivo para aprovechar la ligereza de Anguila.

I.

Era ya mediodia, cuando Portocarrero llegó á su casa y se puso á comer tranquilamente la vianda que le habian llevado de la pastelería de Gabriel de Espinosa.

—Podeis decir á vuestro amo, dijo el alcalde Portocarrero, cuando hubo acabado de comer, al mozo que le habia llevado la comida, que puede venir cuando quiera.

El mozo recogió en una cesta los platos y el servicio, y se marchó.

Poco despues, un algnacil dijo al alcalde que el pastelero Gabriel de Espinosa venia á ponerse á sus órdenes.

El alcalde Portocarrero le hizo entrar.

II.

Gabriel de Espinosa entró acompañado de Sayda Mirian y de Gil Perez.

—Bien venidos, amigos mios, les dijo el alcalde Por-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y callar mucho.

—Pues callemos.

Y los estudiantes se derperdigaron y se fueron cada cual por su lado.

Indudablemente, el alcalde Portocarrero, con su semblante afable y su palabra reposada y tranquila, se habia hecho temer más en una hora, que el alcalde Santillana con todo su terrible carácter en un año.

Esto consistia en que el alcalde Portocarrero hacia justicia sin exasperar y de la manera más suave posible.

XI.

Seguidamente, y como ya era hora de ser recibido en audiencia, el alcalde Portocarrero fué á rendir el homenaje de sus respetos como se debia á una sobrina del rey, á doña Ana de Austria; y despues de la audiencia, que apenas duró un cuarto de hora, se volvió á su casa.

CAPITULO XI.

De cómo el alcalde Portocarrero se llenó más y más de confusiones, y encontró motivo para aprovechar la ligereza de Anguila.

I.

Era ya mediodia, cuando Portocarrero llegó á su casa y se puso á comer tranquilamente la vianda que le habian llevado de la pastelería de Gabriel de Espinosa.

—Podeis decir á vuestro amo, dijo el alcalde Portocarrero, cuando hubo acabado de comer, al mozo que le habia llevado la comida, que puede venir cuando quiera.

El mozo recogió en una cesta los platos y el servicio, y se marchó.

Poco despues, un algnacil dijo al alcalde que el pastelero Gabriel de Espinosa venia á ponerse á sus órdenes.

El alcalde Portocarrero le hizo entrar.

II.

Gabriel de Espinosa entró acompañado de Sayda Mirian y de Gil Perez.

—Bien venidos, amigos mios, les dijo el alcalde Por-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tocarrero; sentáos, porque tenemos que hablar largamente.

—Permaneceremos muy bien de pié, como debemos, por respeto á vuestra señoría, dijo Gabriel de Espinosa.

—Nada menos que eso, que no pretendo cansaros, y creo que esa señora no podria estar mucho tiempo de pié.

Sayda Mirian se ruborizó, porque el alcalde, que la habia mirado fijamente de alto á bajo, aludia á su avanzado estado de maternidad, que no podia completamente disimular.

A una tercera indicacion del alcalde se sentaron, y Gabriel de Espinosa vió con grande ansiedad, aunque la disimuló, que el alcalde, como si le diera calor el bonete, se lo quitó y lo puso sobre la mesa.

¿Era esto una señal de respeto, un lazo que le tendia, ó una casualidad? ¿Sabria algo la Chancillería de Valladolid? ¿Habria dado instrucciones al alcalde Portocarrero?

Gabriel de Espinosa se puso muy sobre aviso, pero no dió señal alguna del más leve recelo.

—Ante todo, dijo el alcalde, debo daros las gracias por la comida que me habeis enviado.

—En mi casa se sirve bien de muy antiguo, y sobre todo á personas tan calificadas como vuestra señoría, dijo Gabriel de Espinosa.

—La olla podrida estaba exquisita, dijo el alcalde.

—Como que es la misma que se ha preparado para esos tres grandes señores de Portugal, dijo Gil Lopez.

—Sí, sí, verdadera olla podrida de rey; particularmente la empanada de ánade era un verdadero *bocato di cardinale*; ¿la habeis hecho vos, señor Gabriel de Espinosa?

—¡Ah! No, no señor, dijo Gabriel de Espinosa sonriendo; yo no se hacer pasteles, ni aun me gusta.

—¡Y sin embargo, sois pastelero! ¡Cosa extraña! Esto es lo mismo que si yo fuese alcalde sin saber leyes.

—Pues va á ver vuestra señoría que nada tiene esto de extraño. Me llaman el pastelero de Madrigal, porque mis padres fueron pasteleros, y porque soy dueño de la pastelería que me han dejado en herencia, y con la que continuó, porque no tengo otra cosa con que vivir, y porque la gobierna mi tio Gil Lopez, vuestro servidor que está delante, y que es un gran pastelero, como vuestra señoría ha podido ver por la empanada que ha comido.

—Ya decia yo; teneis las manos muy finas para que pudiese creerse que andaban en la masa.

—De todo aquello con que trabajan las manos de un hombre, solo hay una cosa que ni las embastece, ni las encallece, señor alcalde, y esta cosa es la espada.

—Teneis mucha razon, hidalgo.

—Lo habeis dicho á bulto; pero habéislo acertado, señor alcalde; hidalgo soy, y más que hidalgo, á pesar de lo pastelero; hidalgos fueron mis padres, é hidalgos mis abuelos, y de los más antiguos y solariegos; como que somos de los monteros de Espinosa; y ya sabeis cuán nobles son los que vienen de Espinosa de los Monteros.

Gabriel habia dicho estas palabras de una manera fácil y sencilla, y sin permitirse la más leve entonacion que hubiera podido ofender al alcalde.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Grande lástima es, dijo el alcalde, que un tan noble apellido haya venido á dar en una pastelería; porque sin que os ofendais, señor Gabriel de Espinosa, vos conoceis muy bien que un pastelero no puede ni debe ser un hombre noble.

—¿Y qué quiere vuestra señoría? Las familias vienen á menos, y más vale que un hombre noble y pobre se gane la vida en un oficio honrado, que no el que dé en hechos malos y reprensibles.

—Indudablemente, señor Gabriel, indudablemente.

—Y no es esto que yo no piense como vuestra señoría en lo de que no se une bien lo noble á lo pastelero; y tanto es así, que muy jóven aún, como que apenas tenia diez y ocho años, me salí de casa de mis padres, y con un dinerejo que me dieron, y un rocin, tomé bandera; porque lo noble sienta muy bien junto á lo soldado; ¿no es verdad?

—Créolo así. ¿Conque soldado habeis sido?

—Hasta hace muy poco tiempo, y me he hallado en más de una campal batalla, que guardará siempre la historia.

—Verdad es, que teneis bien herida una mano.

—Y herida la cabeza, y herido todo el cuerpo; porque yo he sido de los soldados á quienes gusta acercarse al enemigo hasta poder asirle por los bigotes.

—Debeis de haber sido muy gran soldado, porque teneis muestras de grande aliento, y ya no extraño que os sacara tan de quicio el perdido de esta mañana; pero estad tranquilo, porque me parece, me va pareciendo que le ahorco.

—Indulgente quisiera á vuestra señoría con él en lo que fuere compatible con la justicia; porque si bien yo esta mañana, ciego de cólera, le hubiera hecho pedazos, á no ser porque me lo impidieron, ya vuelto á la razon, conozco que los estudiantes son gente mal acostumbrada y procaz, y que si hubieran de llevarse á cuerda tirante sus demasías, habríanse de cerrar las aulas por lo insolentes que son, y por lo á que dan lugar por lo mal criados.

—De modo, que vos, á no haberos ensoberbecido su insolencia, por lo que tan de cerca os tocaba, no le hubiérais muerto.

—No, señor alcalde; á no haberme irritado sus insultos, me hubiera satisfecho con darle una tal vuelta de cintarazos, que le hubiera puesto un mes en la cama entre si se va ó se viene; y como la justicia viene de Dios, y es como Dios divina, y como Dios, ni puede ni quiere encolerizarse, y como no ha habido sangre ni afrenta irremediable, ni más que insolencia provocativa, sin que sea visto que yo me entrometa á dar consejos á vuestra señoría, ni á interpretar las leyes, paréceme que con sacarle en un asno y darle una vuelta de azotes á pregon y ponerle á la vergüenza, y esto por lo de la bofetada al alguacil Anguila, que por lo de su atrevimiento á María Juana y por sus insolencias á mí, nosotros le perdonamos, habria bastante para que el bachiller le pesase de lo hecho y para que los otros escarmentasen.

—¿Sabeis que pareceis tambien letrado? dijo el alcalde Portocarrero.

—Ley que no pueda esplicarse por la luz natural del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

entendimiento comun, seria una mala ley, que causaria más daño que beneficio.

—Acabais de sentar una gran máxima de derecho; y en verdad, un mismo delito puede ser más ó menos grave, segun las circunstancias; no es justo castigar del mismo modo al que se insolenta con la justicia, que al que hace armas contra ella; no es lo mismo dar una bofetada que una herida, y hay que tener en cuenta lo más ó menos respetable del ministro de justicia que ha sido abofeteado; aunque la justicia lo mismo está representada por un mezquino alguacil que por un gran príncipe; sin embargo, y ya que vos perdonais lo del insulto y la provocacion, veremos si el señor Anguila perdona la bofetada, y buscaremos una callejuela á la ley, para que el dogal se convierta en pena, y en vergüenza la sepultura; porque os afirmo tambien, que aunque yo me lavo las manos como Pilatos, que aunque la sentencia de muerte que yo firmo, no proviene de mí, sino del delito del sentenciado, se me hace muy duro, no habiendo estado nunca en Madrigal, entrar en él ahorcando al dia siguiente de un indulto otorgado por su majestad á delitos mayores.

—Acompañada de la clemencia, resplandece más la justicia, dijo Gabriel de Espinosa con un acento y una expresion tal, que el alcalde Portocarrero se puso más en respeto de lo que lo estaba por el pastelero.

—Vos no sois hombre comun, dijo.

—Venimos á lo del señor don Rodrigo de Santillana, que pensaba lo mismo que piensa vuestra señoría; voy á contestar á vuestra señoría lo mismo que contesté al señor alcalde de Santillana; soy soldado desde mi juventud, he tratado con muy grandes señores, y se me ha pegado algo de ellos; me he acostumbrado á las bizarrías de soldado, y parezco más de lo que soy.

—Todo en vos, señor Espinosa, maravilla y suspende, dijo el alcalde Portocarrero; os llamais pastelero, y lo sois sin duda, y pareceis un gran señor; la nodriza de vuestra hija viste humildes paños, se llama lisamente María Juana, y parece una gran señora disfrazada.

—Y esto que parece una conversacion, señor alcalde, dijo Gabriel de Espinosa, no es más ni menos que un interrogatorio.

—Eso viene á ser, dijo benévolamente el alcalde Portocarrero, y creo que vos comprendereis bien que en esto cumplo con mi obligacion, y que me informo de vos por vos mismo, de una manera cortés y sin mala prevencion.

—¡Oh! Indudablemente, señor alcalde; y esto me obliga á informaros por completo: vais á ver lo que ya ha visto el señor alcalde Santillana.

III.

Gabriel de Espinosa sacó la misma cartera que en otra ocasion, y entregó al alcalde Portocarrero, para que los examinase, los mismos papeles que habia hecho ver á don Rodrigo de Santillana, y cuyo contenido conocen ya nuestros lectores.

—Puesto que estais indultado de una muerte que hicisteis, dijo el alcalde Portocarrero devolviendo los pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

peles á Gabriel, que teneis las pruebas de haber servido lealmente á su majestad en sus guerras, de que el Papa os conoce y os aprecia, de que valeis mucho, puesto que una gran dama se ha prendado de vos, y otra dama os acompaña encubierta para criar á vuestra hija, ó que tal vez, perdonadme la malicia, señor Espinosa, esa misma gran señora está delante de mí, encubierta bajo un humilde traje, yo os aprecio tambien, y os juro mi secreto; no hay por qué os ruboriceis, señora, añadió el alcalde Portocarrero viendo el encendido color que habia cubierto las mejillas de Sayda Mirian; vuestra turbacion me prueba que no me he engañado, que vos sois la gran dama con cuyo amor está favorecido el señor Espinosa; si esto nada tiene de extraño, porque el amor es el señor tiránico que hace doblar la cerviz á los más soberbios, y vos, señora, seais quien fuéreis, valeis tanto, que no hay disfraz, por humilde que sea, que pueda encubrir vuestra valía.

—Pues bien, señor alcalde, vos me pareceis, y creo no engañarme, un gran caballero, dijo Gabriel de Espinosa, y como tal, os demando la promesa de guardar un profundo secreto acerca de lo que voy á deciros, puesto que nada encontrais en mí que sea en ofensa y servicio de Dios ó del rey nuestro señor.

—Por mi honor, como noble y como caballero; por mi fé, como cristiano; por mi rectitud como alcalde, yo os juro olvidar lo que me dijéreis para no decirlo á nadie, ni aún á mi confesor.

—Pues bien, señor alcalde: yo soy lo que os dicho; Gabriel, hijo de Juan de Espinosa y de su mujer Mari-

Perez; dicen algunos que estos no fueron mis padres, sino que morando en Toledo, me encontraron en el cajon de los expósitos de la iglesia mayor de Santa María; y aunque parece probar esto el que mi partida de bautismo no se encuentra, ni como expósito, ni como hijo legítimo de los antedichos, ellos por su hijo me tuvieron, su hijo me confesaron, y herencia me dejaron como á hijo; Gabriel de Espinosa me he llamado siempre, y noble soy, ya sea legítimamente expósito, porque bien sabeis que los expósitos los adopta el rey, y los tiene por hijos y los cria.

—Decís bien, señor Espinosa, contestó el alcalde Portocarrero; pero continuad, porque vuestra relacion me interesa.

—Vivian mis padres en Toledo cuando empecé á ser mozo, y como aunque nobles eran pobres, y no podian enviarme á Salamanca, me pusieron á oficio, y fuí tegedor de terciopelos; pero el telar y la lanzadera me enfadaban, que no habia yo nacido para oficios mecánicos, y habiéndose trasladado mis padres á Madrigal, dos años despues de su nuevo avecindamiento, al cumplir mis diez y ocho, como pasase por la villa un capitan de reclutas, tomé bandera con licencia de mis padres, y fuíme á Italia, donde peleé cuatro años con los franceses, en la compañía de hombres de armas del capitan Avellaneda; volví con licencia al pueblo, y por aquel tiempo fué la riña en que maté á un hombre frente á frente, y con peligro y con razon, como mucha gente que aún vive en el pueblo lo sabe; y huyendo del rigor de las pragmáticas, que castigan á sangre los desafíos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

escapé con buena fortuna, y pasando á los Paises Bajos, tomé bandera en la compañía de infantes del señor don Hugo de Moncada, en la cual, por mis buenos servicios, alcancé indulto del homicidio, por los buenos oficios de mi capitan y por la clemencia del rey nuestro señor, que Dios guarde, y ya libre de pena, seguí mis aventuras de soldado. No extrañeis ni tomeis á mal que desde este punto os oculte por donde anduve, porque si os lo dijese vendríais á sacar en limpio de qué familia es mi esposa, y su familia es tal y tan alta, que bien merece se guarde oculto su honor en el misterio, porque aunque mi esposa es, deshonra causa á su familia su casamiento con un soldado, siendo ella tan gran princesa.

—¡Princesa esa dama! dijo el alcalde Portocarrero poniéndose de pié.

—Sentáos, caballero, dijo Gabriel de Espinosa, con el mismo acento que hubiera usado un rey, al pronunciar aquella palabra.

El alcalde Portocarrero se sentó dominado por Gabriel de Espinosa, cuya figura se engrandecia para él de momento en momento.

IV.

Sayda Mirian callaba, y estaba confusa.

Gil Lopez abria desmesuradamente los ojos, y le parecia imprudente lo que Gabriel decia.

El alcalde Portocarrero, sin embargo, se mostraba de momento en momento más afable, más cortés y más interesado por Gabriel de Espinosa.

Este continuó:

V.

—Un dia, en una recia batalla, no os diré dónde, caí tan herido, que sin mi esposa hubiera muerto.

—¡En la batalla estuvo esta dama! dijo suavemente al alcalde Portocarrero.

—No por cierto, señor alcalde; pero la batalla se dió cerca del lugar donde mi esposa vivia; por muerto me tuvieron, y esta herida de mi cabeza, y las que están señaladas en mi pecho, y esta de mi mano, prueban que hubo razon bastante para que por muerto se me tuviese; yo mismo creo que estuve difunto, y que si volví á la vida, fué porque me resucitaron las oraciones y el amor de mi esposa.

—Vuestra historia es tal, que maravilla, dijo el alcalde Portocarrero.

—Un dia, continuó Gabriel, abrí los ojos, y ví junto á mí á María. Desde entonces la amo, señor. Cuidó de mí en secreto, con la paciencia y el amor de un ángel, y cuando mis heridas se cerraron por completo, cuando recobré las fuerzas, ya era imposible que nos separásemos: Dios nos habia hecho esposos; éramos un alma sola, partida entre un hombre y una mujer, y un sacerdote bendijo aquella union que Dios habia hecho; huimos, porque era forzoso huir; mi esposa me lo sacrificó todo: su familia, su orgullo, sus riquezas; encubierta ha seguido mi suerte de soldado, y encubierta ha venido á Madrigal, á donde nos ha arrojado la pobreza, para vivir humildemente de lo poco que se gana en la pastele-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ría. Esto, caballero, á nadie lo he dicho más que á vos y á mi buen pariente Gil Perez; espero, pues, guardareis el secreto.

—Tenedlo por cierto; contad con que nada me habeis dicho, y honradme valiéndoos de mí en todo aquello que necesitáreis, y en que yo os pueda servir.

—Al tanto me ofrezco, señor alcalde, en lo poco que valgo y puedo.

—Y vos, señora, dijo el alcalde Portocarrero, no esteis confusa; habeis elegido esposo con vuestra libre voluntad, y se lo habeis sacrificado todo.

—¿Y qué sacrificio hay, dijo Sayda Mirian, que pueda sentirse, si por él se ha alcanzado un buen esposo?

—Teneis razon, señora, y yo os deseo largos años de felicidad.

El alcalde se puso de pié, y Gabriel, María y Gil Lopez se levantaron.

—Ved ahora, que despues de conoceros, dijo el alcalde Portocarrero dando la mano á Gabriel de Espinosa, no solo no me extraña, sino que creo muy justa vuestra cólera contra el diablo de estudiante que tenemos en la cárcel; le daremos cien azotes, le pondremos á la vergüenza durante ocho dias, dos horas por la tarde, y le echaremos de Madrigal, contando con el perdon del alguacil abofeteado; porque si éste no perdona, lo sentiré mucho, pero ahorco al bachiller.

—Deseo que esto no suceda. Ahora bien; ¿teneis algo que mandarme, señor alcalde?

—Nada, sino que me tengais por muy vuestro amigo; y vos, señora, por muy vuestro servidor.

—Gracias, caballero, dijo Sayda Mirian; si un dia vuelvo á ser lo que he sido, os mostraré en cuanta estima os tengo. Hacedme ahora la merced de decirme vuestro nombre.

—El doctor don Luis de Portocarrero, alcalde de casa y córte.

La despedida se prolongó aún, en un tiroteo de palabras corteses, y al fin, Gabriel, María y Gil Perez salieron acompañados hasta la puerta por el alcalde.

Allí hubo otro nuevo combate de cumplimientos.

Cuando el doctor Portocarrero los vió alejarse, se metió para dentro murmurando:

—Mucho hombre me parece éste para pastelero; princesa es ella sin duda, que á la legua se la conoce que ha sido nacida en cuna altísima; y aunque él prueba lo de soldado y lo de pastelero, hay momentos, vive Dios, en que parece rey, y pone en temor con sus ojos y sus palabras; papeles falsos se hacen para encubrir secretos, y cosa es esta para poner en confusion al más avisado, y no saber qué haga para cumplir con su obligacion como debe.

El alcalde, que habia entrado en la sala baja, se sentó en su sillon, y se quedó profundamente meditabundo.

VI.

Entretanto, atravesando la plaza, decia Sayda Mirian á Gabriel de Espinosa:

—Me parece muy imprudente el aspecto que has tomado delante de ese hombre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ese alcalde, con su semblante afable y sus buenas palabras, respondió Gabriel de Espinosa, es mucho más peligroso que don Rodrigo de Santillana con su carácter violento y descortés, y sus palabras duras. En la ocasion en que nos encontramos, es necesaria de todo punto la audacia, á fin de maravillar á ese terrible alcalde. Ganemos unos dias, que despues, nada hay que temer.

VII.

El alcalde Portocarrero estaba dando vueltas á una cuestion teológica, para encontrar un sofisma que le sacare de la situacion en que se encontraba.

Hé aquí la proposicion que aquel juez se hacia á sí mismo:

«¿Es lícito faltar al juramento y al sigilo prometido, en servicio de Dios y del rey?»

La cuestion era árdua; porque tirase el alcalde por arriba, tirase por abajo, se encontraba siempre con que faltar al secreto que habia jurado á Gabriel de Espinosa, era incurrir en traicion.

Pero aquí de la argucia:

¿Si por no cometer una traicion en daño de un solo indivíduo, se incurre en traicion contra Dios, contra el rey y contra la República, se peca?

¿Si la traicion menor evita la traicion mayor, si la traicion menor causa menos perjuicios que la traicion mayor, debiendo evitarse con un perjuicio menor un mayor perjuicio, la traicion menor, no solo es lícita, sino que tambien justa y necesaria?

La traicion menor causa un menor perjuicio, y la traicion mayor perjuicios mayores; debe evitarse el perjuicio mayor, aun á costa de un perjuicio menor; *ergo* la traicion menor es lícita, la traicion menor es justa, la traicion menor es necesaria, la traicion menor es obligatoria.

El alcalde Portocarrero no hacia otra cosa que sumar y restar.

Sin embargo, su *ergo*, no era la conclusion de un silogismo, sino la conclusion de un sofisma; porque los términos de la proposicion eran precisos.

«Si el que jura el sigilo le quebranta, peca y debe evitarse el pecado; el que ha jurado el sigilo debe guardarlo, porque no debe incurrir en el pecado; el pecado no es lícito; quebrantar el sigilo es pecado; *ergo* no es lícito quebrantar el sigilo prometido.»

VIII.

En aquellos tiempos, la argumentacion entraba en todo, y para todo se echaba mano de ella, porque el escolasticismo era hasta tal punto el espíritu de los siglos XVI y XVII en España, que hasta en las comedias de nuestro teatro antiguo se encuentra infiltrada la argumentacion escolástica.

El amor en aquellas comedias, toma la doble forma del pleito y de la argumentacion, y la proposicion y el *ergo* asoman por todas partes, y lo que á muchos parece hoy gala del ingenio, no es otra cosa que el alambicamiento de la argucia y del sofisma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX.

El alcalde Portocarrero se quedó tan repleto y tan satisfecho con la solucion de su argumento, que sin vacilar tomó un pliego del áspero y moreno papel que en aquellos tiempos se usaba, puso á su cabeza una cruz muy semejante á una *t*, y escribió por bajo lo siguiente:

«Señor presidente de la real Chancillería de Valladolid.—Muy señor mio y amigo: en esta villa he tropezado, con ocasion de una riña, con un pastelero tal, y con una tal ama de cria, que me han puesto en gran confusion y cuidado. Tiene él cara y palabras tan poco verosímiles en un pastelero y hombre bajo, y tan propias de hombre principalísimo y aún de príncipe ó rey, y tan dama parece ella, y tan alta, á pesar de los humildes trajes que llevan y del bajo oficio en que aparentemente se entretienen, que yo tengo para mí que no solamente seria bueno y provechoso, sino necesario, vigilar á estas tales personas, y saber, si es posible, hasta como respiran cuando duermen.—Yo no sé por qué, se me ha metido en la cabeza y agarrádose tenazmente al juicio, la idea de que estos personajes, que tales los creo, no están en Madrigal de valde, sino por asunto tal, que puedan verse perjudicados por él el rey nuestro señor y el bien público.—Con mi obligacion creo que cumplo avisándoos de mis sospechas, y rogándoos tomeis informes de estos sugetos al alcalde de Santillana, que los conoce.—Aguardo con la contestacion el conocimiento de

lo que he de hacer, que yo, en materia tan dificultosa, no me atrevo á hacer nada por impropio consejo, y apelo al vuestro.—Guárdeos Dios y os mantenga en salud.—De esta villa en Madrigal á 6 de setiembre de 1595.—*El doctor don Luis Portocarrero.*»

X.

Cerró el alcalde esta carta, y mientras ponia en su nema el sobrescrito mandó llamar al alguacil Periquete Anguila.

Presentóse éste con una celeridad increible.

Traia sobre la mejilla izquierda una cataplasma, sujeta por un pañuelo atado por debajo de la barba, y hacia la figura más risible del mundo.

—¿Tan fuerte fué la bofetada, dijo el alcalde, que habeis tenido por ella necesidad de medicinas?

—¡Ah, señor! dijo con voz plañidera Anguila; el bachiller Corchuelos es muy bruto; me ha echado fuera tres muelas, y tengo de alto el carrillo tres dedos; ha sido un milagro que no me mate, señor, y espero que vuestra señoría le eche de Madrigal; porque si el bachiller Corchuelos sale á la calle, soy hombre muerto.

—Tan le echaré, que va á ir á contarlo al otro mundo, dijo el alcalde Portocarrero.

—¡Ah, señor! Si vuestra señoría me dá licencia, le diré que yo no pido tanto.

—¿Es decir, que vos le perdonais por vuestra parte, de la pena de horca en que ha incurrido abofeteando á un ministro de justicia?

—¡Ah, señor! Por mi parte, sí señor; si basta con que yo le perdone para que no vaya á la horca, yo le perdono con toda mi alma.

—Cristiano y buen hombre sois, y por ello os aplaudo; con vuestro perdon, y con que yo atenúe el delito, no será ahorcado; pero se le aplicarán cien azotes, á penca de verdugo y voz de pregonero, y se le pondrá á la vergüenza, y se le echará de la villa; salid, y decid á mi secretario Pedralva que entre.

Poco despues entraba el secretario.

—Estended el auto de sentencia de cien azotes y vergüenza pública por ocho dias, desde las cinco á las siete de la tarde, en la picota de la villa, contra la persona del bachiller Lope Corchuelos, con destierro inmediato de este pueblo, en dos leguas á la redonda; traédmelo á firmar, é inmediatamente notificadlo al reo; mañana, al punto de medio dia será ejecutada la sentencia, en la parte relativa á los azotes, llevándose en un asno al sentenciado, y distribuyéndose los azotes de manera que los reciba durante el tránsito por los lugares más públicos de la villa.

Pedralva se puso á escribir el auto en un extremo de la mesa sobre un pliego de papel sellado.

El mezquino de Anguila temblaba; miraba con los ojos entumecidos al alcalde, y no parecia sino que era él el que iba á recibir los azotes; le daban repeluznos, y sentia escalofrios.

—Ya veis que se os hace justicia, dijo el alcalde Portocarrero.

—¡Ah, sí, sí señor! dijo Anguila; pero con licencia de

vuestra señoría, me parece que no hay cuerpo humano que aguante cien azotes.

—¿A alcalde se me os meteis vos tambien? dijo Portocarrero; pues mirad no se me ocurra mandaros dar doscientos por atrevido; y como yo os los mande dar, habeis de aguantarlos, mal que os pese.

Anguila quiso contestar para disculparse, y no pudo. Se le habia pegado de miedo la lengua al paladar.

—Vamos á lo que importa al servicio del rey nuestro señor, dijo el alcalde Portocarrero; anoche, si mal no recuerdo, dijísteis que habíais ido muchas veces desde Madrigal en una hora á Valladolid.

—¡En media, señor! Eso dije anoche, y eso digo ahora.

—Pues correr es, ¡cuerpo de diablo! y decid, imbécil: ¿si alcanzais tal ligereza, por qué esta mañana al ver en el aire la mano del bachiller, no os pusisteis á media legua de ella antes de que os tocára?

—Es, señor, que la bofetada me pilló de relance; que por lo demás, si yo no estoy continuamente zurrado por los estudiantes, es porque siempre ando ojo alerta con ellos, y en un cerrar y abrir de ojos, me escurro y me largo.

—¿Os impide la bofetada el ir á Valladolid con un pliego, en el tiempo que cuando estais bueno acostumbrais?

—En poniéndome yo á correr, con tal de que tenga buenas las piernas, todo lo demás me importa nada.

—Pues tomad para el señor presidente de la Chancillería de Valladolid, y partid al momento; dijo el alcalde Portocarrero dándole el pliego.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Apenas Anguila le tuvo en las manos, se volvió, y de una estrepada, por decirlo así, se plantó en la puerta de la sala, y hubiera desaparecido á no llamarle apresuradamente el alcalde.

—¡Eh! Esperad, que aún tengo qué deciros.

Anguila se volvió junto á la mesa con la misma rapidez con que se habia apartado de ella.

—Esperad la contestacion que habrán de daros, y tomad este real de á ocho (1) para que bebais por el camino.

—Muchas gracias, señor.

—Ahora son las cinco, dijo el alcalde Portocarrero, sacando un gran reló de oro casi esférico; me basta con que esteis de vuelta en Madrigal con la contestacion del señor presidente á las ocho de la noche.

—Si tardo, será porque no me den la contestacion á buena hora; pero ya me traeré yo testimonio de la hora en que salga de Valladolid.

—Vamos, que quiero ver cómo emprendeis vuestra caminata.

El alcalde salió con Anguila á la puerta de la calle, y Pedralva, picado tambien de curiosidad, dejó en suspenso el auto de los azotes y salió.

—¡Ea! dijo el alcalde Portocarrero, partid.

Anguila se persignó, inclinó el cuerpo hácia delante, extendió la pierna derecha y se disparó.

Un momento despues habia desaparecido por el otro

(1) Un real de á ocho era equivalente á un peso fuerte y se llamaba real de á ocho, porque se componia de ocho reales fuertes de los de veinte y un cuartos.

extremo de la plaza, á pesar de que esta era estrechísima.

El alcalde Portocarrero y Pedralva se entraron para adentro riendo.

No habia gravedad que se defendiese, puesta en contacto con el originalísimo Anguila.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XII.

El pliego del presidente de la Chancillería de Valladolid.—Una dama de picos pardos.—Azotes á Corchuelos y otros particulares.

I.

Eran las diez de la noche de aquel mismo dia, y el alcalde Portocarrero, retirada la luz y sentado en un sillon junto á una reja, para respirar el aire de la noche, cuando raramente soplaba, porque hacia mucho calor, esperaba impaciente la vuelta del corchete Anguila.

El secretario Pedralva estaba sentado frente á él, y agotada la conversacion, dormitaba.

En aquellos tiempos, las diez de la noche era ya una hora avanzada, porque las gentes se acostaban muy temprano.

El alcalde, sin embargo, creia de su deber esperar, y esperaba.

Al sonar las diez en el reló de la villa, el alcalde oyó una carrera menuda y rápida, que pasó como pasa el vuelo de un cigarron, y á poco se abrió la puerta de la sala, y un alguacil dijo desde ella:

—Señor, acaba de llegar el hombre que su señoría ha enviado á Valladolid.

—Tomad la luz de aquel rincon, ponedla sobre la mesa, y que entre ese hombre.

El alguacil puso sobre la mesa un velon de Lucena de cuatro mecheros, y salió.

Pedralva seguia dormitando.

II.

Entró Anguila sin que se le conociese en nada la caminata que habia hecho, más que en el polvo de que venia cubierto.

Se habia quitado el pañuelo y la cataplasma, y apenas se le conocia la hinchazon del carrillo.

Se habia curado de la manera más original del mundo, con la fatiga del viaje, si nos es lícito decir, sin detrimento de la memoria del buen Anguila, que se habia fatigado.

—Señor, dijo, salí de aquí á las cinco, y hubiera querido estar aquí de vuelta á las seis y media cuando más; pero no ha estado en mí el hacerlo; hasta las nueve y media no me han dado este pliego, que tengo la honra de presentar á vuestra señoría, como asimismo este papel en que se prueba que he salido de Valladolid á las nueve y media dadas.

El alcalde leyó aquella especie de atestado que le presentaba Anguila para disculpar su tardanza, y vió que decia lo siguiente:

«Palacio de la real Chancillería de Valladolid.—El

alguacil Pedro Anguila sale de este palacio á las nueve y media dadas de la noche.—El portero mayor de esta real Chancillería,—*Juan Porron.*»

El alcalde metió la mano en su bolsillo, sacó de él una bolsa de seda verde, de la bolsa un doblon de á cuatro, y dándoselo á Anguila, le dijo:

—Idos en buen hora á descansar.

—Dios se lo pague á vuestra señoría y le dé muy buenas noches, dijo Anguila; se inclinó, giró y desapareció.

III.

Hé aquí el contenido del pliego que habia traido Anguila:

«Señor don Luis Portocarrero: Mi muy respetado amigo: el alcalde Santillana y yo hemos hablado largamente despues de haber leido vuestro pliego. En verdad, que en lo que en esa villa pasa, es cosa para vivir muy prevenidos, y dormir con un ojo abierto. Don Rodrigo está metido en confusiones con ese pastelero, y cree, como vos, que es persona muy principal, por lo que en él se advierte; pero tales papeles ha visto suyos el alcalde Santillana, y tan por pastelero se tiene en la villa y por tan hombre de bajos principios á Gabriel de Espinosa, que don Rodrigo cree, y créolo yo tambien, por lo que don Rodrigo me ha informado, que meterse en averiguaciones por medio de proceso, seria tal vez imprudente; porque si algun misterio hay en el pastelero que convenga y deba saberse, mejor se podrá poner en

claro disimulando y haciendo como que se confia, é inquiriendo y preguntando, y dando lugar, si se obra al descubierto, á que avisados y puestos en temor, oculten de tal manera la verdad, que sea imposible sacar nada en limpio. Bien sé yo que vos me direis que el potro es un buen remedio para hacer hablar aún á los mudos; pero es el caso, que la tortura no puede aplicarse solamente por sospechas, y que seria ponerse en compromiso, tratando injustamente y de tal modo al pastelero.

»Yo creo que el alcalde Santillana, y el doctor Yañez de Rivadeneira, á quien hemos llamado, lo creen tambien, que debeis reduciros á no perder un ápice de lo que hiciere Gabriel de Espinosa, cayendo sobre él y prendiéndole en el momento que hubiere justa causa y razon para ello, y que nada se diga á su majestad, no sea que todo esto se quede en sospecha, y no haya para qué molestar la atencion del rey nuestro señor. Yo os doy las gracias en nombre de su majestad por vuestro celo, os deseo buena salud, y me confieso otra vez muy vuestro amigo.—Guárdeos Dios muchos años.—De este palacio de la real Chancillería de Valladolid á 6 de setiembre de 1595.—*El presidente.*—A don Luis Portocarrero, alcalde de casa y córte de la real Chancillería de Valladolid.»

El alcalde Portocarrero dobló el pliego, y le guardó en su cartera particular, se levantó, llegó á Pedralva que dormitaba, le movió blandamente, y le dijo:

—Despaviláos, señor Pedralva; coged vuestra espada y vuestra linterna, que vamos de ronda.

—Mala vida se nos presenta en Madrigal, dijo Pedral-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

va levantándose perezosamente y restregándose los ojos.

—Pero ello es preciso; el ministro de justicia no es nada suyo, sino del rey que le paga y le honra.

—Sí, sí señor; pero cuando se tiene mucho sueño, saben muy mal las rondas.

Y ciñéndose su espada y tomando de un armario la linterna, que encendió en el velon, dió al oidor su vara, y entrambos salieron á los cenadores del patio.

—¡Hola! ministros, arriba; encended las linternas, y en marcha, dijo Pedralva con la voz todavía un tanto soñolienta.

Los alguaciles que estaban acá y allá, menos uno que estaba de guardia y se paseaba, se levantaron, buscaron sus linternas, las encendieron en la luz agonizante de un farol que habia en el zaguan, y salieron detrás del alcalde y del secretario.

IV.

La noche era oscura, y no se sentia ni una sola persona en la villa.

El alcalde Portocarrero llegó hasta la pastelería que estaba cerrada y oscura, escuchó, y nada oyó.

Rondó por parte del pueblo, yendo á parar al convento de Nuestra Señora de Gracia, y allí notó algun movimiento, y vió luz detrás de las celosías de las ventanas de la celda, ó más bien de la casa de doña Ana de Austria.

Parecióle que debia tomar esto en cuenta al alcalde, y ocultóse con su gente en un soportal, poniéndose en

acecho de la puerta particular por donde se entraba á las habitaciones de doña Ana.

Pero por mucho que esperó el alcalde, ni á aquella puerta llegó nadie, ni nadie salió por ella; se apagaron las luces, y todo quedó en reposo.

Dejó el alcalde dos hombres de guardia en el soportal, y con los otros cuatro y con Pedralva, siguió su ronda, y ya á más de media noche, al entrar en la calle donde estaba la cárcel de la villa, oyeron rumor de voces que hablaban.

El alcalde mandó que dos alguaciles diesen la vuelta para coger la calle por el otro extremo, á fin de que al sentir la ronda no se escapasen los que en la calle estaban, y al sentir el silbido con que avisaron los alguaciles que ya habian llegado á su puesto y que estaban prevenidos, el alcalde, con Pedralva y los otros dos alguaciles, se entró de golpe en la calle, y cuando creia encontrar hombres, las luces de las linternas solo le dejaron ver dos mujeres, la una jóven y de muy buen parecer, garbo y despejo, y la otra vieja, fea y taimada, que de legua olian á mujeres de poco más ó menos, y de no muy buena vida.

—Ténganse allá vuestras mercedes, dijo con descaro la muchacha, y no se echen tan encima ni tomen tantas prevenciones, que aquí no hay Fierabrases ni Orlandos furiosos, sino una vieja y una niña, que á nadie ofenden ni hacen perjuicios.

—Picos pardos tenemos, señor alcalde, dijo Pedralva, y bueno seria echarel guante á estas aves nocturnas, que para nada bueno pueden andar á estas horas por la calle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—En eso no decís bien, señor secretario, dijo desde una reja de la cárcel una voz de hombre; cuando un galan honrado no puede ir á ver á su dama, porque le tienen en jaula como un pájaro, bueno es que la dama, si le quiere bien, venga á verle y á consolarle; y si no tuviera rejas á la calle la cárcel, á buen seguro que me pudiera asomar á ellas, ni hablarme la Mari Galana, ni traerme qué cenar; que si no fuera por ella, iria mañana desmayado á recibir los azotes, y todos tomarian á miedo lo que solo seria hambre y lacéria.

—Vaya en gracia, dijo el alcalde mirando fijamente á la muchacha que apenas tendria veinte años, morena, buen cabello, grandes ojos, hermosa garganta y aire picaresco y descarado, pero lleno de gracejo y de inteligencia.

—¿Qué mira tanto vuestra señoría? dijo la muchacha sonriendo y dejando ver al alcalde dos hileras de blanquísimos dientes.

—¿Tú eres de Valladolid, paloma? la dijo.

—Para servir á Dios, al rey, á mi galan y vuestra señoría, en el Ochavo, y criada en el barrio de las Morenas, junto á las tapias del verdugo, que es mi compadre.

—Pues tú, Mari Galana, debes conocerme á mí.

—Y no por cosa buena, ya lo creo; como que hace dos años, sobre si era bruja ó no era bruja, y sobre si dí bebedizos al corregidor para que quisiera á su mujer y no empleara su vara de justicia en sacudirla el polvo de las espaldas, me tuvo vuestra señoría seis meses á pan y agua, que me quedé como un hilo, y me quiso dar

garrotillo en los dedos para que confesase lo que no habia hecho; gracias á que vuestra señoría tiene buen corazon y conoció que todo aquello que me levantaban era testimonio de la mala hembra de la Lebrela, que me tiene envidia por el palmito y por la gallardía de la persona, y porque no hay galan que ella tenga, que en viéndome á mí, no se la vaya, y se venga á mí á solicitarme y servirme; yo soy una honrada dama de picos pardos (y enseñaba con mucha gracia los cujoncillos de sus mangas de sayal, y su lazo morado sobre el hombro izquierdo, distintivo de las mozas de partido de aquellos tiempos), tengo mi licencia del rey, y ando siempre con mi dueña y honestamente sin dar escándalo; soy cristiana y caritativa, no robo ni soy gancho de ladrones, ni yo taparía un hurto por cuanto hay en el mundo; dejénme, pues, en paz, que yo traiga cena y consuelo á este mi enamorado, que en ello á nadie ofendo ni mal hago, y estréllese vuestra señoría, señor alcalde Portocarrero, con otros y otras, que sin ser de picos pardos, sino muy altas y muy principales, y de un estado que debian respetar mucho, traen escandalizado al pueblo ofendiendo á Dios y al rey, sin que nadie las ataje y vaya á la mano.

Extrañóle y púsole en cuidado al alcalde la manera particular con que la Mari Galana habia pronunciado sus palabras, y la dijo:

—Echate acá á un lado y vamos andando, que el bachiller Corchuelos no ha de morir de los azotes, y cuando sane, tiempo te quedará para servirle; y vos, señor bachiller, recogéos é id cobrando ánimo para los azotes, y quedad con Dios y buenas noches.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Con tal de que yo vea ahorcar al que tiene la culpa de que yo sea azotado, dijo Corchuelos, por pagado me daré del vapuleo; y Dios quiera que no tarde yo en verlo.

—Cállese el villano y mire no me entren ganas de mandar al alcaide que le ponga incontinente una mordaza. Echa delante Mari Galana.

—Permita Dios que no le venga cosa buena al que tiene la culpa de que se vea en tal ahogo mi Corchuelos; dijo la muchacha llorando.

—Anda, anda más adelante, dijo el alcalde, y respóndeme á lo que te voy á preguntar.

—Pregúnteme vuestra señoría todo lo que quiera, que yo le responderé todo lo que sepa, contestó Mari Galana tragándose las lágrimas.

La moza de partido y el alcalde iban delante.

Algo atrás, la vieja; más atrás, Pedralva y los cuatro alguaciles.

—¿Por qué has dicho, la preguntó el alcalde, que hay en esta villa damas muy principales que traen escandalizada á la gente?

—Porque es la verdad pura.

—¿Sabes tú quienes son esas damas?.

—Es una sola.

—¿Sabes como se llama?

—Vaya si lo sé; pero me temo que si lo digo á vuestra señoría me meta en la cárcel y me haga azotar.

—Como tú hayas dicho la verdad, en vez de azotarte te premio.

—¿Por la salud de vuestra señoría?

—Por mi salud, Mari Galana.

—Pues acerque vuestra señoría la oreja sin miedo de que se la muerda, porque lo que le voy á decir, es para dicho muy quedo.

Acercó el alcalde la oreja izquierda á la rosada y fresca boca de la muchacha, y ésta le dijo con una voz que apenas se percibia:

—Doña Ana de Austria.

Dió el alcalde un salto.

—Sí señor; doña Ana de Austria, esa reina ó esa infanta, ó qué se yo lo que es. Pero ya se vé, como es sobrina del rey...

—Por menos de lo que estás diciendo, he ahorcado yo á muchos.

—Eso seria bueno si fuera mentira lo que yo digo; pero no siendo verdad como lo es.

—Vamos, esplícate.

—Pues poco tiene que esplicar; todas las noches, despues de las doce, un hombre entra con un fraile que parece un fantasma en la casa que tiene pegada al convento doña Ana de Austria, y antes del amanecer el fraile y el hombre salen.

—Entonces aún no deben haber salido.

—Qué se yo; ya va siendo la hora de que los pájaros nocturnos vuelen; andan diciendo por el pueblo, que el fraile es un fantasma, un demonio que lleva á un condenado á ver á doña Ana de Austria, que está condenada tambien; pero no hay tal fantasma, ni tal diablo, ni tal condenado; son dos hombres de carne y hueso, que yo conozco muy bien.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Tú!

—Como hace mucho calor y no se puede parar de noche en las casas, el bachiller Corchuelos y yo nos andamos por las calles y nos salimos á pasear al campo hasta que amanece. Una noche, al pasar por delante del convento, vimos luz por la regilla de la puerta de la casa de doña Ana, y como esto era ya cerca del amanecer, nos maravilló; quisimos ver lo que aquello era, y nos escondimos en un soportal; á poco se abrió la puerta, y aparecieron un fraile y un hombre. A ellos no les pudimos ver la cara, pero se la pudimos ver á la dama que les alumbraba; porque era una dama, no una monja, porque no tenia hábitos, sino un hermoso vestido de seda, de raso de Florencia. Aquella dama, que era jóven y hermosa, llevaba una palmatoria de plata en la mano, con una vela de cera perfumada. Nosotros lo veíamos todo esto muy bien, porque el soportal donde estábamos escondidos no estaba lejos, y Corchuelos y yo tenemos muy buena vista.

—Vamos, ¿y quién era la dama?

—Yo no la conocia; pero Corchuelos sí; aquella dama, á pesar de que no tenia hábitos, era una monja: una de las criadas de doña Ana de Austria: doña Luisa de Grado.

—¿Qué señas tenia la dama? porque yo conozco á doña Ana y á sus criadas.

—Así, como yo, de mis carnes, más morena que yo, y con los ojos así, como los mios, muy grandes y muy negros; una buena moza, señor alcalde Portocarrero. Pero venimos un ejército, nos vamos acercando ya, y

seria bueno que mi abuela, el señor Pedralva y los corchetes, se quedasen atrás y se escondiesen, y que vuestra señoría guardase la vara y me diese el brazo para que yo me agarrase de él, porque viéndonos así, creerian que éramos enamorados y no cosa de justicia.

—Dices bien, Mari Galana, dijo Portocarrero; voy á mandar que se queden atrás, y tanto esconderé la vara, por si nos ven, como que se la voy á dejar al licenciado Pedralva. Dile tú á tu abuela que se vaya con ellos.

Y diciendo esto, el alcalde mandó á los que le seguian y á la vieja, que se metiesen en un soportal.

Luego, la muchacha se asió del brazo del alcalde, y entraron por la calle del convento.

V.

La calle estaba desierta, oscura y tranquila.

—Aún no deben haber salido, dijo la Mari Galana, porque todavía no es hora.

—Lo sabremos, dijo Portocarrero, que tengo dos alguaciles de guardia escondidos en un soportal delante del convento.

—Ahí es donde yo iba á decir á vuestra señoría que nos escondiésemos.

—Antes de todo, ¿habeis averiguado tú ó Corchuelos quiénes son el hombre y el fraile que entran y salen de noche en las habitaciones de doña Ana?

—Corchuelos es más listo que una ardilla y sabe más que un zorro, y cuando se propone averiguar una cosa, la averigua.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Pero quiénes son?

—¿Quién ha de ser el fraile, más que el vicario de las monjas, fray Miguel de los Santos?

—Cuenta con lo que dices, Galana, mira que fray Miguel de los Santos es un varon muy respetable.

—Que sea respetable que no lo sea, es el que trae y lleva de noche á las habitaciones de doña Ana al pastelero Gabriel de Espinosa.

—Tú tienes ojeriza á Gabriel de Espinosa, porque por su causa, ó más bien por la riña que con él tuvo ayer por la mañana Corchuelos, está éste sentenciado á azotes, y á poco más le ahorco.

—Esas son otras cuentas; y yo le juro á vuestra señoría que el tal pastelero me las ha de pagar con las setenas ó he de dejar de ser yo Mari Galana. Quitando todo eso, es verdad que los que entran y salen de noche en el convento, son el vicario de las monjas y el pastelero; y si no, si están dentro, vuestra señoría lo verá.

—Pues vamos á ver si están ó si ya han salido.

Y el alcalde se dirigió al oscuro soportal, y entrando en él, dijo en voz baja:

—¡Hola, ministros!

—¿Quién es? contestó una voz baja y bronca.

—El alcalde Portocarrero.

—Dios guarde á vuestra señoría.

—¿Y el otro?

—Se ha ido detrás de los que han salido.

—¿Han salido ya?

—Sí señor.

—¿Por dónde?

—Por la puerta de enfrente.

—¿Ha bajado alguien á alumbrarles?

—No señor; han salido á oscuras, despues de haber abierto con mucho silencio la puerta, y si no tuviéramos tan buena oreja y tan buena vista mi compañero Aironcillo y yo, ni los sentimos ni los vemos.

—¿Y quiénes eran?

—Un fraile blanco y negro, á lo que apenas podia verse, y un hombre rebozado en un capotillo.

—¿Hace mucho tiempo?

—¡Qué, no señor! No ha pasado ni el tiempo que se necesita para rezar tres credos, desde que salieron y los siguió Aironcillo, hasta que ha llegado vuestra señoría.

—¿Y por qué no os habeis ido vos tambien, Roquete? Porque siendo dos, llegarán á un punto en que se separen, y cada uno tome su camino.

—Vuestra señoría nos mandó que si saliese alguien le siguiese uno de nosotros, y que el otro se quedase observando.

—Decís bien; continuad en acecho, y esperemos á que vuelva Aironcillo.

El alguacil Roquete se retiró, y para no ser oidos, el alcalde y Mari Galana se fueron á otro extremo del soportal.

VI.

—Ya verá vuestra señoría, dijo la Galana, como Corchuelos no se ha engañado.

—Nunca lo hubiera creido, dijo Portocarrero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Pero quiénes son?

—¿Quién ha de ser el fraile, más que el vicario de las monjas, fray Miguel de los Santos?

—Cuenta con lo que dices, Galana, mira que fray Miguel de los Santos es un varon muy respetable.

—Que sea respetable que no lo sea, es el que trae y lleva de noche á las habitaciones de doña Ana al pastelero Gabriel de Espinosa.

—Tú tienes ojeriza á Gabriel de Espinosa, porque por su causa, ó más bien por la riña que con él tuvo ayer por la mañana Corchuelos, está éste sentenciado á azotes, y á poco más le ahorco.

—Esas son otras cuentas; y yo le juro á vuestra señoría que el tal pastelero me las ha de pagar con las setenas ó he de dejar de ser yo Mari Galana. Quitando todo eso, es verdad que los que entran y salen de noche en el convento, son el vicario de las monjas y el pastelero; y si no, si están dentro, vuestra señoría lo verá.

—Pues vamos á ver si están ó si ya han salido.

Y el alcalde se dirigió al oscuro soportal, y entrando en él, dijo en voz baja:

—¡Hola, ministros!

—¿Quién es? contestó una voz baja y bronca.

—El alcalde Portocarrero.

—Dios guarde á vuestra señoría.

—¿Y el otro?

—Se ha ido detrás de los que han salido.

—¿Han salido ya?

—Sí señor.

—¿Por dónde?

—Por la puerta de enfrente.

—¿Ha bajado alguien á alumbrarles?

—No señor; han salido á oscuras, despues de haber abierto con mucho silencio la puerta, y si no tuviéramos tan buena oreja y tan buena vista mi compañero Aironcillo y yo, ni los sentimos ni los vemos.

—¿Y quiénes eran?

—Un fraile blanco y negro, á lo que apenas podia verse, y un hombre rebozado en un capotillo.

—¿Hace mucho tiempo?

—¡Qué, no señor! No ha pasado ni el tiempo que se necesita para rezar tres credos, desde que salieron y los siguió Aironcillo, hasta que ha llegado vuestra señoría.

—¿Y por qué no os habeis ido vos tambien, Roquete? Porque siendo dos, llegarán á un punto en que se separen, y cada uno tome su camino.

—Vuestra señoría nos mandó que si saliese alguien le siguiese uno de nosotros, y que el otro se quedase observando.

—Decís bien; continuad en acecho, y esperemos á que vuelva Aironcillo.

El alguacil Roquete se retiró, y para no ser oidos, el alcalde y Mari Galana se fueron á otro extremo del soportal.

VI.

—Ya verá vuestra señoría, dijo la Galana, como Corchuelos no se ha engañado.

—Nunca lo hubiera creido, dijo Portocarrero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ya sabia yo lo que me decia cuando dije que las que daban escándalo eran las que menos debian darlo; en los pueblos se sabe todo, porque siempre hay quien oiga y quien vea, y todo el mundo se conoce, y no es como en Valladolid ó en Medina del Campo, que como hay mucha gente, nadie conoce á nadie.

—Que dos hombres han salido es verdad, dijo Portocarrero; ¿pero no podia ser muy bien, que alguien se haya puesto enfermo, y el hombre que ha salido con el fraile, sea médico ó cirujano?

—Pues si hay enfermo, todas las noches le da la basca, y tiene que venir el médico.

—¡Calla! Que parece que entra alguien en el soportal.

Y el alcalde adelantó entre lo oscuro, dejando en el otro extremo á la Galana.

—¡Hola! Aironcillo, ¿sois vos?

—Sí, señor alcalde, contestó una voz poco segura.

—¡Vive Dios! ¿Teneis miedo? dijo Portocarrero.

—Sí señor, sí; porque he seguido á dos almas del otro mundo.

—¿Qué disparates estais ahí diciendo, menguado?

—No son disparates, señor alcalde, porque ha de saber vuestra señoría, que los que iba siguiendo, andaban como alma que lleva el diablo, y al llegar á la encrucijada de la iglesia parroquial, por la parte del cementerio, me encontré con que de los dos no quedaba más que uno, y á pesar de que yo los seguia sin perderlos de vista, no sé cómo ni por dónde desapareció; el uno y el otro, el que llevaba hábitos de fraile se deslizó hácia la tapia del cementerio, y como el humo ya no le ví más.

—Porque la noche es oscura y vos sois torpe, imbécil, dijo el alcalde.

—Porque eran fantasmas, señor; que lo que es yo, veo de noche como los gatos, y no soy ni torpe, ni lerdo, ni cobarde.

—Vamos, bien, dijo el alcalde; otra noche esperaré yo mismo, y á mí no se me irán; ya está clareando; vamos á recogernos; pero en silencio, sin hacer ruido.

El alcalde se fué al sitio donde se habia quedado esperando la Galana y la dijo:

—Vamos; por esta noche hemos concluido.

Y se pusieron en marcha.

—Dígame vuestra señoría, dijo la Galana, ¿no podia ser que se perdonasen los azotes al cuitado de Corchuelos?

—Hija, contestó el alcalde, *quod scripsi scripsi*.

—Dígamelo vuestra señoría en romance, dijo Mari Galana; porque yo, aunque hace mucho tiempo que trato con estudiantes, todavía no sé latin.

—Eso quiere decir, que lo que escribí es lo que ha de ser, ó lo que es lo mismo, que Corchuelos será azotado.

—¿Pero por qué no se han de quedar los azotes en cincuenta, y por qué no se ha de decir al verdugo que no cargue la mano?

—Bastante rebaja he hecho con no ahorcarle ni echarle á galeras.

—Pero mire vuestra señoría que me lo van á estropear, y que yo me muero por sus ojos; por la salud de vuestra señoría y por la de su buena madre, y por la de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su hija, mire vuestra señoría que es buen hombre, y no tiene más sino que se le calienta la sangre y mete mano. A mí me tiene siempre muy honradamente acompañada, porque nunca me faltan cardenales.

—Pues hija, váyanse los que le hará la penca por los que él te hace, y dále gracias á Dios porque no te meto en la cárcel con tu abuela y te mando emplumar á tí y á ella, y que os den sobre un burro una zurra por esas calles.

—¡Vaya! Como si se hubieran hecho mis carnes para la penca, y como si á vuestra señoría no le diera lástima de que el verdugo para emplumarme me trasquilase esta bendicion de cabellos que Dios me ha dado. Vuestra señoría es bueno, y no dice eso más que para ponerme espanto.

—Pues mira, Galana: échate un punto en la boca, y no digas á nadie lo que me has dicho, y déjate de andorreos por la calle, porque si te vuelvo á encontrar, no digo yo á la media noche, sino despues de oscurecido, no te han de valer tus zalamerías.

—Vaya, no creia yo que fuese vuestra señoría tan de piedra. Abuela Martina, vámonos, no sea que el señor alcalde nos entrecoja y no lo pasemos bien, dijo con descaro la Galana entrando en el soportal donde se habian quedado la vieja, Pedralva y los otros cuatro alguaciles.

—Que las lleven dos hasta su casa, dijo el alcalde, y cuando las dejaren, que se vengan á mi posada.

—¿Guardia nos da vuestra señoría? Pues vaya si vamos á ir bien, dijo Galana; lástima que todavía no sea

de dia claro para que nos vean con tan buenos lacayos. Vamos, abuela, vamos.

La vieja y la moza de partido se fueron acompañadas por dos alguaciles, y el alcalde, tomando su vara de manos de Pedralva, se volvió con éste y con los otros cuatro corchetes á su casa.

—No hay que fiar de lo que dice esta perdida, decia para sí el alcalde por el camino; tiene ojeriza á Gabriel de Espinosa por lo de ayer mañana, y quiere sin duda vengarse de él metiéndole en un atolladero; ir á casa de Gabriel de Espinosa, no seria prudente; porque si hay algo de verdad en lo que Galana dice, seria avisarle; que han salido dos hombres, fraile y seglar, de las habitaciones de doña Ana, es cierto; que el fraile sea el vicario de las monjas, es posible; pero que sea el pastelero Gabriel de Espinosa el hombre que visita de noche á doña Ana, no lo creo verosímil. Aunque, sin embargo, este hombre, que ha sido bastante para robar de su casa á una dama tan principal como su esposa, bien podria ser que hubiera vuelto el seso á la monja. Confusiones son estas, que son para perturbar el juicio del más cuerdo; y andar con muchos recados y contestaciones con el presidente de la Chancillería, seria abultar un negocio, que tal vez en sí nada vale, y sacar á un proceso cosas de doña Ana de Austria, lo que puede ser que no agradara mucho al rey nuestro señor. En el pueblo hay tres grandes señores portugueses; pero estos han ido ayer públicamente á visitar á la señora doña Ana, y no creo yo que ninguno de ellos tenga para qué visitarla de noche y en secreto. Vamos, me está tocando una de esas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

malas temporadas que se le vienen encima á un alcalde, y no hay más que tener paciencia y abrir mucho los ojos, y ser prudente y ver lo que se hace, que ello dirá.

VII.

En esto llegaba el alcalde á su casa, metióse en su habitacion, y dijo á Pedralva:

—A las doce en punto, el bachiller fuera, sobre el burro, y de cinco en cinco los azotes, segun costumbre, y sin compasion; si se muere mejor: un mal hombre menos. Ea, buenos dias, que yo voy á ver si duermo un poco.

VIII.

No bien habian dejado los alguaciles á la tia Martina y á Mari Galana en su casa, cuando la chica se abalanzó á la vieja, y colgándosela del cuello la dijo:

—Ocasion ha llegado en que veamos lo que tú me estimas, madre Martina, y cómo me agradeces lo que por ti hago.

—Vamos, lucero, dijo la vieja; que te sofocas demasiado y por bien poca cosa; deja que le sacudan, que los azotes, fuera de que incomodan cuando se aguantan, son saludables; porque la mala sangre sale á las espaldas y se remuda. Yo te sé decir que me han azotado diez veces, por fruslerías, hija, por fruslerías; porque estos señores alcaldes necesitan muy poco para recetar azotes,

y nunca mandan menos de ciento, que no es cuestion más que de veinte pregones; y todo es hasta que las espaldas se duermen; que en durmiéndose, lo mismo dan ocho que ochenta; mira tú si lo sabré yo; y no tengas pena, paloma, que Corchuelos tendrás más que lo que quisieras.

—Muy bueno estará todo eso, abuela Martina, dijo la muchacha; pero bueno seria untarle la mano al verdugo para que llevase penca de amigo, y no apretase demasiado.

—¿Y con qué hemos de untar al maestro?

—Con plata, abuela.

—¡Para que vea un maravedí mio, ni por Corchuelos, ni por el gallo de la pasion, el apretador de gaznates y bataneador de espaldas! Quita, hija, quita, que eso es peor; tú no sabes lo que te dices; con lo que se le da, almuerza como un canónigo y bebe vino, y cria fuerzas, y sin poderlo remediar el pobrecito, cuando piensa aflojar la mano, donde deja caer la penca, levanta túrdiga. Si lo sabré yo; una vez un compadre mio le dió al maestro Rejones, el de Toledo, tres ducados para que no me sentase mucho la mano, y, Mariquita de mi alma, nunca se los hubiera dado, porque fueron los azotes más crueles que he sufrido en toda mi vida. Ya verás tú, ya verás tú cuando te den una vuelta; que eres muy niña, y si llegas á mis años, ya sabrás lo que es garrotillo en los pulgares y los cordeles en los brazos, y la penca y la coroza; porque ya te sacarán á la vergüenza la justicia ordinaria y el Santo Oficio, que la vida que traes no es para otra cosa, y ya andan sonrugiendo por ahí, que si

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

eres bruja, que si no eres bruja, y que si tienes hecho pacto con el macho cabrío y escondidos bajo la cama el unto y la escoba. Acuérdate que ya tuvistes un disgusto con este mismo alcalde de esta noche en Valladolid, y que si yo no ando lista y busco buenos padrinos, te rapan, te empluman, te azotan y te ponen como nueva; pero ello vendrá, hija, ello vendrá, y es menester que te vayas consintiendo y perdiéndole el miedo.

—Con unos ducadillos, abuela, haremos muy nuestro amigo al tio Cordelejo, que ya debe haber venido de Medina del Campo, á donde le han ido á buscar, porque en este villorrio no hay verdugo; mal rayo que le hubiera partido en el camino.

—Mira, Galana, hija, que estos tales maestros de justicia andan siempre á cuarta pregunta; como no cobran los derechos hasta despues de la justicia, van á hacer la justicia en ayunas; si fueran á ahorcar á Corchuelos, muy santo y muy bueno; yo misma iria á llevarle un almuerzo de obispo, para que tuviera fuerzas y le despenara bien; pero tratándose de azotes, que vaya en ayunas, que así no podrá apretar: y esto es probado. Si querrás saber tú más que yo, muchacha, que te doblo dos veces la edad; qué sabes tú de estas cosas.

—Pues mire, madre Martina; como no me dé gusto, me meto en una clausura de arrepentidas, y aquí paz y despues gloria, y veremos lo que es de usted sin mí.

Asustóse la vieja al comprender que aquella paloma torcaz estaba decidida, y se rindió á discrecion.

—¿Pues crees tú que lo hacia por dinero, estrella? dijo la vieja con el acento más meloso del mundo; todavía tengo yo cincuenta ducados para los casos de honra, aunque se gasten, porque tú no te disgustes. Vamos, hija, vamos, que ya es de dia claro; arréglate el manto, y vámonos á casa del sepulturero de la parroquia.

IX.

Poco despues, Mari Galana y la tia Martina marchaban á paso largo por las calles de Madrigal, y al cruzar una, hubieron de detenerse para que pasaran un hombre que venia montado en un asno, con dos cuadrilleros de la santa Hermandad á caballo un poco detrás de él, y seis arcabuceros.

—¡Ah, madre Martina, dijo Mari Galana mirando al hombre que iba montado en el asno; que ese debe ser el maestro ejecutor de Medina, y tiene la cara más mala del mundo!

—¿Pues qué cara quieres tú que tenga un verdugo, amor mio? Vamos, vamos deprisa, no sea que maese Toston el sepulturero se haya ido á sus quehaceres.

X.

La moza y la vieja apretaron el paso, llegaron al cementerio de la iglesia, entraron en él, le atravesaron, y se colocaron de rondon en un casuco que habia en uno de los ángulos del cementerio.

Un hombre repugnante estaba en un fogon moviendo y removiendo con una rasera una enorme cantidad de migas en una inmensa y negra sarten.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Eh! maese Toston, dijo la tia Martina; tira al albañal esas descomulgadas migas de pan de centeno, y lárgate á buscar al maestro de justicias de Medina, Cordelejo, y á maese Lagarto el pregonero de la villa; díles que dos damas les convidan á almorzar, y llévatelos fuera del pueblo al ventorro de las Peñuelas, donde estaremos nosotras, y donde almorzaremos como reyes, en paz y en gracia de Dios.

—Ya decia yo, contestó maese Toston, que la Mari Galana no dejaria azotar á su cariño así de cualquier manera. Vayan vuesas mercedes andando hácia las Peñuelas, que maese Lagarto y maese Cordelejo estarán allí conmigo más presto que dice misa un cura loco.

Y apartando á un lado la sarten, tomó un viejísimo y grasiento sombrero gacho, se le puso, tomó un garrote de un rincon, y partió.

La vieja y la jóven salieron del domicilio del sepulturero, y luego del cementerio, y recorriendo algunas callejas, salieron al campo.

XI.

Media hora despues, en un cuartucho del ventorrillo de las Peñuelas, sentadas alrededor de una mesa en que humeaba sobre una fuente una inmensa cantidad de gigote, haciéndole guarda de honor en derredor cuatro enormes jarros vidriados llenos de vino pardillo, estaban la madre Martina, Mari Galana, maese Cordelejo, maese Toston y maese Lagarto y los servia una moza rolliza que parecia hecha de encargo para servir dignamente á

tales personajes, y entraba y salia renovando los jarros de vino, un hombre, que si no era foragido, olia á mohatrero, ladron y asesino desde una legua.

No se podia pedir junta más infamia.

Aquello era lo último de la hez social.

Solo habia allí una cosa que disonaba de todo aquello.

La expléndida y jóven hermosura de Mari Galana; su rico manto de tercianela azul celeste, que se manchaba de vino; el blanquísimo y fino pañuelo de Cambray que cubria sus hombros y su pecho, dejando ver en su cuello un delgado rosario de perlas con cruz de oro, y los ricos cintillos que adornaban las pequeñas, mórvidas y suaves manos de la niña.

Estaba tan dolorida, tan apenada la Mari Galana,

que su semblante habia perdido su desvergüenza, y tenia algo de puro, y mucho de lánguido y melancólico, lo que hacia parecer más hermosa á la muchacha, que ya lo era mucho.

—Ya ves, maese Cordelejo, decia la vieja presentando al verdugo de Medina un jarro de vino, del que elia habia apurado casi la mitad, que esta perla se muere; es niña y no está acostumbrada á estas cosas, y como todavía no le han acariciado las espaldas, se le hacen un mundo los azotes, y cree que su Corchuelos, por quien ciega y desatina, se lo van á matar.

—Lo que se vá á poner el bachiller Corchuelos, dijo maese Lagarto con la boca llena de gigote, contestando por maese Cordelejo, que no podia decir palabra porque se habia aplicado á dejar seco el fondo del jarro que le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Eh! maese Toston, dijo la tia Martina; tira al albañal esas descomulgadas migas de pan de centeno, y lárgate á buscar al maestro de justicias de Medina, Cordelejo, y á maese Lagarto el pregonero de la villa; díles que dos damas les convidan á almorzar, y llévatelos fuera del pueblo al ventorro de las Peñuelas, donde estaremos nosotras, y donde almorzaremos como reyes, en paz y en gracia de Dios.

—Ya decia yo, contestó maese Toston, que la Mari Galana no dejaria azotar á su cariño así de cualquier manera. Vayan vuesas mercedes andando hácia las Peñuelas, que maese Lagarto y maese Cordelejo estarán allí conmigo más presto que dice misa un cura loco.

Y apartando á un lado la sarten, tomó un viejísimo y grasiento sombrero gacho, se le puso, tomó un garrote de un rincon, y partió.

La vieja y la jóven salieron del domicilio del sepulturero, y luego del cementerio, y recorriendo algunas callejas, salieron al campo.

XI.

Media hora despues, en un cuartucho del ventorrillo de las Peñuelas, sentadas alrededor de una mesa en que humeaba sobre una fuente una inmensa cantidad de gigote, haciéndole guarda de honor en derredor cuatro enormes jarros vidriados llenos de vino pardillo, estaban la madre Martina, Mari Galana, maese Cordelejo, maese Toston y maese Lagarto y los servia una moza rolliza que parecia hecha de encargo para servir dignamente á

tales personajes, y entraba y salia renovando los jarros de vino, un hombre, que si no era foragido, olia á mohatrero, ladron y asesino desde una legua.

No se podia pedir junta más infamia.

Aquello era lo último de la hez social.

Solo habia allí una cosa que disonaba de todo aquello.

La expléndida y jóven hermosura de Mari Galana; su rico manto de tercianela azul celeste, que se manchaba de vino; el blanquísimo y fino pañuelo de Cambray que cubria sus hombros y su pecho, dejando ver en su cuello un delgado rosario de perlas con cruz de oro, y los ricos cintillos que adornaban las pequeñas, mórvidas y suaves manos de la niña.

Estaba tan dolorida, tan apenada la Mari Galana,

que su semblante habia perdido su desvergüenza, y tenia algo de puro, y mucho de lánguido y melancólico, lo que hacia parecer más hermosa á la muchacha, que ya lo era mucho.

—Ya ves, maese Cordelejo, decia la vieja presentando al verdugo de Medina un jarro de vino, del que elia habia apurado casi la mitad, que esta perla se muere; es niña y no está acostumbrada á estas cosas, y como todavía no le han acariciado las espaldas, se le hacen un mundo los azotes, y cree que su Corchuelos, por quien ciega y desatina, se lo van á matar.

—Lo que se vá á poner el bachiller Corchuelos, dijo maese Lagarto con la boca llena de gigote, contestando por maese Cordelejo, que no podia decir palabra porque se habia aplicado á dejar seco el fondo del jarro que le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habia dado la madre Martina, es, que de resultas de los azotes se vá á poner gordo como una nútria, y va á criar bríos, porque para que un hombre llegue á endurecerse, no hay cosa como que tenga el pellejo curado y acostumbrado á los lapos.

—¡Válgame Dios! dijo suspirando la Mari Galana; pues ya daria yo un ojo de la cara porque no me le adobaran y me le curaran al pobrecito; que para ser él valiente como el que más, no necesita de aliños.

—Por no verte yo tuerta, sin uno de los soles de tu cara, rapaza, dijo el verdugo de Medina, azotaria yo á medio mundo; porque no hay cristiano que cuando yo le entrecojo á mi derecha montado en un pollino y con la espalda al aire, al primer *alza la penca y dále* no ponga el grito en el cielo, no se le rompa la hiel al segundo, y no entregue el espíritu al tercero.

—¡Jesús! ¿Pero qué es lo que estás diciendo, hombre ó demonio? exclamó Mari Galana poniéndose pálida como una muerta.

—¡Bah! chiquilla, no hagas caso, dijo maese Lagarto el pregonero; yo te digo que mi compadre maese Cordelejo es un hombre muy chancero, que le da por asustar á las gentes, pero que luego tiene la entrañas más blandas que una paloma.

—Así las tuviera blandas quien yo me sé, dijo maese Cordelejo, mirando con toda la ternura de que era capaz su torvo semblante á Mari Galana.

—Vaya hombre, quita allá, dijo la niña torciendo en un mohin de desprecio su preciosa boca; que no me ha echado á mí al mundo mi madre para que me sentara

yo un dia debajo de la horca. Vaya, quita allá; ni que mataran á sesenta Corchuelos.

Y la jóven se levantó del sitial de pino, y se apartó del verdugo con aire de tormenta y echando fuego por los ojos, y salió diciendo á la vieja:

—Vamos, alce, madre Martina, y de aquí más que á paso, y suceda lo que Dios quiera, que esto es ya más que castaño oscuro; y aunque lo siento y me va á costar la vida, si á tal precio no ha de ser, por mí que le ahorquen.

Y salió.

—Pues no dejarás tú de ser un mostrenco, dijo la vieja dirigiéndose al verdugo, si haces caso de lo que dice; ella está muy consentida, y muy llena, como que señores muy principales la tiran el oro á los piés, y no me digas que si te has enamorado que si no te has enamorado, porque lo mismo podrias enamorarte del sol y de la misma manera no podrias tocarle con la mano.

—Pues mire cómo ha de hacer, abuela; porque ó esa mujer me mira con buenos ojos, ó al tercer *kirie eleyson* la dejo vacante, y necesitada de buscar novio.

—Siempre á más de verdugo serás tú un animal, exclamó la madre Martina.

—De modo, dijo maese Lagarto, que para tratar de los azotes podíais haberos venido sola, madre, que sois un miedo de San Anton, y no haberse traido á ese pino de oro; que el que más y el que menos tiene su alma en su armario; y como mi compadre Cordelejo es sensible y tiene la sarten agarrada por el mango, no hay más que oirle con el respeto que él se merece, y no an-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

darse con aspavientos ni pasos de Semana Santa.

—Vamos, madre, dijo asomando á la puerta la Galana, ¿no oye que no quiero más plática? Alzando y fuera, ó me voy yo sola; ¡mira la honrada compañía que perdemos, que huelen los malditos á muerto desde una legua!

—¿Y á qué hueles tú, princesa? dijo maese Lagarto que se tenia por mucha persona, poniéndose de pié y pálido de cólera, porque le habia picado hasta los huesos el acento indescribiblemente despreciativo con que habia pronunciado sus palabras la Galana.

XII.

Acertaron á entrar en la venta á echar un cuartillo dos cuadrilleros de á caballo, llegando á tan buen tiempo, que si no llegáran, no sabemos lo que hubiera sucedido, y al verlos la jóven, se abalanzó á ellos asustada, porque en su cólera maese Lagarto habia sacado un largo puñal é idose para ella, y les dijo:

—Ya ven, honrados cuadrilleros, lo que ese mal hombre, vil y bajo, quiere hacer con dos pobres mujeres; puñal tiene en la mano, y no se sacan los puñales para acariciar y hacer buena obra, sino para hacer cerrar el ojo sin temor de Dios á quien no quiere que sus dias sean tan breves.

—Si no hubieran venido las malas con esos bergantes, dijo uno de los bigotudos cuadrilleros, no se verian en tales aprietos. ¡Ea! Dénse todos presos á la santa Hermandad, y pocas ó ningunas palabras, que ya tendrán

lugar de hablar con la justicia, y se verá por qué ha sido este escándalo.

Y mientras decia esto el cuadrillero, bebieron él y su pareja, cada cual su cuartillo, y sacaron cordeles y se metieron dentro del cuarto donde estaban los tres bribones.

El ventero y la moza, todos curiosos, se entraron tambien, y ver esto la Mari Galana, cerrar la puerta, echar el cerrojo, encerrándolos á todos, salir con la madre Martina que estaba fuera, quitar la brida á los caballos de los cuadrilleros, y dar á correr aldas en cinta la moza y la vieja á pesar de sus años como corzas hácia el cercano Madrigal, fué todo obra de dos minutos.

Las dos mujeres se perdieron muy pronto en la entrada del pueblo, y llegaron á su casa, recogieron en un envoltorio lo que valia algo, se fueron á una posada, y con el pretesto de que la Galana, á quien todo el mundo conocia, no queria estar en el pueblo á la hora de la tunda de su novio, pagaron á un arriero lo que quiso pedirles, y en tres machos, el arriero y ellas se pusieron á buen paso sobre el camino de Valladolid.

XIII.

Pasó el tiempo, y llegó la hora de la ejecucion.

Al bachiller Corchuelos se le iba un sudor y le venia otro, y al secretario Pedralva todo se le volvia preguntar si habian venido el pregonero y el verdugo.

Por lo demás, el asno esperaba pacientemente delan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te de la cárcel, y los cuatro arcabuceros y los dos cuadrilleros á caballo que debian escoltar la ejecucion, estaban tambien dispuestos.

Pero el verdugo y el pregonero no parecian.

XIV.

Sepamos por qué no parecian el pregonero y el verdugo.

Era el caso, que por casualidad, la puerta que habia cerrado por una rápida inspiracion la Galana, era fuerte y ajustaba bien, y en el aposento no habia otra puerta, ni más que un estrecho ventanillo, por donde no cabia un hombre, con marco de madera y cruz de hierro.

Cuando los cuadrilleros se vieron encerrados, olvidándose por el momento de atar á los tres hombres, se volvieron; pero en vano procuraron abrir la puerta.

No habia medio posible, ni asidero por el cual, ayudados los dos cuadrilleros por el ventero, pudiesen forzar el cerrojo.

Además de esto, la puerta se cerraba de dentro á fuera.

Suprimiremos todo lo que allí se dijo, todo lo que allí se juró, votó y amenazó, porque no viene al caso, y nos reduciremos á decir, que no habiendo pasado una sola alma por el camino, nadie pudo abrirles, hasta el mediodía, en que un buhonero ambulante entró en el ventorrillo, oyó el estrépito que dentro habia, abrió la puerta, y los encerrados se encontraron libres.

En cuanto vieron luz el verdugo, el pregonero y el sepulturero, rompieron para afuera, y dieron á correr hácia Madrigal, zambulléndose el sepulturero en el cementerio, y yendo á escape á la cárcel á cumplir con su oficio el verdugo y el pregonero, llegando á tiempo que daban las doce, hora fijada para la ejecucion.

XV.

—¡Ah, galopos, que ya estais aquí! dijo el licenciado Pedralva; ministro Aironcillo, en cuanto la ejecucion se acabe, se me os venis á la cárcel con estos dos tunantes, me los meteis en un calabozo, y les mandais echar argollas, esposas y grillos. Yo os diré si así se hace esperar á la justicia en desacato y deservicio del rey nuestro señor y con molestia del vecindario, á quien se hace esperar más de lo justo á que salga el azotado. ¡Ea, aviarle pronto, que ya son las doce, y á ver si acabamos antes de las cuatro! Ya sabes tú, maestro; á cada pregon, cinco azotes bien dados, con penca útil, y con un minuto entre azote y azote, y sin entrañas blandas. Luego veremos si encontramos por ahí otro par de maestros y otro pregonero para que os sacudan á vosotros el polvo. Con que andando, que ya es tarde.

XVI.

El verdugo y el pregonero se entraron en la entrepuerta donde estaba esperando el mezquino de Corchuelos, y el maese Cordelejos que se habia enamorado de la Galana y estaba furioso por su desprecio y por lo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por ella le sucedia, se tiró como un tigre sobre el sentenciado, y le arrancó el jubon y la camisa, dejándole desnudo de medio cuerpo arriba.

—¿Pero hombre, qué haces? dijo Corchuelos; ¿no te han untado sebo para que me trates bien y aprietes lo menos posible la mano?

—Ya verás lo que yo te unto, respondió Cordelejo echándole fuera. Oye tú, Lagarto, tráete de las tres pencas que he traido, la grande de tres costuras.

Se le subió al bachiller Corchuelos al oir esto el estómago á la garganta, le dió un bahido, y los alguaciles de la ronda del alcalde que allí estaban, tuvieron que acudir á él para que no cayese.

Agarróle el verdugo, púsole de una sola vez á horcajadas sobre el asno, le ató á la albarda por las piernas, le sujetó atrás las manos con las esposas, y á este tiempo llegó el pregonero, entregó al verdugo una formidable penca de tres suelas, y agarró el ronzal del asno.

Ya estaban delante á caballo entre la multitud que llenaba la calle los dos cuadrilleros que habian venido de Medina con el verdugo, detrás un tamborilero de la villa con la caja preparada, el licenciado Pedralva con un papel sellado y escrito en la mano, el verdugo á la izquierda del reo, que estaba más muerto que vivo, á ambos lados los séis alguaciles de la ronda del alcalde Portocarrero, y con los tres de la izquierda el alguacil Anguila, que todavía tenia el carrillo levantado, y sudaba y trasudaba poco menos que Corchuelos, y no se atrevia á mirarle, y detrás los cuatro arcabuceros de Medina y otros cuatro de Madrigal.

Se habia atrasado un cuarto de hora de la que se habia prefijado.

El gentío era grande, y las ventanas estaban llenas de gente, porque el azotado era estudiante, y tenian á los estudiantes los del pueblo, y con sobrada razon, una ojeriza mortal.

En cambio, no se veia un solo estudiante.

Los frailes agustinos para evitar tumultos los habian encerrado en el Seminario, y allí estaban que bramaban.

Porque los azotes dados al bachiller Corchuelos, alcanzaban moralmente á toda la corporacion.

Esto era deshonroso.

Todos juraban largarse de Madrigal en cuanto les diesen suelta, y no volver más á él en toda su vida.

El alcalde Portocarero no habia podido preveer hasta qué panto era trascendental su sentencia de azotes á un estudiante.

La villa de Madrigal no sabia aún cuánto debia agradecer al alcalde su sentencia.

Aquello era lo mismo que cerrar el Seminario.

Y aunque debia perderse en materia de consumos, era imponderablemente más lo que ganaban en honra y tranquilidad las familias.

Solo algunas muchachas debian quedar inconsolables por la desaparicion de los estudiantes.

XVII.

—Vamos, que ya es hora, dijo el licenciado Pedralva al tamborilero, que apenas oyó esto, arrancó de su tambor un largo reboble.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando éste terminó, se oyó la voz del pregonero, ronca, pausada, con una cadencia horrible, que repetia lo que el licenciado Pedralva le dictaba, leyendo el papel que tenia en la mano:

«Esta es la justicia... de cien azotes... que manda dar... en nombre del rey nuestro señor... en este hombre... el doctor don Luis Portocarrero... alcalde de córte... por desacato... é injuria... de palabra y obra... á un ministro de justicia... del rey nuestro señor... Quien tal hizo que tal pague... alza la penca, y dále.»

Maese Cordelejo, que era un fornido jayan de seis piés, se hizo atrás, y...

Prescindimos de lo repugnante de esta descripcion.

Pero á pesar de que el maestro Cordelejo apretó los puños y los dientes, el bachiller Corchuelos hizo honor á su valentía, aguantando de una manera heróica los cinco primeros azotes.

Inmediatamente sonó el tambor batiendo marcha, y aquella horrible procesion de justicia adelantó hácia la plaza, y al llegar junto á la picota ó el rollo, en el mismo sitio donde se ponia la horca, frente por frente de la casa de Gabriel de Espinosa, paró y sonó otro largo redoble.

XVIII.

—¡Oh! ¿Qué es eso? dijo Sayda Mirian que estaba en su aposento con Gabriel, y tenia á su hija en los brazos.

—Deben ser los azotes del estudiante de ayer, dijo con disgusto Gabriel de Espinosa.

—¡Oh, Dios mio! dijo Sayda Mirian, poniéndose pálida.

En aquel momento, á través de las paredes, salvando la casa, entrando por la ventana que daba al huerto, se oyó un grito horrible, más que un grito un rugido inarticulado, un rugido de dolor y de agonía, al que siguió un inmenso vocerío.

—A ese infeliz ha debido sucederle algo terrible, exclamó Sayda Mirian.

Gabriel de Espinosa salió rápidamente, y volvió á poco densamente pálido y visiblemente contrariado.

—La pena de azotes se ha convertido en pena de muerte, dijo con voz ronca; el verdugo es fornido y feroz, y ha matado al reo.

—¡Pero cómo!

—Aplicando los azotes de una manera horrible; el reo no ha podido resistir, y ha sucumbido: ha muerto.

—¡Y no hay justicia para esto en la tierra! dijo Sayda Mirian.

—No, María, no; pero la hay en el cielo.

Sayda Mirian calló, y Gabriel de Espinosa siguió paseándose por el aposento en silencio.

XIX.

En efecto, el infame Cordelejo se habia vengado de una manera cobarde.

Habia asesinado impunemente al desgraciado Corchuelos; le habia roto con un golpe furioso la espina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dorsal, y Corchuelos habia muerto en el acto, sin tener tiempo más que para exhalar su horrible grito.

El cadáver fué recogido por algunos vecinos caritativos, y el maestro Cordelejo fue llevado á la cárcel juntamente con el pregonero, lo que demuestra que no se le prendia por la muerte de Corchuelos, sino por haber llegado tarde á cumplir su horrible oficio.

CAPITULO XIII.

De la conversacion que tuvo Gabriel de Espinosa con la Mari Galana en una huerta de Valladolid.

I.

Madrigal, que habia asistido entero á la ejecucion del bachiller Corchuelos, se habia aterrado por el miserable y desastroso fin del estudiante.

Y es que la intuicion de la justicia, subordinadas las leyes á las costumbres, está en todos los corazones de los hombres que pertenecen á una civilizacion dada.

Todos comprendian perfectamente que la sentencia se habia extralimitado; que se habia convertido en una sentencia de muerte, la que solo habia sido de azotes, y comprendieron tambien el defecto fundamental de la pena.

Comprendieron que no era precisa, esto es, que no podia tenerse seguridad de la menor ó mayor gravedad de la pena, porque no puede haber justicia en una pena, porque todo consistia en que el verdugo fuese más ó menos fuerte, más ó menos feroz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dorsal, y Corchuelos habia muerto en el acto, sin tener tiempo más que para exhalar su horrible grito.

El cadáver fué recogido por algunos vecinos caritativos, y el maestro Cordelejo fue llevado á la cárcel juntamente con el pregonero, lo que demuestra que no se le prendia por la muerte de Corchuelos, sino por haber llegado tarde á cumplir su horrible oficio.

CAPITULO XIII.

De la conversacion que tuvo Gabriel de Espinosa con la Mari Galana en una huerta de Valladolid.

I.

Madrigal, que habia asistido entero á la ejecucion del bachiller Corchuelos, se habia aterrado por el miserable y desastroso fin del estudiante.

Y es que la intuicion de la justicia, subordinadas las leyes á las costumbres, está en todos los corazones de los hombres que pertenecen á una civilizacion dada.

Todos comprendian perfectamente que la sentencia se habia extralimitado; que se habia convertido en una sentencia de muerte, la que solo habia sido de azotes, y comprendieron tambien el defecto fundamental de la pena.

Comprendieron que no era precisa, esto es, que no podia tenerse seguridad de la menor ó mayor gravedad de la pena, porque no puede haber justicia en una pena, porque todo consistia en que el verdugo fuese más ó menos fuerte, más ó menos feroz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Comprendieron, pues, la brutalidad de aquel castigo, y la injusticia inherente á él; porque no puede haber justicia en una pena, cuando no hay una exacta relatividad entre ella y el delito que castiga.

Si entonces hubiera habido periódicos, ó si Madrigal hubiera sido una gran poblacion como Valladolid, Madrid ó Medina del Campo, se hubiera creado lo que se llama opinion pública, y se hubiera hecho pensar al rey y á todos los hombres de las justicias menores y mayores del reino, que en modificar la pena de azotes, en ponerla en armonía con la moralidad, ó lo que es lo mismo, en sentido más lato con la justicia.

Pero Madrigal era una villa, como suele decirse, de poco más ó menos, y la opinion pública se ahogó en ella por falta de número y de espacio.

II.

Maese Cordelejo y maese Lagarto habian sido presos.

Pero no por la responsabilidad de la muerte de Corchuelos, que solo podia hacerse pesar sobre el verdugo, sino como hemos dicho, porque no habian llegado á cumplir con su oficio á la hora conveniente.

La situacion de estos dos prójimos no era de las más fáciles.

El alcalde Portocarrero era muy hombre de hacerles dar una vuelta de azotes de lo lindo, en compensacion de su falta.

La situacion del verdugo y del pregonero por ante la ley, se habia agravado con la llegada de los dos cuadrilleros á caballo, que habiendo deshebillado y llevándose consigo las bridas la Galana, habian entrado en el pueblo poco despues de la muerte de Corchuelos, y presentádose al alcalde, al que habian dado parte en queja de lo que les habia sucedido.

Declaraban los cuadrilleros lo que era la verdad, esto es, que al entrar en el ventorrillo habian visto amenazadas de muerte dos mujeres, la una vieja y la otra jóven, y ambas no de muy buena pinta, que al ir á atar á los tres hombres que les habian amenazado, habian sido encerrados por las mujeres, que habian permanecido encerrados hasta que un transeunte les habia abierto, que los tres hombres, prevaliéndose de la ocasion se les habian escapado, que al ir á cobrar sus caballos para perseguirlos no los habian encontrado en la puerta del ventorrillo, donde los dejaron, que se habian visto obligados á ir á buscar los caballos á una dehesa, donde los habian encontrado sin bridas, por cuya razon habian tardado tanto despues de la fuga de los tres hombres en llegar al pueblo y presentarse al alcalde, y por último, que los tres hombres fugados eran el verdugo de Medina del Campo, maese Cordelejo, el pregonero de Madrigal, maese Lagarto, y el sepulturero de la villa, maese Toston.

Preguntados por el alcalde si conocian á las dos princesas que habian dado ocasion á que hubiese mérito de prender á los otros tres personajes, respondieron: que ellos eran vecinos honrados y cuadrilleros de la Santa Hermandad, de la villa de Nava, que habian tenido aviso de que cierto salteador muy dañoso andaba por los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alrededores de Madrigal, y habian venido con encargo de la justicia de su pueblo, á ver si podian prenderle; que eran, por lo tanto, en Madrigal forasteros, que no conocian á nadie, y que por lo mismo no sabian quiénes eran la dama y la dueña andante que se habian encontrado en el ventorrillo, á las inmediaciones ya de Madrigal.

III.

El alcalde envió, bajo partida de registro, presos á su villa de la Nava á los dos cuadrilleros, por haberse dejado burlar, y se fué á la cárcel á tomar declaracion al verdugo, al pregonero y al sepulturero, que habia hecho prender; pero aconteció que estos, habiendo previsto antes de entrar en Madrigal que serian presos y encausados, se habian puesto de acuerdo, y declararon unánimes: que ellos eran antiguos compadres, que aprovechando la ocasion de encontrarse juntos en Madrigal, habíanse ido á almorzar aquella mañana al ventorrillo, y habiendo encontrado en el camino á una mujer jóven y á otra mujer vieja, habíanlas convidado y aceptado ellas, pero que no las conocian, ni sabian quiénes fuesen; que lo de puñal en mano de maese Lagarto, habia sido una figuracion de los señores cuadrilleros, y que, si cuando se abrió la puerta del aposento en que todos estaban encerrados, escaparon, no fué por burlar á la justicia, sino porque sabian que hacian falta en Madrigal para la ejecucion de la pena de azotes del bachiller Corchuelos.

Pero el alcalde Portocarrero tenia ya curtida la piel y estaba adobado hacia muchos años con salsa de crueldad, y haciendo poner uno tras otro á los tres menguados en una escalera de las de mano, les hizo apretar los brazos con los cordeles á fin de hacerlos *canarios*, esto es, á fin de que cantasen, ó lo que es lo mismo declarasen la verdad; pero los tres ganapanes eran gente dura, y á pesar de que les dieron siete vueltas de cordel, y les reventaba la sangre por las puntas de los dedos, se mantuvieron negativos, jurando y perjurando que ellos no habian querido matar á las mujeres, que no las conocian ni sabian quiénes fuesen, y que no habian querido burlar á la justicia.

Maltratólos duramente el alcalde sin lograr sacarles una palabra, y cuando dijo que al menos le diesen las señas de las dos mujeres, dijeron los tres, que la jóven era blanca con los ojos azules y rubia como un oro, que la vieja era de color de cordoban, y con las narices tan curvas y tan largas que parecian querer meterse en su boca, y todas las señas, en fin, completamente contrarias, para desorientar al alcalde.

Y no se crea que los tres bribones hacian ésto por salvar á la Galana y á Martina, sino por evitar la pena de galeras por el delito de cohecho; porque si hubieran declarado quiénes eran las dos mujeres, hubiera resultado claro, que siendo la Galana amante del azotado, no podia haber almorzado con el verdugo, sino para cohecharle, y hacer que por el cohecho hubiese flojedad en los azotes, y por consecuencia escarnio de la justicia.

Esto les hubiera producido una buena tunda, con la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

adicion de diez años en el banco de una galera agarrados á un remo, con un grillete á los piés y en contínua comunicacion por las espaldas con el revenque de un cómitre.

Desesperóse el alcalde viendo que nada sacaba en claro de aquellos tres bribones, los sentenció á cien azotes por barba y á seis meses de cárcel, y nadie inquietó ni pudo inquietar á la Mari Galana y á la madre Martina, que por el aviso confidencial de algunas almas caritativas que las avisaron de todo, supieron que nada tenian que temer por parte de la justicia.

IV.

—Madre Martina, decia una mañanita la Galana paseando por las huertas del Pisuerga, y hermosota y ataviada de la manera más bizarra del mundo: la pena me ahoga y me estoy muriendo; no se me olvida el pobre de Corchuelos; y ya lo ves, ni como, ni vivo, ni duermo; dicen que estoy más hermosa porque me he puesto más blanca y más pálida; pero yo conozco que esto va á acabar en sepultura, y no quisiera morirme sin vengarme.

—Calla, hija, que no hay mal de amores que no se cure, ni pena por hombre que no se olvide, respondió la tia Martina, máxime cuando el hombre, por estar enterrado y criando malvas con el cogote, no se puede ir con otra; á mí me han ahorcado muchos, y la gente que anda á nuestro alrededor, es siempre racimo de horca; y si no lo son no los queremos, y aunque yo he tenido el corazon

tan blando como tú puedes tenerle, y aunque he llorado y me he desesperado mucho por todos, no me he muerto; tú eres niña, y estás en el primer celo; como que Corchuelos fué tu primer cariño, y te se figura que habiéndole matado ya se ha acabado el mundo para tí, y te vas á ir tras él á la otra banda; déjate de esa tontuna, y cree á quien sabe más que tú, que ya saldrá el sol claro, y pimpollos como tú hay pocos, y hombres como Corchuelos abundan en todas partes, y ójala no hubiera tantos, hija, porque son una plaga, que si algo dan á una mujer, son malos tratos y malas razones, y los maravedises por el cielo; que antes bien es menester dárselos á ellos para que no nos maltraten, y mujer que anda con estos tales, no echa nunca luz, ni tiene más de dos camisas, ni escapa de miserias.

—¡Ay, madre! que yo me estaba mirando en los ojos de mi bachiller; y aunque siempre me tenia sin un cuarto, y acardenalada de arriba á bajo, yo le adoraba y era dichosa; porque, eso sí, el pobre estaba enamorado de mí como un loco, y para él no habia más mujer que yo en el mundo.

—¿Pero serás tú necia, Galana, y loca incurable? dijo la vieja; ¿pues por quién han pasado todas estas desdichas, sino porque á tu fidelísimo Corchuelos se le puso sacar raja de la hermosaza y presumida ama de cria que trajo al pueblo el pastelero Gabriel de Espinosa?

—Quite usted, madre, que chicoleos á las mujeres de buen palmito, los dicen todos los hombres jóvenes, y más los estudiantes; y yo me sé que todo ello no hubiera pasado de conversacion, porque, sin vanagloria, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aunque no la conozco, estoy cierta como que he de morir, que donde yo esté, la tal ama de cria no sirve para otra cosa que para quitarme el polvo de los chapines.

—Cállate tú, que no sabes lo que te dices, vanidosa, que si tú vieras á la tal Clara, te se caería el alma á los piés de envidia, y te pasaria lo que me pasó á mí, que me pareció que aquello no era criatura humana, sino un ángel que se habia caido del cielo. ¿Pues qué más quisiera yo, sino que en vez de ser tú la que vienes paseándote conmigo por estas huertas, fuera la Clara? Que no cambiaria yo mi hacienda ni por la del rey nuestro señor.

—Pues bien, madre, eso me aviva más la sed y la rabia de la venganza. Sin Corchuelos me he quedado por la manceba del pastelero, y juro á Dios que sin pastelero ha de quedarse ella, y que he de meter al tal en tales lances y aprietos, que no salga de ellos para azotes, sino para la horca.

—¡Sabes tú, Galana, dijo la vieja, que tanto me estás hablando del señor Gabriel de Espinosa desde que escapamos de Madrigal, que ya hace bien doce dias, que se me figura que tanto le aborreces, que si hablas con él tres palabras, te vas á olvidar de maese Corchuelos como si el tal no hubiese andado por el mundo ni le hubieses conocido, y te vas á volver loca por el pastelero?

Bajó la Galana los ojos, se la colorearon las mejillas, estuvo algun tiempo callada, y luego dijo:

—Mirad, madre Martina; un dia iba yo por la plaza con el manto atrás, la gargantilla buena de perlas y un ramo de flores en la mano, cuando sin saber cómo, me

tropecé con un hombre; miré, me miró,—lástima de perla,—dijo,—qué buen mozo,—dije yo para mí; y él pasó y yo pasé, y él se volvió para mirarme, y yo me volví para mirarle á él, y no hubo más, y á los cuatro dias, yendo yo con la Liebre por la plaza, le ví pasar á lo lejos, y pregunté á la Liebre, y la Liebre me dijo:—Es el señor Gabriel de Espinosa el pastelero, que hace pocos dias ha venido al pueblo despues de haber estado ausente muchos años; es un buen mozo y parece muy hombre, ¿no es verdad?—Sí, pero me parece muy viejo, la respondí.—No es viejo, me dijo, que segun he oido decir, no llega á los cuarenta años; y bien se le conoce esto en el mirar y en lo derecho y gallardo de la persona; solo que ha sido soldado, y le han curtido la piel y le han puesto blanco los trabajos.

—Cuando yo digo que no sabes lo que quieres, Galana, bien sé yo lo que me digo, dijo la vieja.

—Pues mirad, madre; yo no puedo vivir así, porque me ahogo; y es menester que el señor Gabriel de Espinosa se enamore de mí para que yo vengue á Corchuelos poniéndole en un resbaladero que le lleve á la horca, ó para que Corchuelos se me olvide y deje de darme guerra, si me enamoro, como pensais que será, del pastelero.

—Pues estando él en Madrigal y tú en Valladolid, no sé cómo van á ser esos amores.

—No está en Madrigal, sino aquí, hospedado en la posada Honda, dijo la Galana volviendo á ponerse encendida.

—Calla, hija; ¿y cómo lo sabes tú?

—Porque la Liebre me lo ha enviado á decir con uno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los estudiantes que se han venido de Madrigal, por la vergüenza que les han dado los azotes de Corchuelos; y el mismo bachiller Burguillos, que es el que me trajo la noticia, me averiguó donde paraba el señor Gabriel. El salió de Madrigal el mismo dia que nosotras por la tarde, y hasta ahora, desde que llegó, ha mudado más de posada que de camisa; primero estuvo en el meson del Perro; de allí se fué á la posada de la calle sin salida; luego á la del Escribano, y anoche durmió en la posada Honda.

—Pues muchacha, ya haces tú más de lo que yo creia; ni un alcalde anda con más pesquisas que tú.

—Por la cuenta que me tiene; yo soy de las que callan y apañan; y oid, madre: yo estoy que muero porque el señor Gabriel de Espinosa se enamore de mí.

—Pues allá tú; qué quieres que yo te diga: ponte á su tope, y á la ventura de Dios.

—Madre, vos sabeis hacer bebedizos y filtros, y ya sabemos que cuando quereis que un hombre se enamore, basta con que vos le echeis dos salutaciones, porque no es menester la tercera.

—Mira, hija, yo te quiero bien, que al fin te he conocido rapaza, y en mis manos te has criado, y lo que vales, aparte, de la hermosura que Dios te dió, me lo debes; no quiero engañarte; porque eso de los bebedizos, y los filtros, y los untos, y el levantar figura, son embolismos para engañar á tontos y sacarles el dinero, y lo que una mujer no consiga con su palmito y su arte y su ingenio no lo alcanzará con todas las brujerías y todas las salutaciones de todas las viejas del mundo.

—¡Ay, madre! dijo la Galana soltando un suspiro de todo lo hondo de su alma, y deteniéndose.

—¿Te se ha torcido un pié, ó te ha entrado la basca, hija? exclamó la vieja.

—¡Ay, madre! no: es que viene por entre aquelllos árboles.

—¿Quién?

—Quién ha de ser, sino el señor Gabriel de Espinosa.

—Pues algo lejos debe de estar; porque yo con mi cortedad de vista no le veo.

—Vamos andando, madre, vamos andando, y á disimular.

Y la muchacha echó á andar, adelantándose algo á la vieja.

V.

Gabriel de Espinosa venia, en efecto, por el mismo sendero por donde iba la Galana, y debian necesariamente encontrarse.

La moza se preparó al encuentro, hizo lánguida su marcha, inclinó el semblante haciendo blanquear graciosamente su cabeza, y con el manto echado atrás y recogido en el brazo, se fué como distraida al encuentro de Gabriel de Espinosa, que venia verdaderamente preocupado, y un momento despues, la Galana se tropezó con él.

—¡Ay señor, dijo, y que ensimismados veníamos los dos, que no nos hemos visto hasta que nos hemos sentido!

Gabriel de Espinosa miró profundamente á la muchacha, y la dijo:

—Perdonad, niña, si os he causado disgusto ó daño, porque yo iba acá tan metido en mis pensamientos, que lo mismo que he tropezado con vos hubiera tropezado con un poste.

—Ni disgusto ni daño, dijo la Galana, me habeis causado, sino mucho placer con vuestra cortesía.

—De honrados es ser corteses con las mujeres, dijo Gabriel de Espinosa.

—Y de mujer de buen alma es el agradecer que la traten mejor de lo que merece.

—Vos mereceis bien que se os trate con cortesía, por lo linda y por lo discreta, y quedad adios, niña, y mandad si os ocurre algo.

—Ved ahí que lo echais á perder, dijo la Mari Galana, porque estais deseando perderme de vista, y eso no es cortesía, sino desden.

—No lo tomeis á mal, porque yo no os conozco.

—Sí que me conoceis.

—¿Dónde os he visto?

—Aún no ha quince dias, en la plaza de Madrigal.

—¿De Madrigal sois?

—No señor, que nací en Salamanca, y dando vueltas por el mundo, fuí á parar á Madrigal.

A todo esto, y sin saber cómo, entrambos, ella á la derecha y él á la izquierda, habian echado á andar lentamente.

Ya sabemos que Gabriel de Espinosa tenia un gran defecto: el ser enamoradizo y dado al culto de la hermosura, fuese quien fuese la mujer hermosa con quien se encontraba.

La Mari Galana, que creia aborrecerle, estaba, como hemos indicado, vivamente impresionada por él, y emanaba de ella ese perfume embriagador que se exhala de toda mujer bella cuando está al lado del hombre que la interesa.

Gabriel de Espinosa aspiraba este perfume, y empezaba á embriagarse.

Mari Galana lo notaba, y por maestría y por deseo, empezaba á poner en juego todos sus medios de seduccion.

La vieja se habia quedado discretamente á retaguardia.

VI.

—¿Os acordais ya de haberme encontrado, señor mio? dijo la Galana con un acento seductoramente dulce é insinuante.

—Sí por cierto; y os he reconocido desde el punto en que al tropezar con vos os ví: me he acordado de vos muchas veces, y he sentido no volver á veros, porque cuando os ví la primera vez, me parecísteis muy bien.

—¿De veras? ¿Por vuestra salud, galan?

—Y por la vuestra.

—¿Y qué os importa á vos mi salud?

—Mucho, porque no me habeis hecho ningun daño.

—Pues lo siento.

—¿Qué lo sentís?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Gabriel de Espinosa miró profundamente á la muchacha, y la dijo:

—Perdonad, niña, si os he causado disgusto ó daño, porque yo iba acá tan metido en mis pensamientos, que lo mismo que he tropezado con vos hubiera tropezado con un poste.

—Ni disgusto ni daño, dijo la Galana, me habeis causado, sino mucho placer con vuestra cortesía.

—De honrados es ser corteses con las mujeres, dijo Gabriel de Espinosa.

—Y de mujer de buen alma es el agradecer que la traten mejor de lo que merece.

—Vos mereceis bien que se os trate con cortesía, por lo linda y por lo discreta, y quedad adios, niña, y mandad si os ocurre algo.

—Ved ahí que lo echais á perder, dijo la Mari Galana, porque estais deseando perderme de vista, y eso no es cortesía, sino desden.

—No lo tomeis á mal, porque yo no os conozco.

—Sí que me conoceis.

—¿Dónde os he visto?

—Aún no ha quince dias, en la plaza de Madrigal.

—¿De Madrigal sois?

—No señor, que nací en Salamanca, y dando vueltas por el mundo, fuí á parar á Madrigal.

A todo esto, y sin saber cómo, entrambos, ella á la derecha y él á la izquierda, habian echado á andar lentamente.

Ya sabemos que Gabriel de Espinosa tenia un gran defecto: el ser enamoradizo y dado al culto de la hermosura, fuese quien fuese la mujer hermosa con quien se encontraba.

La Mari Galana, que creia aborrecerle, estaba, como hemos indicado, vivamente impresionada por él, y emanaba de ella ese perfume embriagador que se exhala de toda mujer bella cuando está al lado del hombre que la interesa.

Gabriel de Espinosa aspiraba este perfume, y empezaba á embriagarse.

Mari Galana lo notaba, y por maestría y por deseo, empezaba á poner en juego todos sus medios de seduccion.

La vieja se habia quedado discretamente á retaguardia.

VI.

—¿Os acordais ya de haberme encontrado, señor mio? dijo la Galana con un acento seductoramente dulce é insinuante.

—Sí por cierto; y os he reconocido desde el punto en que al tropezar con vos os ví: me he acordado de vos muchas veces, y he sentido no volver á veros, porque cuando os ví la primera vez, me parecísteis muy bien.

—¿De veras? ¿Por vuestra salud, galan?

—Y por la vuestra.

—¿Y qué os importa á vos mi salud?

—Mucho, porque no me habeis hecho ningun daño.

—Pues lo siento.

—¿Qué lo sentís?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y mucho.

—¿Y por qué?

—Vamos, señor mio, que debeis estar muy acostumbrado á que todo se lo hablen las mujeres, y eso no está bien, ni lo haré yo; porque aunque soy una pobre muchacha, hablando con vos y para vos, soy una mujer que vale tanto como la primera.

—¿Y por qué? Explicadme.

—Porque os hablo con el corazon, sin falsedad ni interés, y el corazon, señor mio, es siempre altivo y honrado, cuando se da de buena voluntad.

—¡Ah! Con que es decir.....

—Sí; no queria decíroslo, y os lo he dicho todo.

—Seguid, niña, vuestro camino, dijo tristemente Gabriel de Espinosa, y no os pongais bajo la sombra del árbol maldito; si es verdad que me hablais con el corazon, huid de mí; no hablemos de si sois esto ó lo otro: en estos momentos para mí, y hablando como hablais, sois, como habeis dicho muy bien, una mujer que vale tanto como la primera; por lo mismo os hablo como quien os dobla la edad y ha sufrido mucho, y es muy desgraciado: como un padre indulgente; sentiré mucho que no me comprendais.

—¡Oh! sí, sí, os comprendo perfectamente, señor mio; seguid, seguid hablándome así, porque vuestras palabras me deleitan y me consuelan, porque yo soy tambien muy desgraciada.

—Si esta no ha estudiado con el diablo, dijo la madre Martina que iba oyendo la conversacion, ha estudiado con su nieto; y la desvergonzada me pedia consejo cuando puede dármelos. ¡Lástima que ese buen hombre no tenga minas de oro en el Perú!

—La desgracia es la herencia de los hijos de Adan, decia entretanto Gabriel de Espinosa á la Galana; una cruz más ó menos pesada con que cargar los hombros encontramos todos al lado de nuestra cuna, y aquel vale más, que lleva su pesada cruz con más valor y más fortaleza.

—Mirad, señor mio, que ya ha muchos dias que pasó la Cuaresma, y que no sois capuchino; no se me os vayais por en medio de un sermon, porque esto es huirme el bulto y no querer entenderme.

—Bien que os entiendo; á vos os sucede lo que á todos conmigo; os asombro; os venís á mí como se viene el pajarillo á la boca de la serpiente; creedme, pues, porque os advierto que me pareceis un pájaro sabroso, y harto os digo con esto, y debeis agradecerme el que os lo diga.

—Pues mirad, señor Gabriel de Espinosa...

—¿Cómo sabeis mi nombre?

—Quien quiere saber pregunta, y quien pregunta sabe; dijéronme en Madrigal cómo os llamábais y quién érais, y lo que por el mundo habeis corrido, y lo gran soldado y lo gentil hombre que sois, con otras cosas que bastan para poner en cuidado y hacer pensar en un hombre á una muchacha que se perece por los hombres de pró; en Valladolid me han dicho donde habeis parado y las posadas que habeis mudado, y que teneis en otras los criados, y que cuando salis de noche no os acompañan, sino que os esperan donde vos les mandais, y todo esto me ha

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

metido en tal ánsia de ser vuestra amiga, que si no os encuentro y hablamos, yo hubiera ido á buscaros y á deciros:

—Yo soy esto, lo otro y lo demás allá; así como soy, estoy enamorada hasta las entrañas de vos; si me quereis, tenedme esclava; si no me quereis, tenedme enemiga.

Miró profundamente Gabriel de Espinosa á la Galana, y se encontró con la profunda, franca, valiente y enamorada mirada de la jóven.

—De Dios está que las aventuras me persigan, dijo Gabriel de Espinosa, y esta con vos es tal, que os juro por mi honor, que me interesa más de lo que creeis.

—Si vos traeis entre manos historias ó enredos, por los cuales puede veniros daño, no creais porque yo os he buscado, que soy yo cebo echadizo ó gancho de escribano; que no cabe en mí tal bajeza, ni he nacido yo para perder hombres ni armarles zancadillas.

—Si yo tuviera por qué temer, no seria una mujer la que pudiera perderme, dijo Gabriel de Espinosa.

—No confieis mucho, porque puede ser que yo os pierda, dijo sériamente la Galana.

—Pues ahora sí que no os entiendo.

—Vais á entenderme, porque os voy á hablar muy claro: por mi alma y por la de mi madre, que yo no os olvido un punto, que sueño con vos, y por vos anhelo; pero no sé si os ódio con toda mi alma, ó si con toda mi alma os adoro: creedme; como yo saque en limpio un dia que os aborrezco, os pierdo; si me convenzo de que os adoro, y no me quereis ó me dejais, me mato.

—¡Vive Dios, rapaza, que me están dando tentaciones de probar lo que tú puedes conmigo, y si vales lo que pareces, que como tú valieras, yo te juro, que sin ser yo tuyo, habias de ser mucha persona!

La Galana se detuvo, miró con los ojos radiantes y húmedos á Gabriel de Espinosa, y le dijo:

—Ya estamos cerca del Campo Grande, y no quiero que os vean conmigo; si os busco, ¿me afrentareis?

—No, por Dios, que no mereceis vos ser afrentada.

—Pues hasta muy pronto, señor Gabriel de Espinosa. Adios. Vamos, venid, abuela, que el señor Gabriel y yo hemos hablado ya lo que teníamos que hablar.

—Esperad, que no quiero yo que os vayais sin una memoria mia. Ahí cerca hay una casa donde venden leche y refrescos. Tomad, para que refresqueis con vuestra abuela.

Y sacando del bolsillo de sus gregüescos un reluciente doblon de á ocho, le dió á la Galana.

Ardió en los ojos de ésta un relámpago de indignacion; tomó el doblon de á ocho, y le tiró á lo largo del camino.

—Para otro que no tenga el alma puesta donde la tiene la Galana; pero otra memoria vuestra la tomaria: dadme vuestro pañuelo.

Gabriel de Espinosa sacó de su bolsillo un rico pañuelo blanco, y lo entregó á la Galana, que le guardó en su seno.

—Tomad, dijo á seguida.

Y entregó á Gabriel de Espinosa otro pañuelo no menos rico.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Esto es ya distinto, añadió. Adios, pues, y hasta la vista, que será muy pronto.

—Adios, y buena ventura, contestó Gabriel de Espinosa, y se dirigió á buen paso al cercano porton de la huerta, y salió.

Las dos mujeres salieron detrás, en paso más lento.

La Galana iba profundamente pensativa.

—¿Te se habrá derretido el corazon, hija? la preguntó la vieja con malicia; pues no hay para qué tanto, que el tal hombre, á poco más puede ser tu abuelo; que ya pasa de los cincuenta, y puede ser que aunque se le echen cinco encima, no se le haga agravio; y aunque de buena presencia, por el vestido se conoce que es menestral y no de mucha hacienda.

—Lo mismo se me da á mí que sea pobre que sea rico, dijo la Galana, y que tenga sesenta años como si tuviera veinte y nueve.

—Bien dicen que no se sabe lo que es el amor, dijo la vieja, y que los que más aciertan son los que lo declaran locura; pero yo confío en que esto te se pasará, y en que conocerás que la conversacion con ese hombre no te tiene cuenta.

—Yo no sé lo que me pasa: á un mismo tiempo le quiero y le aborrezco; me espanta no sé qué cosa, y me parece que ese hombre es más que todos los hombres que yo he visto y hablado. Mirad, madre Martina, dijo la muchacha á tiempo que entraba por el arco de Santiago, deteniéndose y mirando pálida y grave á la vieja: hay veces en que ese hombre se me presenta como un alma del otro mundo.

—¡Jesús mil veces, hija, y qué cosas dices! exclamó la vieja.

—Otras veces, continuó la muchacha, me parece que ese hombre ha de morir ahorcado.

—Vamos, hija, vamos á entrar aquí en la iglesia de Santiago, dijo la vieja, á ver si con el agua bendita y con las palabras de la consagracion te se salen los malos del cuerpo.

—Sí, madre, vamos, dijo la Galana; necesito rezar.

Y las dos mujeres se entraron en el templo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIV.

De lo que pasó una noche en el cementerio de los ajusticiados.

I.

Al oscurecer de aquel mismo dia Gabriel de Espinosa salió del retirado aposento que tenia en la posada Honda, cerca del Ochavo, con sombrero gacho que le tapaba el rostro, espada de gavilanes, daga de ganchos, y capa de tercianela, que el rigor de los calores no permitia llevarla de paño, ni más que de seda, y aún así ligera.

—Que Dios no me dé auxilios á la hora de mi muerte, dijo el ama de la posada al mozo de cuadra que estaba sentado junto á ella, en un banco á la puerta tomando el fresco, si este hombre no es mucho más de lo que parece por su traje.

—Lo que es el caballo que ha traido, es un animal de los buenos bichos andaluces que cuestan un ojo de la cara, y el palafrenero que de la posada del Rinconcillo

viene á cuidarle, le trata con más mimo que á una doncella, y no hay quien le aguante sobre si la cebada es fresca ó añeja, ó si el cuartillo es corto ó largo, sin que fuera de esto se le saquen dos palabras.

—Pero este hombre, sea quien fuere, come bien y gasta mejor, y no repara en si la cuenta es mucha ó poca, y esto es lo que importa; que por lo demás allá se las haya y con su pan se lo coma.

—Tan generoso es, que ayer le hurtó uno de los dos criados que aquí tenia ciento cincuenta ducados de la maleta, y se ha contentado con despedirle, y no le ha puesto por justicia. Asuntos ó amores debe traer este hombre, por los que le importe andar encubierto, y siendo persona principal, andar en hábito humilde; y digo hábito humilde en la hechura, que en la tela, no baja de Holanda la ropa blanca, ni de seda la de encima; sin quitar que esta tarde, estando unos palafreneros del conde de Santistéban domando un potro bravo, y sin poderse averiguar con él, el tal Espinosa les dijo:—Quiten allá, que para palafreneros no sirven, ni á ese potro se le ha de tratar así, que no se sacará provecho; tráiganle aquí y aprendan lo que hay que hacer con estos tales.—Y se arrimó gentilmente al caballo, y se montó en él con tal bizarría y desembarazo, que maravilló á todos, y le hizo mal de tal manera, que le dió algunas vueltas por el Campo Grande, y no se conocia que era potro bravo, sino que parecia caballo ya muy aleccionado. Esto se lo decia hace poco, á la caida de la tarde, un paje del conde de Santistéban al chalan gitano que está en la posada, y por las señas que dió del tal

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombre, yo conocí que era el señor Gabriel de Espinosa. Y digo yo que amores deben tenerle en Valladolid, porque anoche una mujer muy rebozada en un manto, bajo el cual se la veia una muy rica saya, estuvo hablando con la Mari Gomez, y preguntándola qué hacia en la posada el señor Gabriel de Espinosa, á qué horas entraba y salia, y si venian mujeres á buscarle, á todo lo cual le contestó la Mari Gomez lo que supo, y dice que la dama ó la mujer ó lo que fuera, para darla un ducado, sacó una mano muy fina y muy cuajada de cintillos; que no se la veia la cara porque traia el manto acandilado, y que en la calle se habia quedado esperando una vieja dueña á lo que parecia, tan enmantada y tan tapada como su señora.

—Pues sea lo que quiera el buen Espinosa, dijo la dueña de la posada, Dios le dé buena salud y le ayude, por lo generoso que es y por lo bien que paga.

A este tiempo salieron dos hombres de la misma posada rebozados en capas de bayeta con largas espadas al cinto, y echados los sombreros tendidos al rostro, y tomaron la calle arriba.

—Allá van sus criados á servirle, dijo el mozo levantándose, y yo voy á echar pienso á la mula del arcediano, que no quiere que trate con ella otro más que yo.

Y el mozo se metió en la posada.

II.

Gabriel de Espinosa anduvo y anduvo, hasta que

llegó á las tapias del cementerio de los ajusticiados, que se llamaba de San Andrés.

Tocó á la puerta con la mano quedo, y sin duda de detrás de la puerta le esperaban, porque esta se abrió en seguida, volviéndose á cerrar en cuanto hubo pasado Espinosa.

Quien habia abierto era un hombre tan rebozado, que no podia distinguirse quién era, porque á más de su rebozo le envolvia la noche oscura, y no se veia en el cementerio más luz que la de un mezquino y ahumado farol que habia en una cruz de madera en medio del cementerio.

Al rededor de la cruz y de una manera confusa, se veian los bultos de algunos hombres, y hácia ellos se encaminaron, pasando por encima de los montecillos de las sepulturas, y tropezando acá y allá con alguna calavera y pisando huesos, Gabriel de Espinosa y el hombre que le habia abierto.

Cuando llegaron á la cruz, pudo ver Espinosa que eran tres hombres, que junto á la cruz esperaban.

—Buenas noches, amigos mios, les dijo; triste cosa es haber de veniros á buscar rebozado y encubierto como un malhechor, de noche y á un cementerio de ajusticiados, dejando á los criados de trecho en trecho para que avisen si sobreviniese algun peligro ó por estos sitios echaren rondas.

—No se aflija por eso vuestra majestad, señor, dijo uno de aquellos hombres, que por la voz mostró ser el duque de Coimbra; que tras la sombra viene la luz, y ya no están lejos los dias claros para vuestra majestad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sentémonos al pié de la cruz como podamos, y cerca los unos de los otros, á fin de entendernos aunque hablemos bajo, y concluyamos lo más pronto posible; separémonos cuanto antes, que si por acaso nos sorprendiesen y nos encontrasen juntos, podria sobrevenir una gran desdicha.

Sentóse sobre una sepultura Gabriel de Espinosa, y los otros tres hombres y el que le habia abierto, se sentaron apiñados á sus piés.

III.

—¿Qué teneis que contarme de vuestros sucesos en Madrigal? dijo Espinosa; que como no hubiera sido prudente enviar carta ni recado, no sé nada y tengo ánsia por saber.

—La señora doña Ana de Austria está muy contenta de vuestra majestad, dijo el duque de Coimbra, y nos ha dado muy buenas recomendaciones para su tio el rey don Felipe, en el asunto aparente que traemos.

—¿Y qué dice doña Ana de mi repentina partida? preguntó Gabriel de Espinosa.

—La señora doña Ana dice, contestó el marqués de Almeida, que vuestra majestad ha hecho muy bien, despues del escándalo del estudiante y de haber sido seguidos aquella noche vuestra majestad y fray Miguel de los Santos, pudiendo escapar sin ser reconocidos por milagro, en salir del pueblo para evitar peligros é inconvenientes; y que aunque ella quisiera tener la felicidad de no perder de vista á vuestra majestad ni un

momento, se consuela con la esperanza de que pronto tendrán fin estos trabajos, y vuestra majestad no tendrá que andar oculto bajo un nombre humilde, ni ella la pesadumbre de estar separada de vuestra majestad.

—¿Y vamos, mi buen conde de Novoa, dijo Gabriel de Espinosa, vos que sois tan aficionado á saberlo todo, sabeis lo que se dice en el pueblo del pastelero Gabriel de Espinosa?

—Dicen, señor, que Gabriel de Espinosa es mucho hombre para pastelero, y que se ha ido á Valladolid á buscar oficio más honrado y de más ganancia, y pueblo más grande donde vivir más ancho y más divertido que en Madrigal.

—¿Y qué dicen de la reina? ¿Qué hace mi esposa? ¿Qué vida trae?

—Su majestad, señor, dijo el duque de Coimbra, vive completamente retirada, y por las tardes sale un rato con su alteza la princesa doña Gabriela y acompañada del buen Gil Lopez, á las huertas que hay á las márgenes del rio, á donde nosotros solíamos ir siempre que podíamos hacerlo sin excitar sospechas y acompañados de nuestros criados, no para esparcirnos, sino para servir de guardia desde lejos á su majestad.

—¿Qué semblante tiene la reina?

—Triste, pálida y cuidadosa, señor, dijo el conde de Novoa.

—Historia tan extraña como la mia, no se lee en ningun libro, ni la han visto los nacidos, dijo suspirando Gabriel de Espinosa; con mala estrella nací, y mucho me temo no acabe yo con mala estrella.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sentémonos al pié de la cruz como podamos, y cerca los unos de los otros, á fin de entendernos aunque hablemos bajo, y concluyamos lo más pronto posible; separémonos cuanto antes, que si por acaso nos sorprendiesen y nos encontrasen juntos, podria sobrevenir una gran desdicha.

Sentóse sobre una sepultura Gabriel de Espinosa, y los otros tres hombres y el que le habia abierto, se sentaron apiñados á sus piés.

III.

—¿Qué teneis que contarme de vuestros sucesos en Madrigal? dijo Espinosa; que como no hubiera sido prudente enviar carta ni recado, no sé nada y tengo ánsia por saber.

—La señora doña Ana de Austria está muy contenta de vuestra majestad, dijo el duque de Coimbra, y nos ha dado muy buenas recomendaciones para su tio el rey don Felipe, en el asunto aparente que traemos.

—¿Y qué dice doña Ana de mi repentina partida? preguntó Gabriel de Espinosa.

—La señora doña Ana dice, contestó el marqués de Almeida, que vuestra majestad ha hecho muy bien, despues del escándalo del estudiante y de haber sido seguidos aquella noche vuestra majestad y fray Miguel de los Santos, pudiendo escapar sin ser reconocidos por milagro, en salir del pueblo para evitar peligros é inconvenientes; y que aunque ella quisiera tener la felicidad de no perder de vista á vuestra majestad ni un

momento, se consuela con la esperanza de que pronto tendrán fin estos trabajos, y vuestra majestad no tendrá que andar oculto bajo un nombre humilde, ni ella la pesadumbre de estar separada de vuestra majestad.

—¿Y vamos, mi buen conde de Novoa, dijo Gabriel de Espinosa, vos que sois tan aficionado á saberlo todo, sabeis lo que se dice en el pueblo del pastelero Gabriel de Espinosa?

—Dicen, señor, que Gabriel de Espinosa es mucho hombre para pastelero, y que se ha ido á Valladolid á buscar oficio más honrado y de más ganancia, y pueblo más grande donde vivir más ancho y más divertido que en Madrigal.

—¿Y qué dicen de la reina? ¿Qué hace mi esposa? ¿Qué vida trae?

—Su majestad, señor, dijo el duque de Coimbra, vive completamente retirada, y por las tardes sale un rato con su alteza la princesa doña Gabriela y acompañada del buen Gil Lopez, á las huertas que hay á las márgenes del rio, á donde nosotros solíamos ir siempre que podíamos hacerlo sin excitar sospechas y acompañados de nuestros criados, no para esparcirnos, sino para servir de guardia desde lejos á su majestad.

—¿Qué semblante tiene la reina?

—Triste, pálida y cuidadosa, señor, dijo el conde de Novoa.

—Historia tan extraña como la mia, no se lee en ningun libro, ni la han visto los nacidos, dijo suspirando Gabriel de Espinosa; con mala estrella nací, y mucho me temo no acabe yo con mala estrella.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues ya, señor, poco tiempo queda para salir de cuidados, y que lo decidan las armas, dijo el duque de Coimbra; mañana mismo partimos de Valladolid para la córte, si es que vuestra majestad no nos manda otra cosa, y antes de quince dias, porque el pretesto que traemos es de fácil resolucion, y llevamos grandes recomendaciones de la señora doña Ana, estaremos en Lisboa, y en un punto estará preparado todo para el momento en que vuestra majestad pise la tierra de su reino.

—Cada momento que pasa me pone en cuidado; parece que un mal espíritu arroja delante de mí contingencias y peligros que me atajan el camino; ya en muy poco estuvo que la insolencia de aquel mal aventurado estudiante que murió de los azotes, me arrojase en la cárcel, y diese lugar á informaciones que pudieran haberlo malogrado todo.

—¡Dios proteje á los reyes! dijo el marqués de Almeida.

—¡El los hace y él los deshace! dijo Gabriel de Espinosa.

—¡La cabeza de los reyes es sagrada! dijo el conde de Novoa.

—¡Maldito es de Dios el que toca á los ungidos del Señor! dijo el marqués de Almeida.

—Los juicios de Dios son incomprensibles; él rodea con una aureola de sangre la cabeza de los mártires; él, que hirió la fuente de Saul, de Nemrob y de Baltasar, castiga con una justicia inexorable los pecados de los reyes; él ha dicho: *pro me reges regnat:* él redujo á polvo

la soberbia Babilonia; él ha herido de una manera terrible la frente de los soberbios, dijo profundamente impresionado Gabriel de Espinosa, y con un acento lleno de solemnidad y de grandeza.

—Pero Dios no hiere á sus pueblos, dijo el duque de Coimbra; Dios no quitará á Portugal, matándole su rey, la esperanza de ser libre.

—Portugal merece la ira de Dios, dijo con voz tonante Gabriel de Espinosa, olvidándose de que era prudente hablar quedo.

—¡Señor! dijeron á un tiempo como impulsados por un mismo pensamiento y con la entonacion de una dolorosa protesta, los tres grandes de Portugal, pero con un profundo respeto á Gabriel de Espinosa.

—¡Sí! ¡Portugal es cobarde! insistió Gabriel de Espinosa; Portugal, despues de la muerte de mi tio el cardenal don Enrique, debió alzar á todo su poder sobre el trono á mi primo don Antonio de Portugal, prior de Ocrato; importaba poco el incontestable derecho de mi tio el rey don Felipe á la corona de Portugal; muerto yo ó desaparecido, muerto el cardenal don Enrique, la cuestion era más alta...

—Pero por lo mismo que es tan alta, se debe hablar de ella más bajo; dijo hablando por primera vez el hombre que habia abierto la puerta del cementerio á Gabriel de Espinosa; tienes la sangre viva, demasiado viva, hermano, y el humor ágrio en demasía; has nacido para ser imprudente, y para tener con el alma en la garganta á los que te aman; ¿qué más prueba de que eres el rey don Sebastian, que el ser todavía, á pesar de tus años

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y de tus desgracias, el mismo mozo, audaz, temerario y loco, que llevó á morir en una empresa insensata á la flor de la nobleza portuguesa, al honor portugués, sobre el funesto y sangriento campo de batalla de Alcázar Kivir? Habla, habla más bajo, Sebastian; mira que este cementerio es pequeño; que sus tapias no son altas, que los que aqui duermen el sueño de la muerte son ajusticiados; que las calaveras que hemos tropezado con nuestros piés han sido separadas de su tronco por el cuchillo del verdugo; que ahí, donde se eleva esa cruz sombría, ha estado sepultado hasta que la gran reina doña Isabel le llevó á su soberbio panteon de Santiago, en la iglesia mayor de Toledo, el *mónstruo de la fortuna*, el que valia más que un rey de Portugal, el gran privado del rey don Juan el segundo, el muy magnífico y muy poderoso señor condestable don Alvaro de Luna; que estás pisando polvo de infamia y de grandeza; que tienes bajo tus piés crímenes y desgracias, y es necesario que salgas de aquí convertido, trasformado; que es necesario que evites con suma prudencia los acontecimientos funestos que pueden sobrevenir si te dejas llevar de tu natural osado é irascible; ¿qué importaba que un mal nacido estudiante se atreviese con palabras groseras á Sayda Mirian? Pensar debiste sobre eso, por qué he aquí tu martirio; sufrir lo que otro no sufriria; apurar el cáliz de lo amargo; no desnudar jamás la espada; no levantar jamás la voz, sino ya en la última defensa del honor de tu esposa ó del honor tuyo, ó en el gran peligro de tu vida, ó de la vida de tu esposa y de tu hija.

—¿Quién es este hombre que habla así? dijo el duque de Coimbra, cuya soberbia de noble y de gran señor, y cuya vanidad portuguesa se hincharon de tal modo, que no pudieron dejar de salir por su boca y por sus ojos y por todos los poros de su cuerpo.

—Es quien puede y debe hablarme de este modo, dijo con severa y enérgica majestad, pero en voz contenida, Gabriel de Espinosa.

—Perdone vuestra majestad, señor, dijo el duque de Coimbra, porque nosotros creíamos que este hombre no era más que un genovés llamado Pietro Mastta.

Y á pesar de lo humilde de las palabras del duque de Coimbra respecto á Gabriel de Espinosa, saltaba de debajo de ellas un punzante desprecio para Yhaye-ben-Shariar.

—Oye tú, viejo é hinchado duque portugués, dijo con acento tranquilo Yhaye; y vosotros, marqués de Almeida, conde de Novoa, que os creeis tanto como vuestro rey, y poco menos que el Dios Altísimo y único, oid lo que voy á deciros en palabras de paz y de consejo:

Y Yhaye, que estaba sentado á los piés de Gabriel de Espinosa, más abajo que él, á quien como hemos dicho servia de asiento el pequeño alzado de una sepultura de tierra, apoyó su brazo en las rodillas de Gabriel y en la mano de aquel brazo su cabeza.

—Este hombre, en que tan familiar, tan cariñosamente me apoyo, vuestro rey don Sebastian de Portugal, el bravo y el ansiado por su reino, es mi hermano, más que mi hermano, mi hijo; porque he sacrificado por él mi corazon, mis tesoros, mi familia, mi pátria, mi religion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Oh! es verdad, hermano, dijo conmovido Gabriel besando en la frente á Yhaye-ben-Shariar.

—Déjame, déjame proseguir, Sebastian, dijo Yhaye con voz tranquila y siempre contenida; escuchad vosotros, grandes del reino de Portugal: el que os habla, ha sido y es más grande que vosotros; cabalgaba yo en batalla, la lanza teñida en sangre hasta la mano, ensangrentado el caballo hasta las cinchas, en sangre portuguesa y española, en sangre de vuestros viejos y aborrecidos enemigos, el dia de la batalla de Alcázar-Kivir; el aire de la victoria hacia flotar mi alquicel negro de almoravid y mi estandarte verde de emir de mil ginetes, que en tropel conmigo atropellaban encarnizándose en ellos los escuadrones cristianos; yo era entonces feliz, el Koran flotaba sobre un lago de sangre en que estaba sumergida la cruz; aspiraba yo con delicia el ambiente de un dia de venganza contra los cristianos; me embriagaba con el olor de su sangre aborrecida; los veia caer, como caen las espigas bajo el granizo; y yo, entonces, nobles señores, rodeado de la victoria, era un príncipe poderoso, que llevaba tras su estandarte un ejército; era yo uno de los siete emires del imperio, que contaba por miles sus esclavos, por cientos las hermosas mujeres de su haren, y que media como se mide el trigo las doblas de su tesoro.

Yhaye-ben-Shariar se detuvo, como para dar fuerza con aquella pausa á su discurso, y ninguno de los tres nobles le contestó.

Estaban dominados por lo que habia dicho Yhaye, y por la manera con que lo habia dicho.

Yhaye continuó despues de algunos segundos de pausa.

—No podia yo adivinar entonces, embriagado por el triunfo, que aquel rey de Portugal cuya derrota veia yo con la alegría cruel de una fiera, llegaria á ser mi hermano, llegaria á ser amado por mí con toda mi alma antes que todo.

Yhaye se detuvo otra vez, y despues de una ligera pausa, continuó:

—Una mujer, una niña de diez y seis años, un arcángel del sétimo cielo, una doble princesa, una sultana, hija de un xerife que no era sultan porque era tan grande que despreciaba el imperio, de un hombre que con una sola palabra hubiera conmovido al Africa como un volcan, desde el Estrecho de Gibraltar hasta las cumbres del Atlas; la hija de este hombre, más poderoso que el más poderoso rey de Europa, oyó hablar del rey de Portugal, y le pareció tan grande el que solo habia sido loco, que ansió conocerle, aunque solo pudiese conocer su cadáver, porque se decia que el rey portugués habia muerto en la batalla; esta mujer era la sultana Sayda Mirian, y á Sayda Mirian la conoceis, la conoceis, nobles señores; porque ella es vuestra reina, la esposa de vuestro rey; la cristiana doña María de Souza, que lo ha sacrificado todo á su amor.

Sin ella, vuestro rey no existiria; ella le buscó y le encontró entre montones de cadáveres; ella, con esa paciencia y ese cuidado que solo puede tener por un hombre una mujer que le ame, como es capaz de amar una mujer que valga tanto como la sultana Sayda Mirian, le disputó á la muerte, y se lo arrebató.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ella, que pudo ser esposa del emperador Sidi Ahtmed, que la adoraba, despreció por un rey vencido y casi cadáver, á un sultan vencedor.

Ella, que pudo ser, con solo quererlo, sultana propietaria de Marruecos, venciendo á su vez al sultan Sidi Ahtmed, despreció aquella magnífica corona, por su muribundo rey cristiano.

Ella, cuando le vió salvo, cuando con mi ayuda, porque yo era esposo y lo soy de su hermana, huyó de Marruecos con don Sebastian, pasando á Túnez, donde yo tenia mis palacios, mis tesoros y mis naves, se hizo cristiana para ser esposa de vuestro rey, y no fué suya hasta que fué su esposa legítima.

Los inmensos tesoros de su padre se han perdido en las empresas marítimas de don Sebastian.

Y oid aún, y esto es lo que á mí me toca: por procurar á vuestro rey el amparo de la poderosa república de Venecia, yo he hecho traicion á mis hermanos de Africa, y he servido de tal modo á aquella República, y ella ha premiado de una manera tal y tan alta mis servicios, que ahora mismo, señores, soy lo que no podreis menos de escuchar con asombro: monseñor Pietro Mastta, patricio á la par de la república de Génova y de Venecia, y senador y del Consejo de los Diez del estado veneciano.

—¿Y sois, vos, príncipe, dijo el duque de Coimbra, el que enviásteis á Lisboa y á mi casa con un esbirro de la república de Venecia, el retrato auténtico del rey don Sebastian?

—Yo fuí, dijo Aben-Shariar.

—Pues bien, señor, dijo el duque de Coimbra; que

Dios os bendiga por lo que habeis hecho por el rey don Sebastian, como el reino de Portugal os bendice por mi boca.

—Pero aprended de mí, nobles señores; lo que os he referido no ha sido más que un ejemplo de lo que pueden hacer la lealtad y el amor; no basta con que tengais un buen deseo: es necesario que el buen deseo acompañe á la obra heróica; porque para lograr el premio de una buena accion, no basta con haberla intentado, no basta con haber arrostrado hasta cierto punto el sacrificio; es necesario llevarle completamente á cabo; hasta ahora no habeis hecho otra cosa que venir encubiertos con un pretesto á Castilla, y esto es fácil y hacedero: esto no merece tomarse en cuenta; pero ya conoceis á vuestro rey, le habeis conocido; desde este punto, si quereis seguir siendo dignos del ilustre nombre que llevais y de la gratitud de vuestra pátria, debeis sacrificarlo todo á vuestro rey, porque sin vuestro rey, no hay para Portugal dignidad, ni esperanza de libertad, y os vereis unidos para siempre á los reinos que están bajo la corona de España, y un dia vereis rotos vuestros fueros y vuestras libertades, y bajo el verdugo los mejores de los vuestros, como bajo Cárlos V y Felipe II sobre sus fueros rotos, han visto los aragoneses y los castellanos rodar las cabezas de Lanuza, de Padilla, de Bravo y de Maldonado.

El rey don Sebastian no es para vosotros un rey solamente: es la pátria, la independencia, la libertad, el honor.

—¡Sí! dijeron á un tiempo y enardecidos los tres nobles.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Yo espero, dijo Gabriel de Espinosa, que vosotros hareis lo que os aconseja vuestro interés como portugueses, y vuestra lealtad como vasallos; yo no quiero, yo no puedo creer que vacileis ni que seais cobardes, ni que haya un solo portugués, que avergonzado de su pasada cobardía, no arrostre bravamente el martirio, llevando por bandera el nombre del rey don Sebastian.

—Por la divina sangre de Jesucristo Crucificado, dijo el duque de Coimbra, y por Nuestra Señora de Belen, que los portugueses darán una muestra harto clara de su valor, de su lealtad y de su hidalguía; que ellos, señor, harto han hecho, y no han podido hacer otra cosa.

—¡No, vive Dios! que cobardes han sido, y el recuerdo de su cobardia es lo que me pone aún vergüenza en el rostro, y lo que es en gran parte la causa de que yo haya vivido tantos años, huido, ignorado y encubierto; que lo que yo á todas las potestades de la tierra que conozco, y me han ayudado, he dicho, de que por vergüenza que tengo del mal fin de la batalla me he escondido, y lo del voto hecho de no reinar en veinte años, no es más que un pretesto, por no decir que lo que me ha tenido escondido ha sido la cobardía de los portugueses; porque si ellos todos y cada uno hubieran sido como su rey y una vez en batalla se hubieran propuesto quedar sobre el campo, ó muertos ó vencedores, no digo yo el rey don Felipe, ni el duque de Alba, ni aún el duque del Infierno, sino Dios solo hubiera podido sonrojar ni un semblante portugués, haciéndole ver puesto el yugo sobre la cerviz de Portugal; porque si la victoria á veces es imposible, morir es posible siempre; y el que muere

porque vencer no ha podido, es tanto más honrado que el que vence, aunque las dificultades para vencer hayan sido casi insuperables.

—Vuestra majestad, dijo el conde de Novoa, mide por su gran corazon el corazon de los demás, y esto, por desgracia, no es cierto, porque si lo fuera y todos los portugueses tuvieran el heróico aliento de vuestra majestad, Portugal seria una nacion de reyes bravos, y serian sus esclavas las otras naciones del mundo; y porque vuestra majestad es así, porque su corazon solo vale lo que un grande ejército, los portugueses afligidos vuelven á vuestra majestad los ojos llenos de lágrimas, y no creen lo que se ha dicho de su muerte, porque no quieren perder la esperanza, y vuestra majestad es la única esperanza del vencido reino de Portugal. ¿Pero qué habíamos de hacer, señor, sin rey, divididos en bandos, vendidos la mayor parte de los nobles, que como no hay vino generoso que no tenga heces, no hay nacion, por hidalga que sea, que no tenga hijos traidores y espúreos, exagerados otros en la legitimidad, oyendo de una parte predicar el derecho del rey don Felipe, y por otra el doblar de los atambores del ejército del rey de España, con que el duque de Alba entraba á sangre y fuego por Portugal? Se peleó; pero fué necesario arrojar las armas, porque nuestros mismos hermanos se volvian contra nosotros, proclamando la legitimidad del rey don Felipe, y los teólogos lo predicaban en las iglesias; las Córtes andaban revueltas, y el prior de Ocrato huia cobardemente, y las mujeres arrancaban las armas de las manos á sus hijos y á sus maridos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Vergüenza y oprobio!... Portugal merece ser esclavo, y lo que sucedió ayer, es posible que suceda mañana, dijo Gabriel de Espinosa.

—No, Sebastian, no; un pueblo con cabeza vale más y es más fuerte que un pueblo desmembrado, dijo Aben-Shariar.

—Decís bien, caballero, dijo el duque de Coimbra; el solo nombre del rey don Sebastian, la sola noticia, aunque fuese falsa, de que nuestro rey pisaba la tierra portuguesa, haria y hará de cada portugués un héroe; porque vos no sabeis, señor, añadió el duque dirigiendo la palabra á Gabriel de Espinosa, vuestra majestad no puede ni aun figurarse lo que su reino le adora; cuando un extranjero ve en las calles de las poblaciones de Portugal un hombre con la cabellera larga á lo nazareno, con la barba luenga y vestido de tosco buriel, es necesario decirle cuando pregunta quién es aquel hombre:—Es un sebastianista; espera la venida de nuestro muerto rey don Sebastian, como esperan aún los judíos la venida del Mesías.

—Y esos sebastianistas, dijo con amargura Gabriel de Espinosa, me negarán, como los judíos negaron al Mesías, y me llamarán impostor, si por una desgracia muy posible caigo bajo el poder de Felipe II, antes de poder presentarme con la espada desnuda y la corona ceñida de los portugueses.

—Dios, que ha conservado la vida de vuestra majestad tantos años, y le ha salvado de tantos peligros, dijo el duque de Coimbra, guardará á vuestra majestad durante los pocos dias que faltan para que vuestra majestad lleve á cabo su empresa.

—Véame yo á caballo entre vosotros en batalla, y despues, que suceda lo que Dios quiera.

—Yo no veo tan negro como tú lo que ha de suceder, Sebastian, dijo Yhaye; el peligro está aquí, en esta tierra de Castilla, y no es tanto, que sea necesario alarmarse; nadie sospecha de tí; es cierto que llaman la atencion tu bravura, tu olor á noble y á rico, y las aventuras que de tí se cuentan; pero en esta nacion que sostiene hace tanto tiempo una guerra que podria llamarse universal, porque en todas las partes del mundo, aun en las regiones más apartadas tiene guerra, donde hay tanto soldado aventurero, que despues de muchos años vuelve á su pueblo rico y cargado de aventuras, y acompañado tal vez de una ilustre dama, no es nuevo lo que en tí han visto, ni las gentes de justicia pueden extrañarlo, ni el mismo rey si lo supiera lo tomaria á novedad; porque sabe bien que le vienen ricos y honrados del Nuevo-Mundo y de Italia, y de los Paises Bajos valientes veteranos; tú tienes, gracias al dinero que han costado, papeles bastantes para probar que eres un soldado viejo, y ninguno de los que te conocen tienen interés en venderte.

—El rey de España es muy fuerte, dijo sombríamente Gabriel de Espinosa, está apoderado de Portugal, y fuerza es decirlo, señores, la empresa es hoy casi insuperable; por eso queria yo que se esperase algo; el rey don Felipe es viejo, no puede vivir mucho tiempo, y muerto él, el príncipe don Felipe, que será el rey Felipe III, seria infinitamente más fácil de vencer, porque el príncipe es apocado y débil, y en nada se parece á su pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dre, que cuanto más viejo es se hace más fuerte y más terrible.

—Tarda en llegar una persona, dijo Yhaye, que te convenceria de que no es tan fuerte como crees el rey don Felipe.

—¿Qué persona es esa?

—Un francés de los que ayudaron á Antonio Perez, el secretario que fué del rey don Felipe, á escapar de la cólera de su señor; un soldado antiguo, que era salteador en la montaña de Cataluña cuando la fuga de Antonio Perez, y que está hoy al servicio de éste.

—¿Y para qué viene ese hombre? dijo Gabriel.

—Antonio Perez está al servicio de Enrique IV de Francia, y Cárlos Cabrian, que es ese soldado, ese salteador que te he dicho, está al servicio de Antonio Perez; por lo mismo, las cartas que traerá para tí de Antonio Perez, vienen á ser como si fuesen de Enrique IV.

—¿Y debia venir ese hombre aquí? dijo Gabriel.

—Sí, y debia haber llegado. Pero calla, me parece que oigo su seña.

—¿Es su seña un silbido semejante al de una lechuza?

—Sí, eso es; no me habia engañado: espera.

Y Yhaye se levantó, y se encaminó á la puerta del cementerio.

IV.

Gabriel de Espinosa y los tres nobles portugueses se quedaron esperando en silencio.

Poco despues se oyeron los pasos de Yhaye y de otro hombre.

Al fin, al escaso reflejo del farol que pendia de la cruz, Gabriel de Espinosa vió junto á sí á un fraile trinitario con la capucha calada, que habia venido con Yhaye.

—¿Quién de vosotros, señores, dijo el fraile, es el señor Gabriel de Espinosa?

—Yo, dijo Gabriel; ¿traeis algo para mí?

—Traia; pero ya no traigo.

—¿Y qué traíais?

—Una larga carta del señor Antonio Perez, para su majestad el rey don Sebastian de Portugal, con órden de entregarla al señor Gabriel de Espinosa.

—¿Y qué habeis hecho de ella?

—Me la he comido; y á fé á fé, que como era tan larga, me ha costado trabajo y bascas el tragarla.

—¿Y por qué os la habeis comido?

—Porque no se enterara de ella un alcalde con una ronda, que sin duda se habia empeñado en saber quién yo era y á dónde iba; y como la carta no se habia escrito para él, y no tenia para qué leerla, me la comí, para que no se apoderase de ella si me cogia, y se enterase de lo que no le importaba.

—¿Y cómo habeis escapado del alcalde?

—A tenazon; yéndome á él, dándole un cambio, y perdiéndome por unas estrechas calles, más intrincadas que un ovillo.

—¿Y ha sido muy lejos de aquí donde habeis dado el tenazon al alcalde?

—¡Oh, sí! Lejos; cuando ví que me seguian, en vez de acercarme á este sitio, empecé á alejarme de él; el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dre, que cuanto más viejo es se hace más fuerte y más terrible.

—Tarda en llegar una persona, dijo Yhaye, que te convenceria de que no es tan fuerte como crees el rey don Felipe.

—¿Qué persona es esa?

—Un francés de los que ayudaron á Antonio Perez, el secretario que fué del rey don Felipe, á escapar de la cólera de su señor; un soldado antiguo, que era salteador en la montaña de Cataluña cuando la fuga de Antonio Perez, y que está hoy al servicio de éste.

—¿Y para qué viene ese hombre? dijo Gabriel.

—Antonio Perez está al servicio de Enrique IV de Francia, y Cárlos Cabrian, que es ese soldado, ese salteador que te he dicho, está al servicio de Antonio Perez; por lo mismo, las cartas que traerá para tí de Antonio Perez, vienen á ser como si fuesen de Enrique IV.

—¿Y debia venir ese hombre aquí? dijo Gabriel.

—Sí, y debia haber llegado. Pero calla, me parece que oigo su seña.

—¿Es su seña un silbido semejante al de una lechuza?

—Sí, eso es; no me habia engañado: espera.

Y Yhaye se levantó, y se encaminó á la puerta del cementerio.

IV.

Gabriel de Espinosa y los tres nobles portugueses se quedaron esperando en silencio.

Poco despues se oyeron los pasos de Yhaye y de otro hombre.

Al fin, al escaso reflejo del farol que pendia de la cruz, Gabriel de Espinosa vió junto á sí á un fraile trinitario con la capucha calada, que habia venido con Yhaye.

—¿Quién de vosotros, señores, dijo el fraile, es el señor Gabriel de Espinosa?

—Yo, dijo Gabriel; ¿traeis algo para mí?

—Traia; pero ya no traigo.

—¿Y qué traíais?

—Una larga carta del señor Antonio Perez, para su majestad el rey don Sebastian de Portugal, con órden de entregarla al señor Gabriel de Espinosa.

—¿Y qué habeis hecho de ella?

—Me la he comido; y á fé á fé, que como era tan larga, me ha costado trabajo y bascas el tragarla.

—¿Y por qué os la habeis comido?

—Porque no se enterara de ella un alcalde con una ronda, que sin duda se habia empeñado en saber quién yo era y á dónde iba; y como la carta no se habia escrito para él, y no tenia para qué leerla, me la comí, para que no se apoderase de ella si me cogia, y se enterase de lo que no le importaba.

—¿Y cómo habeis escapado del alcalde?

—A tenazon; yéndome á él, dándole un cambio, y perdiéndome por unas estrechas calles, más intrincadas que un ovillo.

—¿Y ha sido muy lejos de aquí donde habeis dado el tenazon al alcalde?

—¡Oh, sí! Lejos; cuando ví que me seguian, en vez de acercarme á este sitio, empecé á alejarme de él; el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

buen salteador, cuando le siguen la pista, no debe tomar el camino de su madriguera.

—¿Y no habeis tenido ningun otro tropiezo antes de llegar aquí?

—No señor; en Valladolid, y particularmente en este barrio, se acuesta la gente muy temprano, y no se ve un alma por la calle; el motivo de que yo no haya llegado antes, ha sido el haberme seguido, el haber tenido que rodear mucho; pero ya estoy aquí, y no se ha perdido nada.

—Pero vuestra venida es inútil, puesto que os habeis visto obligado á comeros la carta que para mí traíais del señor Antonio Perez.

—No es tan inútil como creeis mi venida; porque previendo que podia suceder que yo me viese obligado á quemar ó comerme la carta, la habia leido muchas veces, y puedo deciros su sustancia, sin que falte nada de lo que importe, y con menos palabras que la carta; porque como el señor Antonio Perez es muy hombre de letras, en poniéndose á escribir no acaba nunca, y gasta y gasta papel, sin considerar que puede ser muy bien que un cristiano tenga que comerse la carta.

—Decidme, pues, lo que la carta contenia, dijo Gabriel de Espinosa, que yo lo diré al rey don Sebastian.

—Dice el señor Antonio Perez, que el caballero francés que tanto estima al rey don Sebastian, está en muy buen ánimo; que dentro de muy pocos dias los ejércitos franceses estarán en los Paises Bajos para ayudar al príncipe de Orange contra el rey de España, y que al mismo tiempo otro ejército francés entrará en el Monferrato y en el Milanesado; que las flotas francesas amagarán las costas españolas del Mediterráneo, y mientras, que una gran flota inglesa se pondrá á la vista de España, por la parte del Océano; que el rey de Francia avanzará además á los Pirineos amagando una entrada, por todo lo cual el rey don Felipe se verá obligado á quitar fuerzas y capitanes de Portugal, y recoger toda la gente que pueda para hacer frente á los enemigos de que se vea rodeado; y como con las levas hechas de pronto y con los enganches no podrá reunir gente bastante ni buena, habrá de quitar de Portugal la mitad lo menos de los cuarenta mil hombres que allí tiene, y lo que vale más, muchos buenos capitanes que tienen bajo su mandato aquellas tropas; Portugal está tranquilo y casi parece contento, y aunque el rey don Felipe es muy receloso y de nada se fia, como los gobernadores que tiene en Portugal le dan muy buenas noticias de lo pacífico que se muestra aquel reino, no puede ver ni verá peligro, dejará tan descargado de gente de guerra á Portugal, que bien podrán los portugueses habérselas con ellos y no dejar uno. Dice tambien el señor Antonio Perez, que suponiendo, como es de suponer, que el rey de España no mueva un soldado de Lisboa, una noche en aquella córte, como la de San Bartolomé en París, en que los hugonotes fueron cazados como zorros, seria una cosa muy buena y no difícil; porque los soldados españoles no están en casernas ni acampados, sino alojados á la desbandada en las casas de los vecinos. Y prosigue diciendo el señor Antonio Perez, que si cautelosamente, como se hacen estas cosas, se advirtiese á todos los ve-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cinos de Lisboa que tal noche á las doce, en tocando á arrebato la campana de Nuestra Señora de Belen, el que pudiese matase en su cama al soldado que hubiese en su casa, y se apoderase de su arcabuz y se pusiese en la ventana para tirar á los que pasasen por la calle acudiendo á la alarma, para lo cual, á los primeros golpes de la campana debian iluminarse todas las casas, para que se viesen bien á los que pasasen por la calle, en pocas horas no quedaria un soldado castellano en Lisboa que no estuviese muerto ó preso. Y dice el señor Antonio Perez, que como seria bueno recoger las armas y las municiones de los soldados que cayesen en la calle, para que no tuviesen peligro los que á recoger estas armas saliesen, debian ir con la camisa puesta sobre todo, ó con otra seña cualquiera, pero tal, que por ella se pudiese distinguir bien los que eran portugueses. Y dice el señor Antonio Perez, por consejo del caballero francés amigo suyo, que entiende mucho de estas cosas, que no bien haya sonado el primer golpe de la campana de Belen, el rey don Sebastian, que ya estará sobre la costa, tan cerca de Lisboa como sea necesario para que no se apercíban las galeras españolas de que hay *turcos en la costa*, salte en tierra con la gente que llevare, que más valdrá que sea escogida que mucha, y se entre por Lisboa y embista como quien es tan buen caballero y tanto interesa en el logro de la jornada. Y dice el señor Antonio Perez, que el caballero francés dice que esto ha de hacerse por la posta, porque el rey don Sebastian, metido donde está, le rodean los peligros, y vive de casualidad y con el ¡ay! en los lábios; que el caballero francés nunca aprobó que el rey don Sebastian fuese á donde está, antes bien, que se quedase en Marsella ó en otro puerto francés del Océano, que así se lo aconsejó al rey don Sebastian, y que teme que el no haber seguido el consejo no le pese, y se alegre mucho el rey don Felipe. Y dice el señor Antonio Perez, que en cuanto á lo de los dineros, el caballero francés no vé una libra tornesa ni por las nubes, á pesar de que necesita tanto para los asuntos en que anda metidó; y que si los señores portugueses y los otros de Portugal, chicos y grandes, están pobres y le dieron ya lo que pudieron, menester será que el señor Gabriel de Espinosa se ingenie con la monja y vea lo que la saca para el rey don Sebastian, que dicen que la monja es rica, y á nadie más que á ella conviene que el rey don Sebastian salga adelante, como quien luego ha de partir con él las dulzuras de la buena suerte; que harto hacen por allá con lo que hacen, y lo que es en esto, ya sabe vuestra merced, señor Gabriel de Espinosa, que á Monsieur es menester darle con un mazo en el codo para que suelte, y que lo diga sino el señor Antonio Perez, que se fué á su calor, y ahora anda por París poco menos que pigriciento, que con haberle dado una casa vieja y dos suizos para que le guarden, cree haber hecho lo bastante, y el pobre señor Antonio Perez anda encogido y acobardado, y no se atreve á salir más que de la casa á la iglesia, y si no fuera por monsieur de Vendome, que le estima en lo que vale, dia habria llegado en que el señor Antonio Perez se hubiera puesto la ropilla sobre la carne por falta de camisa, y hubiérasele visto la piel por los rotos al pobre señor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Menester ha sido para que yo venga, que monsieur de Turena diera al señor Antonio Perez cuatrocientas libras, de las cuales he dejado al desventurado señor Antonio Perez ciento, para que algun dia pueda comer el desdichado algo sabroso. Pero como Dios premia las buenas obras, al pasar por la frontera topéme con un fraile trinitario y su lego, les dí los buenos dias como acostumbro, y de resultas, sin saber yo cómo, se vinieron conmigo los hábitos del padre, que son estos que traigo puestos, y ciento y tantos doblones de á ocho, y algunas alhajuelas, y un macho de andadura con las alforjas bien provistas de cecina y otras frioleras, y andando viene el macho, y yo, puestos los hábitos, encima, hemos llegado á Valladolid muy bizarramente, y sin tropiezos en el camino. Ahora bien, y para concluir: el señor Antonio Perez dice, que no puede aparejarse el negocio mejor que como está aparejado, y que si esta ocasion se pierde, no será muy fácil que se presente otra, y que si no se la ase de los cabellos, será cometer una falta que no mereceria ni perdon de Dios.

Esto es lo que con muchas más palabras y muchos símiles y muchas filosofías y muchas bizarras figuras decia la carta; pero lo sustancial es lo que yo he dicho; y así no hubiera escrito tanto el señor Antonio Perez, porque tanto papel me he visto necesitado á tragar, que el estómago se me revela, y creo que la tinta me va causando cólico.

Así, pues, señor Gabriel de Espinosa, pues ya sabeis lo que habeis de decir á su majestad el rey de Portugal, quedad con Dios y vosotros tambien, señores; que los

papeles que me he cenado tan sin voluntad, me están dando guerra, y vóime á mi posada á tomarme una azumbre de agua caliente y aceite.

—Id con Dios, y tomad para el coste de la medicina, dijo Gabriel de Espinosa dando dos doblones de á ocho á Cárlos Cabrian.

—Mil mercedes, señor Gabriel de Espinosa; bien se conoce á la gente noble, aunque esté pobre; cuando el rey don Sebastian vaya á Portugal, y salte en tierra, me alegraré ser uno de los ciento.

—¿De ciento? preguntó Gabriel de Espinosa.

—¡Ah! No lo he dicho á vuestra merced, es verdad; se me habia olvidado; dice el señor Antonio Perez, que para que su majestad el rey don Sebastian se acerque á Lisboa, no es menester ninguna flota; que esto, sobre ser caro, seria imprudente, y que basta con una pequeña fusta, que con facilidad se escapa, en la cual vayan con el rey cien hombres buenos, que si ellos son buenos, y estando encendida Lisboa, bastan y sobran para el negocio. Y quedad con Dios, señores, que más no decia la carta, y yo he menester volverme aprisa á mi posada.

Y Cárlos Cabrian se volvió y dijo á Yhaye:

—Monseñor Mastta, hacedme la merced de echarme fuera.

Echóle Yhaye, y volvió junto á los otros.

V.

—Las noticias que el capitan Cárlos Cabrian ha traido, dijo Yhaye, no pueden ser mejores, ni más acerta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos los consejos de Antonio Perez, como de quien es tan maestro en los asuntos de Estado.

—Ya lo habeis oido, señores, dijo Gabriel de Espinosa á los tres nobles; es necesario obrar cuanto antes, y afortunadamente; para lo que es necesario hacer en Lisboa no se necesita dinero; demos al San Bartolomé de París por compañera la noche de otro santo en Lisboa; para matar castellanos, no se necesitan más que arcabuces, pólvora y balas, y los castellanos las tienen.

—Se hará como se ha pensado, y aunque no saque ni un solo soldado castellano de Portugal el rey don Felipe, se hará en el momento en que sepamos que vuestra majestad está cerca de las playas de Lisboa, dijo el duque de Coimbra.

—Pues bien, oid, dijo Gabriel de Espinosa; para evitar cartas y mensajeros, que pudieran dar en malas manos, recordad y haced lo que voy á deciros: desde el momento que llegáreis á Lisboa, haced que todas las noches un hombre leal vele en la torre Vieja del Vigía; cuando este hombre viere en la mar la luz de un farol rojo, que aparecerá de tiempo en tiempo y en puntos distintos, será señal de que yo me acerco; tenedlo preparado todo para la noche oscura en que se vea sobre el mar una luz roja; acudid entonces á la playa de la torre Vieja del Vigía, y encended entre las rocas, de manera que no se vea desde el puerto, otra luz roja; cuando yo esté en tierra, una llamarada de la torre del Vigía será la señal para el toque de rebato de la campana de Nuestra Señora de Belen. Entonces, mis bravos, valor, y sea

lo que Dios quiera. Hasta entonces, prudencia y silencio. ¿Cuándo vais á partir?

—Mañana, señor, si vuestra majestad no nos manda otra cosa, dijo el duque de Coimbra.

—No; cuanto antes partais, mejor. Adios, pues, añadió levantándose, y que San Dionisio y Nuestra Señora de Belen intercedan con Dios por nosotros.

—¡Vuestra mano, señor!

—No quiero que me rindais pleito homenaje sobre un cementerio; soy algo supersticioso; no, no me la beseis hasta que yo os la tienda teñida en sangre castellana, en mi palacio de Belen. Adios.

Y se separó de ellos.

—Adios, señor, dijeron los tres nobles en voz baja y triste, como si su alma hubiese estado comprimida por un presentimiento funesto; como si hubiesen temido instintivamente al que creian su rey, y que tal vez lo era.

Y decimos que tal vez lo era, porque los que sabian á ciencia cierta si era impostor ó rey, han muerto ha más de tres siglos y medio, y ya solo lo sabe Dios; porque el proceso del pastelero de Madrigal es un misterio sombrío, imposible de exclarecer.

VI.

—¿Te acompaño, hermano? dijo Yhaye en la puerta del cementerio á Gabriel de Espinosa.

—No; Abenamar está esperándome al pié de la iglesia de la Antigua, y más allá, de trecho en trecho, están los otros, dijo Gabriel de Espinosa; si andan rondas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por mi camino, ya lo sabrá Abenamar, y echaré por otro lado.

—Estás triste, Sebastian.

—No me llames Sebastian cuando estemos á solas; aquí no tenemos que engañar á nadie.

—Que empeño el tuyo en ser un misterio para Mirian y para mí, para los que más te aman sobre la tierra.

—Estoy triste, es verdad, dijo Gabriel de Espinosa, esquivando contestar á la observacion de Yhaye; estoy triste porque me parece que esos tres nobles de Portugal están desalentados, y no sé por qué desde hace algunos dias, tengo oprimida el alma por no sé qué temor.

—Es porque se acerca el momento de la prueba, el momento decisivo, y lo que sientes es más que temor, impaciencia, ansiedad.

—¿Es de confianza el sepulturero ó el guarda del cementerio?

—Tan de confianza, que nada sabe; es muy posible que crea que somos hechiceros ó brujos que venimos al cementerio á alguna cosa de la mágia negra; pero ni aun siquiera puede sospechar que venimos al cementerio, porque aquí, mejor que en ninguna otra parte, pudiéramos estar seguros de ser sorprendidos; ¿quién ha de creer que se conspira por una corona en el cementerio de los ajusticiados?

—Mal agüero, Yhaye, mal agüero.

—¿Y quién cree en agüeros? ¿Qué más dá conspirar aquí ó en otra parte?

—Dime: ¿no podrá haber oido nuestra conversacion el sepulturero?

—No, porque le tengo encerrado en su cuartucho, en el bolsillo la llave, y no pueden ni vernos ni oirnos; véte y tranquilízate; tu asunto no puede ir mejor encaminado. Adios, y hasta que sea necesario que nos veamos.

—Adios.

Y los dos concuñados se dieron las manos.

Gabriel de Espinosa se alejó, y se perdió en el fondo oscuro de la calleja.

Algunos minutos despues, Yhaye salió con los tres nobles, cerró la puerta del cementerio por fuera, y luego tiró adentro la llave por encima de la tapia.

Poco despues, él y los tres nobles se habian perdido á lo largo de la calleja en direccion opuesta á la que habia seguido Gabriel de Espinosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XV.

De cómo sin saberlo Mari Galana hizo un gran servicio al rey don Felipe.

I.

Habian pasado ocho dias, y Gabriel de Espinosa habia mudado durante ellos otras cuatro veces de posada.

La Mari Galana, que no sabia si le aborrecia ó si le amaba, estaba desesperada y tenia aburrido al bachiller Burguillos, que se llevaba todo un dia zancajeando de posada en posada, por servir á la buena moza, hasta que daba con el paradero de Gabriel.

Pero acontecia que, cuando entrada la noche, la Mari Galana, dejando sus sayas y sus picos pardos y poniéndose un rico traje y un manto rico, y haciendo vestirse á la madre Martina de una manera decente para parecer una dama con su dueña, iba en busca de su ingrato perdido, acontecia, decimos, que éste se habia marchado de la posada sin decir á dónde iba.

En vano, engalanándose cada vez más para parecer

más hermosa, por infringir las ordenanzas, saliendo á la calle sin su hábito de sayal, con sus picos en las mangas, su pañuelo atado al cuello sobre el pecho, su lazo morado en el hombro, el cabello recogido atrás y el manto azul de tercianela prendido al rodete, en vano, decimos, hecha un brazo de mar como la más rica dama, y cada vez más hermosa, se iba todas las mañanas á las huertas del Pisuerga ó al Espolon, y daba despues, entrando en la ciudad, algunas vueltas por la Carrera de San Francisco, y pasaba por el Ochavo y por las Carnicerías, y daba vueltas á la Universidad, recorriendo todos los sitios, en fin, á donde solia concurrir la gente galana, valiente y alegre; veíanla los alguaciles de la villa, y aunque la conocian, la perdonaban el abuso del traje, y no se metian con ella si no para echarla un requiebro, que ella contestaba con un descocado torcimiento de boca, y la seguian á bandadas los galanes de todas pintas, sin que ella, séria y altiva, con una altivez que tenia mucho de desvergüenza, se dignase no contestarles, pero ni aun mirarles, llegando fatigada á su casa, y llevando trás sí á remolque á la madre Martina, desesperada y maldiciente, que apenas empezaban á subir por las estrechas y pendientísimas escaleras, echaba por aquella venerable boca sapos y culebras, y á decir que con el alquiler de los vestidos y el regalar á maese Burguillos para que tuviese buenas piernas y buenos vientos para ser podenco, y con el mal gesto de la niña, iban á dar antes de veinticuatro horas en el hospicio.

Mari Galana enviaba enhoramala á su fingida abuela, y si esta insistia la tiraba un chapin á la cabeza, y la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vieja, que temia á la Galana como al fuego, se metia para adentro refunfuñando, y la muchacha se apretaba á llorar á un rincon, hasta que allá por la tarde venia el bachiller Burguillos todo acansinado, á dar parte de que en la posada tal ó cual habia reamanecido el señor Gabriel de Espinosa.

II.

Con estas dificultades, el empeño de la Mari Galana por Gabriel de Espinosa, no era ya pasion, sino rábia, porque no estaba ella acostumbrada á que se la hiciese sufrir tanto, y mucho ménos por un hombre ya casi viejo.

Pero era el caso, que como Mariquita se habia enamorado por la primera vez de su vida, le pareció Gabriel de Espinosa el hombre más jóven y más hermoso del mundo.

El bachiller Corchuelos habia sido completamente olvidado por la Mari Galana bajo el punto de vista del amor, y si se acordaba de él era por incidencia y por los violentos celos que la causaba aquella hermosísima ama de cria del pastelero, por la cual le habia acontecido su terrible desgracia al bachiller Corchuelos.

III.

Mari Galana, enamorada en cuerpo y en alma, habia resuelto consagrarse entera á Gabriel de Espinosa, vivir por él y para él, ó vengarse de él si Gabriel de Espinosa la despreciaba.

Las eventualidades de la vida, como fatalidades preñadas de desgracias, se cruzaban delante del paso de Gabriel de Espinosa.

Indudablemente, Gabriel de Espinosa habia incurrido en un deplorable disparate al venirse al corazon de Castilla, ó lo que es lo mismo, al meterse, en las circunstancias en que se encontraba, en la boca del lobo.

Si no era el rey don Sebastian, era por lo menos tan imprudente, tan temerario, tan irascible y tan poco mirador de las consecuencias como el rey don Sebastian lo habia sido.

IV.

Llegó un dia, el 26 de setiembre, en que maese Burguillos no pareció por la tarde; en que llegó la noche, y Burguillos no pareció.

Mari Galana se puso verdaderamente furiosa, y la madre Martina sintió un miedo formal de que la sucediese algun trabajo.

Al fin, una hora despues de oscurecido, pareció jadeando y cubierto de sudor el bachiller y se dejó caer desplomado en una silla.

—Te advierto, Galana, que si esta noche no encuentras á tu huido, yo no le busco más; llevo ocho dias de perros, y con un dia más de tártago y con el calor que hace, perezco.

—¿Pero le has encontrado?

—Cuando yo me propongo encontrar una cosa doy con ella aunque esté bajo siete estados de tierra. En la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

posada del Sol le tienes, y no es probable que se mude, porque acaba de aposentarse en ella al oscurecer.

La Galana no esperó á oir más.

A la caida de la tarde se habia vestido un bizarro traje de raso blanco con adorno de azul y oro, prendídose unas piedras falsas, que sin embargo, hacian muy bien entre sus cabellos negros, voluminosa y bellamente peinados, y al ponerse el manto, se fué delante de un espejo y se miró.

—¿No es verdad que estoy hermosa, hermano Burguillos? dijo con cierta vanagloria más de lo justo y pecaminosa.

—¡Vaya si estás hermosa! como una reina, niña.

—Pues mira, no llevo afeite; que estos colores y esta frescura, y este negro de las cejas, son mios porque Dios me los dió y porque sí, y no me ha costado el dinero.

—¿Pues si no tienes más que diez y ocho años, dijo Burguillos, de qué te alabas?

—Ahí está la Gorriona, que no tiene más de quince años, y se empalustra la cara de tal modo, que se la puede arar el revoque, dijo la Galana acabando de prenderse el manto y arreglándose las magníficas trenzas negras que á los costados de la cabeza la tocaban casi á los hombros, y en una graciosa ondulacion seguian hasta formar parte del voluminoso rodete.

—¿Sabes que te habrá costado un ojo de la cara el alquiler de ese traje, Galana?

—¡El alquiler, ya, pues si señor! Tan mio es este traje, estudianton hambrija, como son mios mis colores y mis cejas; veinticinco doblones me ha costado, como

veinticinco soles, que los ha pagado un cintillo con un diamante que á nadie le debe nada, ni ha venido por mala parte; como que me lo dió hace seis meses en la Carrera de San Francisco una mañana, un paje que iba con la señora Almiranta, y que me dijo al dármele:—Esto os da mi señora por hermosa, para que os socorrais y os enmendeis.—Y á mí se me saltaron las lágrimas, porque yo soy buena, y fuí y me eché á los piés de la señora Almiranta, que parecia un ángel, y ella me dió á besar las manos, y muy buenos consejos, y un belsillo de seda verde con veinticinco doblones; los doblones volaron, considera tú; el cintillo ha volado tambien; los consejos me pusieron triste, pero al volver la primera esquina se me olvidaron, y solo me queda el bolsillo verde, que guardaré mientras viva, en memoria de la señora Almiranta, que tan llana y tan buena y tan caritativa fué conmigo. Vamos, madre Martina, espantajo, que echais un siglo en poneros el manto; aligérese, no se nos vaya; y tú, Burguillos, echa adelante, que yo no sé el camino, y á ver cómo se sirve á una dama; y si llega el caso, ¿para qué llevan espada los hombres?

Burguillos se resignó, se levantó, se arregló de un voleo las bayetas, y echó las escaleras abajo.

Detrás salieron la moza y la vieja, cerró esta la puerta con llave, y el escolar delante y ella detras fueron andando calles y calles, encontrando muy poca gente, hasta la posada del Sol, que estaba en un extremo de Valladolid, cerca del Puente Grande.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V.

Cuando llegaban á la puerta de la posada, entraba en ella, viniendo por la parte opuesta, un mozo de buen talante, con capa de tercianela, espada larga y gorra de terciopelo.

—¡Eh! ¡Hidalgo! dijo la Mari Galana acercándose á él y encubierta de tal manera que no dejaba ver ni un ojo; pero dejando conocer su bizarría y su buen cuerpo.

—Más bajo, señora, más bajo, dijo el mozo; palafrenero para serviros.

—Pues no lo pareceis, dijo con compostura Mari Galana.

—Muchas gracias, señora, por lo bien que os parezco. ¿En qué puedo servir á vuestra merced?

—Creo que en nada; porque yo vengo buscando al señor Gabriel de Espinosa.

—A verle vengo yo de parte de mi amo, contestó el fingido palafrenero, porque era Abenamar, uno de los caballeros que acompañaban al rey don Sebastian, ó á Gabriel de Espinosa, que segun él dijo despues, era no menos que el príncipe de Dinamarca.

—Pues si á ver vais al señor Gabriel de Espinosa, hacedme la merced, y no lo tomeis á mal, de mostrarle este pañuelo, y decirle que le buscan y que necesita verle la dama de la huerta.

El príncipe de Dinamarca tomó con violencia el pañuelo, y como quien á tales mensajes no está acostumbrado, y más por disimular que por otra cosa, dijo:

—Vuestra merced, señora, es muy dueña de mandarme todo aquello que quisiere, y ruégoos que es senteis aquí de la parte de adentro del zaguan donde no os vean y donde no os canseis de estar de pié.

—Cortés criado sois, dijo la Mari Galana, mientras el príncipe de Dinamarca pedia con imperio dos sillas á un mozo de la posada.

La jóven y la vieja entraron y se sentaron, y el príncipe de Dinamarca subió rápidamente las escaleras, llegó en un ángulo á un largo corredor mal alumbrado por una luz opaca, y á lo último llamó quedo á una puerta.

Oyóse dentro el ruido de los pasos de un hombre que se acercaba, y despues una llave en la cerradura de la puerta que se abrió, apareciendo trás ella Gabriel de Espinosa con una luz en la mano.

—Entrad pronto, Estanislao, dijo Gabriel de Espinosa.

El príncipe entró.

Atravesaron un aposento y otro, desamueblados, feos y sucios, y llegaron á un tercero, en que no habia más que una mesa ordinaria y vieja, y media docena de sillas, todas de forma distinta, y una cama completamente de posada.

Sobre la mesa habia dos maletas, abierta la una, y en la cual sobre ropa blanca se veian algunas joyas, además de algunas otras que estaban sobre la mesa.

En la pared, entre la mesa y la cama, habia colgados un sombrero bajo, una capa corta de tercianela, y por bajo asomaba una espada.

—¿Qué es eso que traeis en la mano, príncipe Estanislao? dijo Gabriel de Espinosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Un pañuelo que acaba de darme una dama, señor, dijo respetuosamente el jóven.

—¿Con damas os andais? Esto no es prudente; cuando se anda en grandes empresas, las damas son tan peligrosas como el vino, porque pueden subirse á la cabeza y hacer que se cometan disparates.

—La dama de que yo hablo, señor, me ha dado este pañuelo para Gabriel de Espinosa, contestó el príncipe.

Gabriel dejó ver en su semblante una expresion de disgusto.

—Dadme ese pañuelo, dijo al príncipe; yo creia, añadió tomando el pañuelo y reconociéndole, que esa mujer se habia olvidado de mí. Estará sin duda esperando.

—Sí señor; abajo sentada en el zaguan.

—Pues bien, que espere. Veamos ahora; ¿es buena la posada donde he de trasladarme?

—Completamente segura, señor.

—¿Están allí los caballos para mí y para el señor Pietro Mastta?

—Sí señor.

—¿Es bueno el caballo de monseñor? es decir, ¿puede resistir largas jornadas?

—Como el de vuestra majestad.

—¿Y vosotros lo teneis todo preparado para marchar?

—Sí señor; podemos marchar á la hora.

—¿Teneis dinero?

—El señor Pietro Mastta me ha dado doscientos ducados, que creo nos bastarán para llegar á Lisboa.

—¿Cuánto tiempo pensais invertir en el camino?

—Nuestros caballos son buenos, y entre el dia y la noche, descansando seis horas, podemos hacer diez y ocho leguas.

—Pongamos diez dias de viaje; yo parto esta noche y tardaré menos, porque me dirijo hácia Francia, y en la costa del Océano me embarcaré; cuando llegueis, si habeis tardado diez dias, decid al duque de Coimbra, que en la noche del dia décimo, despues de haber llegado vosotros, más exacto, que el dia 13 de octubre en la noche, estaré á la vista de Lisboa, salvo contratiempo; por lo mismo, si no pareciese en la noche de 13, que me esperen las noches siguientes; pero que para la noche del 13 esté preparado todo.

—Muy bien, señor.

—Creo que nada tengo que preveniros; todo está terminado, y solo falta emprender el viaje; idos, pues, Estanislao, traedme acá esa dama para que yo me la quite de encima, y enviadme á Mendez Figueroa para que cargue con las maletas, y me guie á la nueva posada.

—Adios, señor.

—¿Y os vais así, Estanislao? ¿No me dais un abrazo?

—¡Ah, señor! ¡Un millon!

—Por si no nos volvemos á ver, dijo Gabriel de Espinosa abrazando al jóven.

—Con tal de que no sea por una desgracia de su majestad, no importa. Adios, señor.

—Mirad; no entreis con esa dama, dejadla á la puerta.

—Muy bien, señor. Adios.

El jóven salió.

—Yo no sé por qué, dijo Gabriel de Espinosa, recibo á esa muchacha; ni la amo, ni la quiero para nada, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sin embargo, yo no sé por qué no se me va del pensamiento. ¡Una mujer tal como ella! Pero en fin, la prometí que si me buscaba no la afrentaría con un desprecio.

VI.

—Señor Gabriel de Espinosa, dijo la sonora voz de la Mari Galana, resonando en la primera habitacion por donde habia que pasar para llegar á la en que estaba Gabriel; haced la merced de alumbrarme, que esto está oscuro y tengo miedo.

Gabriel de Espinosa tomó la palmatoria de sobre la mesa, y salió á la habitacion inmediata, en la cual entró instantáneamente Mari Galana, con el manto echado atrás, hermosa y tentadora, el semblante encendido, pero sério é irritado.

—¿Venis sola, hija? la preguntó Gabriel.

—No, dijo la Galana; he venido con mi abuela; pero la he dicho que se quede en esa otra habitacion.

—Tendrá miedo, dijo sonriendo Gabriel.

—No señor; está acostumbrada á tratar con el diablo, y cuando quiere hablar con él, se queda á oscuras.

—Pero echa para acá una silla, dijo desde lo oscuro la desapacible voz de la madre Martina, que no es razon que yo espere de pié mientras tú hablas sentada.

La Galana entró rápidamente en lo que podia llamarse cuarto de Gabriel, alumbrándola éste, tomó una silla y la llevó á la primera habitacion, y la soltó á bulto en ella diciendo:

—Vaya una silla; sentáos, y dormid tres siglos seguidos.

Y se entró en la habitacion última.

Gabriel dejó la palmatoria sobre la mesa, y la Galana, al ver las joyas, fijó en ellas una mirada profunda, y nubló el semblante.

Gabriel no pudo ver esto, porque en aquel momento estaba vuelto de espaldas.

Antes de que se volviese, la Galana habia compuesto su semblante.

VII.

—Dichosos los ojos que os ven, dijo la Galana quitándose el manto, arrojándole sobre una silla, tomando otra y sentándose en medio del aposento.

Gabriel permaneció de pié y recostado entre el borde de la mesa y la pared.

—Sabeis que me recibís de una manera muy poco galante, señor mio, dijo la Galana; habeis tardado un siglo en llamarme despues que os hice avisar, y eso es muy poco cortés; ahora os quedais en una postura que parece decir: concluid cuanto antes, porque me estais incomodando.

—Nada de eso he dicho, ni nada de eso pienso.

—Os he buscado como se busca un tesoro, dijo con impaciencia Mari Galana; hace ocho dias que os escapais de mí, y no he visto en mi vida hombre que mude más de posada. ¿Os persigue la justicia, señor Gabriel de Espinosa?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cogió tan de improviso esta pregunta á Gabriel, que hizo un movimiento enérgico y se puso pálido; pero inmediatamente volvió á aparecer tranquilo.

Sin embargo, la Galana habia tomado acta de la turbacion de Gabriel.

—No tengo por qué la justicia me persiga, dijo.

—Pues era de sospecharlo, al ver cuanto mudábais de posada.

—Son muy malas, y no se puede parar en ellas.

—Decís bien; esta no puede ser peor. Pues mirad; siento que no esteis perseguido y con temor de ser ahorcado.

—¡Ah! ¿Y por qué eso? ¿Por qué tenerme esa mala voluntad?

—Porque entonces sabríais quién soy yo, y lo bien que os quiero, y os guardaria tanto, que ni con podencos habian de dar con vos; y os cuidaria de tal manera, que os alegraríais de estar escondido, y yo estaria contenta, porque siempre os tendria á mi lado.

—Creo bien que no me iria mal; pero es mejor que no haya necesidad de nada de eso.

—Señor Gabriel de Espinosa, no os puedo ver; os aborrezco.

—¿Y por qué?

—Porque haceis de mí el mismo caso que el que haríais de mi abuela. A quien se le contase que la Mari Galana ha pasado ocho dias buscando de zeca en meca á un hombre, y atosigada por él, y sin hablar con nadie, y que cuando encuentra al tal hombre, este tal hombre la desprecia, no lo creeria.

—Niña, acercarte á mí es ponerte bajo la sombra de un árbol maldito; ya te lo he dicho; olvídate de esa fantasía que te se ha metido no sé por qué en la cabeza, y pasa de largo, y no te empeñes en lo que no puede ser. Además, que yo no voy á permanecer en Valladolid.

—Os perseguiré; me iré detrás de vos á Madrigal; no os dejaré á sol ni á sombra, hasta que me querais; porque al ver lo que yo os quiero, no podreis menos de quererme.

—Yo no vuelvo en mucho tiempo á Madrigal.

—Me iré detrás de vos á la fin del mundo.

—Te cansarás de correr en vano.

—Pues habeis de quererme, ó he de poder poco, dijo la Galana, cuya irritacion iba haciéndose á cada momento más visible.

—Galana, dijo Gabriel de Espinosa: si yo pudiera amar, te amaría; pero yo no puedo amarte, ni te puedo engañar, porque soy un hombre honrado.

—¡Ah! ¡Me despreciais! dijo levantándose pálida y trémula la Galana.

—¿Por qué he de despreciarte yo, pobre mujer? dijo Gabriel de Espinosa, que se iba tambien impacientando; véte y no hablemos más; te prometí recibirte, y te he recibido; pero no te prometí tener amores contigo; la edad de los amores ha pasado ya para mí.

—¡Ahora sí que os aborrezco! dijo la Galana tomando su manto y prendiéndosele con una mano violentamente trémula. ¡Ah! Soy una pobre mujer, no puedo vengarme de vos, y por eso os reís de mí; pero que Dios os dé tan mala suerte, como cruel y mal hombre habeis sido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conmigo; ¡permita Dios que un dia parezcais á las gentes más infame que yo!

Gabriel palideció de cólera.

—Si os irrita lo que os digo, mejor, dijo la Mari Galana; si me matais, me haceis un favor.

—¡Véte! dijo con toda su altiva dignidad Gabriel de Espinosa.

La Galana le miró con una dolorosa ansiedad.

Luego se cubrió el rostro con las manos y salió llorando.

—¡Pobre mujer! dijo conmovido Gabriel de Espinosa; pero esto era necesario; yo no podia bajar hasta ella.

VIII.

—Bien empleado te está, dijo la tia Martina saliendo con la Galana; dentro de ocho dias no te acordarás de él, como no te acuerdas de Corchuelos.

—Te engañas, bruja de Satanás, porque voy á hacer tanto, que vá á meter ruido; ¡le quiero! ¡le quiero! ¡le quiero! y ha de ser mio.

—¿Pero á dónde vamos como alma que lleva el diablo, mujer? decia la Martina siguiendo jadeante ya por la calle á la Galana que iba disparada.

—¡Que se vá á ir! decia para sí misma la Galana; no te irás, yo te lo aseguro, porque yo haré que no te vayas, aunque luego tenga que lamer la tierra por tí, y andar de rodillas hasta la fin del mundo, y aunque haya de pasar más trabajos y más miserias que todos los miserables juntos. ¡Ah, señor pastelero! ¡Os amo yo con las entrañas abiertas, como no he querido á nadie, y vos me despreciais! ¡Pues veremos si podeis despreciarme á mí! ¡Veremos si sois vos mejor que yo!

Y la muchacha corria.

—¿Pero dónde estás, vieja del infierno? dijo la Galana deteniéndose á la puerta de su casa.

—Tú debes tener los diablos en el cuerpo, hija, contestó la Martina allá desde una legua.

—¡Vamos, andad, que urge el tiempo y se me vá á escapar!

—¿Y quién te se vá á escapar, loca que eres y dejada de la mano de Dios? dijo la vieja llegando y echando de fatiga, como suele decirse, los hígados por la boca.

—Abrid presto, madre Martina, y encended luz.

Abió la vieja, subieron, se encendió la luz, y la Galana arrojó el manto, se quitó rompiéndolo para quitársele pronto su hermoso traje de raso blanco, se quitó las joyas falsas, los cintillos, y empezó á destrenzarse los luengos y maravillosos cabellos.

—¡Pero hija, tú estás loca, dijo la vieja; el señor Gabriel de Espinosa ha debido de darte algo!

—¡Volando! Los peines, el sayal de picos pardos, el pañuelo blanco y el manto azul, dijo la Galana que estaba fuertemente encendida, febril, con el semblante desencajado, y los ojos ardientes, coléricos, torvos.

Algunos instantes despues, Mari Galana estaba peinada y vestida con una extricta sujecion á las ordenanzas, como si dijéramos, con su traje de reglamento.

—Conmigo á la calle, dijo la Galana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conmigo; ¡permita Dios que un dia parezcais á las gentes más infame que yo!

Gabriel palideció de cólera.

—Si os irrita lo que os digo, mejor, dijo la Mari Galana; si me matais, me haceis un favor.

—¡Véte! dijo con toda su altiva dignidad Gabriel de Espinosa.

La Galana le miró con una dolorosa ansiedad.

Luego se cubrió el rostro con las manos y salió llorando.

—¡Pobre mujer! dijo conmovido Gabriel de Espinosa; pero esto era necesario; yo no podia bajar hasta ella.

VIII.

—Bien empleado te está, dijo la tia Martina saliendo con la Galana; dentro de ocho dias no te acordarás de él, como no te acuerdas de Corchuelos.

—Te engañas, bruja de Satanás, porque voy á hacer tanto, que vá á meter ruido; ¡le quiero! ¡le quiero! ¡le quiero! y ha de ser mio.

—¿Pero á dónde vamos como alma que lleva el diablo, mujer? decia la Martina siguiendo jadeante ya por la calle á la Galana que iba disparada.

—¡Que se vá á ir! decia para sí misma la Galana; no te irás, yo te lo aseguro, porque yo haré que no te vayas, aunque luego tenga que lamer la tierra por tí, y andar de rodillas hasta la fin del mundo, y aunque haya de pasar más trabajos y más miserias que todos los miserables juntos. ¡Ah, señor pastelero! ¡Os amo yo con las entrañas abiertas, como no he querido á nadie, y vos me despreciais! ¡Pues veremos si podeis despreciarme á mí! ¡Veremos si sois vos mejor que yo!

Y la muchacha corria.

—¿Pero dónde estás, vieja del infierno? dijo la Galana deteniéndose á la puerta de su casa.

—Tú debes tener los diablos en el cuerpo, hija, contestó la Martina allá desde una legua.

—¡Vamos, andad, que urge el tiempo y se me vá á escapar!

—¿Y quién te se vá á escapar, loca que eres y dejada de la mano de Dios? dijo la vieja llegando y echando de fatiga, como suele decirse, los hígados por la boca.

—Abrid presto, madre Martina, y encended luz.

Abió la vieja, subieron, se encendió la luz, y la Galana arrojó el manto, se quitó rompiéndolo para quitársele pronto su hermoso traje de raso blanco, se quitó las joyas falsas, los cintillos, y empezó á destrenzarse los luengos y maravillosos cabellos.

—¡Pero hija, tú estás loca, dijo la vieja; el señor Gabriel de Espinosa ha debido de darte algo!

—¡Volando! Los peines, el sayal de picos pardos, el pañuelo blanco y el manto azul, dijo la Galana que estaba fuertemente encendida, febril, con el semblante desencajado, y los ojos ardientes, coléricos, torvos.

Algunos instantes despues, Mari Galana estaba peinada y vestida con una extricta sujecion á las ordenanzas, como si dijéramos, con su traje de reglamento.

—Conmigo á la calle, dijo la Galana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pero hija, tú me vas á matar, dijo la vieja.

—Conmigo á la calle, repitió la Galana, y no me repliqueis más, abuela, porque os sucede un trabajo.

—¿Pero á dónde vamos, hija, á estas horas, á dónde vamos?

—A donde yo me sé.

La vieja salió llevada á remolque por la moza, que no paró de correr hasta que se detuvo en la puerta de una gran casa situada enfrente de San Pablo.

La puerta estaba cerrada.

Mari Galana se asió al llamador y le sacudió con fuerza.

Tardó algo en abrirse la puerta; pero al fin se abrió, y apareció un alguacil de los del género tremendo, con un par de bigotes que metian miedo.

IX.

—¿Es esta hora, dijo con voz áspera y de pocos amigos, de vénir á aporrear puertas y á despertar gente honrada? Ea, váyase la perdida, ó la agarro, y á la estantigua que la acompaña, y las meto en la cuadra hasta por la mañana en que las meta en la cárcel.

—¿Te se figura á tí que para hacer eso que tú dices, basta con tener muchos bigotes, corchete? dijo con desprecio la muchacha; ¿sabes tú que á la Mari Galana no hay alguacil que le meta mano, como no lo mande un alcalde?

—¡Ah! ¡La Mari Galana! ¡La hembra famosa! Eso es distinto, dijo el corchete suavizando la voz; ¿qué se ocurre, prenda de rey?

—Dí á don Rodrigo, que la moza de partido Mari Galana tiene que hablarle.

—Vénte otro dia, la dijo en acento de buena inteligencia el alguacil, porque su señoría se ha acostado temprano, y tiene agarrado, como él dice, el perro al estómago; anda malucho y no es buena ocasion de verle.

—Pues aunque se muera y aunque reviente, que se levante, dijo la Mari Galana con imperio.

—Pues no traes tú muchos fueros, princesa, dijo el alguacil; te deben de tener muy mimada y muy mal criada; porque te se figura que un alcalde es así, como si dijéramos, un pelele, que se trae y se lleva como se quiere.

—Cállate tú, nécio, que yo bien sé lo que me digo; y porque es alcalde le busco; porque el rey le ha dado la vara, para que aún muriéndose haga justicia, y para eso le paga.

—Vamos, á tí te ha dado alguien una paliza.

—¡A mí! ¿Y quién, si no ha nacido el que me ha de poner la mano encima? Mira, lo que te digo es, que como no avises al alcalde, me pongo á dar gritos y á escandalizar hasta que el alcalde me oiga, y veremos á quién le pesa. ¡Pues buen rescoldo traigo yo en el cuerpo para entretenerme en conversaciones de puerta de bodegon con un don nadie!

—Vamos á ver si hablamos como Dios manda; y por último, sepamos para qué se ha de incomodar á su señoría; porque te advierto, muchacha, que si es para una simpleza, te mete á tí en la cárcel, y á mí, por haberle incomodado, en cuanto se levante me rompe el alma,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para que escarmiente y no lo vuelva á hacer. ¡Pues á fé que las varas que gasta su señoría son amorosas! De acebo curado, muy acepilladitas y muy pintadas, que no parecen lo que son; pero que antes de romperse ellas, rompen hueso.

—Pues avísale, y díle que es para cosa muy importante, y no tengas miedo de que te acaricie con la vara.

—Pues entra y que entre la abuela, que voy á cerrar la puerta, y esperáos aquí, que yo voy á sufrir la andanada que me va á echar el alcalde en cuanto le despierte.

X.

Entróse el corchete en un patio enorme, subió por unas anchísimas escaleras de piedra, adelantó por unos anchos corredores, llegó á una mampara que abrió con un llavin, atravesó una habitacion oscura, abrió otra mampara, y entró en una gran cámara en que apenas se rompia la sombra por la luz de una lámpara puesta sobre una mesa, y cubierta por una pantalla.

Un hombre alto y seco se paseaba por aquella cámara.

—¡Señor! dijo el alguacil con voz medrosa, porque temia ser muy mal recibido.

—¿Qué es eso? ¿Qué hay? dijo deteniéndose el hombre que paseaba, con acento brusco y soberbio.

—¿Está vuestra señoría peor? dijo con voz aduladora el alguacil.

—Sí, Tribaldos, sí; me estoy muriendo; no puedo estar en la cama; el estómago y la cabeza... Pero yo

no he llamado; ¿por qué se me incomoda? ¿Será menester que haga yo una de las mias?

—Vuestra señoría me perdone, dijo temblando Tribaldos; pero han venido á buscar á vuestra señoría.

—¿Y quién, quién me busca?

—La moza de partido Mari Galana.

—¡Cuerpo del diablo! Agárrala, átala, y llévala á la cárcel.

—Perdóneme vuestra señoría...

—¡Cómo!

—Dice que es para un asunto muy importante, dijo haciendo de tripas corazon Tribaldos.

—Pues que venga con mil de á caballo: que entren luces.

Tribaldos desapareció.

—¡Esto no es vivir! continuó murmurando Santillana mientras tomaba de sobre un sillon su toga y se la ponia; ser alcalde, es estar atado á un remo; y yo que me estoy muriendo... mi estómago... mi cabeza... y mi corazon: ¡mi hija! ¡Y ese maldito monseñor! ¡Vamos, si Dios en su infinita misericordia no lo remedia, yo voy á volverme loco!

El alcalde dejó de murmurar porque sintió pasos, y calló.

Poco despues entró un paje con dos candelabros, en cada uno de los cuales habia tres velas encendidas, los puso sobre una mesa y salió.

Inmediatamente se sintieron unas rápidas pisadas, fuertes, como las que produce al andar con energía toda buena moza, y la Mari Galana se lanzó en la cámara y llegó con un desenfado infinito al borde de la mesa, la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otro lado de la cual estaba sentado en su sillon el alcalde.

Las luces de las seis bugías iluminaban de lleno el descompuesto semblante de Mari Galana.

Al verla, el alcalde se puso pálido como un difunto, se levantó rígido, y miró de una manera terrible por el espanto que se veia en su mirada á la jóven.

—¿Habeis visto al diablo, don Rodrigo? dijo Mari Galana.

Al oir la voz de la jóven, pasó un temblor rápido por el cuerpo del alcalde.

—¡Sois moza de partido! exclamó con la voz ronca, terrible, espantosa.

—Sí, ya lo veis; y no es ningun delito por el que se prenda, ni por el que nadie tenga que asustarse.

—¿Cómo os llamais?

—Mari Galana.

—¿De dónde sois?

—Del mundo.

—¿No sabeis cuál es vuestra tierra?

—Sí, la que piso.

—¿Teneis padres?

—A la fuerza; porque á mí no me habrán sembrado.

—Pero ¿quiénes son?

—Ni me lo han dicho, ni me hace falta saberlo.

El alcalde se dejó caer desplomado, cadavérico, sobre el sillon.

—Me habian dicho que estábais enfermo; pero no creia yo que lo estuviéseis tanto; qué hemos de hacerle; ello es preciso, y antes que todo es la justicia.

—¿De qué se trata, á qué venís? dijo haciendo un esfuerzo y con voz desmayada el alcalde.

—A dar parte de un hurto.

—Decid.

—De un hurto de muy ricas alhajas.

—¿Quién las ha hurtado?

Extremecióse Mari Galana; arrepintióse de lo que hacia; pero ya era tarde: ya no podia retroceder.

—Un hombre á quien yo conozco, dijo con la voz mal segura; esta noche he visto en su cuarto unas ricas alhajas que él no puede tener, porque es hombre de bajo oficio y de poca fortuna, y sospechando que las alhajas fuesen robadas, y que á mí se me sacase culpa por el trato con ese hombre, he venido á daros parte.

—Yo no os conozco; yo no os he visto nunca en mi casa; ¿cómo sabíais que yo vivia aquí?

—No hay moza de partido que no sepa donde vive el alcalde don Rodrigo de Santillana, por la cuenta que le tiene, y para no alborotar de noche cuando se pase por la puerta de su casa.

—¿Sois amiga de ese hombre? dijo de una manera singular don Rodrigo, que no dejaba de mirar de hito en hito á Mari Galana.

—No señor.

—¿Y entonces, por qué fuísteis á su casa?

—Porque estoy enamorada de él.

—¿Y si estais enamorada, cómo le delatais?

—Porque si yo conociera á mi madre, y la creyera ladrona, la delataría.

—¿Y quién es ese hombre?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Gabriel de Espinosa, pastelero de Madrigal.

—¡Ah! exclamó el alcalde de una manera terrible. ¡Ese hombre misterioso.....

Y sus últimas palabras fueron tan roncas, que Mari Galana no las entendió.

—¡Hola! gritó el alcalde levantándose.

Apareció un paje.

—Mi espada, mi vara y mi birrete; una capa de seda; pronto.

Y siguió murmurando y dando vueltas maquinalmente por la cámara.

—¡El pastelero! ¡El soldado! ¡Ese hombre singular! ¡No sé por qué me espanta el que ese hombre dé en mis manos!

A esto, el paje le habia ceñido la espada, le habia puesto la capa, y le habia entregado la vara y el birrete.

—¡Arriba mi ronda, dijo el alcalde, y que esté dispuesta para cuando yo baje!

Mari Galana entretanto, completamente arrepentida de lo que habia hecho, se habia sentado en el suelo, y lloraba silenciosamente con un desconsuelo infinito, cuantas lágrimas tenia.

—¿Por qué llorais, hija? dijo el alcalde levantándola dulcemente, y hablando de una manera suave y conmovida acaso por la primera vez.

—¡Porque le amo y le pierdo! dijo Mari Galana sollozando como un niño.

—Tal vez no sea culpado; el hombre que decis es tal, que bien puede tener ricas joyas.

—¡Quiéralo Dios! Pero por su Santa Madre, no le digais, señor, que yo le he delatado; porque ahora no me ama; pero no quiero que me aborrezca.

—Nada tengo que decirle de vos: os vais á quedar aquí.

—¡Presa! dijo Mari Galana asustada; y luego, reponiéndose, añadió: pues bueno, bien, si él va á ser preso, me alegro de estar presa tambien.

—¿Tanto le amais, desdichada?

—¡Ah, si! Es el primer hombre á quien he querido como le quiero á él.

—Pues bien; vos no os quedais aquí presa; mi casa no es cárcel; es que quiero que me espereis; es que necesito hablaros, que me vá en ello el alma y la vida, y no me separaria de vos sin que me contestárais á todo lo que tengo que preguntaros, si no fuera porque la justicia es lo primero. No pretendais salir, porque no os dejarán salir. ¿Ha venido alguien con vos?

—Sí; una maldita vieja que vive conmigo; una perdedora de almas.

—Adios, y hasta despues.

Don Rodrigo salió, y dijo al paje que estaba en la antecámara y que tenia en la traza algo de alguacil:

—Que no salga de mi cámara esa jóven.

—Descuide vuestra señoría.

El alcalde salió calenturiento, terrible, y al llegar al pié de las escaleras encontró sentada en el primer peldaño á la madre Martina.

El alcalde se detuvo.

—¡Tribaldos! dijo.

—¿Qué me manda vuestra señoría? dijo Tribaldos sa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

liendo del zaguan y acercándose rápidamente á don Rodrigo.

—¿Está lista la ronda?

—Sí señor.

—Que se queden aquí dos.

—Muy bien, señor.

—Agárrame á esa vieja, y enciérrala.

—¡A mí! ¡Yo presa! dijo con una voz semejante al chillido de una rata la madre Martina.

—¡Calle la bruja! dijo Santillana sacudiéndola con la vara, y haciéndola dar un chillido infinitamente más fuerte y desapacible que el primero.

Tribaldos se llevó á empellones por delante á la vieja, que iba soltando cada imprecacion y cada blasfemia que ponia espanto.

Poco despues el alcalde salió de su casa con cuatro alguaciles, uno de los cuales era Tribaldos.

—¡Ah, mal pecado! dijo deteniéndose de repente el alcalde; ¿y á dónde voy yo, si no sé la posada de ese hombre?

Y volvió á la casa, y subió rápidamente á su cámara.

Mari Galana estaba sentada en su sillon, echada de cara en la mesa sobre los brazos y llorando.

El alcalde, á quien Mari Galana no habia sentido, permaneció mudo algunos instantes, contemplando con una expresisn profundamente dolorida á la jóven.

—¡Ah, no, no! dijo; esto no puede ser; esto debe ser una fascinacion mia; esto seria un castigo horrible.

Y luego añadió en voz alta:

—¡María!

La jóven levantó la cabeza y miró con una especie de estupor, con una especie de insensatez al alcalde.

—¡Qué! ¿Habeis vuelto ya?

—¡Volver tan pronto, cuando hace un momento que me separé de vos!

—¿Y qué sé yo el tiempo que ha pasado desde que os fuísteis?

El alcalde se extremeció.

La insensibilidad de Mari Galana respeto al tiempo, era espantosa; porque marcaba el estado de la jóven.

—No he podido volver, dijo el alcalde, porque no me habeis dicho en qué posada está Gabriel de Espinosa.

—¡Ah! exclamó con alegría la jóven. ¿No os lo he dicho? Pues me alegro, porque nadie pierde más que yo; haced conmigo lo que querais, metedme en la cárcel, apretadme los cordeles; si el dolor me hace confesar, ya no habrá cuidado, porque él se iba á ir, porque él se habrá ido.

El alcalde miró profundamente á la Galana, y luego dijo:

—No quiero que me digais dónde está ese hombre. Adios.

—¡Pero vos le vais á encontrar, dijo Mari Galana levantándose y abalanzándose á don Rodrigo; dicen que sois un alcalde de Satanás, y que Satanás os ayuda; no le busqueis; la ladrona soy yo!

El alcalde se desasió nuevamente de Mari Galana, salió, cerró la puerta, se metió la llave en el bolsillo, y se lanzó á la calle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡A la casa de hospedaje que esté más cerca! dijo don Rodrigo á Tribaldos.

Y la ronda y el alcalde, guiados por Tribaldos, se pusieron en marcha.

En aquel momento sonaban las once de la noche.

CAPITULO XVI.

De cómo fué preso Gabriel de Espinosa por don Rodrigo de Santillana.

I.

Tribaldos llevó á don Rodrigo á más de veinte hospederías y posadas.

En la mayor parte de ellas daban noticias del pastelero de Madrigal; pero en ninguna habia permanecido más que horas, ni al irse habia dejado noticias de dónde se fuese.

Siempre que salia de una posada, lo hacia con apariencias de emprender un viaje.

Otro alcalde se hubiera aburrido, y mucho más en la situacion de ánimo y de salud en que se encontraba don Rodrigo de Santillana.

Pero este no se aburria.

El cumplimiento de su deber le daba fuerzas y paciencia.

Tribaldos seguia trotando, y de una posada donde no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡A la casa de hospedaje que esté más cerca! dijo don Rodrigo á Tribaldos.

Y la ronda y el alcalde, guiados por Tribaldos, se pusieron en marcha.

En aquel momento sonaban las once de la noche.

CAPITULO XVI.

De cómo fué preso Gabriel de Espinosa por don Rodrigo de Santillana.

I.

Tribaldos llevó á don Rodrigo á más de veinte hospederías y posadas.

En la mayor parte de ellas daban noticias del pastelero de Madrigal; pero en ninguna habia permanecido más que horas, ni al irse habia dejado noticias de dónde se fuese.

Siempre que salia de una posada, lo hacia con apariencias de emprender un viaje.

Otro alcalde se hubiera aburrido, y mucho más en la situacion de ánimo y de salud en que se encontraba don Rodrigo de Santillana.

Pero este no se aburria.

El cumplimiento de su deber le daba fuerzas y paciencia.

Tribaldos seguia trotando, y de una posada donde no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se encontraba á Gabriel de Espinosa, llevaba al alcalde á otra, donde tampoco se encontraba.

Llegó al fin la una de la noche.

II.

Tribaldos, aburrido, habia llevado al alcalde y á su ronda á un meson escondido en el fondo de una calleja, cerca de las Carnicerías.

La puerta, como era natural, á aquellas horas estaba cerrada.

El alcalde llamó recio con el extremo de su vara, y se vió obligado á repetir los golpes con más fuerza, porque á los primeros no contestaron.

Oyóse, en fin, desde adentro una voz soñolienta.

—Esperen para que se les dé posada á que sea de dia, que esta no es hora de abrir la puerta á nadie.

—¡Abrid, vive Dios, á la justicia del rey nuestro señor!

—Esperen.

—Que sea poco, ó doy posada á los que aquí encuentre en la cárcel, dijo don Rodrigo que á cada momento estaba de peor humor.

Pocos minutos despues se oyó detrás de la puerta una voz que dijo:

—¿Quién llama apellidando justicia?

—El alcalde don Rodrigo de Santillana, menguado, respondió don Rodrigo.

Se conocia tanto á Santillana en Valladolid, y se le temia tanto, que la puerta se abrió, y apareció el posadero en calzoncillos blancos con un candil en la mano.

—Diga, maese, ¿qué gente tiene en el meson?

—Si hay gente mala, ellos se lo sabrán, dijo el posadero todo temeroso, que para mí, en pagando, toda la gente es buena.

—Diga, diga, insistió el alcalde.

—En el número uno hay un caballero muy principal á lo que parece y á lo que paga.

—¿Cómo se llama?

—Don Pedro Mesta.

El alcalde se extremeció, porque aquel Pedro Mesta sonaba para él Pietro Mastta.

—¿Quién más hay? dijo el alcalde.

—Un canónigo de Búrgos.

—Adelante; la gente munuda.

—Dos chalales, un buhonero y cuatro arrieros.

—¿Y nadie más? dijo el alcalde.

—Sí señor; hay otro huésped entre merced y señoría; quiero decir, que es bajo por su oficio porque es pastelero; pero por todo lo demás parece persona principal y rica.

—¿Cómo se llama ese sujeto?

—El señor Gabriel de Espinosa.

—¿Cuándo ha venido?

—Hace dos horas y para estarse poco tiempo, porque ha mandado que se le tengan listos los caballos, y que se le llame á las dos.

—Y si tan poco tiempo hace que está en vuestra casa, ¿cómo sabeis que es buen pagador?

—Porque con solo poner los piés en ella, me ha dado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un doblon de á ocho, cuando con algunos reales podia haber pagado la costa.

—¿Quién ha venido con ese hombre?

—Dos criados.

—¿Y dónde están esos dos criados?

—De camino, creo yo, para ir delante y tenerle buscada posada.

—¿Y él está aquí solo?

—Sí, señor.

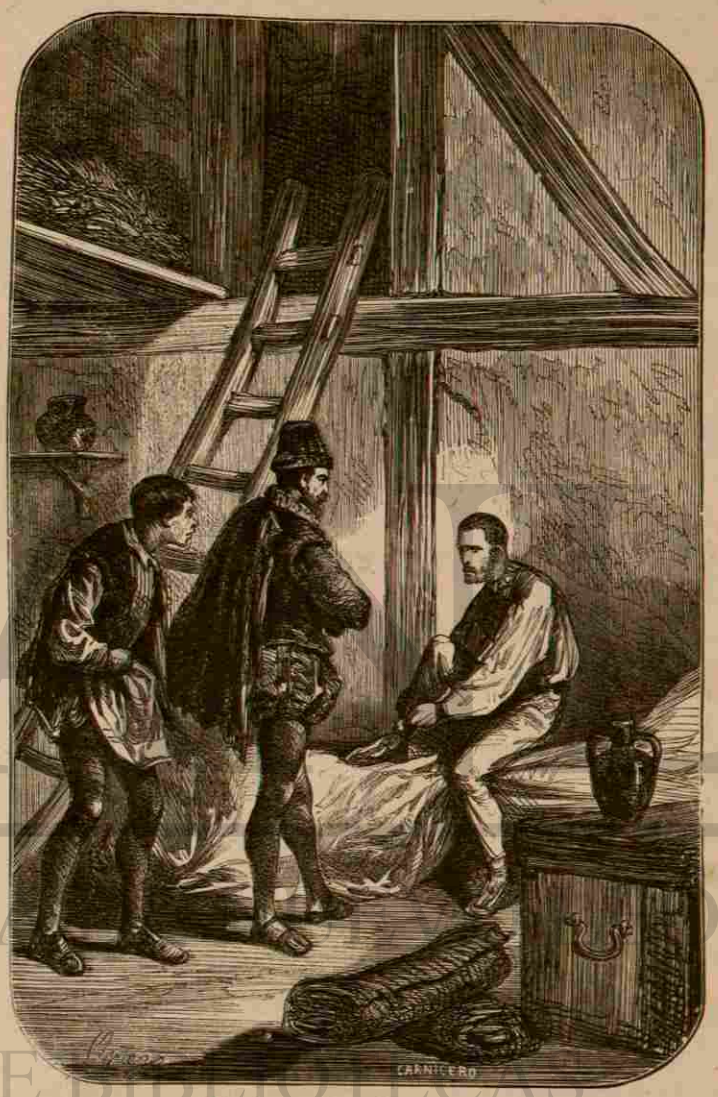
—Llevadme á su aposento.

El mesonero tomó por las escaleras, y el alcalde, solo, habiendo dejado á los alguaciles en la puerta y en el patio, siguió al mesonero, murmurando para sí:

—¿Por qué estará tambien en esta posada monseñor Pietro Mastta? ¿Tendrá algo que ver con Gabriel de Espinosa?

A esto llegaron á una puerta del corredor que solo estaba encajada, entraron, y el alcalde encontró á Gabriel de Espinosa, que habia sentido justicia en la casa; vistiéndose apresuradamente con camisa de holanda, cuello y puños de cadeneta, pegados á la camisa á uso más que de hombre comun, unos calzones de holanda muy delgada, y ya cuando el alcalde llegó, tenia calzados unos borceguíes ó botines acuchillados.

Hízole acabar de vestir, tratándole como si no le conociera, y sin que Gabriel de Espinosa, por su parte diese muestras de haberle hablado nunca hasta entonces; y entretanto el alcalde buscó y halló las joyas, que eran un vaso de unicornio guarnecido de oro, un librillo de oro que la infanta doña Isabel habia regalado á doña



Hízole acabar de vestir...

Ana de Austria con algunos diamantes, un anillo de oro con un diamante grande en el fondo finísimo, y una lámina de oro en que estaba esculpido el retrato del rey don Felipe II muy al vivo, que el mismo rey habia enviado á doña Ana de Austria, unas imágenes muy ricas, para cabecera de cama, una piedra bezar muy grande engastada en oro, y un reló de oro con diamantes para el pecho y cadenas, cintillos y otra multitud de alhajuelas de algun valor.

Todo aquello junto podria valer mil quinientos ducados.

Apoderóse el alcalde de estas alhajas, y preguntó á Gabriel de Espinosa, como si no le conociera:

—¿Quién sois?

—Soy pastelero de la villa de Madrigal, contestó Gabriel.

—¿Cómo os llamais?

—Gabriel de Espinosa.

—¿De quién son las joyas que os he ocupado, y de dónde las traeis?

—De Madrigal; me las ha dado la señora doña Aua de Austria, monja en el convento de Nuestra Señora de Gracia la Real de aquella villa para que las venda, y á eso solo he venido á Valladolid.

—¿Cómo puede ser verdad que hayais venido á vender estas joyas á Valladolid, cuando os las he cogido ya en el cogin de la cabalgadura, y segun entiendo habeis mandado que os llamen á las dos para marchar de Valladolid, y tanto, que ya habeis enviado delante á vuestros criados?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Consiste eso, don Rodrigo de Santillana, dijo Gabriel de Espinosa, haciendo extremecer al alcalde con el acento singular con que habia pronunciado aquellas palabras, en que he visto que en Valladolid anda poco dinero, que no podria venderlas como no las quemase, y sin ofrecerlas á nadie, habia resuelto partirme á Medina del Campo, donde por el gran comercio corre mucha plata, y estaba seguro de hacer mejor venta de las alhajas.

—¿Y habeis tenido necesidad de estar quince dias en Valladolid, para conocer que no podríais vender á buen precio esas joyas?

—Sí señor, dijo Gabriel de Espinosa, con un laconismo, una dignidad y un acento tales, que impresionaron más y más al alcalde.

—¿Por qué habeis mudado diez veces de posada en quince dias? dijo al fin Santillana.

—Porque en las unas temia ser robado, y en las otras la huéspeda era puerca.

—¿Cómo es que repara en que la huéspeda sea puerca ó limpia un pastelero?

—Antes por serlo, debe cuidar más de la limpieza, dijo con sarcasmo Gabriel.

—¡Vive Dios! Me parece que voy á hacer con vos un escarmiento, dijo Santillana.

—¡A mí vos! dijo Gabriel con un tono de desprecio; pero reponiéndose añadió: yo sé bien que no me hareis agravio, porque sois un buen caballero.

—Acortemos pláticas, y veníos conmigo, dijo el alcalde.

—¿Y á dónde, don Rodrigo?

—A la cárcel.

—Yo no debo ser preso en la cárcel como un cualquiera, dijo Gabriel; mire lo que hace y cómo trata á los hombres honrados, que ni á él ni á los demás los ha puesto aquí el rey para hacer agravio á los forasteros.

—Si vos sois honrado, allá aparecerá, y os trataremos como á tal; ahora, por pastelero os habeis vendido, como á tal os trataremos y llevaremos, mientras otra cosa no nos constare. Ea, seguidme y no hablemos más.

III.

Gabriel de Espinosa tomó su capa y su sombrero, y el alcalde, llevando consigo las joyas, cerró el cuarto, se metió la llave en el bolsillo, dejó á un alguacil de guardia para que no pudiese nadie entrar en aquel cuarto, y con Tribaldos y los otros cuatro alguaciles, se llevo á la cárcel á Gabriel de Espinosa.

IV.

Aún no habia vuelto la primera esquina el alcalde, cuando el alguacil que habia quedado de guardia, sintió abrirse la puerta de un aposento inmediato, y de él salió un hombre, y acercándose á la barandilla del corredor, dijo á voces:

—¡Hola! ¡Posadero! Los caballos de mi amo, que ya es hora de marchar, y venid á que se os pague la cuenta.

Diez minutos despues, sin que el alguacil que habia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quedado de guardian lo extrañase, porque era la cosa más natural del mundo que un hombre con sus criados se pusiese en camino á la hora que mejor le pareciese salieron de la posada tres ginetes.

Aquellos tres ginetes, cuando salieron de Valladolid, tomaron el camino de Madrigal, picaron á sus caballos, y adelantaron á la carrera.

El que iba adelante, corriendo cuanto podia, era Yhaye-ben-Shariar.

CAPITULO XVII.

Lo que pasó entre el alcalde don Rodrigo y Mari Galana.

I.

El alcalde, despues de haber dejado en la cárcel bien asegurado con grillos y esposas á Gabriel de Espinosa, en uno de los calabozos más fuertes y más profundos, con órden de que nadie hablase con él ni le preguntase ni contestase á sus preguntas, se volvió ansioso á su casa.

Habia cumplido con su deber, y podia dedicarse á sus asuntos propios.

Con las fuertes impresiones que aquella noche habia experimentado, el dolor que antes de la llegada de la Galana á su casa le aquejaba en la cabeza y en el estómago, habia desaparecido.

II.

En cuanto entró el alcalde en su casa, se metió en un salon del piso bajo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quedado de guardian lo extrañase, porque era la cosa más natural del mundo que un hombre con sus criados se pusiese en camino á la hora que mejor le pareciese salieron de la posada tres ginetes.

Aquellos tres ginetes, cuando salieron de Valladolid, tomaron el camino de Madrigal, picaron á sus caballos, y adelantaron á la carrera.

El que iba adelante, corriendo cuanto podia, era Yhaye-ben-Shariar.

CAPITULO XVII.

Lo que pasó entre el alcalde don Rodrigo y Mari Galana.

I.

El alcalde, despues de haber dejado en la cárcel bien asegurado con grillos y esposas á Gabriel de Espinosa, en uno de los calabozos más fuertes y más profundos, con órden de que nadie hablase con él ni le preguntase ni contestase á sus preguntas, se volvió ansioso á su casa.

Habia cumplido con su deber, y podia dedicarse á sus asuntos propios.

Con las fuertes impresiones que aquella noche habia experimentado, el dolor que antes de la llegada de la Galana á su casa le aquejaba en la cabeza y en el estómago, habia desaparecido.

II.

En cuanto entró el alcalde en su casa, se metió en un salon del piso bajo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Allí hizo que le llevasen á la madre Martina.

Aquella habia estado encerrada tres horas largas en un sótano sin consideracion alguna.

—Mire vuestra señoría si es cristiano tenerme donde me han tenido, dijo la vieja toda dolorida; mire vuestra señoría, las ratas me han roido el manton.

—Aunque os hubieran roido el alma, bribona, no os hubieran roido nada bueno, dijo el alcalde.

—Yo estoy sin culpa por arriba y por abajo, y por todos lados, dijo la vieja.

—Eso vamos á verlo muy pronto, dijo el alcalde; veamos cómo contestais á lo que os voy á preguntar. ¿Cómo se llama la jóven que ha venido con vos?

—La Mari Galana, dijo la vieja; ¡pues vaya, quién no ha oido en Valladolid nombrar á la Mari Galana!

—Mari Galana, dijo el alcalde, es un nombre compuesto de un nombre y de un sobrenombre.

—Yo no comprendo á vuestra señoría, señor alcalde.

—Lo que digo es, que cuando decís que esa jóven se llama Mari Galana, resulta que se llama María, y lo Galana, es un mote que la han puesto.

—Desde que tenia doce años, por lo hermosa y por lo garrida, dijo la vieja.

—¿Qué edad tiene María?

—Veinte años.

—¿De qué tierra es?

La vieja se quedó mirando turbada al alcalde y no contestó.

—¡Tribaldos! dijo el alcalde.

Presentóse como por arte de mágia, por lo listo, en la puerta un alguacil.

—Trae los dos palos y el cordelejo de dar garrotillo dijo el alcalde.

—¡Yo no quiero que me den garrotillo! dijo la vieja chillando de una manera insoportable, sentándose en el suelo, y mesándose los pocos cabellos que tenia.

A esto entró Tribaldos y puso sobre la mesa del alcalde dos pedazos de palo, relucientes por un largo uso, de unas cuatro pulgadas de largo, y una de grueso, á uno de los cuales estaba atado un delgado cordel de cáñamo retorcido. La vieja, al ver aquello, chilló más y más.

—¡Ira de Dios! Si seguís así, despues de haberos hecho declarar dándoos garrotillo, os mando aplicar quinientos azotes y lo que hubiere lugar. ¡Ea! Alzáos y hablad con compostura, y acordáos de que yo soy don Rodrigo de Santillana, á cuyo nombre no hay bravo que no tiemble. Idos, Tribaldos, pero estad prontos para venir en cuanto os llame.

III.

Quedaron de nuevo solos el alcalde y la vieja, que estaba ya tan suave como si la hubieran dado tormento, por el solo temor de que se lo diesen.

—¿De dónde es natural María? repitió el alcalde.

—Aunque parece española, señor, no es española; es de una tierra que suena así como... necia.

—¿Venecia? dijo con voz cobarde Santillana.

—Sí, eso es, señor, Venecia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y cómo ha venido de su tierra María? Ella parece española.

—Como que está aquí desde niña y la he criado yo, dijo la vieja.

—¿Qué edad tenia cuando vino? dijo el alcalde.

—Ocho años, señor.

—¿Quién la trajo?

—Un alférez de los tercios viejos de Italia, que trató muchos años conmigo.

—¿Cómo se llama ese alférez?

—Diego Conchudo.

—¿Dónde está?

—En la tierra de la verdad; como que al año de haber venido de Italia le metieron al revolver de una esquina una por un costado que le salió la punta por el pecho, y no pudo decir Dios me valga siquiera el pobrecito.

Y la vieja hizo un puchero, y añadió con la voz lacrimosa:

—Era mucho lo que le queria, señor, era mucho; me lo mataron á oscuras y á traicion, y no se sabe quién fué el que hizo la maldad.

—¿No sabeis el apellido de María?

—¡El apellido! dijo la vieja como si no hubiera entendido la frase.

—O sois muy taimada, ó muy bozal, dijo impacientándose don Rodrigo; yo me llamo Santillana, porque mi padre y mi abuelo, y mi bisabuelo, y de allí para arriba, eran Santillanas.

—Pues Mari Galana no tiene padre, ni abuelo, ni bisabuelo, ni tatarabuelo: es hija de las malvas; y á mí,

el alférez Conchudo no me dijo ni más ni menos que lo siguiente:—Yo la robé porque me dieran por ella tanto más cuanto; pero la misma noche que la robé, me dieron soplo de que me andaban buscando para ajustarme algo prieto á la garganta, y como no podia volverla á llevar allí á donde la tomé, por no dejarla abandonada, me la traje conmigo, y empecé á rodar, y rodando, rodando, me he encontrado con ella en Valladolid, y no hay más que tenerla como si fuera nuestra hija, y como nuestra hija criarla, Lamparosa; porque ha de saber vuestra señoría, que á mí desde muy jóven me llaman la Lamparosa; porque habia yo de estrenar un vestido ó ir con él por en medio de la calle, y el aceite que habia en las alcuzas y en los candiles de las casas, se salia por las ventanas y me caia encima; y por eso, y porque yo llevaba y llevo siempre encima más lámparas que una iglesia mayor, me han llamado y me llaman la madre Martina la Lamparosa.

—Es decir, que sois puerca como vos sola.

—Eso, señor alcalde, no se puede remediar: vá en génios y en encarnaduras.

—Pues mirad, yo creo que teneis más lámparas en el alma que en el cuerpo.

—Andan los tiempos tales, señor, que si echais un pedazo de honra en la olla, cuando vais á comer os encontrais con agua clara; y no se ha de morir una de hambre, porque digan ó no digan: que de todo el mundo dicen con razon ó sin ella; cuanto más, que de Dios, con ser Dios, dijeron; y ande yo gorda y con peso en la faltriquera, y digan lo que quisieren: que mientras yo no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

robe, ni mate, ni levante testimonios, ni blasfemia, y en cumpliendo yo con las ordenanzas, todas las justicias del mundo no pueden conmigo; porque á nadie se le ha azotado, ni se le ha ahorcado, ni se le ha puesto el sambenito porque haya perdido la vergüenza; que la vergüenza es verde, y se la come el burro de la necesidad, y al fin y á la postre se encuentra uno muy bien sin ella, porque la vergüenza es un espantajo que para nada sirve y para todo estorba, y vengan dineros, que todo lo demás es cansarse y pagar moscas.

Charlaba tanto y tan sin concierto la madre Martina, por dos razones: primera, porque tenia un miedo que no la dejaba ver lo que decia, y segunda, porque el alcalde se habia quedado tan ensimismado y tan pensativo, que no oia lo que la madre Martina charlaba tan sin ton ni son.

Pero como volviendo de su distraccion alcanzase á oir las últimas palabras, echó mano á la vara que tenia al lado, y si la madre Martina no se aparta haciéndose atrás rápidamente, de seguro que no lo pasa bien.

—¿Cómo, bellaca, tales cosas os atreveis á decir delante de mí? ¡Vive Dios que no vais á ver más la calle sino por entre rejas!

—¡Ya decia yo que esta muchacha con sus locos amoríos me habia de perder! exclamó la vieja con voz plañidera.

—Decidme todo lo que sepais, si quereis librar algo mejor.

—Pues todo lo que sé, ya lo he dicho á vuestra señoría; quiénes fueron los padres de la Galana, nunca lo

supe; el que pudo saberlo, cerró ya el ojo, y hace mucho tiempo que le han comido la lengua los gusanos; la chica no tiene más nombre que Mari Galana: ella me llama su abuela, y yo la llamo mi nieta; pero no nos tocamos sino como se tocan las guitarras; que ella es moza de partido, ya lo sabe vuestra señoría, y yo no tengo más que decir. Pregúnteme ahora vuestra señoría otra cosa, que yo le diré lo que sepa, y suélteme luego, que yo no he cometido ningun delito, y á mí se me está haciendo injusticia, y esto no lo manda Dios, ni el rey ha dado sus varas á los alcaldes para que apaleen con ellas á los pobres; y esto clama á Dios; yo soy tan buena como la primera, y no digo más.

El alcalde salió de una nueva distraccion y llamó á Tribaldos.

Cuando este apareció, le dijo:

—Agarradme esta bruja y sacadla fuera: que uno de los aguaciles la lleve á la cárcel, que la rapen el pelo y las cejas, y la tengan ayunando á pan y agua hasta que yo mandare otra cosa.

No en balde todo el mundo sentia escalofrios cuando oia el nombre de don Rodrigo de Santillana.

Esto consistia en que en aquellos tiempos habia muy mala gente, y en que don Rodrigo, por lo recto y por lo inexorable, era un hombre que habia nacido alcalde de casa y córte.

Tribaldos se llevó á la vieja, que gritaba y chillaba en todos los tonos en cuanto podia gritarse y chillarse, y el alcalde tomó un pliego de papel y escribió lo siguiente debajo de una cruz:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Señora doña Ana de Austria:—Muy excelentísima señora.—Esta noche he preso por mí mismo en una posada de Valladolid á un tal Gabriel de Espinosa que dice ser pastelero en esa villa de Madrigal, á quién he encontrado unas ricas alhajas, que parecen ser de vuestra excelencia, y que el pastelero dice se las ha dado vuestra excelencia para que venga á venderlas á Valladolid. Suplico á vuestra excelencia respetuosamente me diga si es cierto lo que el tal Gabriel de Espinosa ha dicho, y entretanto él queda en la cárcel, y las alhajas en mi poder á disposicion de vuestra excelencia.—Dios guarde á vuestra excelencia muchos años, como lo desea este respetuoso servidor de vuestra excelencia, que besa sus manos.—De esta casa de vuestra excelencia, en Valladolid, á veinte y ocho de Setiembre de mil quinientos noventa y cuatro.—El alcalde, *D. Rodrigo de Santillana.*»

Cerró el alcalde este pliego y puso en su nema el sobre de doña Ana de Austria.

Tomó luego otro pliego de papel, hizo la cruz indispensable, y escribió lo que sigue:

«Señor don Luis Portocarrero, alcalde de casa y córte de la real Chancillería de Valladolid.—Mi muy estimado y respetable amigo.—En el momento que recibais ésta, os ruego que para el mejor servicio del rey nuestro señor, paseis á la casa que tiene en Madrigal el pastelero Gabriel de Espinosa, y hagais en ella embargo de lo que encontráreis, y prendais á los que en la casa habitaren de contínuo, salvo los huéspedes que hubiere en ella, á los que hareis mudar de posada, sino es

ya que os parecieren sospechosos, que entonces los prendereis. Registrad, y si halláreis papeles, ponedlos bajo un sobre, y enviádmelos con cuanta seguridad y diligencia podais.—Es todo lo que tengo que deciros, señor don Luis, y otra vez más me repito vuestro amigo y os beso las manos.—Guárdeos Dios.—De esta vuestra casa de Valladolid, á veinte y ocho de Setiembre de mil quinientos noventa y cuatro.—*D. Rodrigo de Santillana.*»

Cuando el alcalde hubo cerrado esta segunda carta, llamó á Tribaldos, y le dijo:

—Que Lanzuela monte pronto á caballo, en el tordo flor de lino, que es muy fuerte, y que si pica bien le pondrá en una hora en Madrigal. En cuanto llegue y de órden del rey entregue en propias manos estas cartas á las personas para quienes son, que le contesten en el acto, y que se vuelva á la hora, que bien puede el tordo con este corto viaje de ida y vuelta. Tomad, y que se haga al momento lo que mando.

Y dió las dos cartas á Tribaldos, que salió.

IV.

El alcalde subió impaciente al piso superior, y llegó á su antecámara.

En ella se estaba paseando el paje que habia dejado de guardia.

—¿Ha habido alguna novedad, hijo Guijarro?

—Ninguna, señor.

—¿Esa jóven, te ha dicho algo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Desde que vuestra señoría marchó, no se ha oido ni una mosca en su cámara.

Pues véte á descansar.

Guijarro salió.

El alcalde sacó de un bolsillo la llave de la puerta de su cámara, la abrió y la volvió á cerrar por dentro.

Adelantó, y encontró á Mari Galana sentada en su sillon, con los brazos sobre la mesa y el semblante sobre los brazos.

No dormia, porque en cuanto sintió al alcalde se levantó y adelantó hácia él de una manera violenta.

—¿Le habeis encontrado? dijo con ansiedad.

—Sí, contestó roncamente el alcalde, devorando con los ojos á Mari Galana.

—¿Y qué habeis hecho de él? dijo creciendo en ansiedad la jóven.

—Le he encontrado alhajas, que como tú dijistes muy bien, deben ser robadas, y le he llevado á la cárcel.

—¡Ah! ¡Maldiga Dios la hora en que os he conocido para que á él le suceda una desgracia!

—¡Ah! No digas eso, María, porque acaso Dios ha tenido misericordia de tí trayéndote á mi casa.

Y el alcalde puso sobre su mesa un envoltorio que llevaba debajo del brazo, y al cual se abalanzó instintivamente la Galana.

—¿Qué es esto? dijo.

—Las alhajas que he encontrado en poder de Gabriel de Espinosa, contestó el alcalde desliando el envoltorio y dejando ver á Mari Galana lo que contenia.

—Sí, esas son las joyas que yo ví cuando entré en su

aposento, dijo la jóven; malditas sean; ellas no: quien se las ha dado.

—¿Era ese hombre tu amante?

—¿Si lo hubiera sido, hubiera venido á delatarle yo?

—Pero tú le amas.

—Porque le amo yo y él me desprecia, he venido á acusarle, loca, fuera de mí; pero lo que yo he dicho no es verdad; era que estaba dolorida, irritada, y queria vengarme; pero él no es ladron; él no es capaz de una bajeza semejante; ¿qué ha respondido él cuando le habeis preguntado acerca de las joyas?

—Que se las habia dado una muy alta persona para venderlas en Valladolid.

—¡Oh! Pues si él lo ha dicho, será verdad; ¿y quién es esa alta persona?

—La señora doña Ana de Austria, dijo el alcalde, sobre el cual influia de tal modo Mari Galana, que no se atrevia á negarla nada, salvo el faltar á la justicia, porque en esto, don Rodrigo de Santillana era inflexible.

—Doña Ana de Austria, la monja, la impura, la hipócrita, exclamó Mari Galana.

Y dándose con la palma de la mano en la frente, dijo como si acabase de recibir una inspiracion:

—Sí, sí; ya sabia yo que él no las habia robado; esas alhajas se las ha dado la monja, porque es su amante.

—¡Su amante!

—Sí; doña Ana de Austria no tiene necesidad alguna de vender joyas, porque es rica; y luego todas las noches, despues de las doce, entraba un hombre embozado, acompañado de un fraile, por la puerta del convento,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por donde se entra á la celda de doña Ana de Austria, y el hombre y el fraile salian antes del amanecer, y decian por el pueblo, que doña Ana de Austria habia tenido dispensacion del Papa, y se habia casado de secreto, no se sabia con quién; y ese hombre debia de ser, sí, no tengo duda de ello, Gabriel de Espinosa.

Y el semblante de Galana dejaba ver la expresion colérica de unos celos mortales.

—Mira lo que dices, María, que te está oyendo un alcalde, y no sé por qué me parece que hay un fundamento en lo que dices, y estoy viendo en Gabriel de Espinosa algo que es peor que el que sea ladron.

—Sí, sí, eso es; bien preso está; atormentadle hasta que hable; despedazadle, matadle, exclamó la Galana acreciendo en su despecho.

—Tú estás loca, María, dijo con voz trémula el alcalde.

—Sí, estoy loca de amor y celos.

—¿Por qué amas tanto á ese hombre? dijo con desesperacion Santillana.

—¿Y que sé yo por qué le amo? Porque sí; porque Dios quiere. ¿Pero y vos, por qué preguntais tanto á una mujer como yo? ¿Qué os importa á vos que una miserable moza de partido ame ó no ame, y esté celosa ó desesperada? ¿Os habeis enamorado tambien de mí?

—¡Yo! exclamó con espanto Santillana.

—¿Habeis visto alguna vision mala, dijo la Galana, que así os espantais, ó creeis que os ofendo cuando os pregunto si os habeis enamorado de mí? Pues sabed, que personas tan principales como vos, y tan graves como vos, han estado locas por mis ojos.

—¡Calla, calla, que no sabes lo que dices, ni con quién hablas!

—Con el alcalde de casa y córte que tiene las entrañas más duras del mundo, dijo la Mari Galana; como estoy desesperada y no quiero vivir, os irrito para que me hagais pedazos.

—¡Yo no puedo irritarme contra tí, María; no lo quiere Dios; tú no puedes hacer más que despedazarme el corazon!

—¡Y decís que no estais enamorado de mí! dijo con insolente sarcasmo Mari Galana. ¡Ah! ¡Estos viejos señores, tan severos para todo el mundo, y no pueden ver una muchacha hermosa sin volverse locos!

—Vas á ver cómo puedo yo amarte á tí, dijo el alcalde precipitándose sobre un escritorio, abriéndolo, buscando en él con avidez y con las manos temblorosas, tomando un objeto, y volviendo rápidamente junto á la Galana. ¡Ven! la dijo asiéndola de una mano, llevándola junto á la mesa, y acercando el objeto que en la mano tenia á la luz para que Mari Galana le viese mejor: ¡mira! la dijo con voz profunda, ronca y cavernosa.

La Galana miró el objeto que la mostraba el alcalde.

Era un retrato.

Al verle la Galana, lanzó un grito agudo, tembló, y luego dijo arrebatando el retrato al alcalde:

—¡Dadme! ¡Dadme! ¡Que quiero ver bien!

Y fijó en él los ojos con la mirada hambrienta.

De repente, Mari Galana llevó aquel retrato á sus lábios, le besó y cayó de rodillas.

El alcalde temblaba todo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mari Galana lloraba, besaba el retrato, y murmuraba palabras ininteligibles entre sollozos.

—¡La has reconocido! dijo el alcalde levantándola blandamente.

—¡Oh, sí! dijo la Galana mirando con atonía al alcalde, y tan pálida, que su hermoso semblante, á pesar de ser morena, parecia de mármol estatuario. ¡Sí! ¡Es mi madre!

Y Mari Galana dijo estas palabras en un acento tan bajo, que casi no se percibia.

—¡Sí! ¡Tú madre es esa! dijo con acento opaco el alcalde.

—¿Y por qué teneis en vuestro poder este retrato, señor? dijo con una expresion, con un acento y con una mirada suprema la Galana.

—Porque... porque... yo... fuí el primero y el único amante de tu madre.

La Galana se puso más pálida aún; se desencajó su semblante; se extravió su mirada; se abrió su boca en una contraccion de dolor, dejando comprender un grito mudo que habia espirado sin voz; extendió los brazos trémulos hácia el alcalde, y cayó de espaldas sin sentido.

—¡Ah! exclamó don Rodrigo lanzándose á ella para levantarla, besándola en la boca, y llorando por la primera vez de su vida: ¡qué castigo tan horrible, Señor! ¡Por el olvido de un momento, por un momento de locura!

Y levantó á la Galana, la llevó á su lecho y la puso sobre él.

V.

En aquel momento llamaron á la puerta de la cámara.

El alcalde corrió las cortinas del lecho, dejando oculta dentro de él á su hija.

Entonces el alcalde demostró hasta qué terrible punto tenia dominio sobre sí mismo; porque con un solo esfuerzo, desapareció el padre desventurado, y quedó solo el frio, el severo, el terrible don Rodrigo de Santillana.

Y fué á la puerta y la abrió, apareciendo tras ella el alguacil Tribaldos.

—¿Qué es esto, qué ocurre? dijo Santillana.

—Señor, respondió Tribaldos; el alguacil que se ha quedado de guardia en el meson, ha preso á un hombre que iba preguntando por Gabriel de Espinosa, y al registrarle, le ha encontrado esta carta.

—Dadme, dijo el alcalde; ¿dónde está el hombre que ha sido preso?

—Abajo en el zaguan.

—Bien; decid á mi ama de llaves que venga.

—Tribaldos salió.

VI.

El alcalde, antes que á ver en qué estado se encontraba María, se fué á su mesa á ver lo que contenia la carta.

Mientras la leia, su semblante se nublaba, y sus ojos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mari Galana lloraba, besaba el retrato, y murmuraba palabras ininteligibles entre sollozos.

—¡La has reconocido! dijo el alcalde levantándola blandamente.

—¡Oh, sí! dijo la Galana mirando con atonía al alcalde, y tan pálida, que su hermoso semblante, á pesar de ser morena, parecia de mármol estatuario. ¡Sí! ¡Es mi madre!

Y Mari Galana dijo estas palabras en un acento tan bajo, que casi no se percibia.

—¡Sí! ¡Tú madre es esa! dijo con acento opaco el alcalde.

—¿Y por qué teneis en vuestro poder este retrato, señor? dijo con una expresion, con un acento y con una mirada suprema la Galana.

—Porque... porque... yo... fuí el primero y el único amante de tu madre.

La Galana se puso más pálida aún; se desencajó su semblante; se extravió su mirada; se abrió su boca en una contraccion de dolor, dejando comprender un grito mudo que habia espirado sin voz; extendió los brazos trémulos hácia el alcalde, y cayó de espaldas sin sentido.

—¡Ah! exclamó don Rodrigo lanzándose á ella para levantarla, besándola en la boca, y llorando por la primera vez de su vida: ¡qué castigo tan horrible, Señor! ¡Por el olvido de un momento, por un momento de locura!

Y levantó á la Galana, la llevó á su lecho y la puso sobre él.

V.

En aquel momento llamaron á la puerta de la cámara.

El alcalde corrió las cortinas del lecho, dejando oculta dentro de él á su hija.

Entonces el alcalde demostró hasta qué terrible punto tenia dominio sobre sí mismo; porque con un solo esfuerzo, desapareció el padre desventurado, y quedó solo el frio, el severo, el terrible don Rodrigo de Santillana.

Y fué á la puerta y la abrió, apareciendo tras ella el alguacil Tribaldos.

—¿Qué es esto, qué ocurre? dijo Santillana.

—Señor, respondió Tribaldos; el alguacil que se ha quedado de guardia en el meson, ha preso á un hombre que iba preguntando por Gabriel de Espinosa, y al registrarle, le ha encontrado esta carta.

—Dadme, dijo el alcalde; ¿dónde está el hombre que ha sido preso?

—Abajo en el zaguan.

—Bien; decid á mi ama de llaves que venga.

—Tribaldos salió.

VI.

El alcalde, antes que á ver en qué estado se encontraba María, se fué á su mesa á ver lo que contenia la carta.

Mientras la leia, su semblante se nublaba, y sus ojos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

resplandecian de indignacion, y bajo ella, se trasparentaba algo de espanto.

La carta era larga, y sin embargo, el alcalde la leyó por dos veces en muy poco tiempo.

Luego tomó con las manos agitadas por un temblor nervioso un papel, y escribió rasgueando con una fuerza tal, que casi el papel se rompia:

«Señor: adjunta remito á vuestra majestad una carta del padre vicario de las monjas del convento de Nuestra Señora de Gracia la Real de la villa de Madrigal, fray Miguel de los Santos; por respeto á la alta persona que en esta carta se nombra, no he creido que debia proceder contra ella, sin dar cuenta á vuestra majestad para que resuelva lo que crea conveniente en su alta sabiduría.—Nadie más que yo ha visto esta carta, y ni aun siquiera me he atrevido á presentarla al presidente de la Chancillería, porque he creido que esto era lo que convenia á mi lealtad hácia vuestra majestad y al profundo respeto que se debe á su real familia.—Guarde Dios muchos años la vida de vuestra majestad para bien de sus reinos.—De esta casa de vuestra majestad en Valladolid á veinte y ocho de setiembre de mil quinientos noventa y cuatro.—Señor humilde y lealísimo criado de vuestra majestad.—El alcalde de casa y córte de la Chancillería de Valladolid, *Don Rodrigo de Santillana.*»

VII.

Don Rodrigo puso bajo un sobre estas dos cartas, le cerró y escribió en el sobre:

«Al rey nuestro señor.—Reservado.—Del alcalde don Rodrigo de Santillana.»

Luego puso otro sobre, y sobre él lo siguiente:

«Solo el rey nuestro señor puede leer lo que dentro de este sobre se contiene.—El alcalde don Rodrigo de Santillana.»

Puso aún otro sobre, y en él lo siguiente:

«A su señoría el cardenal Granvela, secretario de Estado del rey nuestro señor.—Del alcalde don Rodrigo de Santillana.—En propia mano.»

—Cuando el alcalde levantó los ojos de sobre la carta para llamar, vió delante de sí, silenciosa, inmóvil y con gran paciencia, á su ama de llaves, que como habia visto ocupado al alcalde cuando entró, y conocia bien lo áspero de su carácter, no le habia hablado, para evitar un desabrimiento.

—¡Tribaldos! dijo don Rodrigo de Santillana antes de dirigir la palabra á su ama de llaves, aunque la habia visto.

El alguacil apareció en la puerta.

—Que Perez Valdivia se calze al momento las botas y las espuelas y se me presente; que ensillen el Castaño al momento, y que se lleven á la cárcel y le encierren sin que pueda hablar con nadie, al preso que está abajo. Id.

Tribaldos se fué.

—Venid acá, Marta, dijo el alcalde.

Y yendo al lecho, descorrió las cortinas.

Marta dió un grito al ver una mujer desmayada en el lecho del alcalde.

—Es mi hija; lo entendeis, dijo don Rodrigo al oido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Marta, que estaba espantada; que nadie la vea más que vos; mudadla ese infame traje, vestidla, por lo pronto, con lo que tengais y podais, y callad, callad como una tumba, ú os las habreis conmigo.

Despues de esto, dejó sola á Marta, que aún no habia vuelto en sí de su espanto.

VIII.

—Vas á llevar esta carta á Madrid, decia poco despues don Rodrigo á un moceton de veinte y ocho años que trascendia á la legua á soldado, y estaba vestido con traje de camino; ¡corre lo que puedas, Perez Valdivia! Llega si te es posible en dos dias á Madrid. El Castaño es fuerte; revientalo si es preciso, y si te encuentras á pié, compra otro caballo por lo que te pidan; toma (y dió á Perez Valdivia un bolsillo lleno de oro); ¡mata caballos! ¡no importa! y llega cuanto antes á Madrid. En cuanto llegares, sea de dia, sea de noche, véte al alcázar, pregunta por el cardenal Granvela, y dále en propia mano este pliego. Anda, anda; ya veo el Castaño en el patio; por cada hora que adelantares de dos dias, te doy un doblon de á ocho.

—Vuestra señoría descuide; que habiendo dinero para reventar caballos, llegaré en dia y medio; y tanto más, cuanto el puerto, porque ahora hace calor, está franco.

—Vé, vé.

Perez Valdivia bajó, montó á caballo, y el alcalde no se separó del corredor hasta que vió arrancar por el zaguan á la calle á Perez Valdivia.

Luego, pensativo y cabizbajo, entró en su cámara.

CAPITULO XVIII.

En que se presenta un sombrío personaje que hemos nombrado mucho, y con el cual no nos hemos puesto en contacto hasta ahora.

I.

Era el oscurecer del dia siguiente á aquel en cuya mañana, antes de que saliera el sol, habia salido de Valladolid Perez Valdivia.

En una ancha y tétrica cámara entapizada de terciopelo rojo, con techo de madera, oscuro por el tiempo, con grandes cuadros rústicos en los muros, con mueblaje severo y una gran mesa profusamente cubierta de papeles, se paseaba un hombre, cuyo semblante no podia verse bien, á causa de la luz vaga y débil del crepúsculo, que penetrando por los tres altos y estrechos balcones de la cámara, apenas bastaba á dejar percibir los objetos.

Se conocia que era viejo el hombre que paseaba, en su paso infirme, no tanto que marcase la decrepitud, ni mucho menos en lo levemente encorvado de su espalda,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Marta, que estaba espantada; que nadie la vea más que vos; mudadla ese infame traje, vestidla, por lo pronto, con lo que tengais y podais, y callad, callad como una tumba, ú os las habreis conmigo.

Despues de esto, dejó sola á Marta, que aún no habia vuelto en sí de su espanto.

VIII.

—Vas á llevar esta carta á Madrid, decia poco despues don Rodrigo á un moceton de veinte y ocho años que trascendia á la legua á soldado, y estaba vestido con traje de camino; ¡corre lo que puedas, Perez Valdivia! Llega si te es posible en dos dias á Madrid. El Castaño es fuerte; revientalo si es preciso, y si te encuentras á pié, compra otro caballo por lo que te pidan; toma (y dió á Perez Valdivia un bolsillo lleno de oro); ¡mata caballos! ¡no importa! y llega cuanto antes á Madrid. En cuanto llegares, sea de dia, sea de noche, véte al alcázar, pregunta por el cardenal Granvela, y dále en propia mano este pliego. Anda, anda; ya veo el Castaño en el patio; por cada hora que adelantares de dos dias, te doy un doblon de á ocho.

—Vuestra señoría descuide; que habiendo dinero para reventar caballos, llegaré en dia y medio; y tanto más, cuanto el puerto, porque ahora hace calor, está franco.

—Vé, vé.

Perez Valdivia bajó, montó á caballo, y el alcalde no se separó del corredor hasta que vió arrancar por el zaguan á la calle á Perez Valdivia.

Luego, pensativo y cabizbajo, entró en su cámara.

CAPITULO XVIII.

En que se presenta un sombrío personaje que hemos nombrado mucho, y con el cual no nos hemos puesto en contacto hasta ahora.

I.

Era el oscurecer del dia siguiente á aquel en cuya mañana, antes de que saliera el sol, habia salido de Valladolid Perez Valdivia.

En una ancha y tétrica cámara entapizada de terciopelo rojo, con techo de madera, oscuro por el tiempo, con grandes cuadros rústicos en los muros, con mueblaje severo y una gran mesa profusamente cubierta de papeles, se paseaba un hombre, cuyo semblante no podia verse bien, á causa de la luz vaga y débil del crepúsculo, que penetrando por los tres altos y estrechos balcones de la cámara, apenas bastaba á dejar percibir los objetos.

Se conocia que era viejo el hombre que paseaba, en su paso infirme, no tanto que marcase la decrepitud, ni mucho menos en lo levemente encorvado de su espalda,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y en la inclinacion de la cabeza, completamente cana y calva por delante.

Pero aquella cabeza parecia más bien doblegada por el peso de gravísimos cuidados que por los años.

Era este hombre de buena estatura sin ser alto, delgado, más que delgado, enjuto; pero en sus piernas descarnadas se notaba algo de abotagamiento, algo de hinchazon, y se comprendia que andaba con trabajo.

Vestia de una manera muy sencilla.

Su traje consistia en una ropilla negra de seda mate, algo traida y llevada, con golilla sencilla de encaje de Flandes, unos gregüescos de la misma tela que la ropilla, unas calzas de seda negra, y unos zapatos negros de terciopelo.

De la cintura llevaba colgando un largo rosario engarzado en oro y con cruz de oro.

Una de sus descarnadas manos sostenia su barba, y la otra pendia abandonada.

Meditaba profundamente; de tiempo en tiempo se detenia, y volvia luego á su interrumpido paseo.

II.

Entró un paje con dos candelabros de plata, con bugías de cera encendidas, y dijo al entrar:

—Alabado sea el Santísimo Sacramento.

—Por siempre, contestó el hombre que se paseaba con voz seca, baja y lenta.

El paje dejó los candelabros sobre la mesa que estaba cargada de papeles, sueltos muchos, otros en legajos, atados con cintas encarnadas.

El paje salió, y el hombre que se paseaba se acercó á la mesa, y se sentó en un sillon de nogal, con asiento y respaldo encarnado sujeto con tachuelas de plata, y se puso á examinar unos papeles.

Con luz ya, podemos hacernos cargo por completo de la fisonomía de este hombre.

Su semblante no tenia color, porque no podia llamarse color su densa y mate palidez biliosa; su frente era ancha y alta, que si algo expresaba, era una firmeza de voluntad á toda prueba.

Tenia muy cortos los cabellos que le quedaban; grises las cejas, los ojos grandes, azules, de un color muy bajo, frios, de gran fijeza y profundamente graves; la nariz regular; la boca pequeña y enérgica, con el lábio inferior grueso, alto, saliente; el corte general del semblante, más bien oval que prolongado, y cuidadosamente afeitada la barba; bajo sus ojos y sobre su boca se marcaban dos profundas arrugas; pero ni una sola se notaba en su frente, que tenia mucho de terrible.

Este hombre contaba sesenta y ocho años, tres meses y veinte y nueve dias; como que estaba en el 29 de Setiembre de 1594 y habia nacido en Valladolid en 20 de Mayo de 1527.

Porque este hombre era el rey don Felipe II.

Los años no habian matado la activa laboriosidad con que habia empleado casi toda su larga vida en los negocios públicos.

Continuaba siendo el rey que más habia mandado, que más habia gobernado, que más lo habia hecho todo por sí mismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los secretarios de Felipe II no habian sido nunca más que simples secretarios, y en más de un asunto grave, el rey lo habia hecho todo por sí mismo, sin que nadie hubiese hojeado un papel, sin que nadie hubiese escrito una sola letra.

Muy pocos secretarios de Estado de Felipe II, á excepcion de Antonio Perez, que tan mal le habia pagado, habian podido adivinar los pensamientos que se ocultaban tras la ancha y severa frente de Felipe II.

La fisonomía de este rey causaba frio y una repugnancia instintiva, porque aquella fisonomía, siempre velada por una gravedad sombría, nada expresaba, ni se animaba jamás con una chispa de entusiasmo ó de sentimiento.

Si Felipe II sentia, nadie le habia sorprendido sintiendo; si Felipe II sufria, nadie habia visto la expresion del dolor en su semblante; si Felipe II gozaba, nadie habia visto la sonrisa en sus lábios, ni la alegría en sus ojos.

Felipe II era un sér inalterable, al menos en la apariencia; siempre sombrío, siempre terrible.

Era una estátua que vivia, una estátua que pensaba, y á través de cuyo semblante inmóvil, frio y grave, no se trasparentaba ningun pensamiento.

III.

Papeleaba el rey y leía, como papelea y lee un covachuelista activo y celoso de su deber, pero á quien por la frialdad con que revuelve los papeles, parece que en nada afectan los negocios de que se ocupa.

Tachaba el rey una palabra, escribia sobre ella, volvia á leer y generalmente á tachar lo que acababa de escribir, ponia despues de mucho tiempo de meditacion un decreto marginal, escrito de una manera lenta, y con una letra muy clara, y no hacia esto, sino despues de haber mortificado, por decirlo así, un papel largo tiempo.

Aquella manera de trabajar era tan fria, tan pesada, tan insoportable, como la vista, durante algun tiempo, del semblante del rey.

IV.

Llevaba Felipe II una hora de trabajo lento y minucioso, cuando se abrió la puerta de la cámara, y uno de los de su servidumbre inmediata, dijo con voz contenida:

—¡Señor!

Felipe II, á pesar de haber oido la palabra pronunciada por su camarero, siguió ocupándose de la lectura de un papel, y solo despues de cinco minutos levantó de sobre el papel los ojos y los fijó friamente en la puerta de la cámara.

La mirada del rey equivalia á una pregunta.

—Señor, dijo el camarero contestando á aquella pregunta muda; el cardenal Granvela suplica á vuestra majestad le reciba para un asunto que parece importante.

—Decid al cardenal que entre, contestó el rey.

Y mientras el cardenal entraba, volvió á ocuparse del papel que tenia delante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Poco despues, el cardenal Granvela, que era un hombre como de sesenta años, de fisonomía astuta, pero vulgar, apareció en la puerta, atravesó silenciosamente la cámara con un pliego en la mano, y vino á detenerse junto á la mesa delante del rey, que seguia leyendo.

El cardenal hubo de esperar seis ú ocho minutos, hasta que el rey le miró de una manera fria y séria.

—¿Qué asunto es ese tan grave que os trae á estas horas? dijo el rey.

—Señor, contestó el cardenal; acabo de recibir este pliego de Valladolid, bajo cuyo sobre á mí, he encontrado este otro sobre en que se previene por don Rodrigo de Santillana, que nadie más que vuestra majestad lea este pliego.

—Ese Santillana es, creo, alcalde de la Chancillería de Valladolid, dijo el rey tomando el pliego.

—Sí, señor, contestó el cardenal.

—Podeis retiraros, dijo el rey con la mirada fija é inmóvil en el sobrescrito del pliego.

El cardenal salió silenciosamente como habia entrado.

El rey continuó largo tiempo mirando el sobrescrito del pliego, como si por él hubiera pretendido adivinar lo que el pliego contenia.

Luego se levantó, y llevando consigo el pliego, llegó á una puertecilla, la abrió, cerró por dentro, atravesó un pasadizo, y entró en un pequeño retrete, donde sobre un reclinatorio, puesto bajo un doselete en que habia un Cristo de marfil, ardia una lámpara.

El rey corrió el tapiz de una puerta que habia al

fondo de aquella especie de oratorio, y cuando estuvo seguro de no ser visto, se acercó al reclinatorio, se persignó mirando al Cristo, se movieron sus lábios como si rezara, y despues de esto, rompió el sobre, encontrando aquel otro, en el que, como sabemos, decia:

«Al rey nuestro señor.—Reservado.—El alcalde don Rodrigo de Santillana.»

—Este Santillana tiene fama de recto y de hombre de experiencia, dijo el rey sordamente.

Luego rompió el otro sobre, bajo el cual encontró dos cartas; la del alcalde, que ya conocemos, y la que éste habia recibido, que no conocemos aún.

El rey leyó rápidamente la carta del alcalde, la dejó sobre el reclinatorio, y desdobló con violencia la otra carta.

Apenas habia leido una parte de ella, ardió en los ojos de Felipe II una mirada indescribible. Sus lábios descoloridos se pusieron lívidos y temblaron de cólera, y exclamó con voz seca, amenazadora, terrible:

—¡Otro trance amargo; otra gota de sangre que echar en nuestro cáliz!

Y despues de esto, siguió leyendo, demudado, ardiente, colérico, la carta.

Entonces nadie más que Dios veia á Felipe II, y podia ser hombre.

Veamos cuál era el contenido de la carta que de tal manera irritaba y conmovia al rey más inalterable que se ha conocido (1).

«Gran merced es la que vuestra majestad hace á

(1) Esta carta es histórica, tomada literalmente de un manuscrito de la época, sin nombre de autor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esta su casa en enviar á ella muy á menudo, aunque si hubiera de ser conforme á los deseos de acá, tres mensajeros al dia fueran pocos; y si vuestra majestad viera los efectos que sus cartas hacen, mucho más las habria por bien empleadas, aunque se viertan muchas lágrimas sobre ellas; ha dado la vida á mi señora y á los criados de vuestra majestad, la buena nueva que este hombre trajo de la mejoría de salud de vuestra majestad; plegue á Dios sea muy cumplida, y por tan largos años como yo deseo, que á buen seguro se me puede fiar todo en este caso; el mal que resultó haberle hecho los caballos, no serán más de cansancio por lo no acostumbrado é indisposiciones pasadas; descanse vuestra majestad, y haga regalarse lo mejor que fuese posible, y esté muy bueno y sin enfado ninguno, porque confio en nuestro señor Dios tendrán muy presto término los trabajos y vendrá lo que Dios suele enviar tras ellos.

»El de Madrid no ha venido ni ha enviado recado ninguno más de avisar su dolencia larga y peligrosa; vuestra majestad mire lo que podrá haber gastado y de tan poca cuantía, lo que quedará hoy; en Dios amaneciendo despachó un propio mi señora para él, enviándole á mandar que al punto se venga y traiga los recaudos que llevó á cargo y otros que ahora se le encargan, y dice mi señora que en viniendo éste, enviará otro á vuestra majestad con todos estos recaudos. La niña está, á Dios gracias, muy buena y sana; la gente de casa ya toda es en querer regalarla y andan embobados tras ella, reconociendo, mal que les pese, que hay allí cosa grande y callan. Verdad es que mi señora les ha dado tal castigo, que todos han enmudecido. La gente de fuera tambien calla, por lo menos que yo sepa; el ama está buena, y yo la llamé luego y la consolé y animé, y ofrecí todo cuanto pude, declarándome si habia menester dineros que los buscaria, aunque vendiese para ello tres ó cuatro libros que hoy tengo; díjome que dineros tenia por ahora, que no habia menester sino manteca, que no se la querian vender en la villa; luego se dió órden en ello y quedó proveida. Tiene su criado que la sirve en lo que es menester, aunque mi señora desea como la vida ver acabada esta tienda de el todo y quitada de aquí de los ojos de la gente; y en cuanto á estarse aquí el ama para la venida, parece gran inconveniente, porque será imposible poder pasar en su casa sin ser reconocido de el pueblo, y ser el estampido mayor que el primero, que la gente, aunque calla en esta ausencia, está á la mira, y con la venida de nueva figura sin duda habrá gran alboroto, y se confirmarán en sus sospechas, y podria el negocio volar luego á la córte y haber revueltas de que esta señora recibiese algun agravio y pesadumbre que la costase la vida. Vuestra majestad, pues la quiere tanto y la hace tanta merced, lo mire despacio, y por poco no se aventure lo mucho. Lo bueno y lo acordado á mi parecer, seria vengan los trajes no tan bizarros que sean notados, sino medianamente, de manera que puedan parecer los criados serlo de Madama, y digan que vienen con recado suyo á visitar esta señora, y llámese el uno Maravete, que así se llama un mayordomo de Madama, y en llegando aquí me hable el uno, que yo daré órden de lo que se ha de hacer; y cuanto al dormir y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

posar, si vuestra majestad no gusta en meson, podránse recojer en Blanco-Nuño, que allí tenemos casa acomodada, y si el ama no estuviese ya aquí, podráse hacer más llanamente, y si está aquí y van á su casa, por más de noche que sea han de ser vistos, y entendido el negocio será muy gran peligro, y así será mejor que el ama esté con la niña, y desde allá podrá su majestad mandarla ir donde y cuando fuese servido.

»Este hombre parece hombre de bien y de confianza, y así las dos escofias y la almohadilla que faltaron, sin duda allá las cogieron; poca es la pérdida si no fuera por el dueño. Los Agnus envio; las alígazas tambien irán, si se hallare caja en que quepan. Los tres mil ducados enviará con gran gusto quien con tanto envia esas niñerías; y si ellos se pudieran fundir de la sangre de mis venas, yo me la sacára toda sin dejar en ellas gota para servir á quien tan tiernamente amo, y con tantas veras de el alma deseo servir; mas bien es, que con sus ojos, señor mio, vió la pobreza de este aposento y de su dueño, y pues sabe estas verdades, maravíllome que diga que si acá hay arrepentimiento de las niñerías que envio que las tornara á enviar; mire, rey mio y señor mio, que se lastima mucho la lealtad y amor verdadero con esta razon, que quien le daria la vida y la sangre no le negaria la hacienda, si la tuviera, y que no es cerrarse de campiña el no acudir con más, sino no tenerlo ni de adonde sacarlo. El portador me dijo de un correo que ahí habia venido y trajo una nueva triste, de que un torneo mató un caballero de la compañia á otro, y que vuestra majestad lo habia sentido; alteróme esto mucho,

y quedé muy turbado por don Francisco y don Cárlos y Abenamar. No le he dicho á mi señora por no la dar pesadumbre, y para descansar la mia, suplico á vuestra majestad me haga merced decirme si ha sido la pendencia entre estos señores y cómo ha sido; plegue á Dios Nuestro Señor no haya sido alguna desgracia que á todos nos cueste caro. Mi señora queria enviar á vuestra majestad estos dias pasados á Juan con el macho de el médico, y cuando preguntamos por él, le habia ya vendido para el gasto de su enfermedad y de su mujer é hijos, que todavía están todos malos; yo y Rodelos tornamos á recaer por comer un poco de vaca y tocino fresco; ya me ha dejado la calentura, pero ando flaco y mal comedor. Andamos el Navarro y yo muy á las malas sobre nuestro negocio; no sé en qué parará, que todos ellos desean echarme de aquí; grande envidia tengo á los ojos de esa gente de Valladolid. El dia y los caballos traiga Dios presto y nos guarde á vuestra majestad como el mundo lo ha menester. Ese hombre no vió á mi señora, aunque él dirá que sí por dar contento á vuestra majestad; pero no lo he podido recabar con ella. De esta su casa de vuestra majestad, en seis de octubre á las diez del dia.—Su criado de vuestra majestad,—*Fray Miguel de los Santos.*»

V.

El rey leyó esta carta con un furor concentrado, y la volvió á leer, y tornó á leerla.

—¡Fray Miguel de los Santos! El grande servidor del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

posar, si vuestra majestad no gusta en meson, podránse recojer en Blanco-Nuño, que allí tenemos casa acomodada, y si el ama no estuviese ya aquí, podráse hacer más llanamente, y si está aquí y van á su casa, por más de noche que sea han de ser vistos, y entendido el negocio será muy gran peligro, y así será mejor que el ama esté con la niña, y desde allá podrá su majestad mandarla ir donde y cuando fuese servido.

»Este hombre parece hombre de bien y de confianza, y así las dos escofias y la almohadilla que faltaron, sin duda allá las cogieron; poca es la pérdida si no fuera por el dueño. Los Agnus envio; las alígazas tambien irán, si se hallare caja en que quepan. Los tres mil ducados enviará con gran gusto quien con tanto envia esas niñerías; y si ellos se pudieran fundir de la sangre de mis venas, yo me la sacára toda sin dejar en ellas gota para servir á quien tan tiernamente amo, y con tantas veras de el alma deseo servir; mas bien es, que con sus ojos, señor mio, vió la pobreza de este aposento y de su dueño, y pues sabe estas verdades, maravíllome que diga que si acá hay arrepentimiento de las niñerías que envio que las tornara á enviar; mire, rey mio y señor mio, que se lastima mucho la lealtad y amor verdadero con esta razon, que quien le daria la vida y la sangre no le negaria la hacienda, si la tuviera, y que no es cerrarse de campiña el no acudir con más, sino no tenerlo ni de adonde sacarlo. El portador me dijo de un correo que ahí habia venido y trajo una nueva triste, de que un torneo mató un caballero de la compañia á otro, y que vuestra majestad lo habia sentido; alteróme esto mucho,

y quedé muy turbado por don Francisco y don Cárlos y Abenamar. No le he dicho á mi señora por no la dar pesadumbre, y para descansar la mia, suplico á vuestra majestad me haga merced decirme si ha sido la pendencia entre estos señores y cómo ha sido; plegue á Dios Nuestro Señor no haya sido alguna desgracia que á todos nos cueste caro. Mi señora queria enviar á vuestra majestad estos dias pasados á Juan con el macho de el médico, y cuando preguntamos por él, le habia ya vendido para el gasto de su enfermedad y de su mujer é hijos, que todavía están todos malos; yo y Rodelos tornamos á recaer por comer un poco de vaca y tocino fresco; ya me ha dejado la calentura, pero ando flaco y mal comedor. Andamos el Navarro y yo muy á las malas sobre nuestro negocio; no sé en qué parará, que todos ellos desean echarme de aquí; grande envidia tengo á los ojos de esa gente de Valladolid. El dia y los caballos traiga Dios presto y nos guarde á vuestra majestad como el mundo lo ha menester. Ese hombre no vió á mi señora, aunque él dirá que sí por dar contento á vuestra majestad; pero no lo he podido recabar con ella. De esta su casa de vuestra majestad, en seis de octubre á las diez del dia.—Su criado de vuestra majestad,—*Fray Miguel de los Santos.*»

V.

El rey leyó esta carta con un furor concentrado, y la volvió á leer, y tornó á leerla.

—¡Fray Miguel de los Santos! El grande servidor del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prior de Ocrato. Hace dias que el prior de Ocrato no se sabe donde está. ¿Será éste á quien llama majestad el fraile don Antonio de Portugal? ¿Será el otro?... El otro no parece ni en Venecia ni en Francia. ¡Ah! ¡Dios proteje á los reyes! Esta traicion ha ido á dar en el alcalde Santillana. Dicen que el alcalde Santillana es recto y duro; pero acaso la rectitud sea en este gravísimo negocio inconveniente. No importa; yo hago y deshago los alcaldes. ¡Ah! ¡Mi reino de Portugal!... ¡Arrebatarme mi reino de Portugal!... ¡Separarle de mis reinos!... ¡Cuando mi deseo, mi más grande deseo, ha sido unir el Portugal á mi corona! Unido está, y mientras el rey don Felipe viva, permanecerá unido á la corona de España, y tan domado le dejaré, que aunque el príncipe de Astúrias, cuando Dios sea servido que me suceda, tenga las manos débiles para las riendas de tantos reinos, Portugal no se escapará de sus manos. ¡Ah! ¡Aunque sea necesario poner las horcas más espesas que las encinas de Balsain! ¡Ah! ¡Prior de Ocrato, y tú mismo, rey don Sebastian, la locura y la ambicion os ciega, y no os dejan ver que yo soy el rey don Felipe; que yo soy el rey protegido por Dios, al que todo el que toca muere; que yo soy el que mi primo Enrique de Inglaterra llama el *Demonio del Mediodía!* ¡Mirad! ¿No lo veis? El uno era mi hermano; el otro mi hijo; la otra mi esposa, y los otros... los otros... ¿no los veis que me rodean, que dan vueltas á mi alrededor, que no se puede llegar á mí sin pasar por entre ellos? ¿No sabeis que al mezclarse entre ellos, ellos mismos os matarán para que no os separeis más de ellos, para que seais uno más de

los que están siempre girando en torno mio? ¡Insensatos! ¡El rey don Felipe ha nacido rey, y sabe ser rey! ¡El rey don Felipe hace mucho tiempo que huele la sangre fresca, y el olor de la sangre no le espanta, no; le embriaga! ¡El rey don Felipe goza sintiendo el chorro de sangre tibia que cae sin cesar sobre su cabeza!

La mirada ardiente, colérica, insensata del rey, se fijó entonces en el Cristo de marfil puesto sobre el reclinatorio, y apareció en ella una expresion de espanto.

Luego pareció como que despertaba de un horrible sueño, se pasó las descarnadas manos por la frente, y sin dejar de mirar al Cristo de una manera espantosa, adelantó en paso vacilante, y se dejó caer de rodillas sobre el almohadon de terciopelo puesto á los piés del reclinatorio.

—¡Oh, Señor, Señor! exclamó: perdonadme; ¡vos sabeis, Divino Señor, que yo no tengo el corazon perverso, no: es que la traicion me rodea por todas partes; es que los traidores me hacen perder el juicio; es que soy rey, y un rey no puede vivir, no puede ser rey sin matar! ¡Pero un rey es ungido tuyo, Señor; un rey es tu imágen sobre la tierra, Dios mio, y el que osa poner su pensamiento traidor en el rey, le pone en Dios! ¡Y es por tí, Señor, es en tu nombre, por lo que yo entrego los traidores al verdugo! ¡No, no es por mí, Felipe, pobre gusano de la tierra, por quien yo tengo siempre teñido el cuchillo, siempre dispuesto el dogal! ¿No ves que mi inquisicion, tu santo tribunal de la Fé, quema á centenares á los protervos que te desconocen y blasfeman contra tí? El que se rebela contra el rey, es enemigo tuyo, Señor,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque tu santa palabra ha dicho: *pro me reges regnant*. ¿Por qué los miserables y los insensatos se rebelan contra tí rebelándose contra el rey? ¡Ellos deben morir, ellos deben desaparecer, como la hoja seca arrancada del árbol por el viento! Pero, ¡Señor, Señor! La sangre me ahoga; su olor frio y nauseabundo me sofoca; tengo siempre zumbando en mis oidos el rumor sordo de la sangre que corre... Y don Juan de Austria era traidor, y traidor era el príncipe don Cárlos; la reina doña Isabel me vendia, y la princesa de Éboli era una miserable; y Antonio Perez me debia más que al padre que nos engendró; ¡porque dicen, Señor, dicen, yo no me he atrevido á averiguarlo, que Antonio Perez es mi hermano, que le tuvo ya viejo el emperador mi padre en una principal señora, y que el secretario Gonzalo Perez no fué su padre, no; que vendió su nombre por oro!...

Y el rey pronunció sus palabras referentes á Antonio Perez con la extremidad de sus lábios, como temeroso de escucharlas él mismo.

Y era que entonces lo que hablaba por la boca del rey era su conciencia.

El rey continuó:

—¿No es verdad, Señor, que aunque este hombre á quien se refiere esa carta sea don Antonio, sea don Sebastian, debe morir, y morir como impostor? ¿No es verdad, Señor, que el verdugo debe sofocar las palabras en su garganta, para que el mundo no se escandalice? Porque si es el rey don Sebastian, Señor, si yo le reconozco, me veo obligado á restituirle su corona; y si yo hiciera esto, el de Francia y el de Inglaterra no creerian

que lo hacia en justicia, no; creerian que lo hacia por miedo, y dejarian de temerme, y se despavorizarian, y yo no podria castigarlos, afligirlos con una eterna guerra, porque son herejes y enemigos tuyos. Pero sin embargo, Señor, ilumíname tú; inspírame lo que debo hacer, para que todo lo que haga, sea en servicio tuyo.

Y el déspota sombrío, que para callar la voz de su conciencia pretendia engañarse á sí mismo, desprendió de su cintura su largo rosario y se puso á rezar.

VI.

Diez minutos despues, el semblante del rey volvió á aparecer friamente tranquilo; se prendió de nuevo el rosario á la cintura, se levantó, besó los piés del crucifijo, salió de nuevo á su cámara, se sentó en el sillon, tomó un legajo en cuya carpeta se leia: «Papeles de Estado.» Abrió el legajo, guardó en él la carta de fray Miguel, y volvió á cerrar el legajo, le puso cuidadosamente bajo otros papeles, y luego escribió el decreto siguiente:

«El rey.—Hemos recibido vuestra carta, y en vista de ella, os mandamos prender en su celda, si hubiere lugar á ello, á la señora doña Ana de Austria, y que instruyais proceso acerca de lo que conviniere. Asimismo hareis que quede preso en su celda é incomunicado hasta que comisionemos persona eclesiástica y competente para juzgarle, á fray Miguel de los Santos.—Dado en nuestro alcázar de Madrid, á ocho dias del mes de octubre del año mil quinientos noventa y cuatro.—*Yo el*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rey.—A don Rodrigo de Santillana, alcalde de casa y córte de nuestra real Chancillería de Valladolid.»

El rey cerró por sí mismo este decreto, le selló con el sello real y llamó al cardenal Granvela.

—Escribid ahí, dijo al cardenal cuando llegó junto á la mesa, presentándole el sobre del pliego: «El rey.—A don Rodrigo de Santillana, alcalde de córte de la real Chancillería de Valladolid.—En mano propia, y pídase el recibo.»

—Al momento á caballo un correo, y con este pliego sin perder tiempo á Valladolid.

El cardenal salió, y Felipe II continuó trabajando.

CAPITULO XIX.

En que don Rodrigo de Santillana empieza á encontrarse mareado y pesaroso de haber nacido para alcalde de casa y córte.

I.

Con lo que le habia sucedido, habíasele quitado al alcalde el dolor de estómago; pero tambien se le habia quitado el sueño, y por más que se propuso descansar para cobrar fuerzas y poder dedicarse con la actividad que acostumbraba al servicio del rey y de la justicia, habiéndose acostado al amanecer, hubo de levantarse á las diez del dia; porque tales congojas y tales pensamientos le habian acometido, que le echaron mal su grado de la cama, pálido, desencajado, ojeroso, que más que vivo, parecia un difunnto que andaba por milagro.

II.

Involuntariamente, arrastrado por un impulso poderoso, el alcalde salió de su cámara, atravesó lenta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rey.—A don Rodrigo de Santillana, alcalde de casa y córte de nuestra real Chancillería de Valladolid.»

El rey cerró por sí mismo este decreto, le selló con el sello real y llamó al cardenal Granvela.

—Escribid ahí, dijo al cardenal cuando llegó junto á la mesa, presentándole el sobre del pliego: «El rey.—A don Rodrigo de Santillana, alcalde de córte de la real Chancillería de Valladolid.—En mano propia, y pídase el recibo.»

—Al momento á caballo un correo, y con este pliego sin perder tiempo á Valladolid.

El cardenal salió, y Felipe II continuó trabajando.

CAPITULO XIX.

En que don Rodrigo de Santillana empieza á encontrarse mareado y pesaroso de haber nacido para alcalde de casa y córte.

I.

Con lo que le habia sucedido, habíasele quitado al alcalde el dolor de estómago; pero tambien se le habia quitado el sueño, y por más que se propuso descansar para cobrar fuerzas y poder dedicarse con la actividad que acostumbraba al servicio del rey y de la justicia, habiéndose acostado al amanecer, hubo de levantarse á las diez del dia; porque tales congojas y tales pensamientos le habian acometido, que le echaron mal su grado de la cama, pálido, desencajado, ojeroso, que más que vivo, parecia un difunnto que andaba por milagro.

II.

Involuntariamente, arrastrado por un impulso poderoso, el alcalde salió de su cámara, atravesó lenta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente la galería, y se detuvo irresoluto delante de una puerta.

Aquella puerta era la entrada de la habitacion de su ama de llaves Marta.

Allí estaba Mari Galana, ó por mejor decir, María de Santillana, su hija.

Porque el alcalde no podia dudar de que María era su hija, como ésta no habia podido menos de conocer á su madre en el retrato que la noche anterior le habia dejado ver don Rodrigo de Santillana.

María era exactamente parecida á Gabriela Próspe-ri, á aquella desdichada cuya historia habia sorprendido en Venecia Yhaye-ben-Shariar.

Era el que existia entre la madre y la hija uno de aquellos parecidos que no dan lugar á la duda.

Se parecian, no solo en la forma, sino en el espíritu; esto es: en la expresion, que es el alma del semblante.

Todo el descaro que la pobre niña habia contraido en su vida de perdicion y de abandono, no habia podido alterar aquella semejanza.

No podia, pues, ser más terrible el castigo de Santillana por su falta.

Y amaba á su hija á pesar de todo, y la amaba, sintiendo bajo su amor un agudo remordimiento, porque la situacion desesperada en que habia encontrado á María, era el mayor castigo que podia haberse dado á su falta.

Por eso don Rodrigo temblaba y se habia detenido irresoluto á la puerta de la habitacion donde debia encontrar á su hija.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



María se incó de rodillas y le besó las manos.

III.

Pero era preciso entrar y entró.

Encontró á María sentada en una silla, triste, llorosa, vestida de negro y con una toquita blanca en la cabeza.

Tan abstraida estaba María, que no sintió á su padre.

—Marta, dijo don Rodrigo á su ama de llaves; id á lo que tuviéreis que hacer en la casa, y dejadnos solos.

Marta salió toda curiosa y preocupada porque no se la habia pasado aún el asombro de haber encontrado tan de improviso una tan extraña hija del feroz alcalde, á quien nunca habia cogido en aventuras ni devaneos.

Marta no sabia cómo explicarse aquello, y salió murmurando:

—Para que se fie en nada; si me hubieran contado esto de don Rodrigo, no me lo hubieran hecho creer padres descalzos; y ved, ved ahora por donde don Rodrigo se apea; y si hubiéramos salido con que su hija era una princesa, vamos, podria disimularse; pero una muchachuela perdida... ¿y qué haya yo tenido que tratarla con respeto y servirla porque es hija de don Rodrigo? Esto pasa ya de castaño oscuro. ¡Cómo están los tiempos, Señor!...

IV.

María, al oir hablar al alcalde, se levantó, se acercó á él, se hincó de rodillas y le besó las manos.

Don Rodrigo la levantó, la miró con atencion, y profundamente conmovido, lanzó una exclamacion de alegría.

Don Rodrigo, por sus largos años de alcalde, habia adquirido una gran experiencia; era un profundo conocedor del corazon humano, y habia llegado hasta el punto de ver lo que pasaba en el alma de una persona á través de su semblante; don Rodrigo vió que María se habia trasformado, que habia dejado de ser la mujer infame, que habia empezado á vivir en una vida nueva; pero vió tambien con terror, que su hija tenia el alma muerta por desesperada.

—¡Perdonadme, señor! dijo María llorando; ¡yo no os conocia, yo no podia creer!...

—¡Quién habla aquí de perdon! dijo el alcalde; ¡quién es aquí el que necesita ser perdonado! ¡Quién de nosotros dos debe tener más dolor en el alma! No hablemos, no hablemos de perdon, María; olvidemos, si nos es posible olvidar; procuremos, que ya que hemos tenido la felicidad de encontrarnos, que esta felicidad sea lo menos amarga y lo menos dolorosa posible.

María calló y bajó los ojos.

La palidez de su semblante se habia cubierto con el vivo color de la vergüenza.

Acaso por la primera vez aparecia en ella el pudor.

—Ven, siéntate á mi lado, la dijo don Rodrigo; déjame que yo te contemple; déjame que yo sácie la ansiedad que he sentido por conocerte.

—¡Ah, señor, dijo María! ¡Por qué no me habeis conocido diez y seis años antes!

Y María, sin pretenderlo, habia echado sobre la conciencia de don Rodrigo una acusacion terrible que le hizo temblar.

—¡Ah! ¡Yo ignoraba, exclamó, yo no sabia que tú existieses! Tienes razon en acusarme; ¡y debí saberlo; yo he debido velar por tí!

—¡Ah! No, no señor, dijo María, yo no he pretendido acusaros; yo no puedo acusaros: no puedo acusar á nadie más que á mi desgracia.

—¿Y quién sino yo ha sido la causa de tu desgracia?

—Vos no me conocíais; ningun padre quiere la desgracia de sus hijos.

—Es necesario pensar en lo que ha de hacerse, dijo el alcalde; yo no quiero separarme de tí, soy ya viejo, y estoy cansado de trabajar y de no sosegar y de no vivir. Si no soy rico, porque yo jamás he vendido la justicia, ni la venderé, tengo lo bastante para que podamos vivir con decoro y comodidad en cualquier parte donde no nos conozcan. En el tiempo que ha pasado desde que te reconocí hasta ahora, he pensado, entre otras muchas cosas graves, lo que es necesario hacer desde el momento.

—¿Y qué habeis pensado, señor? dijo con ansiedad María.

—¿En qué he de haber pensado, sino en cumplir con mi obligacion, en reconocerte como hija mia, para que nadie pueda disputarte tu herencia?

—¡Reconocerme, señor! ¿Os habeis olvidado de lo que yo he sido? dijo María prorrumpiendo en llanto.

—Mi hermano don Diego pondrá el grito en el cielo;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tendremos un grave disgusto; tal vez rompamos para siempre. Se hablará de mí; pero no importa; yo, que tan severo soy con los criminales, no puedo dejar sin castigo mi falta, y mi castigo es mucho más terrible que el último de los que he impuesto á los más grandes malhechores.

—Es que yo no quiero, señor, que os impongais ese castigo; es que yo no quiero que nadie sepa que soy vuestra hija; es que yo no quiero, ni vuestro nombre, ni vuestra herencia. Yo seré en secreto vuestra hija; cuidaré de vos; me convertiré de tal modo, estoy tan convertida ya, que me perdonará el mundo lo que he sido por lo que desde hoy seré.

—Si yo no tuviera valor para sentenciarme á mí mismo, me arrepentiria, me avergonzaria, tendria remordimientos de haber sentenciado á los demás; el que falta á su obligacion en casos como el presente, no es ya una falta lo que comete, sino un delito; y el que juzga y castiga los delitos, debe castigarse por los que ha cometido, y no incurrir en otros nuevos. Este es asunto que ya he sentenciado yo en justicia, y la sentencia se vá á cumplir al momento.

Y sin dar lugar á que María le contestase, el alcalde salió de la habitacion, se asomó á los corredores, y dijo á uno de los alguaciles que estaban en el zaguan:

—¡Hola! Trabancos, decid á mi secretario Pedralva, que debe estar ya en mi despacho, que suba á verme al momento.

Y entrando de nuevo en el cuarto de María, dijo á la jóven:

—Sígueme, hija mia.

Don Rodrigo salió, se encaminó á su cámara, entró en ella y María le siguió.

V.

Poco despues Pedralva entraba en la cámara y se detenia asombrado, poco menos que escandalizado, al ver en la cámara del severísimo don Rodrigo una jóven tan hermosa como María.

—No abrais de tal manera los ojos y la boca, señor Pedralva, dijo un tanto amostazado el alcalde, porque os advierto que vais á ver mucho más de lo que estais viendo.

—Acostumbrado me tiene vuestra señoría, dijo un tanto picado Pedralva al ver que el alcalde le trataba de una manera poco conveniente delante de una persona extraña, á ver grandes cosas.

—Pero ninguna como esta. Sentáos, y escribid un testimonio de reconocimiento que yo hago en esta señora como hija mia.

—¡Ah! exclamó Pedralva sentándose y tomando un pliego de papel sellado.

—No, no, dijo María; eso no puede ser; eso no puedo permitirlo yo.

—Seria lo mismo que si pretendieses impedir que yo sentenciase en justicia, dijo don Rodrigo.

—Ya sabe vuestra señoría, dijo Pedralva, que el reconocimiento del padre del hijo natural, no obliga al hijo á que reconozca al padre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y debeis vos saber tambien, dijo severamente don Rodrigo, que si el hijo puede renunciar á los beneficios del reconocimiento, el padre, sin faltar á su obligacion, no puede menos de reconocer al hijo.

Pedralva bajó la cabeza, extendió la parte de fórmula del reconocimiento, y luego dijo mirando aturdido al alcalde:

—¿El nombre de la madre?

—Gabriela Prósperi, contestó sombríamente don Rodrigo.

María escuchaba con toda su alma.

—¿Su pátria? dijo Pedralva.

—Venecia, contestó el alcalde.

—¿El nombre de los abuelos maternos?

—Pietro Prósperi, patricio de Venecia, y Marieta Colonna, su esposa, patricia tambien.

—¿El nombre anterior de la hija reconocida?

El alcalde vaciló un momento.

—Mari Galana, dijo al fin.

—¡Mari Galana! dijo Pedralva con una expresion indecible de asombro, porque aunque no conocia á la jóven, conocia su nombre; ó vuestra señoría se equivoca, ó yo no he oido bien.

—Mari Galana, soltera y moza de partido, respondió severamente Santillana.

—Yo no escribo eso, ni autorizo este reconocimiento, ni libro testimonio de él, señor don Rodrigo.

—Decís bien, señor, decís bien, dijo con un acento indefinible María.

—Y yo digo, exclamó el alcalde, que si os negais á

ello, os meto en la cárcel por inobediente, y os hago proceso por entorpecedor de justicias.

Pedralva se puso á escribir de nuevo y apresuradamente. Sabia que don Rodrigo era capaz de cualquier cosa, y no le estimaba tanto, que por estimarle se sentenciase á una causa criminal, por desobediencia y desacato á un alcalde, en negocios de su jurisdiccion.

Concluyóse, pues, el testimonio, firmó el alcalde, y Mari Galana se llamó ya desde entonces doña María de Santillana.

—Estended otro documento, señor Pedralva, dijo don Rodrigo, que se paseaba sombrío, mientras la jóven, sentada en un sillon, tenia la cabeza inclinada y abandonados los brazos, en la actitud del mayor abatimiento.

—¿Y qué otro documento es, señor don Rodrigo? preguntó Pedralva.

—La cesion de todos mis bienes.

—¿A quién, señor don Rodrigo?

—A mi hija doña María de Santillana.

—¿Cómo donacion? dijo Pedralva, que no se atrevia á hacer la menor observacion.

—No; como restitucion, en parte, de veinte mil florines que recibí de su abuelo Pietro Prósperi.

María alzó la cabeza como para oponerse á esta disposicion; pero una severa y firme mirada del alcalde la contuvo.

Pedralva extendió aquel nuevo documento.

—Idos al despacho, y continuad con lo que hay que hacer, dijo el alcalde á Pedralva.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este salió.

El padre y la hija quedaron solos.

VI.

—Toma, la dijo Santillana dándola aquellos papeles; el uno es tu nombre, el otro tu hacienda. Mis bienes no son gran cosa; pero bastante para mantener honradamente á una dama. Yo siento que mi caudal no baste para cubrir, ni aún en una décima parte, la cantidad que debo á tu familia.

—Es que yo no quiero, ni eso, ni nada, señor: ni vuestro nombre; no le merezco; romped esos papeles.

Y extendió la mano hácia ellos.

—Se volverian á hacer cien veces, dijo el alcalde retirando los papeles del alcance de la mano de María, y no debemos hacer trabajar inútilmente al señor Pedralva; eres mi hija, y es justo que yo te reconozca; el estado en que te encuentro es tristísimo; pero no tienes tú la culpa: la culpa es mia; desdicha, es el castigo merecido de mi falta; castigo que te ha alcanzado sin culpa; porque Dios, juez de jueces, juez inexorable, castiga á los padres en los hijos, y trasmite á los hijos la culpa de los padres; hay que resignarse con la voluntad y con la justicia de Dios; pero á pesar del castigo, yo tengo que dar gracias á Dios por su misericordia; hasta hace un mes, yo no sabia que existias tú; tu madre no me lo habia dicho; tu madre no se atrevió sin duda á decírmelo, porque no podia decirme al mismo tiempo: esta es tu hija; porque cuando pudo decírmelo, ya estabas tú

perdida para ella; ya habias sido robada; pues bien: desde que supe que existias, yo no he vivido; yo he sufrido un tormento insoportable; el estómago, la cabeza, el corazon, todo me dolia; mi lecho ha sido para mí un tormento, no un lugar de descanso. Y ahora... ahora, á pesar de todo, tengo el alma llena de alegría; me parece que acabo de nacer; mi vida es jóven; porque te amo, María, te amo, infinitamente más que amé á tu madre, aunque la amé mucho; y este amor es para mí un bálsamo de consuelo, una bendicion de Dios. ¡Ah! Yo no sabia, no lo podia saber, cómo se ama á los hijos, cómo se goza con su amor.

—¿Pero estais seguro, señor, dijo María, de que no os engañais, de que yo soy vuestra hija.

—No, no me engaño; yo no me puedo engañar; en ti vive tu madre; cuando anoche apareciste ante mí por primera vez, me aterré; creí que se me aparecia tu madre; Gabriela Prósperi, que se habia levantabo de la tumba, hermosa como cuando yo la conocí. ¡Ah! ¡No, no! La duda es imposible; te estoy viendo, y la veo á ella, lloras, y me recuerda el momento en que me separé de tu madre que lloraba, para no volverla á ver hasta pasados diez años. ¡No es posible la duda! Tienes sus cabellos, su frente, su mirada, su hermosura, su sér entero.

—¡Pero estoy deshonrada, perdida, soy una mujer despreciable! ¡Yo no puedo ser vuestra hija! exclamó con desesperacion María.

—No hablemos, no hablemos de eso; no desgarremos las heridas, que son harto dolorosas, que están harto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este salió.

El padre y la hija quedaron solos.

VI.

—Toma, la dijo Santillana dándola aquellos papeles; el uno es tu nombre, el otro tu hacienda. Mis bienes no son gran cosa; pero bastante para mantener honradamente á una dama. Yo siento que mi caudal no baste para cubrir, ni aún en una décima parte, la cantidad que debo á tu familia.

—Es que yo no quiero, ni eso, ni nada, señor: ni vuestro nombre; no le merezco; romped esos papeles.

Y extendió la mano hácia ellos.

—Se volverian á hacer cien veces, dijo el alcalde retirando los papeles del alcance de la mano de María, y no debemos hacer trabajar inútilmente al señor Pedralva; eres mi hija, y es justo que yo te reconozca; el estado en que te encuentro es tristísimo; pero no tienes tú la culpa: la culpa es mia; desdicha, es el castigo merecido de mi falta; castigo que te ha alcanzado sin culpa; porque Dios, juez de jueces, juez inexorable, castiga á los padres en los hijos, y trasmite á los hijos la culpa de los padres; hay que resignarse con la voluntad y con la justicia de Dios; pero á pesar del castigo, yo tengo que dar gracias á Dios por su misericordia; hasta hace un mes, yo no sabia que existias tú; tu madre no me lo habia dicho; tu madre no se atrevió sin duda á decírmelo, porque no podia decirme al mismo tiempo: esta es tu hija; porque cuando pudo decírmelo, ya estabas tú

perdida para ella; ya habias sido robada; pues bien: desde que supe que existias, yo no he vivido; yo he sufrido un tormento insoportable; el estómago, la cabeza, el corazon, todo me dolia; mi lecho ha sido para mí un tormento, no un lugar de descanso. Y ahora... ahora, á pesar de todo, tengo el alma llena de alegría; me parece que acabo de nacer; mi vida es jóven; porque te amo, María, te amo, infinitamente más que amé á tu madre, aunque la amé mucho; y este amor es para mí un bálsamo de consuelo, una bendicion de Dios. ¡Ah! Yo no sabia, no lo podia saber, cómo se ama á los hijos, cómo se goza con su amor.

—¿Pero estais seguro, señor, dijo María, de que no os engañais, de que yo soy vuestra hija.

—No, no me engaño; yo no me puedo engañar; en ti vive tu madre; cuando anoche apareciste ante mí por primera vez, me aterré; creí que se me aparecia tu madre; Gabriela Prósperi, que se habia levantabo de la tumba, hermosa como cuando yo la conocí. ¡Ah! ¡No, no! La duda es imposible; te estoy viendo, y la veo á ella, lloras, y me recuerda el momento en que me separé de tu madre que lloraba, para no volverla á ver hasta pasados diez años. ¡No es posible la duda! Tienes sus cabellos, su frente, su mirada, su hermosura, su sér entero.

—¡Pero estoy deshonrada, perdida, soy una mujer despreciable! ¡Yo no puedo ser vuestra hija! exclamó con desesperacion María.

—No hablemos, no hablemos de eso; no desgarremos las heridas, que son harto dolorosas, que están harto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

emponzoñadas por desgracia, que es necesario olvidar, ó por lo menos hacer de manera que el mundo se olvide; y que si no se olvida, perdone por lo bueno que desde ahora se haga, lo malo que hasta ahora se ha hecho; que Mari Galana quede sepultada en su infamia; de su tumba renace doña María de Santillana; que doña María de Santillana sea digna de sí misma, y digna de su padre; tú no has podido manchar un nombre que no tenias; hoy que le tienes, no le manches, porque tu padre, que no tiene derecho ni voluntad para castigar en tí los excesos de Mari Galana, será inexorable con la más leve falta tuya, cometida despues de tener un nombre honrado que respetar.

—¡Ah, señor! dijo María llorando; yo os juro ser desde hoy tan otra de lo que he sido, que yo misma me desconoceré.

—Así lo espero; eres jóven; el tiempo y las virtudes te traerán el perdon del mundo, y antes que el perdon del mundo, el perdon de Dios.

—Si me amais, señor, si quereis que yo sea completamente dichosa, concededme una gracia.

Frunció levemente el cano entrecejo don Rodrigo, porque adivinó á donde iba á parar María.

—Veamos, dijo, si es posible concederte lo que deseas.

—No ignorais, señor, que yo amo á un hombre; pero estoy tan pura de él como antes de haberle conocido, y lo estaré siempre, porque no le volveré á ver más; porque ese hombre no me ama; porque ama á otra; porque tiene hijos de ella, y porque aunque me amase, señor,

no puedo ser esposa de un pastelero llevando vuestro nombre.

—Olvídalo, no pienses más en él; sofoca ese amor insensato, y si no puedes sofocarle, guárdale envuelto en el más profundo secreto en el fondo de tu alma.

—¡Oh, sí, sí, señor, yo procuraré matar este amor que me enloquece, ó le guardaré secreto y moriré con él.

—¿Pero tanto le amas, desdichada? dijo extremeciéndose don Rodrigo.

—¡Oh, sí! Yo no sé por qué; yo creia que le aborrecia, y me empeñé en humillarle, en hacerle mi esclavo; pero él no me amaba, y esto me empeñó más; fuí á buscarle anoche resuelta á todo, y me despreció; ví esas malditas joyas sobre la mesa de su aposento, le creí ladron, y ciega, irritada, ansiosa de venganza, vine á delatarle; pero despues, señor, he conocido que le amaba con toda mi alma; me he arrepentido de lo que he hecho; he mentido: no, él no puede ser ladron; lo juraria por la salvacion de mi alma sin temor de perderla; soltadle, señor, soltadle si es que me amais, si es que quereis que vuestra hija no sufra, no se desespere, no se vuelva loca.

—¡Qué suelte yo á Gabriel de Espinosa! dijo el alcalde con voz concentrada y terrible.

—¡Sí, sí! ¡Soltadle, porque yo le quiero, porque yo le amo, porque no es ladron, no!

—No, no es ladron, contestó don Rodrigo con acento más sombrío.

—¿Pues y entonces, si no es ladron, por qué no le soltais? dijo con violencia María.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Por qué? dijo el alcalde inclinándose sobre la jóven y con voz opaca; porque ha cometido un delito, infinitamente más infame que el de robo; porque si fuera ladron, ello no pasaria de algunos años de galeras; y por el delito que ha cometido, morirá en horca.

—¡Jesús mil veces! dijo María levantándose pálida como un cadáver.

Y por algunos instantes, dominada por el terror, no pudo hablar.

—¿Pero qué delito, decid? exclamó al fin con una ansiedad inmensa; ¿qué delito ha cometido ese desdichado?

—¡Oye! la dijo el alcalde asiéndola una mano, y acercando su boca al oido de la jóven; hace diez y siete años reinaba en Portugal un rey muy bravo, muy caballero y muy acometedor de empresas temerarias...

—¿Por qué hablais de un rey, cuando yo os hablo de Gabriel de Espinosa? dijo María mirando de una manera suprema á don Rodrigo.

—¡Tú tambien, exclamó el alcalde, tú tambien has visto en Gabriel de Espinosa más que un pastelero!

—Seguid, seguid, señor, dijo anhelante María, porque yo no sé lo que creo, no sé lo que adivino...

—¡Oye! continuó con voz más baja aún don Rodrigo; ese bravo monarca de Portugal se llamaba el rey don Sebastian.

—¡Seguid, seguid, acabad de una vez!

—El rey don Sebastian levantó hace diez y siete años un ejército, y con la nobleza de su reino se fué á Africa, intentando su conquista.

—¡Ah, sí! Seguid.

—Y allí, en los terribles campos de Africa, en la primera batalla quedó tendido el ejército portugués; allí, junto á su roto estandarte real, cayó y murió el rey don Sebastian.

—¡No, no! El rey don Sebastian no murió, dijo con una alegria insensata la jóven; ¡sí, sí, ya sé!... Esto es lo que yo adivinaba: es él; él no es pastelero, no... ya sé... yo decia: ¿qué tiene este hombre en los ojos, en la voz, en la postura, que no mira, ni habla, ni anda como otros hombres?... Y es que era él... el rey... ese rey de Portugal que no ha muerto...

—¡Calla, calla, desdichada! exclamó don Rodrigo, que estaba cubierto de un sudor frio; ¿quién te ha dicho eso?

—¡El corazon, el alma! ¿Y quien os lo ha dicho á vos, señor.

—¡A mí! exclamó con espanto el alcalde, y es verdad... quién me lo ha dicho .. la carta del fraile se referia á un rey, pero no le nombraba; no nombraba el reino. ¡Ah, sí! Cuentan que el rey don Sebastian no murió, y la grandeza que ese hombre respira, su altivez y aquella sonrisa de desprecio, aquella mirada que vencia mi mirada...

El alcalde hablaba como consigo mismo y fuera de sí.

María, mirándole, escuchándole ansiosa, no perdia ni una sola de sus palabras, á pesar de que el alcalde las pronunciaba en voz muy baja y casi ininteligible.

—Sí, sí; él es, dijo María; soltadle, señor, soltadle; dejadle con su buena ó mala ventura, no mateis á un rey desventurado!

El alcalde se extremeció de los piés á la cabeza: le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parecia que no era la voz de María la que escuchaba, sino la voz de Dios, porque el alcalde se habia asombrado tanto de la grandeza de Gabriel de Espinosa, esto es, de su palabra altiva, de su mirada dominadora; habia visto representado un misterio tal en el pastelero, que desde el momento en que leyó la carta de fray Miguel de los Santos, su pensamiento se fijó en el rey don Sebastian, y sin poderse explicar la causa, sin poder rechazar la idea, hizo en su conciencia un solo personaje de Gabriel Espinosa y del rey don Sebastian.

En María habia tenido lugar el mismo fenómeno, y esto aterró más y más al alcalde.

—No puedo, no puedo, exclamó con desesperacion, ni puedo ni debo; antes que todo, soy vasallo del rey don Felipe; y aunque nadie hubiera sobrevenido, aunque solo por una sospecha levísima hubiera yo creido traidor al rey á ese hombre, le hubiera preso y hubiera dado parte de ello al rey mi señor.

—¿Y habeis dado parte al rey? dijo María.

—Sí.

—Y el rey...

—El rey, si resulta del proceso que el pastelero no es el rey don Sebastian, le ahorcará por impostor, y si resulta que no es impostor, hará que lo parezca, y le ahorcará tambien, por ser el rey don Sebastian.

—¡Pero el rey no hará eso; el rey no se atreverá á ofender de tal manera á Dios!

—¡Dios! ¡El rey! ¡Allá... allá el rey con Dios! El rey dará cuenta á Dios de lo que haga; pero yo... yo... mi obligacion es obedecer ciegamente al rey.

—¿Y si el rey os manda que le sentencieis?

—Le sentenciaré, dijo con voz sepulcral don Rodrigo.

—Entonces, vos no sereis juez: sereis verdugo; exclamó María con una expresion, un acento y una severidad que espantaron al alcalde.

Seguia escuchando la voz de Dios en la voz de María.

—No, no, dijo el alcalde extremecido, el rey hace las leyes; el mandato del rey es una ley.

—Pero las leyes injustas, las leyes que asesinan, no vienen de Dios, vienen de los tiranos; un hombre honrado no puede hacer cumplir una ley infame... ¡Se muere antes mil veces!

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Cómo piensas y dices tú eso? exclamó con asombro don Rodrigo.

—¡Si yo soy letrada; si yo sé leyes; si mi casa está llena siempre de estudiantes; si he tenido cien galanes que estudiaban leyes; y el último, el que me mataron á azotes en Madrigal, echaba leyes hasta por las puntas de los dedos; si he oido argumentar continuamente de *justitia, et super justitia, et pro justitia*; si sé latin; si yo me podria graduar de doctora como Santa Teresa!

Y habia un horrible sarcasmo en el acento de María al pronunciar estas palabras.

El alcalde no era en aquel momento un alcalde; era un hombre aturdido por lo que le rodeaba; un hombre que bajaba la cabeza ante la eterna razon, ante la eterna justicia.

Pareció como que María comprendia esto, porque dijo:

—No, vos no cometereis un crímen, no; vos no obe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decereis ciegamente al rey, haciéndoos instrumento de su ambicion y de su tiranía, no; porque antes que alcalde, antes que vasallo del rey, sois hombre, y sois noble, y sois cristiano; y á más de eso, mi padre, y debeis ser digno de mí.

—¡Digno de tí! exclamó el alcalde mirando con atonía á su hija.

—Sí, digno de mí. ¿Lo extrañais, señor don Rodrigo de Santillana? ¿Os parece audaz el que una mujer que ha sido lo que yo he sido, os diga que debeis ser digno de su padre? ¿Y el alma, don Rodrigo? ¿Y el alma? ¿No es santa, María Magdalena?

—¡Ah! exclamó el alcalde.

—¡Sí, el alma puede ser y es noble y pura, aún dentro del leproso cuerpo de Job! ¡No, un cuerpo corrompido no puede matar al alma que Dios ama, que Dios favorece, que Dios ilumina con un rayo de infinita luz! ¿Qué importa la impureza del cuerpo, si en el alma arde inextinguible la llama de la caridad y de la justicia? Oid, señor don Rodrigo de Santillana, alcalde de casa y córte del cristiano rey don Felipe...

—¿Por qué no me llamais padre? exclamó con ansiedad Santillana, que á pesar de todo, empezaba á sentir orgullo por María.

Tan cierto es que la grandeza del alma hace olvidar todos los vicios y todas las flaquezas del sér que es verdaderamente grande.

—¿Por qué? dijo María con altivez; porque si vos me habeis reconocido por vuestra hija, yo no os he reconocido áún por mi padre; porque Mari Galana, la pobre

muchacha perdida por ante el mundo, la meretriz infame, no puede reconocer por su padre á quien no tenga el alma tan noble y tan grande como la suya. Oid: yo me he criado entre lodo; la miseria y la infamia me han rodeado; he tenido hambre y frio; y en vez de tener quien me proteja y me encamine á la virtud, una mano fria, horrible y un consejo siempre depravado, me han empujado al vicio.

El alcalde gimió.

—Ahora yo soy quien debo decir: olvidemos, sepultemos en el silencio de la vergüenza ese horrible pasado de miseria y de lodo, pero no de crímen; olvidemos, sí; mi alma dormia bajo la indiferencia y el desprecio á todo; pero era necesario que yo amase, y ha llegado el momento en que ame; el amor, don Rodrigo, me ha salvado; no se puede amar y ser impura, no: imposible, mentira; el amor, hijo de Dios, es tambien hijo de la virtud, y muchas veces la virtud misma, al sentir el amor, me he sentido trasformada; he mirado á mi pasado, y le he arrojado lejos de mí con desprecio; Mari Galana amó, y la mató el amor; lo que de ella ha quedado, es otra mujer; mi alma ha examinado en medio de su dolor lo que su cuerpo habia sido, y mi alma ha visto que durante ocho años ha estado durmiendo, sufriendo un sueño horrible, equivocándole con la vida; no, don Rodrigo, no; la impureza de mí vida no ha empañado mi alma; si á mí, pobre mujer, sujeta á la miseria de una vida siempre dolorosa, me hubieran puesto por delante todas las riquezas del mundo, yo no hubiera cometido el robo; si á mí me hubieran dicho: asesinad á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ese hombre que duerme y tendreis todo lo que habeis menester y no vivireis siempre ansiosa viendo al fin de vuestra belleza el hospital ó el hospicio, yo no hubiera matado aquel hombre; si á mí me dijera el rey: juzgad á ese traidor, yo le juzgaría; y si el procesado no era traidor, le absolvería, aún sabiendo que el rey podia exterminarme, y que me habia de exterminar.

—Basta, basta, dijo don Rodrigo; esta no es cuestion que pueda ser tratada por tí conmigo; estos asuntos son demasiado graves, para que se permita á una mujer ocuparse de ellos.

—Pues ved lo que haceis, don Rodrigo, porque si sentenciais injustamente al rey don Sebastian, no podré amaros; y si muere de mala muerte, yo moriré del remordimiento de haberle entregado.

—Ese hombre es sin duda un impostor, dijo don Rodrigo; un hechicero que se vale de malas artes, y nos asombra, nos seduce.

—Si es un impostor, si es un hechicero, ahorcadle y hareis bien; pero si no lo es, padre, si no lo es, salvadle, sed el brazo de Dios sobre la tierra; no tiñais vuestra conciencia con la sangre de un mártir; mirad que Dios es el rey de los reyes, y que podeis ofender á Dios por vuestro honor, por vuestra conciencia y... por el corazon, por el amor de vuestra hija.

Y María se dejó caer, tierna, sonriente, seductora, en los brazos de don Rodrigo de Santillana.

—¡Oh, hija mia, hija mia! dijo don Rodrigo con los ojos llenos de lágrimas ¡qué hermosa, qué noble; y que grande eres!

—Mirad, padre, dijo María fijando en los ojos del alcalde una mirada embriagadora; id á la cárcel donde teneis á ese hombre, y encerráos con él y que nadie os oiga; preguntadle, observadle, inquirir con prudencia y buena voluntad lo que ese hombre es, y si descubrís que es el rey don Sebastian, soltadle; y no eso solo; acompañadle, protejed su salida de España; y si vos, haciendo esto salvais á un rey desventurado, Dios os premiará, os amará vuestra hija, y tendreis el agradecimiento de un rey, que os deberá la vida.

—Ya no es posible, María; ya, aunque yo quisiera, seria imposible salvar á Gabriel de Espinosa; nos perderíamos inútilmente con él.

—No importa, id; yo confio con vuestro corazon; yo sé que por nada del mundo cometereis una injusticia.

—Cumpliré con mi deber.

—Lo creo, señor, lo creo, espero.

—Pero aún no has aceptado mi nombre; aún no has aceptado mi herencia.

—Las acepto, señor, para sentirme orgullosa si obrais como debeis en esta terrible situacion, ó para ser vuestro castigo si no obrais con justicia.

El alcalde se extremeció de nuevo, sintiendo hasta en sus huesos el frio de la muerte.

—Pero id, id al momento; no perdais un solo instante para el bien; mirad que Dios os ve, y que es vuestro juez, al mismo tiempo que vos sois juez de Gabriel de Espinosa.

El alcalde se separó en silencio de los brazos de María, se ciñó su espada, tomó su vara y su bonete, se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puso su capa de tercianela, volvió junto á María, la estrechó extremecido de amor entre sus brazos, la besó en la frente y dijo:

—Libre quedas en mi casa; mi casa es tuya; aquí desde este momento no hay más señora que tú. Adios.

Y salió.

—¡Oh, Señor, Señor! exclamó María arrojándose apenas salió don Rodrigo, á los piés de un crucifijo que habia en un reclinatorio en la cámara del alcalde; acepta como un cruento sacrificio mi vergonzoso, mi tristísimo recuerdo de mi vida pasada; acepta el voto de castidad, de penitencia, de expiacion, que solemnemente te hago, y salva por él á mi padre del crímen de injusticia; si ese hombre es el rey don Sebastian, vúelvele á su trono, por el dolor de tu santa Madre, y por tu martirio en la cruz.

CAPITULO XX.

De cómo el alcalde don Rodrigo de Santillana acabó de sentir por Gabriel de Espinosa el miedo que por él tuvo hasta el fin de sus dias.

I.

Atravesaba don Rodrigo de Santillana, rápido, rígido, tropezando con todo el mundo, sin ver á nadie, con la mirada vuelta á su pensamiento en direccion á la cárcel, las calles de Valladolid, llevando tras sí á Tribaldos, que corria y sudaba, para que su alcalde no le dejase atrás.

Llegó al fin á la cárcel y dijo al alcaide:

—Llevadme al encierro de Gabriel Espinosa.

—¿Qué diablos habrá hecho ese hombre, dijo para sí el alcaide, que tan demudado y tan osco viene á verle el alcalde Santillana? ¡Dios tenga piedad de él!

Y el alcaide, que segun aparecia de compasivo, debia hacer poco tiempo que era alcaide de cárcel, apenas oyó la órden de don Rodrigo, partió delante de él, y por escaleras y por pasadizos lóbregos, llegó á la maciza puerta forrada de hierro de un calabozo subterráneo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puso su capa de tercianela, volvió junto á María, la estrechó extremecido de amor entre sus brazos, la besó en la frente y dijo:

—Libre quedas en mi casa; mi casa es tuya; aquí desde este momento no hay más señora que tú. Adios.

Y salió.

—¡Oh, Señor, Señor! exclamó María arrojándose apenas salió don Rodrigo, á los piés de un crucifijo que habia en un reclinatorio en la cámara del alcalde; acepta como un cruento sacrificio mi vergonzoso, mi tristísimo recuerdo de mi vida pasada; acepta el voto de castidad, de penitencia, de expiacion, que solemnemente te hago, y salva por él á mi padre del crímen de injusticia; si ese hombre es el rey don Sebastian, vúelvele á su trono, por el dolor de tu santa Madre, y por tu martirio en la cruz.

CAPITULO XX.

De cómo el alcalde don Rodrigo de Santillana acabó de sentir por Gabriel de Espinosa el miedo que por él tuvo hasta el fin de sus dias.

I.

Atravesaba don Rodrigo de Santillana, rápido, rígido, tropezando con todo el mundo, sin ver á nadie, con la mirada vuelta á su pensamiento en direccion á la cárcel, las calles de Valladolid, llevando tras sí á Tribaldos, que corria y sudaba, para que su alcalde no le dejase atrás.

Llegó al fin á la cárcel y dijo al alcaide:

—Llevadme al encierro de Gabriel Espinosa.

—¿Qué diablos habrá hecho ese hombre, dijo para sí el alcaide, que tan demudado y tan osco viene á verle el alcalde Santillana? ¡Dios tenga piedad de él!

Y el alcaide, que segun aparecia de compasivo, debia hacer poco tiempo que era alcaide de cárcel, apenas oyó la órden de don Rodrigo, partió delante de él, y por escaleras y por pasadizos lóbregos, llegó á la maciza puerta forrada de hierro de un calabozo subterráneo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Abrió las tres ó cuatro cerraduras de aquella puerta, que giró reclinando de una manera sorda, y el alcalde entró.

—Dejad ahí vuestro farol, cerrad la puerta é idos; pero estad desde lejos atento, para cuando llame yo á esta puerta.

El alcaide dejó el farol en el suelo, salió, giró de nuevo la puerta rechinando, se oyeron sucesivamente las cerraduras que se cerraban, y despues los sordos pasos del alcaide que se alejaban.

A la luz turbia del farol, vió el alcalde en un rincon de aquel reducido espacio, sentado en un poyo de piedra, á un hombre inmóvil, con unos enormes grillos en los piés; una cadena que de los grillos iba á terminar en una argolla fija en el muro, de la cual partia otra cadena, cuyo extremo se unía á unas esposas con que el preso tenia sujetas las manos.

Aquel calabozo, más bien aquella sepultura de vivos, era de piedra, y de bóveda tan baja, que casi tocaba á ella con la cabeza el alcalde; se respiraba allí ese ambiente pesado é insoportable de los lugares húmedos sin ventilacion, y los muros, la bóveda, el pavimento, todo de piedra, podia deciros literalmente que sudaban, que destilaban agua. Se sentia allí un frio especial, un frio mortífero, un frio que no podia experimentarse al aire libre, ni en los dias más crudos del invierno; allí no habia más que un hombre cargado de hierro, que miraba de hito en hito, de una manera fija, glacial, indiferente, terrible, al alcalde y el alcalde que miraba al preso con asombro y con miedo.

—Decidme, don Rodrigo, dijo Gabriel de Espinosa; ¿esto es ya la ejecucion de una sentencia?

—¿Qué decis? preguntó Santillana con semblante y acento severos, acordándose de que era alcalde, y de que estaba delante de un preso.

—Digo que este encierro es más apropósito para guardar víboras que para guardar hombres, dijo Gabriel de Espinosa; esto ya es un suplicio; no lo digo porque á mí me aterre, ni porque no tenga fuerza bastante para sufrirle, sino porque si estoy mucho tiempo aquí, os vais á quedar sin preso, alcalde Santillana, y no podreis sentenciarme á galeras ó á horca, que no sé yo bien de qué suplicio habreis contraido, no ya costumbre, sino vicio.

—Entretanto, señor pastelero, estais sentado y yo de pié, no como si fuéramos respectivamente juez y reo, sino como si vos fuérais rey y yo vasallo en audiencia.

—Si yo fuera rey, vive Dios, ni habria alcaldes tan altos de soberbia como vos, ni calabozos tan bajos y tan imposibles como este en mis reinos.

—Pero tampoco consentiríais la desvergüenza de hombres tales como vos.

—¡Ah! Os punza el que aún no me haya levantado, dijo Gabriel de Espinosa, y esto os escandaliza, don Rodrigo; pues bien: sabed que para mí seria un alivio el ponerme de pié; pero me es imposible; estoy sujeto por la mitad del cuerpo á un cinto de hierro clavado al muro.

El alcalde fué á la puerta y llamó con el extremo de su vara, quedando vuelto de espaldas á Gabriel de Espinosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Poco despues la puerta se abrió de nuevo y apareció el alcaide.

—Quitad las prisiones á ese hombre, dijo Santillana.

El alcaide se acercó á Gabriel de Espinosa, y poco despues se oyó el ruido del martillo que desarmaba los grilletes, las esposas y el cinto.

Gabriel de Espinosa se levantó de un salto, dando muestras de un vigor increible en quien estaba hacia tantas horas bajo la influencia de aquella humedad y en una inaccion forzada, y dijo:

—¡Ah! Esto es ya distinto; os agradezco este momento de descanso, don Rodrigo, porque supongo que despues volveremos, es decir, volveré á encontrarme sujeto.

—Seguid tras mí, dijo don Rodrigo.

—¡Ah! Pues mejor; eso más tengo que agradeceros, dijo Gabriel de Espinosa; por malo que sea el aire de ahí fuera, será mejor que el que aquí se respira.

—¡Callad, vive Dios! dijo don Rodrigo irritado por la fria y burlona calma de Gabriel de Espinosa, ú os mando poner una mordaza.

—¿Y cómo diablos os voy á contestar entonces á lo que sin duda teneis que preguntarme? dijo Gabriel con desdeñosa impaciencia.

—Guiad al encierro alto de la torre de Santiago, dijo al alcaide don Rodrigo.

—¡Ah! dijo Gabriel de Espinosa; vamos de extremo á extremo; de lo más bajo á lo más alto.

Don Rodrigo no contestó, y ni él, ni Gabriel de Espinosa, ni el alcaide, hablaron una sola palabra, hasta que atravesando pasadizos y subiendo escaleras, llegaron á lo alto de una torre, y á una puerta fuerte, maciza y forrada de hierro como la del calabozo subterráneo.

Cuando se abrió aquella puerta, entraron en un calabozo ancho y perfectamente seco y ventilado por dos estrechas rejas situadas muy alto junto á la bóveda.

—Salid, cerrad, y esperad á que yo os llame, dijo don Rodrigo al alcaide, que salió y cerró.

—Os agradezco sinceramente el que me hayais traido aquí; allá bajo hace un frio tal, que Dios me perdone, pero creo que me iba helando el alma.

—Para criminales como vos, todo es poco, dijo don Rodrigo.

—¿Y quién os ha dicho que yo sea criminal? ¿Qué veis en mi semblante que os haga conocer al ladron ó al villano? Aquí se deja hacer á los alcaldes lo que quieren, el rey cierra los ojos á todo, y Dios se lo perdone, que no lo debia hacer.

—¿Y quién sois vos, don perdido, para atreveros á calificar lo que hace ó lo que no hace el rey nuestro señor?

—¿Sabeis que me parece una cosa, don Rodrigo?

—¡Qué!

—Que me teneis miedo, y que haceis de tripas corazon.

—¡Yo! ¿Y por qué he de teneros yo miedo?

—Porque yo soy mucho preso para vos, y vos muy poco alcalde para mí.

No parecia sino que Gabriel de Espinosa se habia propuesto que el alcalde perdiese el miedo y le irritaba.

Para el alcalde, aquel hombre, con quien ya sabemos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habia tenido una larga entrevista en Madrigal Gabriel de Espinosa, era un hombre extraordinario.

No lo veia claro; tenia, como sabemos, la sospecha de que aquel hombre era el rey don Sebastian, ó por lo menos un altísimo personaje, y sin embargo, tan acostumbrado estaba don Rodrigo á que los más temerarios criminales, los hombres más duros y más protervos temblasen al encontrarse entre sus garras, que su orgullo de alcalde ofendido se sobrepuso á todo al sentirse tratado con tan poco respeto por Gabriel de Espinosa.

—Si fiais en los papeles que traeis, y en la bula del Papa, en los amores de esa reina ó princesa, ó cosa que no sabemos qué sea, de que me hablásteis en Madrigal, os equivocais tanto que tengo á obligacion y á caridad el deciroslo, porque antes que juez soy cristiano, y noble, y caballero, y porque os tengo á vos en mucho más que á un hombre vulgar, os aviso.

—Vamos claro: ¿y cómo entendeis vos que yo no soy un hombre bajo y comun? dijo Gabriel de Espinosa con aquel acento que á un mismo tiempo irritaba la bilis del alcalde y le ponia espanto.

—Vos sois un hombre misterioso, dijo Santillana.

—Protesto, dijo con cierto gracejo Gabriel de Espinosa, porque por tan misterioso podeis tenerme, que sin otro delito que el que vos no comprendais lo que yo soy, porque os empeñeis en no comprenderme, me lleveis á la horca; lo cual, os lo aseguro, no me pareceria bien. Voy á deciros otra vez, aunque creo que no hayais olvidado lo que yo soy. Se me tiene por hijo de Juan de Espinosa y de su mujer Mari Perez; pero yo no puedo probar esto ni aun para mí mismo, porque mi partida de bautismo no parece. Dicen otros que soy expósito, y que mis padres me encontraron una mañana recien nacido, en el cajon de la iglesia mayor de Santa María de Toledo. Noble soy si soy Espinosa, y noble si soy expósito, por hijo adoptivo del rey; por consecuencia, obedeciendo las leyes, tratarme debeis como noble, y no cargarme de hierros, ni tenerme sin lecho y sin silla, ni permitir que el alcaide me maltrate; continuando en lo que yo soy, voy á repetiros lo que ya os he dicho. Crecí al abrigo de los que se llaman mis padres, ó lo eran, y cuando pude trabajar, me pusieron á tejedor de terciopelo; pero como yo siempre he tenido el natural altivo que en mí veis, y que os hace creerme principal y misterioso, me indispuse con el telar y con la lanzadera, y metíme á soldado. Tantas tierras he corrido, y tantas aventuras han pasado por mí, y yo por ellas, que con su relato, si se escribiera, se llenaria un grueso volúmen; hablo cuatro idiomas, casi cinco.

—¿Y qué idiomas hablais, señor Gabriel de Espinosa? dijo Santillana, á cuyos ojos se hacia á cada momento más temible Gabriel.

—El castellano, como veis; el italiano, como vais á ver.

Y Gabriel de Espinosa dijo en italiano el Credo.

—El dialecto que hablais, aunque no bien, es el veneciano, dijo Santillana hablando bastante bien en aquel dialecto; pero os dejais entender á las mil maravillas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Hablo además el francés, dijo Gabriel de Espinosa, como podeis juzgar.

Y dijo en francés la Salve.

—No comprendo el francés, dijo Santillana; pero me parece que le hablais bien.

—Pues ved cómo hablo el árabe.

Y Gabriel de Espinosa soltó en árabe correcto la profesion de fé de los musulmanes, contenida en el Koran.

—¡Hablais el árabe! exclamó con intencion don Rodrigo de Santillana; y decidme: ¿por ventura, hablais tambien el portugués?

—¿Quién os lo ha dicho que habeis acertado? dijo Gabriel de Espinosa con la mayor naturalidad; pues sabed que le hablo, como si hubiera nacido en Lisboa.

El alcalde se extremeció, y se revolvió más poderosa en su cabeza la idea de que aquel hombre era el rey don Sebastian.

Aturdiale, sin embargo, el ver que Gabriel de Espinosa representaba más de cincuenta años, y que parecia más viejo que cuando le habló la primera vez en Madrigal.

Entonces Gabriel de Espinosa tenia el cabello rubio con algunas canas, y la barba rubia tambien, y las cejas sin cana alguna.

En el momento en que le estaba mirando, la barba y las cejas eran rubias, sí; pero en su nacimiento completamente blancas, y el cabello completamente entrecano.

Recordaba tambien el alcalde, que cuando le prendió la noche anterior, no se veian aquellas señales de vejez en Gabriel de Espinosa, y se aturdia y se embrollaba,

porque Gabriel, si era el rey don Sebastian, no podia tener más que treinta y nueve años, y el alcalde le veia con la apariencia de mucho más de cincuenta.

Y tan atentamente miraba á Gabriel de Espinosa, que éste le dijo:

—¿Qué hallais de nuevo en mí, señor don Rodrigo que tan fijo me contemplais?

—Observo que anoche parecíais tener diez años menos.

—¿Y por qué, señor alcalde? dijo con acento tranquilo y sereno Gabriel de Espinosa.

—Porque ayer teníais la barba toda rubia, y hoy la teneis en donde nace blanca, y casi canos los cabellos y las cejas, y esto ayer no era así.

—Ved, pues, por lo que no debeis encerrar á nadie en calabozos como en el que he estado diez horas; en los tales calabozos, y mucho más cuando se está acusado de un delito que deshonra, y cuya sola acusacion es mil veces más terrible que la de un delito sin deshonra, por el cual pueda sobrevenir pena de muerte, en los tales calabozos, repito, y bajo tales acusaciones, se envejece en pocas horas, los cabellos y la barba encanecen, y empalidece el semblante y se arruga. Vos, que teneis la experiencia de tantos años de alcalde, ¿no recordais el caso de haber encerrado á un jóven en un calabozo húmedo, frio, sin ventilacion, envenenado, en una palabra, y no habeis visto cuando habeis ido á pedirle la confesion, algunas horas despues, que el jóven se habia convertido en viejo, que tenia los cabellos y la barba blanca, y el semblante pálido y arrugado?

—Sí; dijo con acento sordo el alcalde.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿No sabeis que una noche, una horrible noche de ansiedad y de angustia, una noche en que se cree haber perdido el fruto de muchos años de trabajo; una noche durante la cual ha desaparecido la esperanza; una noche en que todo ha sido espantoso, basta para encanecer al jóven más robusto?

—¿Quién sois? dijo el alcalde; confesádmelo todo; sepamos á qué atenernos, y ved que así librareis mejor.

—¡Cuántas veces he de deciros que soy Gabriel de Espinosa, natural de Toledo, ó expósito en Toledo, tejedor primero, soldado despues y ahora pastelero en Madrigal!

—Lo decís de una manera que desmentís vuestras palabras con el acento que las dais.

—Es que tengo mal génio, que no temo á nada, y que estoy de muy mal humor, de un humor de los diablos, porque estoy preso y se me trata mal.

—¿Y cómo quereis que se trate á un hombre á quien se prende por indicios de hurto?

—Ya sabeis, Santillana, dijo Gabriel palideciendo de cólera, que yo puedo haber cometido todos los delitos del mundo; pero que no puedo ser ladron.

—¿Y de dónde os han venido las alhajas que os ocupé, y que por lo ricas y por estar entre ellas prendas de rey, no puede poseerlas un pastelero?

—Ya he dicho, contestó con suma impaciencia Gabriel de Espinosa, que esas alhajas no son mias; que me las ha dado para venderlas la señora doña Ana de Austria, que bien puede tener alhajas de rey, á quien sirvo y á quien debo una confianza que me honra.

—Dicen que la servís tanto, y que tanto os honra y con tal confianza os trata la señora doña Ana de Austria, que vais secretamente á verla con un fraile, cuando ha pasado la media noche, y no salís hasta poco antes de amanecer.

—¡Vos tambien creeis en esas murmuraciones de pueblo, y así os atreveis á la buena fama y al decoro de una dama, que á más de ser religiosa es sobrina del rey don Felipe!

—¿Por qué no decís, del rey nuestro señor?

—Porque para que me entendais, basta con que le llame el rey don Felipe; pero si esto ha de aumentar la manía que teneis de que yo soy un gran personaje, llamaré desde ahora á boca llena al rey don Felipe, el rey nuestro señor.

—Hareis bien; escuchad ahora una buena noticia; por ladron os prendí; pero ya sé que no sois ladron, y no os juzgo como ladron, sino como reo de otro crímen.

—¿De qué crímen? preguntó siempre sereno, siempre altivo y siempre dominador Gabriel de Espinosa.

—Del crímen de traicion.

—¡Traidor yo!

Y el semblante de Gabriel de Espinosa, y sus ojos, y su sér entero, dejaron ver una expresion feroz de amenaza.

—Sí, dijo el alcalde; traidor, reo de lesa majestad.

—¿Por qué?

—Vos, Gabriel de Espinosa, pastelero en Madrigal, os fingís el rey don Sebastian, y pretendeis la corona del reino de Portugal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Gabriel de Espinosa soltó una carcajada franca, pero insolente, agresiva, que hizo temblar de cólera al alcalde.

—¡Vive Dios! ¿Por qué os reis? dijo Santillana.

—¿Por qué he de reirme, sino porque estais loco? dijo con desden Gabriel de Espinosa; y ved lo que es el mundo; vos, que por loco debíais estar encerrado en una jaula, me teneis encerrado á mí que soy un hombre cuerdo, y no he cometido delito alguno. ¡El rey don Sebastian! ¡Que yo me finjo el rey don Sebastian! Dejadme que me ria, don Rodrigo; ¿pues no sabeis, no lo sabe todo el mundo que el loco, el temerario, el imprudente rey don Sebastian murió en Africa?

—Dicen que el rey don Sebastian no murió; que se le ha visto en Africa, en Venecia, en Francia.

—Miente quien lo diga; creedme vos á mí, que estuve presente á la muerte del rey don Sebastian. ¡Como que caí cuando el cayó!

—¡Vos estuvisteis en la batalla!

—Creo habéroslo dicho ya.

—¿Y qué érais vos en el ejército portugués?

—Yo peleé como un soldado.

—No es eso lo que os pregunto; ¡qué érais!

—Soldado.

—Soldado se llama el rey que pelea con la bravura de gran soldado. ¿Mandábais ú obedecíais?

—Allí ni se mandó ni se obedeció, y por eso se lo llevó todo el demonio; yo me peleé por mi cuenta.

—Con vuestras hinchazones, parece que afirmais lo mismo que pretendeis negar.

—De andar entre los portugueses se me ha pegado algo la hinchazon de los naturales de aquel reino.

—En resúmen, sepamos; ¿sois español ó portugués?

—No acabaremos nunca, don Rodrigo, si me preguntais y volveis á preguntarme siempre una misma cosa; pero voy á contestaros de una vez y para siempre. Yo no sé de donde soy, ni sé á dónde voy, ni quiero deciros lo que soy, ni os lo diré nunca.

—En buen hora; buscaremos fuera de vos la prueba de dónde sois, quién sois y á dónde intentábais ir; porque lo que es á dónde vais es cosa que he de deciros-la yo.

—Puede ser, dijo Gabriel de Espinosa, que vos no se pais á donde vais á parar en este asunto, y que tengais más miedo que yo á lo que pueda sobrevenir.

—Yo, dijo con energía el alcalde, nada tengo que temer; porque no obraré sino en justicia; y lo que sobreviniere, no lo habré hecho yo, sino la ley.

—Pedid á Dios que mi proceso no os envenene la conciencia, y que el veneno de vuestra conciencia no os mate, alcalde don Rodrigo Santillana; ahora, idos; me canso ya de tantas palabras; mandad que me traigan buen lecho, porque á buen lecho estoy acostumbrado; silla, mesa y luz por la noche, y que me den de comer como conviene, porque un pastelero sabe comer bien; no importa lo que se gaste, don Rodrigo, porque yo os aseguro, que el rey... mi señor... pagará con gusto, por alta que sea, la cuenta de lo que yo gastare mientras esté preso.

—Tendreis buen lecho, buena comida, silla y luz, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no se os cargará de hierros; pero en cambio, tendreis justicia seca; yo os lo aseguro, dijo con suma dignidad don Rodrigo.

—Pues si me haceis justicia y me sentenciais en justicia, Santillana, no tengo por qué afligirme; me doy por libre y honrado antes de mucho tiempo; pero ¡ay de vos si obedeceis mandatos injustos, si por una vil cobardía faltais á la justicia; porque al matarme, Santillana, morireis conmigo, é irán juntas ante Dios la víctima y el verdugo!

—¡Pastelero! gritó don Rodrigo.

Pero su voz desfalleció, ahogada por la expresion imponente, dominadora, del semblante de Gabriel de Espinosa, y por su mirada, serena, valiente, terrible, llena de majestad, que apretaba, que empequeñecia el alma del alcalde.

—Salid, dijo Gabriel de Espinosa, y que cuanto antes me traigan lecho en que repose.

—¿Y nada teneis que pedirme? ¿Nada teneis que suplicarme? dijo con asombro el alcalde.

—¡Yo! ¿Quién pensais que soy yo? dijo con cólera Gabriel de Espinosa; ¿á quién he suplicado yo, á quién he rogado yo más que á Dios?

—¡Voy á prender, dijo sombríamente y como pretendiendo doblegar á Gabriel de Espinosa don Rodrigo, á esa princesa, á esa dama, á esa mujer misteriosa que os acompaña, que cria á una hija vuestra, que lleva en su seno un hijo vuestro!

—¡Bah! dijo con desprecio Gabriel de Espinosa; ¡vos, alcaldillo! el mismo rey don Felipe, vuestro amo, puede

menos que vos, que es cuanto hay que decir, en daño de esa señora.

—¡Lo veremos! dijo irritado el alcalde.

—Ya lo vereis, dijo sonriendo de una manera despreciativa Gabriel de Espinosa.

—Oid, pastelero, rey ó demonio, exclamó fuera de sí Santillana, adelantando con los puños crispados hácia Gabriel de Espinosa, que sostenia su sonrisa despreciativa; voy á trataros como á una persona real puesta bajo mi jurisdiccion, por órdenes supremas del rey... nuestro señor... pero sabedlo: ¡yo os ahorco!

—Pues peor para vos, don Rodrigo; porque al ahorcarme á mí os ahorcareis el alma, y morireis de espanto; ahora, por último, dejadme libre de vos, ó me echo á dormir en un rincon; que en peores lechos que el pavimento de este encierro he dormido.

—Quedad con Dios, pastelero, y hasta otro dia.

El alcalde se acercó á la puerta y llamó á ella fuertemente con su vara.

El tiempo que tardó en llegar el alcaide, don Rodrigo estuvo vuelto de espaldas á Gabriel de Espinosa frente á la puerta.

Gabriel de Espinosa se puso á pasear á lo largo del calabozo como si hubiera estado solo.

Cuando la puerta se abrió, el alcalde salió, sin volver siquiera la cabeza para mirar á Gabriel.

El alcaide cerró.

Don Rodrigo bajó las estrechas escaleras de caracol murmurando:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Este hombre no puede ser otro que el rey don Sebastian, ó tiene el diablo en el cuerpo.

II.

Don Rodrigo de Santillana volvió á su casa haciendo correr mucho más á Tribaldos, que cuando se trasladó de su casa á la cárcel.

—¡Marta! dijo á su ama de llaves; haced que saquen un lecho con cuatro colchones, cortinas y todo lo necesario.

—¿Para quién, don Rodrigo? dijo Marta llena de curiosidad.

—Nada os importa saber para quién; buscad tambien dos sillones ricos y una buena mesa, fuente para labarse con todo lo que se necesita para el aseo y la comodidad de un hombre en su cámara de dormir.

—Muy bien, señor don Rodrigo.

—Y esto al instante, señora Marta.

—A la hora, señor don Rodrigo.

El alcalde se entró en su despacho.

—Señor Pedralva, dijo á su secretario, en el momento en que mi ama de llaves tenga preparados ciertos muebles y utensilios, los llevareis con algunos mozos de cuerda y con una órden mia para el alcaide, á la cárcel y al encierro de Gabriel de Espinosa; os llevareis con vos al alguacil Liron y al alguacil Tribaldos, y dejareis dentro á maese Liron, para que se quede de guardia junto al preso dentro del calabozo; maese Tribaldos se quedará fuera, de ordenanza, para traer y llevar recados del preso para mí únicamente; relevareis de cuatro en cuatro horas por vos mismo á los alguaciles Liron y Tribaldos, con los alguaciles Arnedillo y Coscoja, que estarán respetivamente de guardia el uno y de ordenanza el otro otras cuatro horas, pasadas las cuales, volverán á entrar de servicio los alguaciles Liron y Tribaldos. Además de esto, preguntareis al preso á qué horas quiere desayunarse, comer, merendar y cenar. Os ireis á seguida á la hostería de la Pasiega, la dareis órden de que sirva para Gabriel de Espinosa lo que éste pidiere de comer y beber, y que me pase la cuenta cada seis dias. Extended las órdenes necesarias, y llevádmelas arriba á mi cámara para que las firme.

III.

Apenas habia subido á su cámara el alcalde, cuando se le presentó el ministro Arnedillo, que inclinado como un arco de violin por respeto, le entregó un pliego cerrado, y se retiró.

Don Rodrigo abrió el pliego, y vió que era de puño y letra de doña Ana de Austria.

Decia así:

«Señor don Rodrigo de Santillana: Mi muy estimado alcalde: Me he enterado de que teneis preso por sospecha de hurto, por haberle encontrado unas joyuelas que son mias, á Gabriel de Espinosa, pastelero de esta villa, á quien yo se las dí para que las vendiese, y en quien tengo una gran confianza, porque me sirve bien. Sirvale, pues, de descargo, esta carta mia, y no habiendo ya razon para que esté preso, soltadle, en lo cual me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hareis merced, porque él es un buen servidor, á quien aprecio mucho. Devolvedle además las alhajas, y no se hable de esto, no sea que se levante algun ruido injusto y malicioso, que pueda perjudicar á mi dignidad y á mi buena fama.—Guárdeos Dios.—De este convento de Nuestra Señora de Gracia la Real de la villa de Madrigal, á siete de octubre de mil quinientos noventa y cuatro.—*Doña Ana de Austria.*»

Guardó don Rodrigo esta carta, tomó un pliego de papel, y escribió lo siguiente:

«Señora doña Ana de Austria: Mi muy respetable señora: Holgárame mucho de poder obedecer lo que vuestra excelencia me manda en una carta suya que tengo á la vista, referente á la soltura de Gabriel de Espinosa, á quien puse en la cárcel, y á quien no puedo soltar, hasta que por un proceso se descubra, como espero, su inocencia.—Guarde Dios la preciosa vida de vuestra excelencia muchos años.—De Valladolid á siete de octubre de mil quinientos noventa y cuatro.—Señora: besa á vuestra excelencia las manos, el alcalde de casa y córte de la real Chancillería de Valladolid,—*Don Rodrigo de Santillana.*»

—¡Arnedillo! dijo el alcalde.

Presentóse al momento el corchete.

—¿Está aún ahí, dijo el alcalde, el que ha traido esta carta?

—Sí señor, dijo Arnedillo, y espera la contestacion.

—Pues dadle este pliego, y que se vuelva al momento á Madrigal.

Arnedillo salió.

IV.

Cruzóse con él María, que entró en aquel momento en la cámara.

—¿Por qué no me habeis buscado, padre, en el momento en que habeis venido? ¿Traeis malas noticias?

—Muy malas, María, muy malas, contestó don Rodrigo, que estaba del peor humor del mundo; á cada momento voy creyendo más que ese hombre no es pastelero.

—¡Oh! Ya lo decia yo que era el rey don Sebastian.

—No diré yo tanto; pero si no es el rey don Sebastian, es por lo menos un gran príncipe.

—¿Y qué vais á hacer? dijo con un ardiente interés María.

—El rey, el rey solo es el que puede hacer ó deshacer.

—Entonces, padre, yo tendré que arrepentirme de haber venido á daros parte de lo que ví; entonces, padre, si le acontece una desgracia, yo moriré de desesperacion. Ved vos ahora lo que debeis hacer.

Y María salió lentamente de la cámara.

El alcalde, profundamente pensativo y gravemente preocupado, se quedó paseando á lo largo de la cámara.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXI.

En que continúa el relato de esta verídica historia.

I.

Habia pasado un mes.

Felipe II mantenia una activa correspondencia con don Rodrigo de Santillana y con el doctor don Juan Llanos de Valdés, que habia sido nombrado como juez eclesiástico, para entender en el proceso que acerca de estos asuntos se hacia á doña Ana de Austria y á fray Miguel de los Santos, que por ser ambos religiosos, no podian ser encausados como Gabriel de Espinosa por don Rodrigo de Santillana.

El alcalde Portocarrero no entendia en la causa, pero estaba encargado de la custodia de los presos que habia en Madrigal, que eran doña Ana de Austria, el padre fray Miguel de los Santos y Sayda Mirian.

Doña Ana estaba en su celda con dos religiosas, que de órden del rey las habia puesto de guardas de vista el

alcalde Portocarrero; doña Luisa de Grado y doña María Nieto, estaban en otra celda del convento, guardadas tambien por religiosas; el padre fray Miguel de los Santos en su celda guardado por alguaciles del tribunal de la nunciatura, que tenian mucho de sacristanes, y Sayda Mirian en la cárcel, en una de las habitaciones del alcaide, y tratada con grandes consideraciones.

A más de esto, entraba y salia libremente en la cárcel y se comunicaba con Sayda Mirian, por órdenes dadas por el alcalde Portocarrero, un personaje muy sério y muy grave, á quien trataba con sumo respeto el alcaide.

Este personaje era Yhaye-ben-Shariar.

II.

Gabriel de Espinosa habia sido trasladado de Valladolid á la cárcel de Medina del Campo, con el pretesto de que estuviese el preso más cerca de Madrigal; pero en realidad con otro objeto completamente distinto.

III.

Era una mañana bastante fresca del mes de noviembre.

En la puerta de los Príncipes del alcázar de Madrid, y delante de una puertecilla de una escalera escusada, habia una pesada carroza negra, á la que estaban enganchadas ocho mulas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El cochero y los lacayos estaban en la zaga dispuestos á marchar, y al pié de las mulas los zagales, todos con librea de la casa real; á caballo los caballerizos, y á caballo un centenar de hidalgos de la guardia española, que debian escoltar la carroza; es decir, el rey en aquella carroza se debia trasladar al Pardo.

IV.

A las seis de la mañana, que todavía no era dia claro, se abrió la puertecilla de la escalera escusada, y aparecieron envueltos en gabanes de abrigo, y con gorras de abrigo tambien, dos hombres, que por lo poco que se les veia del semblante, entre lo rebujado de los gabanes, y lo calado de las gorras, parecian el uno tan viejo como el otro.

Aquellos dos hombres eran el rey don Felipe II y su ayuda de cámara, su confidente, su amigo, si es que Felipe II podia tener amigos, Sebastian de Santoyo.

Apresuráronse los caballerizos á abrir la portezuela de la carroza, y entraron en ella el rey y Sebastian de Santoyo.

Inmediatamente se pusieron en marcha, y hora y media despues entraban en el palacio del Pardo, y Felipe II se encerraba en una cámara con Santoyo.

—Vive Dios, Sebastian, que me humilla el paso que estoy dando, y que casi casi estoy por enviar noramala á los venecianos, y á ese monseñor Pietro Mastta, que con tales bríos y tan altos humos me pide una entrevista.

Santoyo, que sabia que lo mejor que tenia que hacer con su real amo cuando estaba de mal humor, era no contestarle una palabra, á no ser que directísimamente le preguntase, guardó silencio.

—¡Qué! ¿No te se ocurre nada que decirme, Sebastian? dijo el rey.

—Nada absolutamente, señor, dijo Santoyo, sino que Venecia es siempre la misma.

—Eso es lo mismo que no contestarme nada, dijo acreciendo en mal humor Felipe II; ya sé yo lo que es Venecia, porque hace muchos años que trato con venecianos, gente á quien es necesario adivinar, porque nunca hablan claro, y de quien es necesario guardarse más, cuanto más amigos se muestran. Veamos qué dices tú de esta peticion de un senador del Consejo de los Diez que se nos viene encima, pidiendo una audiencia de una manera que Dios y la Santa Vírgen de Loreto me perdonen, me han dado tentaciones de mandar que me le echen mano, me le lleven el castillo de Simancas, me le den garrote sin luz y sin moscas, y me lo entierren á la sordina en los sótanos. Que me traigan una taza de caldo, Sebastian, porque tengo el estómago débil.

Claro se veia, por aquella extraña salida de la taza de caldo del rey, que no habia preguntado á Sebastian de Santoyo para que le contestase, sino que estaba irritado, que tenia necesidad de hablar, y que como Santoyo le era fiel en cuerpo y en alma, se permitia aquel desahogo.

Muy pocas personas sabian que Felipe II tenia corazon y lágrimas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La una de estas personas, hacia ya años que habia muerto de una manera misteriosa en el castillo de Pinto.

Aquella persona habia sido la única mujer á quien Felipe II habia amado con toda la violencia de su enérgico y concentrado carácter.

Aquella mujer fué de las personas que se habian atrevido á Felipe II; la que más profundamente y de una manera más incurable le habia herido en el corazon; la única que le habia hecho olvidar su prudencia y cometer los mayores desaciertos que habia cometido en su vida.

La mujer cuya traicion habia amargado su alma infinitamente más que las traiciones continuadas de que habia sido objeto.

Aquella mujer habia sido la hermosísima, la seductora, la procaz, la loca princesa de Éboli, doña Ana de Mendoza y de la Cerda.

La otra persona que habia conocido por completo á Felipe II, porque Felipe II le habia amado tanto, y habia depositado en él tan ciegamente su confianza, que nada para él habia tenido oculto, era el hombre que más villanamente habia pagado el amor y la confianza del rey.

Este hombre habia sido su secretario de Estado, Antonio Perez, á quien habia perseguido y se le habia escapado, y habia ido á vender los secretos de su antiguo señor á Enrique IV de Francia, y que vivia miserablemente en Paris, porque Enrique IV, además de ser muy poco expléndido, no podia estimar como rey á quien le servia de una manera infame, vendiéndole los secretos de Felipe II.

Enrique IV utilizó la traicion, pero despreció al traidor y le pagó mal, y no se fió de él, en todo lo cual hizo indudablemente muy bien.

La tercera y la única persona para quien el rey don Felipe era un libro abierto, sin que abusase de su confianza ni se prevaliese de su favor, sirviéndole con una lealtad á toda prueba, era su ayuda de cámara, el buen caballero, el buen asturiano Sebastian Santoyo.

Por eso el rey se permitia hablar y estar de mal humor y reirse alguna vez y rugir la mayor parte de las veces delante de Sebastian de Santoyo.

Sebastian de Santoyo, en cambio, no abusaba jamás ni del buen ni del mal humor de Felipe II.

Podia decirse que era el hombre que más habia conocido al rey, y que menos se habia mezclado ni tomado parte en sus asuntos.

V.

Volvió á entrar Sebastian de Santoyo, trayendo el caldo en una taza sobre una salvilla de plata, y se puso á enfriar el caldo con la misma solicitud y la misma paciencia que pudiera haberlo hecho una mujer.

Cuando estuvo á punto de ser tomado, presentó al rey la taza, y don Felipe bebió á pequeños sorbos.

VI.

—Pues nos habrá oido llegar ese rey de Venecia, y tan altivos son los diez reyes de aquel noble Estado, no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

demos lugar, Santoyo, á que su altivez se ofenda. Echamele para acá y déjame solo con él.

—¿Quiere vuestra majestad que ahí, en el camarin inmediato, detrás de la puerta, ponga á uno de esos valientes tudescos que no entienden absolutamente el castellano, para que esté pronto á la voz de vuestra majestad?

—Yo no me llamo Luis XI de Francia, dijo el rey friamente; yo me llamo Felipe II de España, y á nadie tememos, ni nadie se atreve á nos.

—Dicen que los venecianos...

—Los venecianos son noble gente, Santoyo; y sobre todo, la mejor guarda que tiene un rey, es el respeto, el temor que causa. Vé, vé, mi buen Sebastian, y échamele para acá.

Santoyo salió, y el rey cambió completamente de semblante, y apareció impenetrable y frio.

Poco despues entró Aben-Shariar en la cámara, y adelantó lentamente hácia el rey, que le miraba impasible y grave.

VII.

Aben-Shariar no pasaba de cuarenta y dos años; estaba en toda la fuerza, en todo el vigor de su vida, y era hermoso, blanco, con los cabellos, las cejas, los ojos y la barba negros, cortados muy cortos los primeros, y bellamente recortada la segunda.

Iba magníficamente vestido, en contraposicion de Felipe II, que lo estaba muy sencillamente.

Aben-Shariar, con su traje de brocado y seda, parecia el original, en cuanto al traje, de uno de esos hermosos retratos del emperador Cárlos V, pintados por el Tiziano.

Al llegar á la parte media de la cámara, Aben-Shariar, que habia entrado con el birrete puesto, se le quitó con trabajo, con violencia; pero como si un mismo resorte hubiera puesto en movimiento al rey, éste se levantó lentamente, llevó tambien con sumo trabajo la mano á su gorra de abrigo, y se la quitó.

El rey y el senador del Consejo de los Diez permanecieron en silencio mirándose algunos instantes; los dos altivos, los dos sérios, los dos impenetrables.

Podia decirse que Venecia y España se miraban; es decir, que estaban frente á frente dos enemigos encubiertos, que se respetaban, más bien, que se temian mútuamente, y que se trataban con un frio y calculado respeto.

—Guarde Dios á su majestad el rey de España, dijo Aben-Shariar con la entonacion fria y grave.

—Guarde Dios al serenísimo estado de Venecia, contestó el rey con la misma frialdad.

Aben-Shariar sacó un pliego de su escarcela, y le entregó á don Felipe, inclinándose levemente.

Don Felipe, al tomar el pliego, se inclinó tambien, pero ni más ni menos que lo que se habia inclinado Aben-Shariar.

El pliego que el rey abrió y leyó decia así:

«El Dux y el Consejo de los Diez de la serenísima República de Venecia, á su majestad el rey de España:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sabreis que uno de los Diez de nuestro supremo Consejo de Estado va á vuestra presencia á tratar con vos secretamente un asunto del más grave interés. No es un embajador, sino el Dux y los Diez del Consejo, los que van á hablar con vos, en la persona de monseñor Pietro Mastta, uno de los de nuestro Consejo. Lo que él dijere, lo que él afirmare, lo que él negare, lo dice, lo afirma y lo niega Venecia, que va con él, no como en representacion, sino reasumida en su persona. Venecia saludará á vuestra majestad por su boca, y le afirmará la buena amistad que para vos guarda Venecia, y el vivo deseo de que esta amistad no se rompa por nadie ni por nada.—Venecia 25 de setiembre de 1594.—Por Venecia, y por el Consejo de los Diez.—El Dux, *Antonio Foscarini.*»

Por bajo se veia el gran sello secreto de la República de Venecia.

VIII.

El rey puso lentamente el papel sobre la mesa, y dijo á Aben-Shariar, señalándole un sillon que al otro lado de la mesa habia:

—Sentáos, monseñor, á fin de que pueda sentarme yo.

—No soy yo, el patricio Pietro Mastta, el que se sienta á par del noble rey de España; quien se sienta es Venecia, dijo gravemente Aben-Shariar.

—Ciertamente; y por lo mismo que Venecia y España están representadas en dos reyes, porque vos, monseñor, sois uno de los diez reyes de Venecia, y el rey de

España está ya viejo, y esta cámara es fria, yo ruego á Venecia que se cubra, para que yo pueda cubrirme.

Aben-Shariar se puso el birrete al mismo tiempo que el rey su gorro de pieles.

A pesar de la violencia, de la tremenda violencia que el rey se veia obligado á hacer sobre sus instintos y su costumbre en todo aquello que estaba haciendo, no se reveló ni en su semblante ni en su voz la más leve alteracion.

Aben-Shariar, por su parte, miraba de una manera atenta, pero franca y valiente, al rey don Felipe.

—Es para mí ciertamente una satisfaccion el tratar mano á mano por medio de vos con el noble Estado de Venecia, dijo el rey; mi aliada es en un asunto que tanto importa á la cristiandad, como la represion del turco, Venecia y ese valiente Estado tiene, no solo mi amistad, sino mi amor inalterable.

—Venecia, por su parte, ama y estima á vuestra majestad, y de seguro el leon de San Márcos no puede medir sus fuerzas mientras vuestra majestad viva con el leon de España.

—De lamentar seria una desavenencia entre Venecia y yo, dijo Felipe II, desavenencia por la que quien más ganaria seria el turco.

—Venecia, pues, señor rey, viene en mí á vuestra majestad como amiga, á interponer para con vuestra majestad, y entre el misterio más profundo, sus buenos oficios para con una familia que es hija adoptiva de Venecia.

—¿Y qué nombre tiene esa familia? dijo con su manera inalterable Felipe II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sabreis que uno de los Diez de nuestro supremo Consejo de Estado va á vuestra presencia á tratar con vos secretamente un asunto del más grave interés. No es un embajador, sino el Dux y los Diez del Consejo, los que van á hablar con vos, en la persona de monseñor Pietro Mastta, uno de los de nuestro Consejo. Lo que él dijere, lo que él afirmare, lo que él negare, lo dice, lo afirma y lo niega Venecia, que va con él, no como en representacion, sino reasumida en su persona. Venecia saludará á vuestra majestad por su boca, y le afirmará la buena amistad que para vos guarda Venecia, y el vivo deseo de que esta amistad no se rompa por nadie ni por nada.—Venecia 25 de setiembre de 1594.—Por Venecia, y por el Consejo de los Diez.—El Dux, *Antonio Foscarini.*»

Por bajo se veia el gran sello secreto de la República de Venecia.

VIII.

El rey puso lentamente el papel sobre la mesa, y dijo á Aben-Shariar, señalándole un sillon que al otro lado de la mesa habia:

—Sentáos, monseñor, á fin de que pueda sentarme yo.

—No soy yo, el patricio Pietro Mastta, el que se sienta á par del noble rey de España; quien se sienta es Venecia, dijo gravemente Aben-Shariar.

—Ciertamente; y por lo mismo que Venecia y España están representadas en dos reyes, porque vos, monseñor, sois uno de los diez reyes de Venecia, y el rey de

España está ya viejo, y esta cámara es fria, yo ruego á Venecia que se cubra, para que yo pueda cubrirme.

Aben-Shariar se puso el birrete al mismo tiempo que el rey su gorro de pieles.

A pesar de la violencia, de la tremenda violencia que el rey se veia obligado á hacer sobre sus instintos y su costumbre en todo aquello que estaba haciendo, no se reveló ni en su semblante ni en su voz la más leve alteracion.

Aben-Shariar, por su parte, miraba de una manera atenta, pero franca y valiente, al rey don Felipe.

—Es para mí ciertamente una satisfaccion el tratar mano á mano por medio de vos con el noble Estado de Venecia, dijo el rey; mi aliada es en un asunto que tanto importa á la cristiandad, como la represion del turco, Venecia y ese valiente Estado tiene, no solo mi amistad, sino mi amor inalterable.

—Venecia, por su parte, ama y estima á vuestra majestad, y de seguro el leon de San Márcos no puede medir sus fuerzas mientras vuestra majestad viva con el leon de España.

—De lamentar seria una desavenencia entre Venecia y yo, dijo Felipe II, desavenencia por la que quien más ganaria seria el turco.

—Venecia, pues, señor rey, viene en mí á vuestra majestad como amiga, á interponer para con vuestra majestad, y entre el misterio más profundo, sus buenos oficios para con una familia que es hija adoptiva de Venecia.

—¿Y qué nombre tiene esa familia? dijo con su manera inalterable Felipe II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Portugal; contestó Aben-Shariar.

—¿Tenemos aquí algunos vasallos con el apellido Portugal? dijo Felipe II.

—La familia Portugal á que Venecia se refiere, no es vasalla; ha sido imperante, y debe volver á imperar, contestó tranquilamente Aben-Shariar.

—Decid el nombre del cabeza de esa familia, á fin de que podamos entendernos.

—El rey don Sebastian de Portugal.

—El rey don Sebastian de Portugal, mi sobrino, imperó; pero no puede imperar, ni tiene familia; no puede imperar, porque los muertos no imperan, ni habiendo muerto mozo y sin casar, puede haber familia que impere en Portugal por su derecho.

Felipe II, á pesar de lo grave de estas palabras, las pronunció de la manera más fria é indiferente del mundo.

—El rey don Sebastian vive, y no solo vive, sino que está preso en los reinos de vuestra majestad; el rey don Sebastian vive y tiene familia; familia que tambien está presa; el rey don Sebastian, imprudente siempre, como lo fué desoyendo los consejos de vuestra majestad, y obstinándose en su temeraria expedicion sobre el Africa, ha desoido tambien los consejos de Venecia, y se ha venido encubierto á España, buscando el ejercicio de su derecho de una manera oculta, independiente de la voluntad de Venecia, que en este árduo negocio no quiere ni puede tener otra intervencion que la de una mediacion amistosa, ó mejor dicho, que la de aclaradora de la verdad, que está en tela de juicio en los tribunales de vuestra majestad.

—Os escucho con asombro, dijo Felipe II; me dais unas noticias que me cogen completamente desprevenido; os ruego, pues, aclareis lo que no puedo comprender bien; Venecia dice, por vuestra boca, que el rey don Sebastian vive. Podrá ser, por más que se tengan las pruebas de que el rey don Sebastian murió en la batalla de los Xerifes; pero si se prueba lo contrario, si se prueba hasta la evidencia que el rey don Sebastian vive, yo le perdonaré el que haya dudado de mi justicia y de mi honor, buscando por medio de conspiraciones un trono que yo le hubiera dado, que yo le daré en el momento en que tenga la certeza de que existe el rey don Sebastian.

—Venecia la tiene, señor; Venecia no dió conocimiento á vuestra majestad de la existencia del rey don Sebastian, porque Venecia no queria intervenir en este asunto; Venecia aconsejó á don Sebastian que preparase una prueba robusta y la presentase á vuestra majestad, seguro de que vuestra majestad, siempre cristiano y siempre caballero, le pondria en posesion de su reino. Pero Venecia, al ver que el rey don Sebastian, imprudente siempre, abusando de la hospitalidad que Venecia le daba, desconfiando de la buena fé indudable de vuestra majestad, conspiraba y preparaba proyectos tenebrosos para llegar por la sorpresa y por la fuerza á la posesion de su reino, lanzó fuera de sí al rey don Sebastian, para no hacerse cómplice ni encubridora de una conspiracion contra vuestra majestad.

—Venecia obró como era necesario que obrase siendo mi amiga, dijo el rey sonriendo levemente y con mues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tras de aprecio; pero me temo mucho que Venecia haya sido sorprendida por un impostor. Venecia está apartada de las cuestiones de este lado de Europa, y no sabe sin duda que los portúgueses no creen que su desventurado rey don Sebastian murió en Africa, á pesar de las pruebas indudables que por desgracia hay de su muerte. Esto puede ser causa de que un impostor, protegido á ciencia cierta por los traidores á quienes me veo obligado á reprimir en Portugal para hacer respetar la santa voluntad de Dios, que ha querido que venga á mí por legítimo derecho de herencia el reino de Portugal; esto ha podido dar ocasion, repito, á que un impostor se atreva á usurpar un nombre ilustre: el nombre de un rey muerto, de quien es de esperar ya habrá tenido Dios misericordia.

—Venecia, señor, ha sabido punto por punto la historia del rey don Sebastian desde que fué recogido del campo de batalla y vuelto á la vida, y adoptado por una familia árabe, á la cual pertenece la que hoy es esposa del rey don Sebastian.

—¿Y por qué si esa familia protegia á ese que dicen ser el rey de Portugal, ese hombre, en cuanto sanó de sus heridas no se presentó en su reino? ¿Por qué no dijo al cardenal don Enrique, héme aquí; dejad de ser rey, porque el rey vive, y no puede haber dos reyes en Portugal?

—Vuestra majestad debe recordar bien lo que era el rey don Sebastian, dijo Aben-Shariar.

—Sí, voluntarioso, antojadizo y temerario; su deseo de conquistar el Africa era un deseo santo y noble, que

sintieron los señores Reyes Católicos mis abuelos, el gran emperador Cárlos V, mi padre, que tengo yo, que recomendaré eficazmente al príncipe de Astúrias mi hijo, cuando llamándome Dios á sí, llegue la hora de mi muerte; ese deseo deben tenerle y le tendrán los reyes de España que me sucedan en lo porvenir; porque á más de debernos los moros una deuda de honor y de sangre, un rey cristiano no puede estar tranquilo, ni llamarse verdaderamente grande, mientras cerca de él, al alcance de su mano, hay una inmensa region habitada por gente bárbara é idólatra; pero no era la ocasion, y yo no quise ni pude ayudar á mi sobrino en aquella temeraria empresa; desgraciadamente, por cuestiones de derecho, de religion y de política, estaba yo empeñado en las largas y costosas guerras, que con sus inmensos dominios me dejó en herencia el emperador mi padre; yo no podia quitar de Flandes, de Italia, de Francia, los buenos capitanes y los bravos ejércitos, que sostenian mi honor y mi derecho, contra los que se rebelan contra Dios y contra mí; yo no podia despoblar mis reinos y empobrecerlos, para arrojar sobre el Africa un ejército bastante y sepultar en aquella region, inhospitalaria y salvaje, capitanes, soldados y tesoros; lo que el rey, señor de inmensos dominios y poseedor de grandes riquezas no podia hacer, no podia ni aún soñar en hacerlo el rey de Portugal, señor de un reino noble y bravo, pero pequeño y pobre; aconsejé lo que debia, y mis consejos fueron en mal hora desoidos; Portugal se vistió de luto, y la cristiandad entera se llenó de dolor, por el sangriento desastre de la batalla de los Xerifes. El rey don Sebastian,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

creyendo fácil la conquista del Africa, no hizo otra cosa que ir á encontrar la muerte y á alentar con aquel triunfo ofrecido casi de balde á los africanos, en su soberbia y su codicia; los resultados de aquella desgracia, se hicieron sentir muy pronto, y yo me ví obligado á invertir naves, hombres y dineros, que me eran para otras empresas muy necesarios, en reprimir la piratería de Marruecos, que se venian insolentes encima de mis costas andaluzas, esparciendo en ellas el espanto. Que Dios perdone al rey don Sebastian el daño que hizo, voluntarioso, temerario y sordo á los consejos de la prudencia.

—Hé ahí la causa de que el rey don Sebastian, una vez curadas sus heridas, no se haya presentado á reclamar su corona, dijo Aben-Shariar; la desgracia, que le mostró de una manera dura que habia caido en un error lamentable; tuvo vergüenza de su derrota, y cometió otra nueva locura, otra nueva imprudencia; se sepultó en el olvido y aún siquiera dió noticias de sí, dejando con su desaparicion y su silencio, se confirmase la idea de su muerte; es más: hizo voto solemne de no reinar en veinte años, contados desde el dia de la batalla; de vivir oculto bajo un nombre supuesto, y de no revelarle ni aún en un peligro de muerte, hasta pasados los veinte años del voto.

—Pues ved ahí; aún no son cumplidos diez y siete desde que sucedió la batalla de los Xerifes.

—Otra nueva locura, otra impremeditacion del rey don Sebastian, á la que ha unido la imprudencia de conspirar, en vez de presentarse francamente, y sobre

todo esto, la temeridad de venir á España, á proseguir sus conspiraciones, en vez de reclamar desde tierra extraña.

—Si él fuera el rey don Sebastian, seguro estaria en mis reinos, sin otro peligro que el de una ágria reconvencion mia, cuando le conociese; líbreme Dios del solo pensamiento de usurpar á un rey su corona y de manchar mis manos con sangre inocente.

—Nadie puede dudar de la virtud y de la grandeza de vuestra majestad.

—Sin embargo, Venecia cree necesario intervenir en este asunto.

—Para ilustrar á vuestra majestad como amiga, como intermediaria de buena voluntad, y con lealtad de corazon; y en esto, señor rey don Felipe, no puede vuestra majestad tener duda; altas razones de Estado militan en pró de la sinceridad de Venecia en este asunto, vuestra majestad lo sabe demasiado; Venecia no quiere, ni está en su política, tener guerras por negocios que nada le interesan; y esto, que es claro como la luz del sol, es indudable para vuestra majestad; si Venecia viene á vos, es por una cuestion de deber y de conciencia; Venecia, por mi medio, ilustrará á vuestra majestad, le prestará una luz para que vea lo más claro posible en este tenebroso negocio. Despues, vuestra majestad obrará como le plazca, por ante Dios y su conciencia.

—Ciertamente que Venecia me da una gran muestra de su amistad y de su buena inteligencia conmigo; pero señores, vosotros estais engañados; todo el que se levante llamándose el rey don Sebastian, es un impostor; el rey

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

don Sebastian murió: hay pruebas indudables de ello, pruebas claras como la luz del sol.

—Puesto que Gabriel de Espinosa está bajo la justicia de vuestra majestad, es de esperar que vuestra majestad obrará en este grave asunto con estricta justicia; pero, lo repito, Venecia no interviene en esto; sea cualquiera el fallo de vuestra majestad, Venecia no se sentirá agraviada, aunque vuestra majestad lleve al patíbulo al procesado, ya sea como vuestra majestad cree, un impostor, ya sea, como lo cree Venecia, el rey don Sebastian.

—Pero las pruebas, caballero, las pruebas, dijo tranquilamente el rey.

—¡Las pruebas! El testimonio unánime de cuantos portugueses conocieron al rey don Sebastian, que le han visto en Africa y en Venecia; el admirable parecido que existe entre Gabriel de Espinosa y el rey don Sebastian, no solo en la figura, sino en el carácter, en el génio, en el valor, en la destreza. ¿Cree vuestra majestad que un pastelero, un villano, puede ser tan buen caballero, es decir, tan buen hombre de armas y tan gran soldado como Gabriel de Espinosa?

—Abundan en Portugal y en España hombres de baja cuna cuyo gran valor, cuya gran destreza, cuyo grande aliento asombra; ya sé que Gabriel de Espinosa es un gran soldado, que cabalga grandemente, que rompe una lanza en el aire, que justa á la perfeccion, y que espada en mano, es terrible; sé que es soberbio, audaz, valiente y temerario, y si no me hubieran dado noticias de ello, me hubiera bastado para conocerlo lo árduo del negocio en que se ha metido. Para venirse á mí, al rey

don Felipe, diciendo: «Yo soy el rey don Sebastian el trono de Portugal es mio, idos de él,» son necesarias una gran temeridad ó una soberbia más grande aún.

—O un derecho indudable y sagrado.

—Para acreditar ese derecho se necesitan más pruebas que las que me habeis indicado.

—El Consejo de los Diez sabe cómo hablan los reyes y los caballeros, y cuando ha escuchado á Gabriel de Espinosa, ha oido en su boca palabras de caballero y de rey.

—Si es portugués, los portugueses son muy inflados; si es castellano, los castellanos son muy altivos; un cualquiera, portugués ó castellano, solo con que Dios le haya dotado de audacia, puede parecer un rey en Venecia y en cualquiera otra parte donde no se conozca bien á los portugueses y á los españoles. El Consejo de los Diez ha podido muy bien equivocarse.

—Pero un cualquiera no puede saber secretos de Estado.

—¿Y Gabriel de Espinosa los sabe? dijo siempre tranquilo don Felipe.

—Sí, y graves; secretos de Estado que la República de Venecia conoce, porque la República de Venecia oye hasta los susurros que versan sobre asuntos de alguna importancia general, sea donde quiera el lugar ó el reino donde suenan estos susurros.

—Sí, sí; ya sé que el Consejo de los Diez tiene oidos muy largos.

—Venecia paga á peso de oro á todo el que le revela una sola palabra que tenga alguna gravedad; ella escu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cha hasta las confesiones de los príncipes; no hay asunto, por secreto que sea, que Venecia no conozca; paga bien, y la sirven bien; y cuando el que se ha comprometido á servirla es traidor, sea cualquiera su nombre, muere de una manera misteriosa. Así, Venecia, por su oro y por su terror, impera en todas partes, como quiere y debe imperar, de una manera oculta, de una manera secreta; y por eso mismo, Venecia duerme tranquila sobre el Adriático; porque aunque Venecia es un Estado pequeño, el mundo la teme y la respeta como el mayor de los Estados.

—Venecia hace muy bien; los que no son robustos por la fuerza, deben hacerse respetables, temibles, por la astucia. Pero decíais que Gabriel de Espinosa posee secretos de Estado; podrá ser muy bien que los posea, sin que por esto pueda decirse que es el rey don Sebastian; junto á sí ha tenido un fraile, que tambien está preso, un fray Miguel de los Santos, varon docto, grave y muy respetado en Portugal, que fué confesor de mi hermana doña Juana de Austria, madre de don Sebastian, confesor despues de este rey, y muerto éste, gran partidario de don Antonio, prior de Ocrato, por el cual me aborotaba el reino de Portugal, hasta el punto de que hube de mandar que le prendiesen y le hiciesen proceso, y al que se desterró de Portugal para que no revolviese el reino, trayéndole á Castilla y á la villa de Madrigal, donde, pertinaz en sus rebeldías, ha seducido á mi sobrina doña Ana de Austria, monja profesa en el convento de Nuestra Señora de Gracia la Real de aquella villa, haciéndola creer que el tal Gabriel de Espinosa es

el rey don Sebastian, y envolviéndola en una traicion contra mí, de lo que me pesa harto. Fray Miguel de los Santos es el fautor de todo esto, y todo esto lo hace en provecho de don Antonio de Portugal, no del rey don Sebastian, que sabe él muy bien que murió; como que predicó en las honras del rey don Sebastian, en la iglesia de Belen en Lisboa. Que Gabriel de Espinosa sepa grandes cosas de Estado, lo creo muy bien; y hasta lo que yo hablé con el rey don Sebastian en Guadalupe, porque don Sebastian era un tanto hablador, y fray Miguel de los Santos, muy su favorito, y á quien nada tenia oculto; y como Gabriel de Espinosa está aleccionado por fray Miguel de los Santos, hé aquí que ese hombre, bajo y rebelde, puede decir cosas que maravillen y asombren.

—Siempre queda á vuestra majestad su propio testimonio. Gabriel de Espinosa desea ardientemente que vuestra majestad le permita venir á su presencia.

—Mis jueces, mis jueces bastan, dijo el rey; no puede la majestad real descender hasta los audaces. Si es un impostor, mis jueces lo verán; y si, por un milagro, que de otra manera no puede ser, fuese el rey don Sebastian, yo me contentaria mucho de ello, y le daria de muy buena voluntad su reino; porque Dios me libre, no ya de retener, pero ni aún de codiciar lo que no es mio.

—Ahora bien, señor, dijo Aben-Shariar levantándose; dejemos de hablar de Gabriel de Espinosa ó del rey don Sebastian, y permítame vuestra majestad le hable en nombre de Venecia de otra persona.

—Os escucho, señor senador, escucho en vos á Venecia.

—La esposa de Gabriel de Espinosa, que ha venido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con un nombre supuesto con el supuesto empleo de nodriza de una hija del pastelero de Madrigal, está presa en la cárcel de aquella villa.

—Dicen que esa que se llama Clara, es un alta persona, que seducida, engañada, no puede ser de otro modo, por Gabriel de Espinosa, le ha seguido en sus aventuras. ¿Es cierto que esa mujer ó esa dama es legítimamente esposa del pastelero?

—Sí señor; esposa legítima.

—Decian que Gabriel de Espinosa habia sido secretamente casado por fray Miguel de los Santos con doña Ana de Austria, observó el rey, deslizando, por decirlo así, estas palabras.

—No, no, señor, respondió Aben-Shariar; entre doña Ana de Austria y Gabriel de Espinosa, solo media una promesa de casamiento que no se realizará jamás.

—¡Jamás! dijo el rey de una manera singular, y añadió: Y decid, ¿la República de Venecia proteje decididamente á la esposa del pastelero?

—Decididamente, señor; porque esa dama y sus hijos son hijos adoptivos de la República de Venecia; y si á ellos les parara daño, Venecia reclamaria á todo su poder, hasta el punto de declararos la guerra por el daño que hubiesen recibido.

—¡Ah! ¿Venecia romperia su buena inteligencia conmigo, si mis jueces, por ejemplo, encontrando méritos para sentenciar á esa mujer, la sentenciasen?

—Con mucho menos, señor, con mucho menos; con que se tocase á uno solo de sus cabellos; ménos aún, con que se le hiciesen oir palabras duras ú ofensivas.

—Mucha dama debe ser, dijo siempre inalterable Felipe II.

—Es una dama que por Gabriel de Espinosa ha despreciado un trono.

—¿Alguna princesa?

—Más que eso, señor, más que eso; una reina por derecho propio.

—¡Válgame Dios! dijo el rey con acento místico y suntuoso; ¡hasta donde arrastran los sentidos y las pasiones! ¡Cuánto debe á la divina misericordia el que sabe reprimirse, acallar la voz de la soberbia, ahogar la cólera y no hacer más que lo conveniente!

—Cualidades son esas, dijo con intencion Aben-Shariar, que resplandecen en vuestra majestad.

—Pero vos estais de pié, vos, en quien aquí no miro más que á la República de Venecia, y yo permanezco sentado; perdonad; Venecia es jóven y robusta, y yo viejo y valetudinario; sentáos, sentáos, monseñor; yo os lo ruego, á fin de que Venecia esté á par mio.

—Venecia, señor, vale tanto de pié como sentada, y por un antiguo hábito de actividad no puede permanecer mucho tiempo en reposo.

—Y sin embargo, hace mucho tiempo, señor Pietro Mastta, que Venecia está en paz con todo el mundo.

—Eso es verdad, señor; Venecia evita la guerra, porque la guerra es el cáncer de los Estados, y la gloria que la guerra produce es demasiado cara; pero se necesita mucha más actividad, mucha más fuerza para evitar la guerra que para hacerla.

—Gran principio político de que yo soy muy parti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dario; porque yo, mejor que otros, sé lo que las guerras cuestan, lo que abruman con incesantes y difíciles cuidados al que impera.

—Pero tratábamos, señor, dijo Aben-Shariar trayendo á la cuestion á Felipe II que se le escapaba, de una altísima persona, que bajo un nombre supuesto, y bajo una apariencia humilde, está presa en los dominios de vuestra majestad.

—Sí, eso es; de una alta persona, ahijada de Venecia, para quien, por lo visto, se reclama, so pena de una guerra, la más absoluta inviolabilidad.

—Eso es, señor, dijo Aben-Shariar; Venecia no reclama, sino que declara á vuestra majestad lo inviolable de su ahijada doña María de Souza Carbalho.

—¡Ah, ah! Pues no conozco ninguna dama que haya podido ser por derecho propio reina, y se llame doña María de Souza Carbalho.

—Ese es un segundo nombre, señor.

—¡Ah! Ese nombre es tambien un nombre supuesto.

—No señor; ese es el nombre cristiano de esa señora.

—Confieso que no os comprendo bien.

—Quiero decir que ese es el nombre que tomó al bautizarse la princesa de quien hablo á vuestra majestad.

—¡Ah! ¿Esa princesa no es hija de cristianos?

—No, no señor; esa princesa es descendiente en línea recta del profeta Mahoma.

El rey se puso de pié.

—Habeis pronunciado el nombre del maldito Mahoma con un respeto que me hace tambien creer que vuestro nombre es falso.

—Rey don Felipe: el que está ante tí, vale tanto y puede tanto como tú; pero de una manera doble; como Pietro Mastta, como patricio de Génova y de Venecia, como uno de los Diez del Consejo supremo del Estado veneciano, valgo tanto, y puedo tanto, unido con mis compañeros, como tú, y como el monarca más poderoso de la tierra; mis compañeros y yo somos la cabeza, el corazon y la espada de Venecia, y ¡ay del que se atreva á insultar al leon de San Márcos, á hacerle tender las alas y encrespar la melena!

Felipe II miraba mudo y sombrío á Aben-Shariar, que irritado por la calma glacial del rey, estaba pálido y convulso.

—Y oye tú, Felipe de Austria, soberbio hijo de Cárlos V, yo aborrezco el nombre cristiano, como tú aborreces el nombre musulman.

—¡Ah! exclamó el rey, ¡tú eres un impostor!

—Yo soy Pietro Mastta, senador del Consejo de los Diez de Venecia, y al mismo tiempo, Sidi-Yhaye-ben-Shariar, emir, rey, señor de una de las siete provincias del Africa Occidental; y para que lo veas, para que engañado no te atrevas á algo que rompa la paz entre Venecia y España por una ofensa hecha á mi persona, mira.

Aben-Shariar sacó de su justillo un tubo de plata y de él un pergamino vitela con un sello de oro pendiente de hilos de seda.

El rey desenrolló con mano trémula de cólera el pergamino; porque al saber que tenia delante de sí un moro, á un enemigo de Dios y del nombre cristiano,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habia perdido todo su aplomo, se habia convertido en el terrible Felipe II que conservaba, aún en la vejez, toda su terrible energía, y leyó lo siguiente:

«El Dux, en nombre del Consejo de los Diez de la serenísima República de Venecia, á tí, Sidi-Yayhe-ben-Shariar, salud de buena voluntad:

»Teniendo en cuenta los grandes servicios que has prestado á la República de Venecia, que por tí nuestras naves ejercen libremente el comercio en el Adriático y en el mar Mediterráneo:

»Considerando que eres el más poderoso y el más bravo de los siete emires del Africa Occidental:

»Considerando que la serenísima República de Génova ha inscrito tu nombre como patricio por grandes servicios prestados á aquella República, conociéndote como Pietro Mastta, la serenísima República de Venecia ha inscrito tu nombre en su Libro de Oro, y te ha nombrado miembro de su Consejo de los Diez, llenando contigo la vacante que ha resultado por la ejecucion como traidor de Bartolomeo Stéfani.

»Por tanto, tú, monseñor Pietro Mastta, perteneces desde hoy al Consejo Supremo de los Diez de la serenísima República de Venecia, y tu nombre árabe es desde hoy un alto secreto de Estado.

»En Venecia, en nuestro palacio, á doce dias del mes de enero de mil quinientos ochenta y cuatro.—*El Dux.*»

El rey enrolló violentamente este pergamino, y le entregó á Aben-Shariar.

—Concluyamos, dijo con voz trémula el católico rey don Felipe; no hablo con el infiel enemigo de Dios, sino

con el hombre que representa á la República de Venecia; tu mensaje terminante, y concluyamos.

—En cuanto al rey don Sebastian, dijo Yhaye, le entregamos á tu conciencia; no ponemos mano por él á nuestra espada, porque Venecia no conquista á nadie reinos; pero en cuanto á la sultana Sayda Mirian-ben-Juzef-ben-al-Hayzarí, la declaramos inviolable, y te haremos cargo de todo lo que en su daño ó su menosprecio se haga. Entre la guerra que puedes tú hacer á Venecia, y el estrago que puedo yo hacer con mis naves corsarias á las naves mercantes venecianas y á las costas del Adriático, Venecia prefiere una guerra contigo, que no puedes hacerla tanto daño como yo.

—¿Y por qué, por qué, dijo Felipe II con un altivo desprecio, tú, pirata, tú, infiel, que así dispones de Venecia porque está dejada de la mano de Dios y caerá un dia bajo la cólera divina, no me pides me quite de la cabeza la corona de Portugal para ponerla en las sienes de tu pastelero? ¡Ira de Dios, que yo no sabia hasta dónde llegaba mi paciencia!

—Si yo no te pido en nombre de Venecia la inviolabilidad del rey don Sebastian, es porque tú preferirias á esto la guerra con Venecia; es porque ya en tu poder, en el corazon de tus Estados, ese desdichado rey no puede encontrar salvacion, sino en un milagro de Dios, que toque tu alma empedernida. La guerra seria inútil; seria una venganza estéril que costaria mucho oro, mucha sangre y muchos desastres. Pero en cuanto á la sultana Sayda Mirian...

—Tienes razon; yo no arrostraré por una mujer una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guerra con mi solapada enemiga Venecia; no vale una sultana mora una sola gota de sangre de mis vasallos; llévatela cuando quieras; yo te daré para que te la entreguen una órden mia, escrita y firmada de mi mano, y refrendada por mis secretarios; llévatela en buen hora.

—Ella no querrá apartarse de los lugares donde está preso el rey don Sebastian; no querrá estar libre mientras su esposo esté en prisiones. Además de esto, puede ayudar mejor que otra persona alguna á los jueces, si es que tú te propones juzgar en justicia al rey don Sebastian. Por lo mismo, que la cárcel sea para ella un lugar de retiro y de custodia; que se la trate y se la respete como á quien es, y que se me entregue cuando esté concluido el proceso del rey don Sebastian, favorable ó adversamente.

—Bien, respondió el rey don Felipe; esa mujer será inviolable; por una miserable cuestion de soberbia no quiero una guerra, que sobre las que tengo, afligiria demasiado mis vasallos, y si la inviolabilidad de esa mujer ha de tener desarmados á los viles corsarios de Trípoli y de Túnez, sea en buen hora inviolable; pues ya has dicho cuanto tenias que decirme, véte.

—Un momento: llega un dia en que Dios toca al coloso con cabeza de oro, cuerpo de hierro y piés de barro; llega un dia en que Dios demuestra á los poderosos de la tierra, que para él todos los hombres son iguales; y en ese dia tremendo, el espectro de su conciencia se levanta delante del rey moribundo, y convierte su agonía en un infierno, mostrándole las cabezas lívidas de sus

víctimas; ¡para qué es la venganza de los hombres, si existe la inevitable venganza de Dios!

—Dios tiene en su mano el corazon de los reyes, y á Dios responderé del bien ó del mal que haya hecho sobre la tierra. Véte.

—Adios, rey don Felipe; Venecia te saluda.

Y Aben-Shariar salió en paso lento, grave y altivo de la cámara.

IX.

¡Dios, Venecia, ese hombre, el otro, la guerra amenazándome por todas partes; cada dia más tirantes, más duras las riendas del gobierno! ¡Venecia, la miserable, la impura, la prostituta Venecia! ¡Venecia, república de mercaderes, que todo lo posponen, religion, honor, dignidad, á la vil ganancia! ¡Venecia que ampara á los piratas, y los ennoblece, y los pone sobre su cabeza, y los envia insolentes y soberbios á un rey cristiano! ¡Y yo, yo, he podido sufrir... Venecia cubre la mar de naves; una guerra con Venecia me quitaria el Milanesado, y pondria en peligro mi reino de Nápoles; la grandeza, el dominio, tienen su precio; los que envidian á los reyes son unos insensatos... Y ese hombre, ese perro infiel, ha levantado frente á mí su cabeza, se ha atrevido á mí, y yo no le he hecho pedazos... Y es que mi poder se quebranta dividido en una y otra parte... Guerra aquí, guerra allá, guerra al otro lado de los mares, guerra contra el mundo entero... ¡Y los ingleses se me rien escondidos entre sus rocas, y la indomable Flandes man-

guerra con mi solapada enemiga Venecia; no vale una sultana mora una sola gota de sangre de mis vasallos; llévatela cuando quieras; yo te daré para que te la entreguen una órden mia, escrita y firmada de mi mano, y refrendada por mis secretarios; llévatela en buen hora.

—Ella no querrá apartarse de los lugares donde está preso el rey don Sebastian; no querrá estar libre mientras su esposo esté en prisiones. Además de esto, puede ayudar mejor que otra persona alguna á los jueces, si es que tú te propones juzgar en justicia al rey don Sebastian. Por lo mismo, que la cárcel sea para ella un lugar de retiro y de custodia; que se la trate y se la respete como á quien es, y que se me entregue cuando esté concluido el proceso del rey don Sebastian, favorable ó adversamente.

—Bien, respondió el rey don Felipe; esa mujer será inviolable; por una miserable cuestion de soberbia no quiero una guerra, que sobre las que tengo, afligiria demasiado mis vasallos, y si la inviolabilidad de esa mujer ha de tener desarmados á los viles corsarios de Trípoli y de Túnez, sea en buen hora inviolable; pues ya has dicho cuanto tenias que decirme, véte.

—Un momento: llega un dia en que Dios toca al coloso con cabeza de oro, cuerpo de hierro y piés de barro; llega un dia en que Dios demuestra á los poderosos de la tierra, que para él todos los hombres son iguales; y en ese dia tremendo, el espectro de su conciencia se levanta delante del rey moribundo, y convierte su agonía en un infierno, mostrándole las cabezas lívidas de sus

víctimas; ¡para qué es la venganza de los hombres, si existe la inevitable venganza de Dios!

—Dios tiene en su mano el corazon de los reyes, y á Dios responderé del bien ó del mal que haya hecho sobre la tierra. Véte.

—Adios, rey don Felipe; Venecia te saluda.

Y Aben-Shariar salió en paso lento, grave y altivo de la cámara.

IX.

¡Dios, Venecia, ese hombre, el otro, la guerra amenazándome por todas partes; cada dia más tirantes, más duras las riendas del gobierno! ¡Venecia, la miserable, la impura, la prostituta Venecia! ¡Venecia, república de mercaderes, que todo lo posponen, religion, honor, dignidad, á la vil ganancia! ¡Venecia que ampara á los piratas, y los ennoblece, y los pone sobre su cabeza, y los envia insolentes y soberbios á un rey cristiano! ¡Y yo, yo, he podido sufrir... Venecia cubre la mar de naves; una guerra con Venecia me quitaria el Milanesado, y pondria en peligro mi reino de Nápoles; la grandeza, el dominio, tienen su precio; los que envidian á los reyes son unos insensatos... Y ese hombre, ese perro infiel, ha levantado frente á mí su cabeza, se ha atrevido á mí, y yo no le he hecho pedazos... Y es que mi poder se quebranta dividido en una y otra parte... Guerra aquí, guerra allá, guerra al otro lado de los mares, guerra contra el mundo entero... ¡Y los ingleses se me rien escondidos entre sus rocas, y la indomable Flandes man-

tiene contra mí una eterna guerra, y Enrique... el hugonote, el falso convertido me acecha, y Portugal muerde rebramando su cadena, y el Africa duerme frente á mí tranquila... Y aquí, en el corazon de mi España, un hombre misterioso, un hombre que hace temblar á mis jueces, se levanta delante de mí pidiéndome el trono de Portugal... ¡No! ¡No por Dios vivo! ¡Portugal no! Antes que perder un solo pedazo de Portugal, perderia el corazon. ¡Ah! ¡Ah! Y no es tan fácil arrancar el corazon al rey don Felipe. Pues bien; que se cumpla la voluntad de Dios; que mientras Dios me ayude, no ha de entrar en mi corazon el miedo, ni en mi pensamiento la duda. ¡Santoyo!

X.

Poco despues apareció el ayuda de cámara del rey.

Santoyo vió, por las señales que quedaban en el rostro del rey, que por él habia pasado una récia tormenta; pero prudente siempre, no dió muestras ni aún de haberlo notado.

—Que preparen al momento las postas, Sebastian; quiero marchar esta misma tarde.

—¿Y á dónde, señor?

A Medina del Campo.

Despues de esto, el rey volvió la espalda á Santoyo, y salió de la cámara por una puertecilla.

CAPITULO XXII.

De cómo Gabriel de Espinosa tuvo una larga y misteriosa conversacion con un desconocido.

I.

Treinta horas despues de la partida del rey, es decir, á la media noche del siguiente dia, don Rodrigo de Santillana, que reposaba como podia, física y moralmente en su posada, en la inmensa villa de Medina del Campo, sintió que llamaban á grandes golpes á la puerta de la calle.

Como los sobresaltos no cesaban para Santillana, desde que habia empezado el terrible proceso de Gabriel de Espinosa, á los primeros golpes empezó á vestirse apresuradamente, y poco despues llamaron á la puerta de su cuarto.

Abrióla Santillana, y se presentó Tribaldos, que le dijo entregándole un pliego:

—Del rey nuestro señor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiene contra mí una eterna guerra, y Enrique... el hugonote, el falso convertido me acecha, y Portugal muerde rebramando su cadena, y el Africa duerme frente á mí tranquila... Y aquí, en el corazon de mi España, un hombre misterioso, un hombre que hace temblar á mis jueces, se levanta delante de mí pidiéndome el trono de Portugal... ¡No! ¡No por Dios vivo! ¡Portugal no! Antes que perder un solo pedazo de Portugal, perderia el corazon. ¡Ah! ¡Ah! Y no es tan fácil arrancar el corazon al rey don Felipe. Pues bien; que se cumpla la voluntad de Dios; que mientras Dios me ayude, no ha de entrar en mi corazon el miedo, ni en mi pensamiento la duda. ¡Santoyo!

X.

Poco despues apareció el ayuda de cámara del rey.

Santoyo vió, por las señales que quedaban en el rostro del rey, que por él habia pasado una récia tormenta; pero prudente siempre, no dió muestras ni aún de haberlo notado.

—Que preparen al momento las postas, Sebastian; quiero marchar esta misma tarde.

—¿Y á dónde, señor?

A Medina del Campo.

Despues de esto, el rey volvió la espalda á Santoyo, y salió de la cámara por una puertecilla.

CAPITULO XXII.

De cómo Gabriel de Espinosa tuvo una larga y misteriosa conversacion con un desconocido.

I.

Treinta horas despues de la partida del rey, es decir, á la media noche del siguiente dia, don Rodrigo de Santillana, que reposaba como podia, física y moralmente en su posada, en la inmensa villa de Medina del Campo, sintió que llamaban á grandes golpes á la puerta de la calle.

Como los sobresaltos no cesaban para Santillana, desde que habia empezado el terrible proceso de Gabriel de Espinosa, á los primeros golpes empezó á vestirse apresuradamente, y poco despues llamaron á la puerta de su cuarto.

Abrióla Santillana, y se presentó Tribaldos, que le dijo entregándole un pliego:

—Del rey nuestro señor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

Santillana se acercó á la lámpara de noche, abrió precipitadamente el pliego, y leyó lo siguiente:

«El rey.—En el momento que recibais está órden, saldreis de vuestra casa; cerca de ella encontrareis un hombre embozado; llevad á aquel hombre al encierro de Gabriel de Espinosa, sin preguntarle quién es, sin hablar con él, sin pretender averiguar quién sea. Una vez solo este hombre con Espinosa, le encerrareis con él, y esperareis á distancia, hasta que oigais tres golpes en la puerta del calabozo, á cuya señal acudireis, saldreis con aquel hombre de la cárcel, y una vez fuera de ella, os volvereis á vuestra casa. A ese hombre acompañarán otros cuatro embozados. No procureis saber quiénes sean, y que nada de esto conste en el proceso; cuando hubiéreis leido esta nuestra real órden, quemadla.—En nuestro palacio de Madrid á ocho del mes de octubre de mil quinientos noventa y cuatro.—*El Rey*.—A don Rodrigo de Santillana, alcalde de casa y córte de la real Chancillería de Valladolid.»

III.

Cinco minutos despues, el alcalde, despues de haber quemado la órden, estaba en la calle, y se acercaba á un bulto que se veia entre la sombra á pocos pasos de ella.

Santillana pasó junto aquel bulto sin decirle una palabra, y siguió adelante, camino de la cárcel.

El bulto se puso en marcha, pegándose á Santillana, y guardando el más profundo silencio.

Santillana notaba los pasos de otros cuatro hombres que iban á cierta distancia.

Cuando llegaron á la cárcel, el alcalde llamó, y se hizo abrir pronunciando su nombre.

—Llevadnos al encierro de Gabriel de Espinosa.

El alcaide echó á andar delante.

A la luz que el alcaide llevaba, Santillana vió que quien le habia acompañado hasta allí, ó más bien, quien le habia seguido hasta allí, era un fraile completamente vestido de negro; bajo la capucha que cubria su semblante, se veia una larga barba blanca.

El alcalde guardó silencio, siguiendo al alcaide y llevando tras sí al fraile, hasta la puerta de un encierro que el alcaide abrió.

Al abrirse la puerta, se vió que el calabozo estaba completamente oscuro.

—Dejad dentro vuestro farol, dijo el alcalde, y salid.

—Encenderé más bien el belon que hay en el calabozo, dijo el alcaide.

—En buen hora, contestó Santillana; pero hacedlo pronto, y salid cuanto antes.

El belon estuvo encendido en un momento, y el alcaide salió.

Entró el fraile, y por un mandato de Santillana, el alcaide cerró la puerta del calabozo, y Santillana y el alcaide se retiraron.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

Gabriel de Espinosa, que habia despertado al oir el ruido, y que no se habia dignado hablar, cuando el fraile se quedó dentro de su calabozo, solo y encerrado con él, se incorporó en el lecho y dijo:

—¿Tanto le pesa al rey mi vida, que ya me envia quien me disponga á bien morir?

—Bien os tratan, dijo el fraile que se extremeció ligeramente al oir el acento de Gabriel de Espinosa; teneis buen lecho, mesa, sillas, encierro ancho y cómodo, y por lo que veo, no teneis hierros.

—Pues por ser yo quien soy, debian tratarme mejor en Castilla; contestó Gabriel de Espinosa.

—¿Y quién sois vos? dijo el fraile tomando el belon de sobre la mesa, y viniendo á iluminar con él el semblante de Gabriel de Espinosa.

—Si me habeis conocido alguna vez, vedlo, respondió Gabriel, levantando su semblante de modo que pudiese iluminarle la luz del belon que el fraile tenia en la mano.

Al ver el semblante del preso, el fraile volvió á extremecerse, pero de una manera casi imperceptible.

—Viejo estais, exclamó el fraile.

—Vos esperábais encontrarme más jóven, ¿no es esto? Así como de cuarenta años; pero he pasado muchos trabajos, padre, y los trabajos y las penas me han envejecido. Especialmente desde que estoy bajo la férula de don Rodrigo de Santillana, aunque no hace mucho tiempo, he envejecido diez años. Si conoceis á don Rodrigo



Si me habeis conocido alguna vez, vedlo.

de Santillana, decidle que se dé prisa y me despene pronto, porque yo no he nacido para estar encerrado. Me ahogo aquí, y moriré de rábia como un gorrion viejo cuando le enjaulan. Si conoceis al rey, decidle que para acabar pronto con la pesadilla que debo causarle, me mande ahorcar cuanto antes, y así nos quedaremos en paz, yo en la tumba, y él sin que nadie le pida el reino de Portugal.

—¿Se lo pedís vos?

—Yo no; ni en este lugar se piden tronos; lo que se pide es justicia.

—Dicen que vos pretendeis ser el rey don Sebastian.

—Yo no pretendo pasar por muerto, dijo Gabriel de Espinosa; yo no he dicho tal; quien lo dice es don Rodrigo de Santillana, porque cree en lo que dicen un fraile y una monja; yo no tengo la culpa de que esos dos estén locos, ni que don Rodrigo, más loco que ellos, les haga caso; todo se le vuelve al buen alcalde preguntarme quién soy, y yo tengo ya dañada la lengua de responderle:—Gabriel de Espinosa, pastelero en Madrigal.—Y él replica:—¿Pastelero vos? Como yo; vos sois mucha persona.—Y yo digo:—Mucha ó poca persona, no sé por qué me teneis preso, y por qué me atosigais á preguntas.—Vos habeis querido parecer al rey don Sebastian de Portugal, torna á decir el alcalde, y no me lo decís, porque temeis que si me lo decís, yo os ahorque.—Y yo niego, y el alcalde afirma, y no nos entendemos, y este es el cuento de nunca acabar, y yo tengo ya hace muchos dias perdida la paciencia, y deseando que esto rompa por cualquier parte para acabar de una vez.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Don Rodrigo es un caballero, dijo el fraile, y si tanto pregunta y repregunta y os torna á preguntar, es porque quiere haceros justicia, y os dará la razon que tuviéreis sin temor á nadie ni á nada.

—Pues mirad, tengo para mí que don Rodrigo no es muy valiente.

—¿Y qué os mueve á pensar eso?

—Que veo que me teme él á mí más, mucho más, que lo que yo le temo á él. El me tiene á mí el miedo que puede tenerse á ver un fantasma ó un muerto resucitado; se pone pálido, con la mirada errante, se le lia la lengua, pronuncia las letras mal, y es necesario que yo me ria para que se irrite y la cólera le haga perder el miedo; yo temo á don Rodrigo, como se teme á un abejorro que zumba y zumba siempre del mismo modo, que no nos lo podemos quitar de encima, y nos causa dolor de cabeza; hay dia que se está diez horas el buen señor pregunta que te pregunta y escribe que te escribe, de tal manera, que llego á tener lástima de él, porque si él hace esto, es por miedo que tiene al rey don Felipe; y aquí quien se encausa es él; porque llegará un dia, en que todo lo que escribe contra mí se vuelva contra él, y en que sea ante Dios este proceso, no el proceso del pastelero de Madrigal, sino el proceso del rey don Felipe y del alcalde de Santillana.

Volvióse á extremecer el fraile; pero de un modo más visible.

—Me parece que vos teneis tambien miedo, dijo Gabriel de Espinosa; vos temblais, don Rodrigo tiembla, el carcelero me trata con tanto respeto como si yo fuera

un rey, y tanto harán todos, que puede ser que yo tambien me vuelva loco y crea que soy ese pobre rey don Sebastian que murió por loco y de mala muerte en Africa.

—Dicen, hermano, contestó el fraile, que en medio de todo eso que decís, pretendeis ser ese rey don Sebastian que murió en Africa.

—No parece sino que han partido en dos al alcalde don Rodrigo de Santillana, y que vos sois uno de ellos; os advierto, que si empezais con lo mismo que don Rodrigo, en vez de escucharos, me echo, me vuelvo de cara á la pared, y me duermo al son de vuestras palabras; estoy ya harto y cansado de escuchar siempre la misma cosa. ¿Pero vos, no os cansais de tener el velon en la mano llenándome el rostro de luz? Dejad, dejad el velon, padre, y sentáos; que sois ya viejo, y el estar tanto tiempo de pié os hará mal.

El fraile dejó el velon sobre la mesa, trajo uno de los sillones cerca de la cama, y se sentó en él de espaldas á la luz.

Gabriel de Espinosa, por su parte, se colocó de tal manera, que su semblante quedó envuelto en la sombra.

—No creia yo, dijo Espinosa, que don Rodrigo me hiciese tratar tan pronto con frailes.

—Lo necesita vuestra alma, dijo el del hábito.

—Pues mirad, yo creo que lo que mi alma necesita no son frailes, sino que la dejen quieta y tranquila sin irritarla; porque os juro, que con tanto como se me molesta, se me vá acabando el sufrimiento; y si yo me conde-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no, no será mia la culpa, sino de los que hayan hecho que yo me desespere.

—Sois tenaz; quereis encubrir una cosa de que hay hartas pruebas; cartas se han dirigido á vos, que han caido en poder de la justicia, y otras sin duda habreis recibido en que se os trata de majestad.

—Pues mirad; no me acuerdo de haber recibido carta alguna de nadie en mucho tiempo, y mucho menos, carta en que para mí venga majestad, ni nada que á rey se parezca. Desengañáos, padre, que lo que he dicho hasta ahora lo seguiré diciendo siempre, porque lo que he dicho es la verdad, y no puedo decir otra cosa.

—Mirad no se canse don Rodrigo y os dé tormento, y los cordeles os hagan decir lo que no alcanzan que digais preguntas y razones.

—¡Tormento á mí! A mí no puede nadie darme tormento.

—¿Por qué?

—Porque el rey no consentirá que se rompan las leyes.

—Las leyes mandan que se ponga en el tormento á los que no quieren confesar.

—Pero no puede darse tormento á los nobles.

—¿Y vos lo sois?

—Tan noble como el rey.

—¿Noble y pastelero?

—Nunca supe hacer pasteles; si mis padres los hicieron, yo nunca anduve en la masa; que en otros más nobles empleos se han ocupado mis manos y mi pensamiento; llamábanme pastelero, no ya porque hiciese

pasteles, sino porque era dueño de una pastelería; y como á la pastelería se la ha llevado ya el diablo, porque mi pariente Gil Lopez está preso, y no se han encontrado en la pastelería más que dos palas y tres ó cuatro moldes, y todo esto ha sido embargado por don Rodrigo de Santillana, hé aquí que ya no soy pastelero.

—Debiérais decir la verdad.

—Vuelta á don Rodrigo de Santillana.

—Vuelta á lo que es conveniente y justo.

—¿Quién os envia, padre?

—La caridad.

—No sé por qué me parece que vuestra caridad ha de hacer más daño que beneficio.

—¿Tan impío sois, que ni aún respetais el hábito que me cubre?

—Dicen que el diablo se viste con frecuencia de fraile, y como no os veo el rostro...

—Tengo hecho voto de andar con el semblante cubierto.

—Pero por lo que he visto, no habeis hecho voto de no ver el rostro de los demás; un cuarto de hora habeis estado inundándome de luz el semblante, y mirándome por entre el candil de vuestro capuz.

—Queria conoceros.

—¿Y me habeis conocido?

—Puede ser.

—Me parece difícil el que vos me conozcais.

—Pues mirad; os pareceis mucho al rey don Sebastian.

—¿Sí? dijo Gabriel de Espinosa con acento grave.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pero no sois el rey don Sebastian.

—¿Y entónces, quién diablos quereis que confiese que yo soy? Que no soy el rey don Sebastian, ya lo he dicho; que soy Gabriel de Espinosa, lo he dicho tambien mil veces; y sin embargo, don Rodrigo me aprieta para que haga mi confesion.

—Sí; para que confeseis, que no siendo el rey don Sebastian, habeis querido que se os crea el rey don Sebastian.

—Eso es precisamente lo que niego; yo no he pretendido tal cosa.

—Hay pruebas contra vos.

—Esas pruebas son nulas. Nadie hay que pueda decir que yo me he vendido por el rey don Sebastian.

—Temeis que el rey os mande ahorcar.

—Si Dios no toca al corazon del rey, lo que no es fácil, porque hace mucho tiempo que Dios ha dejado de su mano al rey don Felipe...

—¡Eh! ¿Qué decís?

—Que el rey don Felipe ha dejado hace mucho tiempo de ser de Dios para ser del diablo; y cuanto más viejo, es más ambicioso y más terrible.

—Calumnias al rey; el rey es justo y cristiano.

—Él lo dice.

—Los vasallos deben respetar ciegamente á los reyes; solo Dios vé su corazon.

—Y el mundo es testigo de sus tiranías.

—Morireis de mala muerte.

—Bien hacia yo en dudar de vuestra caridad; lo que acabais de decir, es poco caritativo.

—No se puede ser caritativo con los traidores.

—Yo no soy traidor, dijo con violencia Gabriel de Espinosa; mentís vos, y quien tal diga.

El fraile hizo un movimento de impaciencia.

—¿Sabeis que me pareceis algo más que fraile? dijo Gabriel de Espinosa.

—¿Y qué os parezco?

—Creo que sois un enviado del rey; un hombre que ha debido conocer al rey don Sebastian.

—No soy otra cosa que un religioso que sabe el estado en que os encontrais, y viene á ayudaros, á convertiros, á convenceros.

—Padre, ó porque sea un hombre misterioso, ó porque se me crea el rey don Sebastian, el resultado para mí será el mismo. El rey me hará pedazos; decid al rey que lo sé, y que no es cosa esta que me ponga en temor; porque estoy acostumbrado á jugar la vida; pero decidle tambien, que preso me desespero, y que cuanto antes se acabe, descansaré más pronto. He visto tantas veces el rostro á la muerte, que la muerte no puede ponerme espanto, y yo quisiera que el rey don Felipe me viera morir, para que pudiera acordarse de cómo muere un hombre como yo.

—Los que se han olvidado de Dios, los que han perdido el temor de Dios, no pueden temer nada, dijo profundamente el fraile; por eso se les mata para que no hagan daño.

—Teneis una caridad de demonio.

—Antes que la caridad, es la justicia.

—Y antes que la justicia, la ambicion; decídselo así al rey.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Creo que teneis familia, dijo con acento ronco el fraile.

—Sí; y una familia muy querida.

—¿Y no temeis por ella?

—No; porque el rey don Felipe no puede nada contra mi familia.

—Tal vez os equivoqueis.

—Ya vereis como, aunque yo muera, el rey no tocará á mi familia, ni aun al pelo de la ropa.

Hubo un momento de silencio.

—Aseguran, dijo el fraile, que conoceis secretos de Estado.

—¡Dios de Dios! ¿Y qué secretos de Estado quereis que sepa un pastelero?

—¿Sabemos acaso lo que vos sois?

—Vuelta á don Rodrigo de Santillana; mirad, padre, que así vamos á estar toda la noche y todo el dia de mañana, y sabe Dios cuánto tiempo si no cortamos la conversacion; lo que yo he tenido que decir, ya lo he dicho; y lo que se quiere que diga, no lo diré jamás.

—Pues que os ayude Dios, dijo el fraile levantándose.

—Si Dios no castiga á mis asesinos en la tierra, los castigará en la otra vida, dijo Gabriel de Espinosa.

—El fraile no contestó.

Fué á la puerta, y llamó por tres veces.

Poco despues se abrió la puerta, y el fraile en silencio salió.

El carcelero entró, apagó la luz, salió y cerró la puerta del calabozo.

—¿Quién será ese hombre? dijo envuelto en la oscuridad Gabriel de Espinosa; ¡el rey!... no, el rey don Felipe no se hubiera atrevido á encerrarse conmigo; el rey don Felipe me hubiera conocido, me hubiera dejado conocer su turbacion, por más que tenga el corazon de hielo; ¡no! el rey don Felipe no hubiera podido reprimirse; y además, es soberbio; el rey don Felipe no me verá á mí, sino acaso muy adelante, acaso nunca. Se tiene empeño en perderme; para perderme mejor se quiere que diga quién soy yo, y eso no lo conseguirán, yo lo aseguro; que lo adivinen si pueden; rey ó mendigo, mi suerte está decidida; mi suerte es morir á manos del rey don Felipe, si Dios no hace un milagro. Pues bien, muramos con dignidad.

Y Gabriel de Espinosa, dando una vuelta en el lecho, se quedó dormido de una manera tan descuidada, como si nada hubiera tenido que temer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXIII.

En que el autor, saltando por cima de algunos meses, continúa su relato.

I.

Pasó mucho tiempo invertido por el alcalde don Rodrigo de Santillana en preguntar y volver á preguntar á Gabriel de Espinosa, á quien no sacaba ninguna palabra que arrojase la más leve claridad sobre el proceso.

De Medina del Campo habia sido trasladado á Madrigal para estar más cerca de los otros presos, esto es, de doña Ana de Austria y de fray Miguel de los Santos.

Ocupábase de estos dos últimos el doctor don Juan Llanos de Valdés, capellan del rey y comisario general de la Inquisicion como juez eclesiástico, por el carácter eclesiástico del fraile y de la monja.

De los otros presos secundarios, tales como Gil Lopez y otros que habian sido presos por sospechas de complicidad en el delito que se perseguia, se ocupaba el alcalde Portocarrero.

II.

Seguir este proceso paso á paso, seria anegarse en un maremagnum, en un caos tenebroso, en que nada se ve claro, en que á veces parece destacarse la indudable figura del rey don Sebastian, á veces la de un impostor insolente.

Si quereis que os digamos nuestra opinion, formada despues de leido el proceso, os diremos que el pastelero de Madrigal era el rey don Sebastian; pero simplemente como una opinion que no se apoya más que en deducciones, sin una sola prueba terminante; porque la contradiccion es el carácter sostenido del proceso de Gabriel de Espinosa.

Mientras no sepamos lo que contenian cartas y papeles, que nadie leyó más que el rey don Felipe II, y de cuyo contenido nada dijo, el proceso está incompleto; no puede sentenciarse bien.

Don Rodrigo de Santillana, que mantenia una correspondencia activa por escrito con el rey, no habia sentenciado; habia obedecido. El único juez que habia juzgado á Gabriel de Espinosa, era el rey. Del rey, pues, era y es la responsabilidad de la sentencia de Gabriel de Espinosa.

III.

En la causa aparece una confesion en que Gabriel de Espinosa, despues de haberle dado tormento, declara

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que, imbuido por fray Miguel de los Santos, de que se parecia mucho al rey don Sebastian de Portugal, y que podia pasar por él, y no habria persona que hubiese conocido al rey don Sebastian que cuando le viese y le hablase no creyese que él era el rey, porque él le instruiria, como quien tanto conoció al rey don Sebastian y le revelaría cosas y secretos, que dichos por él á quien conviniese, no dejarian duda de que era el rey don Sebastian; que decidido al fin por la ambicion de una corona, se habia prestado á hacer todo lo que fray Miguel queria, fingiéndose rey con algunos portugueses que habian ido á visitarle, y especialmente con doña Ana de Austria.

Fray Miguel de los Santos habia confesado lo mismo despues de haber sido puesto en el tormento, y don Rodrigo de Santillana creyó que ya bastaba con aquella confesion para sentenciar en justicia.

Pero es necesario tener en cuenta que las confesiones arrancadas por el tormento, si entonces hacian fé por ante los jueces, hoy no puede apreciárselas como confesiones verdaderas, por ante la fisolofía y la razon.

El tormento, usado como medio de descubrir la verdad, era una barbárie absurda, que por desgracia ha estado imperando muchos siglos en todos los paises, y que ha hecho millones de víctimas.

La única confesion que puede condenar á Gabriel de Espinosa como impostor, es la que se le arrancó en el tormento; y aún así, al acabar aquella declaracion, que no hemos insertado íntegra por lo difusa, dijo: que aunque habia declarado que era hijo de las piedras, no habia tal cosa, y que su casa y su familia eran tan altas como la que más. Y habiéndole dicho Santillana que si tanto sentia el ser tenido por hombre bajo y comun, si no lo era por qué no lo declaraba, dijo:

«Porque cuando mucho servirá de que la muerte sea diferente y de menos deshonra, y aún eso no creo, y quiero más pasar esta ignominia, que declarar mis parientes para deshonrarlos; que ni se lo debo ni se lo debe el que así me trata.»

Estas solas palabras destruian la declaracion, y sin embargo de esto, Santillana sentenció á muerte de horca á Espinosa, con perdimiento de bienes é infamia perpétua, etc., y envió la sentencia al rey para su aprobacion.

IV.

Era la noche del mismo dia en que la sentencia de Gabriel de Espinosa habia sido firmada por Santillana, esto es, una de las noches del mes de julio de 1595.

Santillana sufria visiblemente.

Su semblante pálido tenia algo de horrible.

Parecia que el mónstruo del remordimiento devoraba sus entrañas.

Porque era el caso, que Santillana no sabia qué pensar ni á qué atenerse.

Parecíale unas veces que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian, y otras, que si no lo era, debia ser un personaje misterioso; pero nunca que fuese Gabriel de Espinosa, el expósito de Toledo, el tejedor, el soldado, el pastelero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Habia tratado demasiadamente á Gabriel de Espinosa, y habia comprendido en él tanta grandeza, que no podia creer fuese un hombre bajo y oscuro.

¿Pero si no era hombre bajo y miserable, quién era Gabriel de Espinosa? ¿Por qué el rey, habiendo manifestado tantas veces Gabriel de Espinosa que el rey le conocia, no habia querido nunca que Gabriel de Espinosa le fuese presentado? Recordaba Santillana aquel fraile misterioso que una noche en Medina del Campo habia entrado en el calabozo de Gabriel, y no podia Santillana desechar de sí la idea de que Felipe II disfrazado fuese el que aquella noche estuvo largo rato á solas y encerrado, hablando con Espinosa.

Recordaba Santillana, que inmediatamente despues de la entrevista del fraile con Gabriel, las instrucciones que del rey recibia acerca del proceso, eran más extensas, más minuciosas que antes; que habia en su fondo algo de terrible.

Recordaba que el rey le habia mandado le enviase cerradas cuantas cartas dirigidas á Gabriel de Espinosa se cogiesen, y que cuando pidió al rey algunas cartas que se habian enviado con un mensajero secreto, para incluírlas en el proceso, el rey le habia contestado, que bastaba con que él conociese el contenido de aquellas cartas, puesto que el proceso, para la aprobacion de la sentencia, debia serle remitido.

Este era un misterio que pesaba sobre la conciencia del alcalde, y que pesa aún sobre la memoria de Felipe II. Porque ¿quién sabe si el contenido de aquellas cartas exclarecian la verdad? ¿Quién sabe si ellas probaban que el pastelero de Madrigal era el rey don Sebastian?

Santillana, pues, al firmar la sentencia de muerte y de infamia de Gabriel de Espinosa, habia rasgado con su pluma su conciencia.

Habia sido un servil instrumento del rey con el nombre especioso de juez.

V.

Y por esto don Rodrigo tenia los ojos lúcidos, asombrados; el semblante desencajado y pálido, y los lábios lívidos.

Por eso se extremecia de tiempo en tiempo en un temblor convulsivo.

Por eso le dolia el estómago de una manera horrible, y sentia en su cabeza un peso insoportable.

Aquello era un remordimiento anticipado.

Aquello era el terror de la justicia de Dios.

VI.

De improviso, Santillana se levantó por el impulso de un terror frio.

Tenia delante de sí á María, á su hija, que le miraba de una manera que le causaba espanto.

La mirada de María, fija en la atónita vista del alcalde, queria decir:

—¿Qué habeis hecho de él, del hombre de mi amor?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII.

María se habia trasformado.

Era una dama completa.

En la expresion, en las maneras, en el traje.

Detrás de María habia un hombre, á quien tambien miraba con espanto el alcalde.

Aquel hombre era Yhaya-ben-Shariar.

Durante algun tiempo, ni una sola palabra dijeron ninguna de aquellas tres personas.

Al fin, Santillana dijo dirigiéndose á María:

—¿Qué es esto? ¿Cómo has salido de tu convento?

—El oro rompe todas las puertas, don Rodrigo de Santillana; yo he roto para María las puertas de su convento; vengo á traérosla para que os pida cuenta de lo que habeis hecho con el rey don Sebastian.

—Yo no conozco al rey don Sebastian, exclamó extremeciéndose Santillana.

—¿Pues quién es, padre, dijo María con voz solemne, el que teneis preso en la cárcel de Madrigal?

—Un impostor; un hombre á quien he sentenciado en justicia.

—¡Qué le habeis sentenciado! ¿Y á qué? gritó María.

—¡A qué ha de ser, sino á muerte de horca! dijo con voz terrible Aben-Shariar.

—¡A muerte de horca! exclamó María; ¡pero eso no puede ser, no, imposible; vos no habeis podido hacer eso!

—Las leyes le han sentenciado, dijo con voz trémula el alcalde.

—No; las leyes no, dijo Aben-Shariar; vuestro miedo al rey don Felipe.

—¡Miedo no, lealtad, obediencia justa y legítima! Un vasallo está obligado á obedecer á su rey, so pena de traicion.

—El vasallo, desde el momento en que es juez, deja de ser vasallo en todo lo que corresponde á la justicia, dijo Aben-Shariar.

—Los reyes hacen las leyes, dijo Santillana, y el mandato real es siempre una ley obligatoria, una ley que no puede dejarse de obedecer sin caer en traicion.

Don Rodrigo estaba completamente aturdido.

Su hija le miraba en silencio de una manera tál, que le aterraba.

Aben-Shariar continuó á cada momento más sombrío y más terrible.

—De modo que, dijo, si el rey os manda sentenciar á muerte á un hombre, aunque vos no encontreis en él delito que merezca la muerte, le sentenciareis.

—Si lo manda el rey, sí.

—Pues entonces, don Rodrigo, dijo Aben-Shariar, no sois juez, sois verdugo.

—¡Qué decís! exclamó sintiendo hervir su cólera bajo su turbacion don Rodrigo.

—Digo la verdad, dijo Aben-Shariar.

—Pues hay verdades que cuestan muy caras; y tened presente, que aunque por vuestra inviolabilidad no pueda yo prenderos ni procesaros, me queda siempre un recurso; el arrojaros como caballero un mentís á la cara, y sostener ese mentís con la espada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

María contuvo á su padre,

—No se trata de eso, dijo con desesperacion; ni yo permitiria un duelo entre mi padre y la persona que me acompaña, ni un duelo serviria para nada, no; la situacion en que nos encontramos es más grave; vos temblais, padre, temblais de remordimiento por esa horrible sentencia que creeis injusta, más que injusta, criminal, horrible; una sentencia que es un asesinato; más que un asesinato: un regicidio.

—¡María!

—¡Y un parricidio además! Porque al firmar la sentencia de Espinosa, habeis firmado la mia.

—¡Ah! ¡No, no! exclamó Santillana; ¡eso no puede ser! ¡Tú no puedes amar tanto á ese hombre!

—El rey don Sebastian, dijo Aben-Shariar, tiene por sino el amor y la desventura.

—¿Quién os ha dicho que ese hombre sea el rey don Sebastian? dijo desesperado el alcalde.

—Os lo dice vuestra conciencia, exclamó Aben-Shariar.

—¡No, mi conciencia no! dijo Santillana; ha confesado en el tormento que era un hombre bajo, y que fingiéndose el rey don Sebastian, habia intentado quitar su corona de Portugal al rey don Felipe; su declaracion ha estado conteste con la de fray Miguel de los Santos.

—Porque les habeis preguntado una misma cosa, tú y ese clérigo Llanos de Valdés; pero aunque leyes bárbaras determinen que se tenga por prueba lo dicho por un hombre en el tormento, ¿qué fuerza puede tener para la conciencia del juez una confesion arrancada por insoportables dolores? No; si para tí, como juez, es una prueba la declaracion arrancada por el tormento al rey don Sebastian, como hombre, tu conciencia no la admite; como hombre, tiemblas y te horrorizas de tí mismo, y en tu frente aparece ya la arruga que señala á los réprobos, esa arruga que no se borra jamás, que responde á una señal negra en el alma, que llevarás ante Dios, cuando Dios te llame á juicio.

—¡Ah! ¡Por piedad! exclamó Santillana extendiendo los brazos y dejándose caer sobre el sillon.

—Mira, le dijo Aben-Shariar acercándose á él y apartando de su semblante las manos con que se lo habia cubierto; mira mi frente, mírala; en ella no está marcada la horrenda señal que estoy viendo sobre la tuya.

Don Rodrigo miraba con una expresion de insensatez á Aben-Shariar.

María lloraba.

—Mira, mira mi frente; en ella resplandece la tranquilidad de la conciencia; yo tambien he sido juez; aún soy juez, porque te estoy juzgando á tí; yo, uno de los diez del supremo Consejo de Venecia, he arrojado al verdugo muchas cabezas ilustres; pero no le he arrojado ninguna cabeza inocente. En la noche del mismo dia en que ha muerto un traidor que he sentenciado yo, he dormido tranquilo; porque no podia aparecer en mi sueño un espectro sangriento que me llamase asesino.

—¡Monseñor! ¡Monseñor! exclamó ya con acento de demencia don Rodrigo; yo he tenido la desgracia de no ver claro; yo he dudado; yo he vacilado; dudo aún; parecíame cuando interrogaba á Gabriel de Espinosa, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el rey don Sebastian me respondia desde la eternidad; otras veces, que el infierno habia arrojado delante de mi á un impostor maldito, á quien nunca podia coger en un descuido, que me aturdia, que me embrollaba, que me volvia loco. Y el rey en una y otra carta me decia: «Apresurad, acabad cuanto antes ese proceso, que está siendo el escándalo de Europa; sentenciad, que ya hay prueba bastante para que arrojeis al verdugo á ese impostor.» Y yo temblaba, vacilaba, dudaba.

—Pero no habeis vacilado para firmar una sentencia de muerte que vuestra conciencia resistia.

—¡El rey! ¡El rey! ¡Ella! exclamó don Rodrigo extendiendo las manos, como rechazando la responsabilidad de la sentencia; este no ha sido un proceso comun, ha sido un proceso de Estado, que versaba sobre la posesion de una corona; si yo hubiera declarado en mi sentencia lo que mi conciencia me ha dicho, me hubieran tenido por traidor; y yo no he temido á la muerte, he temido á la infamia; no he tenido valor para envilecer mi nombre; porque lo mismo, monseñor, lo mismo que no aparece clara la prueba de que Gabriel de Espinosa sea un impostor, de la misma manera no aparece la prueba clara de que Gabriel de Espinosa es el rey don Sebastian; porque todo el mundo no ha hablado con él; porque todo el mundo no ha estado durante ocho meses, como yo, pasando horas y horas á su lado luchando con él, esforzándome por ver la verdad sin conseguirlo nunca, asombrándome, aterrándome más cada dia; porque si Gabriel de Espinosa no es el rey don Sebastian, tiene á Satanás en el cuerpo para volverme loco.

—¿Es decir, que vos creeis que Gabriel de Espinosa es el rey don Sebastian?

—Yo no sé lo que creo; lo que siento es que estoy loco, y que este proceso me va á quitar la vida.

—Sed valiente, dijo Aben-Shariar; romped esa sentencia que habeis firmado, y declarad al mundo vuestra incompetencia y vuestra perplejidad en un asunto tan grave; que una declaracion así, de un juez como vos, se escuchará con profunda atencion por todo el mundo, y el rey se verá obligado á obrar de una manera más franca y más leal, á dar garantías por ante el derecho de gentes al rey don Sebastian, de que por declarar su nombre no se le hará injusticia ni agravio como rey; que vengan careos delante de un tribunal competente para juzgar tan árduo asunto, entre el rey don Felipe y el rey don Sebastian; que si el rey don Felipe se pone ante un tribunal frente al rey don Sebastian, la prueba vendrá clara, indudable; en vuestras manos, don Rodrigo, están la vida de un rey y el alma de otro; porque si vos por cobardía no interponeis una declaracion que seria tenida en mucho, Felipe II por su ambicion cometerá un crímen horrendo, que no tendrá perdon ante el tribunal de Dios.

—Mi declaracion no veria la luz; seria destruida antes que las gentes la leyesen.

—No, porque estoy yo aquí; no, porque si vos haceis por vos mismo y las firmais algunas copias de esas declaraciones, yo haré que lleguen á manos de todos los monarcas de Europa, que pedirán por el derecho comun de todos los reyes, el juicio solemne del rey don Sebastian.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Es ya tarde, exclamó don Rodrigo; la sentencia de Gabriel de Espinosa ha sido ya remitida al rey para su aprobacion.

—¡Maldito seais vos! ¡Maldita vuestra cobardía! ¡Maldita vuestra nécia lealtad! dijo desesperado Aben-Shariar.

—¡Pero eso no puede ser, padre! exclamó anhelante María, que hasta entonces habia escuchado ansiosa alentando una esperanza; ¡pero eso no puede ser; porque al sentenciar al rey don Sebastian, me habeis sentenciado á mí; porque si él muere, moriré yo desesperada!

—¡Morir! ¿Por qué has de morir tú si él muere? exclamó don Rodrigo.

—¡Porque le amo con toda mi alma! dijo con desesperacion María.

—¡Ved cómo Dios castiga vuestro crímen de seduccion de Gabriela Prósperi! exclamó Aben-Shariar. ¡Vuestra hija! ¡Vuestra misma hija es vuestro suplicio! ¡Dios la ha traido junto á vuestra víctima para que perezca con ella! ¡Para que cuando veais en vuestros sueños la sombra roja del rey don Sebastian, veais junto á ella asida de su mano, la sombra lívida de vuestra hija!

Don Rodrigo se alzó enloquecido, lívido, centelleantes los ojos.

—¡Pues bien, dijo; si mi hija, si cien hijas más hubiesen de perecer por mi honor y por mi lealtad, aunque el infierno entero me amenazase, yo obedeceré siempre al rey mi señor; él me ha mandado sentenciar á Espinosa, y le he sentenciado; cuando él me devuelva aprobada la sentencia, sea impostor, sea rey, le ahorcaré!

María dió un grito y se desmayó.

—¡Vivid! ¡Vivid! dijo con voz ronca Aben-Shariar á don Rodrigo de Santillana; ¡vivid para apurar el horrible suplicio de vuestra existencia!

Y tras estas palabras, salió.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXIV.

En que empieza el relato de lo que sucedió en los cuatro últimos dias de su vida á Gabriel de Espinosa..

I.

No sabemos qué anhelaba ó qué temia más don Rodrigo; que viniera aprobada por el rey la sentencia de muerte de Gabriel, ó que tardara siglos.

Creia don Rodrigo, porque aquellos tenian sus supersticiones, como las tienen todos, que lo que causaba su terror, el estado penoso, más que penoso horrible, en que se encontraba, eran los sortilegios de Gabriel de Espinosa, á quien creia poseido por el diablo.

Porque á don Rodrigo se le hacia duro creer que Gabriel de Espinosa fuese el rey don Sebastian, y por otra parte, lo que en ocho meses habia oido, visto y observado en Gabriel de Espinosa, le parecia que no podia provenir de otra persona que de la de un rey.

Gabriel de Espinosa tenia esa altivez de raza de los reyes; esa altivez que en otros tiempos, no muy remotos aún, aterraba á los siervos que se llamaban y confesaban vasallos; la mirada de Gabriel era una de esas miradas que dominan y vencen la mirada del más audaz: su palabra era imperativa y dura, y más de una vez el alcalde habia temblado ante el preso.

Y hay que tener en cuenta, que este alcalde era don Rodrigo de Santillana, cuya nombradía como hombre duro y terrible ha llegado hasta nosotros, sin que tratándose de jueces, pueda comparársele dentro del siglo XVI y de la Chancillería de Valladolid, sino con aquel otro tremendísimo alcalde Ronquillo, de quien hay tradicion de que se le llevó el diablo de su sepultura, á pesar de que, segun la costumbre de aquellos tiempos, estaba enterrado en la iglesia.

Ronquillo y Santillana son dos alcaldes cuya memoria puede decirse que aún mete miedo.

II.

Don Rodrigo vacilaba, pues, porque de contínuo hacia para sí el razonamiento siguiente:

—Si este hombre no tiene el diablo en el cuerpo, no es menos que rey, y gran rey, con todas las señales en cuerpo y en alma de ser el rey don Sebastian; y si no es rey, es que está poseido del diablo, y el diablo le ayuda para decir y hacer como si fuera el rey don Sebastian; ahora bien, si es el rey don Sebastian, con lo mucho y largamente que acerca de él, y de lo que secretamente ha hablado conmigo, una y otra y cien veces he escrito yo largamente al rey don Felipe, el rey don Felipe debia irse más á la mano en este asunto; porque si es el rey

don Sebastian, y despues de ahorcado se descubre de una manera indudable que lo era, gran mancha caerá sobre el rey don Felipe, porque dirán, y con razon, que le ahorcó por no restituirle su reino, y gran mancha caerá sobre mí, porque sentencié sin prueba bastante; porque ese hombre ha deshecho siempre con sus misteriosas preñeces todas sus confesiones, aun la que hizo en el tormento; ignominia caerá sobre la cabeza del rey y vergüenza sobre la mia, porque no bastará para disculparme el que obedecí al rey como vasallo, porque un juez cuando sentencia no es vasallo de nadie, más que de Dios y de la justicia; si ese hombre es el rey don Sebastian, remordimientos tendremos el rey y yo; el rey porque me mandó fulminar la sentencia, y yo porque la fulminé; ¿y si ese hombre no es el rey, si es que el diablo está apoderado de él y le hace decir y hacer cosas espantosas, quién asegura que el diablo no haga con el rey y conmigo una de las suyas, como hizo con el alcalde Ronquillo, el diablo que estaba metido en el cuerpo del obispo Antonio de Acuña? (1)

(1) El obispo Acuña era uno de los comuneros más terribles, que más hizo en aquella desastrosa revolucion, que se llamó guerra de las Comunidades, en los primeros años del reinado de Cárlos V, y que costó la cabeza á Juan de Padilla, Juan Bravo, Pedro Maldonado y tantos otros; el alcalde Ronquillo, que por una singular coincidencia se llamaba Rodrigo como Santillana, fué el que instruyó el proceso del obispo Antonio de Acuña y le sentenció. Aún se enseña en el viejo castillo de Simancas la almena donde Acuña fué engarrotado, y en la iglesia de San Pablo de Valladolid, un agujero por donde dicen se llevó el diablo de su sepultura el cuerpo del alcalde Ronquillo.

Esto traia al alcalde sin sueño, sin apetito, con contínuo dolor de estómago, con contínuo dolor de cabeza, y podia decirse que el juez se encontraba en un estado infinitamente más lamentable que el reo.

III.

Y no era esto solo.

María atormentaba de una manera horrible á Santillana sin quererlo; porque la pobre jóven suplicaba á su padre, pero no le reconvenia; lloraba, pero no se irritaba; empalidecia, enflaquecia, enfermaba de momento en momento, y Santillana veia en María la mano de la Providencia.

Su seduccion sobre Gabriela Prósperi, seduccion indigna, porque cuando Santillana la ejerció era casado, habia producido terribles consecuencias.

Pietro Prósperi habia muerto de vergüenza por la deshonra de su hija.

María, robada del regazo materno, habia dado en tales manos, que la pobre niña habia llegado á ser una de esas despreciables mujeres que constituyen la gran parte del lodo infecto del mundo; y, ¡cosa terrible! María, enamorándose de Gabriel de Espinosa, acusándole celosa é irritada de robo, yendo á llevar aquella acusacion ante Santillana, produciendo de esta manera el descubrimiento de una conspiracion de Estado, Santillana no podia menos de reconocer en María un instrumento de la Providencia, que le castigaba, valiéndose para ello de su propia hija, dándosela á conocer por el tremendo parecido con su madre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Santillana, pues, tenia atormentada la conciencia, como hombre, como juez y como padre.

La expiacion de su falta, ó mejor dicho, de su crímen sobre Gabriela Prósperi, no podia ser más terrible, ni jamás ha habido juez más dominado, más espantado por su víctima, que don Rodrigo de Santillana.

IV.

Por eso Santillana anhelaba y temia á un tiempo, que la sentencia viniese aprobada por el rey.

Por eso sufria, enfermaba gravemente, se moria, porque todo le causaba terror, y veia enfermar y morir á su hija.

Y sin embargo, como lo hemos visto, don Rodrigo era uno de aquellos antiguos vasallos, capaces de arrostrarlo todo antes que desobedecer á su rey.

Siervos que no se comprende como lo eran.

Porque fuera de esto, eran hombres de honor, incapaces de una bajeza; realistas sombríos, funestos sostenedores de una tiranía odiosa, que no tienen otra disculpa que el espíritu de su siglo.

Bien considerada la situacion de don Rodrigo, era más digno de lástima que Gabriel de Espinosa.

V.

Cuando Santillana anhelaba que el rey retardase la aprobacion de la sentencia, que la modificase tal vez, haciéndola menos dura, soñaba.

No era Felipe II hombre que dejase escapar una víctima, que la soltase antes de matarla.

Tardo para resolver todo género de asuntos, cuando se trataba de aprobar la sentencia de un hombre que podia herirle en lo más mínimo, ó que le habia herido aunque no fuese más que en su amor propio, era el hombre de las resoluciones rápidas.

VI.

Era la noche del 27 de julio de 1595, y solo hacia seis dias que Santillana habia enviado al rey la sentencia de muerte en horca, como villano y traidor, de Gabriel de Espinosa, y sin embargo, á las doce de la noche del dia cuya fecha hemos estampado, un ginete con uniforme de alférez de la guardia española, que habia entrado á rienda suelta en Madrigal, se detuvo delante de la casa de Santillana, y llamó á grandes golpes á su puerta.

Preguntáronle quién era y qué queria, y dijo que iba en nombre del rey con un pliego para don Rodrigo de Santillana, y la puerta se abrió al momento.

Santillana abandonó el lecho, recibió á medio vestir al alférez de la guardia, tomó el pliego que le dió éste, y vió que era la sentencia original de Gabriel de Espinosa que él habia escrito y firmado, y al márgen, escrito de puño y letra del rey, leyó lo siguiente:

«Cúmplase como lo manda el alcalde don Rodrigo de Santillana; ejecútese al sentenciado, el mártes 1.° de agosto á las cuatro de la tarde, sin que la ejecucion se dilate por ninguna causa; no se admita prueba que pue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da dilatar la sentencia; y desde el momento en que don Rodrigo de Santillana recibiere esta nuestra aprobacion, hagan que dispongan para bien morir al Espinosa, no sea que como ha perdido su cuerpo pierda su alma.—Del alcázar de Madrid á 25 de julio de 1595.—*El Rey.*»

Cubrió un sudor frio el cuerpo del alcalde, y sus ojos quedaron fijos, como si el decreto del rey atrajese de una manera invencible su mirada.

—¿Está vuestra señoría enterado? dijo de una manera indiferente el alférez de la guardia.

—Sí, sí señor, contestó de una manera maquinal Santillana.

—Entonces suplico á vuestra señoría extienda recibo de ese pliego á nombre del alférez de la guardia español Felipe de Castañeda, con la fecha del dia y la hora en que vuestra señoría ha recibido el pliego.

Santillana extendió el recibo, le firmó y le entregó al alférez.

—Que Dios dé á vuestra señoría muy buenas noches, dijo el alférez, y salió.

—¡Que Dios me dé muy buenas noches! dijo con ronca voz el alcalde; ese hombre no puede ni aún adivinar lo que ha traido en ese pliego. ¡Dios perdone al rey! ¡Dios me perdone á mí!

Y despues de un momento de silencio en que pasó un infierno por la cabeza y por el corazon del alcalde, éste agitó fuertemente la campanilla que estaba sobre su mesa, á cuyo sonido se presentó el alguacil Tribaldos.

—Id al aposento del señor Pedralva, despertadle, y que venga al instante, dijo don Rodrigo.

Tribaldos fué á cumplir el mandato, y don Rodrigo se quedó paseándose á lo largo del aposento, del mismo modo que una fiera se pasea á lo largo de su jaula.

Y para que don Rodrigo se pareciese más y más á una fiera enjaulada, contínuo y sordo salia de su pecho un hondo rugido.

En la mano derecha, crispada y trémula, tenia la sentencia de muerte en horca de Gabriel de Espinosa.

Veamos el texto de aquella sentencia:

«En el negocio y causa criminal que ante nos ha pendido y pende por comision del rey nuestro señor, entre partes, de la una Lúcas Pacheco, promotor fiscal actor acusante, y de la otra Gabriel de Espinosa, reo acusado en los autos y méritos de este proceso y lo demás que en esta parte ver convenia: Fallamos que el dicho Lúcas Pacheco, promotor fiscal susodicho, probó su acusacion contra el dicho Gabriel de Espinosa como probarla convenia acerca de los delitos de que fué acusado, damos por bien probada y pronunciámosla por tal, de que habiendo sido convencido el dicho Gabriel de Espinosa de traicion al rey nuestro señor, porque siendo hombre vil y bajo, quiso alzarse á la dignidad de persona real con usurpacion de los legítimos derechos del rey nuestro señor, fingiendo ser el rey don Sebastian de Portugal, que santa gloria haya, concitando personas en estos reinos de Castilla y en los de Portugal, para que por tal rey don Sebastian le tuviesen y aclamasen, y de sacrilegio por la seduccion de la señora doña Ana de Austria, monja profesa en el monasterio de Nuestra Señora de Gracia la Real de Madrigal, con la cual se dice de pú-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blica fama, aunque no está probado, se habia casado secretamente, probándose sí por las declaraciones de la dicha señora doña Ana de Austria, que ésta, por sus engaños, le habia creido su primo el rey don Sebastian de Portugal, difunto, ayudándole con dinero y de otros varios modos en su traicion, persuadiendo á la dicha religiosa de que él era el rey don Sebastian que habia andado peregrinando por el mundo, cumpliendo cierto voto, que habia de casarse con la dicha monja, fingiendo para ello muchas mentiras, hasta tanto que la dicha monja y otras que lo sabian lo creyeron haciendo así mismo prevenciones con personas que venian de Portugal para que si la dicha monja les preguntase si el rey don Sebastian era vivo, dijesen que sí, y siguiendo en su maraña, siendo hombre vil y bajo, echado á la puerta de una iglesia en Toledo, se fingió, como se ha dicho, el rey don Sebastian, haciéndose tratar y servir y respetar como á tal, y haciendo que la dicha monja le escribiese cartas estando ausente, como si fuera verdaderamente su rey, y diciendo y manifestando secretos del señor rey don Sebastian que le habia revelado su partidario fray Miguel de los Santos, religioso de San Agustin en Portugal, que fué confesor primero del rey don Sebastian, y despues de don Antonio, de cuyos secretos se valió para engañar á la dicha monja, por ser persona de importancia que le servia para su intento de ser tenido por rey de Portugal, haciendo que dicho fray Miguel de los Santos en presencia de la señora doña Ana de Austria se postrase delante de él y le besase la mano como á rey, para conseguir que la dicha monja consintiese en casarse con

él; dándola cédula de promesa de casamiento con título y forma de rey; habiendo habido entre ambos otras promesas de palabra, con el intento de que á cierto tiempo el dicho Gabriel de Espinosa, con aquella falsa opinion esforzada con los dichos medios y casamiento, y con otros que iban tomando escribiendo á algunas personas poderosas de el dicho reino de Portugal, cómo era vivo el rey don Sebastian, y que estaba casado con la señora doña Ana de Austria, y que no queria manifestarse hasta cierto tiempo, y tratando ir en persona al reino de Portugal á asentar el dicho trato para conseguir su intento, conmoviendo el reino para ello, y confiando en la mucha opinion y reputacion en que estaba en él el rey don Sebastian, se alborotasen los dichos reinos de Portugal, para hacerle rey de ellos, á fin de perturbar por este camino al rey nuestro señor la posesion justa que tiene de ellos; en todo lo cual, siendo traidor el dicho Gabriel de Espinosa contra la majestad del rey nuestro señor, como señor propio y verdadero de los dichos reinos y contra ellos mismos y su reputacion y contra la obligacion que le tenia como á su rey natural; y como en lo expresado y referido el dicho Gabriel de Espinosa, reo acusado, no probó cosa alguna de que se pueda aprovechar para su descargo, dámoslo y pronunciámoslo por no probado, por lo cual y por lo más que de dicho proceso resulta, á que nos referimos, le debemos dar y damos por perpetrador de los dichos delitos sobre que ha sido acusado; y en su consecuencia le debemos condenar y condenamos al dicho Gabriel de Espinosa á muerte natural de horca, á la que se le llevará

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

arrastrado, y á que sea descuartizado y puesta su cabeza en un palo en el camino de Madrigal á Valladolid, para escarmiento; y otrosí le condenamos en perdimiento de todos sus bienes que en cualquier manera tenga y le pertenezcan, aplicados para la cámara de su majestad y gastos de justicia y costas de este proceso, cuya tasacion en nos reservamos y mandamos que esta nuestra sentencia sea llevada á pura y debida ejecucion con efecto, por cuanto así conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y de su majestad y aumento de la justicia. Por esta nuestra sentencia definitiva juzgando así, lo pronunciamos y mandamos.—*El licenciado don Rodrigo de Santillana.*»

VII.

Hemos insertado íntegra esta sentencia, para que se vea lo que eran las leyes de aquellos tiempos, que no se satisfacian con que un hombre fuese muerto, ni aunque se le descuartizase y se pusiese su cabeza en un camino, sino que llegaban hasta la confiscacion, pena absurda, porque alcanzaba á los inocentes, esto es, á los hijos, á los herederos del sentenciado.

Estas leyes han llegado hasta nosotros, porque hasta nosotros han llegado los reyes absolutos, y solo un sombrío fanatismo podia mantener en ejercicio tales leyes.

Tenemos aún la pena de muerte; pero confiamos en que pronto esta pena será abolida, porque los pueblos y los gobiernos se convencerán que la conveniencia, única razon que la sostiene, no es razon; porque no se puede llamar razon á lo que es ilusorio.

La pena de muerte es un resabio de los tiempos bárbaros.

Como que se la llama vindicta pública.

Hoy la venganza no se puede sostener como derecho, ni ante la religion, ni ante la civilizacion.

Y hoy, todo lo que no puede vivir con la vida del derecho, está herido de muerte, y no tardará en morir.

VIII.

Antes de que apareciese Pedralva, apareció en la puerta del aposento del alcalde una forma negra.

Era María de Santillana, que estaba completamente vestida de luto.

Traia sobre el vestido un manto, como preparada para salir á la calle.

Adelantó lentamente hácia don Rodrigo, sin que don Rodrigo reparase en ella.

Fué necesario que María le hablase.

—Acaba de llegar, dijo, un ginete; yo sentí la carrera de su caballo, y como no duermo, me asomé á la ventana; he oido decir á ese ginete, que venia de órden del rey á traeros un pliego; yo sé lo que ese pliego es; es la sentencia de muerte de Gabriel de Espinosa aprobada por el rey.

—Sí, dijo Santillana, que no habia dejado de pasearse, con voz ronca y lúgubre.

—¿Cuándo va á notificarse esa sentencia á Espinosa? dijo María con una serenidad tal, que espantó al alcalde.

—Mañana por la mañana, contestó don Rodrigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

arrastrado, y á que sea descuartizado y puesta su cabeza en un palo en el camino de Madrigal á Valladolid, para escarmiento; y otrosí le condenamos en perdimiento de todos sus bienes que en cualquier manera tenga y le pertenezcan, aplicados para la cámara de su majestad y gastos de justicia y costas de este proceso, cuya tasacion en nos reservamos y mandamos que esta nuestra sentencia sea llevada á pura y debida ejecucion con efecto, por cuanto así conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y de su majestad y aumento de la justicia. Por esta nuestra sentencia definitiva juzgando así, lo pronunciamos y mandamos.—*El licenciado don Rodrigo de Santillana.*»

VII.

Hemos insertado íntegra esta sentencia, para que se vea lo que eran las leyes de aquellos tiempos, que no se satisfacian con que un hombre fuese muerto, ni aunque se le descuartizase y se pusiese su cabeza en un camino, sino que llegaban hasta la confiscacion, pena absurda, porque alcanzaba á los inocentes, esto es, á los hijos, á los herederos del sentenciado.

Estas leyes han llegado hasta nosotros, porque hasta nosotros han llegado los reyes absolutos, y solo un sombrío fanatismo podia mantener en ejercicio tales leyes.

Tenemos aún la pena de muerte; pero confiamos en que pronto esta pena será abolida, porque los pueblos y los gobiernos se convencerán que la conveniencia, única razon que la sostiene, no es razon; porque no se puede llamar razon á lo que es ilusorio.

La pena de muerte es un resabio de los tiempos bárbaros.

Como que se la llama vindicta pública.

Hoy la venganza no se puede sostener como derecho, ni ante la religion, ni ante la civilizacion.

Y hoy, todo lo que no puede vivir con la vida del derecho, está herido de muerte, y no tardará en morir.

VIII.

Antes de que apareciese Pedralva, apareció en la puerta del aposento del alcalde una forma negra.

Era María de Santillana, que estaba completamente vestida de luto.

Traia sobre el vestido un manto, como preparada para salir á la calle.

Adelantó lentamente hácia don Rodrigo, sin que don Rodrigo reparase en ella.

Fué necesario que María le hablase.

—Acaba de llegar, dijo, un ginete; yo sentí la carrera de su caballo, y como no duermo, me asomé á la ventana; he oido decir á ese ginete, que venia de órden del rey á traeros un pliego; yo sé lo que ese pliego es; es la sentencia de muerte de Gabriel de Espinosa aprobada por el rey.

—Sí, dijo Santillana, que no habia dejado de pasearse, con voz ronca y lúgubre.

—¿Cuándo va á notificarse esa sentencia á Espinosa? dijo María con una serenidad tal, que espantó al alcalde.

—Mañana por la mañana, contestó don Rodrigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Quiero ir á la prision de Gabriel de Espinosa, dijo María.

—¡Tú! exclamó el alcalde deteniéndose.

—Sí; quiero verle por la última vez; yo he sido quien le ha perdido, y quiero que antes de morir me perdone.

—No, dijo el alcalde.

—Cesemos en esta conversacion, padre, dijo Maria, porque siento ya los pasos de alguno que se acerca; cuando estemos solos continuaremos.

Mostraba María tal serenidad, tal valor, que dominó á su padre.

María se sentó en un sillon en un ángulo retirado, á donde apenas llegaba la luz que ardia sobre la mesa.

Poco despues entró Pedralva todo soñoliento.

—¿Me llamábais, señor don Rodrigo? dijo.

—Si por cierto; acaban de traerme la sentencia de Gabriel de Espinosa aprobada por su majestad.

—Me alegro; ya era tiempo de que esto se acabara y descansásemos; hemos pasado ocho meses de perros, y hemos escrito más que todos los amanuenses juntos desde que se inventó la escritura.

—Ahí teneis la sentencia, para notificarla mañana á las diez á Espinosa, dijo el alcalde bajando la voz para que su hija no oyese sus palabras.

—¿Y cuándo se ha de ejecutar la sentencia? preguntó Pedralva.

—El próximo mártes, 1.° de agosto, á las cuatro de la tarde, dijo el alcalde siempre en voz baja.

—Misericordioso anda el rey con Espinosa, repuso Pedralva; porque le deja cuatro dias para ponerse bien con Dios, y anda tambien misericordioso con nosotros, porque nos da tiempo para prepararlo todo; porque hay que traer de fuera el patíbulo y el verdugo.

—No tan descansados como creeis, dijo Santillana, porque ahora mismo vais á partir á Medina del Campo.

—¡Yo! ¿Y para qué? dijo Pedralva, á quien sentó muy mal la noticia.

—Vais á traeros de Medina cuatro religiosos graves, que es necesario que estén aquí á las diez del dia, para que se entreguen del preso y le auxilien en el momento en que le notifiqueis la sentencia; puesto que el rey le da cuatro dias para que salve su alma, nosotros no podemos robarle ni un momento de los que le da la munificencia cristiana de su majestad.

Pedralva movió la cabeza y se le avinagró el rostro, porque bien sabia que cuando don Rodrigo mandaba, no admitia ni réplica al mandato, ni dilacion para ejecutarle.

—¿Cómo quiere los frailes vuestra señoría? dijo de muy mal talante.

—No os comprendo, señor Pedralva; ¿cómo he de quererlos sino frailes?

—Quiero decir, contestó Pedralva, que de qué casta los quiere vuestra señoría: blancos, negros, azules ó pardos.

—Traéos algun jesuita, y si es posible, que venga el padre Chiesa, y los demás á vuestro gusto.

—Me traeré á dos descalzos y á un capuchino.

—Como querais; pero id.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Se entiende, que el gasto se pagará del dinero que tenemos de penas de cámara.

—Eso es, con cargo á las costas del proceso.

—¿Y decidme, don Rodrigo, no podria ir á esto Tribaldos, que es un mozo muy listo?

—No, señor Pedralva, no; estas no son cosas de alguaciles. Id, id cuanto antes, que ya tardais.

Dijo esto con tal impaciencia don Rodrigo, que Pedralva no se lo hizo repetir dos veces y salió.

IX.

Quedaron de nuevo solos el padre y la hija.

—Puesto que vuestro secretario va por los frailes á Medina, para procurar que Dios perdone á Gabriel de Espinosa, llevadme vos á mí al encierro de Gabriel, para que yo procure que nos perdone á vos y á mí. A mí, porque le delaté; á vos, porque le habeis sentenciado.

—No, dijo don Rodrigo; no irás; yo no puedo permitir esa locura.

—Pues bien, dijo María arreglándose el manto; iré yo, y diré al alcaide que me abra de órden vuestra; y si no me abre, alborotaré, daré un escándalo, y no me moveré de la puerta de la cárcel hasta que le vea.

—¡Te encerraré!

—Me tiraré por la ventana de mi aposento.

—Eso no puede ser; Gabriel de Espinosa tiene guardias de vista.

—Sí, sí, dijo María; ya sé que le teneis rodeado de

arcabuceros y de alguaciles para que no pueda escapar; ya sé que los cuadrilleros de la Santa Hermandad andan sin cesar de dia y de noche por los caminos alrededor de Madrigal espesos como los dedos de las manos, y que no dejan pasar á nadie sin reconocerle, para que si por un milagro escapa de la cárcel, no pueda escaparse sin ser cogido á poca distancia de la villa. Lo sé todo esto; pero como yo no trato de hacer que se escape Gabriel de Espinosa, sino de pedirle un perdon que necesitamos vos y yo, y sin el cual no podemos vivir tranquilos, es necesario que yo vaya á verle, é iré, ó no me tendreis más por hija, y volveré á ser lo que era, y perdereis mi alma.

—¿Lo quieres... estás tan loca que todas mis razones no pueden persuadirte?

—Sí.

—¿Me juras por la salvacion de tu alma, que no tienes otro móvil al ir á ver á Gabriel de Espinosa que el de que te perdone?

—Sí, lo juro; yo no haré más que lo que sea necesario para que me perdone Gabriel.

—Pues bien; vé con tu dueña, y con una órden que voy á escribir.

—No; iré sola, y encubierta con un antifaz.

—¡Sola!

—Sí, sola; no quiero que nadie sepa que la hija del alcalde don Rodrigo de Santillana ha ido á ver en su prision á Gabriel de Espinosa. Escribid, escribid que se deje penetrar en la prision de Gabriel de Espinosa á una mujer encubierta, y que los guardias de vista se re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiren á un lugar desde el cual puedan ver, pero no oir.

Don Rodrigo escribió, y cuando hubo escrito entregó el papel á María.

—Consiento en esto, dijo severamente, porque temo si me opongo que me obligues á hacer algo terrible; tú estás loca, y es fuerza temerlo todo de tí.

—Cuando ese hombre haya muerto, dijo tristemente María, habré dejado de afligiros.

El alcalde se extremeció, y no se atrevió á pedir á María explicaciones de sus últimas palabras.

—Dentro de poco habré vuelto, dijo María.

—¡Pero sola!

—La cárcel está pocos pasos de esta casa, y nada me puede acontecer. Adios, señor, adios.

Y María salió.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó Santillana; ¡cuándo tendrás piedad de mí!

Y siguió paseándose á lo largo de su aposento.

CAPITULO XXV.

En el que se vé que María amaba de veras á Gabriel de Espinosa.

I.

Dormia tranquilamente Gabriel de Espinosa, harto ageno de que estaban ya contadas las horas de su vida, cuando el alcaide de la cárcel de Madrigal entró en la gran sala que le servia de encierro.

Los guardas de vista, que eran dos alguaciles de la ronda del alcalde Portocarrero, dormian profundamente, descuidados por el sueño de Gabriel.

El alcaide se acercó silenciosamente al lecho de Espinosa, le movió y le despertó.

—¿Qué diablos quereis? dijo de muy mal humor Espinosa. Don Rodrigo de Santillana se ha propuesto no dejarme ni una hora de descanso.

—No es don Rodrigo quien os busca, sino una dama, que aunque viene encubierta, parece jóven y hermosa.

—¡Una dama! ¿Os han sobornado, amigo Lanzuela?

—Guardaríame yo como de ofender á Dios de dar lu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiren á un lugar desde el cual puedan ver, pero no oir.

Don Rodrigo escribió, y cuando hubo escrito entregó el papel á María.

—Consiento en esto, dijo severamente, porque temo si me opongo que me obligues á hacer algo terrible; tú estás loca, y es fuerza temerlo todo de tí.

—Cuando ese hombre haya muerto, dijo tristemente María, habré dejado de afligiros.

El alcalde se extremeció, y no se atrevió á pedir á María explicaciones de sus últimas palabras.

—Dentro de poco habré vuelto, dijo María.

—¡Pero sola!

—La cárcel está pocos pasos de esta casa, y nada me puede acontecer. Adios, señor, adios.

Y María salió.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó Santillana; ¡cuándo tendrás piedad de mí!

Y siguió paseándose á lo largo de su aposento.

CAPITULO XXV.

En el que se vé que María amaba de veras á Gabriel de Espinosa.

I.

Dormia tranquilamente Gabriel de Espinosa, harto ageno de que estaban ya contadas las horas de su vida, cuando el alcaide de la cárcel de Madrigal entró en la gran sala que le servia de encierro.

Los guardas de vista, que eran dos alguaciles de la ronda del alcalde Portocarrero, dormian profundamente, descuidados por el sueño de Gabriel.

El alcaide se acercó silenciosamente al lecho de Espinosa, le movió y le despertó.

—¿Qué diablos quereis? dijo de muy mal humor Espinosa. Don Rodrigo de Santillana se ha propuesto no dejarme ni una hora de descanso.

—No es don Rodrigo quien os busca, sino una dama, que aunque viene encubierta, parece jóven y hermosa.

—¡Una dama! ¿Os han sobornado, amigo Lanzuela?

—Guardaríame yo como de ofender á Dios de dar lu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gar á que don Rodrigo de Santillana me tendiese la vara, dijo el alcaide; con órden de don Rodrigo viene esa señora, y por eso entra; que si no, por más que yo os estime y os tenga en aprecio, no entraria. Con que vestíos, señor Gabriel, lo más pronto posible, porque esa dama da muestras de ser muy altiva y de tener poca paciencia.

Gabriel de Espinosa se echó fuera de la cama, y empezó á vestirse apresuradamente.

—Cuando estuviéreis vestido, dijo Lanzuela, avisadme, que yo espero cerca.

Y Lanzuela se acercó á los alguaciles y les despertó.

—¡Eh! ¿Qué es esto? dijo uno de los alguaciles mientras el otro se restregaba los ojos.

—Esto es, maese Rascon, que os habeis dormido como vuestro compañero Picatoste; que si yo diera parte de esto á don Rodrigo de Santillana, ya os daria que rascar, señor Rascon.

—Hareis mal en decírselo, dijo Picatoste, porque ya conoceis que con lo que se nos hace trabajar y velar, y no reposar, tenemos hambre de sueño y no podemos con él.

—Pues á despabilarse, lebreles, y mucho ojo; porque va á entrar una persona á hablar con el preso, que requiere toda vuestra atencion; como que es una dama la tal persona.

—¡Ah! ¡Una dama! dijeron á un tiempo Rascon y Picatoste, hablando en voz tan baja como el alcaide que lo habia hecho para que no oyese sus palabras Gabriel de Espinosa, que se vestia sentado en su lecho, al otro extremo de la habitacion.

—Decid, señor Lanzuela, dijo Picatoste; si esa dama y el preso hablan muy bajo...

—Eso nada os importa; vosotros os pondreis lo más lejos posible; es decir, os vais á venir conmigo, y os quedareis mirando por la reja de la puerta del encierro. Con que venios que voy á avisar á esa dama de que ya he avisado al preso.

Lanzuela salió con Picatoste y Rascon.

—¿Quién será esa dama? decia Gabriel de Espinosa acabando de vestirse; no puede ser ella; todas mis súplicas no han bastado para que don Rodrigo me deje verla; ni aun he podido ver á mi Gabriela, á mi pequeño Sebastian, nacido en una prision. Esa dama que me busca, no puede ser tampoco doña Ana de Austria; que esos alcaldes son incorruptibles, y tienen un miedo al rey que nada puede vencer. Sin duda es alguna echadiza de que don Rodrigo de Santillana se vale para ver si puede arrancarme con engaños lo que no ha podido arrancarme con rigores y amenazas. El alcaide se ha llevado los guardias de vista; pero no hay que fiarse de ello. Sabe Dios cuantos ojos me miran aun cuando duermo.

Y acabándose de ajustar las agujetas del jubon, adelantó hácia la puerta, bajó á ella, y llamó.

II.

Oyéronse inmediatamente las tres ó cuatro llaves de la puerta del encierro, y apareció el alcaide.

—Héme aquí dispuesto, hermano Lanzuela, dijo Gabriel de Espinosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Os advierto, que aunque me he llevado los alguaciles y puede pareceros que estais solos, no lo estais, dijo el alcaide.

—Eso ya lo sabia yo, sin que vos me lo dijérais; porque desde que estoy preso, cuando ha podido parecerme que he estado solo, es cuando he estado con más compañía.

—Yo cumplo con decíroslo.

—Muchas gracias, señor Lanzuela.

—Entrad, señora, cuando gusteis, dijo el alcaide volviéndose hácia la habitacion oscura que estaba antes de la puerta.

Gabriel y María de Santillana estaban en la apariencia completamente solos.

Pero desde detrás de la puerta, por la rejilla de hierro que en ella habia, observaban Picatoste y Rascon.

III.

María adelantó en silencio, dirigiéndose al fondo de la habitacion.

—¿A dónde vais, señora? dijo Gabriel de Espinosa.

—A ponerme todo lo lejos que pueda de aquella puerta, á fin de evitar si es posible que se oiga ni aún el murmullo de nuestras palabras.

La voz de María temblaba, y por ella se comprendia que estaba vivamente conmovida.

Gabriel de Espinosa la siguió hasta un ángulo de la habitacion, al extremo opuesto de aquel donde estaba situada la puerta.

María estaba de espaldas á ella.

Tomó una silla y se sentó, siempre de espaldas á la puerta.

—Sentáos de modo, dijo María, que mi cuerpo impida que os vean desde la puerta.

Gabriel se sentó con extrañeza delante de María.

—¿Quién sois, señora? la preguntó.

—¿No me conoceis? dijo María.

—No puedo conoceros; teneis puesto un antifaz y tan echado el manto, como si fuérais de aventura.

—¡Y qué! ¿No es esta una aventura, y una aventura terrible, señor? ¿No conoceis mi voz?

—Vuestra voz tiembla.

—¡Ah! ¡Porque os amo, porque os veo perdido, y porque quien os ha perdido soy yo!

—¡Vos!

—¡Sí, yo! Y María se arrancó el antifaz.

—¡Mari Galana! exclamó Gabriel de Espinosa.

—¡No! más alto, más alto; ¡doña María de Santillana!

—¡Santillana! ¡Santillana siempre! ¡Dios ha hecho á los Santillanas para que me sean funestos! ¡Sí! ¡Santillana habíais de ser! ¡Por qué no habia pensado hasta ahora en ello! ¡Habia atribuido á otras causas mi prision! ¡Yo no habia podido ni aún sospechar que aquella pobre mujer que me amaba, á la que yo no podia amar, pero á la que tenia un afecto compasivo, un afecto de padre, habia sido la miserable, que viendo en mi aposento, en el aposento de una posada, unas joyas, me delató, como se delata á un ladron!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Os advierto, que aunque me he llevado los alguaciles y puede pareceros que estais solos, no lo estais, dijo el alcaide.

—Eso ya lo sabia yo, sin que vos me lo dijérais; porque desde que estoy preso, cuando ha podido parecerme que he estado solo, es cuando he estado con más compañía.

—Yo cumplo con decíroslo.

—Muchas gracias, señor Lanzuela.

—Entrad, señora, cuando gusteis, dijo el alcaide volviéndose hácia la habitacion oscura que estaba antes de la puerta.

Gabriel y María de Santillana estaban en la apariencia completamente solos.

Pero desde detrás de la puerta, por la rejilla de hierro que en ella habia, observaban Picatoste y Rascon.

III.

María adelantó en silencio, dirigiéndose al fondo de la habitacion.

—¿A dónde vais, señora? dijo Gabriel de Espinosa.

—A ponerme todo lo lejos que pueda de aquella puerta, á fin de evitar si es posible que se oiga ni aún el murmullo de nuestras palabras.

La voz de María temblaba, y por ella se comprendia que estaba vivamente conmovida.

Gabriel de Espinosa la siguió hasta un ángulo de la habitacion, al extremo opuesto de aquel donde estaba situada la puerta.

María estaba de espaldas á ella.

Tomó una silla y se sentó, siempre de espaldas á la puerta.

—Sentáos de modo, dijo María, que mi cuerpo impida que os vean desde la puerta.

Gabriel se sentó con extrañeza delante de María.

—¿Quién sois, señora? la preguntó.

—¿No me conoceis? dijo María.

—No puedo conoceros; teneis puesto un antifaz y tan echado el manto, como si fuérais de aventura.

—¡Y qué! ¿No es esta una aventura, y una aventura terrible, señor? ¿No conoceis mi voz?

—Vuestra voz tiembla.

—¡Ah! ¡Porque os amo, porque os veo perdido, y porque quien os ha perdido soy yo!

—¡Vos!

—¡Sí, yo! Y María se arrancó el antifaz.

—¡Mari Galana! exclamó Gabriel de Espinosa.

—¡No! más alto, más alto; ¡doña María de Santillana!

—¡Santillana! ¡Santillana siempre! ¡Dios ha hecho á los Santillanas para que me sean funestos! ¡Sí! ¡Santillana habíais de ser! ¡Por qué no habia pensado hasta ahora en ello! ¡Habia atribuido á otras causas mi prision! ¡Yo no habia podido ni aún sospechar que aquella pobre mujer que me amaba, á la que yo no podia amar, pero á la que tenia un afecto compasivo, un afecto de padre, habia sido la miserable, que viendo en mi aposento, en el aposento de una posada, unas joyas, me delató, como se delata á un ladron!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Ah! Teneis razon, señor; ¡yo he sido una miserable, una infame, pero infame y miserable por amor; por un amor despreciado que me enloqueció, que me hizo pensar en la venganza, que me llevó hasta don Rodrigo de Santillana, y me ha costado un mar de lágrimas, y que me costará la vida!

—¿Quién os puso á mi paso, mujer? exclamó desesperado Gabriel de Espinosa.

—¡Dios, que ha maldecido sin duda á los Santillanas! ¡Dios que ha querido que vos seais la noble víctima que castigue algun ignorado delito de nuestra familia! ¡Porque vuestra sangre, señor, nos ahogará despues de una agonía horrible!

—¡Mi sangre! exclamó Gabriel de Espinosa con acento opaco.

—¡Sí, vuestra sangre! ¡Porque la sentencia, señor, vuestra sentencia de muerte, hace una hora ha venido de Madrid, aprobada por el rey!

—El rey no puede haberse atrevido á tanto, dijo Gabriel de Espinosa con asombro, pero sin miedo; el rey ha debido enloquecer si tal ha hecho; porque si en mí hay culpa, no es una culpa que merezca la afrentosa muerte del patíbulo. ¡No, no! ¡Imposible! ¡Eso no puede ser! A vos os envia Santillana no sé á qué, porque lo que él no ha podido arrancarme, no me lo arrancareis vos; pero yo no creia que don Rodrigo apelase á este bajo medio; que diese falsamente su apellido á una mujer tal como vos; ¡ni por quién me ha tomado á mí don Rodrigo de Santillana!

—Yo estoy aquí, porque si no me hubiera permitido venir, si no me hubiera dado ocasion para veros, ¡yo no sé lo que hubiera hecho, porque estoy loca!

—¿Y qué le importa á don Rodrigo, al terrible don Rodrigo, lo que pueda hacer una mujer loca y desesperada, si es que vos lo estais?

—Ningun padre es terrible para sus hijos.

—No me irriteis, María, no me irriteis sosteniendo esa audaz mentira; ¡hija vos de don Rodrigo de Santillana! ¿Cómo puede ser esto?

—Como puede ser que vos, conocido como Gabriel de Espinosa, pastelero en Madrigal, seais el noble rey don Sebastian.

Gabriel de Espinosa soltó una carcajada.

—Idos, dijo, y manifestad á don Rodrigo de Santillana, que el lazo que me tiende, es inútil. Idos. Dejadme en paz.

—Oid: mi padre tuvo hace veinte años, en Venecia, amores con mi madre, dijo María con ese acento caluroso y persuasivo de la verdad, del cual no puede dudarse; yo fuí el fruto desdichado de aquellos amores; un miserable, un bandido español, me robó siendo niña, para obtener por mí un rescate, y por eventualidades imprevistas, se vió obligado á huir de Venecia antes de que mi madre pudiera rescatarme, ni aún saber dónde estaba. Aquel hombre me trajo á Castilla, y la madre Martina me crió. Hé aquí la razon de mi vida infame; si don Rodrigo de Santillana no hubiera seducido miserablemente á mi madre, yo no hubiera existido; yo no hubiera sido robada; yo no hubiera venido á Castilla; yo no hubiera sido la mujer perdida, amante del bachi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ller Corchuelos, que murió bajo la mano del verdugo, á causa de la riña que tuvo con vos; no hubiera tenido necesidad de vengarle en vos, ni de buscaros para conoceros y amaros con mi primer amor, con mi amor vírgen de mujer perdida! ¡Porque yo, antes de veros, tenia el alma vírgen! ¡Por yo no habia amado á nadie más que á vos, y os amé y os amo con toda la ternura, con toda la pureza, con todo el delirio de mi alma solitaria, huérfana, desventurada! ¿Por qué habeis despreciado vos un amor tan grande, tan noble, tan puro? Al despreciarme, señor, os habeis arrancado, sin saberlo, vuestra corona de la cabeza; ¡porque cuando aquella noche me despreciásteis, irritada, dolorida, desesperada, pensé mal de vos, pensé que aquellas alhajas que habia sobre la mesa, eran robadas!... ¡No, no os ofendais, señor! ¡Yo estaba loca de dolor y de rabia! ¡Yo estaba ciega; os habia presentado mi corazon, y vos le habíais arrojado á vuestros piés y le habíais pisado sin compasion, sin caridad! ¡Yo era para vos despreciable! Lo comprendí, sentí una rabiosa sed de venganza, y fuí á buscar á don Rodrigo de Santillana; os delaté... y oid: cuando don Rodrigo me vió, se puso pálido como un muerto; me reconoció; reconoció en mí á su hija, á su hija perdida; porque yo soy la semejanza viva de mi madre... ¡Sí, yo soy doña María de Santillana! ¡No tengais duda de ello, yo soy hija de don Rodrigo, reconocida por él, y llevo públicamente su nombre! ¡Yo soy su remordimiento, su castigo, la expiacion anticipada de la dura sentencia de muerte que ha pronunciado contra vos!

—¡El destino! ¡Siempre el terrible destino que se cruza delante de mi paso! exclamó con voz terrible Gabriel de Espinosa.

—Yo vengo á salvaros, á salvaros como únicamente os puedo salvar, dijo de una manera ardiente María; si yo pudiera morir en vuestro lugar, si con mi muerte pudiera poneros sobre vuestro trono, yo moriria llena de felicidad; porque al morir, sabia que si no me habíais amado, si no habiais podido amarme, guardaríais siempre mientras viviéseis un dulce y triste recuerdo para la desdichada que os habia amado hasta el punto de perecer por vos.

—¡Oh! ¡Hablad! ¡Hablad! Os creo, María; no sé qué tienen vuestras palabras que penetran una á una en mi corazon con otras tantas gotas del rocío del cielo sobre la tierra árida, seca, sedienta; decís que venís á salvarme de la manera que podeis, y creo adivinar vuestro intento.

—Sí; la muerte os librará del patíbulo; todo es morir; ¡pero morir con la afrenta en la plaza pública á manos del verdugo, es morir mil veces! y ¡ya que no puedo salvaros, quiero que no murais más que una! Tomad.

Y María dió á Gabriel de Espinosa un pequeño objeto muy envuelto en un papel.

—¿Y qué es esto? dijo tranquilamente Gabriel de Espinosa.

—Eso es la muerte.

—¡Un veneno! dijo de una manera singular Gabriel de Espinosa.

—Sí, el tósigo de los Borgias, contestó con voz trémula María.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Cómo sabeis vos el nombre de este veneno? dijo con un vivo interés Gabriel de Espinosa.

—Me lo ha dicho el que me lo ha dado, para que os lo diga á vos, para que tengais confianza en su eficacia, para que sepais que mata dulcemente, sin sufrientos, sin congojas y de una manera muy rápida.

—¡El nombre de la persona que os ha dado este veneno!

—Monseñor Pietro Mastta.

—¡Ah! ¡Mi hermano! ¿Le conoceis vos?

—Sí, él es mi amigo; él me comprende; él sabe cuánto os amo, y desesperado, no pudiendo salvaros, porque para salvaros seria inútil todo el poder de la República de Venecia, se ha valido de mí. ¿Me creeis ahora, señor? ¿Me creeis tan leal á vos, como es leal la sangre al corazon?

—Sí, os creo; os creo, y si no puedo amaros de la manera que vos me amais, porque mi hermano os habrá dicho que yo amo ya, os amaré como os amo ahora, durante el poco espacio que me queda de vida, con un amor puro, triste, doloroso.

—¡Ah, señor! exclamó María; ¡esa palabra me hace la más feliz y la más desventurada de las mujeres! ¡No me despreciais ya, me comprendeis, me amais... como un padre, como un hermano!... Pero no importa: me amais; ¡y yo, yo soy la causa de vuestra horrible desventura!

—No, María, no, la causa de mi desventura es mi funesto destino; no lloreis; estoy ya cansado, y para mí la muerte es un beneficio; he visto frente á frente la verdad tal cual es, descarnada, horrible, desnuda, y que la vida no merece la pena de afanarse por ella; he visto que la

ambicion, que la bajeza, que las malas pasiones, lo enlódan todo; he visto al crímen insolente ponerse delante de mí y arrojarme á la cara su inmunda carcajada; he visto que ese reino de Portugal, que me cree su rey, sufre en silencio la larga, la humillante prision del que por rey tienen; he visto y veo á esos reyes de Europa que tambien me creen rey contando por los dedos el dinero que puede costarles una guerra sostenida por mí; he visto el egoismo, la bajeza y la cobardía en todas partes, y cuando he mirado en torno mio, me he encontrado solo, abandonado á mis verdugos, sin más personas que me amen que mi hermano Pietro Mastta, que nada puede hacer por mí, porque no puede vencer el egoismo y la fria politica de Venecia; ¡mi esposa que sufre en silencio y presa la agonía del horror, al verme en la situacion en que me encuentro! Y vos, vos, María, que me amais, y que no pudiendo hacer otra cosa, me decís: ¡tomad ese veneno! ¡Morid! ¡Robaos al verdugo!

—¡Oh! ¡Sí, sí! ¡Morid! exclamó María de una manera suprema; ¡morid de la muerte de Annibal! ¡Morid por vuestra misma mano! ¡Arrojad al semblante del impío rey don Felipe, una carcajada igual á la que Annibal arrojó á la faz del Senado y del pueblo romano! ¡Morid digno de vuestro nombre! ¡Morid como debe morir el rey don Sebastian de Portugal!

—¡Oh, María, María! ¡Vos no sois una mujer vulgar! ¡Vos sois grande!

—Tengo la inteligencia viva, el corazon noble; he estado muchos años rodeada de estudiantes; la ciencia me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ha saludado, y yo lo tengo á buena ventura, porque he podido comprenderos.

—Pues bien, dijo Gabriel de Espinosa sonriendo de una manera triste; ya que por vuestro largo y contínuo trato con esos buenos estudiantes castellanos, que han levantado tan alto el renombre de las universidades de Salamanca y de Alcalá, y por vuestra viva inteligencia sois casi una doctora, puedo hablar con vos sin temor de que no me comprendais.

—Hablad, hablad, señor.

—En primer lugar, María, debo ser sincero con vos; es necesario que al pensar en mí no penseis en el rey don Sebastian, ni tampoco en Gabriel de Espinosa, sino en un misterio; ese misterio solo le comprende Dios. ¿Quién soy yo? Hé aquí un problema que no se resolverá nunca; hoy los portugueses y el rey don Felipe me creen el rey don Sebastian; mañana los portugueses negarán lo que ahora creen, y el rey don Felipe dudará de ello, cuando vean los unos y el otro que he sido ahorcado.

—¡Es que vos no sereis ahorcado, no! ¡Es que vos os matareis antes! dijo con ansiedad la jóven.

—No, María, no; no me pongais por delante el ejemplo de Annibal, ni el de tantos otros que vencidos y en poder de sus enemigos hicieron lo que hizo Annibal; Annibal debió morir en batalla, como el rey don Sebastian, antes que rendir su espada á los enemigos y de ser insultado por ellos; que siempre hay ocasion de morir cuando se tienen enfrente enemigos armados y alentados por la victoria, y no causa pavor la muerte; pero una vez preso, porque no pueda encontrarse por un acaso el fin de

la vida, no debe darse la razon al enemigo huyendo del martirio. ¡No! ¡No debe darse jamás el espectáculo del miedo! ¡Annibal se olvidó de lo que habia sido, cuando vió relucir el hacha del lictor, y manchó sus canas con una cobardía! ¡Sí! ¡Annibal fué cobarde, porque le faltó valor para apurar hasta las heces el cáliz! ¡Yo no le imitaré; si me encontrara en medio de un ejército, me haría matar, como se hizo matar en Africa el rey don Sebastian, como se hace matar el leon acosado, rugiente y terrible, matando enemigos; pero estoy preso, sujeto, resignado á la voluntad de Dios, y es poco el suplicio que me preparan para hacerme incurrir en cobardía, ni habria suplicio bastante para ello, aunque supiese que iban á despedazarme lentamente, haciéndome sufrir los más insoportables tormentos; no; yo soy ante todo cristiano y caballero; como cristiano, debo aceptar la copa que Dios ha querido me presenten; como caballero, debo hacer honor al rey don Sebastian, porque se dudará siempre si yo fuí ó no fuí el rey don Sebastian de Portugal; y no quiero que ni aún por duda caiga una mancha de cobardía sobre la memoria de aquel noble rey.

María miró pálida, ansiosa, muda, á Gabriel.

—Tomad, tomad, la dijo Espinosa; yo estoy muy vigilado; no quiero que pueda encontrarse aquí este veneno, y supongan lo que no soy capaz de intentar; llevádoslo; yo os lo agradezco, María; yo os amo, y yo os perdono.

María cayó de rodillas á los piés de Gabriel de Espinosa, y levantando á él el semblante bañado en lágrimas con las manos juntas exclamó:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡No basta, no basta, señor, con que me perdoneis á mí, que es necesario que perdoneis tambien á mi padre!

—¿Que perdone á vuestro padre? ¡Jamás! ¡Yo puedo perdonar un crímen cometido bajo la tiranía de una pasion ciega; pero no puedo perdonar nunca el asesinato lento, la doblez, el deseo voraz de encontrar el crímen en el acusado! ¡La suspicacia, las malas artes, la alevosía, la crueldad, la injusticia! ¡Vuestro padre ha sido conmigo todo lo cruel, todo lo terrible, todo lo insolente, todo lo infame que puede ser un hombre! ¡Él, no el que ha de quitarme la vida, él ha sido mi verdugo! ¡Me ha atormentado de todas las maneras posibles, me ha hecho trabajar sin descanso, hora tras hora, haciéndome responder siempre á una misma pregunta! ¡Ha venido en medio de la noche á turbar mi sueño, á sorprenderme con el afan de la vigilia! ¡Ha mantenido siempre viva mi cólera, y me ha hecho sufrir más que lo que me ha hecho sufrir mi dura suerte en los diez y siete años que hace ando peregrinando por el mundo! No hay lengua humana que baste á expresar lo que don Rodrigo me ha hecho sufrir, y con cuanta mala intencion, con cuanta sangre fria, solo por servir, por congratular con él á un tirano. ¡No! ¡Cuando el mal se hace sabiendo que se hace, el que de tal manera hace el mal, no merece perdon; solo la debilidad y la pobreza de espíritu pueden perdonar á un tal hombre: no, no me pidais el perdon de don Rodrigo de Santillana, porque yo le he juzgado á mi vez, porque yo llevaré mi acusacion hasta el tribunal de Dios!

María estaba sentada sobre sus rodillas, escuchando

extremecida la palabra enérgica y solemne de Gabriel de Espinosa.

—¡Vuestro padre es un verdugo! dijo Gabriel inclinado siempre sobre María, que no se atrevia á hablar, que estaba completamente dominada; ¡y los verdugos no pueden esperar el perdon de sus víctimas, ni la misericordia de Dios! ¡Porque su conciencia está indeleblemente roja, y no hay nada que pueda lavar las manchas de sangre de su conciencia!

María continuaba doblegada.

—Idos, idos, María, dijo Gabriel de Espinosa; sufrís demasiado; idos; lleváos con vos ese veneno, y mi perdon, perdon sincero que yo os doy con toda mi alma; llevad tambien con vos la certeza de que os amo como puedo amaros, como amaria á mi hija ó á mi hermana.

—¡Ah! Ya veis que cedo, que os comprendo, que no insisto en aconsejaros que os quiteis la vida; pero dejadme que os suplique aún que perdoneis á mi padre.

—Pero no veis que no puede perdonarse un crímen que aún no se ha acabado de cometer, y que se está cometiendo aún, que se está continuando. María, vuestro padre sabe lo que hace; vuestro padre sabe á donde vá y de donde viene; antes que todo, es alcalde de casa y córte, y vasallo del rey. Dejadle, pues, que continúe su camino; si al fin de él encuentra el remordimiento, él se ha puesto voluntariamente en el caso de sentirle.

Y alzó á María, cuyo semblante estaba pálido y desolado.

—Venid, venid, ponéos el antifaz; voy á llamar á la puerta para que os abran.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y nada teneis que decir á los que os aman, señor?

—Si; decid á Pietro Mastta que tengo todo el valor que se necesita para el trance en que me hallo, y que no pase cuidado por mí, que esta es una cuestion de tiempo, ni más ni menos, y que ya he vivido bastante para saber lo que es la vida. Que no lo recomiendo mi mujer y mis hijos, porque no hay necesidad de que yo se los recomiende para que él los proteja. En cuanto á mi esposa (y la voz de Gabriel se mojó en lágrimas), en cuanto á mi esposa, decid á Pietro Mastta la diga, porque vos no podeis verla...

—¿Y quién os ha dicho que yo no puedo verla de la misma manera que os estoy viendo á vos?

—No, no, dijo Gabriel de Espinosa; vos no debeis verla; ella no debe conoceros á vos; sed vos mi intermediaria con Pietro Mastta; decidle que ruegue á su hermana, á mi esposa, que me perdone por cuanto la he hecho sufrir; que esté á su lado para sostenerla, para alentarla en el momento terrible, y que la salve con mis hijos de la cólera y de los recelos del rey don Felipe. Ahora, María, separémonos, y sabed que habeis sido para mí, como un ángel que hubiese descendido á las tinieblas de mi calabozo.

—Me habeis encontrado sumisa, señor, dijo María; no os he hecho sufrir la contrariedad de una disputa; espero, pues, una sola gracia.

—¿Cuál?

—Que no me negueis un abrazo.

Gabriel de Espinosa asió por las manos á María, la atrajo á sí, la abrazó y la besó en la frente, como puede besar un padre á su hija.

María exhaló un grito ahogado, se separó de sus brazos, le besó las manos mojándoselas en lágrimas, y le dijo:

—Adios, señor; hasta la eternidad, donde espero nos encontraremos pronto.

Y se puso con las manos convulsas el antifaz, y llamó á la puerta del encierro.

La puerta se abrió al momento.

María salió, y la puerta volvió á cerrarse, pero despues de haber entrado los alguaciles Rascon y Picatoste, cuya presencia vino á ser para Gabriel de Espinosa, el despertar de un sueño.

IV.

Gabriel se sentó en la cama y se desnudó en silencio.

Luego se acostó, y volvió el rostro á la pared.

Algun tiempo despues, Picatoste y Rascon, sentados en sus respectivos sitiales, dormian.

No sabemos si Gabriel de Espinosa dormia tambien.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXVI.

En que intervienen frailes en esta historia, haciendo el papel del cuervo que olfatea los cadáveres.

I.

Pedralva habia cumplido bravamente, aunque no de muy buena gana, con su comision.

Habíase traido de Medina del Campo no menos que ocho frailes; cuatro de misa, cada cual con su correspondiente lego; como si dijéramos, con su correspondiente ayuda de campo.

Otrosí: lo habia dejado dispuesto todo, para que la horca de la villa de Medina fuese llevada en una carreta á Madrigal, y para que maese Cordélejo, el verdugo de marras, el asesino del pobre bachiller Corchuelos, estuviese en Madrigal el dia antes de la ejecucion, provisto de sus correspondientes dogales.

II.

A las nueve de la mañana del 28 de julio de 1595 entraba en Madrigal por un extremo de la calle Real el

señor Pedralva, montado en un macho, soñoliento y dando cabezadas, entre aquel pequeño ejército de frailes, con hábitos negros el uno, porque era jesuita; con hábitos negros y blancos, porque eran trinitarios otros dos, y el cuarto, con hábito ceniciento y burdo, porque era capuchino.

Estos cuatro frailes iban en mulas, y detrás de ellos, en burros, iban otros cuatro individuos legos del gremio monacal, familiares, ó como si dijéramos, escuderos de los cuatro padres de misa, como en resguardo y en honor de la gente levítica; y para mayor autoridad y representacion de la justicia, formaban parte de la caravana cuatro arcabuceros á pié, de la villa de Medina, y dos cuadrilleros de la Santa Hermandad, á caballo.

III.

—Justicia va á haber, que ya aparecen los frailes, decia uno.

—Es que van á ahorcar á Gabriel de Espinosa, decia otro.

—Bien empleado se lo tiene, añadió un tercero.

—¿Por qué ha querido meterse á rey cuando no sabia hacer pasteles? saltaba alguna vieja.

Y poco despues de la llegada de los frailes, no se oian por el pueblo más que murmuraciones y comentarios, y preguntas de cuando se hacia la justicia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

Entretanto, Pedralva habia dado con los cuatro padres de misa y los cuatro legos, casa de don Rodrigo de Santillana.

Los de misa habian entrado en la habitacion del alcalde, y los legos se habian quedado con los cuadrilleros, con los alguaciles, con los arcabuceros y con las bestias.

V.

Volvamos á los padres graves.

El padre Chiesa, de la compañía de Jesús, era un señor como de cincuenta años, alto, de semblante severo é inteligente, y llevaba con gran distincion sus hábitos negros, que tenian más de clérigo que de fraile.

Parecia por su aspecto determinar una especie de aristocracia del clero regular.

No era necesario ser muy sagaz para comprender que existia cierta animadversion disimulada en los otros tres frailes, respeto al jesuita, y en el jesuita cierto desden, encubierto bajo la mejor forma del mundo, respecto á los otros tres frailes.

Los dos trinitarios se llamaban, el uno el padre Regalado, y el otro el padre Galindo.

En cuanto al capuchino, se llamaba el padre Astudillo.

El padre Regalado era un señor obeso, mofletudo, con los ojos casi escondidos entre la carne, con gran papada y gran cogote, de buena pasta; hombre feliz á todas luces, y cuyo abdómen tenia un volumen monstruoso.

La tranquilidad, la indiferencia á todo lo que no fuese la pitanza suculenta y la absoluta carencia de cuidados, era lo primero que se comprendia á la vista del rosado semblante del padre Regalado.

Era un fraile trinitario de raza pura, porque la raza fraile existe desde que el mundo es mundo, ya con esta ó la otra denominacion, ya bajo esta ó la otra forma: bracmanes en la India; coptos en Egipto; augunes entre los gentiles; levitas entre los judíos; fakíes entre los árabes; frailes entre los cristianos.

La raza, pues, era antigua, y tenia razon de ser.

El padre Galindo era tambien mucho fraile, aunque de género distinto del padre Regalado.

Era de un volúmen regular, ni delgado ni grueso, moreno, de fisonomía expresiva, inteligente, un si es ó no es astuta, un tanto burlona y marcada con algo de esa expresion que podria llamarse espíritu de hombre de mundo.

En cuanto al padre Astudillo, habia en él toda la soberbia del capuchino mendigante, la severidad del ascetismo, pero no la demacracion del ascetismo, porque quien come bien y goza de buena salud, no puede estar flaco; por el contrario, el padre Astudillo era una especie de atleta moreno encendido, con gran vigor de musculatura, barba crespa y negra, la cabeza completamente afeitada, á excepcion de un estrecho cerquillo, cejas pobladas, ojos negros y penetrantes, de expresion

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dura, nariz recta y enérgica, cuello robusto, brazos y piernas fuertementedesarrollados, y manos y piés grandes, pero de buena forma.

El padre Astudillo era un buen mozo de treinta y cinco años, en toda la extension de la palabra, y con una fuerza tal, que de un puñetazo en la cerviz podia matar á un toro.

Pero todos estos frailes tenian trazas de ser buenos señores y hombres de virtud, salvo los defectos de carácter, y su soberbia de raza, y su competencia de órden á órden.

El padre Chiesa era un varon doctísimo, teólogo, canonista, jurista, escritor de muy buenos libros; pero no era doctor: le bastaba con ser jesuita.

Por el contrario, el padre Regalado y el padre Galindo, que sabian mucho menos que el padre Chiesa, tenian todos los grados y campanillas universitarias, y eran doctores *in utroque*.

En cuanto al padre Astudillo, no sabia más que ser capuchino, y esto era ya bastante.

VI.

Don Rodrigo de Santillana los recibió con las mayores consideraciones del mundo, y les puso por sí mismo sillas.

Sentáronse todos, recogiendo cuidadosamente los hábitos de una manera particular, menos el capuchino, que no tenia nada que recogerse, porque su hábito ceniciento, más que hábito era una funda.

VII.

Don Rodrigo de Santillana, que solo se descubria, haciendo el oficio de juez, ante Dios y ante el rey, se quitó su bonete de licenciado, dejando descubiertas sus altivas canas, ante los cuatro frailes.

—Padres, dijo Santillana con el mayor comedimiento; perdonadme, si cumpliendo con mi obligacion, y en servicio de Dios y del rey nuestro señor, y de la justicia, os he sacado de vuestros monasterios de Medina, rogándoos, por medio de mi secretario Pedralva, viniéseis á Madrigal á auxiliar á un hombre que vá á morir. Yo supongo que al suplicaros de mi parte mi secretario que viniérais por caridad de Dios, os habrá dado mis más respetuosas escusas.

—Señor don Rodrigo de Santillana, dijo el padre Chiesa tomando la palabra como más viejo, porque no podian hablar los cuatro frailes á un tiempo, mientras los tres restantes se mantenian sérios y graves, y el padre Regalado se daba, sin duda por costumbre, golpecitos con la mano en su voluminoso vientre, como acariciando aquella bendicion de Dios: nosotros nos damos por muy contentos, no ya solo porque Dios nos ofrece la ocasion de ejercer una obra de caridad, tal como la de conformar con la muerte á un desventurado, sino tambien porque tenemos la ocasion de conoceros y de ofrecernos á vuestro servicio.

—Yo soy todo de vuestras mercedes, padres, dijo don Rodrigo de Santillana, recibiendo por respuesta una in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

clinacion de cabeza de los cuatro frailes; y tanto creia de antemano me consideraríais como amigo, que me he atrevido á mandar se disponga á vuestras mercedes en mi casa, almuerzo y agasajo.

Volvieron á inclinar la cabeza los cuatro frailes.

El alcalde tocó la campanilla, á cuyo sonido se presentó presto, prestísimo, el alguacil Tribaldos.

—Mandad, maese, que saquen los manjares á la mesa.

Tribaldos salió.

—Espero serán vuesas mercedes servidos, dijo el alcalde levantándose, á cuya invitacion los frailes se levantaron tambien.

VIII.

Pasaron á otra habitacion del piso bajo, en la cual habia una gran mesa cubierta con un mantel que caia hasta al suelo, y servida en rica vagilla, que se habia procurado el alcalde prestada, por no estar en su casa.

Cuatro garrafas de vino negro, tinto, pardo y blanco, todo de Castilla, en donde nunca ha habido málos vinos, flanqueaban fuentes de empanadas, de cangrejos, de quesos y de frutas.

Hay que tener en cuenta que aquel dia era viernes, y que tratándose de frailes, especialmente habiendo entre ellos un capuchino, no podia ser el almuerzo más que de vigilia.

Sentáronse en torno de la mesa los cinco personajes, obligándose á la presidencia al padre Chiesa, despues de un tiroteo de cumplimientos y de escusas, debiendo advertir que no se sentaron hasta que el padre Chiesa hubo bendecido el almuerzo, y persignándose cada uno de los comensales.

Sobrevino la indispensable olla podrida, no de carne, sino de galápago, salmon y cangrejos, especie de potage suculento, mal llamado de vigilia, porque era infinitamente de digestion más difícil que una olla podrida de carnes, cerdo y aves, etc.

Siguieron el abadejo en distintos guisos, las truchas fritas de una manera especial, la tierna ensalada con huevos duros, despues de lo cual se metió mano á las natillas, al arroz con leche, á las empanadas de dulces, á los quesos, á las frutas, á las mermeladas, todo esto en medio de un silencio respetuoso, interrumpido solo por algunas medias palabras á boca llena, porque sabido es, que el que habla no come; y en aquellos tiempos se comia en regla, especialmente cuando los comedores eran frailes.

Los héroes del almuerzo fueron, en primer lugar, el padre Regalado, que á no ser tan expléndido don Rodrigo de Santillana, no hubiera habido almuerzo para él solo; en competencia suya, el capuchino, que comia con la ligereza y la voracidad de un tiburon, y bebia más que una esponja, y luego el padre Galindo, del que únicamente podia decirse que tenia buen diente.

Pero todo es relativo; decir que un fraile tenia buen diente, no es lo mismo que decir que una persona tiene buen diente cuando es seglar. Un fraile de buen diente era un lobo. Así andaban ellos de gordos y relucientes.

En cuanto al jesuita, era un hombre fino, y co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mió lo que bastaba, y con unas maneras inmejorables.

Don Rodrigo, en cambio, apenas comió, siendo más que comensal de los frailes, su servidor de platos.

Cuatro criados con la librea de la casa de Santillana habian servido la mesa, y dos alguaciles inmóviles, como guardia de honor, habian permanecido con sus trajes de gala, á los dos lados de la puerta, lanzando una mirada envidiosa á los manjares que devoraban los frailes, con una fruicion verdaderamente seráfica.

Y es necesario convenir en que el que vá á hacer una obra de caridad, cuanto mejor comido está mejor la hace.

IX.

Don Rodrigo comprendió que de tal manera se habian atracado los buenos frailes, á excepcion del jesuita, que más estaban para acostarse y para abandonarse sin testigos á los diversos resultados de la digestion, que para que se les hablase de ajusticiados, y los encomendó á Tribaldos para que los acomodase en los aposentos que se les habian preparado, quedándose de sobremesa con el jesuita.

Entre paréntesis; entre el almuerzo de don Rodrigo de Santillana y los cuatro frailes, y aquel otro almuerzo de Mari Galana, la tia Martina, el verdugo, el pregonero y el sepulturero, habia algo espantosamente semejante.

Solo existia la diferencia de la forma y de la calidad de los comensales; por lo demás, en ambas mesas, el

primer plato, el primer manjar, el manjar horrible, aunque fantástico, porque estaba allí sin forma, latente, pero vivo, era un ajusticiado.

Aquel almuerzo plebeyo, miserable, habia tenido por objeto templar la mano del verdugo.

El otro almuerzo entre personas decentes, habia tenido por objeto templar para el sentenciado el horror de la muerte, haciéndole pensar más en lo eterno, en lo infinito, en lo santo, que en lo material, en lo perecedero, en lo humano. A ambos almuerzos habia presidido un mismo pensamiento, la caridad, aunque manifestada de distinto modo.

Pero sobre la mesa de ambos almuerzos se habia levantado la figura sombría y fatídica de un ajusticiado. Y luego, ¿qué diferencia hay para un ajusticiado, entre el juez que le sentencia, el agonizante que le auxilia, el pregonero que vocea su delito, el verdugo que le extrangula y el sepulturero que le entierra?

Ninguna.

Todas estas personas no son para el sentenciado más que los miembros que determinan la realidad activa de un sér abstracto; de la ley sombría que sentencia á un hombre á morir, que castiga un crímen individual, con un crímen público.

X.

—Padre Chiesa, dijo don Rodrigo de Santillana cuando se hubieron quedado solos el jesuita y él; en vos confio; los otros tres religiosos son inmejorables para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

agonizantes; dejémosles la parte religiosa; pero yo deseo que vuestra merced se encargue de la parte política.

—He oido decir cosas extraordinarias del pastelero de Madrigal.

—Estamos solos, dijo don Rodrigo de Santillana, aproximando su silla á la del jesuita; vos, padre, sois un hombre de verdadera ciencia, de verdadera virtud; y además de esto, sois un hombre de honor.

—Dios me mantenga siempre en mi deber como caballero, como cristiano y como sacerdote, de la misma manera que me ha mantenido hasta ahora. Hablad, don Rodrigo, hablad: os oscucho con toda mi atencion, y os doy gracias por la confianza que depositais en mí.

—Habeis venido para escuchar la confesion de un sentenciado; pero antes vais á escuchar la confesion del juez que ha pronunciado la sentencia.

Y don Rodrigo de Santillana se deslizó de la silla, y quedó arrodillado delante del jesuita.

—No; no demos á esto una solemnidad tal que pase los límites de la conveniencia, porque podria suceder muy bien, que si lo que vais á decirme tuviera el carácter de confesion, os pesára de ello. Alzáos y habladme como se habla á un amigo, no á un juez de Dios en el tribunal de la penitencia.

—Paréceme, padre, dijo don Rodrigo, que ya habeis formado vos algun juicio respecto á este asunto.

—Es él tan grave de suyo, que es necesario tratarle con gran prudencia.

—¡Tengo miedo, padre!

—¡Miedo el juez!

—¡Es un hombre misterioso! ¡Un hombre terrible! Que no es pastelero ni hombre bajo, lo prueban su altivez, sus discursos y sus costumbres; no parece cuando habla, sino que habla un rey por su boca, y de tal manera obedece, padre Chiesa, que cuando obedece, manda; terror no se halla en él, ni cobardía, ni súplica, ni bajeza. Pero á pesar de esto, es tan duro de creer sea el rey don Sebastian, que es más fácil suponer sea algun príncipe, que por ambicion haya dado en el caso que á tal punto le ha traido; que aunque á mí me afirmen frailes franciscos que el tal Espinosa es hombre comun, no podré creerlo, y creeria más bien que tiene en el cuerpo familiar maligno, que le hace parecer grandísima persona. ¿No seria bueno probar el exorcismo, padre Chiesa?

El jesuita se sonrió sutilmente.

—El mejor cristiano es aquel, dijo con voz reposada, que sabe donde termina la religion y la supersticion empieza. ¿No os parece extraño, señor don Rodrigo, que el diablo se entretenga en procúrar que vos veais á un rey, ó por lo menos á un príncipe ó á una gran persona en un pastelero? ¿Habeis visto alguna vez los efectos que se notan en los endemoniados en ese hombre?

—Yo sé mucho de derecho civil, criminal y canónico, porque debo saberlo; pero se me alcanza muy poco acerca de endemoniados.

—Yo os diré; ¿habeis visto alguna vez á Gabriel de Espinosa entregado á un delirio de furor, pálido como un muerto, desencajado el semblante, echando fuego por los ojos, blasfemando de una manera espantosa, de Dios,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la Eucaristía, de los santos? ¿Le habeis visto alguna vez huir del agua bendita como un perro rabioso, y caer sin sentido como muerto al suelo despues de uno de estos accesos de furor infernal?

—No; la cólera de Gabriel de Espinosa es la cólera de un hombre acostumbrado á mandar, y á quien irrita ser mandado. Jamás le he oido blasfemar de Dios ni de los santos; por el contrario: solo ha tomado el nombre de Dios para encomendarle la venganza de la injusticia, que segun dice, se comete contra él.

—Pues entonces, don Rodrigo, Gabriel de Espinosa no tiene familiar.

—Si no le tiene, dijo don Rodrigo poniéndose pálido, aquí para entre nosotros, padre, yo no puedo asegurar quién sea ese hombre.

—Lo que quiere decir, que no podeis asegurar que ese hombre no sea el rey don Sebastian.

—No, dijo con voz cavernosa don Rodrigo; no puedo jurarlo.

—Entonces he hecho bien en impedir que la revelacion que me estais haciendo tenga el carácter de confesion, porque si confesion fuera, don Rodrigo, os afirmo, *in verbo* de sacerdote, que no podria absolveros.

—¿Y por qué no? dijo extremeciéndose don Rodrigo.

—Porque habeis sentenciado á oscuras; porque vos habeis vendido la justicia al miedo; porque de juez que solo obedece á Dios, os habeis convertido en vasallo que obedece al rey.

—¡Padre! ¡Padre! exclamó levantándose don Rodrigo; ¿creeis que he sentenciado injustamente?

—Sí, si no habeis tenido para sentenciar una prueba tan clara como la luz del medio dia, como la luz del sol, segun lo ordenan las Partidas del rey don Alonso el Sábio.

—Se trata de la tranquilidad de dos reinos; del incontestable derecho del rey nuestro señor á la corona de Portugal.

—¿Y á qué quedaria reducido el derecho del rey don Felipe, si ese hombre fuera por desgracia el rey don Sebastian de Portugal?

—¡Padre! exclamó aterrado don Rodrigo.

—En cuestion tan grave, vos habeis debido tener el valor de declararos incompetente.

—No constaba que ese hombre no fuese pastelero.

—Pero vuestra conciencia os decia, os dice, que no lo era, que no lo es.

—Yo hubiera sido encarcelado, juzgado, sentenciado por inobediencia, y tal vez por traicion, y otro juez se hubiera encargado del proceso.

—Hubiérais sido un mártir, y esto es todo.

—Padre Chiesa, vos solo me podeis sacar de la perturbacion en que me hallo; por eso, conociendo yo vuestra sabiduría, vuestra experiencia y vuestra virtud, os he buscado, os he suplicado que vengais, á fin de ver si sois más afortunado que yo con Gabriel de Espinosa, si podeis descubrir la verdad; vais á ser vos el primero que le vea; vais á ser vos el primero que le lleve la funesta noticia.

—¿A qué pena ha sido sentenciado ese hombre? porque la pena de muerte es de varias maneras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—A la pena de los reos de alta traicion.

—Es decir, arrastrado, ahorcado, descuartizado, y á que su cabeza sea puesta en un palo, sobre la vía pública.

—Sí, si señor.

—Pues bien; dadme al momento un alguacil que me conduzca junto á ese desgraciado, no perdamos tiempo; en estos casos, cuando se trata de salvar el alma de un hombre, los momentos son preciosos.

—Sí, sí, padre. ¡Hola, Tribaldos!

Presentóse el alguacil.

—Conducid á su merced al encierro de Gabriel de Espinosa, y que se le deje solo con él.

Tribaldos y el jesuita salieron.

XI.

Cuando el padre Chiesa entró en el encierro de Espinosa, le encontró con un traje muy galan aterciopelado y de tal manera, que no parecia preso.

—Aquí me envian á consolaros en el amargo trance en que os encontrais, dijo el jesuita.

—¿Y que amargo trance es ese, padre? dijo Gabriel de Espinosa.

—¿Pues qué, aún no lo sabeis? dijo el religioso.

—Dicen, repuso Gabriel de Espinosa, que si me sentenciarán á muerte ó no me sentenciarán; pero yo no lo creo, padre, porque no he cometido delito para tanto.

—Sentenciado estais, por desgracia, dijo el padre Chiesa, y yo siento mucho ser el primero que os lo asegure.

—¿Y de qué manera habrán de matarme, padre?

—Ahorcado, despues de lo cual sereis descuartizado, y puesta vuestra cabeza en un camino; así ha encontrado que es de justicia vuestro juez don Rodrigo de Santillana.

—¿Y sabe don Rodrigo quién soy yo, para que así se atreva á sentenciarme á la muerte de los villanos? Con cuchillo se me ha de matar á mí y en silla, ya que á muerte se me condena, como se ajusticia á los caballeros.

—No es este tiempo de entregarse á esas imaginaciones, y debeis dar gracias á Dios, de que á tal os hayan sentenciado, porque cuanto más afrentosa sea vuestra muerte, más provechosa será para vuestra alma.

—Culpas he cometido, que bien merecen la muerte á que se me condena, dijo Gabriel de Espinosa; pero esto no libra de la mancha de injusticia á don Rodrigo de Santillana, porque él no conoce ni me ha hecho cargo de esas otras culpas mias, y de la que me piden, estoy tan inocente, que no puede ser más; porque si otros me han llamado el rey don Sebastian, yo no me lo he llamado nunca, ni por cartas mias lo he afirmado; y si se supiera quién yo soy, á buen seguro que no me veria en el trance en que me veo, ni don Rodrigo de Santillana tendria la satisfaccion de ahorcarme.

—¿Y por qué, si podeis descargaros de la culpa de que se os acusa, no lo haceis?

—Porque tengo hecho un voto que no puedo romper.

—Mirad, que los que afirman que el rey don Sebastian vive, añaden, que si no se ha dado á conocer, ni ido á su reino, es porque tiene hecho voto de no ser rey en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—A la pena de los reos de alta traicion.

—Es decir, arrastrado, ahorcado, descuartizado, y á que su cabeza sea puesta en un palo, sobre la vía pública.

—Sí, si señor.

—Pues bien; dadme al momento un alguacil que me conduzca junto á ese desgraciado, no perdamos tiempo; en estos casos, cuando se trata de salvar el alma de un hombre, los momentos son preciosos.

—Sí, sí, padre. ¡Hola, Tribaldos!

Presentóse el alguacil.

—Conducid á su merced al encierro de Gabriel de Espinosa, y que se le deje solo con él.

Tribaldos y el jesuita salieron.

XI.

Cuando el padre Chiesa entró en el encierro de Espinosa, le encontró con un traje muy galan aterciopelado y de tal manera, que no parecia preso.

—Aquí me envian á consolaros en el amargo trance en que os encontrais, dijo el jesuita.

—¿Y que amargo trance es ese, padre? dijo Gabriel de Espinosa.

—¿Pues qué, aún no lo sabeis? dijo el religioso.

—Dicen, repuso Gabriel de Espinosa, que si me sentenciarán á muerte ó no me sentenciarán; pero yo no lo creo, padre, porque no he cometido delito para tanto.

—Sentenciado estais, por desgracia, dijo el padre Chiesa, y yo siento mucho ser el primero que os lo asegure.

—¿Y de qué manera habrán de matarme, padre?

—Ahorcado, despues de lo cual sereis descuartizado, y puesta vuestra cabeza en un camino; así ha encontrado que es de justicia vuestro juez don Rodrigo de Santillana.

—¿Y sabe don Rodrigo quién soy yo, para que así se atreva á sentenciarme á la muerte de los villanos? Con cuchillo se me ha de matar á mí y en silla, ya que á muerte se me condena, como se ajusticia á los caballeros.

—No es este tiempo de entregarse á esas imaginaciones, y debeis dar gracias á Dios, de que á tal os hayan sentenciado, porque cuanto más afrentosa sea vuestra muerte, más provechosa será para vuestra alma.

—Culpas he cometido, que bien merecen la muerte á que se me condena, dijo Gabriel de Espinosa; pero esto no libra de la mancha de injusticia á don Rodrigo de Santillana, porque él no conoce ni me ha hecho cargo de esas otras culpas mias, y de la que me piden, estoy tan inocente, que no puede ser más; porque si otros me han llamado el rey don Sebastian, yo no me lo he llamado nunca, ni por cartas mias lo he afirmado; y si se supiera quién yo soy, á buen seguro que no me veria en el trance en que me veo, ni don Rodrigo de Santillana tendria la satisfaccion de ahorcarme.

—¿Y por qué, si podeis descargaros de la culpa de que se os acusa, no lo haceis?

—Porque tengo hecho un voto que no puedo romper.

—Mirad, que los que afirman que el rey don Sebastian vive, añaden, que si no se ha dado á conocer, ni ido á su reino, es porque tiene hecho voto de no ser rey en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

veinte años, contados desde el dia de la batalla, en que su temeridad fué castigada con un tan ejemplar y merecido desastre en Africa.

—No insulteis la memoria del rey don Sebastian, padre, dijo palideciendo de cólera Gabriel de Espinosa; que vos no sabeis lo que el rey don Sebastian era; y sobre todo, cumplió con Dios yendo á combatir con los infieles, y con su honor, peleando como un leon, hasta que cayó cubierto de heridas.

—¿Qué os importa á vos de que el rey don Sebastian se diga que fué temerario, y que su temeridad tuvo un merecido castigo en una vergonzosa derrota?

Contúvose á duras penas Gabriel de Espinosa, y con la voz trémula contestó:

—Impórtame, porque he comido el sueldo del rey don Sebastian; porque peleé con él, y caí con él en Africa; porque el rey don Sebastian y yo nos parecemos mucho, y sobre todo en el espíritu; y porque no es de hidalgos el consentir que se insulte la memoria de un rey bravo, por quien por su misterio no puede juzgar bien en cosas de guerra y caballería; ¿acaso ha sido el rey don Sebastian el primer rey vencido? Si por temeraria se tiene su empresa sobre el Africa, ¿por qué no se tiene por temeraria la empresa del prudentísimo rey don Felipe, de la que resultó la pérdida completa de aquella formidable armada que llamaban la Invencible? ¿Por qué no se tiene por temeraria la guerra de Flandes, que no se acaba nunca, que es el matadero de los españoles y la sepultura donde se entierran los tesoros que vienen de Indias? Pero ya se vé, como el rey don Felipe está vivo

é imperando, todos le respetan, al paso que todos se atreven con la memoria del rey don Sebastian; porque á moro muerto, gran lanzada; pero esto no es razon, ni yo lo he de oir sin que lo replique; y de otra manera lo replicára sino tuviera las manos sujetas por las prisiones.

—No parece, dijo el padre Chiesa, sino que sois don Sebastian ó don Antonio, segun os encolerizais por lo que de don Sebastian se dice.

—«Don Sebastian ni don Antonio no soy, ni Dios quiera que yo diga tal; pero sin eso, puede ser que si se supiera quién yo soy, no pasára por esta pena; pero ni se ha de saber por ahora ni puede ser: pasémosla... ¿Y saben por ventura quién yo soy? ¿Piensan que nací en las malvas?

—»Pensamos á lo menos, dijo el padre, que fuísteis hallado á la puerta de una iglesia.»

A lo que contestó Gabriel de Espinosa sonriendo.

—«Más me espanto de que gente de entendimiento se persuada de eso.

—»Estamos á lo que vos habeis confesado, y no os tengo yo por tan disparatado y enemigo de vos mismo, que si otra cosa hubiera que os pudiera quitar y aliviar la pena, no la dijéseis.

—»Al fin, replicó Espinosa, en eso no he de decir yo más de lo dicho, y el por qué, yo me lo sé; y gente tan cuerda no ha de conjeturar quién yo soy de mis dichos y confesion, sino de mis cosas y de mis hechos. ¿Son, por ventura, dijo con extraño brío, cosas las mias de hombre comun y bajo? ¿Y habia yo de ser tan desatinado que em-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prendiera yo cosa tan grande tan sin fundamento? Como digo, mi muerte descubrirá quien yo soy y lo que en esto hay; y lo que yo siento más es el daño que de mi muerte se ha de seguir; porque con ella clamarán los que ahora callan y están á la mira, y no fuera mucho que en diez meses que ha que estoy preso, hubiera enviado el rey don Felipe quien me conociera, habiéndolo yo pedido tantas veces, ó que de lo mucho que ha gastado en este negocio, gastara algo en saber este punto.

—»Harto bueno fuera, dijo el padre, que anduvieran á buscar los padres de quien decís fuísteis echado á la puerta de la iglesia.

—»¿Qué hiciera el rey, replicó Espinosa, en que aunque fuera echado á la puerta del infierno, y fuera hijo de Satanás, lo sacára de rastro?

—»Ni á mí ni á nadie, dijo el padre, habeis de persuadir que sois otro que el que habeis confesado; y no os canseis en esto, que es grandísimo desatino, por un poco de vanidad y ser tenido por quien no sois, en tan poco tiempo como os queda de vida, pongais en peligro vuestra salvacion, olvidándoos tanto de ella y gastando este breve tiempo en pláticas tan impertinentes y vanas. Cesen ya del todo las quejas y acábense ya estas preñeces, que ni sirven ni han de servir, sino de gastar el poco tiempo que os queda para procurar algun descanso de los muchos cargos que de todo el discurso de vuestra vida pasada dentro de poco tiempo os han de hacer en el tribunal de Dios.

—»Sea en buen hora, que ya no hablaré más palabra

en esto, aunque es cosa muy dificultosa, que no salga por la boca lo que está en el corazon (1).»

XII.

A seguida, el padre Chiesa, despues de haberle echado un largo sermon para disponerle á la muerte, se despidió de él, poco satisfecho de desvanecer con una declaracion franca, el misterio que le envolvia.

Conocíase, además, que no creia que fuese cierta la sentencia de muerte, sino un medio de que se valia Santillana para aterrarle y obligarle á declarar la verdad.

XIII.

Pasaron así los tres dias, y llegó el primero de agosto de 1595.

Gabriel de Espinosa podia dudar de la verdad de la sentencia; pero no podian dudar de ella los vecinos de Madrigal.

En medio de la plaza habia aparecido alzada una horca, levantada durante la noche.

En el pueblo habia entrado entre arcabuceros de Medina, maese Cordelejo el verdugo.

(1) Todo lo que está entre comillas, ha sido copiado á la letra de un manuscrito de la época, del que ha sido extractada la historia de Gabriel de Espinosa, impresa en Madrid en 1785. Edicion de Pantaleon Aznar, sin nombre de autor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXVII.

En que el autor se ocupa de las últimas escenas de esta terrible historia.

I.

Antes de que amaneciese el dia primero de agosto, don Rodrigo de Santillana, que estaba destinado á no descansar, á no reposar, á no vivir, se habia visto obligado á dejar el lecho, aunque no habia dormido.

Aben-Shariar habia llamado á su puerta, y valiéndose del nombre del rey para lograr que avisasen al alcalde, habia llegado á su presencia.

Aben-Shariar llevaba traje de camino.

Cuando don Rodrigo de Santillana le vió, su semblante pálido, cadavérico, se puso más pálido, más cadavérico aún.

—No parece, dijo Aben-Shariar, si no que vos, y no Gabriel de Espinosa, habeis de ser ahorcado.

—Monseñor, dijo don Rodrigo de Santillana; Dios lo quiere, Dios lo ha hecho. Pecados tenia que castigar en mí, y los ha castigado severísimamente trayendo á mis

manos este proceso; no he hecho más que lo que he podido hacer; otra cosa hubiera sido faltar á lo que debo á mi hidalguía, poniendo en juicio la potestad del rey para juzgar y para sentenciar, porque sabedlo bien: no he sido yo el juez, lo ha sido el rey; yo no he hecho más que autorizar como alcalde de casa y córte lo que el rey me ha mandado; no hay una sola letra en este proceso que el rey no haya visto; las cartas anónimas que se han echado en mi casa, amenazándome en las unas, aconsejándome en las otras, han sido enviadas por mi al rey.

—Para eso se escribian, dijo Aben-Shariar.

—Ya sabia yo, dijo Santillana, aunque jamás os lo he dicho, que vos érais el autor de aquellas cartas; lo sabe tambien el rey, como sabe que estais en Madrigal.

—Dejaré de estarlo muy pronto; y para salir de él cuanto antes, vengo á veros. Clara, es decir, la sultana Sayda Mirian, que aparece en el proceso con el nombre de Clara, y como nodriza primero, y madre despues de los hijos del rey don Sebastian, ó de Gabriel de Espinosa, habrá sido tambien sentenciada.

—Se han cubierto las apariencias; y como su sentencia no es realmente sentencia, sino pretesto, no se la ha notificado. En la causa aparece tambien que se la ha dado tormento; pero vos sabeis que no: esa señora, ha sido, de órden del rey, ciegamente respetada; y si ha estado presa en la apariencia, porque no está preso el que puede salir de prisiones cuando quiera, ha sido porque vos y ella lo habeis querido así.

—Pues bien; ahora quiero que me la entregueis.

—Cabalmente la sentencia que sobre ella ha recaido,

es la de extrañamiento perpétuo de España y de Portugal. Vedla aquí, dijo el alcalde revolviendo algunas papeles.

—Dejad, dejad, don Rodrigo, dijo Aben-Shariar; me importa muy poco lo que en el proceso conste, con tal de que mi hermana me sea entregada.

—Antes de entregárosla, debo haceros presente un deseo del rey.

—¿Cuál? dijo profundamente Aben-Shariar.

—Que esa señora no reclame jamás para sus hijos la corona de Portugal.

—Pero entonces, don Rodrigo, dijo con acento terrible Aben-Shariar, el rey reconoce á Gabriel de Espinosa en el pastelero de Madrigal. ¿Dónde teneis el escrito en que el rey os ha mandado eso?

—Lo he vuelto á su majestad como todos los escritos importantes que he recibido, como le he enviado, sin leerlas, las cartas que se han cogido dirigidas á Gabriel de Espinosa.

—Entonces, don Rodrigo, vos no habeis sido juez, sino instrumento.

—Aquí no ha habido más juez que el rey. Sobre mí no puede caer responsabilidad alguna, ni ante Dios ni ante los hombres.

—Y sin embargo, don Rodrigo, os devora el remordimiento.

—Porque dudo, porque veo en este asunto un terrible misterio, porque el proceso que yo he instruido, no por culpa mia, sino por determinaciones del rey, adolece de más de una nulidad; porque estoy seguro de que un dia

causará escándalo ese proceso, y se dirá de mí lo que no deberia decirse, porque yo ante todo, como juez y como caballero, estoy obligado á obedecer al rey.

—¡Aún contra vuestra conciencia!

—El que obedece al que legítimamente le manda, no trae responsabilidad alguna ante Dios.

—¿Y entonces, don Rodrigo, por qué temblais? ¿Por que os tiene aterrado y enfermo este proceso?

—Porque la Providencia se ha valido de él para castigar delitos de que soy únicamente responsable; porque ese proceso ha venido á mí por mi hija, que á causa de su corrupcion pasada ha conocido á ese hombre; porque me ha arrojado sobre la frente la vergüenza que yo imprimí en la frente de su madre devolviéndomela centuplicada; porque á pesar de todo la amo, y ella ama tanto á ese hombre, que al firmar yo esa sentencia he firmado la de mi hija, la mia propia; y además... porque yo no sé si ese hombre es un impostor ó un rey; yo no he visto toda la prueba; yo no sé lo que se contenia en las cartas cerradas que he remitido al rey.

—De modo que temeis ser cómplice de un asesinato de Estado.

—No diré yo tanto: el rey ha sentenciado y á mí solo me toca creer que habrá atendido para ello á justísimas razones. Sin embargo, yo hubiera deseado que tal proceso no hubiese venido á mis manos, que el rey no hubiera depositado en mí de tal modo su confianza.

—Os queda un medio, dijo Aben-Shariar.

—¿Cuál? preguntó con ansiedad don Rodrigo.

—Suspended la ejecucion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sea lo que quiera, dijo don Rodrigo de Santillana, Gabriel de Espinosa será ejecutado esta tarde á las cuatro si el rey no manda suspender la ejecucion.

—Pues bien, que caigan sobre vos la maldicion divina y la venganza humana, dijo Aben-Shariar.

Don Rodrigo se extremeció.

—Ahora, dijo Aben-Shariar, venid á entregarme á mi hermana.

—Os daré una órden para que os la entreguen; enviaré con vos á mi secretario Pedralva.

—No, no, venid vos; puede ser que la esposa del sentenciado tenga algo que deciros.

—Sois implacable conmigo, monseñor; pero una vez aceptado el sacrificio, no hay que pararse en hacerle más ó menos doloroso. Vamos.

Don Rodrigo de Santillana se ciñó su espada, se puso su bonete y su capa de tercianela, tomó su vara y salió de su casa con Yhaye-ben-Shariar.

II.

La cárcel, como hemos dicho anteriormente, estaba en la plaza, á poca distancia de la casa del alcalde, y llegaron á ella en poco tiempo.

El alcaide, por órden de don Rodrigo, llevó á éste y á Yhaye al encierro de Sayda Mirian, que estaba al extremo opuesto de aquel en que se guardaba á Gabriel de Espinosa.

Las ventanas enrejadas del encierro de Sayda Mirian daban á la plaza.

III.

Cuando entraron el alcalde y Aben-Shariar vieron que á una de aquellas rejas que estaba abierta, habia una mujer completamente vestida de negro, de espaldas á la habitacion y mirando á la plaza.

A pesar de que habia resonado con fuerza la puerta al abrirse y otra vez al cerrarse, la mujer no dió muestras de haberse apercibido de ello.

Llegaron juntos hasta enmedio de la habitacion el alcalde y Yhaye, y éste último adelantó solo desde allí hasta llegar junto á la mujer.

El alcalde se habia detenido pálido y trémulo.

A pesar de que Yhaye se habia acercado á la mujer hasta tocarla, ésta permaneció inmóvil con la mirada fija en un objeto que se veia en medio de la plaza á la dudosa luz de la noche.

Aquel objeto era una horca.

Yhaye la vió tambien y se extremeció.

Comprendió cuánto debia sufrir Sayda Mirian, porque era ella la mujer que con una atonía horrible miraba la horca que se destacaba de una manera infame en medio de la plaza.

IV.

—¡María! dijo con voz ronca Yhaye-ben-Shariar.

María se volvió lentamente y miró de una manera profunda á Yhaye.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sea lo que quiera, dijo don Rodrigo de Santillana, Gabriel de Espinosa será ejecutado esta tarde á las cuatro si el rey no manda suspender la ejecucion.

—Pues bien, que caigan sobre vos la maldicion divina y la venganza humana, dijo Aben-Shariar.

Don Rodrigo se extremeció.

—Ahora, dijo Aben-Shariar, venid á entregarme á mi hermana.

—Os daré una órden para que os la entreguen; enviaré con vos á mi secretario Pedralva.

—No, no, venid vos; puede ser que la esposa del sentenciado tenga algo que deciros.

—Sois implacable conmigo, monseñor; pero una vez aceptado el sacrificio, no hay que pararse en hacerle más ó menos doloroso. Vamos.

Don Rodrigo de Santillana se ciñó su espada, se puso su bonete y su capa de tercianela, tomó su vara y salió de su casa con Yhaye-ben-Shariar.

II.

La cárcel, como hemos dicho anteriormente, estaba en la plaza, á poca distancia de la casa del alcalde, y llegaron á ella en poco tiempo.

El alcaide, por órden de don Rodrigo, llevó á éste y á Yhaye al encierro de Sayda Mirian, que estaba al extremo opuesto de aquel en que se guardaba á Gabriel de Espinosa.

Las ventanas enrejadas del encierro de Sayda Mirian daban á la plaza.

III.

Cuando entraron el alcalde y Aben-Shariar vieron que á una de aquellas rejas que estaba abierta, habia una mujer completamente vestida de negro, de espaldas á la habitacion y mirando á la plaza.

A pesar de que habia resonado con fuerza la puerta al abrirse y otra vez al cerrarse, la mujer no dió muestras de haberse apercibido de ello.

Llegaron juntos hasta enmedio de la habitacion el alcalde y Yhaye, y éste último adelantó solo desde allí hasta llegar junto á la mujer.

El alcalde se habia detenido pálido y trémulo.

A pesar de que Yhaye se habia acercado á la mujer hasta tocarla, ésta permaneció inmóvil con la mirada fija en un objeto que se veia en medio de la plaza á la dudosa luz de la noche.

Aquel objeto era una horca.

Yhaye la vió tambien y se extremeció.

Comprendió cuánto debia sufrir Sayda Mirian, porque era ella la mujer que con una atonía horrible miraba la horca que se destacaba de una manera infame en medio de la plaza.

IV.

—¡María! dijo con voz ronca Yhaye-ben-Shariar.

María se volvió lentamente y miró de una manera profunda á Yhaye.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Su palidez era horrible, y una ardiente fiebre lucia en sus ojos.

Los diez meses de prision, de ansiedad, de espanto que habian pasado por ella, la habian envejecido.

Estaba flaca, demacrada, y sus hermosos cabellos negros habian encanecido en su mayor parte.

Y sin embargo, aún era hermosa.

Vestia un traje completamente de dama, pero traje de luto.

Al ver á Yhaye vió tambien á don Rodrigo y se lanzó sobre él.

Le miró un momento de una manera inmensamente terrible, y luego le asió una mano y lo arrastró violentamente consigo hasta la reja de donde habia acabado de apartarse.

—¡Mirad! le dijo; aquella es una horca.

Yo no sabia que las rejas de este encierro correspondian á la plaza, dijo como hablando consigo mismo Santillana y con la voz cavernosa.

—¡Esa horca es para él! ¿No es verdad? dijo María con una voz y una expresion de que en vano pretenderiamos hacer cargo á nuestros lectores.

Expresaba todo el afan, toda la agonía, todo el horror que puede sentir una criatura.

—¡Dios lo quiere, señora! ¡Yo no! exclamó aterrado el alcalde.

—¡Que no lo quieres tú, y tú eres su juez!

—¡Yo no! ¡Yo no! ¡El rey!

—¡Pues bien! ¡Malditos seais el rey y tú!

—¡Señora!...



—Mirad,—le dijo; aquella es una horca.

—¡Y para esto le arranqué yo como muerto de entre los cadáveres del campo de batalla de Alcázar-Kivir! ¡Para esto luché yo cuerpo á cuerpo con la muerte que pretendia arrebatármele! ¡Para esto he abandonado yo mi pátria, mi religion, mi grandeza! ¡Para esto he sufrido yo un largo martirio de diez y siete años! ¡No! ¡No puede ser! ¡No puede ser que habiéndole yo librado de tantos peligros, venga á morir en manos de un alcaldillo! ¡De un miserable esclavo como tú! ¡No! ¡No puede ser y no será!

—¡El rey! ¡Yo no! ¡El rey! dijo completamente aturdido don Rodrigo, porque le espantaban el dolor y la cólera de Sayda Mirian.

—María, dijo Yhaye, sus imprudencias son la verdadera causa de su fin desastroso; tú has cumplido hasta ahora con tu corazon y con tu deber; pero aún te queda un doloroso deber que cumplir.

—¡Sí, el de vengarle!

—No, dijo Aben-Sharíar; el de vengarle no, porque Dios se ha encargado ya de la venganza; porque tienes delante de tí al juez que te ha sentenciado, extremecido, tembloroso y herido en la frente por la mano de Dios.

—¡Pero le mata! ¡Pero va á morir, y no quiero que muera!

—Tú eres muy valiente, María, tú eres capaz de todas las grandezas y de todos los sacrificios del alma, y no puedo, no debo engañarte: una vez cometida por él la imprudencia de venir á Castilla, una vez en poder del rey don Felipe, es imposible, de todo punto imposi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ble salvarle. Ni á Venecia interesa tanto el rey don Sebastian, que rompiendo por él su política de sostener la paz á todo trance, declarase la guerra al rey de España, ni aunque declarase la guerra podria impedir, penetrando en el riñon de Castilla, arrancar al rey don Felipe su víctima, ni el rey don Felipe dejaria que se la arrancasen, aunque para ello le acometiesen todos los reinos de Europa: él les arrojaría á la cara el cadáver del rey don Sebastian.

—¡Con que no hay esperanza! dijo desesperada Sayda Mirian.

—Pregúntaselo á ese hombre que tiembla delante de nosotros, que siente sobre sí la mano de Dios, y que tiene sin embargo el horrible valor del esclavo, que lo arrostra todo: la pérdida de la vida, la pérdida del alma, antes que desobedecer á la voluntad de su despótico señor.

—¡No, no hay esperanza, dijo don Rodrigo con la voz entera y terrible: el rey lo manda, y lo que el rey manda, se ha de obedecer, vive Dios!

Y el alcalde, altivo, enérgico, terrible, hirió vivamente el pavimento con el extremo de su vara de justicia.

—Ya lo ves, dijo sombríamente Yhaye; no me hables más del perdon, de la grandeza del alma, del holocausto á la virtud, que predicaba el profeta Jesús (1); este hombre es cristiano, y sin embargo, su alma es esclava de la tiranía; este hombre no conoce á Dios, porque es idólatra del rey; porque para él, el rey es lo primero; despues del rey, Dios. Sabe que comete una injusticia; sabe que prepara á un hombre la corona del martirio; nosotros dudamos de qua Gabriel sea el rey don Sebastian, y él no lo duda. Sin embargo, es en su conciencia el regicida de un rey desventurado por servir á la ambicion y á las lúgubres propensiones de un rey poderoso; no, no alientes ni la más leve esperanza; porque los castellanos tienen un ídolo que se llama honor, y este ídolo les manda obedecer ciegamente al rey; y como el rey don Felipe rinde culto al ídolo de la ambicion y de la soberbia, como Gabriel de Espinosa representa para el rey don Felipe la pérdida del reino de Portugal, no hay esperanza. Gabriel de Espinosa ó el rey don Sebastian, será ahorcado esta tarde á las cuatro.

(1) Téngase presente que habla un musulman, y que los musulmanes reverencian á Jesucristo, á quién llaman el espíritu de Dios, pero al que consideran como un profecta inferior á Mahoma.

Sayda Mirian dió un grito.

—¿Para qué me habeis traido aquí? dijo Santillana.

—¿Y por qué habeis venido vos? exclamó con acento terrible Yhaye. ¡Porque todo lo que pertenece á vuestra víctima os atrae, como atrae un abismo al imprudente que se atreve á mirarle desde su borde! ¡Como traga la inmensidad al que la mira desde la gigantesca cortadura de una montaña! ¡Vos, vos, os habeis asomado al borde de la eternidad al tener entre vuestras manos la cabeza de un rey, y la eternidad os traga, la eternidad os devora! ¿Para qué vengarse de vos? ¿Qué más venganza que el terror frio, el terror sobrehumano que sentís? Y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luego, ¿qué sois vos más que el miserable instrumento de un tirano horrible?

—¡Yo no sé dondeestoy! ¡Yo sueño! ¡La locura se apodera de mí! dijo como hablando consigo mismo Santillana.

—¡Míralo, Mirian! ¡Él es juez, él verdugo, y sin embargo, tiene más miedo que su víctima! Su víctima tiene el perdon y la sonrisa de Dios, y la eterna felicidad, despues de un breve martirio; porque el Dios de Abraham y de Ismael es tambien el Dios de la infinita misericordia; el Dios que premia á sus mártires con las eternas delicias del paraiso, y castiga á los réprobos sumergiéndoles en el eterno fuego que se despeña rugiente por debajo del terrible puente Sirat. ¡Mira, mira al verdugo cómo se retuerce á impulsos del terror; mira, mira cómo su semblante está más lívido que el más lívido semblante de los cadáveres que tú viste cuando buscabas entre ellos á tu infeliz rey don Sebastian, al esposo de tu alma! ¡Partir de una puñalada el corazon de ese hombre, seria traer sobre su cabeza la misericordia de Dios! ¡No, nuestra venganza y su castigo, es dejarle la vida; una vida breve, pero horrible; una vida semejante á la del viejo rey don Felipe; una vida en que durante su breve sueño y su larga y afanosa vigilia, verá continuamente delante de sus ojos, por más que los cierre, el espantoso, el lívido, pero aterrador espectro del rey don Sebastian!

A medida que Aben-Shariar pronunciaba su discurso, el alcalde se iba encorvando.

Luego, sus rodillas se doblaron, y lentamente cayó sobre ellas, apoyado en su vara de justicia.

—¡Y ese hombre, ese hombre que tiembla y se doblega bajo el peso de su conciencia, ese hombre puede, arrostrando el martirio, salvar á un mártir ó perecer con él, logrando la bendicion de la eterna justicia! Ese hombre puede derrocar esa horca, romper los hierros del rey don Sebastian, porque ese hombre que ves ahí doblegado por el miedo á la justicia de Dios, está investido de todo el terrible poder del rey don Felipe.

—¡Salvad, salvad á mi esposo! exclamó Sayda Mirian inclinándose sobre Santillana, y dejándole oir su voz ardiente, inmensa, en su mismo oido. ¡Salvad al rey mi esposo! ¡Huid con él! ¡Pedidme mi sangre! ¡Si quereis tesoros, los tendreis! ¡Salvadle, y esperadlo todo! ¡Vos sereis el primer vasallo, el primer amigo, el hermano, el padre del rey de Portugal!

—¡Y la infamia habrá caido sobre mi cabeza! exclamó don Rodrigo alzándose prepotente y sobreponiéndose á todo. Y las gentes, al verme cargado de riquezas, de dignidades, exclamarán señalándome con el dedo: ¡hé ahí un traidor! ¡No, no, y mil veces no! Mi ascendencia de caballeros no tendrá que avergonzarse, yo os lo juro, por su último descendiente; honrada como vivió ha de acabar mi familia; dejad que mi conciencia me atormente como hombre; no pretendais que yo manche mi fama como hidalgo ni como juez; el rey lo manda; Dios tiene en su mano los corazones de los reyes; el rey dará cuenta á Dios en su juicio del bien ó del mal que haya hecho; al vasallo no le toca más que obedecer ciegamente al rey, porque el rey es la sagrada, la inviolable persona que representa á Dios sobre la tierra; porque el rey es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el ungido del Señor; peor para el rey, porque le valiera más no haber nacido, que quebrantar y torcer la justicia que Dios ha puesto en sus manos, si por su ambicion ó por sus pasiones falta á ella; peor, un millon de veces peor para el rey; pero al vasallo no le toca usurpar la potestad de Dios, el único que puede juzgar á los reyes; yo me lavo las manos; yo no debiera atormentarme por este negocio; porque no he sido yo, no: yo, sabedlo, y sabedlos vosotros solos, yo he puesto mi alma, mi alma entera en este negocio; yo le he dificultado cuanto he podido; yo, á peligro de que el rey me depusiese, me encarcelase, se ensañase conmigo, me despedazase, he hecho cuanto he podido hacer, trabajando dia y noche sin descanso; le he manifestado cuanto encontraba de misterioso en el reo sujeto á mi juicio; le he dejado ver de la manera que me era posible mi incompetencia y mis vacilaciones; le he expresado una y cien veces, á pesar de que sabia que le desplacia con ello, la contínua y enérgica solicitud del acusado, de que el rey enviase quién le conociese, ya que el mismo rey no quisiese que le fuese presentado; grandes secretos de Estado revelados á mí por Espinosa, han sido puestos por mí en conocimiento del rey, y siempre que yo hacía esto, me halagaba la esperanza, siempre ilusoria, de que la mano de Dios tocase la cabeza del rey y le iluminase con un rayo de su eterna sabiduría; porque yo dudaba, porque yo vacilaba; porque mi razon se perdia en las densas tinieblas de la duda. Un dia recibí una órden del rey, en que solo se contenian estas palabras: —«Dad tormento á Gabriel de Espinosa.»—Obedecí, y fuerza es confesarlo, por más que os desagrade á vosotros que teneis tan grande idea de ese hombre misterioso, á las pocas vueltas de cordel, y eso que yo de intento no le trataba con demasiada dureza, confesó lo que le perdia; confesó que era un impostor; él habrá dado grandes muestras de valor, no lo dudo, en campaña, hierro en mano, en medio del cerrado tropel de enemigos victoriosos; pero fué cobarde en el tormento, y se perdió; cobarde, sí, cobarde, monseñor, no arqueeis las cejas; hace treinta años que soy alcalde de casa y córte: en esos treinta años son innumerables los casos en que he sujetado un hombre á la prueba del tormento, y oid: bandidos infames y vulgares, cuyo delito conocia yo, han resistido como fieras; los cordeles han despedazado sus brazos; la sangre ha reventado por sus dedos; los he tratado á muerte, los he dejado mancos, y no han confesado, ¿Por qué Gabriel de Espinosa confesó? A no confesar, yo me hubiera amparado de las leyes y no hubiera sido sentenciado, yo os lo juro, porque el rey no se hubiera atrevido á decir á don Rodrigo de Santillana y siendo yo quien soy: —«Sentenciad contra la ley.»—No; porque yo no hubiera sentenciado; porque yo, si el rey me hubiera mandado ahorcarle, hubiera hecho una salvedad en la sentencia: no hubiera dicho.—Don Rodrigo de Santillana falla, sino el rey falla, y don Rodrigo de Santillana firma el fallo en nombre y por órden del rey. Pero Gabriel de Espinosa ha confesado; el rey, al comunicarle yo su confesion, me ha dicho:—«Pronunciad la sentencia, ahorcadle.» —He sentenciado, y solo exterminando al rey, obligándole á invalidar la sentencia,

dejará de ser ahorcado Gabriel de Espinosa esta tarde á las cuatro. Si yo en mi foro interno, usando de mi libre albedrío, apruebo ó no apruebo esta sentencia; si yo... He meditado tanto, que he llegado á vislumbrar un dia, que vendrá no sé dentro de cuánto tiempo, en que los reyes no serán lo que hoy son; en que los hombres pedirán al rey cuenta de lo que haga; yo, que vivo en estos tiempos, en que sobre el rey no hay nada más que Dios, cumplo con mi obligacion y con mi destino y con mi honra, como caballero, obedeciendo las órdenes del rey. No abuseis, pues, de que yo porque tengo corazon y alma, me aterro, me espanto, de la desgracia de ese hombre; no pretendais que yo, porque anego mi vista en el porvenir, porque por esta terrible prueba adivino que hay algo en la conciencia del hombre superior á la voluntad del rey, me aterro y sufro y tiemblo por la sentencia que sin ser mia, he echado yo sobre mi nombre. Yo espero que los que en el porvenir conozcan este proceso si es que este proceso no se destruye, harán justicia al honor, á la probidad, á la lealtad del desgraciado alcalde de casa y córte don Rodrigo de Santillana. Oid aún: si el rey me hubiera dejado libremente instruir este proceso, yo hubiera hecho una prueba ámplia; yo, levantándome á toda la altura de miencargo, hubiera sentenciado una de dos: ó que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian, y debia ser puesto en justicia sobre su trono, ó que Gabriel de Espinosa, por falsario, por impostor, debia ser ahorcado como un villano. Pero no se me ha dejado en libertad: el proceso está torturado, constreñido; se ha negado al reo la prueba que ha pedido con

insistencia; documentos que han debido constar en el proceso, han sido enviados vírgenes al rey sin que nadie los conozca, y han desaparecido, se han perdido en sus manos; yo he tenido el doble carácter de juez y de vasallo, y el vasallo no ha dejado obrar con libertad al juez. Esto os lo digo á vosotros: á vos, señora, que sois la esposa y la madre de los hijos de Gabriel de Espinosa; á vos, monseñor, que sois su hermano; pero no lo diré á nadie más. Yo, tal cual soy, y en los tiempos en que vivo, he cumplido dolorosamente con mi deber; me he visto obligado, mal que me pese, á sostener la honra de mi nombre como hidalgo y español por una parte, y por otra mi fama sin mancha de alcalde incorruptible, sostenida durante treinta años. Si con la ocasion de este proceso he llegado á vislumbrar cosas que traerá el tiempo, y que hoy no se comprenderian, cosas que, como la eterna verdad, son de todos los tiempos, ante el alma, ante la conciencia, ante Dios; compadecedme, porque no me he atrevido á luchar con mi tiempo; compadecedme, porque no me he atrevido á manchar entre mis contemporáneos mi nombre; compadecedme, porque como el señor Antonio Perez en sus *Relaciones*, no me he atrevido á decir que tanto malo harán las monarquías, que Dios se cansará de ellas y las barajará (1). Hoy no se me comprendería; hoy se me creeria vendido al oro y á la ambicion, y yo no

(1) Véanse las *Relaciones* de Antonio Perez, impresas por aquel tiempo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tengo valor para tan grande sacrificio; perdonadme, y dejadme á solas con mi conciencia.

V.

Habia tal grandeza en las palabras, en el aspecto de don Rodrigo; rebosaba de todo ello una verdad tan terrible, que Yhaye y Sayda Mirian, á pesar de la situacion terrible en que estaban, se sintieron dominados.

Sin embargo, la situacion era tal, tan extrema, tan desesperada, que Sayda Mirian sintió por muy poco tiempo y de una manera muy débil, la influencia de las palabras de don Rodrigo.

—¡Conque no hay esperanza! exclamó.

—Ninguna, señora, respondió el alcalde.

—¡Conque mis hijos van á quedar huérfanos! exclamó Mirian volviéndose de una manera suprema á la cuna donde dormian los niños. ¡Ellos huérfanos y yo desesperada!...

—¡Dios lo quiere, señora! contestó don Rodrigo con la vista fija en el suelo.

—¡No! gritó con energía Sayda Mirian. ¡Dios no lo quiere! ¡Dios no puede querer ese horror y esa injusticia! ¡Quien lo quiere, quien lo hace es el infame rey don Felipe y vos! ¡Vos, que sois su esclavo! ¡Un esclavo miserable y cobarde!

—¡Señora! exclamó don Rodrigo, á quien todo insulto irritaba.

—Basta, basta ya de palabras inútiles, dijo Yhaye; lo que está escrito se cumplirá; no es el rey don Felipe el

que mata al rey don Sebastian; no es don Rodrigo de Santillana quien le lleva de la mano al patíbulo; es su destino, su fatal imprudencia, su locura. En Africa, en Venecia, en Francia ha debido morir mil veces, porque el que siempre vá buscando el peligro de una manera insensata, acaba por perecer en él.

—¡Pero esa muerte infame! exclamó ahogada por el llanto Sayda Mirian.

—El es valiente, dijo Yhaye; para él la muerte no es aterradora; la ha visto muchas veces frente á frente sin temblar, la conoce; te resta un último y doloroso deber que cumplir, hermana, despues de haber arrostrado por él tantos sacrificios.

—¿Cuál?

—El de quitar sobre su alma el único temor que pueda amargar su agonía, el pensamiento de tu dolor, de tu desesperacion.

—¿Y cómo verle perecer de este modo, y no estar loca y desesperada?

—Tú eres hija y nieta de héroes y esposa de un rey muy bravo; tú no puedes entregarte al dolor como una mujer cualquiera; tú debes presentar la frente serena á la adversidad, al horror; tú debes inspirar á tu esposo la certeza de que soportas con valor el golpe para inspirarle el valor que le es tan necesario en sus últimos momentos; tú, aunque mueras despues, debes ser una heroina delante de él.

—¡Delante de él! dijo don Rodrigo.

—Sí, contestó Aben-Shariar con firmeza; delante de él, porque vos vais á traerle aquí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tengo valor para tan grande sacrificio; perdonadme, y dejadme á solas con mi conciencia.

V.

Habia tal grandeza en las palabras, en el aspecto de don Rodrigo; rebosaba de todo ello una verdad tan terrible, que Yhaye y Sayda Mirian, á pesar de la situacion terrible en que estaban, se sintieron dominados.

Sin embargo, la situacion era tal, tan extrema, tan desesperada, que Sayda Mirian sintió por muy poco tiempo y de una manera muy débil, la influencia de las palabras de don Rodrigo.

—¡Conque no hay esperanza! exclamó.

—Ninguna, señora, respondió el alcalde.

—¡Conque mis hijos van á quedar huérfanos! exclamó Mirian volviéndose de una manera suprema á la cuna donde dormian los niños. ¡Ellos huérfanos y yo desesperada!...

—¡Dios lo quiere, señora! contestó don Rodrigo con la vista fija en el suelo.

—¡No! gritó con energía Sayda Mirian. ¡Dios no lo quiere! ¡Dios no puede querer ese horror y esa injusticia! ¡Quien lo quiere, quien lo hace es el infame rey don Felipe y vos! ¡Vos, que sois su esclavo! ¡Un esclavo miserable y cobarde!

—¡Señora! exclamó don Rodrigo, á quien todo insulto irritaba.

—Basta, basta ya de palabras inútiles, dijo Yhaye; lo que está escrito se cumplirá; no es el rey don Felipe el

que mata al rey don Sebastian; no es don Rodrigo de Santillana quien le lleva de la mano al patíbulo; es su destino, su fatal imprudencia, su locura. En Africa, en Venecia, en Francia ha debido morir mil veces, porque el que siempre vá buscando el peligro de una manera insensata, acaba por perecer en él.

—¡Pero esa muerte infame! exclamó ahogada por el llanto Sayda Mirian.

—El es valiente, dijo Yhaye; para él la muerte no es aterradora; la ha visto muchas veces frente á frente sin temblar, la conoce; te resta un último y doloroso deber que cumplir, hermana, despues de haber arrostrado por él tantos sacrificios.

—¿Cuál?

—El de quitar sobre su alma el único temor que pueda amargar su agonía, el pensamiento de tu dolor, de tu desesperacion.

—¿Y cómo verle perecer de este modo, y no estar loca y desesperada?

—Tú eres hija y nieta de héroes y esposa de un rey muy bravo; tú no puedes entregarte al dolor como una mujer cualquiera; tú debes presentar la frente serena á la adversidad, al horror; tú debes inspirar á tu esposo la certeza de que soportas con valor el golpe para inspirarle el valor que le es tan necesario en sus últimos momentos; tú, aunque mueras despues, debes ser una heroina delante de él.

—¡Delante de él! dijo don Rodrigo.

—Sí, contestó Aben-Shariar con firmeza; delante de él, porque vos vais á traerle aquí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Aquí!

—Rodeadle de guardias cuanto querais; dejad tras de esa puerta todas las guardias que querais; evitad que se os escape; no temais que aquí le matemos para salvarle de esa muerte pública, no; no se trata de eso; pero vos no podeis, no debeis impedir que ese desdichado vea por última vez á su esposa y á sus hijos.

—No, no lo impediré, dijo conmovido don Rodrigo; esperad.

Y fué á la puerta, llamó, le abrieron y salió.

La puerta volvió á cerrarse.

VI.

—¡Hermana! ¡Hermana! dijo Aben-Shariar. ¡Cumple hasta el fin con tu deber como has cumplido hasta ahora! ¡Sé valiente, enjuga tus lágrimas, sé digna de tus bravos antepasados!

—¡Mi corazon es de mujer, de esposa, de madre, y yo no puedo hacer otra cosa que llorar y desesperarme!

—Pero él está loco, Mirian, está loco; la grandeza de su espíritu es ya una locura; él te comprenderá mejor; comprenderá que le amas más y que eres más digna de él, cuanto más altiva, cuanto más soberbia, cuanto más sobrepuesta á todo te encuentre. Por lo mismo que tanto le amas, Mirian, sosten con una aparente firmeza la fiereza de su alma; no la destruyas con tus lágrimas, con tu dolor de mujer, de esposa, de madre; levántate hasta el heroismo de la locura, porque él, te lo repito, está loco; pero te ama tanto el desdichado, que tu dolor

puede acobardarle; puede hacer que la muerte le espante, y tú entonces además del dolor de perderle, tendrás el remordimiento de haber amargado su agonía haciéndola con tu dolor más terrible. ¡Luego, hermana, podrás llorar en mi seno, porque yo no estoy loco, porque yo comprendo lo que por tí pasa, porque yo tambien me estoy ahogando!

—Cumpliré con mi deber, dijo Sayda Mirian; pero este terrible esfuerzo que voy á hacer sobre mí misma, me vá á costar la vida. ¡Y qué importa si muere él!

—¡Dios es grande y misericordioso! dijo Yhaye.

Y no volvieron á hablar más.

VII.

Sayda Mirian empezó á trasformarse.

Se comprendia que luchaba contra sí misma de una manera poderosa.

Sus lágrimas se secaron y lentamente su expresion de dolor fué sustituyéndose por una expresion de indómita altivez, de incontrastable fiereza.

Más que una mujer doblegada por la desgracia, parecia una leona cogida en una trampa, obligada á ver al cazador sin poder ensangrentarse en él.

Pero fiera, terrible, rugiente, incontrastable.

Habian pasado algunos minutos desde que habia llevado á cabo aquella reaccion sobre sí misma, hasta que se oyó fuera el ruido de los pasos de algunos hombres, y luego el ruido de las llaves que se desechaban, y de los cerrojos que se corrian hasta que la puerta se abrió y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

entraron Gabriel de Espinosa y don Rodrigo de Santillana.

La puerta volvió á cerrarse.

Aben-Shariar vió antes de que se cerrase la puerta que habian quedado fuera algunos arcabuceros.

Gabriel de Espinosa adelantó de una manera lenta y sombría, se acercó á Aben-Shariar, le estrechó la mano y le dijo:

—Parece que esto se acaba, hermano, ó que á lo menos se nos presenta un fin trágico para obligarnos á que digamos lo que no debemos, lo que no podemos decir.

Aben-Shariar miró con asombro á Gabriel de Espinosa.

—¿Es decir, observó Aben-Shariar, que todo ese formidable aparato que están desplegando á tus ojos, no es otra cosa que un medio de que se valen para obligarte á hablar?

—Yo creo á estas gentes capaces de todo, dijo Gabriel de Espinosa volviendo su mirada hácia don Rodrigo de una manera severa, pero no puedo creer que el rey se atreva á ahorcarme; no puedo creerle tan malvado ni tan valiente que se atreva á sufrir el remordimiento que mi muerte le causaria. María piensa del mismo modo que yo sin duda; está irritada, pero serena.

—Porque los reyes no mueren, dijo Mirian, cuando no mueren en la historia; porque todo el poder de un tirano no puede traer la infamia sobre el mártir á quien despedaza. Ven acá, ven conmigo.

Y le asió de la mano y le llevó á la reja desde donde se veia la plaza.

—¿Ves, le dijo, aquellos dos palos que se levantan sobre aquel tablado, aquellas dos escaleras que se apoyan en aquella viga atravesada sobre los dos palos?

—Sí, una horca, dijo tranquilamente Gabriel de Espinosa, un patíbulo infame.

—¿Y no te extremece la vista de ese patíbulo? dijo con voz terrible Sayda Mirian, fijando una mirada candente en la mirada tranquila y altiva de Gabriel de Espinosa.

—No, dijo con una fiera serenidad Gabriel.

—Ni á mí tampoco, contestó con una altivez indómita Sayda Mirian.

—Tú sabes como yó que ese patíbulo no será el lugar de mi muerte.

—No, no es eso, dijo de una manera suprema Sayda Mirian; no alientes ni una sola esperanza; estás entre las garras de un tigre sanguinario y cruel; no, no me ves valiente y fiera porque yo dude de que vas á morir allí dentro de algunas horas; no es eso, es porque yo me creería indigna de tí si sintiese un miedo que tú no sientes; que el hombre que se estremezca ante la muerte es indigno de llevar el nombre que tú llevas; es que los mártires deben marchar á su suplicio mirándole de frente sin apartar de él los ojos, sobreponiéndose á él, considerándole como el principio de una escala que les ha de llevar á la inmortalidad; espante el patíbulo en buen hora al criminal infame que marcha hácia él precedido por la sangrienta sombra de su víctima; pero un mártir no puede, no debe temblar aunque la muerte se le presente bajo un aspecto infame y rodeada de tormentos, ni la es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

posa de ese mártir puede derramar lágrimas, cuando sabe que el patíbulo es la puerta de la eterna gloria de su esposo.

Gabriel de Espinosa miró de una manera delirante á Sayda Mirian, la asió de la mano, y apartándose de la reja con ella, llegó con ella hasta don Rodrigo.

—¡Envidiadme, dijo; aspirad en vuestra alma algo más de lo terrible que habeis aspirado desde que me conoceis! Yo creí cuando hace poco me dijísteis que Clara, el ama de cria de mi hija Gabriela, la madre de mi hijo Sebastian, queria despedirse de mí, que intentábais quebrantar mi entereza con las lágrimas, con los gemidos de una pobre mujer desesperada. Si yo la hubiera encontrado anegada en lágrimas, amedrentada, la hubiera desconocido, hubiera dejado de amarla; pero es digna de mí, digna de lo que soy, de lo que yo soy, que vos no conoceis sino para aterraros, para arrepentiros de haber nacido; ella y yo, don Rodrigo, os arrojamos á la cara, y lo mismo al rey vuestro amo, una carcajada de desprecio.

—¡Esto es horrible, señor Gabriel de Espinosa, dijo con entereza Santillana; yo no cumpliria con mi obligacion, con mi caridad y con mi honra como juez, como cristiano y como caballero, sino os dijese que esa horca que está levantada en la plaza no es un vano simulacro; que vais á morir, que es necesario que os resigneis á la muerte, que os aparteis de las vanidades, de las soberbias y de las flaquezas mundanas.

—Yo creia que sabiais ser juez á vuestra manera como puede ser un juez en negocios tales como este bajo

el dominio del rey don Felipe; pero no sabia que supiéseis ser tambien fraile capuchino agonizante.

—Decid lo que querais, pero yo os digo la verdad, dijo creciendo en entereza don Rodrigo.

—¡Que dices la verdad! exclamó con desprecio Espinosa. ¿Cómo puedes tú hacerme creer que voy á morir porque tú lo mandas? ¿Qué eres tú delante de mí más que un miserable gusano de la tierra? ¿Y cuándo un gusano ha podido matar á un leon?

—¡El rey, dijo Sayda Mirian, el rey te mata!

—¡Sí, el rey te mata! dijo Aben-Shariar.

—Si el rey fuera capaz de matarme á mí seria necesario creer que el rey don Felipe estaba loco, que se atrevia á insultar el poder de Dios; que viejo ya y enfermo trocaba por unos pocos años de dominio sobre un pedazo de tierra toda su eternidad. No, esto no puede ser, no me cabe en la cabeza; esto no es más que un medio de que se valen, creyendo aterrarme, como si el terror fuera en mí posible, como si mi valor no creciera á medida que crece el peligro. No, el rey sabe quién yo soy, y no se atreverá á tanto.

—Siempre el mismo; siempre formidable é insensato; exclamó desesperado Aben-Shariar. Ya lo veis, don Rodrigo; si os quedaba alguna duda, ya no podeis tenerla.

—¡El rey lo manda! dijo Santillana.

—Hé aquí la locura en todos, dijo Aben-Shariar; el rey está loco por ambicion; vos estais loco por lealtad, por una lealtad incomprensible, porque la sosteneis aún á costa de vuestra conciencia; y tú, hermano, estás loco de valor, de altivez, de soberbia. ¿Por qué no hablas?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Por qué no dices, yo soy el rey don Sebastian? ¿Por qué no presentas las mil pruebas que tienes para hacerlo creer?

—¿Quién es el traidor que dice que Gabriel de Espinosa es el rey don Sebastian? gritó Gabriel asiendo furioso una mano de Aben-Shariar y doblegándola con una fuerza incontrastable. ¿Puedes tú negar, miserable, que el rey don Sebastian no murió en Africa? ¿Puedes tú creer que si yo fuera el rey don Sebastian me veria en el lugar en que me encuentro? No toqueis á la noble memoria del rey don Sebastian; no la toqueis, sopena de mi indignacion y de mi maldicion. ¡El rey don Sebastian en manos de alcaldes! ¡El rey don Sebastian amenazado con la horca! ¿Es eso posible? ¿Puede creerlo eso nadie?

—Ved que cuando negais así afirmais que sois el rey don Sebastian, dijo el alcalde con una energía indescribible, con una solemnidad suprema; decid de una vez: yo soy el rey don Sebastian; ofrecedme una prueba pronta y clara, y derribo esa horca, y rajo la sentencia, y me declaro incompetente y os pongo en libertad, y espero tranquilo á que el rey me haga pedazos por haber cumplido con mi honor y con mi conciencia.

—¡Sí, sí! ¡Habla, habla! exclamó ansiosa Sayda Mirian; ¡habla por Dios, por el reino de Portugal, por tus hijos que duermen en aquella cama, por mí, que te amo y que todo lo he sacrificado por tí!

—El rey sabe quién yo soy, dijo Gabriel de Espinosa; el rey tiene todas las pruebas, y yo no diré una palabra más de lo que he dicho. ¿Por qué ese hombre (y señalaba

á don Rodrigo de Santillana) me pregunta quién yo soy? ¿Pues qué, no ha visto que soy cosa grande en diez meses que ha estado atormentándome, sin dejarme un momento de sosiego? ¿Me cree tan débil que lo que no he dicho al principio vaya á decirlo ahora? Hagan de mí lo que quisieren; que sea cual fuere mi fin, Dios y el rey saben la verdad, y Dios me premiará, y el rey tendrá un crímen más de que dar cuenta á Dios. Concluyamos: si he de morir dentro de algunas horas, adios, María; no llores por mi muerte; porque la muerte es para mí el eterno premio de una vida de dolorosos afanes: no llores, porque pronto nos volveremos á ver en la eternidad para no separarnos nunca; porque si yo muero hoy, tú me seguirás muy pronto.

—¡Ah, sí! exclamó de una manera delirante Mirian, arrojándose en los brazos de Gabriel.

—Hermano, dijo Gabriel tendiendo una mano á Yhaye; si yo muero, nuestros hijos quedarán muy pronto huérfanos; vela por ellos, Yhaye, pero no les hagas concebir jamás ni la más leve sospecha de que son hijos de un rey desventurado: es decir, añadió precipitadamente Gabriel, de que tú has creido que su padre era un rey.

—Vuestros hijos, señor Gabriel de Espinosa, dijo conmovido Santillana, quedan bajo el amparo de la corona de España; os lo digo á todos bajo secreto, á que espero no faltareis; fuera de España vivirán; pero una mano misteriosa velará por ellos. Este es un encargo que yo he recibido del rey nuestro señor, y que cumpliré desde el momento en que hayais dejado de existir.

—¡La hipocresía al lado del crimen! dijo con desprecio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Gabriel de Espinosa; se ahorca al padre, y se dá un pedazo de pan á los hijos; conozco al rey don Felipe. Acabemos; dejadme llegar á donde están mis hijos.

Sayda Mirian se separó de los brazos de Gabriel y le llevó á un ángulo de la habitacion, en donde en una sencilla cuna, dormidos, habia una hermosa niña como de tres años, y un niño como de pocos meses.

Gabriel de Espinosa contempló en silencio á los dos pequeñuelos.

Sayda Mirian miraba anhelante á Gabriel, esperando que la vista de sus hijos operase en él una reaccion.

Yhaye, el terrible corsario, sostenia con una mano trémula la luz que iluminaba á los niños dormidos.

Don Rodrigo de Santillana estaba detrás á alguna distancia, de pié, apoyado en su vara de justicia, y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Gabriel de Espinosa contempló durante algunos segundos á sus hijos, y pasó por su semblante una expresion de agonía infinita.

Una sola lágrima brotó de sus ojos, y se deslizó lentamente por su semblante.

Mirian alentó una esperanza.

Luego Gabriel levantó los ojos con una mirada ansiosa, como buscando á Dios, y extendiendo las manos sobre sus dos hijos dormidos, exclamó con acento terrible:

—¡Tú, Señor, sabes la verdad! ¡Tú, Señor, me mandas que calle, y callo!

Don Rodrigo de Santillana levantó la cabeza, y dió un paso hácia Gabriel de Espinosa.

Este continuó:

—¡Muero, porque debo morir; y tú sabes, Señor, con cuánto valor, con cuánta resignacion acepto la muerte! Si se atreven á dármela, acéptala como una expiacion; que en ella acabe mi negra desventura; que no herede mi desventura el reino de Portugal; que no la hereden mis hijos.

Calló, miró de nuevo á los niños dormidos, y los bendijo en silencio.

Luego se separó de la cuna.

Al volverse, encontró delante de sí al alcalde Santillana pálido y convulso.

—¡Una palabra! ¡Una sola palábra, dijo Santillana, y vivís y sois rey!

—Basta con las que ya he dicho. Adios, María, adios. Adios hermano.

Y abrazándolos rápidamente, dijo á Santillana:

—Salgamos cuanto antes de aquí.

Un momento despues Sayda Mirian y Yhaye habian quedado solos.

En aquel momento se oyó el ruido de un carruaje que se detuvo delante de la cárcel.

—¿Qué es eso? dijo Sayda Mirian pudiendo hablar apenas.

—Eso es que vamos á partir, dijo Yhaye.

—¡Partir! exclamó con acento supremo Sayda Mirian. ¡Ah! ¡No! No! ¡Yo me quedo aquí! ¡Yo me quedo aquí para morir con él!

Y la faltaron las fuerzas, extendió los brazos hácia Yhaye y se desmayó.

Se oyó en aquel momento el ruido de la puerta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se abria, y apareció don Rodrigo de Santillana.

—Antes de que esta desdichada vuelva en sí, dijo Yhaye, es necesario que esté fuera de Madrigal.

—Podeis partir con ella y con sus hijos cuando querais. Hacedme la merced, monseñor, de manifestarme el lugar en que han de residir fuera de España, á fin de que yo pueda cumplir con ellos, con la madre y con los hijos, el encargo que me ha cometido el rey.

—Les basta con la proteccion de Dios, y con la de la República de Venecia; el dinero del rey don Felipe llegaría á sus manos teñido con la sangre de su padre. Haced que avisen á mis servidores y á las doncellas que he traido conmigo, para que los trasladen al coche.

VIII.

Mirian desmayada, y sus dos hijos dormidos, fueron sacados de la cárcel y puestos en uno de los voluminosos coches de camino de aquel tiempo.

—Adios, don Rodrigo, dijo Yhaye; el dia en que os mate el remordimiento, me volvereis á ver; yo vendré para llevar en vuestra hija al Estado veneciano, otra hija adoptiva.

Y Yhaye salió, dejando aterrado á Santillana.

En la puerta de la cárcel montó á caballo, y el coche se puso en marcha, yendo á su lado Aben-Shariar, y detrás diez criados á caballo, armados á la gineta.

Cuando salian de Madrigal, empezaba á amanecer.

CAPITULO XXVIII.

Que esel más lúgubre de la historia, como que en él acontece la catástrofe.

I.

Gabriel de Espinosa no habia creido fuese cierto se llevase á cabo su sentencia de muerte.

Habia dudado un momento, pero despues se habia rehecho, y á esto habia contribuido fatalmente la terrible serenidad de Sayda Mirian.

—No, no, decia Gabriel de Espinosa; si mi muerte fuera cierta, ningun poder humano la hubiera separado de mí; hubieran corrido sus lágrimas; solo desmayada hubieran podido arrancarme de sus brazos; no, es que han querido probarme de todas maneras hasta por medio de ella para aterrarme, para hacerme decir lo que no diré nunca, ni aún en la horca y ya con el dogal á la garganta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se abria, y apareció don Rodrigo de Santillana.

—Antes de que esta desdichada vuelva en sí, dijo Yhaye, es necesario que esté fuera de Madrigal.

—Podeis partir con ella y con sus hijos cuando querais. Hacedme la merced, monseñor, de manifestarme el lugar en que han de residir fuera de España, á fin de que yo pueda cumplir con ellos, con la madre y con los hijos, el encargo que me ha cometido el rey.

—Les basta con la proteccion de Dios, y con la de la República de Venecia; el dinero del rey don Felipe llegaría á sus manos teñido con la sangre de su padre. Haced que avisen á mis servidores y á las doncellas que he traido conmigo, para que los trasladen al coche.

VIII.

Mirian desmayada, y sus dos hijos dormidos, fueron sacados de la cárcel y puestos en uno de los voluminosos coches de camino de aquel tiempo.

—Adios, don Rodrigo, dijo Yhaye; el dia en que os mate el remordimiento, me volvereis á ver; yo vendré para llevar en vuestra hija al Estado veneciano, otra hija adoptiva.

Y Yhaye salió, dejando aterrado á Santillana.

En la puerta de la cárcel montó á caballo, y el coche se puso en marcha, yendo á su lado Aben-Shariar, y detrás diez criados á caballo, armados á la gineta.

Cuando salian de Madrigal, empezaba á amanecer.

CAPITULO XXVIII.

Que esel más lúgubre de la historia, como que en él acontece la catástrofe.

I.

Gabriel de Espinosa no habia creido fuese cierto se llevase á cabo su sentencia de muerte.

Habia dudado un momento, pero despues se habia rehecho, y á esto habia contribuido fatalmente la terrible serenidad de Sayda Mirian.

—No, no, decia Gabriel de Espinosa; si mi muerte fuera cierta, ningun poder humano la hubiera separado de mí; hubieran corrido sus lágrimas; solo desmayada hubieran podido arrancarme de sus brazos; no, es que han querido probarme de todas maneras hasta por medio de ella para aterrarme, para hacerme decir lo que no diré nunca, ni aún en la horca y ya con el dogal á la garganta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

Los frailes se esforzaban en vano por hacer comprender á Espinosa que la sentencia no era una farsa, sino una terrible verdad.

Avanzaban las horas, y llegaron las diez de la mañana sin que los religiosos hubieran logrado que Gabriel de Espinosa se preparase como cristiano á una muerte en la cual no creia.

Y este era el mayor misterio que habia dejado entrever Gabriel de Espinosa, que ponia á todos espanto cuando les decia:

—Dejen vuesas mercedes esa tenacidad en hacerme creer que el rey ha de mandarme matar, porque el rey no puede atreverse á tanto.

¿Quién era, pues, aquel hombre que decia que el rey no podia atreverse á matarle?

III.

Desde este momento la historia va á hablar por nosotros; nos repugna ocuparnos de los últimos y terribles momentos de Gabriel de Espinosa, que es para nosotros como lo fué para sus contemporáneos, un sombrío misterio.

Hé aquí lo que dicen unas memorias anónimas manuscritas de aquel tiempo.

IV.

«..... Y con esto y traerle el padre otras razones para mejor disponerle y persuadirle que mientras más afrentosa era la muerte, era mayor ganancia para su alma, se despidió de él no descontento y satisfecho que estaba del todo persuadido que veia tan de veras el negocio, y que su muerte era cierta para aquel dia, y temiendo que con esta engañosa persuasion con que Satanás le tenia embelesado, no habria hecho la confesion como convenia, librando el hacerla para el pié de la horca si fuesen veras las que él parecia tener por amenazas, despues de haberle á él apuntado cuán peligroso era librar nada, y cosa tan importante para aquel trance en que apenas sabia de sí, fuimos el padre y yo al alcalde y le significamos el descontento y temor que traiamos, diciendo que era menester tomar algun buen medio para que aquel hombre acabase de salir de aquel engaño y creer cuán poco tiempo tenia de vida. Y el medio que el alcalde tomó, fué mandar que al punto le llevasen el seron y le pusiesen á donde él le viese, y tras esto le pusiesen la soga á la garganta y atasen las manos con un crucifijo en ellas, como si luego hubieran de sacarle á ajusticiar, con lo cual acabó de abrir los ojos y entender que no eran burlas ni amenazas; y clamando por su confesor y trayéndosele, estuvo un gran rato con él á solas confesándose y ordenando sus cosas, á lo que por defuera parecia muy de otra manera que hasta allí, porque dió muchas muestras de devocion y de conformarse con la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

voluntad de Nuestro Señor, aceptando la muerte como de su mano. En esto llegó la hora de comer, lo cual él hizo, y durmió muy de sosiego un buen rato despues de la comida como si nada hubiera de pasar por él. En despertando volvió á pedir su confesor y estar con él otro rato á solas, y él y los frailes descalzos le acompañaron, procurando conservar y llevar adelante la buena disposicion que parecia tener, hasta que llegó la hora de sacarle á arrastrar, que fué á las cuatro de la tarde, y poco antes entró á verle un regidor de Medina, en el cual por verle bien tratado y parecerle cosa de sacostumbrada visitarle personas semejantes, reparó en él mirándole de piés á cabeza, y dijo: ahora acuerda el rey enviar quien me conozca. Y esto dijo por dos veces, y asegurándole que no habia tal, ni mencion de esto, le llevaron y pusieron en el seron, ayudándole cantidad de religiosos de aquella comarca que se hallaron presentes, y luego comenzó el pregon que decia cómo se hacia aquella justicia á aquel hombre por traidor al rey nuestro señor y embustero, y por qué siendo hombre vil y bajo se habia querido hacer persona real. Y oyendo él decir que traidor, dijo: eso no. Y cuando dijeron ser hombre vil y bajo dijo: Dios lo sabe. De esta manera le llevaron por gran parte del lugar, y llegando al pié de la horca y sacándole del seron, se puso á mirar á todas partes con tanta entereza y señorío que no pudiera hacer más si entrara en alguna justa ó torneo. Y poniendo los ojos en la ventana de la cárcel donde el alcalde estaba (porque si fuese menester algo tocante á la ejecucion de la justicia, ó por si Espinosa quisiese declarar ó decir algo de importancia

como habia prometido algunas veces de hacerlo, se quiso hallar allí) acometió á hablarle desde aquel sitio; pero el padre de la compañía con quien se habia confesado, se lo estorbó diciéndole: mire, hermano, si tiene que reconciliarse, que ahora esto es lo que hace al caso y en lo que debe poner los ojos y no en otra cosa. El con esto se hincó de rodillas diciendo: razon tiene, padre, reconcílieme. Y habiéndolo hecho, fué subiendo la escalera y dando aquellos postreros pasos, subiendo con el padre descalzo por una parte en la misma escalera, y por otra escalera el de la compañía. Y cuando ya le parecia á él que habia subido y queria volver el rostro hácia donde le habian de tener diciéndole el verdugo: suba otro escalon, dijo con gran solemnidad: esto más nos falta. Y subió. Luego, pareciéndole que el cordel que tenia al cuello no estaba bien puesto, levantó la mano y le compuso con el mismo aire que si compusiera una lechuguilla (1) y parecia que hacia burla de la muerte y de quien se la daba. Y hecho esto, se volvió hácia donde estaba el alcalde, y poniendo los ojos en él dijo: ¡Ah, señor don Rodrigo! Y el padre descalzo le apretó el Crucifijo en la boca, impidiéndole que no saliese con alguna palabra airada que escandalizase, y diciéndole: ¿Qué es esto, hermano? Dios sea con él. ¿Ahora acuerda con esto? ¿Qué le queria? Respondió: pedirle perdon. Mas el padre dijo despues, que en cuanto á él podia entender, queria citarle para el juicio de Dios, y despues de haberle sosegado y hecho hacer algunos actos de contri-

(1) Especie de cuello ó gola rizada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cion, ó á lo menos dado muestras de ellos, hizo su oficio el verdugo, tardando buen rato en ahogarle.»

V.

Perdónennos nuestros lectores si no nos hemos atrevido á tomar por nuestra cuenta el relato del desastroso fin de aquel misterioso personaje, que se llamó Gabriel de Espinosa, pastelero en Madrigal.

Si fué el rey don Sebastian ó no lo fué, cosa es que está envuelta en el misterio, y en un misterio que no puede aclarar la lectura del proceso, ni la de infinitos documentos históricos de que nos hemos valido, por lo cual, nuestra novela es casi una historia.

Nosotros no hemos hecho más que embellecerla dándola, á más del interés dramático que ella tiene en sí, un interés romancesco.

Gabriel de Espinosa es la última figura sombría del reinado de Felipe II, figura gigantesca, á la que agrada el misterio que tiene en torno de sí algo que aterra.

Porque, ¿quién á la vista del proceso se atreverá á afirmar que Gabriel de Espinosa no era el rey don Sebastian?

¡Y si era el rey don Sebastian, qué leyenda tan sombría y tan terrible!

Es la de Gabriel de Espinosa una historia que no puede leerse sin extremecimiento.

La tinta más negra que aparece sobre la terrible y espantosa semblanza del rey Felipe II.

¡Dios! ¡Solo Dios sabe la verdad!

El misterio que envuelve el nombre de Gabriel de Espinosa no pueden ya desvanecerlo los hombres.

Ni aún ha podido saberse lo que dice la firma que este desgraciado puso al pié de sus declaraciones en el proceso.

Nada se lee allí.

Y sin embargo, está escrita con mano firme y de una manera nerviosa.

Nosotros, pues, dejamos en pié el misterio y no nos atrevemos á decir que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EPILOGO.

PRIMERA PARTE.

I.

Don Rodrigo de Santillana moria devorado por una fiebre lenta.

Las terribles palabras del fraile descalzo que afirmaban que Gabriel de Espinosa habia emplazado á su juez ante el tribunal de Dios, mataban á don Rodrigo.

Apenas habia muerto Gabriel de Espinosa, don Rodrigo se arrepintió de haber sido tan sumiso al rey; parecíale que habia exagerado su lealtad, que sin dejar de ser leal podia haber sido más severo consigo mismo en el cumplimiento de su deber.

Recordaba aquellas cartas cerradas que habian sido cogidas á emisarios secretos y misteriosos, dirigidas á Gabriel de Espinosa, que sin haberlas leido él habian ido á las manos del rey, que no solo no habian venido al proceso, sino que ni aún tampoco le habia dado el rey el más leve conocimiento de su contenido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Quién podia atreverse á asegurar si en aquellas cartas constaba ó no la prueba tal vez clara de quién era Gabriel de Espinosa.

Esto inquietaba, y con razon, la conciencia del alcalde, y la cita por ante Dios que habia lanzado hácia él desde el patíbulo Gabriel de Espinosa llenaba su alma de terror.

II.

Por otra parte, como padre agonizaba tambien don Rodrigo.

María de Santillana estaba en un estado horrible.

Nada habia dicho al alcalde; pero el alcalde comprendia que su vista espantaba á su hija.

Muchas veces don Rodrigo la sorprendia llorando, y cuando María reparaba en él, cuando le veia, una expresion de horror que la jóven no podia ocultar, aparecia en sus ojos, y se extremecia toda.

Don Rodrigo, pues, moria lentamente de una enfermedad horrible: de terror y de remordimiento.

III.

Dejemos por ahora á don Rodrigo, y veamos cuál fué la suerte de los otros sentenciados.

Doña Ana de Austria expiaba duramente su delito de haber amado y haber creido el rey don Sebastian á Gabriel de Espinosa.

La verdad era que en doña Ana de Austria habia

habido más ambicion que amor, que se habia creido en un término breve libre del convento, casada y reina, y la decepcion de su esperanza, la burla de su destino, la habian herido de una manera cruel.

Habia además perdido por completo la gracia del rey su tio, y estaba sujeta á la dura sentencia siguiente:

«En el negocio y causa criminal que pende ante Nos en esta villa de Madrigal, y en el monasterio de Nuestra Señora de Gracia la Real de dicha villa, de la órden de San Agustin, en que de oficio de justicia se ha procedido contra doña Ana de Austria, monja profesa de dicho monasterio, y demás cómplices: Vistas las causas y confesiones, que de todo resulta contra la dicha doña Ana de Austria, que por la calidad de su persona aquí no se declara: Fallamos debemos condenar y condenamos á que sea sacada de dicho monasterio á otro que le sea señalado por persona que para ello tenga poder y facultad, sin poner en ello escusa ni dilacion alguna; y entre tanto en el que está y en el que le fuere señalado, desde luego esté reclusa en su celda, sin salir, solo á oir misa los dias de fiesta, acompañada de las monjas más graves y ancianas que por la prelada se le señalare, y habiendo oido misa, se vuelva á su celda sin poder hablar nadie con ella en todo aquel tiempo.

»Y asimismo la condenamos, que todos los viernes del año ayune á pan y agua, y que perpétuamente no pueda ser prelada de ninguno donde estuviere, ni la pueda servir ni sirva ninguna monja de él, sino las criadas comunes del tal monasterio. Y asimismo, que sea tratada como una monja particular, así en llamarla,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como en todo lo demás. Y mandamos que esta nuestra sentencia se ejecute como en ella se contiene, sin embargo de cualquiera apelacion que se interpusiere por justas causas que á ello nos mueven, y porque así conviene al servicio de nuestro Señor y de su majestad, reservando en Nos el poder proveer cualesquier mandatos que nos parecieren convenir; y por esta nuestra sentencia así lo pronunciamos y mandamos.—El doctor, *Juan Llano de Valdés.*—Pronunciόse en veinticuatro de julio de mil quinientos noventa y cinco, ante Francisco de Santander, escribano de su comision.»

«A doña Luisa de Grado y doña María Nieto, su hermana, religiosas de aquel convento, criadas de la señora doña Ana de Austria, que cooperaron en este negocio, sentenciaron en ocho años de cárcel en sus celdas, y sacadas del monasterio, y privadas para siempre de voz activa y pasiva, y ayunar á pan y agua todos los viernes de los dichos ocho años.»

IV.

En cuanto á fray Miguel de los Santos, fué condenado á degradacion y á horca.

En 16 de octubre del mismo año de 1595, fray Miguel de los Santos, que ya habia sido trasladado á Madrid, fué sacado de la cárcel en un coche por el juez eclesiástico Llanos de Valdés y por el alcalde de casa y córte Canal, y llevado á la iglesia de San Martin, que estaba llena de un gentío inmenso, y donde esperaba ya

el arzobispo de Oristán para degradarle de sus hábitos y de sus órdenes sacerdotales.

Llegado á la iglesia fray Miguel, arrodillado en las gradas del altar mayor, le fué leida por el doctor Llanos de Valdés la sentencia, despues de lo cual fué trasladado á la sacristía, donde el arzobispo de Oristán le degradó en forma, quitándole sus hábitos, en cuyo lugar le pusieron un sombrerillo y un ferreruelo negro, viejo, sacándole luego á la puerta de la iglesia, donde fué entregado al brazo secular de la justicia, en manos del alcalde Canal, que le llevó en un coche á la cárcel, donde le notificó la sentencia de muerte en horca, que debia ejecutarse de allí á dos dias.

V.

El 19 de octubre de aquel año, fray Miguel de los Santos fué sacado de la cárcel y llevado por las calles más públicas de Madrid, á son de pregonero que vocea-ba los delitos por los que se le llevaba á ahorcar, auxiliado por dos frailes franciscos y otros dos de la Compañía de Jesús, llevado del cuello con una soga por el verdugo, y rodeado de arcabuceros y alguaciles, entre los cuales iban el alcalde Canal y su secretario, por entre la inmensa multitud que llenaba las calles del tránsito, hasta la Plaza Mayor, donde estaba alzada la horca.

Dejemos hablar de nuevo á la historia:

«Estuvo al pié de la horca un gran rato encomendándose á Dios, y antes de subir la escalera dijo con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

voz moderada que lo oyeron muchos de los circunstantes, que él merecia aquella muerte, y que habia confesado por donde justísimamente se le daba; más que para el caso en que estaba, que en las principales cosas que le imponian, no tenia culpa; porque desde que el rey don Felipe nuestro señor habia tomado posesion de los reinos de Portugal, siempre le habia tenido por verdadero y legítimo rey, amándole y obedeciéndole como á tal; y que no habia pretendido que otro entrase en él, sino que aquel hombre le habia engañado, y que le habia tenido por el rey don Sebastian, creyendo que lo era; y no escribió á don Antonio, ni supo nada; que si otra cosa habia confesado, habia sido por el temor grande que habia tenido de los tormentos y que él ofrecia aquella muerte á nuestro señor, y le suplicaba lo recibiese en descuento de sus pecados. Luego fué subiendo la escalera con grande ánimo, y llegó el notario de la causa de parte de su majestad á preguntarle algunas cosas que no se pudieron entender por hablar bajo, y estando un gran rato, á lo cual, al parecer, con grande ánimo y brío; y con esto acabó de subir la escalera, y mientras el verdugo le ponia los cordeles, estuvo con grande entereza y valor abrazado de un crucifijo, con muestras de grandísima devocion, hasta que el verdugo le echó de la escalera, y en muy poco tiempo le ahogó.

VI.

De nuevo aparece el misterio.

Fray Miguel de los Santos, que tantos motivos tenia

para conocer al rey don Sebastian, como que habia sido su confesor, declara al pié mismo de la horca, que tuvo á Gabriel de Espinosa por el rey don Sebastian, y que si declaró en contrario, fué por temor al tormento; lo que era lo mismo que invalidar la declaracion por la cual habia sido sentenciado, declaracion falsa, arrancada por el temor.

Y á más de esto, el secretario de la causa habla por largo rato en secreto de órden del rey con el reo, y nadie sabe lo que han hablado.

Despues fray Miguel muere con el valor de un mártir.

El misterio, pues, queda en pié sobre un lago de sangre.

La verdad aparece ahogada por el dogal del verdugo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEGUNDA PARTE.

I.

Una cruda noche del mes de diciembre del mismo año, un ginete solo paró delante de la casa que tenia en Valladolid don Rodrigo de Santillana.

Echó pié á tierra y llamó á la puerta, preguntando por el alcalde á la persona que le abrió.

—Extráñame, dijo el alguacil Tribaldos, que era el que habia abierto, pidais por su señoría; porque todo el mundo sabe en Valladolid que el señor don Rodrigo de Santillana está sacramentado, y próximo, segun dicen los médicos, á comparecer ante la presencia de Dios.

—Pues llego á tiempo, dijo el ginete, y no en balde he corrido cuanto he podido para llegar cuanto antes.

—¿Os esperan, pues? dijo Tribaldos.

—Sí por cierto, y con ánsia, segun creo.

—Pues os anunciaré á la señora hija de su señoría.

—Pues cuanto antes; y dejadme pasar al zaguan, que el viento y el aguacero, encañonados entre el muro de esa iglesia y estas casas, no se pueden resistir.

—Pasad, hidalgo, y decidme vuestro nombre para que pueda anunciaros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Decid que está aquí el que viene de Venecia.

—Muy bien. Rejoncete, tomad las bridas de este caballo; y vos, hidalgo, seguidme: que por lo que veo, no sois vos persona á quien se pueda hacer esperar en el zaguan como á un lacayo.

—Decís bien, dijo Yhaye-ben-Shariar arrojando las bridas de su caballo al alguacil Rejoncete que se habia acercado al llamamiento de Tribaldos, y siguiendo á éste, que habia tomado por una de las anchas galerías del patio.

Subieron las escaleras, recorrieron parte de la galería principal, y entraron en una antecámara donde habia multitud de gentes amigas del enfermo, que esperaban, cumpliendo con las prescripciones de las costumbres de aquel tiempo, la noticia de su fallecimiento.

Tribaldos se acercó á un religioso que salia de la cámara, y le dijo:

—Perdóneme vuesa merced, padre, si de él me valgo, porque nos está prohibido á todos entrar en estos momentos: decid, os ruego, á la señora doña María, que acababa de llegar la persona que viene de Venecia.

—¡Oh, y con cuánto afan esperaba el señor don Rodrigo á esa persona! dijo el fraile, que era un religioso francisco de los de hábitos azules: ¿dónde está ese señor?

—Aquí me teneis, padre, dijo Aben-Shariar.

—Pues venid; venid al instante: que no parece sino que traeis al moribundo la salvacion de su alma, segun pregunta con grande afan á cada momento, si ha venido el de Venecia.

—Pues entremos cuanto antes, que no son estos momentos de esperar.

—Entremos.

Entraron.

II.

Era la misma cámara donde más de un año habia reconoció don Rodrigo de Santillana á su hija, solo con verla.

Al fondo de ella se veia el mismo lecho, entre cuyos cortinajes habia ocultado don Rodrigo á Mari Galana.

Solo habia de nuevo en la cámara un altar, y sobre el altar un crucifijo, alumbrado por seis blandones de cera amarilla.

Olia fuertemente á enfermo, más que á enfermo, á moribundo.

Junto al lecho habia dos frailes: el uno de pié á un extremo de él; el otro sentado en un sillon á la cabecera.

En un sillon, á alguna distancia del lecho, con la cabeza inclinada, las manos cruzadas y abandonadas sobre las rodillas, y completamente vestida de negro, habia una mujer.

No se oia otra cosa que el zumbar del viento desenfrenado, el retumbar del trueno que rujia de tiempo en tiempo, el contínuo caer del aguacero sobre la techumbre de plomo, y un gemido sordo, ronco, inarticulado, que salia incesantemente de entre los cortinajes del lecho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

El fraile francisco que servia de introductor á Yhaye se acercó á la mujer que lloraba doblegada sobre el sillon, y habló con ella algunas palabras en voz baja.

Apenas la mujer oyó aquellas palabras, se levantó de una manera violenta, miró en torno suyo, vió á Yhaye, y se lanzó á él.

Aquella mujer era María de Santillana.

—¡Dios os envia! ¡Dios no ha querido que tardeis! ¡Dios os pague vuestra caridad! exclamó.

Y separándose de Yhaye, se lanzó rápidamente al lecho, y dijo con voz ardiente:

—¡Padre, padre, volved en vos: aquí está monseñor Pietro Mastta!

Pareció como que una corriente eléctrica galvanizaba al moribundo alcalde de Santillana.

Se alzó sobre sus brazos y exclamó fijando en la cámara la mirada vaga, calenturienta, horrible, de sus ojos vidriosos.

Don Rodrigo estaba horrible, lívido, demacrado, desencajado, impreso en el semblante un terror infinito.

—Acercáos, acercáos, monseñor, dijo con voz sepulcral, porque me muero.

Yhaye se acercó rápidamente, sombrero en mano, inclinada la cabeza y profundamente dominado por aquella situacion sombría.

—Perdonad, padres, dijo María de Santillana; pero desearia que nos dejáseis solos.

Los religiosos salieron en silencio.

IV.

—¡Hablad, hablad, monseñor! dijo Santillana; ¿me traeis su perdon?

—¿El perdon de quién? dijo con voz sombría y terrible Yhaye.

—¡El perdon de ella, de su esposa! ¡Porque él no ha podido perdonadme! ¡Porque él no ha querido perdonarme!

—¿Cuando habeis visto que la víctima perdone á su verdugo? dijo con voz más terrible aún Yhaye.

Don Rodrigo lanzó un gemido de dolor y de espanto.

—¡Por caridad, monseñor! exclamó llorando María; ¿no estais viendo el tormento de mi infeliz padre?

—¡Estoy viendo al rey don Sebastian pendiente de la horca como un criminal infame! dijo Yhaye rugiendo ya; ¡estoy viendo morir á mi pobre hermana desesperada; estoy viendo á mis desdichados sobrinos huérfanos y todo por un juez cobarde que muere devorado por el remordimiento!

—¡Muerta! exclamó don Rodrigo con un terror horrible; ¡muerta ella tambien!

—Muerta, sí, de dolor y de desesperacion; pues qué, ¿podía ella vivir sin él, que era la mitad de su alma? ¿Puede vivir una criatura á quien arrancan el corazon?

—¡Yo seré la madre de esos huérfanos, exclamó María cayendo de rodillas á los piés de Yhaye! ¡Yo me consagraré á ellos; yo viviré para ellos; pero mi padre, mon-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

señor, mi padre; vez que muere desesperado, ved que desde la eternidad le llama á sí la terrible sombra del rey don Sebastian!

—Le estoy viendo... sobre la escalera del patíbulo... volviendo hácia mí sus ardientes ojos... murmurando con acento lúgubre:—¡Ah don Rodrigo! ¡Don Rodrigo! ¡Yo te emplazo ante el tribunal de Dios!—exclamó con una ansiedad espantosa el alcalde.

Yhaye se extremeció de compasion, á pesar de que odiaba con toda su alma á don Rodrigo.

María lloraba asida á las rodillas de Yhaye, temblando.

De repente el semblante del alcalde se iluminó con una expresion de infinita alegría.

—¡Ah! ¡Esperad!... ¡Esperad!... exclamó con un acento apenas perceptible; mi vista penetra en la eternidad... no es ya un patíbulo lo que veo... es un trono de blancas nubes... iluminado por la eterna luz de un sol de gloria... no es el hombre que veo un sentenciado que maldice... no son sus ojos unos feroces ojos que amenazan... no... en ellos resplandece la eterna paz... la eterna bienaventuranza... en su frente hay una corona de rey, y en derredor de su cabeza... una sangrienta aureola de mártir... es él... es él... Gabriel de Espinosa... el pastelero de Madrigal...

Don Rodrigo guardó silencio, y sus ojos permanecieron fijos, como en un punto infinito del espacio, dejando ver un brillo extraño, como si en ellos reflejase la luz de una vision de gloria.

Yhaye le miraba de una manera inmensa.

María seguia llorando asida á las rodillas de Yhaye.

—Esperad... esperad... dijo rompiendo de nuevo el silencio Santillana, pero con la voz más débil: las nubes se rasgan y aparece una blanca y purísima figura... una mujer... hermosa como un ángel... que se eleva... que se eleva hasta el lugar donde está Gabriel de Espinosa... Sobre sus negros y ondulantes cabellos, se ciñe tambien una corona de reina... y la sangrienta aureola del martirio rodea tambien su cabeza... llega... llega á él... mirad... se unen felices entre los brazos de un ángel... ¡ah!... ¡ah!... el rey don Felipe no puede quitarles la corona... la eterna corona que les ha dado Dios. ¡Ah! Me miran... comprenden mi dolor y me perdonan... ¡no fuí yo... fué el rey!... ellos lo saben y me perdonan... ¡sí... me perdonan!...

Y don Rodrigo se dejó caer jadeante, moribundo, sobre las almohadas.

V.

Por un momento, Yhaye miró de una manera profunda á don Rodrigo de Santillana.

Luego alzó á María, la besó en la frente, y la retuvo asida con uno de sus brazos, inclinándose con ella sobre el semblante del moribundo.

—¿Oís, Santillana? dijo con voz solemne Yhaye.

—Sí... contestó con acento apenas perceptible el alcalde.

—Dicen, prosiguió Yhaye, que el Dios Altísimo, único y misericordioso, deja ver una vision de la eternidad, al pecador que muere arrepentido de su culpa. ¿Es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tais vos arrepentido de la vuestra, don Rodrigo?

—¡Oh!... sí... sí... contestó débilmente Santillana.

—¿Tú, juez, estas seguro de que el dolor, del que el terror que has sufrido por tu culpa, es tan grande como la culpa misma?

—¡Oh!... ¡Sí... terrible!

—Pues bien, no quiero llevar á mis últimos instantes el remordimiento de haber sido cruel con un hombre á quien ha matado el remordimiento. María, la esposa del rey don Sebastian, grande, magnánima, generosa siempre, te ha perdonado al morir loca de dolor entre mis brazos.

—¡Ah!... exclamó Santillana; bendito seais vos, monseñor, que me habeis traido con el perdon de esa mártir la confirmacion del perdon que Dios me ha dejado ver en una vision de la eternidad. María... hija mia... vive, vive para ser la madre de esos huérfanos... Dios... la eternidad...

Y Don Rodrigo calló para no volver á hablar más.

Algunos momentos despues, rodeado de los religiosos que le auxiliaban, y asidas ambas manos á las manos de Yhaye y de María, murió.

VI.

Al dia siguiente fué enterrado con gran pompa en la cercana iglesia de San Pablo, frente á la tumba donde habia sido enterrado cuarenta y cinco años antes, el otro tremendo alcalde de casa y córte, Rodrigo de Ronquillo.

Hay que tener en cuenta la coincidencia singular de haber muerto don Rodrigo de Santillana pared de por medio con una cámara de la cercana casa, donde sesenta y nueve años antes habia dado á luz la esposa de Cárlos V, la emperatriz doña Isabel, al tremendo rey don Felipe II.

VII.

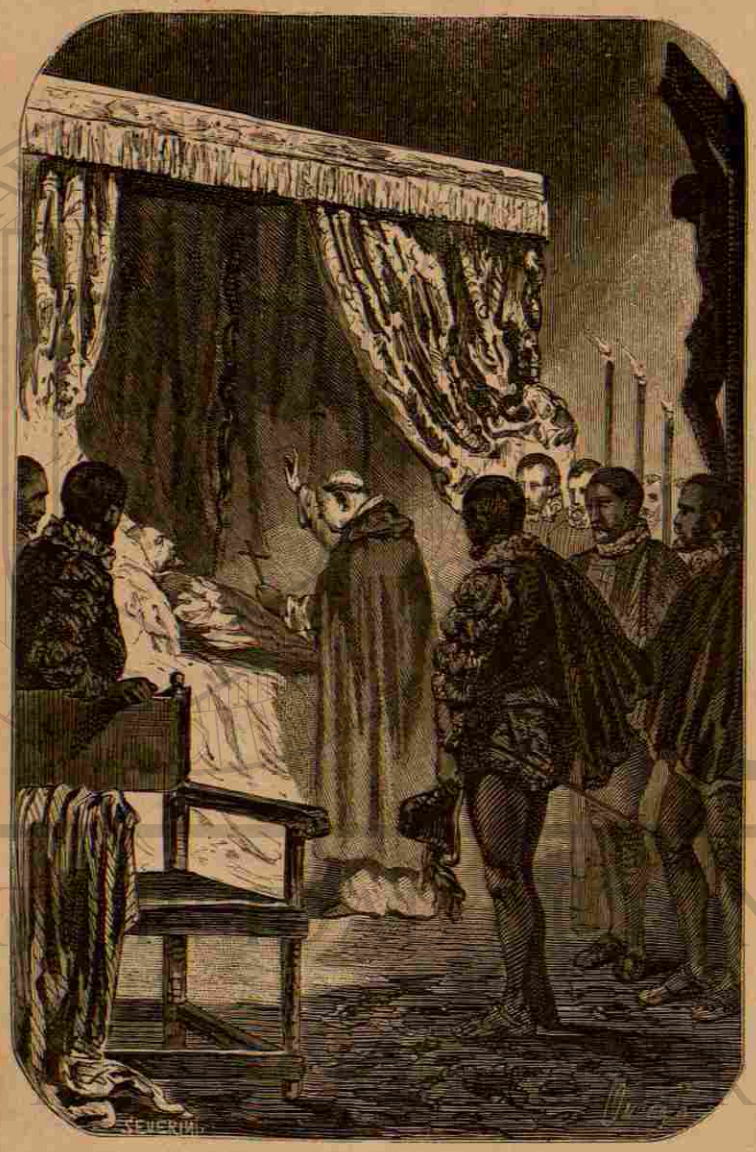
Cuando los de Valladolid se agolpaban en las calles para asistir al entierro del temido alcalde Santillana, decian en voz baja acá y allá, estas ó semejantes palabras:

—Debe ser cierto que le emplazó en la horca el pastelero de Madrigal; apenas hace cuatro meses que aquel triste murió, y desde entonces no ha echado luz don Rodrigo de Santillana.

VIII.

Quince dias despues de la muerte del alcalde, María de Santillana, de gran luto, desembarcaba en Venecia, y en una cámara del palacio Sforzia, abrazaba llorando á los huérfanos de Gabriel de Espinosa y de Sayda Mirian.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Aquel enfermo es el rey don Felipe II.

TERCERA PARTE.

I.

Estamos en una cámara del monasterio del Escorial.

El relój acaba de marcar las cuatro y tres cuartos de la tarde del domingo 13 de setiembre de 1598.

Poco más de tres años despues de la ejecucion de Gabriel de Espinosa, y casi á la misma hora.

La cámara es sencilla y sombría.

En un ángulo de ella hay un enorme lecho con cortinajes de damasco rojo, en los cuales están bordados los blasones de España y Austria.

En el lecho hay un enfermo casi cadáver.

Aquel enfermo es el viejo rey don Felipe II.

El viejo lobo coronado que muere.

II.

La cámara, en la que hay un altar con reliquias de santos y un crucifijo alumbrado por cirios amarillos, la cámara, decimos, está llena de todos los dignatarios de la córte que asisten á la agonía de los reyes.

Porque la vanidad acompaña á los reyes hasta su lecho de muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

El rey moria de una enfermedad repugnante, de pituita.

Una capa de insectos asquerosos cubria completamente el enflaquecido cuerpo del rey, como si Dios hubiese querido humillar para ejemplo de los vivos á aquel soberbio rey, tocándole con su mano, y cubriéndole con una úlcera más repugnante y más terrible que la lepra de Job.

El cuerpo del mismo rey ardia, devorado por aquella enfermedad horrible.

Y sin embargo, su terrible firmeza de carácter triunfaba del dolor y de la agonía.

El semblante del rey estaba completamente tranquilo.

IV.

Reinaba un profundo silencio en la cámara; pero un silencio en que no habia dolor; lo más que habia era miedo en los que poseian altos cargos por temor de que el nuevo rey los diese á otros.

V.

De repente aquel silencio se turbó por una ágria disputa tenida á la puerta de la cámara á los oidos mismos del rey moribundo.

Se oia la imperativa voz del estúpido príncipe don Felipe, que muy poco tiempo despues fué el débil rey Felipe III, que creyéndolo ya todo acabado, es decir, creyéndose ya rey, por establecer cuanto antes al ambicioso marqués de Denia, su privado, pedia para él á Cristóbal de Moura, la llave dorada del retrete.

—No ha de ser, señor, mientras el rey viva, contestaba ágriamente Cristóbal de Moura.

—Será, porque os lo mando yo, replicaba más ágriamente el príncipe.

—En tal asunto no obedeceré á nadie mientras viva el rey mi señor, insistia tenazmente Critóbal de Moura.

Y Felipe II lo oia todo, y su semblante no se alteraba.

Sin embargo, aquel era un justiciero castigo de Dios.

Felipe II veia que ya no se le temia; que ya no se le respetaba; que ni aún siquiera se esperaba á que diese fin su dolorosa agonía.

Felipe II se veia destronado, porque vivo aún él, se levantaba delante de él el nuevo rey.

Y los asquerosos insectos seguian devorando el ulcerado cuerpo del rey.

¡Dios! ¡Siempre Dios hiriendo la frente de los soberbios y abatiéndola sobre el inmundo polvo de los sepulcros!

VI.

El rey hizo llamar á Cristóbal de Moura, le mandó entregar al príncipe la llave dorada y que le pidiese perdon.

Despues recibió la Extremauncion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII.

Luego (acaso el dolor moral y físico no le dejaba sostener la fria impasibilidad que habia sido durante toda su vida la única expresion de su semblante, cuando el mundo podia fijar en él sus ojos) volvió las espaldas á su córte y el rostro á la pared.

No sabemos cuál fué entonces la expresion que se pintó en el semblante de Felipe II.

No sabemos si entre la pared y él pasaron terribles y acusadoras las sombras lívidas y macilentas de su hijo el príncipe don Cárlos, de su esposa Isabel de Valois, de su hermano don Juan de Austria, de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, de la princesa de Eboli, de Juan de Escobedo, de Lanuza, de Montigni, las de otros ciento, y por último, la de Gabriel de Espinosa.

Y así, vuelto á la pared, espiró.

Habia reinado cuarenta y dos años, siete meses y veintiocho dias, y habia muerto á los setenta y un años, tres meses y algunos dias, poco más de dos años despues y á la misma hora que EL PASTELERO DE MADRIGAL.

FIN.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN EL TOMO SEGUNDO.

Páginas.

SEGUNDA PARTE.—Estéfana Barbarigo (continuacion).

CAPITULO I.—En que volvemos á encontrarnos en Venecia para asistir á nuevos é interesantes sucesos. 5

— II.—En que volvemos á encontrar en la plaza de San Márcos á algunos de nuestros personajes. 14

— III.—Un hermano llovido del cielo. . 22

— IV.—De lo que dió lugar á que Gabriel de Espinosa diese de estocadas á César Malatesta. 42

— V.—Que sirve de epílogo á la segunda parte. 80

— VI.—Que es la segunda parte del anterior. 94

TERCERA PARTE.—María de Santillana.

CAPITULO I.—Los dos conventos. 114

— II.—En que se empieza á entrar en lo más grave de nuestra historia. . 123

— III.—De cómo se presentó en Madrigal y en su pastelería Gabriel de Espinosa, con lo que le sucedió antes de llegar á ella. 156

— IV.—De cómo se compuso Gabriel de Espinosa para desvanecer por el momento las sospechas de don Rodrigo de Santillana, y en que crece el misterio que rodea á este personaje. 175

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

CAPITULO V.—De cómo fué la primera entrevista de doña Ana de Austria y Gabriel de Espinosa. 216
— VI.—De cómo don Rodrigo de Santillana tuvo varios disgustos seguidos. 241
— VII.—De cómo Gabriel de Espinosa pudo creer que estaba seguro en Madrigal. 301
— VIII.—De cómo doña Ana acabó de perder todo derecho por la venida de tres hombres á Madrigal y la marcha de otro á Valladolid.. 314
— IX.—¿Era rey ó impostor? 337
— X.—En que el alcalde de casa y corte don Luis Portocarrero, se encuentra con que nada tenia que hacer por lo pronto en la villa de Madrigal, con otros sucesos que se relatarán. 360
— XI.—De cómo el alcalde Portocarrero se llenó más y más de confusiones y encontró motivo para aprovechar la ligereza de Anguila. . . . 385
— XII.—El pliego del presidente de la Chancillería de Valladolid.—Una dama de picos pardos.—Azotes á Corchuelos y otros particulares. . . 406
— XIII.—De la conversacion que tuvo Gabriel de Espinosa con la Mari Galana en una huerta de Valladolid. 441
— XIV.—De lo que pasó una noche en el cementerio de los ajusticiados. . 460
— XV.—De cómo sin saberlo Mari Galana hizo un gran servicio al rey don Felipe. 490
— XVI.—De cómo fué preso Gabriel de Espinosa por don Rodrigo de Santillana. 517
— XVII.—Lo que pasó entre el alcalde don Rodrigo y Mari Galana. 525
—XVIII.—En que se presenta un sombrío personaje que hemos nombrado mucho y con el cual no nos hemos puesto en contacto hasta ahora. 543
CAPITULO XIX.—En que don Rodrigo de Santillana empieza á encontrarse mareado y pesaroso de haber nacido para alcalde de casa y corte. . . . 559
— XX.—De cómo el alcalde don Rodrigo de Santillana acabó de sentir por Gabriel de Espinosa el miedo que por él tuvo hasta el fin de sus dias.. . 581
— XXI.—Que continúa el relato de esta verídica historia. 600
— XXII.—De cómo Gabriel de Espinosa tuvo una larga y misteriosa conversacion con un desconocido. . . . 629
—XXIII.—En que el autor, saltando por cima de algunos meses, continúa su relato. 642
—XXIV.—En que empieza el relato de lo que sucedió en los cuatro últimos dias de su vida á Gabriel de Espinosa.. 656
— XXV.—En el que se vé que María amaba de veras á Gabriel de Espinosa. . . 673
—XXVI.—En que intervienen frailes en esta historia, haciendo el papel del cuervo que olfatea los cadáveres. . 690
—XXVII.—En que el autor se ocupa de las últimas escenas de esta terrible historia. 710
- XXVIII.—Que es el más lúgubre de esta historia, como que en él acontece la catástrofe. 739
EPÍLOGO.—Primera parte. 747
Segunda parte. 755
Tercera parte. 765

BIBLIOTECA PARTICULAR PROPIEDAD DE
L.
G.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO SEGUNDO.

		Páginas.
1.ª	Se lanzó espada en mano sobre César. . .	76
2.ª	¿Qué me quereis?.	110
3.ª	Y leyó lo siguiente.	144
4.ª	Ved lo que para vos me ha entregado nuestro santísimo padre.	222
5.ª	Y arrimó un tal puntapié.	244
6.ª	Alzad, caballeros.	344
7.ª	¿Cómo te llamas, miserable?	373
8.ª	Hízole acabar de vestir.	520
9.ª	María se hincó de rodillas y le besó las manos.	561
10.	Si me habeis conocido alguna ved, vedlo.	632
11.	Mirad, le dijo, aquella es una horca. . .	716
12.	Aquel enfermo es el rey don Felipe II.	765

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

